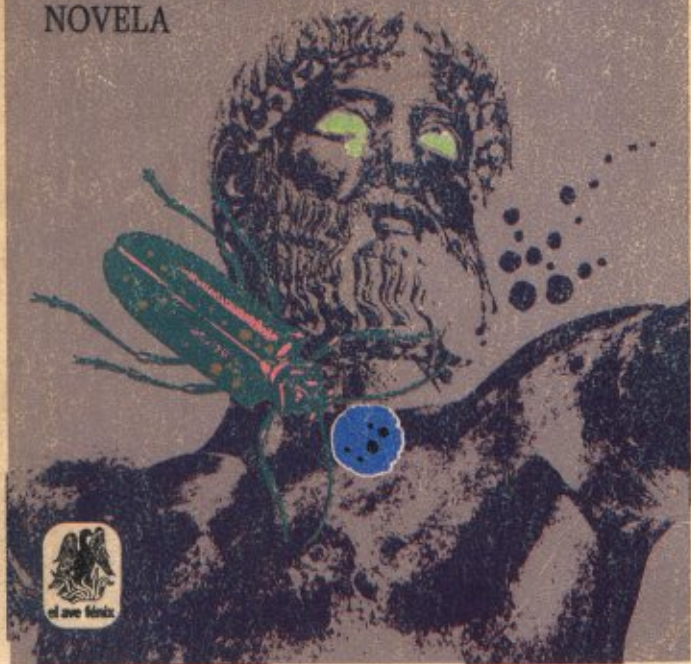


MANUEL MUJICA LAINEZ

EL ESCARABAJO

NOVELA



MANUEL MUJICA LAINEZ
EL ESCARABAJO

Plaza & Janes S.A. Editores

Portada de
Jordi Sánchez

Primera edición en esta colección:
Octubre, 1983

© 1982, Manuel Mujica Lainez
Editado por PLAZA & JANES, S. A., Editores
Virgen de Guadalupe, 21-33
Esplugues de Llobregat (Barcelona)

Printed in Spain — Impreso en España
ISBN: 84-01-42128-4 — Depósito Legal: B. 35.796 1983

GRÁFICAS GUADA, S. A. — Virgen de Guadalupe, 33
Esplugues de Llobregat (Barcelona)

A Anita

INDICE

1. ENCUENTRO CON EL DIOS DEL MAR	7
2. LA ADORABLE REINA NEFERTARI	19
3. LA PROSTITUTA DE NAUCRATIS Y EL COMEDIÓGRAFO DE ATENAS	34
4. ASESINATOS ROMANOS	53
5. LOS DORMIDOS, LOS ÁNGELES Y LOS OTROS	72
6. EL OLIFANTE	98
7. LOS SOÑADORES	119
8. ENCRUCIJADA DEL AMOR	137
9. EL ENANO DE SANTILLANA DEL MAR	158
10. LOS MAGOS	181
11. EL BIBLIOTECARIO Y LOS REYES	208
12. LA CATEDRAL, LA ISLA Y EL MUSEO	243

1. ENCUENTRO CON EL DIOS DEL MAR

Hacía un mes que navegábamos. Habíamos fondeado aquí y allá, en islas y más islas, a pedido del granuja, del rufián italiano, o del arqueólogo inglés. Mrs. Dolly Vanbruck accedía siempre; a ella lo único que le importaba era andar, zarpar, alzar velas, costear, arribar para volver a largarnos y tenderse en el puente del «Lady Van», casi completamente desnuda (fue una verdadera precursora), untada de pies a cabeza, oyendo, sin oír, al inglés explicar que en Patmos, en la altura donde San Juan dictó el «Apocalipsis», el viento sopla día y noche, para asombro piadoso de los turistas, y que en Rodas lo más importante no son las murallas, ni la calle de los Caballeros, ni el palacio del Gran Maestre, sino la pequeña Afrodita arrodillada del museo, que con ambas manos levanta y escurre su cabellera de mármol. Al italiano, esas referencias y otras, más técnicas, más intrincadas, lo hacían sacudirse y alejarse hacia la proa, con irascibles silbidos y tarareos.

Por supuesto, yo prefería a Mr. Jim. Lo conocía y admiraba desde que pasé a poder de Mrs. Vanbruck, siete años atrás, y me encantaba escucharlo. Es enorme y diverso lo que aprendí de él, sobre esto y aquello, sobre Egipto, mi patria, hasta sobre la Reina Nefertari, mi adoración, hasta sobre mí mismo. En cambio yo detestaba a Giovanni, a quien había calado inmediatamente, a partir del momento infeliz en que Mrs. Vanbruck y él se encontraron, poco antes, en esa Nápoles turbulenta en la que tantos encuentros se producen, organizados por la indiferencia y la mofa del Destino, o por la habilidad de los que con el Destino colaboran, los canallas, hijos de zorras y de malandrines, cuando no vástagos de desgraciadas princesas y condesas, ansiosas de dólares y huérfanas de liras. Por lo demás, era obvio que Mr. Jim, septuagenario, reumático, puro huesos, calvicie, pipa y guiños, estaba, sin remisión ni solución, enamorado de Mrs. Vanbruck. De ello me percaté en seguida, pues no por nada soy fantásticamente viejo y experto en amores. Con igual certidumbre práctica me di cuenta al punto (pero para eso no se necesita ser un perito como yo, ya que resulta más que indudable) de que Giovanni Fornaio era un sinvergüenza. Sólo Mrs. Vanbruck no lo advertía. El resto, el capitán, el contramaestre, el telegrafista, el médico ducho en masajes, el cocinero, el pinche y los siete hombres de la tripulación, con más el inglés y yo, inseparable de la norteamericana, lo archisabíamos. Ella no; ella, pienso yo, aparecía como una combinación curiosa de ingenua de Hollywood, remilgos, ojos puestos en blanco, aleteos, dulces y sorprendidas actitudes, y de ninfa pecadora, hambrienta de hombres, con súbitas llamaradas en los ojos seráficos, lo cual compone una mixtura física y patológica ardua de conciliar, pero lo cierto es que cada uno de nosotros (también yo) ofrece a quien logra examinarlo con agudeza, una mescolanza de contradicciones. En eso, en esa ensalada o potaje de antítesis, consiste el humano interés. De no existir dicho desconcierto, el mundo (un mundo de Adanes y Evas previos a la culpa) perdería atractivo. Sobre el tema sería factible escribir páginas y páginas; se han escrito, puesto que debemos resignarnos a recordar que nada de lo que concierne al alma y su análisis, puede jactarse de poseer la seducción de la estricta novedad. Limitémonos entonces, prudentemente, a observar a Mrs. Dolly Vanbruck, untada, estirada sobre una colchoneta, en la cubierta del «Lady Van», cuidando que la sombra del velamen la proteja del sol.

Dije que está casi desnuda. Lo está. Apenas disimula, con millonaria audacia y un género breve, aquellas partes de su cuerpo cuya exhibición es proscrita por el pudor elemental de las convenciones, fuera de la higiénica o tierna intimidad. Y las manos, como siempre, diurnas o nocturnas, se esconden bajo el disfraz de los guantes. En el anular de la izquierda, sobre el ceñido forro de los dedos, arroja rayos orgullosos, no bien la mueve, el inmenso brillante de su sortija, estupendo regalo de bodas de Mr. Aloysius Vanbruck, de Filadelfia y Wall Street, difunto; y en la otra, esta vez, en el dedo del medio, asimismo encima de la liviana y rosada funda, estoy yo, el Escarabajo.

Giovanni y yo dominamos, con abundancia de pormenores, el simple secreto del motivo de esos eternos guantes y su fantasía. Más allá de las puertas de los sesenta años, Mrs. Dolly Vanbruck ha logrado la trascendencia de un prodigio. Es un prodigio, un fenómeno, una creación eximia, rival de la Afrodita de Rodas; una maravilla de la ciencia; algo que en realidad debería exhibirse, no sólo para el arqueólogo, para el sinvergüenza, para el capitán, los marineros y este Escarabajo, sino para cuantos valoran los extremos de perfección que es susceptible de alcanzar la obra de arte. Cirujanos estetas, magistrales, competentes en recortar, transportar y modelar, lo han conseguido. Cuanto la configura —la cara, el cuello, el vientre, las nalgas, las piernas, los brazos— ha sido objeto de operaciones delicadas y costosas, tan sutiles que se requieren la experiencia y el buen ojo de un especialista, para detectar las ocultas puntadas que dan firmeza y armazón al artificio, al singular muñeco, recompuesto, ajustado, pintado y teñido, que es Mrs. Dolly Vanbruck, Mrs. Vanbruck acostada, ofrecida, inmóvil, sin parpadear, sin respirar casi, en la cubierta del yacht «Lady Van»; todo, con excepción de sus manos. Sus manos fueron invencibles. Los años, la avanzada madurez, la desagradable carga que Mrs. Vanbruck pretendía haber suprimido, gracias a los doctores en juventud, hallaron refugio para su postrer rebeldía, más fuerte que el asedio de los bisturíes, en las trincheras de las arrugas, en los bastiones de las artríticas falanges, en los tortuosos pasadizos de las venas, en las pecas amarillas como la muerte, en la crueldad de esas manos, deladoras, invulnerables. He ahí la justificación de los guantes permanentes, supremo recurso. Puesto que no se redujo y asimiló al enemigo, por lo menos se lo descartó, eliminando su visible y sexagenaria agresividad. Y se difundió la versión, apenas aceptada por algunos papanatas, de que aquello de los guantes era una originalidad más, de las muchas que caracterizaban a Mrs. Vanbruck, quien se resistía a tocar, a rozar lo que fuera, sin la defensa aisladora de sus estuches. Acumulaba cientos de pares, confeccionados con los materiales y los colores más distintos, y en cualquier tiempo, a cualquier hora, el Brillante de Mr. Aloysius Vanbruck en la siniestra, y en la diestra yo, el Escarabajo egipcio de lapislázuli, comprado en París siete años atrás, lucíamos sobre los guantes variados. Aun en las oportunidades que imponían una celosa reclusión y una plena desnudez, cuando Mrs. Vanbruck gozaba de lo que Giovanni Fornaio, que casi hubiera podido ser su nieto, no estaba en situación de negarle, atreviéndose entonces la pobre y rica señora a sonreír por demás, pese a los consejos de los cirujanos, aun en esas vigiliadas agitadas, el Brillante y yo nos hallábamos presentes, cada uno en nuestro sitio, sobre el que había dejado de ser guante para convertirse en mitón, y descubría únicamente los dedos, obscenamente desvestidos y codiciosos de palpar, de acariciar, de hurgar, de manipular, de experimentar, de sentir. Y allá íbamos de viaje, el Brillante y el Escarabajo, recorriendo el cuerpo velludo del italiano, cada uno en un tapizado carruaje veloz, del que tiraban cinco animalitos nerviosos; el Brillante, chisporroteando de alegría, pues es evidente que lo fascinaban esos lúbricos paseos; yo, recatándome, por fidelidad a la Reina Nefertari, mi amor, mi amor perenne, pero interesándome, ¿a qué negarlo?, por las siempre instructivas excursiones. ¡Cuántas giras semejantes emprendimos, a través del napolitano! ¡Cuántas! Y ¡cuántos periplos, siguiendo itinerarios cambiantes, realizamos a lo largo de otros cuerpos jóvenes, guiados por la voluntad imperiosa de Mrs. Vanbruck! Notoriamente, la espléndida piedra tallada del izquierdo anular, de la cual Mrs. Dolly era dueña desde hacía más de tres decenios, había llevado a fin esas expediciones, incluyendo las de la estructura de Mr. Aloysius, con harta ventaja cronológica, pero nunca nos fue dado cambiar impresiones al respecto, porque entre el Brillante y

yo (ignoro si por soberbia o por estupidez suya, aunque me inclino a lo último) no se ha establecido ninguna comunicación.

Navegábamos, repito, hacía un mes. A solicitud de Mr. Jim, nos detuvimos primero en la isla de Kea, para ver el león colosal; luego en la de Andros, por el museíto; en Délos, a fotografiarnos entre los falos sagrados; en Milo, a causa de las ruinas prehistóricas y del lugar decepcionante donde el labrador desenterró la Venus; en Naxos, por el portal que también nos desilusionó; y no necesito decir que en Rodas y - en Creta, donde hay tesoros. Mr. Jim tomaba apuntes doquier, explicaba, explicaba y sufría de amor; yo lo escuchaba respetuosamente, y Mrs. Vanbruck hacía lo propio, colgada conmigo del brazo del italiano, si bien supongo que su atención vagaría por otros parajes (en Délos debo subrayar que los grandes miembros viriles de piedra la hicieron soñar más que los célebres leones del Agora y los mosaicos). Empero es justo consignar aquí que se condujo con corrección. No sé qué manía, qué criterio, por lo demás muy norteamericano, de que la cultura promueve a una señora en la buena sociedad (cuando puede resultar peligroso y hasta contraproducente), la obligaba a rodear sus viajes de una proclamada atmósfera de estudio, y a incorporar a ellos, como un trofeo espiritual, como un noble estandarte que cubría acciones bastante menos académicas, al sabio, paciente y cariñoso Mr. Jim, egiptólogo y helenista, o a Monsieur Gustave, licenciado en Ciencias Naturales. Esta vez le correspondió el erudito privilegio a Mr. Jirn. Lo genuino, lo positivo, no obstante, es que Mrs. Vanbruck gozaba incomparablemente más en las islas escogidas por su napolitano, que eran las mundanas, las del turismo chic, que en las que su maestro personal elegía. Y debo confesar que también yo, harto, desde hacía más de tres mil años (¡tres mil años, oh Isis!) de amontonar ciencia y de vivir la Historia, a veces junto a gloriosas figuras cuya vinculación conmigo hubiera deslumbrado a Mrs. Dolly, de enterarse, y la hubiese impulsado a considerarme con muchísima más reverencia, sentía, como ella, la ventaja, el alivio, de descartar los monumentos, las vitrinas y las colecciones, y de instalarme bajo una sombrilla, en su mano, con Mr. Jim que anotaba el diccionario de jeroglíficos —en Mykonos, en Hydra, en Santorín—, examinando a Giovanni Fornaio, esculpido e insolente, quien desde una roca multiplicaba las monerías atléticas, dedicadas a todos los bañistas.

Ahora habíamos dejado atrás las Cícladas y singlábamos rumbo a las Esperadas del Norte, porque a Giovanni el capitán le había prometido que en Skiathos pescaría langostinos, salmoneles y pulpos. Fueron aquéllos los últimos días de mi relación con Mrs. Vanbruck, y los peores. De repente, el trato de Mrs. Dolly y el italiano se tornó difícil, complejo y por fin tempestuoso, imagino que porque al muchacho le había dado por beber, o porque en alguna de las islas topó con alguien que le ofreció mejores perspectivas que su propietaria actual, o por ambas razones. Su flamante actitud se concretó en una demanda loca, que osciló entre la súplica, el reclamo y la porfía: Giovanni Fornaio se emperró en que Mrs. Dolly le regalara su brillante. ¡El Brillante, santo Dios y santos Dioses! ¡El solitario de Mr. Aloysius, veneración de duques, de maîtres d'hôtel, de joyeros, de banqueros, de gigolos, de cuantos frente a él se doblaban! Había perdido la cabeza. Una vez, en el encierro de nuestro camarote, le echó a la señora el aliento de whisky a la cara y llegó a forcejear para quitárselo. Por descontado, para el Brillante y para mí se terminaron las excursiones festivas por matorrales de vello, por laderas de costillas y por arcanos penumbrosos. La situación se fue agravando y culminó una mañana, en que el «Lady Van» cruzaba con aires de cisne, delante del cabo Artemision, en el extremo de la isla de Eubea, próximos ya a Skiathos y sus pesquerías.

A las doce, bajo el horno de sol, Giovanni estaba fatal y rotundamente borracho. Se balanceaba, al circular por la cubierta, pese a la absoluta quietud del mar, y los marineros descalzos, embozadamente, se burlaban entre ellos. Mr. Jim nos leía a Mrs. Dolly y a mí, en la serenidad de la popa, un libro sobre la escultura helénica. Cerró el volumen y nos señaló, en una elevación de la costa, lo que sobrevive del templo de Artemisa Proseosa, y nos recordó que es llamada «la diosa de los mil nombres», para desesperación de los mitólogos y sus archivos. Luego nos dijo que ahí mismo se desarrolló la derrota inicial de la flota persa, por obra conjunta de la tormenta y de los

griegos y, durante escasos segundos, el calmo mar se pobló para nosotros, merced a su evocación, de espumas revueltas, naves incendiadas, destrozadas arboladuras, gritos, férreos choques y el bramar y el hervir del oleaje. Fue un instante: a bordo del «Lady Van», la hora transcurría en medio de una muelle bonanza. Ni la brisa más leve oreaba el Egeo, sobre el cual se deslizaba el yacht como si resbalase lentamente, al compás del benigno, apagado, acunante murmullo de los motores que nos adormecía, por más que la elocuencia de Mr. Jim hiciese restallar las llamas de la escuadra de Jerjes. Una delicia. De pronto, aquel filosófico sosiego, en cuya composición entraban por dosis iguales la mansedumbre del día; el discurrir apacible del barco; la certeza, como soñada en nuestro semidormido abandono, de que nada tan violento, tan fanático, tan febril como la quimérica batalla naval de Artemision podía materializarse, porque esas barbaridades sólo existen en los fabulosos textos de los historiadores, de pronto, aquella despreocupación divina se rompió impetuosamente, como si, en efecto, insospechables y frenéticos, los bajeles de Jerjes y de Temístocles nos rodeasen, crujiendo, entreverándose, aniquilándose, clavándose los inflamados espolones. Algo monstruoso irrumpió en nuestra culta concordia, con tan insólita furia que ni tiempo tuvimos de salvaguardarnos. Nadie reaccionó, ni los cercanos marineros, ni el atónito Mr. Jim, ni la amodorrada Mrs. Vanbruck. ¡El italiano, el italiano, el demente Giovanni Fornaio, estaba sobre nosotros, vociferando, resoplando y braceando, tal la alegoría de un quemante ciclón!

Y lo caprichoso, lo inicuo, es que se las tomó conmigo, que hasta entonces nada tenía que ver con el asunto. En vez de emprenderlas con el Brillante, fue conmigo, con el inocente Escarabajo de lapislázuli, que se ensañó su rabia. Lo razonable hubiese sido que si a Giovanni se le iba el alma tras los quilates del solitario, insistiese en su exigencia, y si ésta no surtía efecto, reiterase el forcejeo, pero... ¡qué va!: Giovanni Fornaio sabía que el aro del Brillante no podía atravesar el promontorio formado por el nudillo de Mrs. Dolly, sino mediante el auxilio paciente y hábil del ladino jabón, así que, estrafalariamente, con una típica maquinación de beodo, abandonó la posibilidad resbaladiza de ese recurso, y empezó a tirar de mí, a riesgo de desarticular el dedo de la norteamericana, mientras mascullaba frases coléricas, en cuya oscuridad zigzagueaba, brusca, la palabra «jettatore»:

—Questo jettatore! Questo maledetto scaraboochio jettatore!

¡Qué injuria!, ¡qué abuso!, ¡qué improcedencia! ¿De qué mierda, sacro Osiris, habrá surgido la leyenda vesánica de que los escarabajos egipcios traemos mala suerte? ¡Qué errónea información! ¡Al contrario, traemos buena suerte, somos talismanes! ¡Esto lo sabe cualquiera, menos un napolitano rústico! ¡Qué animal! ¡Por algo, luego de embalsamados los faraones y las reinas, nos colocaban en reemplazo de su corazón y sobre sus ojos, su tórax, su abdomen, en sus muñecas y dedos, en su cerrado puño o junto a sus entrañas! ¡Y éramos nosotros, nosotros, los escarabajos, los encargados de abrirle místicamente la boca al regío muerto, a fin de devolverle los atributos de la vida! ¡Nosotros, nosotros, yo, yo! ¡Miserable! ¡Ay, el muy bestia atinó a arrancarme del dedo de Mrs. Vanbruck, que chillaba, flacamente socorrida por su ineficaz idólatra, Mr. Jim!

—Jettatore! Jettatore!

Y antes de que un marinero, o el telegrafista, o el médico de los masajes y de las pomadas, que acudían a la carrera por el puente, alcanzasen a terciar y a salvarme, el bruto me arrojó por encima de la borda al mar Egeo. La última imagen que recogí, previa a la zambullida, fue el rostro de maniquí de vidriera de Mrs. Vanbruck, ya no impávido, sino torcido por el dolor y por el odio, y el titilar del Brillante en su mano trajeada de verde, relampagueando como si se riera. Ni adiós le dije a mi señora. ¿Acaso me es dado hablar con un ser humano?

Indignado, sulfurado, maldiciendo a Giovanni Fornaio y a su puerca familia, mandándolos a reunirse con los peores excrementos y a las cámaras de atroces verdugos; aborreciendo al italiano jettatore, jettatore él, culpable de mi perra desventura, empecé a descender, a descender, en el seno del agua tibia que a medida que bajaba se iba enfriando. Un mundo misterioso, enteramente nuevo para mí, me envolvía, tan poético y peregrino, que metro a metro me distrajo del origen de mi agravio y de mi exasperación,

o por lo menos me hizo postergar sus manifestaciones airadas. Ya habría tiempo, a la postre, para el desahogo con palabrotas e insultos. Por el momento, estupefacto y simultáneamente cómodo, cual corresponde a un egipcio clásico, en ese ámbito de magia y hermosura, poblado de transparentes personajes inmersos que buceaban, se hundían, me besaban y desaparecían apresuradamente, me limitaba a descender, a descender, oscilando, girando, vacilando, besado, hociado, arañado, lamido y toqueteado, al par que palidecían los colores, y que el universo, un caos inquieto y silencioso, opuesto al habitual hasta ese minuto, se tornaba azul, azul, definitivamente azul, con la pluralidad exquisita de los matices del azul, del embriagador azul, azul... azul como yo mismo, que estoy hecho de un azul que participa del turquí, del pavonado, del índigo, del zafiro y aun del celeste, según se me mire y haga rotar y juegue la luz sobre mis vetas; el mundo era encantadoramente azul, como yo, el Escarabajo preferido de la Reina Nefertari. Pero al imprevisto, a manera de un látigo que me persiguiese aún dentro del agua, el vocablo ultrajante —«jettatore, jettatore»— resonaba sólo para mí, en el ilimitado mutismo del contorno, y recomenzaba a amargarme el veneno del furor.

¿Cómo? —argüía yo en balde— ¡Jettatore un escarabajo sagrado! ¡Italiano imbécil! ¿Por ventura a los de lapiázzuli no se nos receta para la neuralgia? ¿Y a los de amatista para las intoxicaciones y para conjurar el granizo y las langostas? ¿Y los de granate no consuelan el pesar de las viudas? ¿Y los de ámbar no preservan de los dolores de garganta y de los sortilegios? Aunque no... para eso, para contrarrestar los hechizos, estamos los escarabajos, sin diferencias materiales; también los de turquesa, los de cornalina; los de cuarzo, los de basalto, los de obsidiana, los de jaspe rojo y sardónice y cristal y marfil y cerámica, todos, todos los escarabajos, patrocinados por Ptah, dios de los artesanos, y por Hathor, diosa de los orfebres y de los mineros, y superando a la escarabea estirpe, el Escarabajo de lapiázzuli, el egregio, azul como el famoso mar. ¡Italiano imbécil!

Descendía, impelido en una u otra dirección por el fluir de las corrientes livianas y afectuosas, como si danzase flotando, y la memoria de las enseñanzas acopiadas en el laberinto de mi existencia milenaria, y coronadas por las lecciones recientes de Monsieur Gustave, licenciado en Ciencias Naturales, me iluminaban acerca del escenario que me circuía y acerca de sus moradores. A las algas, a las diáfanas medusas, a las anémonas de trémulos filamentos, a los cangrejos y erizos, a las esponjas, a los hipocampos, a los inúmeros peces (los más besadores), a los seres cuya condición animal o vegetal es ardua de decidir, sucedían, en tanto la policromía agonizaba y el azul instauraba su imperio, las colonias de corales enjorados y ramificados, adheridos a la escabrosidad geológica, los caracoles de formas de un barroco inverosímil, la confusión de las cavernas habitadas por individuos suspicaces, acorazados o translúcidos, que me espiaban en un vaivén general de moroso abanico. Yo pasaba entre ellos; intruso, me abismaba, entre ojos protuberantes y estáticos, entre tentáculos vibrátiles. Descendía, y observaba, que la luz adquiría una calidad esotérica, y confería a los alrededores un tono espectral, sobrenatural, hipnótico, de escena recordada y no vivida, o de alucinación. De ese modo, sin pensar en lo grave de mi problema, que una vez más, como tantas en el transcurrir de mi biografía, era vitalmente serio, fui internándome en la hondura del mar, hasta que, a unos treinta o cuarenta metros de la superficie, terminé por posarme en una accidentada plataforma de lodo, detritus, rocas y moluscos.

Me enteré en el acto de que no estaba solo en aquel extraño elemento, o sea de que además de los inúmeros pobladores zoológicos y botánicos concentrados y residentes allí, había en ese lugar del Egeo, a escasa distancia del cabo Artemision, uno o más congéneres... ¿cómo definirlos...? uno o más participantes de las mismas esencias y condiciones particulares, que me son propias. Un sentido peculiar cuya dilucidación me escapa (pues se me escapa, en verdad, cuanto atañe al mágico secreto de mi identidad inescrutable), me advirtió de esas presencias afines, manifestadas en algo así como una vibración y un resplandor, a mí dirigidos a través de los profundos azules y, al paso que me habituaba a distinguir las imágenes que la marítima depresión me ofrecía, fui pugnando por localizar la causa de los mensajes sin duda amistosos. Partían de muy

cerca. Gradualmente, dramáticamente, como si se descorriese un velo de gasa entre blanco y azul, clarísimo, que estremecían los reflejos irisados de la paulatina y temblorosa fauna, el proscenio se diseñó, exacto, con cada uno de sus altibajos y fragosidades, exponiendo la escala entera del portentoso, del lujoso azul, en apariencia preparado para recibirme a mí, príncipe de los azules azulados, azulencos y azulinos, y entonces sí, entonces pude ubicar quién o quiénes buscaban establecer conmigo, tan luego conmigo, una relación o un intercambio de noticias, o qué sabía yo qué trato y correspondencia, en tan excéntrico paraje.

Me costó reconocerlos, pues estaban quebrantados, separados, por el golpe de la caída, de algunas de sus extremidades, y además los enmascaraban las costras duras, armadas por el encarnizamiento aprovechador de los parásitos organismos. Como si no bastara, hallábanse sumidos hasta la cintura en el fango. Eran dos, y a despecho de las incrustaciones, excrescencias y mohos que los corroían y desfiguraban, colegí que se trataba de dos estatuas, posiblemente de bronce, la de un hombre maduro y la de un niño, y que el mayor era quien se esforzaba por parlamentar, usando la tácita transmisión insonora que comunica a quienes somos fundamental y divinamente similares. También intuí que ambos personajes, despojados del pegadizo caparazón que los cubría, podían ser muy hermosos. El sordo texto se traspasaba hasta mí en el griego noble de la gran época, que es el que domino mejor, por mi etapa entre las prostitutas heleno-egipcias de Naucratis y en la Atenas de Aristófanes, así que me apresuré a responder a su exordio de evidente bienvenida, extremando el aticismo retórico, para publicar de entrada la excelencia de mi educación.

¡Qué cuadro raro, y qué conversación, más rara todavía! Después (nos habituamos a lo que más contrario a lo razonable parece) me acostumbré al medio, al diálogo y a sus integrantes, pero aquella vez, la primera ¡qué fantasmagóricos, qué engañosos me resultaron ese teatro y sus actores! Veía por fin con claridad el decorado: las grutas sinuosas; el acumulado cieno, del cual mis dos compañeros emergían; y, en torno, análogamente visibles y semienterradas, cien, doscientas ánforas de barro, de cuyas bocas estrechas brotaban los apéndices flexibles de pequeños pulpos averiguadores, inquilinos de sus anchas barrigas. Con el niño nunca platiqué; al otro le sobraba labia, y me confió que jamás, desde que allí yacían, había cambiado con él ni una frase ni una idea.

De golpe me refirió su historia: su desazón por charlar, sofocada hacía tantos siglos, desbordó hasta que tuve que apaciguarlo, porque apenas lo entendía. ¡Qué opuestas se mostraban, no obstante su agitación inicial, las cosas que me dijo y las que preocupaban a Mrs. Vanbruck! Si los accidentes y pormenores submarinos evidenciaron ser estrambótica, incalculablemente distintos a cuanto rodeaba y halagaba a Mrs. Dolly, en el «Lady Van» y en los numerosos hoteles y casas que por ella conocí, equiparable fue el contraste planteado entre lo que el hombre de bronce me transfería y lo que parloteaba la hija de los United States, atendida por su naturalista y su arqueólogo. ¡Qué dos mundos: el líquido, nítido, azul y el terráqueo de las aéreas contaminaciones! ¡Qué dos mundos: el del Poseidón de metal, más y más olímpico y grandioso, al paso de las horas y mientras recuperaba su serenidad augusta, y el mundo de la viuda de Mr. Aloysius Vanbruck, indomablemente ansiosa! ¡Qué ejemplo de elegancia proveía la efigie del dios del mar, cuya espléndida desnudez triunfaba, adivinaba bajo el carapacho impuesto por sus gorriones pensionistas, frente a la desnudez con guantes de Mrs. Vanbruck, una desnudez zurcida y pespunteada, desprovista de auténtica distinción! Elegante fue la Reina Nefertari, cuando subía a su carro de guerra, detrás de Ramsés, o cuando avanzaba entre las majestuosas esfinges del templo de Karnak, flanqueada por los portadores de matamoscas de plumas de avestruz; elegancia la de Poseidón, cuyo brazo cortado se curvaba con tan admirable ritmo que dibujaba, en el súbito centelleo del agua, al desaparecido tridente.

Su historia, resumida, comienza así: tuvo por padre al escultor Kalamis, uno de los contemporáneos más notables de Mirón, el del «Discóbolo».

—Eso nos sitúa —interrumpí— más o menos en el promedio del siglo y antes de Cristo.

—¿De quién?

—De Jesucristo.

—No lo conozco. ¿Un filósofo? Conocí a Sócrates.

—Bastante más... un dios, un dios más fuerte que el conjunto de los dioses.

—Comprendo: una nueva revelación de Zeus. Ya se comentaba, en mi época, el afán acaparador, egocentrista, de Zeus.

—Dejémoslo así. No tiene ninguna relación.

Kalamis trabajaba con primor el mármol, pulía el bronce, el oro y el marfil. En la entrada de la Acrópolis de Atenas, se colocó una sensacional, incomparable estatua suya, la de una mujer de ambiguo sonreír, que intrigaba a los visitantes.

—La recuerdo —le repliqué a Poseidón—. Es la Sosandra. En los propileos. Yo estaba en Atenas y fui a verla con Aristófanes, desde el dedo anular de su mano derecha.

Maravillóse el Neptuno de los griegos:

—¿Aristófanes? Nunca lo oí mencionar.

—Su vanidad no te lo hubiese perdonado, porque fue contemporáneo tuyo. Un poeta cómico, un individuo desagradable. De él te contaré después. Supongo que permanecerá aquí buen rato. Sosandra era un milagro, un antecedente de la Gioconda.

—¿De quién? Nombras a desconocidos: Cristo, Aristófanes, la Gioconda...

—Nada. Prosigue.

Kalamis lograba perfecciones, y tanto se valoraban sus méritos que desempeñaba en Atenas, sin carácter oficial, el cargo de organizador de las bellas artes. Un día entró en su taller un joven singular.

—Se dirigió a mí, que ocupaba el centro de la vasta habitación, abarrotada de esbozos, de fragmentos, de astillas, de polvo blanco. Yo carecía aún de alma. Me acarició con mano firme la cabeza, los ojos, la nariz y los oídos y, resbalando sobre mi pecho, se detuvo en mi vientre. Entonces vi, oí y aspiré el olor del estudio, y sentí en mi interior, como un pájaro que despierta, el aleteo del espíritu. Percibí al instante que el joven no me tocaba con voluptuosidad, sino con respeto. Percibí que aquél era un dios. Kalamis, un hombrachón vehemente, no lo juzgó así, por mucho que la regla, a la sazón, prescribía que los dioses anduviesen por la Tierra, sueltos. Capaz de inmediatos raptos de cólera y de ternura, se escandalizó de que el mocito osase manosear a Poseidón, su obra maestra, y lo echó del taller a empujones. Antes de salir, el huésped me clavó una mirada penetradora, y sus labios se entreabrieron en una delgada sonrisa, tan sutil y densa de ocultos sobrentendidos, que el escultor, al captarla, se arrepintió y pretendió impedir su partida y atrapar al infrecuente, alarmante y hermético modelo, que le proveía la casualidad. Pero fue en vano; el muchacho se escurrió; su risa retozaba; y a Kalamis no le quedó más remedio que ponerse a bosquejar en la pared, a la ligera, aquella dulce y equívoca sonrisa, que con el correr de los meses sería la de Sosandra.

—La sonrisa de un dios: ahora, al cabo de mil cuatrocientos años, me lo explico. Por desgracia, Sosandra ya no existe. En el acceso de los propileos, únicamente se halló su base.

—¿Sosandra...? ¿Sosandra...?

Una inenarrable tristeza veló el mensaje de Poseidón. Como la luz disminuía, penosamente reparaba yo en su forma y en la del niño, disfrazadas por la secular labor de algas calcáreas, de anélidos y de moluscos, en sus turbios bronce, perdidos en la opacidad de los arrecifes coralinos y en el espesor del lodo que los mantenía prisioneros. Insólito, algún gran pez arenoso, de recia aleta dorsal, se interponía entre ellos y yo, arrastrando la negrura de su sombra, y el consternado plañir de Poseidón se diluía detrás, como si también arrastrase su dolor el gordo pez incoloro, a través de lo azul, hacia el refugio y el capricho de las esponjas:

—¿Sosandra...? ¿Sosandra...?

Serenóse mi interlocutor y continuó el relato que fluía de mente a mente. Me confesó que cuando tuvo conciencia cabal de su importancia plástica, por las entusiastas opiniones de los convidados de Kalamis y de los atraídos por su nombradía, el orgullo le aseguró que estaba destinado a un preclaro edificio público, quizás a un templo dedicado al dios del mar. Y añadió un detalle conmovedor: de la imponente belleza de su cuerpo, sólo había

podido aventurar una idea merced a las apreciaciones oídas, porque no se había visto a sí mismo nunca. Sabía que en su impecable armonización anatómica se conjugaban el vigor viril del atleta y el fácil equilibrio de quien domina el arte de la danza; delante de él habían repetido hasta el cansancio, moviéndose en torno, que por momentos daba la impresión de estar enraizado en el suelo como un árbol, y por momentos parecía pronto a saltar y volar. No ignoraba ni el exacto cordaje de sus músculos, ni el poder de sus extremidades. Algunos estetas, especialmente los de mayor edad, alababan la pureza de su falo, como si criticasen una joya. Pero él, Poseidón, no logró jamás verse; su presunción emanaba de referencias; menos aún conocía su lastimoso estado actual.

Tampoco podía verlo yo, en la espesura de la acentuada lobreguez. Seres con fluctuantes vestiduras y sombrillas vaporosas, a la deriva, me abrazaban y continuaban su vagabundeo. Después del capítulo de la arrogancia, Poseidón inició el del desastre y el desengaño.

—Un próspero mercader de la isla de Thasos, al norte del Egeo, acudió al estudio de Kalamis. Se ufanó de sus minas de oro, de sus canteras de mármol, de sus viñedos, de sus olivares, de su comercio con Egipto y Fenicia. Se sacudía la abultada panza con las manos rutilantes de piedras de colores. Anduvo por el taller, revolviendo, preguntando, tocando (a él sí se le permitía tocar, describiendo la fastuosidad de la villa que le edificaban, entre castaños y abetos, y me palpó las caderas, como si fuesen las ancas de un toro, en el mercado. Con horror presagí que no me aguardaba mi destino en la abierta columnata de un templo, ni en un estadio, ni en Delíos, ni en Olimpia, sino en un patio de la villa de Thasos, para regodeo de las ínfulas de un nuevo rico. Kalamis titubeó, antes de sacrificarme, mas la oferta era tentadora, y como consecuencia poco más tarde emprendí el primero de mis dos viajes únicos. Una carreta tirada por bueyes, pausadamente me condujo al Pireo. Mi padre y maestro rehusó hacerme compañía; cuando partí, se tapó con el manto el rostro. En el trayecto, la gente aplaudía, voceaba, se agolpaba: Sobre las dos ruedas, iba yo, erecto, blandiendo el arma: el dios del cuerpo luminoso se despedía, ignorándolo, de la vida, del mundo, y se balanceaba con suave ritmo, como si deseara volverse y abarcar con los ojos a Atenas, a las murallas, al puerto, para llevárselos consigo, a una isla lueña, frente a la costa inhóspita de Tracia. Me esperaban en el Pireo, ávidos, el mercader, un barco y la fatalidad. Había en la cubierta del trirreme, bajo el rectángulo de la vela, un gran caballo de bronce, al que un niño del mismo metal montaba y acicateaba. Reconocí en él, por su calidad, a alguien de mi condición, y pretendí hablarle, como ahora hablo contigo, pero no me respondió, y ya te lo dije, en ningún momento expresó por medio alguno que me oiga y comprenda, tanto que pienso que, a diferencia de lo que sucedió conmigo, no hubo divinidad que al niño se acercase, en el taller de su escultor paterno, para generosamente infundirle un alma. Junto a él me izaron, con cuidado sumo, varios hombres, y en breve zarpamos para el que fue mi segundo y hasta hoy último viaje. Las imágenes que recogí de las islas que dejamos a nuestro paso... Kea... Andros... Skiros... Skópelos..., con las que me ofreció el espacioso andar, arrastrado por cuatro bueyes, entre mi natal Atenas y el Pireo, pueblan mi memoria, aparte de las cotidianas que me brinda este sitio, mas hace tanto, tanto tiempo que estoy recluido aquí, como un caracol o un erizo, o una ostra, que no me atrevo a asegurar que corresponden a la realidad estricta, ya que pienso que aquellas imágenes verdaderas se han ido modificando y deformando, en el transcurso de los días y las noches, los días y las noches, los días y las noches, de suerte que hoy, la Atenas y las islas que en el recuerdo guardo", como un tesoro, como mi tesoro exclusivo, probablemente son una mera invención mía. Sin embargo, aun falsas y producto de mi idealismo, me apasionan las imágenes que inconscientemente fragué, y nada me haría renunciar a ellas, porque sin ellas me sentiría despojado y hueco.

Mi flamante amigo suspiró, y yo, el Escarabajo, tan acaudalado de reminiscencias variadas, interpreté la ironía conmovedora de su observación, considerando que si es imposible que yo me deshaga de uno solo de mis recuerdos —pues sé que mi tonalidad, el delicioso color de mi lapislázuli, es fruto de las imágenes que acumuladas encierra, y que desposeído de una mínima parte, perdería lustre—, con mayor razón era justo que Poseidón conservara su caudal mediocre, por más que fuese apócrifo.

—Costeábamos la isla de Eubea —agregó—, y llegamos a la altura del cabo Artemision, donde algunos años atrás se había dado el combate célebre.

—Sí. El que ganaron la tormenta y los griegos.

—Ése. Y allí se desencadenó sobre nosotros un temporal que justifica el fracaso de los persas, no obstante su poderío temible. Fue atroz. Las olas saltaban sobre la cubierta del trirreme y la azotaban; troncharon el mástil, rasgaron y desclavaron la vela; quebraron los remos; cortaron las ligaduras que nos mantenían inmóviles al niño, a su caballo y a mí; jugaron encarnizadamente con la embarcación desmantelada, que levantaban y precipitaban, entre famélicos remolinos de espuma, y terminaron por tumbarla y hundirla, lanzando al agua bronce, mercader, remeros y equipajes, en un torbellino de gritos y de golpes. No te describo mi zambullida, porque acabas de sufrir un trance similar. Como peso más, fue más rápida. También fue más doloroso para mí., ¿la llamaré coquetería...? la palabra suena a grotesco, proviniendo de un Poseidón de mi envergadura... pero sí ¡que me perdone Zeus...! fue doloroso para mi coquetería estética, pues en el tumulto, las costillas y los encontrones, me amputaron los brazos y no sé qué más, aparte de topetar la cara contra la borda. Me fui derecho al fondo, chocando contra los segmentos del maltratado corcel, el pequeño jinete sin montura y los más disparatados y patéticos testimonios de nuestra ruina. Velozmente me enterré aquí, dentro de una mezcla de barro y de amasadas y rotas conchillas, de la cual tanto el niño mudo como yo somos desde entonces cautivos infaustos, cada vez más sujetos. No me alcanzó el tiempo para percatarme del medio inhabitual que me había asignado el Destino, ya que antes de que acostumbrase mi mirada a este raro claror azul, comenzaron a descender, uno a uno, vencidos en la lucha con la saña del oleaje, los ahogados. Abrió la marcha el mercader panzón, culpable de mi desgracia por su estúpida villa de Thasos; bajó girando gravemente, tironeado en seguida por los voraces déspotas de la zona; y luego bajaron, casi desnudos, los nautas, como un lento vuelo de desconocidas deidades, hasta que sobre ellos también se abalanzó la gula de una pareja de tiburones. Sólo cuando se aquietó el agua, estremecida por tan feroz violencia, cuando se alejaron los monstruos, y los restos finales cayeron alrededor, imperó la calma. Entonces reconocí, inciertamente, lo que quedaba del gran naufragio de las galeras de Jerjes, Temístocles y Euribíades, el lacedemonio. Hoy no queda nada; hace olimpiadas innumerables que los gusanos dieron cuenta del maderamen, y que las esponjas, los erizos y las ascidias se apoderaron de cuanto metal había en las naos, hasta escamotearlo en el fango fósil que me cubre, y si no me ha encapuchado totalmente, aunque es poco lo mío que de él asoma, tal vez sea porque Poseidón fue condecorado por los helenos con el título de «Salvador de la Patria», después de la victoria de Artemision. En aquella época, los despojos de la guerra me rodeaban como espectros. No sé por qué se salvó el niño de extraviarse para la eternidad, en la asfixia del légamo destructor; no sé nada de él, nada. Transcurrió el tiempo, el tiempo, el tiempo, y ésta es la primera vez, desde mi caída, que hablo para alguien que no sea yo mismo. Transcurrió el tiempo, el tiempo... Varias naves zozobraron y sus restos se perdieron; de una subsisten las ánforas que están aquí y que habitan los pulpos, quienes amurallaron sus bocas con guijarros y valvas. En dos ocasiones solas, vi pasar a los dioses...

—¿Los dioses?

—Los dioses marinos... todos, todos los dioses... Atravesaron muy cerca, sin fijarse en mí, charlotteando, interpelándose alborotadamente, lo que facilitó su identificación. Deduje que iban a una fiesta o de ella regresaban; los llamé y fue inútil; avanzaban a los tumbos, en medio de guirnalda de estrellas de mar, escoltados por miríadas de noctilucas fosforescentes que les alumbraban el camino: Poseidón, del cual soy bronceo retrato, fuera de que las algas, las anémonas y los buccinos se enredaban en sus barbas... (¿cómo estaré yo, padre Océano?)... y Anfitrite, su esposa, a punto de perder el equilibrio, mareados ambos, casi tendidos, como en un tálamo, en una madreperla gigante, abierta y nacarada, a la cual se uncían seis sopladores potros, con branquias y retorcidas colas de pez; los seguían, empujando asimismo al vehículo y sus zigzags, Proteo, el acuático pastor cambiadizo, a quien enmarcaba su torpe rebaño

de focas, que a mí me parecieron víctimas de hipos y regüeldos; Glauco, haciendo mugir su cuerpo, que sumaba su desafinado clamor a las caracolas de los Tritones, caballeros en delfines; las cincuenta hijas de Nereo, rey de este mar, las cincuenta Nereidas, verde la cabellera y verdes los pechos de lascivo dibujo, esto último por su natural constitución o por efecto de las libaciones; las Sirenas cantoras y tambaleantes, entre mujer y ave y pez, venidas de un peñasco que hay entre Capri y la costa de Italia, y que impacientaban al grácil Narciso, por momentos efebo y por momentos flor, aquejado por el disgusto de tener el vino triste, alzando nubes de polvo y de crustáceos en su ruta, para que no encontrara dónde reflejarse; y la ninfa Tetis, madre del glorioso Aquiles, que tropezaba, con un cántaro en cada hombro... Jubilosos como te cuento, salvo el enfadado Narciso, ebrios de vértigo y de hidromiel quizás, al que hubiesen añadido buenas dosis del vino resinoso de Corinto, de Délos, de Rodas o de Samos, lo que los hacía más semejantes a un séquito del beodo Dionisos que del recio Poseidón, porque andaban de orgía, y me hubiera encantado participar, desencajándome de la masa mineral que me agobia... pasaron... pero no me escuchaban ¡cómo me podían escuchar...! Acomodaban su euforia en sus carros de caparazón de tortuga y de colosal cangrejo, esgrimiendo por fustas los diez tentáculos de calamares flexibles, y azuzaban desmañadamente a la caballería egea y su embarullado galope. Gorjeaban las Sirenas, buscándose con nombres de arrobadora música; ¡Meolpé! ¡Persinoe! ¡Leukosía! ¡Aglaope! ¡Ligeia!, en un gorgoteo irisado de pompas de aire, que las transformaba en cristales de transparencia exquisita. Vibraba el cuerno y le respondía el timbre de las caracolas, que sonó a égloga, a borrachera y a lontananza... y no bien se suspendía el canto, charlataneaban, comadreaban... ¡Qué frívolos eran! ¡Qué diversión! Pasaron dejando una estela de luces y de voces y hasta, perdóname, de tritónicas flatulencias, que en breve se borró, y me hallé nuevamente solo, con este jinete niño que no habla. Te lo pinto así, por lo menudo, como un friso, porque me impresionó como te hubiese impresionado. Por lo demás, aquí jamás acontece cosa alguna, y la vida se reduce a esperar. Un día es igual al otro y al otro y al otro, y me refugio en la visión efímera y deslumbrante de la bienandanza y la embriaguez de mis dioses, que tuve la ventura de atestiguar... pues no me figuro ya que los dioses son felices... ya no son felices...

—El mundo ha cambiado. No hay lugar en él para los dioses.

—Es cierto. También yo sé que los dioses han cambiado, porque los vi por segunda vez. Como la primera, cruzaron aquí mismo, pero su refocilo y placer habían sido reemplazados por el pavor. Fue larguísimo tiempo después, y te aseguro que nada sobrepasa en angustia a un dios asustado. Eran los dioses míos, los que te enumeré: Poseidón, Anfítrite, Glauco, Proteo, los Tritones, las Sirenas, Tetis, Narciso... y en esa ocasión disparaban... Si en la pasada oportunidad los advertí placenteramente empujadores y tabernarios y discursando con frenética algarabía, atravesaban en ésta a escape, como una hueste vencida y prófuga. Ni sonaban las caracolas, ni las Sirenas cantaban. ¡A correr, a correr en desorden, a huir, jadeantes las bocas de las cuales brotaban multicolores burbujas! ¿Entiendes, Escarabajo? ¡Los dioses del mar huían! Y detrás, hozando como un jabalí con monótonos rezongos, nadaba el animal más grande que vi nunca. Comprendo el terror de las divinidades; era algo que hubiese espeluznado a Heracles, un monstruo descomunal; negro, con traza de pezlitán, o mejor aún como describen al hipopótamo de tu país, y con el cuerpo formado de una lustrosa materia. Destellaba fulgores intensos, y lo más extraño eran sus formidables fauces, abiertas y encendidas, tan dilatadas que permitían examinar el interior.

—¿El interior del cuerpo? ¿Viste el interior de su cuerpo?

—Sí, y con ninguna imagen lo puedo comparar, porque adentro del monstruo había dos hombres y muchísimas cosas.

—¿Dos hombres? ¿Estás seguro? ¿No lo soñaste? Debes soñar a menudo, en esta reclusión.

—No lo soñé, por Zeus. Al principio se me ocurrió que este engendro era, a causa de su espanto y magnitud, la Serpiente de Mar que mencionaba Kalamis en el taller, pero ese otro dragón infernal, según le oí al propio Kalamis, difería completamente del que ante

mí se adelantaba, ya que la sierpe de Andrómeda, por lógica, revestía una envoltura serpentina, serpenteante, y capaz de atrapar a un navío serpentinamente y de hundirlo serpenteando. Por otra parte, como recordarás, al serpentón lo destruyó Perseo, hijo de la Lluvia de Oro, y este monstruo mío flotaba y seguía su ruta, invulnerable, pleno de vida, además de que la rigidez de su composición le vedaba las acrobáticas contorsiones que realiza una serpiente. Y llevaba dos hombres, te repito, en su interior.

—¿Dos hombres? La cifra descarta a la ballena de Joñas.

—¡Tú siempre con tus adivinanzas! ¡Joñas! ¡Qué nombre! ¿De dónde lo sacas? Continúo. Las dos personas en cuestión se hallaban, pues, adentro de aquel horror negro y radiante, y lo imprevisible es que no evidenciaban la mínima contrariedad: conversaban naturalmente, se enseñaban unos dibujos, hacían girar una pintada esfera, y de tanto en tanto, como en apoyo de su plática, miraban hacia lo eterno de las descerradas fauces, y señalaban el paisaje del mar. A los dioses, dijérase que no los veían, porque nunca ¿me entiendes? nunca se fijó en ellos su interés. En cambio los pobres reyes y príncipes del abismo ¡vaya si se interesaban! ¡vaya si les importaba la calamidad ronroneante que invadía su imperio con la obstinación de una máquina de guerra, de un caballo de Troya submarino, seguro de triunfar! ¡Y competían en su fuga! ¡Los dioses se escabullían, despavoridos, creando un remolino de caracoles, de pies palmípedos, de escamas, de tridentes y de coronas! No han vuelto a aparecer por aquí, y barrunto que no retornarán. ¿Quién adivina en qué cavidades turbadoras esconden su temor y su inútil vergüenza? Independientemente de tales disturbios, la fiera impasible se alejó, dejándome aterrado, pero me alcanzaron los momentos de que dispuse, para vislumbrar el origen de la serenidad de los hombres que contenía (y que acaso fueran otros dioses, los verdaderos dioses), pues noté que de las duras mandíbulas del monstruo no nacían filosos dientes, antes bien ellas parecían sostener algo así como un grueso cristal, que separaba a los dos individuos del elemento acuático, y el fúlgido interior, en lugar de las entrañas supuestas, encerraba un estrambótico conjunto de muebles imposibles de concebir y de amplias cajas llenas de conchas, de corales y de objetos en los que no pude, por desgracia, reparar.

—¡Ah Poseidón, amigo Poseidón! —exclamé yo a esta altura—. ¡Tu monstruo no era ni la magna Serpiente ni la ballena de Joñas! ¡Era el «Nautilus», el «Nautilus» del capitán Nemo! ¡Ha recaído en ti, en tu aislamiento y abandono, el magnífico regalo de ver pasar al «Nautilus» de Julio Verne! Se lamentó suavemente la estatua:

—Escarabajo, me entristece confirmar que cuando por fin tengo un interlocutor, al término de padecer una incomunicación infinita, no le entiendo. Recelo de que te estás burlando de mí, de una ignorancia que resulta de la prolongada prisión y de la carencia de mundanas informaciones. Acumulas los nombres extravagantes que inventas, y que sin embargo se adentran en mi memoria: Cristo, la Gioconda, Aristófanes, Joñas, Nemo, Julio Verne (observa que no los olvido; te los recito al revés: Julio Verne, Nemo, Joñas, la Gioconda, Aristófanes, Cristo) y me convenzo de que te mofas. Entretanto me callas si esos dos, aparentemente humanos, que semejan dioses, eran dioses o no.

—Lo eran, Poseidón, a su modo: diminutos dioses endebles, mortales...

—¿Y los dioses del mar? ¿Anítrite, y su corte de Sirenas?

—Estarán, como presumes, ocultos. Lo que ocurre es que en el mundo ha habido y hay una superproducción de dioses. Yo he conocido docenas, y ahora no los encuentro en ningún lado. Ya te contaré. Mañana, cuando la luz solar nos beneficie de nuevo en esta hondura, te empezaré el relato de mi vida. Si el tuyo fue corto, será largo, muy largo, el mío. Supongo que oírlo, a ti te entretendrá, y a mí me hará bien ordenar mis pensamientos, mientras voy recordando.

—Hasta mañana, Escarabajo amigo. Yo personifico a un dios y entiendo que tú representas a otro. En nuestra intimidad, hay esencia de dioses. Tienes razón: los dioses hemos fatigado al mundo, que sin embargo tenía hambre de dioses. Me contarás tu vida y te lo agradeceré. Nadie, ni el filósofo más perspicaz, lograría darte la medida de cuánto me aburro. Aquí lo único que hay, es tiempo, tiempo... tiempo...

La oscuridad enlutaba inflexiblemente la escena. Apenas si algún volandero ro/ ar me

probaba aún que no estaba solo, en esa plataforma del Egeo, entre ánforas esparcidas. La postrera frase del Poseidón quedó bogando alrededor, como si fuese un pez ciego y tenebroso: Aquí lo único que hay es tiempo... lo único que hay es tiempo... lo único que hay es tiempo... tiempo... tiempo...

Entonces la desesperación impotente me sobrecogió. En anteriores oportunidades, durante mi milenaria existencia, he sufrido prisiones, inmersiones y sepulcros, pero estoy harto de retraimiento y creo que he pagado mi cuota de meditada clausura. Me gustan la gente y su diversidad; me gusta sentirla en torno, escucharla y espiarla, me ha gustado, desde lo alto de un dedo que subraya las líneas, leer los caracteres en un rollo de papiro, en una tabla encerada, en una de arcilla, en un pergamino, en una hoja de papel manuscrito o impreso, en un libro con grabados, con dibujos. Así leí, sin ir más lejos, la historia del «Nautilus» y de su capitán. Me gusta que me lleven y que me traigan; que me exhiban, que me luzcan, que me estudien; que me deseen, que me amen; aunque no imaginen quién soy, aunque no conjeturen mi aturdidora antigüedad, mis tres mil novecientos años de andar por el mundo, en este año de la era de Jesucristo Nuestro Señor, ignorado por el buen Poseidón de Kalamis. ¡Ay, ay! —reflexionaba—; ¿qué sucederá ahora?, ¿qué puede suceder? Si este desgraciado de bronce yace aquí desde el siglo de Pericles, ¿hasta cuándo permaneceré yo, extraviado bajo cuarenta metros de agua y sal, entre enemigos parásitos que se apoderarán de mí, que roerán mi lisura y extinguirán mi color...?

Una furia tan vana como violenta pretendió encender mi lapislázuli, a manera de una breve antorcha, en la oscuridad. La memoria de Giovanni Fornaio, el italiano de Mrs. Vanbruck, el gigolo miserable, cómplice criminal de la jugarreta del Destino, me trastornó de rabia. Ensayé de comunicarme con Poseidón, de transmitirle los sucesivos «¡hijo de puta!; ¡hijo de una gran puta!», que sin ninguna originalidad ni retórico juego, concretaban mi juicio sobre el salteador, desvalijador y bandolero napolitano, el hijo de una grandísima puta de Giovanni. ¿Qué harían ahora, en el «Lady Van», Mrs. Dolly, Mr. Jim y él? Crecía la noche; habrían echado anclas en el puerto de pescadores de Skiathos... las viñas... los olivos... las estrellas... Mr. Jim, metido en su camarote, continuaría traduciendo el texto de jeroglíficos en que la Higuera, el Granado y el Sicómoro discuten poéticamente sobre sus méritos propios de protectores de los amantes. ¡Los amantes! Los suspiros apasionados de Mr. Jim se encaminarían, como Cupidos ingleses de ténues élitros, hacia la pompa nupcial de la cabina de Mrs. Vanbruck, enguantada y desnuda, donde el Brillante, incandescente de satánico orgullo, disfrutaría sin rivales del turismo sensual recorriendo en su carruaje tirado por cinco bestezuelas con uñas el físico panorama de Giovanni, sus bosques, sus vallas y su peñón. Me esforcé por intensificar mis imprecaciones, para que el hijo del escultor las captara, pero de nada sirvió mi terquedad. Poseidón dormía. Y yo, el más desdichado de cuantos escarabajos hay, así reposen y se imbecilicen en el secreto de una tumba, yo, el Escarabajo preferido de la Reina Nefertari (a quien otros optan por llamar Nofretari; yo no), la Princesa Hereditaria, Grande de Favores, Posesora de Encanto, Dulzura y Amor, Dueña del Alto " del Bajo Egipto, la Osiriaca, Gran Esposa Real, Señora de las Dos Tierras, Nefertari-Meri-en-Mut, la Honrada ante Osiris, y tal vez traspapele algún título, yo, su enamorado de más allá del fluir de los milenios, también me dormí, con una palabra soez en la mente (esa que corresponde a la mujer que ejerce el inmemorial oficio del sexo), inspirada, no ciertamente por mi Reina querida, sino por ¡a señora madre de Giovanni Fornaio, tan desconocida por mí como la Gioconda por Poseidón. Me dormí sin sueños, sin despertarme hasta que el amanecer reanudó su tarea diaria de pintar con cuantos azules combina la paleta más exigente, el fondo del mar Egeo, que poco a poco se fue esbozando y ganando en vehemencia azul, hasta convocar a los pequeños pulpos, que asomaron a las puertas de sus casas de caracol, desperezándose, y estimular la ronda flechera de los peces, los cuales, consecuentes con la tradición que regula las relaciones sempiternas entre individuos, se comían los unos a los otros, de mayor a menor, de mayor a menor.

2. LA ADORABLE REINA NEFERTARI

Así como los ojos del entendimiento se abrieron, para Poseidón, dentro del estudio ateniense del escultor Kalamis, los míos abriéronse en el taller dirigido en Tebas por Nehnefer, jefe de los Orfebres del Rey de Egipto. Comienza ahí el relato de mi existencia, dedicado a mi compañero de bronce, en la hondura del mar. Como se supondrá, la narración variadísima fue interrumpida constantemente por Poseidón, que exigía aclaraciones, pues a menudo no captaba en absoluto lo que yo trataba de contarle, ni podía imaginar quién era la inmensa mayoría de los personajes que circulaban por mi historia. Tales preguntas y paréntesis estiraron, complicaron y ramificaron extraordinariamente mi crónica, y confieso que muchas veces irritaron mi paciencia, pues me hallé en la situación de un anciano sabio y experimentado que intenta referir sus memorias a una criatura, y si el viejo, como en mi caso, es un pequeño Escarabajo sagaz, mientras que la criatura es un fornido grandullón, eso agrava las cosas. En consecuencia, prefiero olvidar y descartar los interrogatorios del marino (un ingenuo buenazo, es cierto, pero muy limitado) y ceñir mis anales, estrictamente, al itinerario de mi fabulosa odisea.

Repito, entonces, que los ojos de la comprensión y de los sentidos se abrieron, para mí, en el taller tebano de Nehnefer, jefe de los Orfebres de Ramsés II. Y si algo será difícil, más aún, imposible de explicar, en el desarrollo de mi extensa biografía, es la sensación que experimenté en aquel crucial momento. Fue como si, repentinamente, una abundancia ardorosa de sangre, o una vivificante irrigación de savia, o un orgasmo como los enloquecedores que a Mrs. Vanbruck le provocaba el maldito Giovanni, recorriese la piedra que me configura, de súbito densa de vida: he aquí las imágenes naturales más adecuadas que se me ocurren, pero no dan, no pueden transmitir una noción de la realidad, del vibrar delicioso que, aun permaneciendo yo inmóvil, me estremeció espiritualmente hasta lo más recóndito, y de la impresión extravagante que tuve, pues en mi interior sucedía algo así como si en su pétrea solidez se desatrancasen puertas y ventanas imprevistas, para que por ellas se precipitara, hacia mi intimidad, un torrente de sonidos y de luz. Al improviso, vi, oí, respiré olores y, lo que resulta todavía más fantástico, comprendí. Sobre el Escarabajo de lapislázuli, la inteligencia volcaba, tumultuosas, las percepciones, las intuiciones, las concepciones, un caudal deslumbrador. Lo primero que advertí fue un niño de unos diez años, moreno, bello y grave, semidesnudo, con un grueso bucle caído a un costado de la cabeza. Luego supe que aquél era el hermano menor del Faraón reinante; que se llamaba Khamuas, y que asombraba a los escribas más eruditos con el portento de su ciencia de los libros sacros. En ese instante sus labios pronunciaban, en voz muy baja, las últimas palabras inescrutables de una fórmula mágica, la fórmula a la cual adeudo ser hartos más que una piedra insensible. Cuando la frase final se desvaneció, y me noté dueño de lo que, a falta de otro vocablo, denominaré una personalidad, reparé en que se movían, fantasmales, detrás del niño hermoso e impasible, de largos y negros ojos, dos vagas figuras. Quizá — deduje después— fueran las de dos dioses: Seth, el hechicero, con el cuerpo humano y una cambiante cabeza, no sé si de oso hormiguero o de jirafa, y Thot, el letrado de la

sapiencia oculta, también antropomorfo, pero con cabeza de ibis. Ambos tenían los cabellos azules, de lapislázuli, de mi lapislázuli, y que se me excuse la vanidad. A poco, se esfumaron. No dudo ni un segundo, al evocarlos, de que los dos van al frente del prolongado cortejo de dioses que acompaña mi extraña vida, y que aparecen y desaparecen a mi vera, como enmascarados misteriosos. Los señalo porque, si es cierto que Poseidón le debe lo que es a un dios agraciado y joven, asimismo hubo dioses el día de mi nacimiento al espíritu, y fue el joven y agraciado Khamuas, el encantador intermediario entre los dioses y yo: la diferencia finca en que el divino muchacho de Poseidón se evaporó muerto de risa, en tanto que Seth y Thot (si tales, como creo, fueron) se eclipsaron sin desprenderse nunca de su hierática y teatral solemnidad, pero no hay que borrar de la mente que el dios de Poseidón (tal vez Mercurio) era griego, y los míos eran egipcios, y que aunque todos sean dioses, la diferencia de maneras y de humor entre unos y otros es bastante obvia, como recordará cualquier estudiante de Mitología.

Luego del párvulo Khamuas, atrajo mi atención el jefe de los Orfebres, Nehnefer quien se mantenía algo alejado, respetuosamente. Rasurada la cabeza, sólo vestido con un corto paño alrededor de la cintura y exhibiendo un cuerpo de oscura y melancólica delgadez, que el tiempo había maltratado y consumido, acentuaba su ancianidad rugosa por contraste con la lisura bruñida del príncipe. Únicamente él fue testigo de la esotérica operación; concluida ésta, retiróse Khamuas en silencio, con un leve relampaguear de los pendientes que colgaban de sus lóbulos, y el reverencioso Nehnefer lo escoltó hasta la puerta; el orfebre golpeó las palmas, y artífices y artesanos llenaron bullangueramente el taller. Pusiéronse a trabajar todos, y yo, que poco a poco avanzaba en el camino de la conciencia, contemplé cuanto me circuí con ávida curiosidad. Observé, por lo pronto, que sobre la mesa donde reposaba se distribuía la más diversa suerte de metales y piedras, y aunque el tiempo corrió antes de que conociese sus nombres y calidades, me fascinaron, ya entonces, su color y fulgores, porque allí había trozos de electrum, traídos del desierto oriental y del país de Punt; turquesas de las minas del Sinaí; cornalinas, granates, calcedonias, amatistas, jaspes, cristales de roca, algunas láminas de plata, más preciada que el oro, confundidos con los buriles de obsidiana, los martillos hechos de guijarros pulidos o de madera, los cinceles de bronce y cobre, y las vasijas colmadas de cuentas de vidrio, amarillas, rojas, negras, azules y verdes, algunas de ellas muy simples, pero otras de formas caprichosas y audaces. En torno de la mesa y del horno y su soplete de caña, movíanse lapidarios, cinceladores y expertos en cerámica, bajo la dirección de Nehnefer. Dos enanos cumplían, por tradición, la tarea de engarzadores, y la alternaban con bufonerías que hacían reír a los demás. Uno de los retacones, a quien le dolía la vista, le rogó al jefe, ante mi espanto, que me prestase para tocar conmigo sus ojos enfermos, y si bien Nehnefer arguyó que los que poseen la virtud curativa son los escarabajos vivientes y nunca uno de lapislázuli, tanto porfió el minúsculo individuo que el maestro, encogiéndose de hombros, terminó por acceder, y en breve desfile de mano en mano, de párpado en párpado y de córnea en córnea, porque no había nadie allí que no sufriese o lagrimease, a causa del polvillo sutil que desprendían las piedras elaboradas, y poblaba el aire. Constituye ese andar a través de los ojos del taller donde supe quién soy, mi inaugural ensayo viajero, y si por un lado debo decir que no fue agradable el contacto con tantas oftalmías, confieso, de igual modo, que por vez primera me picoteó el orgullo, al hacerme sentir, a mí que había nacido entre dioses, como un diminuto dios, dispensador de dádivas singulares. No demoró mucho mi ausencia, pues me reclamó Nehnefer, quien tenía listo ya el brazalete para engastarme.

A esa alhaja la detallé con claridad: estaba explayada sobre la mesa, y era tal la importancia que se le concedía, que los artífices y discípulos despejaron el contorno, a fin de que la flexible pulsera que manipulaba el jefe luciera su máximo esplendor. La componían canutillos de oro, vidrio azul, lapislázuli, calcita y electrum, enhebrados con cornalinas y más vidrios azules, entre bordes de cuentas áureas. Tan preciosa era, que la contemplé embobado. Entonces oí, por primera vez (fue aquél, para mí, un día de muchas iniciaciones trascendentes), el nombre de la Reina Nefertari, a quien se la destinaba. Con escasos y hábiles ajustes, el maestro me fijó a la joya. A mí mismo, al

Escarabajo, no me vi y conocí hasta el siguiente día, y lo debo a un espejo de bronce, con una suave figura femenina esculpida en el mango, que el azar de los encargos del taller colocó en la mesa y frente al cual, por hacer una broma y con mil grotescas pantomimas, me alzó y presentó el más vetusto y chueco de los enanos.

¡Con qué maravillada emoción me descubrí! ¡Cuánto, cuánto me gusté! Me asombra que el empuje de mi suma y flamante vanidad no mudase el sereno azul de mi lapislázuli y no lo intensificara hasta transformarlo en el rojo que impone la arrogancia más violenta y atrevida. La pulsera se adhería a mí, en un extremo, como si fuese mi manto cimbreante, y yo... yo... mi azul era sobrenatural, y mi longitud, aplicando las medidas actuales, alcanzaría a tres centímetros. ¡Qué magnífico escarabajo de lapislázuli, enriquecido por delicadas líneas de finísimo oro, que dibujaban la silueta, las patas y las divisiones del caparazón! Con las patas delanteras, sostenía (sostengo) un redondo sol de sangrienta ágata... Era y es imposible imaginar nada más peregrino en su género, y se justifica la ufanía con que Nehnefer, mi padre, mi creador, me mostró a su gente, haciéndome girar entre el pulgar y el índice, y subrayando el linaje de mi piedra. Entonces me enteré por él de que esta piedra, que talló luego, procede de un lugar llamado Badakshan, lejanísimo, enclavado en los bosques de árboles pistacheros de Kunduz, en la región afgana que custodian los tigres, y que formó parte de los obsequios enviados por el Rey de Babilonia a un Faraón de la anterior dinastía, muerto adolescente, un Tutankhamón insignificante de quien, si no me equivoco, se empieza a hablar demasiado. Y me enteré de que mi faz posterior, la que nunca he podido ver, ostenta labrada la cartela (eso que Mr. Jim y sus egiptólogos denominan el «cartouche») de la Reina Nefertari, los signos jeroglíficos que permiten leer su encerrado nombre: el corazón, la tráquea, la hoja, la boca, los dos bastoncillos, el canal, el buitre hembra, la onda de agua, las figuras inscritas en mi cuerpo para siempre. Aquellos antecedentes exóticos, aquellos regios caracteres y la noble suntuosidad de mi aspecto, unidos a la escena en que merced al conjuro de un príncipe, el fulgor del discernimiento descendió sobre mí, convenciéndome de que en mi raíz cayó una chispa de la esencia augusta que los dioses y los faraones comparten. ¡Ah fatuidad y descaro! Ni siquiera milenios más tarde, cuando me informé, ridícula, científica y prosaicamente, de que el lapislázuli y lazulita es un alumosilicato complejo de calcio y sodio, que a veces se encuentra en dodecaedros romboidales, presentando una fisura dodecaédrica imperfecta, pero más a menudo en masas compactas de intenso color azul, generalmente impuro por la presencia de calcita, piroxena, diópsido, mica y pinta... una piedra blanda, incapaz de rayar la dureza del cristal de roca... ni siquiera hoy, hoy que sobrevivo impotente en la profundidad del Égeo, me resigno a confesar que no, que no soy un escondido dios, sino eso que ya dije, una gema, una piedra exaltada por la eficacia de un viejo artista, Nehnefer, y por el capricho de un niño mago, Khamuas... con más razón entonces, cuando me reflejé primordialmente en el espejo que un enano sostenía, y me admiré y murmuré en lo más recóndito de mi alma el nombre enigmático de aquella que llevo en mi carne azul, y que estaba predestinado a servir y amar: Nefertari... Nefertari...

A la otra mañana, Khamuas acudió en mi busca, con varios servidores; traían un cojín y sobre él me pusieron, junto a diversos brazaletes, collares y sortijas. En el medio refulgía yo, que era el más soberbio, el único consciente y por eso mismo, sagrado. Nos condujeron al palacio real, entre la abigarrada multitud de la ciudad de Tebas, que se apartaba a nuestro paso, reverente, al oír los gritos de quienes encabezaban la fugaz procesión. El Rey y la Reina se hallaban en los jardines, y allá nos fuimos. Avanzamos bajo los sicómoros y las palmeras, rozando los troncos y el follaje, luego tan familiares para mí. Granados, manzanos, algarrobos y acacias eran vecinos de las viñas, de las higueras y de los olivos. Los monarcas se miraban, inmóviles, como dos finas esculturas, cerca de un estanque en el que flotaban pálidos nenúfares. Bandadas de palomas revoloteaban o se arrullaban, en torno de las plantas de papiro. A los pies del Rey, estaba echado un león.

Tanto Ramsés como Nefertari eran muy jóvenes, y ambos excepcionalmente bellos. El Faraón se parecía a Khamuas, su hermano, por la pequeñez de la boca sensual y por la

tersura de la piel dorada, imberbe, pero el mentón voluntarioso y las marcadas cejas, que sublimaban el corte almendrado de sus ojos castaños, definían un rostro con los rasgos severos y dominantes de que carecía el niño soñador. Vestía un manto blanco y ligero, y se adornaba con una ancha gargantilla formada por múltiples hileras circulares de oro, a las que completaban flores de loto azules. Sobre su espesa peluca corta, adelantábanse, en la simple diadema, el Buitre y la Cobra, los protectores del Alto y Bajo Egipto. Lo observé primero, es verdad, porque él era el soberano, y desde que entramos en los jardines oí a los servidores que, tal vez por adular a Khamuas, elogiaban las virtudes de su hermano mayor y reiteraban sus títulos, como si orasen: Hijo Encarnado de los Dioses y del Sol... Señor del Milagro... Estrella del Cielo... Elegido de Re en la Barca Solar..., palabras que vibraban como metales sonoros en el leve ondular de las palmeras... Lo observé, y me emocionaron la grandeza de su expresión y la proporción seductora de su ceñido cuerpo, nitidamente diseñado bajo el manto de lino... pero cuando mi examen se trasladó a la Reina, que mientras él permaneció de pie, pulcro y armonioso, se había sentado con suave abandono junto al estanque de los nenúfares, no tuve más inquietud ni norte que ella, tan embelesadora fue, tan única, tan incomparable. Se dirá —con razón— que me faltaba experiencia para juzgar, que nada había visto hasta entonces, y se me preguntará de qué otras imágenes podía valerse mi pobreza virgen para cotejar y opinar. Me cabe responder que el Destino organizó los acontecimientos de manera que yo empezase el camino de la Belleza por la cima, y que ahora, ahora que han transcurrido milenios desde aquel encuentro maravilloso, y que he conocido a millares de hombres y de mujeres, mi parecer no sólo no varió sino ha ganado, a través del tiempo colosal, y sigo creyendo afianzadamente que nunca, nunca, por los siglos de los siglos, he gozado la felicidad de aproximarme a un ser tan hermoso, tan dulce, tan refinado, tan grácil, tan hecho simultáneamente de fragilidad conmovedora y de elegante y segura firmeza, como la adorable Reina Nefertari. El menor de sus gestos obedecía a leyes de estricta medida, que se desenvolvían con cadencia espontánea, y toda ella, quieta o apenas moviéndose, se mostraba como envuelta por su propia claridad. Supe, en el andar de los días, que por las venas de la Reina corría la sangre de los ilustres faraones pasados, mientras que el Rey, apenas descendiente de visires que ocuparon el trono desierto, suplió la falta de dinásticos antecesores con una profusión ficticia de convocadas divinidades, pero, no obstante la solemnidad de su pompa, yo, tan próximo, advertí más tarde que la imperial rigidez del ambicioso Ramsés II, obedecía a una disfrazada inseguridad de la cual estaba desprovista la invulnerable Reina. Bajo tal aspecto, Nefertari difería completamente de su esposo: si él se destacaba por la majestad del boato, por no sonreír casi nunca, por transmitir, y lo conseguía, la impresión de que era un dios más, entre los grandes dioses (y no una minúscula salpicadura de dios secundario, como yo imagino ser, a veces), la Reina, que en verdad participaba, por su origen, de la anhelada condición divina, evidenciaba una invariable sencillez bondadosa, una facilidad amable, que en ocasiones, durante las ceremonias públicas, hacía que Ramsés le llamase calladamente la atención y la incitara a adoptar su misma actitud tiesa y distante y a representar con la dignidad requerida el papel de Reina-Diosa que de ella se esperaba.

Así —calma, simple, sonriente, dúctil, inclinada hacia los nenúfares con una deliciosa dejadez natural— me ofreció Nefertari su primera estampa en el tebano jardín. Como el Rey, vestía una túnica de interior, tan transparente y liviana que a través del lino tenue se podía abarcar el primor de su cuerpo, esbelto y escurrido, la brevedad de sus pechos duros, la estrechez de su cintura, el largo de sus piernas delgadas y airosas, de modo que tanto ella como Ramsés daban la sensación de estar vaporosamente desnudos, entre las rosas, las amapolas y los crisantemos que, distribuidos aquí y allá, integraban la decoración del estanque. Y ¡su rostro, el rostro luminoso de Nefertari, la Osiriaca, Gran Esposa Real! ¡Oh, dioses! ¡Su piel, su piel harto más clara que la del soberano!, ¡sus mejillas rosas!, ¡sus ojos negríssimos, estirados hacia las sienes por la pincelada justa!, ¡la mínima guirnalda floral, que era como una retorcida rama de acuáticas hierbas de oro, entretejidas con piedras multicolores, y que circunscribía su locado! Salí por fin de mi azoramiento, y eso me permitió saborear

la estética escena que representaban los tres preclaros personajes: el Faraón escultural; la Reina, que algo dobló la cabeza sobre el alto cuello, lo cual hizo centellear las cobras enlazadas en sus pendientes; y el Príncipe infantil, prosternado hasta besar el pie fraterno, lo que significaba un honor insigne, y que se alzó para presentar la ofrenda del cojín de las joyas. ¡Ay, a partir del principio de los principios, he sido fundamentalmente sensible a la atracción de la plástica hermosura! Y ¡qué hermosos, qué cortesos, qué gentiles eran los tres!, ¡qué jóvenes!, ¡qué hermoso el jardín, los granados, las rosas y su perfume, el aura que agitaba ingravidamente las túnicas y acariciaba la desnudez de los cuerpos! ¡Con cuánta rapidez aprendía y maduraba yo!

Ramsés alargó una mano y señaló las alhajas. Brillaron de alegría los ojos de Nefertari, mientras nos contemplaba con modoso titubeo, y vacilaba en su elección. ¡A mí!, ¡a mí! —pensé con toda la fuerza de mi ánimo, y noté que los ojos del niño, casi tan negros como los de la Reina, se fijaban en mi brazaletes, como si me enviaran un secreto mensaje. Entonces ella, la adorable, dejó de hesitar, y con un breve grito jubiloso, me eligió. En seguida, el propio Faraón me tomó y me colocó en la muñeca izquierda de su mujer, abrochando el cierre, de manera que experimenté su contacto y el de Nefertari, tan intensamente que me creí a punto de desfallecer de lubricidad, lo cual, si se recapacita, es bastante raro para un escarabajo de lapislázuli. Aumentó mi deleite, al oírle decir a la Reina que en lo posible no se separaría nunca de mí, porque adivinaba que yo... yo... ¡oh Khamuas...! encerraba para ella un irreemplazable talismán, como secuela de lo cual el Rey sonrió débil y sutilmente, y acentuó su parecido con el niño hechicero.

Partieron éste y los servidores; probóse Nefertari las sortijas y los collares; y aunque le agradeció el regalo a su marido, comprendí que quien le interesaba y atraía era yo, pues en todo momento estuvo considerándome, analizándome y pasando sobre mi estructura sus dedos ahusados. Y es cierto que desde ese día no se separó de mí, cuando pudo; cierto, también, que yo apliqué cuanto influjo emana del misterio de mi alma, para retenerla; tan cierto como que desconozco todavía hoy, la razón por la cual el arte del pequeño Khamuas me transfirió dicho aliento insólito: si fue para medir el alcance de su mágico dominio, indiscutiblemente extraordinario, y si estaba realizando un ensayo conmigo, utilizándome como sujeto, actitud propia de un sabio de fantástica ciencia, o si mucho más modestamente, se trataba de un juego, sólo de un juego, que los diez años precoces de Khamuas, geniecillo o aprendiz de brujo, se divertían en jugar, envolviéndome en la inconsciencia de su trama. Hayan sido sus intenciones las que fueren, le doy las gracias: merced a él, mi lapislázuli ha vibrado, a través de los tiempos y los tiempos, con pasión, con curiosidad, con sorpresa, con ironía, con dolor, con ventura; merced a él, he vivido; soy.

A poco, seguidos por el perezoso león, los reyes se retiraron. Aguardaba a Ramsés la continuación de la cotidiana rutina. Se había levantado al alba; lo habían bañado y le habían dado masaje; lo habían vestido, empelucado y alhajado; su comida matinal había consistido en pan, frutas frescas y zumo de higos; empezaba ahora la tarea con los visires, con los sacerdotes, con los arquitectos, con los astrónomos, con el Escriba Real, y demás escribas, agrupados alrededor del trono o de la andariega silla portátil; las audiencias con el Jefe del Sello, la correspondencia del Virrey de Nubia, de otros monarcas, de príncipes vasallos; las ceremonias, ¡as constantes ceremonias, en las que era imprescindible que el Rey, ante el cual los cortesanos olían la tierra, jamás dejase de parecer un dios, de ser un dios... La Reina tomaba parte en algunas, por coacción de la etiqueta rigurosa. Ese día fue para ella, excepcionalmente, una jornada de paz, sin obligaciones. La pasó entre sus mujeres, luciéndome de continuo. Mandó llamar a Nehnefer, para felicitarlo por mí, y a Khamuas, para que le explicase sus sueños y la entretuviese con sus historias, pues el niño conocía muchas. Le ordenó que repitiera, con destino a sus servidoras etíopes, desnudas, que dilataban los ojos atónitos, por qué, en el panteón egipcio, Khepri, el dios escarabajo, simboliza el perpetuo devenir del sol y cómo el nombre del escarabajo y del verbo que designa al nacer de la existencia, son

casi idénticos. Obedeció el pequeño mago, y aclaró que Khepri representa la gran ley básica de la renovación de la vida, y que la marcha de cada escarabajo empujando su bola de estiércol hacia atrás, de Oriente a Occidente, copia el movimiento solar; que por eso es llamado «escarabeo» el divino Atón, Atón-Re, el Sol; y por eso, junto al Ibis, al Halcón y al Saltamontes, el venerable Escarabajo le presta al rey sus alas, después de su muerte, mientras se quema incienso aromático para que vuele al Cielo, morada de los dioses.

Yo escuchaba más estupefacto aún que las doncellas oscuras, la revelación de las causas miríficas que me asimilan a la rotación del gran astro, y la enumeración de los misterios coincidentes que por mi intermedio contribuyen a traspasar a los faraones la eternidad de su fuego, y disfrutaba, ebrio de sensualidad y de arrogancia, pues en tanto Khamuas refería mi gloria, la Reina no cesaba de deslizar sus dedos sobre mi liso lapislázuli. Luego entraron bailarinas y enanos cómicos, pero no me distrajerón de mis imágenes triunfales. Esa noche me tocó participar de la primera de las escenas amorosas que rellenan mi larga biografía. Tuvo por actores a Ramsés y a Nefertari, en una habitación del palacio cuya ventana enmarcaba el curso de la luna sobre el Nilo, y en un lecho cubierto de tejidos y almohadones muelles, bajo un inmenso tul que los protegía de los mosquitos zumbadores. Allí los dejaron las esclavas, luego de despojarlos de sus escasas ropas, y pese a las protestas del Faraón, la Reina me conservó en su muñeca. Milenios más tarde, recordaría el pormenor de aquella inicial experiencia nocturna, cuando Mrs. Dolly Vanbruck, sin más atuendo que un par de mitones rosados, me conservó también, en el dedo medio de la mano derecha, cada vez que me estimulaba a viajar sobre el cuerpo velludo y membrudo de uno de sus transitorios compañeros de lucha erótica. El episodio que me informó acerca de las satisfacciones de la organizada voluptuosidad y acerca de la desgracia de que yo, por razones de constitución pétreas, no pueda contentarme sino mentalmente (lo cual no es poco) en el campo del placer físico, tuvo dos aspectos: el favorable y el desfavorable. Fue propicio el vinculado con mis paseos encima de la piel de oro del joven Ramsés, de sus entregados torso y muslos, enloquecido por los roces que me imponía el entusiasmo de la Reina, y todavía más por los que tenían por campo sedoso a los pechos, el ombligo, las piernas, y etcétera de la propia joven Nefertari; y fue adverso el resultante de un arañazo casual que le infligió mi brazalete a la majestad de una nalga del Faraón. Lanzó un aullido el vástago de Horus, lo que despertó y provocó un bostezo al león dormido al pie del lecho augusto, e ipso facto fui arrojado, más allá de la nube del mosquitero, a un ángulo de la cámara nupcial, con la suerte de que preservé incólume mi delicado montaje. Quedé aturdido un minuto; por fin me recuperé y, al favor de la luna que plateaba el aposento, asistí a las quejas de Nefertari, despojada de su joya, y a las quejas de Ramsés II, maltratado en la sensibilidad de su piel, hasta que cedió la Reina y besó la parte afligida, curándola hábilmente con toques de la punta de la lengua, lo que hubiera interesado sobremanera al arqueólogo Mr. Jim y a su amigo el arqueólogo Mr. Howard Carter, pues es fama, anotada por los especialistas responsables, que los egipcios antiguos reducían su modo de besar a la aspiración de sus respectivos alientos.

La distancia que me separaba de la pareja no era excesiva, así que desde mi rincón me dediqué a espiar sus turbadores retozos. La lívida luz lunar y la neblina del tul se asociaban para suscitar una atmósfera encantada, en cuya indecisión agitábanse los cuerpos, el blanco y el bronceado, tan semejantes en su estilizada estrechez —salvo, por supuesto, ciertos detalles—, que de no mediar la diferencia de pigmentos, a menudo los hubiese confundido, en el desorden de brazos y piernas enredados, de manos ávidas, de turbulentas cabelleras negras, de fulgurantes, nevadas dentaduras, de grupas y abdómenes elásticamente sacudidos, sin distinguir a quién correspondía cuál. Mucho aprendí, esa cálida noche, no sólo en lo que concierne a la sana lascivia; recibí, asimismo, la lección primera de una materia difícil: los celos. Como era la primera, no sufrí demasiado; no estaba pronto aún para amar, y en consecuencia para padecer, mas los celos se manifestaron, precursores, imprecisos como las imágenes que el brumoso mosquitero me ofrecía, pero presentes ya. Terminado el entrevero, oí, radiante, que la Reina me reclamaba, con apagada y lastimera voz, y entonces sucedió algo tan insólito,

tan imposible, que los súbditos de Ramsés hubiesen preferido la muerte antes de creerlo, por sacrilego, pues profanaba la divinidad del Faraón, y con la suya la de Osiris y el resto de los dioses. Fue que Ramsés II, palmeándose de vez en vez la nalga herida, para ahuyentar el hambre de un mosquito, se echó a andar en cuatro patas por la cámara, buscándome en la penumbra, seguido por su león fiel y desconcertado, que le olfateaba la carne enteramente descubierta, hasta que por fin me encontró y me colocó con galanura en el antebrazo de la adorable Nefertari. Dormí ahí hasta el amanecer, víctima de tremendos sueños, que por fortuna no pudo interpretar el niño Khamuas.

Cuatro días después, aconteció lo acaso previsible, pero señalo que tuvo a Khamuas por instigador. Ocurriósele a la Reina un paseo por el Nilo, al crepúsculo, cuando en el desierto vecino empieza a refrescarse la temperatura, aprovechando que el Rey debía considerar enojosos asuntos con el siempre descontento Moisés y sus tribus pedigüeñas, y por su orden aparejaron uno de los caiques livianos, de velas triangulares. Los remeros, apenas ceñido un corto calzón, iban coronados de flores de loto. Nefertari, por de contado conmigo, y con el niño prodigioso, Khamuas, que tanto la entretenía, se situó en el centro de la barca. Detrás, junto al timonel, estaba el portador de plumas de ibis, que alejan a los cocodrilos, y más cerca los flabelíferos, que lentamente mecían altos abanicos de plumas de avestruz. Zarpamos remontando la corriente. En ambas márgenes, los labradores suspendían sus tareas y metían la boca en el polvo del suelo, a nuestro paso. Había peñas, con jeroglíficas inscripciones, que traducía Khamuas, y una vieja libia de brazos tatuados tocaba, como si murmurase, unas castañuelas, alternando las de madera y las de oro, acompañada por un sordo tamboril, para que bailase entre risas un monito predilecto. El caique se deslizaba dulcemente; cruzáronse algunas falúas, cargadas hasta el tope, y también una pesada embarcación, portadora de inmensos bloques de piedra que, por lo que a Khamuas le oímos, venía de Asuán, con destino a las construcciones piadosas de Ramsés. Flotaban en la brisa del atardecer los velos de la Reina, y yo me abrazaba a su muñeca, con todos mis canutillos preciosos, mis vidrios azules y mis cuentas rojas y áureas. ¡Qué felicidad! Súbitamente, callaron los crócalos y el tambor, y el babuino del Sudán se ocultó debajo del banco de un marinero, donde se puso a comer un platillo de frutos de sicómoro. Levantóse en ese instante, en la proa, la voz de un muchacho ciego, el arpista, cuyo pecho y caderas descarnadas se recortaban como si estuviese hecho de amarillento marfil. Crispábanse sus largos dedos sobre el arpa. Cantó:

*¡Ah, si yo fuese su doncella negra,
cómo su cuerpo entero miraría!
¡Ah, si su pobre lavandera fuese,
tan sólo por un mes! ¡Con qué alegría
en su olorosa túnica de lino,
los sutiles ungüentos lavaría!*

Hizo una pausa y volvió hacia nosotros sus ojos blancos. El mono, el animal sacro de Thot, asomó en la cubierta. Tornó a sonar, nostálgica, el arpa del ciego.

¡Ah, si fuese, en el dedo de mi amada, si fuese el brillo azul de una sortija, con la seguridad de qué cuidados velara por la suerte de su vida! ¡Si yo de su guirnalda el mirlo fuera, ay, ay, cómo su cuello abrazaría!

Calló la voz baja, y las últimas cadencias continuaron flotando alrededor, como un eco que se convirtiera en los velos ondulantes de la reina Nefertari. Pensé que lo mismo que la guirnalda del poeta al cuello de su amada, yo rodeaba la muñeca de la Señora de las Dos Tierras, de Nefertari, como reza su título, «para quien se levanta el Sol». Comenzó en cambio a crecer la Luna, y en la proa encendieron una farola. Khamuas me tocó con la uña del índice izquierdo, y observé que me miraba intensamente, cual si conmigo se comunicase. El hechicero apartó luego los negros ojos y yo seguí su dirección. Entonces vi claramente, costeano la ribera opuesta, la de los sepulcros, un espectral desfile de

barcas. Supe que, por gracia del niño, sólo yo lo veía, y por él supe, también sin que me hablase, que las tripulaban los dioses del Nilo, quienes lo venían remontando desde el Delta: Anubis, el de cabeza de perro; Upuat, el lobo; Thot, el ibis; Sebek, el cocodrilo; la Gran Vaca del Océano Primordial, echada como si fuese de granito, bajo los velámenes; Hapy, el espíritu del río, el andrógino verde y azul, envuelta en lotos su ambigüedad; y que, como es de rigor, los comandaban Osiris y Horus. Sólo un instante duró la visión: los extraños belfos y picos, las cabelleras de lapislázuli, las manos que sostenían símbolos y cetros, se borraron. Miró el jovencito a la Reina, y ella dejó colgar la mano izquierda y el brazo en el cual resplandecía yo, sobre la borda, hasta que, poco a poco, los introdujo en el agua y sentí su tibieza.

Entraba en el caudal venerado, en el Padre fluvial que año a año devolvía la vida a Egipto, como el Sol del que soy imagen, de tal manera que entre el Nilo y yo se estableció una suerte de mística alianza. Los ojos irónicos de Khamuas perdiéronse en la corriente V, como acudiendo a su convocatoria, advertí que inúmeros peces ascendían desde la profundidad hasta asediarme. La Reina no se percataba, evidentemente, de esas escamosas presencias, lo que, a no dudarlo, se debía al arte secreto del mago. Dijérase que el niño aguardaba, entre grave y sonriente. De pronto, al cardumen que nadaba entre los rítmicos remos, se sumó el más misterioso, terrible y célebre de los habitantes del río: el oxirrinco, que con el barbo y el fagro se repartió a dentelladas, según la leyenda, el sexo de Osiris, no obstante lo cual la hermana del dios, con o sin sexo, muerto y rearmado, obtuvo el portento de que Osiris se ingeniase para fecundarla. Así son los milagros. Ése era el pez que, atraído por el nigromante infantil, comenzó a besuquearme, a halagarme con la cola y a inquietarme con su individual refinamiento. ¿Debemos asombrarnos de que el retoño de una familia tan ilustremente alimentada, hiciese brotar en mí una desazón inhabitual? La Reina retiró la mano del agua cómplice; ascendí chorreando hasta su seno, y no sé si por obra del niño jugueteón, del pez nutrido con partículas del miembro omnisapiente, o de ¡a soberana que me atisbaba con cariñosa vehemencia —de Khamuas, del Oxirrinco o de Nefertari—, me enamoré de esta última. Me enamoré ahí, al segundo y para siempre: sospecho que si el niño actuó como agente de la Fatalidad, el Oxirrinco ayudó bastante.

Asistí desde entonces al amor de Ramsés y Nefertari, atenaceado por la angustia. Comprendo que mis sentimientos fueron extravagantes y egoístas, porque ¿qué podía hacer yo? ¿Qué podía hacer, sino testimoniar, desde las sombras de mi amor impracticable, los triunfos de ese amor espléndido? Testimoniar y, en ocasiones y hasta determinado punto, participar de ellos, pues Nefertari (y eso, no obstante la desventura de mi situación, me colmaba de placer) insistía en conservarme puesto durante el desarrollo de sus mixturas íntimas. Fui, efectivamente, ya que no su inverosímil amante, su compañero. Con ella llegué, a la zaga del Faraón, a las minas de turquesas del Sinaí; con ellos viajé al sur, allende la primera catarata y cerca de la segunda, al lejano lugar donde Ramsés hacía erigir dos santuarios, frente al Nilo, en la soledad arenosa, uno dedicado a sí mismo, como dios solar, y el otro a su reina amada y a la diosa Hathor, en el cual yo hubiera preferido que estuviese el escarabajo monumental que para Karnak mandó esculpir, pero me serené al enterarme de que mi Nefertari fue (y a no confundirla con Nefertiti) la única reina digna del honor de las esculturas colosales, ya que allí se le otorgó la jerarquía de diosa. ¡Qué pareja de dioses excitados, la que me recayó en suerte, y con qué agradable soltura se deificaban! No conocían la fatiga de entremezclar sus cuerpos. Y de viajar, de un extremo al otro de Egipto: a Pi-Ramesses, ciudad de los antecesores de Ramsés, en el Delta, a confirmar el progreso de los templos, a Ge-bel-Silsileh, en el sur, a adorar al Nilo fecundador... Hasta a la guerra fuimos, pues la Reina rehusó separarse del Rey; a la guerra contra el Rey de los Hititas, para lo cual atravesamos la tierra de Canaán y la Fenicia, al norte de Biblos. Nefertari calzó guantes rojos con los cuales sujetaba (¡ella misma, la grácil criatura elaborada para el amor!) las bridas de la yunta de briosos caballos, y saltó al carro de combate, enchapado de oro. ¡Y yo con ella, yo con ella, lanzando rayos sobre el guante! ¡Yo estuve en la batalla de Kadesh, en que el ímpetu de Ramsés casi le costó la vida! Reveo, a infinita distancia, en el torbellino, el destrozo de los caídos carros, los arcos tensos, las lanzas, los puñales, los

escudos cubiertos de pieles de guepardo, la lluvia de flechas, la reverberación... ¡Estuve en Kadesh, y luego, cuando los reyes penetraron en Galilea, también estuve en el sitio de Ascalón y en la toma de Dapur!

El reverso doloroso de esas horas de esplendor, que me compensaban de mis torturas sentimentales, se producía en las ocasiones previstas por el protocolo, las cuales disponían que la reina luciera otras joyas. Los soberanos se iban a Karnak, a Luxor, a mostrarse en el Nilo, en una barca dorada, al aglomerado pueblo cuyas mujeres lanzaban el zaggarit, el grito agudo que se logra apoyando la lengua contra los dientes y haciéndola vibrar; o a los Valles de los Reyes y de las Reinas, a cumplir con ritos inflexibles, entre enmascarados sacerdotes. Se iban los dos dioses, y yo quedaba solo, en el tebano palacio, herido por el mal de ausencia. Pero a su regreso, después de que los desembarazaban de los ceremoniosos tocados y ropajes, olientes aún a las esencias que habían ardido alrededor o que habían ofrecido a las divinidades ¡con qué lozana furia los veía estrecharse, y en algún caso rodar al suelo, debatiéndose dentro de la red de tul que los protegía de los mosquitos!

Justifícase, como fruto de esas actividades, que la Reina diese a luz varios vástagos. Periódicamente, ante la inminencia del suceso, me mandó abrochar a su muñeca, pues insistía en que yo era su talismán. Y en los natalicios principescos, oí a las parteras susurrar las fórmulas mágicas que auxiliarían al recién venido, si abría los ojos en el mes de Paophi o en el mes de Athyr, y comprobé la entrada, invisible para los demás, de las diosas especiales que vigilan los nacimientos: las siete mimosas Hathors de cuerpo femenino, orejas de ternera y cuernos pintados, la diosa de la Lactancia, la de la Cuna, y Hekat, la de cabeza de rana, símbolo de la vida y del renacer. Cierto es que allá se andaba entre dioses, y que si mi buen amigo Poseidón los vio sólo dos veces, en el mar Egeo, yo los veía en Tebas a cada rato.

Debí faltar en una ocurrencia al alumbramiento, pues me habían enviado al taller del jefe de los Orfebres, para que ajustase la traba que se desliza dentro de una espiga que hay en mi costado. Nehnefer trabajó cumplidamente; en cambio mi falta, la falta del amuleto, probó ser siniestra: durante el parto, Nefertari murió. ¡Murió la joven, la adorable, la bellísima Reina Nefertari, dejándonos absortos y aterrados a mí, a Ramsés, a Khamuas, a sus hijos, a sus aliados y vasallos, que hacían resonar el imperio con su nombre! Asistí a la escondida desesperación de Ramsés, obligado a presentar ante todos el mismo rostro inmutable, como tallado en ágata. Asistí a la entrega del cuerpo que los dos amábamos, a los sacerdotes, a los hechiceros, a los cirujanos, a los embalsamadores. Supe, a medida que el tiempo avanzaba, que su momia había sido cubierta de alhajas, de talismanes, ¡ay!, de múltiples y preciosos escarabajos, de rollos de papiros con textos del «Libro de los Muertos», del «Libro de las Doce Puertas», que describe las doce zonas del Duat, del mundo subterráneo a través del cual navega la barca de Osiris en el último viaje. Día a día, esperé que me buscaran, seguro de que yo sería el Escarabajo del Corazón, el que reemplaza al de los despojos: ¿quién con más títulos que yo, su inseparable, el que lleva en el vientre grabados sus signos? Y, asombrado, escuché que ya habían colocado en su pecho, en lugar de tan singularísima importancia, un pez de malaquita. ¿Qué había pasado? ¿Tendría el Faraón celos de mí? ¿Podía atribuirme tanta trascendencia? ¿Qué soy yo? Nada... nada... una gema: sí, pero enamorada. ¿Cómo es aquello que, muchísimo después, leía el español y yo con él? «Polvo serás, mas polvo enamorado...» Eso: una enamorada piedra; eso soy. Y acaso el Faraón lo intuía. O no, no: debió de ser idea de Khamuas, como lo más fundamental que me concierne. Khamuas contaba a la sazón unos veinte años, y se parecía extraordinariamente al Rey que yo conocí, al faraón muchacho que me obsequió a Nefertari. Era otro Ramsés, pero simultáneamente menos viril y recio y más profundo, más dueño de sí mismo, de su secreta identidad y del extraño papel que le incumbía en la Tierra, aunque el Faraón, no necesito reiterarlo, había confluído por convencerse de su propia condición divina, lo que le implicaba tremendo trabajo y una permanente y disimulada nerviosidad. Me detengo a meditar, y deduzco que en las idas y vueltas de mi vida aparentemente eterna, en cuyos meandros el misterio asoma a menudo, mi relación con Khamuas ha sido una de las más

misteriosas. Nunca he conseguido explicarme, y sin duda nunca me explicaré su interés especial por mí, un bello escarabajo de lapislázuli, sin duda, pero un escarabajo entre tantos; nunca se lo agradeceré bastante.

Las operaciones y ritos de preparación de una pobre adorada, duraron setenta días, y cuatro el transporte de su catafalco y lo que iba a rodearlo, hasta su tumba, situada en la margen opuesta del Nilo, donde comienza el Valle de las Reinas al sur de la temible montaña de los muertos, que guarda desde la altura la diosa serpiente. No me extenderé, porque es para mí demasiado doloroso, y además porque se trata de un asunto similar a los desarrollados minuciosamente por Mr. Jim y sus sabios colegas, sobre los diferentes aspectos del lentísimo viaje fúnebre, a bordo de las barcas que cruzaron el río y luego cuando el trineo tirado primero por bueyes rojos y después por los príncipes y visires, se adentró en el arenal. Lo acompañaban el rítmico plañir de las lloronas; los personajes portadores de los objetos y muebles de la soberana, desde sus frascos de ungüentos, sus cajas, sus alabastros y sus áureos dioses de madera, hasta sus asientos ornados con lotos y papiros, y su lecho —el sacudido lecho del amor que yo frecuenté a menudo, ardiente de celos y de pasión, bajo el mosquitero— y hasta el carro de guerra en el que con ella participé de la batalla de Kadesh y su difícil victoria, y al que tuvieron que restaurar y repintar. Los nobles se habían rasurado; las mujeres vestían el luto de lino blanco azulado; el Faraón iba en su silla portátil, con la doble corona y la barba postiza, como un dios más, impasible; los sacerdotes, sin cesar, repetían oscuros textos de los grimorios, algunos de ellos tan antiguos que ni siquiera los expertos los lograban entender. Yo estaba dentro de un abierto cofrecillo de marfil, con otras joyas, y me llevaba Khamuas, sosteniendo la arqueta con ambas manos, como si la ofreciese al cielo que cambiaba de matices, en el transcurso de los días y de las noches. ¡Si hubiese podido llorar! Pero, y eso me hermanaba al Faraón, yo no podía llorar. No podía sino pensar en mi Reina que partía hacia el secreto de las sombras, dentro de tres sarcófagos, bajo su máscara de oro, sus collares, sus pectorales superpuestos, sus incontables brazaletes, dediles y sortijas, sus talismanes y sus fórmulas e impetraciones arcanas, fajada por centenares y centenares de metros de tiras, de finas bandas fragantes que la ceñían por completo. Partía la Reina y yo detrás, en manos del hechicero Khamuas, a brindarle para la eternidad, dentro de lo posible, mi compañía. Soñaba que en la tumba, en la incógnita solitaria del trasmundo tan descrito e ignorado, mientras se cumplían las alternativas de esa peregrinación hacia las moradas supremas, acaso todo se volviera más sutil y adquiriera dimensiones más hondas, inaccesibles al mundo de los vivos, y que entonces la Reina me descubriese, y comprendiese lo que en verdad, recatadamente, clandestinamente, soy, y que nos fuera dado, por fin dialogar. Soñaba... y avanzábamos con despaciosa cadencia, deteniéndonos porque las ceremonias lo exigían, en medio del clamor gemebundo del pueblo, y la aparición repentina de volatineros y enanos que con sus contorsiones distraían y aliviaban la pena de la multitud, hasta que el séquito volvía a avanzar en la infinita grandeza y tristeza del desierto y de las rocas desnudas, rumbo al sepulcro del granito rosa.

Tan empinadas son las escaleras descendentes al corazón del hipogeo, que apenas pude, cuando entramos a la luz bailoteante de las antorchas y por lo alto de las apiñadas cabezas, apreciar las pinturas que doquier recubren sus paredes y que, si la memoria no me engaña, se deben al pincel de Khonsu. Pero me bastó aquella visión fugaz para saber que eran muy hermosas y que se había hecho justicia a la belleza de mi Reina, representada en cada una de las habitaciones, compartiendo el ámbito de los dioses con quienes departía familiarmente, diosa ella misma ya, bajo un cielo de azul nocturno, constelado de doradas estrellas. Aquí se erguía con la tripartita peluca y el tocado de piel y alas de buitre y doble pluma; aquí, de hinojos delante de su nombre, lo adoraba; jugaba allí al senet, antepasado del chaqueto, su derecho a la inmortalidad: allá la habían convertido en ave. ¡Nefertari, Nefertari omnipresente! ¡Divina Nefertari! Y lo que me exaltó al paroxismo, fue comprobar que encontrábase, entre los pintados seres mágicos reunidos para acoger a la Reina, Khepri, mi dios, el Sol naciente, el devenir, a quien, coronando un cuerpo humano, un gran escarabajo negro, entero, le servía de testa, un escarabeo cuyas patas se alargaban y curvaban en forma de lira, y que se

perfiló sobre un fondo creado por los jeroglíficos pululantes en la totalidad de los diversos muros, como insectos posados en filas paralelas.

Poco a poco se fueron retirando los dignatarios; los sacerdotes salmodiaron los últimos encantamientos de sus papiros, encendieron los sahumeros últimos y colocaron las últimas flores en el sepulcro, bajo cuya pesada tapa yacían los sarcófagos protectores de la momia, para, gravemente, retirarse también; hubo que arrancar a las mujeres que gimoteaban, abrazadas al granito; partió el austero Ramsés (le brillaban los ojos como esmaltes); y Khamuas, delicadamente, me extrajo del interior del cofrecillo, desdeñando a las demás preseas; lo cerró, me colocó encima, mirando hacia el sepulcro, me tocó apenas con su diestra liviana, y finalmente se alejó, llevando la postrera antorcha. El dramatismo de la absoluta oscuridad estableció desde ese minuto su tiranía en la tumba, de suerte que ella, la Oscuridad, pareció afirmarse como la tenebrosa emperatriz teocrática del recinto, más dominante, en su terrible, ubicua lobreguez, que la Reina y los dioses que al resplandor de las teas la sojuzgaban. Con ella nos gobernó el silencio. Oscuridad y Silencio: he ahí quienes en seguida fueron nuestros amos. Afuera tendría principio, bajo una vasta tienda, el fúnebre banquete habitual, mas yo nada oí; terminado éste y su algazara, el Faraón y los comensales regresarían a Tebas. Una vez por año, cuando el dios Amón de Karnak cruza el río en una barca de madera del Líbano, para visitar la necrópolis, Ramsés vendría al Valle, agitando un incensario; lo escoltarían el Visir, con el flabelo, y el Escriba Real, quien traería un ramo de papiros. Año a año vendrían, el décimo mes. Ahora la Oscuridad y el Silencio eran los faraones; el Desierto también, su enorme aliado.

¿Cuánto tiempo (¿acaso el tiempo existía allí?) tardé en alcanzar una vaga, débil, confusa imagen de lo que me circuí? Antes, durante ignoro qué lapso, pero fue muy extenso, mis días fueron noches cerradas, y mis noches, noches de lúgubre tinta. En su decurso, experimenté impresiones que actualmente, mientras le cuento a Poseidón mi historia increíble, se reproducen, porque aquí, en la profundidad del Egeo, cuando los rayos moribundos del sol se ocultan, nos oprime una lobreguez similar a la de la tumba de Nefertari, y así como acá, al favor de la espesa tiniebla, me acarician y rozan formas desconocidas, allá, como si jugasen aprovechando la fosca umbría, entes ignotos me hacían sentir su caricia rápida y su roce ligero. En el mar me enteré, en breve, de que quienes pasan de continuo, frotándose apenas contra mí, son los pausados o ciegos peces del fondo, o los seres hechos de filamentos, de cabelleras, de espuma y de aristas blandas, habitantes vagabundos del abismo, pero en el hipogeo de Nefertari bastante tardé en comprender, con un deslumbramiento espantado que se negaba a creer en ese fantástico honor, que los efímeros andariegos que a mi vera circulaban, tanteándome con manos de neblina, eran mis vecinos los dioses, y era la propia Reina.

Al fin logré verlos, y hoy pienso que lo debí al hecho de que los dedos de Khamuas se demorasen sobre mí, en la despedida. Fue aquél el regalo póstumo del mago, mi benefactor. Los percibí al comienzo, imprecisos, como siluetas de humo, oscilantes en la negrura, que paulatinamente, gradualmente, se definieron y concretaron, adoptando primero un tono azulado, que también asimila esa experiencia a la que en el mar conozca ahora, y que después, con desazonante lentitud, fueron adquiriendo unos matices más y más vivos, sin abandonar nunca la coloración diluida, dascaecida, que se atribuye a los espectros. Se presentaban de pronto, como si anduvieran de tumba en tumba, en los valles de la muerte, donde los distintos hipogeos reproducían sus imágenes, y desfilaban, ligeros como soplos, de una cámara a la otra, hasta desembocar en la del sarcófago de rosado granito, donde de pie, pálida, translúcida, los aguardaba Nefertari. La Reina se incorporaba al numeroso cortejo y daban la vuelta a la habitación, hasta perderse, rumbo a las restantes etapas de su viaje fantasmal. Era entonces cuando me rozaban. Ni una vez se detuvo Nefertari; ni una vez me habló, aunque sentí, al pasar, la levedad de su diestra querida. Se iban, abandonándome. Se iba la Reina, en medio de los dioses abigarrados, de cuerpos masculinos o femeninos y diversas cabezas: la humana, la de chacal, la de la vaca con el disco solar entre los cuernos, la de ibis, la de carnero, la de leona, la de hipopótamo, la de gavilán, la de cocodrilo, la de gato, la de rana, y el

babuino y el fénix y el pájaro y el escorpión y, por supuesto, el escarabajo Khepri, que quizás acentuaba su presión al tocarme. Se iban, mezclados, desordenados, pero casi sin rumores, recortando suavemente un instante sus sombras sobre las paredes desde las cuales los acechaban otros dioses pintados, y entre ellos estaba, inmensa, la Vaca engualdrapada, celeste madre del Sol, que se meneaba con majestuoso ritmo. Al esfumarse, se intensificaban mi soledad, mi quietud y mi alta noche. Me dedicaba a vigilar, maravillado y despechado, hasta que a la larga me adormecía: quedaba así como bajo un sueño hipnótico, tal vez durante meses, y al improviso, cuando ya imaginaba que para siempre la había perdido, la fabulosa comitiva tornaba a surgir, precedida por tenues susurros, y se repetía la escena de la Reina atenta, la Reina con su blanca túnica de ceremonia y un redondo vaso de vino en cada mano, la Reina que se sumaba a los dioses caminantes, a quienes probablemente se agregarían las demás reinas y los reyes sepultados en ambos valles, para cumplir el bisbisante recorrido de la necrópolis.

«Aquí lo único que hay es tiempo... lo único que hay es tiempo...», se lamentó Poseidón cuando me narraba su existencia submarina y me auguraba lo que aquí, en el Egeo, a cuarenta metros de la superficie, será mi espera. Estoy habituado a esperar; he esperado mucho en mi vida, y en la tumba de Nefertari ¿cuánto, cuánto habré esperado que algo sucediese y quebrase la monotonía de mi aislamiento?, ¿tres, cuatro, cinco siglos? ¿Más? Dije ya que allí el tiempo no existía, lo que equivale a que allí lo único que había era tiempo. Y yo era, lo valoro al evocarlo, feliz... feliz hasta cierto punto o desde cierto punto; feliz porque mi modorra se prolongaba cerca de la que me inspiró este amor que el tiempo contribuyó a fijar y enriquecer, porque tanto pensé en Nefertari, tanto la recreé en mi mente saturada de incomunicación y de clausura, que no sé si la Nefertari que amo es la Nefertari auténtica o si ha sido modelada por el Tiempo con mi fantasiosa complicidad. Lo que sí aseguro es que avizoraba su paso callado y tardío, entre los pasos sigilosos de los dioses, y que la reiterada escena de su procesión se volvía más y más espaciada, a medida que el tiempo... el tiempo... el tiempo indolente se gastaba, se deterioraba y languidecía.

Hasta que un día aconteció lo insólito. Por primera vez en centurias, hubo ruido, hubo golpes y hubo voces; ásperas voces hombrunas y golpes de hacha, de maza o de martillo, repercutieron con ecos retumbantes, de cámara en cámara, en nuestro interior. Atónito, oí caer bloques de piedra, oí deslizamientos y pisadas, y finalmente varias antorchas se precipitaron en la habitación de los cuatro pilares, la de la sepultura, despertando a las figuras hieráticas de los muros, que cobraron, luego de tan extensa y amasada oscuridad, una súbita coloración estridente, como si relampagueasen. La vívida claridad cegadora ocultaba a quienes las blandían; al cabo de un rato, distinguí a sus portadores, que las paseaban veloz y ávidamente sobre los tesoros distribuidos en el aposento. Hablaban con tal rapidez que al principio no entendí lo que decían. Luego los entendí demasiado y colegí lo que eran: eran ladrones; tres ladrones, y a mi recuerdo acudieron, remotas, las anécdotas de robos de tumbas reales o de funcionarios, que había escuchado en el palacio de Tebas. En la Corte referían que, pese a los guardias y a los sacerdotes encargados de la custodia, ocurrían robos constantes. Se musitaba que los culpables podían contar con la ayuda de los propios cuidadores y que seguramente procedían de la vecina aldea, donde moraban los artesanos especializados en cavar y decorar las tumbas, a las que conocían como ninguno. Nos habían tolerado y eximido a nosotros, no obstante que el esplendor del fúnebre desfile de Nefertari informó detalladamente sobre la importancia de las alhajas y de los muebles que se encerrarían en su hipogeo, y a la postre sonaba la hora de nuestro turno, y los depredadores se afanaban ahí.

¿Por dónde andaban los dioses, y cómo no acudían a sembrar el terror? El Babuino, la Gata y el Escorpión y los Halcones ¿por dónde andaban? ¿Y el Escarabajo terrible? Ni uno se presentó, y los tres bandidos se entregaron al pillaje. De su jerga deduje que eran albañiles. Procedieron con exagerada brutalidad, quizá porque evidentemente tenían miedo. Mientras, usando como palanca una viga aguzada en cuña, desplazaban la maciza tapa del sarcófago, lanzaban en torno, hacia las imágenes de las paredes, ojeadas medrosas. Por fin, la tapa de granito cayó con estruendo y se quebró en múltiples

pedazos. Alzóse del suelo una nube de polvo, y los malhechores permanecieron inmóviles unos segundos pues, detrás de la polvareda, las divinas pinturas murales simulaban moverse en un cielo de bruma. ¡Ay, no se movían! Contemplaban, con sus almendrados ojos displicentes, el desastre. Un repentino vértigo azuzó & los villanos; metieron las manos sucias en el sarcófago y fueron sacando las sucesivas cajas de la momia, hasta que relució su máscara de oro, que arrancaron, como arrancaron sus pectorales, sus sortijas y sus brazaletes, para lo cual rompieron las vendas que cubrían el cuerpo embalsamado de mi Reina. ¡Ay, ay, lo tronzaron, lo quebrantaron! Los salvajes destrozaron el sacro cuerpo de la Reina Nefertari, en pos de más collares, de más amuletos, de más escarabajos de lapislázuli, de amatista y de malaquita. ¿Por dónde circulaba, ingrátida, la ronda de los dioses? ¿Por qué no venían Osiris, Horus, Isis, Amón-Re, los más grandes, a protegernos? Y yo, desgraciado, impedido, ¿qué podía hacer? Nada, sino atestiguar el sacrilegio.

En el hueco de la puerta asomaron dos cómplices, que se apresuraron a hacinar el botín dentro de bolsas. Todo querían llevarse, todo; desarmaron bruscamente el carro de guerra; ataron con cordajes las sillas doradas, los vasos de alabastro, las vajillas, los canopes, los cofres; al mío lo vaciaron, y yo fui a parar, con su contenido, a una bolsa. Supe que se retiraban, porque me sacudieron con las otras joyas y objetos, en el saco. Y supe que los cinco huían, por el valle, por el desierto, cargados con sus presas.

Fue la ambición de esa carga excesiva la que me salvó, ya que al cabo de un rato oí sus exclamaciones temerosas y otras voces, airadas, detrás. ¡Los perseguían! ¡Nos perseguían los guardianes! ¡Pronto nos devolverían a la paz de nuestro asilo y se restablecería la calma! Pero en ese momento, mi bolsa, demasiado abarrotada, se rasgó. Caí en la arena, entre una confusión brillante de gemas, y alcancé a ver la lívida claridad de una luna naciente, los próximos peñascos, los congestionados rostros de los saqueadores que jadeaban, detenidos, clavados sus ojos (uno de ellos era tuerto) sobre nuestro revoltijo que la luz del satélite hacía chisporrotear. Apenas vacilaron; luego echaron mano de lo que pudieron; a mí me cogieron simultáneamente el tuerto y un bandidazo negruzco, quienes se pusieron a tironear de mi brazalete, pues los guardias se les venían encima, con suerte tal que mi aro flexible y yo, para siempre nos divorciamos, y que yo, el Escarabajo, libre, sin broche y sin pulsera, pegué un brinco de tres metros, y sin proponérmelo fui a parar a un hueco de una de las rocas vecinas. Desde allí abarqué la fuga de los malditos, con sus cargamentos, hostigados por la patrulla vociferante, hasta que se perdieron y, por lo que inferí mucho después, no consiguieron darles caza.

En el refugio de esa roca, oculto, quedé casi doscientos cincuenta años. ¿Qué más remedio? Es mi destino; debe de estar marcado en los astros y no cabe duda de que Khamuas lo conocía: pertenecer y no pertenecer, simultáneamente, a la realidad; es decir, estar y no estar presente en la vida, sembrarla de paréntesis, y como lo que más me ha sobrado ha sido el tiempo, mi destino me impone habituarme a que tales paréntesis se estiren, con la resignación y acaso la indiferencia que el hábito otorga, más allá de lo corriente, de lo imaginable, hasta que para mí los siglos signifiquen menos aún que para los demás los años: y entretanto, concentrarme y aislarme, en lo que no se me ocurre designar sino como un estado latente, a recordar, calcular y, cuando fue posible, observar. «Chacun sa philosophie», como decía recientemente Monsieur Gustave, el naturalista a sueldo de Mrs. Vanbruck.

Desde mi atalaya del Valle de las Reinas, me entere, por fragmentos de charlas atrapadas al azar, de que los faraones no residían ya en Tebas, sino constantemente en Sais, en el Delta. El rey actual se llamaba Psamético y, según comentaban, encarecía su amistad con las gentes de Grecia, quienes lo habían ayudado a conseguir el trono y aparecían doquier en nuestras ciudades. ¡Qué lejos se apagaba Ramsés II! Parece ser que hubo más de diez Ramseses, alabado sea Amón. Ahora, turistas helenos, guiados por pilletes de la zona, acudían a visitar las vacías tumbas y grababan en ellas sus nombres y, en algunos casos, porque de todo se reían, les añadían burlas insolentes. Nuestro sepulcro fue uno de los últimos saqueados, y el pequeño y mediocre Tutankhamón, que hoy preocupa a los egiptólogos y a los periodistas, se libró gracias a

ignoro qué taumaturgia que desconocía Khamuas. También supe que en una época hubo unos reyes-sacerdotes, bastante enérgicos, que alternaban los oráculos con la práctica militar y que, desesperados por el pillaje de la necrópolis en que ya a nadie se sepultaba, recogieron lo que quedaba de las momias reales y las ocultaron en un lugar secreto. Agregaré que las recuperaron en el siglo XIX y que se exhibieron en el Museo de El Cairo. Allí vi a Ramsés, cuando me llevó en su diestra Mrs. Vanbruck, con Mr. Jim, que multiplicaba las explicaciones, y con Giovanni Fornaio, que comía dátiles. ¡Si ellos hubiesen adivinado mis sentimientos! ¡Qué horror, el Rey, el Gran Rey, el Rey Sol de Egipto, el Toro Victorioso! ¡Cómo me alegré de que nada restase de mi Reina! Nada, sino las espléndidas pinturas que la muestran en su belleza prestigiosa... nada, sino mi memoria... En mi memoria, como dentro de un vasto estuche de oro y marfil, mi Reina y mi Rey sobreviven, intactos. Mil veces, en el transcurso de los doscientos cincuenta años de la roca del Valle, reconstruí las deliciosas escenas, que si corroían mis celos excitaban mis sentidos, de Ramsés y Nefertari, bajo el mosquitero de clarísimo tul, jóvenes, desnudos, abrazados, él moreno y ella blanca, amándose, gozándose, amándonos, gozándonos, porque yo amaba y gozaba también, ceñido a la muñeca de la Reina, y era uno más dentro del revoltijo voluptuoso.

Así fluían mis días, mis semanas, mis meses, mis años en la peña. ¡Qué soledad! La amante del silencio, la Serpiente-Diosa, se enroscaba en el Pico del Oeste. El verano jamás concluía, y sólo el frío nocturno del desierto compensaba del inexorable calor. Las tonalidades variantes de la jornada constituían, con mis remembranzas, mi distracción única: mudábanse desde el oro del amanecer al púrpura y el negro de la noche, pasando por el amarillo denso, rojizo, del mediodía y de la tarde. Los riscos adelantaban sus retorcidas escarpaduras, que vestía y desvestía la arena, según el antojo de las tempestades imprevisibles. Y cuando se restablecía la paz, y en la inmensidad insonora de la noche se encendían las estrellas, me ilusionaba con la imaginación de que me hallaba aún, encima del cofrecillo donde me colocó Khamuas, en la tumba de la Reina, cerca de sus despojos queridos, con sus retratos en torno, bajo el pintado cielo oscuro y sus estrellas doradas, y con la expectativa de que en cualquier momento iba a reaparecer la procesión de los dioses de cabezas zoomorfas, con coronas, con pelucas, con cetros, con flagelos, con ganchos, con lotos, con plumas, con cuernos, con soles redondos, y entre ellos Nefertari, la de los largos ojos negros y los labios escarlatas, que me rozaban, al pasar, con unas yemas tan aéreas como si fuesen mariposas. Y así fluía mi tiempo.

Al fin, como cuando los ladrones invadieron el sepulcro, el reloj de mi extraña vida indicó la hora del cambio. Y fue que dos muchachitos, dos primos, que habitaban en la vieja aldea de los obreros de la necrópolis, y que se habían bañado en el Nilo, regresaban a sus casas, por el valle, sin más abrigo que sus propias soleadas pieles, llevando en las manos sus ropas, cuando se levantó la locura de un subitáneo viento. Pudo uno de ellos ponerse el taparrabo, pero al otro se lo arrebató una ráfaga, se le escapó y se echó a volar. Lanzáronse ambos a correr en pos, llenando el aire de carcajadas y gritos, pero la prenda los eludía y aleteaba como un pájaro blanco, deteniéndose aquí y remontando allá el vuelo, mofándose de los perseguidores a quienes cegaba el baile de las dunas. Así llegó a la escabrosidad de mi roca, donde lo aprisionó la saliente del hueco que me escondía. Aupado por su compañero, que de escalera le ofreció su cabeza y sus hombros, consiguió el despojado izarse a lo alto de mi refugio. Al recobrar su escasa vestimenta, estupefacto, me descubrió en la ermita donde cavilé tan dilatadamente. De ella me sacó, y confieso mi júbilo ante la perspectiva de una nueva etapa, por peligrosa que fuera, ya que comenzaba a hartarme la meditación.

—¡Un escarabajo!, ¡un escarabajo azul! —exclamó conmigo entre los dedos y la voz engolada por la arena que se le metía en la boca. Me arrojó; su primo me recogió en la oquedad de las palmas; y el salto, acompañado por tanto alborozo, me anunció que me esperaba un período dinámico, aventurero, enriquecedor de mi entumecido espíritu, y que, por lo menos en su curso, no habría lugar para la inercia. De esa suerte, a la carrera, pues la tormenta insistía en sus arrebatos coléricos, desembocamos en la aldea de los artesanos, y entramos en la casuca que los muchachos compartían con su abuelo, como trascendió de lo que se dijeron en el camino, mientras el viento no paraba de

silbar.

El anciano tendría unos ochenta años. De repente se lo veía temblar, y era obvio que había aguardado a los jóvenes nerviosísimo. Los abrazó, como si se hubiesen zafado de las fauces de un cocodrilo, hijo del demonio, y el que me llevaba me puso en sus manos, al tiempo que los dos, atropellándose, le referían las circunstancias de mi conquista. Entonces, ante mi asombro, sus ojos se mojaron de lágrimas y, escoltado por sus nietos, pasó a la inmediata habitación (sólo de dos constaba su casa modesta), y en ella, con mil cuidados, estremeciéndose y castañeteándole los escasos dientes, me deslizó en una hornacina que ocupaba un falo de celeste cerámica, como un erguido dios vanidoso, y cayó de bruces delante, cosa que los muchachos imitaron. Se le aflautó el acento conmovido, al declarar:

—Mañana mismo partiremos para Tebas, y de ahí a Naucratis.

3. LA PROSTITUTA DE NAUCRATIS Y EL COMEDIÓGRAFO DE ATENAS

Respondía aquel viejo al nombre de Amait, y lo extraordinario es que respondiese: 1) porque es un nombre femenino; y 2) porque es un nombre desagradable y absurdo de llevar, al ser uno de los correspondientes a la diosa hipopótamo que, junto a la balanza de Osiris, en la ceremonia del juicio póstumo, abre la horrible jeta, aguardando a los condenados. Su padre, a quien irritaba la perspectiva de añadir un hijo más a su numerosa progenie, lo había designado así para desahogar su cólera. Harto sufrió Amait como consecuencia, sobre todo porque creció largo y descaecido, lo cual tornaba aún más ridículo que se lo llamara hipopótamo, y el hecho de que no lo cambiase o modificase, para eludir las burlas infantiles en la aldea artesanal de la necrópolis, muestra que era un hombre de carácter. Pero el carácter se le agrió, por la persecución estúpida de quienes lo acosaban remedando el andar y la corpulencia paquiderma, y sólo en la ancianidad cierta blandura senil, evidenciada en su fácil lagrimeo, reemplazó su gesto hosco.

De acuerdo con lo que anunciara, al alba siguiente, cruzó con sus nietos a la orilla oriental del río, con tanta suerte que ese día enfrentaron un navío obeso y enorme, en el cual estaban embarcando una manada de vacas y terneros, con destino a Naucratis. Pidió Amait que los llevaran, ofreciendo como pago el trabajo de sus dos muchachos quinceañeros, y fueron aceptados, ya que los bovinos no resultaban cómodos de manejar y requerían el mayor número de brazos posible.

¡Qué disímil fue ese viaje, ese descender del Nilo que todo lo inundaba, y en cuyo desborde generoso brotaban como islotes los villorrios y las ciudades, de los otros recorridos que por su curso realicé! Iba yo dentro de una alforja, suspendida del hombro del viejo, y de tanto en tanto me sacaba, para contemplarme cariñosamente y lustrar, con ayuda de un trozo de lino, mi rutilante lapislázuli y las exquisitas hebras de oro que dibujan mi caparazón. Yo aprovechaba ese respiro y miraba en torno. ¡Cuánta diferencia entre aquel grosero bastimento, sobre cuya cubierta se apretujaban las bestias impacientes, en un desorden enloquecedor de mugidos y cornadas, de la barca real de la Reina Nefertari, donde me enamoré de la divina esposa de Ramsés II, por obra, creo yo, del pornográfico pez Oxirrinco! ¡Qué distancia, entre el bufar y los intentos de embestidas, encima de las cuales de repente aparecían las alegres cabezas y los torsos transpirados de los nietos de Amait, qué distancia separaba aquel alboroto y el recuerdo de la nostálgica, dulce canción del arpista ciego, que poéticamente ansiaba ser la corona de mirto de su amante! Muchos, muchos, muchísimos años después, al evocar esas dos navegaciones contradictorias por el sagrado camino fluvial en el que nunca volví a ver el paso fantasmal de la flotilla de los dioses, añadí a sus memorias la que resulta de un viaje más: el que cumplí con Mrs. Dolly Vanbruck, a bordo de la magnífica dahabieh de la Duquesa de Brompton. El infernal Giovanni Fornaio no existía aún, y ocupaba su lugar ventajosamente un simpático torerito andaluz, Currito Linares, quien nos divertía de noche en el puente, tocando las castañuelas, sin imaginar que ahí mismo, tres mil años atrás, yo había escuchado las de madera y oro, que hacía repicar la esclava de la Reina de Egipto. ¡Qué admirable! Se bebía champagne y refrescos; se bailaba el one-step, el two-step y el shimmy, a la luz de la luna y al compás de una pequeña orquesta; V Currito les enseñaba a las señoras los pasos de un tango tan novedoso como personal y toreador. Desfilaban los paisajes... Desfilaban las palmeras, los templos, los poblachos

miserables, los chicos desnudos que reían, saludaban y hacían barbaridades de monos, como cuando Amaid, el caduco, la imposible hipopótama escuálida, monologaba moviendo apenas la deshabitada boca; me aseguraba misteriosamente que en Naucratis seríamos felices o, en forma más concreta, que yo le procuraría la felicidad, y me lo agradecía de antemano, dándome unos besos pegajosos, lo cual me ahogaba de asco y de sorpresa.

En las horas libres de sus nietos, el viejo los convocaba a popa, y entre el hedor del estiércol y de los vacunos que no disipaba la brisa del anochecer, les narraba, semiadormecidos por el cansancio, maravillas de la ciudad hacia la cual navegábamos. Allí había transcurrido parte de su juventud, y a ella había vuelto hacía diez años, sólo por una semana. Temblequeaba su conmovida voz, al describir a Naucratis, la que fue próspero emporio comercial de los griegos en tiempos de los reyes saítas, y presentemente, cuando los soberanos persas habían conquistado nuestro territorio, si bien no era ya lo que había sido, conservaba rastros notables de su poder mercantil. Amaid apagaba el tono, refiriéndose a los invasores, como si las vacas y los terneros operasen en astuta combinación con los espías, ya que, según parece, el país estaba lleno de vendidos soplones. Susurraba cómo el brutal y ebrio Rey Cambises cometió la profanación de matar al sacrosanto y buenísimo Buey Apis, hasta que otro monarca, Darío, actuó con más clemencia, y luego la crueldad volvió con Jerjes, el mismo maldito Jerjes persa derrotado en Artemision, del cual me había hablado Poseidón en la paz azul del Egeo. Aquellas historias y aquellos nombres exóticos llegaban, confusos e inquietantes, al fondo de la alforja donde yo yacía, pobre de mí, y comparaba la melancólica decadencia del Egipto de entonces con el esplendor del Egipto de Ramsés.

De ese modo, lerdísimamente, cuando empezaba a suponer que Naucratis había sido incendiada y suprimida por los persas y que perseguíamos un sueño inútil, nacido de la calentura de un vejestorio, arribamos al muelle de la antigua factoría griega, situada en el brazo canópico del Nilo. Tan harto estaba yo de los mugidos, que me enloquecía mi mudez y me entraban unas ansias sañudas de mugir y de bramar. Se dijeron adiós abuelo y mozos y los tripulantes del carguero, y antes de internarse en la población, los míos tuvieron la inspiración oportuna de sumergirse en el río, lavarse, frotarse y rasquetearse, porque los tres hedían a establo. Fregaron asimismo sus mezquinas ropas, y a mi alforja la sacudieron y airearon, amabilidad que les agradezco aún. El viejo, con paradójica coquetería, se perfumó, que para eso guardaba lo requerido; desenredó una muy envuelta y anticuada peluca, se la ajustó y hasta se adhirió a las mejillas una capa de colorete. Una vez cumplidos tan higiénicos y pictóricos ritos, nos internamos en la ciudad.

No bien pude mirarla, convine en que Naucratis merecía su celebridad, pues Amaid, que videntemente me consideraba su amuleto, como Nefertari (¡perdona, oh Reina, la asimilación!) me exhumó de la bolsa, para manosearme, besarme, mojarme de lágrimas y exhibirme. Brincaban sus nietos alrededor, como un par de cabritos, y él, confirmando sus conocimientos de añoso morador de la zona, les indicaba los orígenes de quienes nos codeaban al pasar y formaban una multitud vocinglera, discutidora, gruñidora y calculista, que sin cesar se detenía, abría las manos elocuentes, y se ponía a contar con los dedos o a escribir con el índice en la calzada de tierra, como si toda aquella gente parlanchina no se ocupase más que de hacer y de deshacer negocios.

—Ése —afirmaba el octogenario— es de algún lado de Jonia: de Quíos, de Teos o de Clazomene; aquél no, aquél es dórico, óiganlo pronunciar, viene de Rodas o de Halicarnaso; y aquel otro es eolio, quizá de Mitilene, en la isla de Lesbos.

Los nietos lo atendían, reverentes. También yo, reflexionando que no importaban la veracidad o el invento de lo que aseguraba y de sus improbables sutilezas lingüísticas, porque la importancia procedía de Naucratis, de su trajín, de sus santuarios, de sus vastos almacenes, de su canal que directamente la comunicaba con Menfis y con el Alto Egipto, de su estructura, en fin, tan desemejante a las que yo conocí en las ciudades que cimentaron la gloria de mi Faraón, y que más tarde torné a encontrar en Grecia. Mucho callejamos ese día, hasta que al terceto lo atenaceó el hambre. Metiéronse en una fonda

de cierto sector que si por algo sobresalía, es por poco decente; ordenó el viejo una jarra de cerveza, nuestra bebida nacional, unas grandes porciones de legumbres con trozos de cerdo, y un racimo de uvas del que picotearon sucesivamente, lo que configuraba para ellos un auténtico festín, pues estoy seguro de que en la aldea, su pitanza cotidiana no pasaría de escasos panecillos, cebollas y la consabida cerveza de centeno. Alcanzó así el grado sumo de euforia necesario para que Amait interpelase al bodegonero y asumiese su empaque de soberbia mayor, al inquirir si seguía viviendo en el barrio la famosa Simaetha, a quien calificó galantemente de «Dulzura de Naucratis». Le contestó el huésped que sí, que ocupaba siempre allí cerca las mismas habitaciones, y que había oído chismear que tanto ella como Myrrhina, su criada, acompañante, alcahueta, sucia o como prefiriese calificarla, se aprestaban a abandonar Naucratis, pues Simaetha poseía ya los suficientes medios y la edad suficiente para retirarse de su oficio. La alusión a la edad de la dama, amoscó al proyecto, y aumentó su enfado el hecho de que el fondista subrayase, con risotada vulgar, que si ésa era la «Dulzura de Naucratis», le sabría a muy amarga la ciudadana miel. Para peor, añadió el bestia que Simaetha había cumplido ya sus cincuenta años cabales, y que tal suma de tiempo daba razón al prudente retiro de la ninfa, y a su dejar sitio a colegas incomparablemente más jóvenes y agraciadas, que merodeaban en la periferia del puesto, en busca de lupanares y otros eróticos conchabos, ya que sólo un demente podía pretender que en el templo de Diana Anaütas, donde se ejercía la sagrada prostitución, hubiese lugar para todas.

¡Cincuenta años! —pensé yo, mientras Amait y el tabernero enfrentaban sus rabias—. ¡Sólo cincuenta años! ¿Qué opinaría —pienso ahora—, entre su andaluz y su napolitano, la sexagenaria Mrs. Dolly Vanbruck? ¡Cómo cambian los tiempos! Ciertamente es, que a la largura que separa al siglo de Pericles del actual, hay que añadir la distancia que media entre una prostituta grecoegipcia y una millonaria de los Estados Unidos...

A punto estuvo de armarse una pelea, con intervención de los nietecillos y de un negro, pero se me ocurre que Amait temió por su peluca y sus afeites, ya que fue él mismo quien, luego de haberla provocado, puso término a la gresca, usando de bromas fáciles y de paternales reconvenções.

Riendo salieron a la calle, y apenas se apartaron un poco, el carcamal, como era previsible, se desató en improperios contra el amo del figón, un ordinario soez, incapaz de apreciar la finura de la calidad genuina. Y, en tanto avanzábamos al encuentro de Simaetha, les confió a sus niños lo que hasta entonces les había ocultado celosamente, o sea la razón del precipitado viaje a Naucratis, no bien ellos le hicieron entrega de un escarabajo de lapislázuli, no bien me entregaron a mí. Hizolo con tantas vueltas, eufemismos y circunloquios, sembrando las frases a medio decir de tantas sonrisas desportilladas, parpadeos y alzar de cejas, sacándome de la alforja, besándome y guardándome de nuevo, que no creo que los muchachos comprendiesen su ambiguo discurso. Yo sí lo comprendí, pues para algo han de valerme la experiencia y el tiempo. La cosa era clara: cuando Amait estuvo en Naucratis, diez años atrás (recuérdese que a la sazón tendría setenta), frecuentó a Simaetha, que se las daba de hetaira, es decir de cortesana de elevada condición y, por lo que deduje, en esa oportunidad los caprichosos o herrumbrados mecanismos del sexo se negaron a prestar obediencia al anhelante egipcio. Fue inútil que porfiara en su afán; por otra parte, como artesano de Tebas, carecía del mínimo respaldo financiero que le permitiría repetir las tentativas, y debió abandonar a la dama, derrotado, con el escaso consuelo que los ojos, la boca y las manos procuran. Empero, antes de despedirlo, le dijo Simaetha, adoptando el tono hermético, sibilino, que exigía la situación, que si luego de un tiempo se presentaba a visitarla, llevándole un escarabajo esculpido en una noble piedra, de preferencia uno de lapislázuli, y en compañía de dos adolescentes castos, le aseguraba el éxito rotundo de sus funciones. Diez años se habían sucedido desde que la meretriz formulara tan extraña promesa, quizá por vía de consuelo o para sacarse de encima al infructuoso tenaz. Amait había descendido a los tumbos la cuesta del fracaso, acosado por la penuria y por la vejez, hasta que, octogenario y destituido de la esperanza, cuando ya nada podía pasarle que lo redimiese de su desdicha y de la obsesión de su vergüenza, había aparecido yo, prodigiosamente, un escarabajo digno de faraones (¡vaya si lo era!), enviado sin duda

por un dios, por Min, el fecundo, el del priapo enarbolado y terrible, a quien el anciano oraba en la indigencia de su habitación nocturna, vecina de la necrópolis real, frente a un falo de celeste cerámica. Entonces entendí el porqué de las obscenas preguntas que repentinamente les espetaba a los muchachos, cuando bogábamos por el Nilo, con las vacas y los terneros destinados a la liberadora Neucratis: un interrogatorio tendiente a tasar el monto de la pureza de sus nietos que, al parecer, si no candorosos, eran bastante vírgenes.

¡Ah traidor Min! ¡Ah divino Khepri, supremo Escarabajo! ¡Ah Nefertari adorable, Gran Señora! ¿Qué se tramaba contra mi dignidad? ¿Qué uso nefando se le daría a mi alumosilicato inocente? ¿Qué tenía yo que ver con los turbios manejos estimulantes de un viejo libertino y de una putaña bruja? ¿Por qué y cómo se me mezclaba con ellos, a mí, a mí que he ceñido el brazo de la más hermosa de las reinas, que he compartido su vida amorosa y que he velado su sueño inmortal? ¿A mí que...?

Cortáronse mis angustiosas especulaciones, porque de repente noté, desde el seno de mi alforja, que dejábamos la calle, entrábamos en una casa y empezábamos a subir una escalera. El tufo de diversas y repugnantes frituras me impregnó, al par que, de descanso en descanso, mientras seguíamos subiendo, voces roncas o chillonas, siempre vulgares, añadieron la desafinación de su concierto al resuello de Amai, que obviamente echaba los bofes, vacilaba, era sostenido por sus nietos, y continuaba la ascensión dramática en pos de la Promesa. Aquella escalera se prolongaba, interminable, y yo, como buen egipcio imagino que doquier me aguardan las alegorías y que debo interpretarlas, me figuré que la que subía a ciegas, tan lenta y embarazadamente, era la propia tortuosa gradería del Infierno, idea lúgubre en la que hubiese persistido, de no contradecirme el prejuicio reconfortante de que al Infierno no se sube, sino se baja, y de que a los desentonos torpes y a las palabrotas que poblaban aquel trepar atroz, de pronto se unían unas carcajadas frescas, traviesas, nada infernales, a las cuales prestaba eco el tintineo jubiloso de la risa de mis muchachos. La tortura cesó con una parada final, dedicada a que el viejo recobrase alguna energía y serenase, en lo posible, el jadear agónico, además, probablemente, de aprovecharla para enderezarle la peluca y retocarle el rostro, que estaría asaz descompuesto, porque instantes después los oí que golpeaban a una puerta, y también oí que les decían que entrasen.

Entramos, y del balanceo de la alforja inferí que Amai se inclinaba, o que lo inclinaban, apuntalándolo, sus consanguíneos. Hubo unos segundos de silencio que, presumo, los reunidos en esa habitación emplearon en examinarse. Rompió la reserva la vocecilla aflautada de Amai, aún entrecortada por peligrosos estertores. Y habló en una jerigonza mitad egipcia y mitad griega que descifré perfectamente.

Esto último requiere una explicación, porque forma parte del misterio de mi esencia. Yo domino las lenguas extranjeras con facilidad, y barrunto que ese don es uno de los muchos que adeudo a Khamuas, el niño mago. No puedo hablarlas, pero su comprensión no me acarrea esfuerzos excepcionales. Tal vez me equivoque, y Khamuas no está vinculado en absoluto con mi maña para los idiomas... Tal vez... Hay aspectos de mi personalidad que se me escapan... De cualquier modo, por lo que atañe al caso de los balbuceos bilingües de Amai, conviene considerar que en la época que yo pasé dentro de un recoveco peñascoso del Valle de las Reinas, a medida que los siglos avanzaban era mayor la cantidad de griegos que, estimulados por nuestros reyes, acudían a la región, desde Tebas. Esos turistas que ya antes mencioné, a menudo se sentaban al amparo de mi roca, a charlar con- algún egipcio que actuaba como guía de los sepulcros, y yo, refugiado en la altura, me aplicaba a discernir el atropello titubeante de sus palabras, lo cual me facilitó después el entendimiento de lo que el capitán de la tripulación que nos trajo a Naucratis conversaba con el viejo, y a curiosar, en Naucratis misma, la jerga bastarda de quienes recorrían sus calles mercantiles. Convengo en que soy un escarabajo inteligente. Por eso lo que Amai dijo en aquella casa y al término de su condenada escalera, no encerró secretos para mí.

Les explicaba a sus interlocutores (que indudablemente no lo habían reconocido) quién era él, y tras la evocación incómoda de lo que había acontecido allí un decenio antes, por

réplica se soltó una risa femenina, que yo atribuí a Simaetha, a la que acompañó el comentario de que excusase si no lo situó al punto en la memoria, pero la verdad es que el señor había perdido peso en el interín. Amait ensayó a continuación una galanura, y contrarreplicó que si él lo había perdido, ella lo había ganado, y pasó a recordar la famosa Promesa y sus pormenores. Presentó, como prueba de que él cumplía su parte del contrato, a su pareja de nietos y, espectacularmente, me pescó dentro de la alforja y me exhibió, al paso que las risas se duplicaban, formando un dúo divertido. Entonces vi la escena, y lo que vi fue lo siguiente:

Estábamos en una habitación mediana, rectangular y penumbrosa, cuya única luz titilante procedía de una lámpara de aceite puesta en el suelo. No la poblaba ni un mueble; en un rincón amontonábanse varios atados y bolsos, que transmitían una noción somera de equipaje; y en el opuesto, iluminadas por el tacaño candil y encima de un desorden de sospechosos tapetes y cojines, hallábanse dos mujeres maduras, rechonchas, vestidas de tonos violentos, la una de verde y la otra de rojo, adornadas con varios collares sonoros de cuentas de vidrios abigarrados, dos mujeres que ceñían sus cabellos con suertes de turbantes o fajas colorinchonas, y que en el instante en que allá irrumpimos, puestas la una de la otra enfrente, se ocupaban de examinar unos pequeños rectángulos de pergamino, distribuidos en el suelo y, por lo que alcancé a distinguir, pintados con extrañas figuras. Había junto a dichos dibujos, una jaula de mimbre, en su interior, se adivinaba la móvil presencia de un pajarillo. Ahora a las comadres las sacudía la hilaridad, y como miraban hacia nosotros, el trémulo resplandor acentuó su maquillaje agresivo. Las seduje, por supuesto. Sabía que la llama, al danzar, arrancaba fulgores de mi azul y de mi oro. Me sabía hermoso, lujoso y centelleante. Incorporóse una de ellas, la que parecía de más autoridad, que resultó ser Simaetha, y se adelantó hacia mí. Tanto le brillaba la codicia en los ojos negros y pestañudos, que me dio miedo. Me tomó, me colocó sobre su palma y, secundada por la otra, por Myrrhina, que se había levantado también, estuvieron buen espacio inspeccionándome y valuándome. La ignorante prostituta inquirió mi origen como si no se hallara nítidamente certificado en la inscripción de mi piedra, a lo que el ignorante Amait contestó que yo era un obsequio de los dioses, lo cual, que en distinto ámbito hubiese provocado desconfianza, allí fue acogido con natural aprobación, pues dedujeron que me había robado. Concluido mi análisis, cuchichearon entre sí las mujeres, y Simaetha usó nuevamente la palabra, a fin de manifestar que como el ilustre visitante habría advertido, caía sobre ellas en oportunidad en que se aprestaban a dejar la casa, la ciudad y el país, ya que en breve abandonarían las desiertas habitaciones y una semana más tarde debían embarcar para Grecia, pero que siendo cuestión de un cliente de la jerarquía de Amait y siendo Simaetha una señora de honor, dispuesta estaba a cumplir con lo prometido, para lo cual era menester ante todo que el interesado y sus custodios se despojasen de cuanto impedía que se mostrasen tal como vinieron al mundo. Obedeció Amait, algo intimidado por la presencia ingenuota de los hijos de sus hijos, y por la melancolía de exhibir un esqueleto torrado de rugosa piel, tan afilado, desventurado y crujiente que su sola visión infundía pesadumbre. Poco les costó hacer lo mismo a los muchachos, que poco era lo que tenían que quitarse, y su bronceada desnudez, quinceañera añadió lumbre al aposento. Los contrastes del cuadro, con apariencias de alegoría admonitoria, no arredraron a las jamonas, manifiestamente acostumbradas a espectáculos sicalípticos de la más fantástica índole: dividiéndose la tarea con profesional pericia, procedieron a desatar algunos bultos y a retirar de ellos lo que el inminente experimento comportaba, entretanto que yo, el Escarabajo, el más amedrentado de los escarabajos de Egipto, huérfana mi mente de la rememoración de que, en la batalla de Kadesh, sin el más mínimo temor, combatí en su carro con mi Reina gloriosa y su auriga, bajo una tempestad de flechas, seguía prisionero de una mano, de una garra, de Simaetha, y me encomendaba a la docena de dioses que aparecían, como actores con máscaras, en la tumba de Nefertari, cifrando mi esperanza en que uno, uno solo, me concediera su amparo.

Una vez que obtuvieron cuanto necesitaban, introdujéronse las hembras conmigo en una pieza adyacente y diminuta, cuya opacidad algo cedía merced a unas brasas, puestas

debajo de una ollita en la cual hervía el agua, destinada presuntivamente a la preparación de lo que iban a comer. Simaetha y Myrrhina revistieron holgadas túnicas transparentes, de un blanco que, cuando lo observé con más luz, probó lo maculado y pecoso de su blancura; se enroscaron los collares susodichos, como guirnaldas, a las cabelleras; y cargadas con la olla y demás elementos, regresamos a la principal habitación, donde el terceto estático, en cueros, componía una escultura singular, con el viejo a quien sus nietos, alzándolo de ambos costados por las axilas, sustentaban en pie. Inmediatamente debió destruirse el plástico grupo, porque los menores fueron requeridos a colaborar en la tarea. A mí me dejaron por el momento encima de los cojines.

La ollita de agua burbujeante fue colocada en el centro de la estancia, y Simaetha indicó a uno de los muchachos que se situase a un lado, levantando el candil, y al otro que se colocase en el opuesto. Luego me correspondió a mí el turno: me cogió y ordenó al segundo que me sostuviera sobre su ingle. Hízolo éste, y la meretriz, luego de apartar la mano del doncel, me fue cubriendo, al tiempo que anunciaba lo que recibía de Myrrhina, con su voz más campanuda:

—Divino Min: ligo al Escarabajo que te consagro, con filamentos de byssus, del sacro mejillón.

Me ligó, efectivamente, y por desgracia yo no podía temblar, porque me hubiera hecho bien. Prosiguió la voz grave su cadencioso canturreo:

—Una banda de lino, tejida con dieciséis hebras... cuatro blancas... cuatro verdes... cuatro azules... y cuatro rojas... atadas hasta constituir una sola faja... Las salpico con la sangre de la tórtola que lleva un penacho de plumas eréctiles en la cabeza... así... y sujeto al Escarabajo, ¡oh Min, senos propicio...! a la cintura de un adolescente puro...

Pese a la superposición de filamentos y de tiras de lino, las telas eran tan leves que yo conseguía columbrar a través el desarrollo de la desazonante ceremonia. Amait continuaba a la espera, él sí tiritando y columpiando su ósea armazón; un nieto a la izquierda de la ollita, con la lámpara; el otro a la derecha, conmigo y muy envainado. Detrás del recipiente esfumábanse las meretrices. Al arrimarse a la luz, se les traslucían las rollizas carnes, por la liviandad de las vestiduras.

—Divino Oxirrinco —proclamó Simaetha—, ayúdanos. Te consagro el filtro que restaurará el vigor y la vida del Gran Dormido.

Y, como hiciera con anterioridad, fue anunciando, a medida que hundía los ingredientes en la olla:

—El Satyrión de hojas suaves y rosadas y doble raíz... el Serapias, con hojas en forma de pera y cuya raíz evoca al humano testículo... el Erilhraicón, que basta rozar con la diestra para que se encienda el deseo... Cebolla... Pimienta... (continuó, tornándose francamente culinaria)... y un chorro de antiguo vino de Chipre (¿lo sería?, ¿no provendría de uno "de nuestros oasis?)"... ya está... Divino Min, divino Oxirrinco, que ostentas en la cabeza el uraeus, la serpe faraónica: te ofrezco, en nombre de Amait, esta libación.

Dobláronse Simaetha y Myrrhina, y la primera hundió en el brebaje un cuenco de barro, extrajo un líquido bastante dudoso, y lo derramó piadosamente, con lo cual nació del piso un ligero vaho. Luego se dirigió al viejo artesano de Tebas:

—Acércate, privilegiado, elegido, con religioso respeto y con masculina humildad, a gozar el beneficio que los dioses te otorgan.

Se acercó Amait, como fluctuando; cayó de rodillas; le presentó Simaetha el colmado cuenco; Myrrhina le enderezó con ambas manos la cabeza oscilante y, mientras ambas garganteaban simultáneamente una invocación incomprensible, por la cual pasaban, misturados, Isis, los designados ya y una serie de fálicos dioses, hasta terminar en el demonio Bebón, pegado por un sortilegio al vientre de su amiga, Amait sorbió el caliente mejunje.

—Sólo falta —concluyó Simaetha— la danza omnipotente, el prodigioso Sicinnis.

Myrrhina empezó a batir el parche de un pandero y a entonar una lánguida melodía, que ante el asombro del abuelo conocían los muchachos, pues en breve le hicieron coro. Simaetha dejó deslizar su sucinta vestidura y, pieza a pieza, echó al aire lo insignificante que debajo conservaba, y expuso su plenitud hecha de globos y ondulaciones

concertadas, a cuya aglomeración impuso un voluptuosísimo y vibratorio meneo, hasta que arrojó al suelo los collares que sujetaban su cabellera, y ésta, suelta, sumó sus giros y vuelos al entrecerrar de ojos, al fruncir de labios, al rítmico golpear de palmas y a cuanto artificio desplegó la «Dulzura de Naucratis» para coadyuvar con las divinidades en la tarea de conmover y estimular a Amait. Pero Amait no se sentía estimulado (quienes de inmediato recibieron el divino influjo fueron sus nietos, por lo que obviamente colegí); Amait sintió tal vez que se le nublaba la vista, que en sus venas bramaba locamente el incendio encendido por el Satyrión, el Serapias, el Erithraicón, la Pimienta, la Cebolla y el Vino mancomunados y, desalojando la peluca que conservara cuando le mandaron que se desvistiera (con lo cual su impudor ganó en sordidez); gimió que presentía que iba a morir.

Se suspendió la danza activante. Gimió Simaetha:

—¡Lechuga!, ¡lechuga! ¡Hay que hacerle comer lechuga!

Y Myrrhina, que la tenía a su alcance por lo que pudiera suceder (y sucedió), se la metió por fuerza en la boca, y por fuerza logro que masticara y tragara una buena cantidad. Entretanto, los nietos continuaban inmóviles, como dos armoniosas estatuas: uno con el candil y el otro con las bandas multicolores. Pareció serenarse un tanto el anciano, no obstante que resoplaba y ventoseaba como si en sus entrañas luchasen gases temibles. Lo acostaron en el piso y le deslizaron una almohada bajo la nuca.

—No será nada —dictaminó Simaetha—, ya duerme y es feliz.

Se llegó junto a mi fajado y lo fue desembarazando de los lienzos y filamentos que lo oprimían, hasta que a un tiempo nos rescató a mí y a la escondida virilidad del mancebo. Myrrhina tornó a zurrar el parche, y su amiga a remover barriga y caderas, desplazando el ombligo y hamaqueando los pechos, hasta que los jovencitos, con justificada reacción, se le abalanzaron. Calló la pandereta, Myrrhina se anexó al revoltijo de músculos y carnaduras, duros o flojos, y yo, que no lo esperaba, tercié en el entusiasmado tumulto, y en el revuelo de las misteriosas figurillas pintadas, los naipes futuros, que- Simaetha atribuyó después al libro secreto de Thot. Escapé de los dedos de la bailarina, quien me lucía como un realce más, durante la danza del Sicinnis, y me extravié entre tanto cuerpo frenético y removido, cuyo combate no cesó hasta que los participantes, vencidos y victoriosos a la par, se rindieron con exacto sincronismo, y se desplomaron, descoyuntados, desmembrados, como muñecos rotos, conmigo debajo o en el medio, que no supe ya discriminar a qué sexo correspondía la carne trémula que me aplastaba. La tregua duró poco, pues no por nada dos de los guerreros contaban quince años, y si ganaban ahí sus insignias de hombres, perdían sus atributos de vírgenes, lo cual impuso sucesivos ataques, armisticios de vino y comida, y una paz final que coronó horas de estrategia vesánica y de heroísmo irrefrenable, para que no faltase, al cabo de la sensual contienda, un toque musical que no ambicionó ser clarinada, el intranquilo pajarillo que durante la beligerancia no había parado de saltar, en su jaula, de barrote en barrote, y que era un simple gorrión, se lanzó a piar lo más marcialmente que pudo. Sólo entonces, saciados, Simaetha, Myrrhina y los efebos se acordaron de Amait.

Amait, propulsor inicial e inconsciente de estos afortunados episodios, no se había conmovido en el lapso en que los otros se conmovieron por demás. Continuaba tal como lo acostaron, roncando ruidosamente, y si alguien aproximaba la nariz a su entreabierto boca, en seguida la retiraba, porque del interior ascendían efluvios que atoraba el hipo, y que un poeta dado al juego mitológico hubiese asimilado a las cocciones del Infierno. Había llegado, quisiéranlo o no, la ocasión de ocuparse de él. Celebraron, pues, un consejo de guerra los cuatro, y resolvieron lo que ahora se enunciará.

Transportaron cuidadosamente a Amait al refugio de los tapetes y cojines donde se había desarrollado la batalla, y en el que prevalecían reñidas huellas. Lo tendieron allí, desnudito, esmirriado, desamparado el costillar y muertas las grandezas; colocáronlo Myrrhina y Simaetha entre ambas, similarmente desabrigadas pero opulentamente regaladas por la Madre Natura; distribuyeron a los garzones, que recuperaron la decencia de sus taparrabos, a distancias convenientes, y les hicieron mantener en alto, como ofrendas, el candil y la ollita. Una vez organizada la teatral puesta en escena, las damas rivalizaron en hacer cosquillas al octogenario, en frotarse contra él, en acariciarlo y

sacudirlo, con lo que el pobre terminó por despertar, visto lo cual lo devoraron a besos, sembrando las muestras afectuosas con vocablos de gratitud y con alabanzas de su comportamiento varonil, mientras Amait clamaba por agua, porque le ardían los labios, el paladar y la lengua. Lo refrescaron y, como es de imaginar, la cariñosísima actitud desconcertó al viejo, pero tuvo que rendirse ante las manifestaciones, cuando los muchachos agregaron sus frases elogiosas a las de ellas, quienes le repetían que no extrañase no recordar nada, porque una de las virtudes del Erithraicón es, precisamente, que quien bebe el zumo de su raíz olvide lo ocurrido y esté dispuesto a recomenzar la hazaña, en tanto que el Satyrión sobresale por el poder que transmite, y es fama que en una oportunidad, un mensajero que llevaba a un rey unas plantas de Satyrión, como regalo de otro, se distrajo en camino mordisqueándolas, y no halló más solución que enfrentar con éxito setenta veces, con personas a menudo distintas y de sexos distintos también, tal era su necesidad, las deleitables exigencias de esas hojas excepcionales, antes de cumplir el encargo.

—¡Setenta veces!

—Setenta veces. Tú, en escala diferente, pero interesante, te has conducido de manera maravillosa.

Así, como consecuencia de unánimes felicitaciones y palmoteos, Amait se consideró entonado y rejuvenecido. Lloró, besó con arrebató a las dos cómplices, y les propuso reanudar al instante las libidinosas experiencias, pero las mujeres se echaron a reír, arguyendo que con lo realizado les sobraba, que las Tumbaba la fatiga, y que debían ocuparse de su viaje. Lo levantaron con ayuda de los muchachos, lo vistieron y empelucaron, y se separaron del anciano lagrimeante y de sus nietos, con redoble de abrazos generales y recomendaciones de que mirasen por su salud en la empinada escalera. Seguidamente derrumbáronse rendidas sobre los almohadones y sin preámbulo se durmieron con la placidez de los justos, de los deportistas y de los que agota el ejercicio del amor. Yo permanecí también sobre las telas maltrechas, y también me fui amodorrando, desdeñoso de lo que me reservaba la fortuna.

Hasta el mediodía siguiente se alargó el reposo de mi flamante dueña y de su acompañante. Rechacé el sopor más temprano, y estuve espiándolas en tanto cabeceaban y se acurrucaban como criaturas, intercalando en su sueño (lo cual es menos infantil) amorosos y gozosos suspiros. Asistí a su despertar, a su rápida higiene y minucioso acicalamiento; las vi triturar de prisa los restos del recocado guisote del día anterior; y salí con ellas a la calle, amparado, como por dos lechoncitos blancos, por los dos valiosos pechos de Simaetha, entre los cuales me deslizó la soidisant hetaira. Desde ese zarandeado asilo, ni pude atisbar ni recoger noticias de por dónde andábamos; apenas sé que anduvimos bastante. Volví a comunicarme con el mundo externo, cuando mi propietaria me desembolsó. Al punto deduje, por el diálogo y por la atmósfera, que habíamos ido a parar a la tienda de un joyero, tal vez de un orfebre. Pero ¡qué diferencia mediaba entre ese obrador y el de Nehnefer, y este de los Orfebres de Ramsés II, donde me abrieron los ojos del alma! No había allí discípulos, ni artífices, ni plateros, ni esmaltadores, ni engarzadores, ni lapidarios; no había nadie, fuera de un hombre tan añoso como Amait. Tampoco había gemas o joyas o espejos. Nada había. El barbón de barba blanca me estuvo estudiando; me pesó, ignoro por qué, en una balanza; opinó que quizá fuera antiguo, aunque los escarabajos sagrados con inscripciones de faraones remotos se imitaban cada vez más; y resumió que, de ser antiguo, pertenecía al reinado de Akhnatón, Amenofis IV, el Faraón herético, lo que me confirmó la escasa erudición histórica de aquel animal, a quien Simaetha y Myrrhina prodigaban aplausos, asegurándole que, como siempre, estimaban la inmediata solidez de sus conocimientos. A continuación, Simaetha le detalló lo que deseaba. Deseaba que me convirtiese en una sortija, sujetándome a un aro de oro, para lo cual le confió una cadena de ese mismo metal.

—¿Vale la pena? —murmuró, escéptico, el barbudo—. Lo tallaron con prolijidad, pero me parece falso.

—Falso o no, necesito la sortija —continuó la mala puta—. Es para un obsequio.

Por ventura ¡alabado sea Khepri!, añadió que quería que el engaste se aplicase de modo que se pudieran apreciar mis dos caras, también (puntualizó adhiriendo al juicio del bárbaro) a fin de que se distinguiese la que con sus jeroglíficos refrendaba tal vez mi vínculo con el lejano rey Akhnatón. ¡Qué furia y qué yunta de asnos! ¿Por qué me mezclaban con un faraón de la dinastía XVIII, cuando yo pertenezco a la XIX, y sobre todo pertenezco a Nefertari, «por la que el Sol se eleva», la Osiriaca, Señora del Alto y Bajo Egipto, Justificada ante el Gran Dios? No me alcanzó el tiempo para alimentar mi indignación devotísima, pues Simaetha y el joyero Sofreneto trataban un tema que me tocaba en lo más profundo: mi próximo destino.

Bruscamente, fui informado de la existencia de Aristófanes. Como Sofreneto y las dos gruesas pecadoras cloqueaban y maullaban, me costó traducir su cacofonía. Saqué en claro, por fin, que Aristófanes era un escritor y que componía comedias, cosas de burlas; que tendría alrededor de treinta años y había nacido en Naucrális, si bien él mismo sostenía que era natural de Atenas y algunos le daban por patria a Egina y aun a Rodas; que el padre sí era ateniense; que ellos recordaban nítidamente su origen (los tres) pues se habían cruzado en centenares de ocasiones con el muchacho, y era tan naucrático como el más naucratense; que quien lo recordaba con más pormenores era Simaetha, la cual se apropió de su virginidad a los catorce años, con la eficaz colaboración de Myrrhina, un lustro antes de que el efebo se largase para Atenas; que después el joven había ganado fama y mucha, gracias a las comedias en cuestión; y para coronar el diálogo, proclamó Simaetha que, retiradas ambas de los azares del alegre negocio, habían determinado irse en pos de aquel hombre de éxito, que las tendría bien presentes, «porque ningún hombre —sentenció la experimentada Myrrhina— olvida a quienes le brindaron el favor de desflorarlo», y se acomodaría a hacerlas partícipes, de alguna manera, de su biografía rumbosa y triunfal; con cuyo objeto y como regalo magnífico, le llevaban una sortija con un gran escarabajo de lapislázuli, destinado a acarrearle (y a ellas por añadidura) harta suerte.

—Si, como pienso, y jamás me engaño —dijo el barbón, meneando la cabeza—, la cartela corresponde al rey hereje, la suerte no será buena, sino mala.

—En tal caso —negó, rotunda, Simaetha—, aquí no hay Amenofis que valga. Y cuidado con repetirlo.

Esa declaración me valió descartar de mis alrededores la sombra riesgosa de Akhnatón, que trae desgracia, pero me dejó sin antecedentes ni referencias. Para las dos busconas, los signos que atestiguan mi vínculo estrecho con la divina Nefertari, se metamorfosearon en dibujitos inocuos. Se encogió de hombros el joyero, y en eso quedaron; yo hubiera debido sentirme híbrido y neutral, pero no hay nada más opuesto a mi idiosincrasia: mientras Sofreneto me manipulaba y hacía de mí (que primero fui brazalete e independiente después) una sortija, ni un instante cesé de invocar, aferrándome idolátricamente a su memoria, a la Reina Nefertari, tabla de salvación de mi auténtica personalidad. Por supuesto, la imagen de ese Aristófanes desconocido, de ese poeta irónico en quien mis herederas del momento cifraban tantas esperanzas, surgía de repente, oculta la faz bajo el embozo, junto al hornillo del orfebre, para inquietarme. Y Sofreneto, de cuya ignorancia y torpeza me resigné a ser el depositario, pues abrigaba la absoluta certidumbre de que su engarce conspiraría contra la serenidad de mi hermosura, me desconcertó y encantó, pues le debo un aporte que fue indivisible de mí durante larguísimo espacio, que me añadió prestigio y que no he parado de querer y admirar. En vez del simple círculo de oro que propuso Simaetha, su imaginación modeló una delicada serpiente que rodearía el dedo del comediógrafo, y con su boca áurea se afirmaba al metálico encuadre de mi figura, por un lado, mientras que por el otro, el extremo de su cola, retorciéndose, se adhería a la parte opuesta del citado contorno. Mi relación con las serpientes se remonta a las raíces más distantes: a la selva de Kunduz, poblada de tigres y de ofidios silbadores, cerca de Badakhshan, de donde le trajeron mi lapislázuli al rey de Babilonia; y luego a mi amistad con el uraeus, la cobra que se elevaba sobre las frentes de Nefertari y de Ramsés; y al enorme pitón que se despereza, se estira y recorre el Nilo sagrado, y presumo ascendió de su acuático lecho y me tocó ligeramente, como el pez. Oxirrinco, en la hundida mano de la Reina, el día en que me

enamoré de Nefertari; y a la Sierpe-Diosa, la Amante del Silencio, que en los valles fúnebres acecha, desde lo alto de las colinas tebanas, los cortejos de los dioses y los príncipes que van, por la noche, de tumba en tumba. Sí: he conocido diversas serpientes; más tarde aparecieron algunas más. Se mirará, entonces, con indulgencia, al verdadero placer con que recibí el abrazo de la que Sofrénelo cinceló para mí. Póstumamente, desde el fondo del mar de Grecia, le expreso mi gratitud por su refinado proceder al barbón de Naucratis, cuya incultura disimulaba (como comprobamos en tantas oportunidades) un temperamento exquisito.

Extasióse Simaetha al recibirme de manos de Sofreneto, a quien debo considerar, después de Nehnefer, mi segundo padre, ya que los dos dieron sucesiva conformación a mi cuerpo. Quizá sería más justo llamarlos a ambos, por ser yo la consecuencia de su parlo conjunio, mis madres, y a Khamuas, el hechicero, el que me otorgó la individualidad, mi padre, pero éste es un lema peliagudo, acaso resbaladizo, que probablemente rozará la impiedad y hasta la blasfemia, y que por ende conviene no menear. Dudo, por lo demás, de que a Sofrénelo y a Nehnefer les hiciera gracia que los clasificasen de madres mías ni de ningún otro.

La cortesana me encerró en una arqueta, a la cual guardó en lo más recóndito de uno de los numerosos atados y atadijos que integraban su complejo equipaje. Una vez ahí dentro, más sofocado y cegado que cuando mi ama me depositó en el desfiladero de su busto, perdí la noción de cuanto acontecía. Inferí de sacudimientos, tropezones, balanceos y caídas, que me transportaban por tierra y por mar, y sólo semanas más tarde torné a conquistar la felicidad de la luz, pues Myrrhina deshizo los sucesivos nudos que clausuraban mi cárcel, y al sacarme de la arqueta, me ofreció el espectáculo de las redondeces suyas y de su socia, ataviadas con sus más caras posesiones. Estaban, evidentemente, muy nerviosas; se atropellaban buscando potes de albayalde, para intensificar el blanqueo espectral de sus rostros; se perfumaban las erguidas y torturadas trenzas con el costoso olibano y el terebinto que trajeron de su Neucralis natal; se ordenaban los pliegues de los peplos audaces; se consultaban sobre sus bellezas respectivas, agregando negro al párpado y rojo a la boca.

Al cabo de buen rato, tomaron la calle. Yo iba en la arqueta, llevado por Myrrhina, y no recuperé la sensación de que la tapa se abriese, hasta encontrarme, de súbito, en lo que debía de ser el patio de una casa similar a las de Naucratis, por su distribución aparente, aunque de obvio mayor lujo. Dos mujeres estaban allí y tres niños pequeños. De las primeras, la una era joven, común, descuidada, desgredada, afanosa; se agitaba dando órdenes al esclavo que, para lavar el patio, surgió con un balde; y la segunda, una dama sin edad, de alto y transparente señorío, grave, lenta y como desentendida de lo que pasaba a su alrededor, y hasta de la grita de los chicuelos caprichosos, mimados, traviosos, perseguidores del esclavo y enemigos de su tarea. La mal entrazada repartía sopapos entre los tres demonios, que redoblaron los chillidos, en momentos en que mis viajeras alhajadas y pintorreadas, cargadas de sonrisas, de reverencias y de ondulaciones, aparecieron en la puerta del patio, con lo cual se produjo un total silencio. Dirigióse Simaetha a la de facha peor, lo cual me asombró, pues lo lógico era que eligiese por interlocutora a la gran dama que ni paró mientes en nuestra presencia, conservando los ojos elevados al cielo, y le manifestó su deseo de saludar al eximio Aristófanes, a quien desde la adolescencia conocía. Le replicó la mujer con tono desabrido, que no sería posible, pues el poeta estaba trabajando y no atendía a nadie. Fue entonces cuando Myrrhina alzó la tapa del cofrecillo, y al dar la luz, solar sobre mí, el azul de mi caparazón se encendió como si llameara. Eso despertó el interés codicioso de la amazona; estiraron los niños los bracitos ávidos hacia mi terror; y la dama preclara semisonrió, distante. Pero no tuvo tiempo la agria mujer, visible genitora de los tres perversos, para replicar y eventualmente apoderarse de mí, porque se oyeron voces masculinas, y por la escalera que a la izquierda comunicaba con el piso superior, se vio que cuatro caballeros descendían.

Sólo uno de ellos había sobrepujado largamente la treintena, y el menor se destacaba por su clásica belleza excepcional, por la suntuosidad y elegancia de su atuendo, y por su

aire insolente. A su vera brincaba un perro de espléndida raza, cuya armonía rivalizaba con la suya, y al cual, extraña y cruelmente, le habían cortado la cola. Venían riendo los cuatro, porque aquel personaje les decía que los atenienses jamás debían tocar la flauta, que deforma la boca, y es cosa de bárbaros. Supuso Simaetha que ese joven señor orgulloso era Aristófanes, transformado por diez años de gloria e, internándose en el patio, escoltada por Myrrhina, lo saludó bajo ese nombre y acentuó el contoneo de las fuertes caderas. Levantó una ceja el interpelado, a buen seguro divertido y, señalándole a sus satélites, los fue enumerando con un leve ceceo que le añadía gracia.

—Éste, decano nuestro, es Agatharkos de Samos, el primero que pintó decoraciones teatrales, usando telas montadas sobre ruedas o suspendidas como tapices, y a quien tuve que raptar en mi casa, hurtándolo durante meses a su clientela, para que la adornase con su pincel. Éste es Strongylión, broncista conspicuo por sus esculturas de animales, de quien vamos a admirar ahora, en la Acrópolis, el enorme Caballo de Troya que ha colocado ahí. Y éste, calvo, mal pese a su juventud, éste sí es el ilustre Aristófanes, acicate de Eurípides, del tirano Cleón, por (fin muerto, y de mi maestro Sócrates, que sin embargo lo elogia. En cuanto a mí, te contarán que me llamo Alcibiades, que soy sobrino de Pericles, que le he cortado a mi perro el rabo, a fin de atraer la atención estúpida, que me gusta vivir bien y que no sirvo de nada. Y, para terminar, aquella que con tanto arte abofeteó a sus vástagos, es la esposa fiel de nuestro comediógrafo, cuyos hijos afables nos contemplan como si fuésemos Gorgonas.

Sorprende, por supuesto, que habiéndose dado el trabajo de presentarlos a todos, Alcibiades no mencionase a la gran clama, dueña de tanta nobleza física que excedía a la del revoltoso ateniense, con ser ésta mucha, pero ni ella se inmutó, ni ninguno se lijó en lo que resultaba una elemental descortesía. Por otra parte, Simaetha y Myrrhina trasladaron su curiosidad del aristócrata de barba rizada al escritor de barba incipiente y despoblado cráneo, no bien supieron que era aquél el que buscaban y no el atildado y atrevido galán.

—¡Ay, Aristófanes, querido Aristófanes —gorjeó Simaetha, pronta a enmendar su error—, no has cambiado ni un ápice desde que en Naucratis te tuvimos por amigo!

Se demudó el poeta:

—¿En Naucratis? Jamás estuve allí. Terció Myrrhina:

— ¡Ay, Aristófanes, querido Aristófanes! Con razón repiten que no hay, en la entera Grecia, nadie tan bromista como tú. ¿Cómo puedes afirmar que nunca estuviste en Naucratis, cuando nos consta que naciste allí?

Iba el literato montando en cólera, con lo que se le encendía la faz, para regocijo de Alcibiades.

—¿Yo...?, ¿nacido en Naucratis de Egipto...? Has de saber, mujer entrometida, que me honra haber visto la luz en Atenas, como hijo de Filipo Ateniense, del demos Cidatene y de la tribu de los Pandiónidas. Tocóle a Simaetha el turno:

—¡Ay, Aristófanes, querido Aristófanes! No niegues lo que en Naucratis sabe cualquiera. No nos lo niegues sobre todo a nosotras, que cuando apenas contabas catorce años y el bozo no te asomaba todavía, te recibimos virgencito y te hicimos hombre.

Retumbaron en el patio las carcajadas de Alcibiades (en ese instante me percaté de que era el único que usaba pendientes, de oro), de Agatharkos y de Strongylión, mientras que la esposa del comediógrafo se apresuraba a llevarse a los niños de ojos muy atentos, para que no escucharan obscenidades, como si éstas no sonasen de continuo en la casa del autor de «Las Nubes» y de «Las Avispas».

—Yo... yo... —barbotó, iracundo, el acusado, en tanto que las dos forasteras parecían próximas a reiterar la danza voluptuosa del Sicinnis, esa que terminó de desmayar a Amait y de enloquecer a sus nietos, pues se lanzaron, simultáneamente, a cimbrear el vientre y las nalgas, entre los aplausos del arrogante Alcibiades y de los dos artistas.

—¡Basta! —rugió Aristófanes, avanzando hacia ellas—, ¡basta, por Zeus! ¡Soy ateniense, como mi padre, como mi abuelo, y no os conozco!

—Sin embargo —acotó, displicente, Alcibiades—, ahora recuerdo que cuando el demagogo Cleón, a quien con tanta furia útil atacabas, te inició el proceso para despojarte de la ciudadanía, mantuvo que no eras de Atenas, que eres un meteco, un

extranjero afincado en el Ática.

—¡Son mentiras!

—¡Ay, Aristófanes, querido Aristófanes! —arrullaron como palomas las meretrices—. ¡Qué mal empieza nuestro encuentro y cuánto difiere del que soñamos! ¡Ni una vez más te mencionaremos a Naucratis, si lo prefieres así! ¡Ni una vez más! ¡Naucratis no existe! ¡Mira, mira lo que te hemos traído de regalo! ¡Un escarabajo, Aristófanes, querido, queridísimo Aristófanes! ¡Un escarabajo, un amuleto que te dará mucha suerte!

Al oírlas, alteróse la expresión del rostro del poeta. Se volvió hacia el pintor Agatharkos y murmuró:

—¡Qué insólito! ¡Qué casual! ¡Un escarabajo! Precisamente cuando estoy escribiendo acerca de un escarabajo... de un escarabajo gigante...

Dicho lo cual se aproximó a las hembras, quienes le tendían la arqueta conmigo en su interior. Me tomó, me examinó y se dulcificó su cara.

—Es muy hermoso —les dijo—. ¿Cuánto queréis por él?

—¡Nada, nada! —trinaron las mujeres—. ¡Ni una dracma sola! ¡Un regalo! ¡Es un regalo! ¡Aristófanes, querido Aristófanes! ¡Tu amistad, tu benevolencia: eso es lo que te pedimos!

Hurgó éste bajo el himatión que una fíbula sostenía en su hombro, y extrajo una moneda de plata, con una grabada lechuza. Le pareció poco, giró hacia Alcibíades y éste le alargó dos más.

—Aquí tenéis —decidió el autor—: tres lechuzas a trueque de un escarabajo. No os podéis quejar.

—¿Y la amistad? —lloriqueó Simaetha—. ¿Y el verte y acompañarte?

—¿Y visitar tu casa? ¿Y estar con tus amigos? —gimió Myrrhina.

—Con la gente de Atenas... las fiestas... los banquetes... el arte... las letras... ser uno de los tuyos...

—Con los caballeros y escritores de Atenas...

Las lágrimas les descomponían los maquillajes pringosos; surcos negros les araban el ajamiento de las mejillas... ¡Qué desilusión! ¡Qué injusticia! ¿Era éste el muchachito suave cuya castidad birlaron como se roba una flor? ¿Este mismo hombre que se alejaba riendo, camino de la Acrópolis, con sus compañeros que reían también, y a quienes les exhibía el escarabajo ceñido a su índice, me mostraba a mí, que chisporroteaba de gozo bajo el sol primaveral y hacía frente con mi azul al terso azul del cielo de Grecia? Prorrumpieron ambas en una vociferación de inmundicias; los tacharon de pederastas, de afeminados, de prostitutas, de cobardes, de egipcios (¡como si fuese, oh dioses, una ofensa!). A Aristófanes lo tildaron de tinoso y pelón por vergonzosas enfermedades, y le compararon la cabeza con la parte del cuerpo masculino cuya función es generativa y desaguadora. Igual entusiasmo al que dedicaran a exaltarlo, ejercieron para su injuria: son incalculables los extremos de indecencia ilustrada que puede lograr la capacidad imaginativa de una puta; de haber un premio a la invención soez, lo hubiese ganado ese día la «Dulzura de Naucratis». Y los insultados continuaron su marcha, indiferentes y jubilosos, con el can que no movía la cola pues carecía de la prolongación imprescindible. Partieron por el opuesto rumbo las dos defraudadas, quienes trataban de reconstruir el húmedo trastorno de sus trenzas y sus rasgos, sin abandonar el doble recurso consolador del llanto y de las palabrotas. Entonces la eran dama que había permanecido al margen del litigio y de su grosería, pacientemente sentada en la escalera, apoyado en las palmas el mentón, se colocó una guirnalda de hiedra en la cabeza; se miró en el cubo de agua que abandonara el esclavo, acomodándose y retocándose la corona de hojas, como si fuese un sombrero a la moda; metió debajo del brazo izquierdo una máscara risueña, que en la intimidad del peplo encubría, " echó a trotar hasta alcanzar a nuestro grupo bullicioso, cuando nos hallábamos delante del teatro de Dionisos.

La primera impresión que de Atenas tuve, aquella mañana, fue la de la alegría de vivir. Después supe que hacía diez años que duraba la guerra que los historiadores llamaron «del Peloponeso»; una disparatada guerra, fruto de pequeñas ambiciones, resquemores y envidias, que enconó a ciudades, a aldeas, a archipiélagos y a islotes, estremeciéndolos

con el fragor de las armas y de los discursos, y que sembró la destrucción y el crimen entre hermanos. A ella se sumó la peste, el tifus, que en el curso de tres años asoló a la ciudad de Pericles, y que ellos (naturalmente) juraban que procedía de Egipto. Pero ahora habían muerto Pericles, Cleón y Brasides; habían muerto los contrarios, los atenienses y el de Esparta, y se presentía el fin inmediato de las hostilidades: ¡la paz!, ¡la paz! que pregonaba Aristófanes. Brillaba el sol en su calva; en los aretes y las sortijas de Alcibíades; en mi lapislázuli; en la dentadura de Strongylión; y los paseantes y mercaderes se volvían a observarnos y a comentar el perro sin cola. De tanto en tanto, pasaba a nuestra vera, estruendoso, un guerrero de coraza deslumbrante, emplumado casco y túnica púrpura, tan bien alimentado, tan intacto y tan bruñido, que era patente que ni venía de la guerra ni a ella iba. Lo señalaban, maravillados, los alfareros, los que elaboraban el cuero y el bronce, los fabricantes de sandalias y botas, los masajistas de los baños, hábiles en aceitar, los múltiples procuradores de una existencia más amable, ansiosos de que el dinero circulase en los accesos de sus covachuelas. Arriba, arriba, allende las murallas, a nuestra derecha, la Acrópolis acumulaba los testimonios de su celebridad.

A Aristófanes le dio por hablar de pájaros. Era un experto; los apuntaba con el índice en el que fulguraba yo:

—¡Un mirlo!, ¡un cuclillo!, ¡un torcaz...!, y allá..., allá..., ¡una alondra!

Inesperadamente, la noble señora que nos seguía se arrimó al poeta, alzó la máscara, pero sin taparse con ella la faz, más bien como si manejase un abanico, y le susurró al oído algo, algo que desató su risa, y ella también rompió a reír, pero con tal discreción que ninguno oyó aquella manifestación de su regocijo, fuera de este Escarabajo que parece ser el único que tuvo en cuenta su presencia prestigiosa. Riendo, el comediógrafo produjo unas tabletas y un estilete y, sin detenerse, se puso a escribir.

—¡Los pájaros! —exclamó—. Una obra que se titule así: «Los Pájaros»... con un coro de aves cantando: «toro toro toro toro totinx, kikkabau, kikkabau, toro toro toro toro, totilnx...» Y un pájaro con un penacho similar al de ese héroe sin batallas con quien acabamos de cruzarnos, que charle y charle... que dispute... en una ciudad que los pájaros construyan... entre Atenas y el Olimpo... y que se llamará...

—¡Nefeloccigia! —gritó Alcibíades—, ¡la ciudad de las nubes y de los cuclillos, de los cucús!

Aprobó la dama en el conducto auditivo del poeta, y éste recitó:

—Nefeloccigia... Nefeloccigia... tendrá una fortaleza de cigüeñas, y el gallo será su jefe... ¡ah... una paloma... buena señal!, ¡y un ruiseñor, un príncipe de pájaros!

Otro que no fuese yo, lego en mitología helénica, hubiese deducido ya quién era la que no nos perdía pisada: yo tardé en atar cabos y en concluir que la obstinada acompañante de Aristófanes era Talía, Musa de la Comedia, la cual, no disponiendo a la sazón de otro intelectual a quien consagrarle su tiempo y profesional ejercicio, se entretenía en inspirar a mi propietario, y estaba de rato en rato soplándole ideas en la oreja expectante. ¡Qué Musa empeñosa...! ¿Cómo iba a reconocer yo a alguien de condición divina, en un ser tan opuesto a los dioses egipcios? ¡Si por lo menos hubiese tenido la *cabeza* de rana o de ibis...! Y Aristófanes en cualquier momento recurría al estilete... Formaban una pareja ejemplar, más aún por el hecho de que ella fuese inaudible e invisible.

Habíamos comenzado a subir la cuesta de la colina sacra: el Escritor, el Elegante, el Pintor, el Escultor, la Musa y el Escarabajo.

Se dirá de mí, del talismán de la Reina Nefertari, lo que se quiera; se me acusará de inepto, de nulo, de rústico, de novato, de vulgar, de lo que se quiera; cada cual con su opinión; no me importa: soy esencialmente sincero, y a mí la Acrópolis que dejaba boquiabierto a todo el mundo, y en la que bajo Pericles trabajaron veinte mil hombres, libres o esclavos, me pareció feísima. Espantosa: como suena. Muchísimo más tarde, cuando regresé allá, llevado por Mrs. Dolly Vanbruck y por Mr. Jim, la consideré con ojos distintos, pero también es cierto que se había transfigurado y depurado, y en nada, en absolutamente nada, recordaba a la que conocí durante el siglo y antes de la era actual. Asimismo se me puede acusar de nacionalista, de patriotero, de racista, de nilista (del Nilo, a no confundir con nihilista), de africano, de negro sudanés... No me importa. A mí

denme la perfección de un templo de mi país, denme Karnak o Luxor o Menfis... denme los vastos espacios prodigiosamente medidos... las dobles hileras de esfinges, la aislada majestad de los obeliscos, el hieratismo monumental de las estatuas, la severa quietud de los dioses y los reyes, en los pilones geométricos... los muros y sus textos incomparables... En Egipto era posible encontrarse con los dioses detrás de cada columna, porque aquella atmósfera les era propicia... En la Acrópolis, en el amontonamiento policromo de edificio y esculturas de todo tamaño y proporción que se amontonaban en la colina, no vi ni un solo dios, y eso que tengo bastante buenos ojos para lo sobrenatural. La presencia única de la atareada Talía (una semidiosa, por más hermana de Apolo que sea, una secretaria con redacción propia, en realidad) no basta, me parece, para invalidar lo que sostengo: cuando hablo de dioses, me refiero a procesiones, a comitivas, a extensas teorías de divinidades ambulantes, como aquellas cuyo rígido desfile presencié en Tebas, en el Nilo y en la necrópolis augusta. Hay que creer en los dioses, para que los dioses existan, y en Atenas, en aquella época, nadie creía en los dioses. Los invocaban, costeaban sacerdotes y oráculos, pagaban estatuas (horribles) de marfil y de oro macizo, como la inmensa Athena Pártenos de Fidias, que felizmente no existe ya. Los griegos sustituyeron a los dioses por la Democracia y por su concepto personal de la Belleza: ¡qué doble equivocación! Así les fue. En torno del Partenón brotaron sin orden las construcciones; los devotos treparon por las escalinatas, mezclados con las cuadrigas, con los grupos de mármol y de bronce, con las aras... todo nuevo rico aspiró a estar presente allí e inscribir su nombre en la base de un relieve, de una figura... El Caballo de Troya colosal de cuyo vientre no salían más que cuatro guerreros, y que le valió a Strongylión el palmoteo laudatorio de Aristófanes, de Agatharkos y de Alcibiades, era, a mi juicio, un atroz amasijo de músculos. Eso es lo que pasmaba a los griegos: las músculos, las forzadas actitudes atléticas, el Hércules de circo: ¡qué contraste con la delgada, ajustada, espiritada flexibilidad egipcia, que ellos al principio imitaron! Pero el Caballo de Troya no existe ya; nada de aquello existe; ni siquiera la Sosandra de sonrisa misteriosa, hija del mismo padre que el Poseidón con quien dialoga en el mar, la sola estatua que en los propileos me atrajo. El resto... También los templos de Egipto se coloraban, loto a loto, papiro a papiro, y cada silueta y cada alegoría y cada jeroglífico, pero el sol ardiente de mi patria y la arena del desierto cooperaban sabiamente con los artistas, y al cabo de algún tiempo las arquitecturas y sus decoraciones adquirían una pátina, una sutil graduación de semitonos que confería al conjunto una mesurada armonía imposible de describir... mientras que aquí, en la Acrópolis, los colores bramaban, impacientes, rencorosos, antagónicos, invictos. Una hora quedamos en la alta plataforma. Al descender y mezclarnos con gente de todas las clases, certifiqué más que a la subida el extraordinario prestigio de que gozaba Aristófanes. Lo saludaban, le sonreían, y el escritor pasaba, ufano, cosechando homenajes, feliz de exhibir su éxito, en especial, por lo que noté, frente a Alcibiades, quien se desvivía porque en él se fijaran. La antipatía hacia el comediógrafo que yo había empezado a cebar desde que oí que negaba su nacimiento egipcio, se desarrolló a medida que aprecié los quilates de su soberbia. Iba ésta tan lejos, que cuando Agatharkos pretendió extenderse en el elogio del Caballo de Troya, fue clarísimo que Aristófanes consideraba que ya se habían dedicado con exceso a Strongylión, porque cambió el tema abruptamente, y se puso a hablar de «La Paz», la obra que estaba a punto de concluir, y no paró hasta que los tres amigos le aseguraron que se reunirían en su casa, cuatro días después, para asistir a la lectura. Con esto se fueron separando; hízolo Agatharkos primero, y los tres restantes criticaron su tendencia a adular, sí bien Strongylión acotó que lo creía sincero en su elogio del Caballo; lo siguió Strongylión y los dos que continuaban juntos, censuraron las desproporciones de su escultura; quedó Aristófanes solo, y me percaté de que respiraba con alivio, como si se hubiera desembarazado de rivales, pues desde ese momento la unanimidad de las cortesías y las alabanzas de quienes atravesaban a su vera, no tuvo más meta que el orgulloso autor, que lucía arrogantemente su calva y su escarabajo, ya que a la musa, que se había quitado el sombrero de hiedra y se aireaba con él, no la veía nadie.

Los cuatro días ulteriores sobresalieron por el trabajo intenso. Talía, que de codos en una ventana contemplaba melancólicamente el paisaje de la colina del Licabeto, cubierta por la arboleda, y en el segundo plano el Pentélico, cuyas canteras blanqueaban al sol, de repente dejaba a desgano su observatorio, y acudía a secar la frente transpirada del poeta y a cercarlo con estimulantes susurros y risas. Acto continuo, y en tanto Aristófanes, retozando, hacía crujir el papiro bajo el cálamo burlesco, la musa volvía a la ventana y reasumía su fatigada y compungida posición.

Por fin estuvo lista la obra. Esa parte final, sobre la cual corrí y vacilé en el dedo del maestro, me interesó poco; carecía de gracia y de inspiración, mal pese a Talía: la paz se lograba en Grecia; los personajes se casaban, y los únicos protestadores eran los mercaderes de corazas, de cascos, de armas y de penachos, a quienes el término de la guerra les arruinaba el negocio. Me intrigó la mención de un escarabajo. Trigeo, el héroe rústico y cómico, originador de la paz difícil, le preguntaba a Mercurio por su escarabajo, y el dios le respondía que estaba uncido al carro de Júpiter y que tendría por alimento la ambrosía de Ganimedes. A Aristófanes, eso le provocaba unas carcajadas demenciales, y a la musa una vaga sonrisa, pues, según parece, estaba saturado de doble sentido. Yo no lo entendí, y como cuanto alude a los escarabajos, sean ellos de piedra o simplemente coleópteros, me atañe, se avivó mi inquietud por resolver el misterio. Aguardé, pues, la anunciada lectura, por de contado con más preocupación que el escultor, el pintor y el señor joven.

Acudieron éstos a la cita a la hora fijada. La mujer de Aristófanes había conseguido que los chicos se acostasen temprano, y quizá suministrarles un narcótico, porque se durmieron al punto. El autor y sus tres invitados se estiraron, apoyados en el codo izquierdo, sobre sendos lechos de los que los griegos utilizaban para comer, lo cual me sonó a peligroso, tratándose de una sesión literaria. La mujer se mantuvo detrás, como una esclava, calladita, y de vez en vez colmaba los vasos con resinoso vino, como era costumbre en los simposios de la filosofía, lo cual también me sonó a arriesgado. Junto a ella, Talía, puesto el sombrero de hiedra y la máscara en la mano, me dio la impresión de estar medio nerviosa. Otras dos máscaras —la de Cleón, que Aristófanes había usado cuando ninguno más se atrevió a desempeñar el papel del tirano, en «Los Caballeros», y la de Sócrates, correspondiente a la comedia «Las Nubes»— constituían, colgadas de la pared, el único ornato del cuarto, que iluminaba un par de antorchas y cuya ventana cerraron desde el principio. Aristófanes carraspeó y explicó que la escena inicial tenía lugar en Atenas, delante de la casa de Trigeo, entre dos esclavos. Luego el fatuo leyó con voz engolada la porquería que a continuación reproduzco y que sé casi de memoria. Se la repetí a Poseidón, para que se pronunciara con ecuanimidad sobre si mi manera de reaccionar fue o no la correspondiente:

Esclavo Primero: Vamos, trae pronto su pastelito al escarabajo.

Esclavo Segundo: Toma, dáselo a ese maldito. *Esclavo Primero:* Dale otro de excrementos de asno.

Esclavo Segundo: Aquí lo tienes. Pero ¿dónde está el que hace un momento le trajiste? ¿Se lo comió ya?

Esclavo Primero: ¡Por supuesto! Me lo arrebató, le dio una vuelta entre las patas y se lo tragó enterito. Hazle otros más grandes y espesos.

Esclavo Segundo: Oh, poceros, limpialetinas, socorredme, en nombre de los dioses, si no queréis que me asfixie.

Esclavo Primero: Otro, otro pastel, confeccionado con excrementos de sodomita. Ya sabes que la masa muy molida es la que más le gusta.

Esclavo Segundo: Toma. Lo que me consuela es estar al abrigo de sospechas: nadie dirá que me como la pasta al amasarla.

Esclavo Primero: ¡Puf!, venga otro y otro; no pares de amasar.

Esclavo Segundo: ¡Imposible! No resisto ya el olor de esta cloaca. Voy a llevarlo todo allá adentro.

Esclavo Primero: Idos al Infierno los dos.

Esclavo Segundo (al público): ¿Me dirá alguno de vosotros dónde puedo comprar una nariz sin agujeros? Porque esto de ser cocinero de un escarabajo, es el más repugnante

de los oficios. Veamos si ha terminado de comer; voy a entreabrir un poquito la puerta, para que no me descubra. ¡Traga, atrácate hasta que revientes! ¡Cómo devora el maldito! ¡Qué bicho tan voraz e inmundito! Ignoro qué dios nos ha enviado un regalo semejante, pero seguramente no fueron ni Venus ni las Gracias.

Esclavo Primero: ¿Cuál habrá sido?

Esclavo Segundo: Sólo el irritado Júpiter. Pero voy a darle agua.

Esclavo Primero: Yo explicaré el asunto a niños, mozos, hombres y viejos. Mi señor sufre una locura rara. Se pasa el día mirando al cielo con la boca abierta e increpando a Júpiter: «¡Oh Júpiter! ¿Qué intentas? ¡Deja la escoba, no barras a Grecia!»

Trigeo (adentro): ¡Ay, ay!

Esclavo primero: Callemos... Creo haber oído su voz.

Trigeo: ¡Oh Júpiter! ¿Qué tratas de hacer contra el pueblo ateniense? ¿No ves que no dejarás ni rastros de nuestras ciudades?

Esclavo Primero: He ahí la manía que acabo de mencionaros. Hablando aquí mismo, cuando empezó a delirar, exclamaba: «¿Por qué medio podría yo subir directamente hasta Júpiter?» Construyó escalas, por las cuales trataba de ascender al cielo, hasta que cayó, rompiéndose la cabeza. Ayer volvió a casa trayendo un enorme escarabajo, del que me obligó a ser el palafrenero. Mi amo lo acaricia y le dice: «Mi pequeño Pegaso, generoso volátil, condúceme volando hasta el trono de Júpiter.» Pero voy a espiar qué hace. ¡Oh desventurado! ¡Socorro! ¡Mi señor sube por el aire, montado en un escarabajo!

Trigeo (en la escena y sobre el escarabajo): Despacio, escarabajo mío; refrena tu fogosidad; no confíes demasiado en tu fuerza.

Esclavo Primero: ¡Dueño mío! ¿Estás loco? ¿A dónde te encaminas, temerario?

Trigeo: ¡Silencio! Vuelo para procurar la felicidad de los griegos.

Esclavo Primero: ¿Qué locura es ésa?

Trigeo: No pronuncies frases de mal agüero. Manda callar a todos; haz que cubran con ladrillos las letrinas y cloacas y que se pongan en el trasero un tapón.

Esclavo Primero: No callaré hasta que me digas a dónde vuelas.

Trigeo: ¿A dónde he de ir, sino a ver a Júpiter, para preguntarle qué piensa hacer con los griegos? Si no me escucha, lo acusaré de traición.

(Entran las hijas de Trigeo.)

Esclavo Primero: ¡Ay, chiquitas! ¡Vuestro padre os abandona, marchándose al cielo! ¡Suplicadle, pobrecitas!

Hija Primera: ¡Padre! ¿Será verdad que nos dejas para ir a perderte con las aves en la región de los cuervos?

Trigeo: Sí, me marchó.

Hija Primera: Pero, ¿cómo vas a hacer el viaje?

Trigeo: Iré sobre este corcel alado.

Hija Segunda: ¡Padre! ¿Cómo se te ocurre subir al cielo montado en un escarabajo?

Trigeo: Las fábulas de Esopo cuentan que es el único volátil que llegó hasta los dioses

Hija Primera: Es un cuento increíble. ¿Cómo pudo llegar un animal tan inmundito? ¿No sería mejor que montases el aligero Pegaso y te presentases en la morada de los dioses con más trágica apostura?

Trigeo: ¡Tonta! En tal caso necesitaría doble provisión. Éste se alimentará con lo que yo haya digerido.

Hija Segunda: ¿Y si cae del piélago en los abismos húmedos? ¿Cómo podrá salir a flote un animal alado?

Trigeo: Tengo un timón personal, que si es necesario utilizaré. Adiós. *(A los espectadores.)* Vosotros, en cuyo favor sufro estos trabajos, absteneos durante tres días de todo desahogo, ni sólido ni fluido, pues si mi corcel percibe algún olor se precipitará a tierra y burlará mis esperanzas. Adelante, Pegaso mío. ¿Qué haces? ¿Por qué vuelves la cabeza hacia las letrinas? Vuela en línea recta al palacio de Júpiter. Aparta por hoy el hocico de la basura y de tus alimentos cotidianos. ¡Eh, buen hombre!, ¿qué haces ahí? ¡Te lo digo a ti que haces tus necesidades en el Pireo, junto al Lupanar! ¿Quieres que me mate? Ocúltalo pronto, cúbrelo con un montón de tierra, planta tomillo encima y riégalo

con perfumes... ¡Ay, ay! ¡Qué miedo! ¡Ya no tengo ganas de bromas! ¡Mucha atención, maquinista! ¡Un viento rebelde gira alrededor de mi ombligo, y si no procedes con suma precaución, terminaré por echarle un pasto mío al escarabajo!

Hasta esa altura resistí, aunque pocas veces, en el curso de mi vida, me sentí tan indignado y nauseoso. Pero ¿cómo se atrevía el insolente, el deslenguado Aristófanes, a escarnecer a los escarabajos con un descaro tan repugnante, acumulando suciedad sobre nosotros? ¿No sabía, siendo egipcio (porque era egipcio, lo afirmase o no) que somos divinos, que somos los vástagos de Khepri y los hijos del Sol? ¡Qué puerco! ¡Qué miserable! ¿Y eso, eso que los artistas y el petimetre aprobaban con carcajadas sonoras, era el fruto que el comediógrafo de mierda, especialista en mierda, como réplica a réplica nos probaba, había recogido por inspiración de la ilustre Talía, una señora de distinguidísima apariencia, que con su eterna semisonrisa escuchaba sus horrores? Fue tan tremenda la rabia que se apoderó de mí, en nombre de los escarabajos todos, aun de los más míseros, con quienes iracundamente me solidaricé, que conseguí entonces lo que durante mi existencia entera no volví a lograr. Hubiese dado cualquier cosa por que mi altivo lapislázuli de Badakhshan, mi lapislázuli de la Reina Nefertari, despidiese rayos azules incendiarios y sembrase en torno el terror. No lo obtuve; obtuve en cambio lo que parecerá imposible, y lo alcancé con ayuda de la Serpiente de oro que formaba mi anillo. ¡Quién sabe cómo le transmití mi ciega furia y mi violento deseo! Ambos a una, increíblemente, rencorosamente, frenéticamente, nos contrajimos (fue la única oportunidad, pero ¡qué maravilla!) y apretamos el índice derecho de Aristófanes que ceñíamos, con cuanta fuerza estranguladora descubrimos en nuestras estructuras estáticas.

Su espantoso grito sacudió la casa, despertando a los niños, que rompieron a llorar. ¡Cómo se le dilató la boca, hasta formar un dramático cuadrado y asimilar su rostro despavorido a las máscaras que pendían de la pared! Los convidados saltaron de sus lechos; su mujer acudió de carrera, destrenzada; la musa se despabiló también y se arrimó perpleja al sufriente. Lo rodeaban sin entender, y él se frotaba el doloroso índice y exhibía su cárdena hinchazón, mientras la Sierpe y yo, hermanados en la guerra santa en favor de los escarabajos ofendidos por ese indecente ordinario, recolector de defecaciones literarias, no cejábamos en nuestra presión y seguíamos arrancándole al cochino chillidos, rugidos y lágrimas. ¡Qué gloria, qué delicia, oh Khepri, padre inmortal! La mujer trajo aceite, con el cual le untó y friccionó el dedo tumefacto, lo que intensificó su grito. Habían abierto la ventana, y por ella y por la puerta asomaban las cabezas compungidas de los vecinos, a quienes honraba, en el barrio, la proximidad del gran poeta (¡del gran manipulador de evacuaciones!) y que, como el resto, no comprendían qué pasaba, porque no podía ser cierto, como empezaba a murmurarse, que a Aristófanes lo había mordido un venenoso insecto invisible, envío de dioses malhumorados.

Fue en ese momento, precisamente en ese momento, en el peor de los momentos, cuando, ansiosas de borrar la impresión que dejaran durante su previa visita, echando en olvido los calificativos deshonorosos endilgados entonces a Aristófanes y sus acompañantes, optaron por aparecer Simaetha y Myrrhina. Habían oído decir que en la casa de mi dueño tendría lugar una reunión de intelectuales, y como eso era lo que más podía mover su curiosidad, atraerlas y exaltarlas, ya que lo demás —el jolgorio y el cachondeo— era para ambas postre cotidiano, decidieron acicalarse y meterse allí, golosas de consideración y de literatura. Los agudos gritos que desde la calle oyeron, habrán confirmado su idea de que la lectura desarrollaba un tema trascendente y patriótico, y la cantidad de vecinos agolpados a la puerta les habrá hecho creer que una obra que requería tales aullidos era de aquellas que por su excelsitud convocan multitudes. Lo cierto es que se abrieron paso con las rodillas, los codos y los pechos, y que no bien se mostraron, rozagantes, embadurnadas, policromadas y falsamente enjoyadas, Aristófanes torció más aún la boca, y señalándolas con el amoratado índice, en el que yo cabalgaba mi triunfo, gimió:

—¡Esas son las culpables, las putas, las brujas, las reputas, las rebrujas, que me hechizaron!

Se justifica el asombro de las damas de Naucratis. Iban allá con el objeto de ganar sus disculpas y de ingresar en el mundo supremo del Gran Arte, cuyo contacto y adopción, a su entender ingenuamente erróneo, las redimiría de antiguas faltas, y en vez se veían acusadas por la demencia del autor de moda. La mujer de éste, al oírle, abandonó la inútil fregadura y, con las manos chorreando ungüento, se lanzó contra las absortas mujeronas, quienes lo hubieran pasado bastante mal, por lo imprevisto del ataque, si la Serpiente y yo, testigos de la injusticia del episodio, no hubiésemos aflojado a un tiempo nuestro apretujón, y el aliviado índice no hubiera reclamado, por la voz de Aristófanes, la ayuda de su agraviada esposa para desembarazarse de mí, con lo cual se retiraron las dos cortesanas, veloces, aceitadas, confundidas y jurándose descartar para siempre de sus proyectos progresistas al Arte y sus vesánicos peligros.

Por fin, con el socorro de Alcibiades, Agatharkos y Strongylión, sumado al de la solícita cónyuge, fue factible que yo avanzara a lo largo del índice deforme y violáceo, renovando las voces de suplicio de mi cerdo compatriota, quien, no bien se liberó de mi contacto, se levantó, tambaleándose, llegó hasta la ventana y me arrojó, por ella, vociferando, en el colmo de la exasperación:

—¡Vete de aquí, demonio, escarabajo de la mala suerte!

¡Dale con la mala suerte! Como en otras circunstancias, durante el andar de mi biografía, fui despedido sin amor. Es mi destino de enamorado. Salí por la ventana, feliz de separarme de aquel sacrílego estercoledor de escarabajos. Pero antes advertí que en el suelo yacían los nefastos papiros de «La Paz», que Aristófanes empezara a leernos, y sobre los cuales mi lapislázuli se había deslizado con repulsión, desde el índice que marcaba la lectura, y observé que los pringaban espesas manchas de aceite, amarillas y negras.

Caí en la calle barrosa, encima de un cúmulo de excrementos de asno y de vacuno, como los que el clásico con deleite describe, y me refugié en pensar, para desligarme del contorno, en la divina Nefertari y en su incomparable donosura. Por la tarde, varios escarabajos, varios auténticos escarabajos, descubrieron al Escarabajo azul en su trono pestilente, y entre ellos deliberaron con gravedad. Se evidenció que los intrigaban mi constitución y mi *traza*, ya que en mí descubrían otro escarabajo, infinitamente más bello, que en nada correspondía a su naturaleza. ¡Ah, si yo hubiese entendido su idioma y si hubiera podido contestarles y explicarles! ¿Qué les sugeriría yo? ¿Que era un dios, un ser superior, extraordinariamente llegado para regirlos, como en las fábulas, y alzándolos de su condición de escarabajos peloteros, conducirlos quién sabe a qué Olimpo de selectos coleópteros? Algo así debió ocurrírseles, no bien halláronme, áureo y azul, sacro, aristocrático escarabajo caído de las nubes, porque me circundaban con obvia intriga, e inferí que dirigían preguntas y ofrecimientos al viajero fabuloso. Sin embargo, como yo permanecía inmutable, en mi fortaleza de bosta de mulo, conmovido por el excepcional esfuerzo que para mí había significado castigar al desvergonzado Aristófanes y librarme de él, quizá mis congéneres cascarudos lo interpretaron equivocadamente como una actitud desdeñosa, lo cual no les gustó en absoluto y, pasando de la reverencia al odio con inmediata hostilidad, pusieron a armar sus características bolas de boñiga, con auxilio de las herramientas que enumera Monsieur Fabre: el rastrillo de seis dientes, la caperuza protectora en semicírculo y las largas palas de las patas anteriores, provistas también de cinco dientes vigorosos. En seguida (y en eso fincó su desquite, en forma de mostrarme la opinión que les merecía mi inocente indiferencia), en lugar de retirarse hacia sus domicilios, haciendo rodar, según su costumbre, las opíparas esferas elaboradas así, se entregaron a devorarlas ahí mismo, alrededor de mi sortija, y a producir el instantáneo fruto de su digestión, una cuerdecilla negruzca y extensa que, brotaba de escarabajos tan numerosos, se fue enrollando y hacinando en lo alto de la piedra admirable que Nefertari luciera en su brazalete y Aristófanes en su dedo, hasta hacerla desaparecer bajo una pequeña torre barroca; hecho lo cual, se fueron.

¡Ay Khepri!, ¿por qué me sucedían esas cosas?, ¿por qué tenía que escuchar esas barbaridades y después ser víctima de esas afrentas?, ¿lo había merecido?, ¿actué con soberbia o con maldad?, ¿no procedí con justicia?, ¿ésta era mi recompensa carroñosa?

Un día entero quedé bajo la capa de cordones digestivos, que se fueron endureciendo poco a poco, en las horas nocturnas. Y la otra mañana, cuando imaginaba ya que mi destino sería esfumarme en definitiva, metamorfoseado en un pedrusco cualquiera, aconteció lo incongruente.

Un escarabajo, sin duda un excéntrico que integrara la pandilla defecante del episodio que acabo de narrar, volvió al paraje de la fechoría. Con lenta paciencia, utilizando los zoológicos utensilios que el entomólogo Fabre menciona, y brindando pruebas de la estética habilidad propia de la especie estercolera (porque éste era un escarabajo de dicha denominación y no un gimnopleuro, un minotauro, un geotrupa, un ontófago, un onítides, etc.), se consagró primorosamente a despojarme de la injuriosa sustancia que me revestía, y a asearme y expurgarme, hasta que torné a brillar al sol y a recuperar mi jerarquía de preferida joya de la reina de Egipto. ¡Qué extraños son, en verdad, los escarabajos!, y ¡qué originales artistas! El mío, tras que me hubo descostrado y acicalado, se aplicó a empujarme con sus diestras patitas hasta la semioscuridad de su morada subterránea.

En ella conviví con el escarabajo y su señora. En ella vi formarse el objeto en forma de pera que contenía la larva del descendiente de tan organizada familia. En ella me supe adorado y deduje que me consideraban divino y que juzgaban una merced fantástica albergarme, pues cada vez que el macho regresaba a la cavidad vagamente iluminada, impulsando una bola alimenticia y maloliente, antes de proceder a su deglución, se prosternaba con su compañera frente a mí, que permanecía fijo contra la pared más lejana de la diminuta guarida, y ambos agitaban las extremidades dientudas, como si repitieran una plegaria. No negaré que me sentía halagado, en medio de mi desconcierto. De esa suerte se sucedieron las semanas, hasta que un día ninguno de los escarabajos volvió al hogar. Ignoro las causas de su posible infortunio. Lo más probable es que perecieran bajo el casco de una de las bestias encargadas de su sustento. Lo que recuerdo es que elevé mis preces en su favor, a la magnanimidad de Khepri, y que, como en la tumba de Nefertari, visitada por los dioses, y en la roca del Valle de las Reinas, donde veía nacer y morir los siglos y experimentaba la modorra mortal que el bochorno del desierto origina, o asistía a la lucha de las arenosas tempestades, me concentré en esperar, esperar, esperar que aconteciera algo, algo que reemplazaría mis últimas imágenes, las de Simaetha, Myrrha, Aristófanes, su musa y sus amigos, no bien irrumpiera la plena luz. Estaba habituado a aguardar. Y esa vez aguardé, solo con la inseparable Serpiente muda, como Poseidón con el Jinete callado en el fondo del mar, trescientos setenta y cuatro años, contados con exactitud. Trescientos setenta y cuatro años, durante los cuales oí pasar, sobre mi cueva, carros y caballerías, ganados y séquitos; oí discutir a filósofos y perseguirse a pilletes; oí anunciar guerras y pronosticar paces; oí el canto monótono de la lluvia, que me inundó en muchas oportunidades, hasta ser absorbida por la avidez de la tierra, y noté que de nuevo se filtraba hasta mí la tibieza solar. En varias ocasiones, a punto estuvo de derrumbarse mi techo, lo que quizá me hubiese convenido, pero continuó intacto. Trescientos setenta y cuatro años, uno por uno. Otros escarabajos aparecieron por allí y desaparecieron, espantados, como si yo fuese un espectro azul. Supe que Grecia perdía su libertad famosa, a manos de pueblos enemigos, y escuché más y más el nombre de una ciudad desconocida, Roma, Roma, Roma, y un idioma majestuoso, el latín, que fui aprendiendo en mi alerta soledad. Hasta que una tarde retumbaron en la calle fuertes golpes, más vibrantes aún que los que estremecieron la tumba de la Gran Osoriaca, la Gran Esposa Real, cuando la invadieron los ladrones. Y era que Julio César, Caius Iulius Caesar, luego de haber conquistado Italia y de haber destrozado a Pompeyo, atravesaba Atenas, vencedor de Farnaces, hijo de Mitrídates, y era que sus legionarios desfilaban cantando y gritando, encima de mí.

4. ASESINATOS ROMANOS

No todos los integrantes de la Décima Legión partieron en seguida, detrás de su jefe, rumbo a Roma. Quedaron algunos en Grecia, encargados de construir una carretera, una estrada, una vía: era la manía romana. Donde antes había habido polvo, lodo y hierbajos, se extendía el orgulloso camino de piedras anchas, que avanzaba como un ejército. Durante los trabajos de remoción de tierra que ocasionó la obra, me descubrió un soldado, un veterano de recios músculos y tostada piel, quien no bien me advirtió, al bañarme el sol y resaltar en el barro y los escombros, gloriosamente azul, prestamente me escondió bajo el cuero que le cubría el tórax. Estuve enredado entre su pelambreira sudada (harto diferente de los trémulos globos en medio de los cuales me depositó Simaetha, cuando fuimos a casa del orfebre), hasta que torné a ver la luz, larguísimo tiempo esquivando, en la tienda de campaña del guerrero.

La claridad procedía de un pobre candil, y pronto supe que mi descubridor se llamaba Lucilio Turbo y que compartía la modestia de su albergue con un tal Aurelio, como él legionario, pues no bien entraron, prendieron la lamparilla y clausuraron el acceso, mi salvador me extrajo del escondite, me aproximó a la llama y enseñó al otro su tesoro.

Hay que tener en cuenta que hacía trescientos setenta y cuatro años que mi vanidad se enmohecía, para valorar el entusiasmo con que brillé, chisporroteé y proclamé mi azul jactancia. Extasiáronse los hombres, examinando mis detalles, colmando de elogios al sol de ágata que mis patas delanteras sostienen; señalando Lucilio con los sucios dedos la línea de oro que define mi estructura; dándome vuelta y asombrándose ante el jeroglífico de Nefertari; estudiando el dibujo de la Serpiente: en una palabra, saciando mi necesidad de aplauso, por siglos hambrienta. De inmediato los quise, y más aún pues de mi inscripción dedujeron mi nacionalidad egipcia, ya que al punto, mientras a medias se lavaban con ruidoso chapoteo, pusieron a hablar de Egipto, de donde venían los dos. Y Egipto les encantaba.

Habían permanecido en Alejandría varios meses, junto a César, y evocaban esa ciudad para mí ignota, con fervor comunicativo. No se cansaban de mencionar sus jardines, su multitud cosmopolita, sus puertos, su hipódromo, sus teatros. Yo los escuchaba, inocente provocador del alud de figuras, pero cuando recordaron que Alejandría era actualmente la capital de mi país, residencia de sus reyes macedonios, y que hacía centurias que allá no se hablaba más lengua que el griego, puesto que el egipcio se relegó a campesinos y artesanos, sentí que en mí crecía una honda rabia contra aquellos monarcas ptolomeos, criminales de generación en generación (esto lo supe después) que así se desentendían de mi gente, y contra los cuales el propio César debió combatir. Mas ahora los conversadores se referían a la fascinación de la Reina Cleopatra, al amor que la unió al gran general romano, pese a la distancia de sus edades, y eso me conmovió, como siempre que de amor se arguye, y se intensificó al enterarme de que tanto Lucilio Turbo como Aurelio habían formado parte del navío real, el thalamegos, un inmenso palacio que remontó el Nilo hasta Asuán, en el curso de diez semanas, y que contenía columnatas, salas de fiestas, santuarios de Venus y de Dionisios, alcobas suntuosas y una inexplicable gruta. Ese esplendor navegante bogaba en la algarabía musical de los festines, escoltados por cuatrocientas embarcaciones.

¡El viaje del Nilo! ¡Un viaje más, oh divino Osiris!, y el que sobrepujo en magnificencia a

todos, porque ¿cuál se le puede comparar? El de la dahabieh de la Duquesa de Brompton, en el que se bailaban tangos y shimmys, resulta ridículo, no obstante los humos de su dueña. ¡La Duquesa de Brompton!, ¡bah! Era tan norteamericana como Mrs. Vanbruck aunque, a diferencia de ésta, no provenía de una familia aristocrática. Mientras rememoro a los romanos y su descripción nostálgica del lento recorrer del río, las imágenes de Maggie Brompton y de su íntima amiga Dolly Vanbruck se interponen, absurdas, sobre las de Cleopatra y César. Maggie había sido, antes de conocerla yo, una mujer estupenda y todavía paseaba por el mundo con la seguridad que dan el dinero y el título, sus residuos admirables. De sus cinco matrimonios, sobresalieron dos: el que le otorgó la fortuna enorme y el que la hizo duquesa británica, y aunque éste no fue el último sino el tercero, Maggie resolvió continuar siendo duquesa para siempre. Lo consiguió, como conseguía cuanto se le antojaba. A Mrs. Vanbruck la unían el esnobismo tenaz y el encendido interés por los hombres bien hechos, pues Maggie *gozaba* de una excelente situación en los círculos mundanos más movedizos, y su colección masculina sobrepasaba la de Dolly, con ser ésta apreciable. En verdad, eran dos desesperadas, y mientras sus rostros (el de Maggie Brompton increíblemente idéntico al de la cortesana Simaetha, de quien tenía hasta el turbante) brotan, extemporáneos, confundiendo con los mucho más ilustres que veneraban Aurelio y Lucilio, comprendo mejor que nunca su frívola pequeñez, por eso los desecho y vuelvo con la remembranza a la tienda de los legionarios, oliente a transpiración y a pescado frito, y recupero los famosos personajes que en la charla resplandecían.

César y Cleopatra materializaban, para ambos combatientes, una obsesión: los dos descendían de dioses y de reyes, los dos —el vencedor de los galos, de los helvecios, de los belgas, y del adolescente rebelde Ptolomeo; y la mujer menuda y grácil, de cabellos y ojos castaños, de modulada voz irresistible, heredera de un imperio legendario, tremendamente misterioso para el romano que aprendía su pompa y su maravilla— formaban una pareja ideal, que les sugería, a esos mesnaderos y de seguro a cuantos seguían al supremo capitán, algo soñado, un mito más de los numerosos y extraños que poblaban con sus fantásticas esculturas, según repetían, los templos de Egipto y de Italia. Yo los escuchaba, hechizado, luego de casi cuatro siglos de tedio. Aguardaba de un día al siguiente, como quien espera la cotidiana lectura de un folletín, porque ellos, en su embobamiento, no hablaban de otra cosa, la prosecución de un relato lleno de reiteraciones, tan vivido y bello que se me antojaba que yo formaba parte de la erótica narración soberbia, y que barajando a Cleopatra y César con Nefertari y Ramsés, me ilusionaba como si hubiese participado de la larga fiesta sensual. Hasta qué llegó la mañana en que, concluida la tarea, debimos partir hacia Roma y alcanzamos la célebre ciudad a marchas forzadas, después de cruzar el mar Jónico y de desembarcar en Tarento. Yo viajé dentro del morral de Lucilio Turbo y nada vi: nada, sino por fin el frío amanecer invernal en que terminó la caminata rítmica, cuando el legionario me sacó de su alforja y mi azul fulguró de júbilo bajo el sol pálido.

Debo confesar que Roma me desilusionó, lo mismo que la Acrópolis, y que sería injusto (creo haberlo dicho ya) que se me tachase de prejuicios patrioter, a pesar de la evidencia de que a Egipto lo adoro. Si Aristófanes y sus amigos no hubiesen parloteado tan exageradamente sobre el prodigio de la sacra colina de Atenas; si Lucilio y Aurelio no hubiesen ponderado de continuo la metrópoli de la cual se ufanaban, como si ninguna se le pudiese cotejar, tal vez mi decepción no hubiera sido tan grande, pero unos y otros me prepararon para espectáculos que no correspondían a los que mi imaginación urdió. Y lo de Roma fue peor que lo de la Acrópolis, porque Roma, en aquella época, o sea en el año 47 antes de Cristo, era un amasijo de callejuelas empinadas y vertiginosas, en las que las vastas residencias señoriales y los edificios públicos se entremezclaban con las casucas míseras de los indigentes, en un apretujamiento de acumulada basura, que excluía, fuera de la noche y el amanecer, la circulación de los carros; en las que las mercaderías eran transportadas por mulos y bueyes o a hombros de esclavos; y en las que las literas patricias, llevadas por los lecticarios sirios, los más hábiles para abrirse paso, avanzaban penosamente, entre las exclamaciones obscenas y el hedor que obligaba a los próceres a cerrar sus cortinillas y a encender sahumadores.

Nos metimos en una mala posada, y al otro día me desayuné con la noticia de que los conmitones zarparían tras su jefe infatigable para el norte de África donde, contando con la alianza del Rey de Numidia, se habían refugiado algunos recalcitrantes partidarios póstumos de Pompeyo. Pero eso no fue lo que más interesó: lo más importante para mí, fue que Lucilio informase a su compinche de su propósito de venderme con urgencia, pues andaba escaso de dineros. Añadió que tenía la casi certidumbre de disponer de un comprador, Cayo Helvio Cinna, un hombre de letras a quien había conocido diez años atrás, en tiempos en que Turbo integró las fuerzas que acompañaron a un novel gobernador de Bitinia, en el Asia Menor. Cinna había participado de la burocrática experiencia provinciana y había resistido un año entero, aburriéndose, lejos de Roma, con la no lograda expectativa de hacer fortuna a costa de los bitinios. Lo apasionaban las alhajas, y ahora, si bien no era rico, por descontado cedería a la tentación de mi rareza y hermosura.

La fatalidad me predestinaba a los poetas. Antes de trabar relación con ese Cayo Helvio, di por cierto que pasaría a sus manos, y me limité a rogarle a Khepri que la experiencia que la suerte me condenaba a compartir con él no fuese tan desagradable como la que me tocó vivir con Aristófanes. En su momento se comprobará cómo anduvo la cosa: porque, inexorablemente, tres días más tarde, me instalé en su anular izquierdo. (Así, de la muñeca de la incomparable Nefertari al índice derecho de Aristófanes, y a continuación al anular izquierdo de Cayo Helvio Cinna, proseguía mi zigzagueante y azarosa peregrinación de mano en mano... ¡Cuánto, cuánto me faltaba hasta rodear, sobre sus múltiples guantes distintos, el dedo medio de Mrs. Vanbruck!).

Difícilmente podrá plantearse un contraste más rotundo que el establecido entre Cinna y los legionarios que me acababan de despedir. La rudeza y tosquedad de Lucilio y Aurelio, se equilibraban con la amanerada delicadeza del escritor: si los guerreros creaban una atmósfera viciada donde estuviesen, a fuerza de sobaquinas y otras contribuciones, Cayo Helvio se movía en un aire aromado por el cinamomo, las violetas de Parma y las rosas de Paestum; si ambos miembros de la cesárea hueste jamás mudaban su áspera ropa bélica, el poeta trocaba diariamente las sandalias y las vestiduras; si Aurelio y Turbo se expresaban con rústica y directa sencillez, Cinna usaba un vocabulario retórico y complejo, porque era, por encima de lo demás, un exquisito, y merecía que se reconociese en él al rector de una escuela literaria muy escogida, la de los neoterói, cuyos adherentes, que comenzaron a pertenecer a ella siendo muy jóvenes, se internaban en las aflicciones de la resuelta madurez.

Los neoterói, por lo que en breve comprendí, pretendían renovar la poesía latina tradicional, buscando inspiración en los griegos, a través de los intelectuales alejandrinos. A su lado, Aristófanes resultaba un patán. Encabezaban ese restringido grupo de estetas, aparte de Cayo Helvis, Marco Furio Bibáculo y Quinto Cornificio. Estos dos, con quienes me enfrenté el mismo día en que me adquirió mi propietario flamante, se parecían a él, si no en el físico, en el modo y en las inquietudes.

Por lo pronto, apunto que mi relación con ellos se inauguró en unos baños públicos, unas termas, a las que Cinna me llevó aquella mañana. Estaba mi amo totalmente desnudo, privilegio que podía exhibir dado el ajuste de su cuerpo, el cual continuaba siendo, a los cuarenta años, suficientemente firme (sólo yo, como en la época de las desnudeces de la dulce Nefertari, disfrutaba en esa ocasión de la exclusividad de adornarlo), cuando, a través del leve vapor que colmaba la sala tibia, el tepidariurn, donde un esclavo lo depilaba, frotaba y cepillaba violentamente, mi señor y yo —él, desde el echadero en que boca abajo yacía, yo desde su izquierdo anular— nos percatamos de que emergían de la tiniebla, como dos apariciones, dos personajes cuyos respectivos excesos adiposos no toleraban que se despojasen de las amplias toallas protectoras. Eran los poetas amigos, y mi lapislázuli circuló prontamente en sus manos, que me sopesaron, sobaron y mojaron, al par que al unísono proclamaban mi encomio y su envidia y me ensayaba en la segunda falange de sus meñiques respectivos, la única capaz de aceptarme. Apenas regresé al dedo del príncipe de los neoterói, libre del susto de cambiar de dueño, porque los gordos que pujaban y ofrecían comprarme me daban mala espina, nos trasladamos

todos al caldarium, donde la temperatura provista por subterráneos hornos se intensificaba, y donde era tal el vapor arrojado por las tuberías, que nos esfumamos completamente, y apenas de vez en vez, al abrirse la puerta y suscitarse desgarrones efímeros en la sofocante cerrazón, renacían las formas, ahora al natural, lustrosas, rollizas y desdibujadas, de Cornificio y Bibáculo.

Pese a que cualquiera lo hubiera estimado imposible, por el ahogo que el ambiente imponía, y a que menudearon las toses y los resuellos, pusieron los dos obesos a dialogar, y el simultáneo cotorreo no versó sobre literatura, como se me ocurrió que iba a acontecer, sino sobre temas erótico-sentimentales, en una enumeración chismosa y anecdótica que mixturaba los nombres de las mujeres preclaramente fáciles con los de los muchachos nada difíciles, de acuerdo con una tendencia ecléctica tan pertinaz y difundida en aquel período romano, como la de construir carreteras. Sin despegar los labios, los oía Cayo Helvio. Resbalaban sobre mí las gotas de sudor de su cara. De repente alzó la cabeza y, distinguiendo con mucho trabajo a sus interlocutores, les preguntó qué podían contarle de la esposa de Domicio Mamerco Quadrato.

—¿De Tulia Mecila? —deletreó Cornificio entre jadeos—. Pertenece a la gens Valeria, como el pobre Catulo. Familia de prosapia, ya lo sabes.

—El marido, el Senador, regresó hace poco de la Galia Cisalpina —añadió, sollozante, Bibáculo—. Debe de ser rico, muy rico.

—Ella —prosiguió el otro, y su voz parecía provenir de ultratumba— era amiga de Clodia... ¿te acuerdas?... la «Lesbia» de los poemas de Catulo... la que tanto lo hizo penar...

Estornudó ruidosamente, se sonó y gimió:

—También Clodia es de familia ilustre... y ahora... ahora se prostituye en el Pórtico de Pompeyo... entre las cien columnas... con las meretrices de peor calaña...

—Y tuvo amores con el hermano —interrumpió el gordo Marco Furio.

—¿Quién? —demandó, impaciente, Cinna.

—Clodia.

—¡Pero Clodia no me interesa en absoluto!, ¡la conozco!, ¿quién no conoce a Clodia? ¡Te pregunto por Tulia Mecila, por la mujer del Senador Quadrato! Además, el incesto, el amor por el hermano, es un asunto de mucha sutileza. En mi poema «Zmyrna»...

No lo dejaron a Cayo Helvio explayarse. Los rollizos tetudos y nalgudos se habían puesto de pie y tropezaban hacia la puerta, tambaleándose, como a punto de caer desmayados. Los siguió Cinna, estirando los brazos en la bruma. De esa suerte entramos al frigidarium, y la sensación fue tan intensa que los tres gritaron. Ateridos por el aire y las duchas, les castañeteaban los dientes, y sus pieles heladas habían perdido color. No sé cómo lo podían resistir.

—¡Vamos al tepidarium! —rogó, hipando, Cornificio.

Y allá nos fuimos, a la feliz tibieza, al masaje acariciante de los esclavos hermosos que me ponderaban. Los poetas, estirados en lechos vecinos, cerraron los ojos y se dejaron mimar. Temblaban, tiernamente agradecidas, las panzas de Quinto y Marco Furio, en tanto que Cayo Helvio, entregado al peinador, analizaba en un espejo de plata la estrategia con que éste distribuía hacia adelante sus bucles, para disimular el progreso de la calvicie.

—¿Qué tienes con la tal Tulia Mecila? —inquirió Bibáculo—. La he oído nombrar, pero jamás la vi. Sé que es bastante menor que su marido.

—Cuarenta y cinco años, exactamente —dijo mi señor—: ella tiene veinte, y Domicio Mamerco sesenta y cinco.

—Dicen que cuenta veinticinco la egipcia —murruró Cornificio, bajando la voz y espionando a los lados—. César le lleva diecinueve.

—También dicen que la egipcia viene ya camino de Roma, desde Alejandría —agregó Bibáculo en el mismo tono—. Que Cleopatra viene para asistir a los triunfos de César, a su vuelta de África...

—Pero... pero... ¿y Tulia Mecila?

—Si ha sido amiga de Clodia —resumió la lógica de Bibáculo—, no creo que conseguirla te cueste. ¡Quién sabe! Acaso a ella, como a Clodia, se la encuentre al anochecer en el

Pórtico de Pompeyo...

La mirada enfurecida de Cinna provocó las carcajadas de los frateros neoterói, que se sacudían y reían con la totalidad de las carnes flojas. Persistían, acosándolo a mi poeta con sus pullas, cuando éste, sin despedirse, afectando una impasible dignidad, ordenó al esclavo que lo vistiese, y nos retiramos de las termas.

Desde entonces deduje que las actividades de Cayo Helvio Cinna se reducían a dos, alternadas con rigor estricto: la composición de su interminable poema «Zmyrna», y la vigilancia solapada de Tulia. El poema lo había comenzado nueve años atrás, en el curso de los cuales este escritor minucioso elaboró cuatrocientos hexámetros. En cuanto a la otra función, la de perseguir a Tulia, lo obligaba a frecuentar la sociedad elegante de Roma, tarea, por lo demás, a la cual se había dedicado siempre.

Nunca podía cambiar con ella una palabra. Esquiva, desdeñosa, se iba minutos después, y transcurría el tiempo sin que la rápida escena se repitiese. Pensé que tal vez su marido fuera uno de esos celosos pasados de moda que encierran a sus mujeres. Él sí aparecía en las reuniones, serio, espeso, lento, imperialmente narigón, austeramente pelón, exhalando majestad, moviéndose como si tuvieran que conducirlo en andas, y por más que mi amo lo buscó no logró que se lo presentasen; siempre se interponía algún enfadoso, que los alejaba al Senador y a él para cuchichearles confidencias; o era tal la importancia del grupo del cual formaba parte el opulento Domicio Mamerco Quadrato, y eran tan solemnes y superiores los temas que en él se consideraban, esmaltados por sonoros lugares comunes como «Roma, cabeza del orbe», «el destino de la República», «el magno Caius Iulius Caesar», «la Patria victoriosa», etcétera, que el poeta, quizá cohibido, lo cual me extrañó, optaba por no acercarse. Se distraía, en consecuencia, platicando con alguna de las damas, la cual lo interrogaba sobre sus poemas y sobre su extraña sortija del escarabajo. Entonces replicaba que «Zmyrna» se completaba con despaciosa medida, como toda obra que aspira a la perfección; y que yo, yo, yo, el Escarabajo, era un obsequio insólito, valiosísimo, enviado por una anónima admiradora, y que aunque él poseía secretas razones para suponer que le había sido mandado por la propia Cleopatra, prefería que no se divulgase, pues quizá no le agradara a la Reina, ni tampoco al gran Iulius, y acaso, al final de cuentas, todo no fuese más que una quimera lírica: tanto y tanto lo repitió, que creo que terminó por olvidar que se lo había comprado a un legionario. Pero si en ese instante acertaba a pasar, por el extremo opuesto del salón, la muy displicente Tulia, Cinna se incorporaba con presteza, se despedía, y corría eludiendo a los huéspedes, en pos de ella, para resignarse a que le afirmaran que acababa de irse.

Tornábamos entonces a las habitaciones del artista, en el Monte Palatino, y allí, para descansar de las metáforas incestuosas de «Zmyrna», Cayo Helvio se entretenía en componer epigramas o en cantar amorosamente a Tulia Mecila. (Pero de tanto padecer literario, de tanto meditar y limar, queda hoy poco y nada.).

Hastiado de su existencia invariable y de su ocio rítmico, el poeta resurgió conmigo en las termas, dispuesto a perdonar a Cornificio y a Bibáculo, y allá lo estaban esperando ellos, prontos a recibir su perdón y a rociarlo con vino de Falerno. Nuevamente, indolente o gozosamente, según fuese el sabor del tema, peroraron sobre mujeres, sobre muchachos y sobre poesía. También la política metía la cola en la masajeada tertulia, pues no obstante ¡a auténtica adhesión a César de los tres, no paraban de criticarlo. La esposa de Domicio Mamerco iba y venía en la charla, como un estandarte.

El arribo de Cleopatra, con su hermano de doce años y cónyuge nominal, Ptolomco XV, ambos invisibles en el balanceo de sus áureos vehículos que acarreaban filas de esclavos, en medio de una escolta de eunucos, de portadores de equipajes maravillosos y de negros que tironeaban de felinos sujetos con cadenas, estremeció a Roma e introdujo una modificación en la vida de mi amo. Fue (fuimos) a mirarlos pasar, entre la muchedumbre, curiosa sobre todo de ver al hijo de César, a Cesarión, quien, según musitaban, la Reina pretendía ser el fruto de su entrega al supremo dios de Egipto, descendido para fecundarla, y que dicho dios se había encarnado en el augusto César. Nadie ignora que Osiris ha cumplido esos útiles trabajos sexuales, si fue necesario, en

favor de reinas de mi país, mas dudo mucho de que los realizase en favor de una macedonia.

La comitiva de mis compatriotas proseguía su cadencioso avance (pero, ¿eran mis compatriotas?, ¿eran egipcios?, ¿no eran griegos, estos vástagos puros de un general de Alejandro?), a alojarse en la propiedad que Caius Iulius tenía en la margen derecha del Tíber. Apeñuscábase en la ruta el gentío; ninguno quería perder el espectáculo. De repente, prisionera del humano vaivén, Helvio divisó a Tulia. La distancia que los separaba no medía demasiado, pero parecía infranqueable por el apelmazamiento. Sin embargo mi amo demostró una vez más que para el amor no valen barreras ni murallas, y la franqueó hundiendo codos y rodillas, pisando pies y togas, pidiendo disculpas o prorrumpiendo en insultos, según fuera el caso, hasta que consiguió el portento de colocarse al lado de la joven, tan inmediatamente al lado que el menor movimiento del público tenía por efecto no sólo que la rozase sino que todo él y toda ella experimentarían la calidad de sus conformaciones respectivas, lo cual incidió con tal intensidad sobre la virilidad anhelosa del poeta, que además de Tulia yo, un inocente lapislázuli asombrado, disfruté de indiscutibles delicias.

Pronto iniciaron una charla afable, de la que se infirió que la señora se había percatado, en distintos lugares de Roma, de la atracción que ejercía sobre el asiduo Cayo Helvio. Le aclaró que se hallaba ahí, cautiva de quienes la circuían, porque cuando regresaba a su casa, la turba, al lanzarse a correr para ubicarse en el camino de la Reina de Egipto, había derribado su litera y la había arrastrado en la disparada, mientras que, víctimas del pánico, sus esclavos se desbandaron a escape. El escritor la tranquilizó de palabra, si bien no de cuerpo, ya que minuto a minuto, al par que continuaba el desfile, con tiesos funcionarios y mayordomos, con pajareras, con cofres, con sutiles dioses y muebles policromados que resplandecían sobre la concurrencia, y hasta con un cocodrilo que dejaba entrever, tras los barrotes de una jaula, sus pendientes de perlas, Cinna se ingenió y formó con la dama un solo ser bicéfalo, tan unidos resultaban, y fue entonces que yo, el Escarabajo de la mano izquierda, guiado diestramente, avancé bajo la axila, también izquierda, de Tulia, hasta que el anular que yo cernía y los restantes dedos de esa mano, se apoderaron, suave pero certeramente, del pequeño pecho precioso de la esposa de Domicio Mamerco. Tulia no protestó ni se alejó; antes bien su atención pareció concentrarse en el lujo de los Ptolomeos, pues paralelamente que el poeta adelantaba en su labor delicada y exploradora, ella, como si no tuviese conciencia de esas palpables indagaciones (de las cuales participé con el pensamiento lijo en mi querida Nefertari), siguió especificando en alta voz los pormenores de la escolta real. Por fin concluyó el largo progresar de la comitiva; se dispersaron las masas ruidosas, y no hubo más remedio que suspender la dulce investigación de un anatómico territorio que hasta entonces nos había sido vedado. Helvio se ofreció a acompañar a Tulia a su residencia, porque el entusiasmo y las discusiones habían excitado a la plebe: un sector compadecía a Calpurnia, ejemplar esposa del César durante los últimos once años, y sus contendientes juzgaban que el Divino Julio merecía la prerrogativa de amar y poseer a una Reina, a Cleopatra, si ése era su antojo. La consecuencia de dicha disparidad de criterios se concretó en el hecho de que ebrios e iracundos se sacudieron el polvo, menudeando cachetadas, trompadas y puntapiés, cual si de sus opiniones dependiera la felicidad de los amantes, el bienestar de los hogares y la paz de los imperios. Nosotros optamos por apartarnos con una celeridad prudente, la cual disminuyó a medida que crecía el trayecto que nos separaba de los revoltosos y de su insolencia.

Llegamos con la postrera luz del crepúsculo a la mansión de Quadrato, que se elevaba no lejos de la Vía Sacra y de la clausura de las Vestales, en la cercanía de la casa que habitaba César, en su condición de Pontífice Máximo, y donde cabía suponer que se turnarían las lisonjeadoras de Calpurnia, rodeándola y consolándola y diciéndole horrores de la buscona egipcia. Y a la puerta de la vivienda de Tulia, ¿a quién avistamos, sino al propio Senador furibundo, que a la vez daba instrucciones a sus esclavos, a los octóforos, que en tan mala situación y riesgo habían desertado a su señora, indicándoles cómo y dónde debían recuperarlas a ella y a su litera, y los amenazaba con los terribles

castigos que sufrirían después que de vuelta se la trajesen? En ese momento reconoció a su mujer en una pareja que hacia él ganaba terreno por la calle penumbrosa, sin la decente sarta de esclavos robustos, con espadas y antorchas, imprescindible en la Roma contemporánea, que la protegería de ladrones y criminales. Como luego le aprendí al Senador las mañas y los impulsos, sé que a la sazón en su interior lidiaron el júbilo de recuperar a la bella Tulia y los celos avivados por quien, solitario, se la devolvía. No bien estuvimos frente al patricio, que había readoptado el continente aparatoso del cual se había desprendido en el alboroto con los siervos, su esposa se anticipó a las frases, a ciencia cierta altaneras y rimbombantes, que se aprestaba a declamar, para presentarle al poeta Cayo Helvio Cinna, amigo de César, y decirle que debía agradecerle que la hubiera salvado de los desmanes del tropel (con lo cual exageraba bastante, como en lo concerniente a la egregia amistad mencionada). Cambió en seguida la actitud del prócer, y más adelante entendí el porqué de la transformación: ella tenía origen, patentemente, en la gratitud, pero también y no menos en la magia del nombre del Divo Caesar, que la astucia de Tulia Mecila había esgrimido en el instante oportuno. Su resultado inmediato fue que Domicio Mamerco invitó a mi señor a honrar su morada. Ha sido aquélla, pues, la primera ocasión en que nos admitieron allí; otras la siguieron, pero aunque han transcurrido miles de años, jamás olvidaré el respectivo arte mundano con que el legislador simuló entonces conocer bien la obra del poeta al tiempo que se la sonsacaba, y con que el poeta fingió interesarse por la inflada vanidad oratoria del parlamentario, cuando yo sé que lo oía sin oírlo y que por quien se interesaba, ojeándola encubiertamente, es por su cónyuge. Por supuesto, el nombre rutilante de César tintineaba en el diálogo, como monedas de oro, y fueron admirables la maestría con que el autor de «Zmyrna» asentó la leyenda de la respetuosa intimidad que lo ligaba al héroe, y con que su interlocutor proclamó su propio fanatismo cesáreo.

Muy distinta era la verdadera verdad. En efecto, tanto Cayo Helvio como sus colegas Quinto Cornificio y Marco Furio Bibáculo, habían pertenecido siempre a la fracción adicta al vencedor de Pompeyo, si bien eso no era óbice para que censuraran su insaciable ambición. En vez, como se averiguó en el correr de los días, Quadrato había oscilado de un partido al otro, según soprase el viento de la fortuna; había vivido con fervor sucesivo a Pompeyo como a César, a César como a Pompeyo; había pasado del uno al otro, retrocedido, tornado a mudar de frente, militado en la izquierda de César y por fin a su derecha; a ello adeudaba su senaduría; y lo típico es que Domicio Mamerco había efectuado esas reculadas y esos avances, esos traslados y esos abandonos, esas esperas de audiencias en opuestos palacios y esas efusiones contradictorias, sin perder nunca ni un ápice de su apabullante y sentenciosa superioridad, invariablemente fiel, eso sí, a la certidumbre de su excelencia, y que hubiera sido el primero en sorprenderse si alguien (pero ¿quién, quién?) hubiese osado insinuar delante de él las ventajas de sus camaleonas metamorfosis. Era, en la peor acepción y en forma cuyos efectos abundan, un político o, más bien, un beneficiario del aspecto práctico de la política. Con todo, tal vez en el trasfondo de su laberíntica psicología, continuaba agazapada una inseguridad fruto de la evidencia de sus vaivenes, y que le hacía requerir el soporte de aquellos que habían seguido sin variar una línea de conducta. Eso fue lo que lo impulsó a aceptar y a agasajar a Cinna quien, quizá por molicie, no había salido nunca de su rumbo, y cuya posición (¿habrá que llamarla «ideario»?), por suerte para él, coincidía con la más provechosa de la actualidad.

Quedó establecida de esa manera la amistad previsible, fundada en distintos atractivos, que unió a Domicio Mamerco y a Cayo Helvio: el uno veía en el otro al amigo de César, y el otro veía en el uno al marido de Tulia. Pronto, Cornificio y Bibáculo explotaron también una conexión que se tradujo en obsequios y banquetes, a trueque de aparentar prestar atención al discurso incesante del dueño de la casa, halagado por la presencia y aplauso de intelectuales de tanta valía y de tan perfecta situación oficial. El tierno trato que enlazó al poeta y a la dama se organizó asimismo, con el socorro de una puertecita oculta del jardín de Quadrato, que abría entre follajes a la parte del Foro; con la complicidad de una criada, como en las comedias y en los dramas acontece; y con la

conveniente circunstancia de que el Senador jamás de los jamases hollara los aposentos de su mujer; a él le bastaba con la certeza de que ésta permanecía en la casa, a su disposición para salir con él cuando le fuese útil exhibir a su joven mitad. Durante los encuentros de los osados amantes, yo me limitaba a observar sus alegres juegos desde algún mueble contiguo, pues Cinna tenía la precaución de quitarme de su anular no bien éstos empezaban, temeroso acaso de que mi propósito fuese arañar a su cómplice, cuando la realidad es que mi solo deseo, de haberme sido acordada la ventura de intervenir en sus esparcimientos, hubiera consistido en deslizarme blandamente sobre la totalidad de la piel de la hermosa romana (como un homenaje más, por cierto, al recuerdo de mi omnipresente Nefertari) y que si en una desgraciada noche de la dinastía XIX rasgué la nalga sagrada de Ramsés II, ello no fue por culpa mía sino del frenesí de mi querida Reina.

Así proseguían las cosas, satisfactorias para el intercambio amoroso de la pareja, para mí recreativo acecho, para la arrogancia del político y para la gula y sociabilidad de los escritores, cuando la Historia resolvió dar vuelta a las páginas y apresurar los episodios. César retornó de África, después de haber derrotado a quienes, aun muerto Pompeyo, seguían tributándole su fidelidad y, ebrio de orgullo y gloria, organizó sus cuatro desfiles triunfales, que duraron otros tantos días, y que contemplé con Helvio, desde una de las terrazas de la Vía Sacra, entre varios padres de la patria que eran sus aclamantes huéspedes.

Se le antojó a la casualidad que durante el primero de esos triunfos, cuando al atardecer César avanzaba hacia el Capitolio en su carro de vencedor de los galos, enmarcado por portadores de antorchas que le seguían sobre cuarenta elefantes, al pasar frente a nosotros el dictador al/ara los ojos. Entonces lo vi bien, mientras que pintaba y despintaba su rostro y su figura el resplandor de las teas. Lo vi, magro, huesudo, fatigado, bajo los laureles de oro que le disfrazaban la calva, pero sin haber perdido aún, pese al agobio, su famosa elegancia flexible de gimnasta V de nadador, ni el brillo oliváceo de sus ojos verdes. Murmuraban que estaba enfermo, y que antes de cada una de sus batallas sufría un ataque de epilepsia. También murmuraban que Cleopatra los atribuía a su origen divino, y que por ese medio los dioses, sus antepasados, tomaban posesión de su alma. Y además la casualidad estableció que al levantar la mirada César, se fijara en nosotros, sin duda en Tulia Mecila, y que, consecuente con su galantería y con la fácil urbanidad de sus modales aristocráticos, sonriese levemente y saludara. Sin inmutarse, Cayo Helvio lo aprovechó al punto, como si el mensaje le fuese dirigido, y respondió con voces de entusiasmo, mientras que los senadores serviles aplaudían al falso intercambio de saludos, y Quadrato palmeaba gravemente en la espalda a mi señor. Ese incidente contribuyó en mucho a afianzar el arraigo de Cayo Helvio en la casa de su dilecta.

Creo que fue el mes siguiente cuando el Dictador, en pleno delirio de grandezas, inauguró el Foro Julio, comenzado años atrás, en cuyo centro se erigía el templo de Venus Genitrix, con la estatua de Cleopatra, como una manifestación de Isis Afrodita, en tanto que el bronce de César cabalgaba un brioso corcel. Acudí con Helvio a pasmarme ante estas estilizaciones; a ambular por los pórticos desbordantes de negocios; a revisar el museo de curiosidades y la biblioteca pública, en donde tanto Cinna como Cornificio, que lo acompañaban, se tranquilizaron al comprobar la inclusión de sus obras en los anaqueles.

El populacho, colmado, exultante, ardía de excitación, pero esa hoguera pasional era más compleja que lo que en la superficie parecía. En su chisporroteo, a las llamas de la ingenua vehemencia vulgar, ocasionada por los espectáculos, los asuetos y las dádivas, se mezclaba la leña del resentimiento de los que habían militado en las filas adversas al invicto y, a pesar de su perdón, no soportaban su fortuna; y se mezclaban también, contribuyendo a la fogata activa, las brasas de los asustados de buena fe por la suerte de la República, ante el crecer turbador de quien propagaba más y más la presencia legendaria en su sangre de los dioses y los soberanos. En medio del fuego simbólico, los monumentos de César y Cleopatra sobresalían, radiantes, y todo el mundo se preguntaba qué iba a pasar: sólo César continuaba su camino, día a día (por lo que se chismeaba en

las termas) más aislado, más irónico y más seguro. Un último brote levantisco germinó en España y, sin vacilar, no obstante la enfermedad y los problemas infinitos que se acumulaban en Roma, allá partió Caius Iulius Caesar, con su soberbia flamígera, dejando llorosas a Cleopatra, a Calpurnia, a veinte otras mujeres y a algún varón, como ese Mamurra de quien se mofa Catulo. Desbarató a los hijos de Pompeyo y regresó a la capital, a festejar de nuevo un triunfo de romanos sobre romanos, con los consiguientes odios y críticas, y finalmente ordenó que se restablecieran en las vacías bases las estatuas de su gran enemigo, porque podía darse ese lujo a costa de alguien cuya sombra no le importaría ya. Pero la hoguera de las pasiones estaba encendida, y nadie ni nada era capaz de detener su furiosa crepitación. ¡Cuánto incendio! Que se me tolere el estilo, la inflamativa retórica de ese cuadro que reclama bomberos: no en vano frecuentaba yo entonces, en el izquierdo anular de Cinna, a Domicio Mamerco Quadrato, y él vivía en un Olimpo de combustibles metáforas. También vivía entre inquietudes, por aquello que ya dije de que ninguno presentía qué iba a pasar, y él tenía en juego, además de tantas prebendas pingües, su banca de Senador, regalo de César.

Si bien es cierto que la ambición del jefe adquiría proporciones de vértigo, hay que tener en cuenta que sus conciudadanos rivalizaban en estimularla. ¿Qué no le concedieron a la sazón? Hasta formaron una especie de guardia real, formada por legisladores y patricios, que debía escoltar el carro similar al de los faraones, en el que se trasladaba a las ceremonias. Hubo bravas refriegas para alcanzar el honor de formar parte de esa guardia y, sin falta, nuestro Domicio Mamerco fue uno de los dignatarios que, descubierta la cabeza y los ojos fijos en el cielo, como si entreviesen la corte de Júpiter, logró contarse, a fuerza de persuasión y de sobornos, entre quienes caminaban a la vera del vehículo áureo, donde César se enderezaba, rígido, como una humana reliquia. El objeto de tantos homenajes era ya un semidiós: ¿qué le faltaba para ser, simultáneamente, un dios y un rey? Pero, en los meses que estrenaron el año 44 antes de la era cristiana ¡cuánto había envejecido! Torné a verlo en dos ocasiones, de cerca, y me sorprendió la rapidez con que los achaques y el tiempo lo roían; quizá también la codicia de laureles, esa gran tentadora; la avidez de dominar a los Partos, a Persia, a la India, al Mundo... La piel le había ceñido todavía más la boca y los pómulos, que surcaban las arrugas; propagábase su calvicie; la intensidad de sus ojos verdes había adquirido un tono turbio, aliebrado; decían que ni los íntimos conseguían serenar sus cóleras.

Mientras que César daba la ilusión de elevarse hacia una atmósfera ilusa y espléndida, estremecida por terribles tempestades y alejada de la realidad, Cayo Helvio y yo vivíamos deleitosamente, indolentemente, a mil leguas de las desazones que consumían al aspirante irrefrenable a las angustias del poder. Bastábale a Cinna con añadir un par de versos a su eterno poema; con discutir con Crassius, su comentarista, tal o cuál interpretación de su obra; con charlotear de arte y de frivolidades en las termas y en los banquetes; con tomar sol en la villa de recreo de algún amigo rico, en Tívoli, en Ostia, en Tusculum, en Pozzuoli, donde siempre había gente joven, de ambos sexos, ansiosa de que la acariciasen; sobre todo con introducirse a hurtadillas, a favor del Foro nocturno, en la cámara de Tulia Mecila... y éramos felices los dos, el poeta y el Escarabajo. Los desasosiegos de la política a nuestro lado fluían, como si paseásemos por la margen de un río tumultuoso, y nosotros insistíamos en calar la miel de la existencia, afiliados al epicureísmo y sus sabias lecciones. Así transcurrieron nuestras semanas, agradabilísimamente, hasta el fatal 15 de marzo.

Quadrato cenó la noche anterior, con amigos, en casa de Cayo Casio, un hombre enjuto y lívido a quien recuerdo bien, que había admirado frenéticamente a Pompeyo, y que luego de ser indultado por César, dio pruebas de modificar su planteo político y de incorporarse sinceramente a los prosélitos de su enemigo anterior: es decir un hombre de una trayectoria similar a la de Domicio Mamerco; así y todo, hay que convenir que con menos inconstancias. Conocedor de la ausencia del patricio, Cinna determinó pasar la noche en la residencia de Quadrato, no porque el hecho de que el Senador estuviese o no en el otro extremo de la mansión tuviera que ver en absoluto con lo que acontecía en el sector de Tulia, al cual no iba nunca, sino porque, mal que bien, lo habrá considerado

más cómodo.

Por ende, allá nos encaminamos en cuanto oscureció, y doy fe de que aquella permanece en mi memoria como una de las entrevistas más logradas de los amantes. Cayo Helvio se desvistió en el baño de Tulia, famoso en Roma por su magnificencia y originalidad. Disponía de una piscina de plata, cuya amplitud permitía ensayar los movimientos natatorios, y junto a ella, sobre los mosaicos de piedra de Thasos (la isla a la cual no llegó nunca mi cuitado amigo Poseidón), se alineaban los pots de afeites, los peines de marfil, las pinzas, los duros cepillos de Pérgamo, los espejos de mano, el elixir español para los buches, los frascos alabastrinos que contenían esencias de rosa, de azafrán, de mirto y de hinojo, y las preparaciones que las damas apreciaban entonces unánimemente como fortificadoras de la cabellera: la médula de ciervo y la grasa de oso, esta última recomendada por Cleopatra. Acaso anduvieran por ahí disimulados, el Satyrión y el Erithraicón de Simaetha, o algún estimulante afrodisíaco similar, más potente, puesto que se progresa en todo... Pero la singularidad, la extravagancia del vasto aposento, fuente de envidia para las romanas admitidas a visitarlo, consistía en dos espejos de pulida obsidiana, empotrados en la pared, cuya nebulosa superficie reflejaba entero, de los pies a la cabeza, a quien delante de ellos se detenía. Cinna se asomó al misterio de su penumbra; se miró, luego de despojarse de la ropa y, por su expresión aprobadora, por la forma en que estrechó y ahuecó el vientre, palpándolo, induje que todavía se juzgaba deseable. Se acomodó, pues, el despoblado pelo, y se reunió con la desnudez de Tulia, en el tálamo al cual cubría un sobrecama desmesurado, hecho con numerosas y cosidas pieles de marta. A mí me había dejado en el baño, sobre una mesita que enfrentaba a uno de los espejos, gracias a cuya colocación y a la ayuda del otro, además de la única y trémula lamparilla de aceite, podía yo seguir los borrosos y voluptuosos movimientos de la pareja, en la (¿niebla de la habitación vecina y en la opacidad impuesta por el tono de la alta lámina mineral de obsidiana.

¡Qué bríos!, ¡qué resistencia!, si parecía que acababan de conocerse y probarse. Las horas corrieron así. Cansado de una diversión cuyas figuras, aunque excepcionalmente dinámicas, eran demasiado familiares para mí, y que, al acalorarse los dos actores, prosiguieron no debajo sino encima de la manta, me fui adormeciendo. De repente, un grito ahogado de Tulia, que no correspondía ni al habitual orrullo ni aun a la ronca queja amorosa, me despertó. Alguien avanzaba por la galería; alguien acostumbrado a pisar con firmeza, con potestad, y que por tanto no podía pertenecer a la servidumbre. Venía hablando solo, arrebatadamente; reconocí la voz engolada de Quadrato; debía de ser muy tarde. ¡Oh Khepri! ¡Oh Isis! ¡Oh Zeus! ¡Oh Júpiter! ¡Estábamos perdidos!

Comprobé, simultáneamente, que se abría la puerta del baño y por ella se precipitaba la agitación petulante del Senador, y que en la cámara opuesta Tulia y Cinna brincaban del lecho, pero que el tiempo no les alcanzaba, sin duda por temor de hacer ruido, para tironear de las pieles de marta y taparse, de manera que permanecían desnudos, abrazados y ¿para qué decirlo? aterrados, en un ángulo del cuarto sombrío, junto a la revuelta cama. En cuanto a Domicio Mamercio, sus intenciones eran más que obvias y truculentas, pues blandía un desenvainado puñal.

¡Qué espanto! Mis simpatías se inclinaron, claro está, hacia quienes se amaban y pronto iban a morir. Quadrato, despeinado el escaso pelo, importante la nariz espadachina, desordenada la toga, se adelantó hasta el centro del baño, precisamente a un paso de la mesita en la que yo aguardaba el curso inalterable de los acontecimientos. Ahí se detuvo, en lugar de entrar en seguida en la estancia de los adúlteros; y procedió de un modo realmente incomprensible. Como un actor, se puso a practicar frente al espejo y a examinar con atención cada uno de sus movimientos. Alzaba con violencia la férrea hoja, la hacía relampaguear a la escasa luz, y musitaba frases confusas; luego daba al aire unas iracundas cuchilladas, sin dejar de observarse ni un segundo, como si escogiera las actitudes más propicias y acaso más sentadoras. Retrocedía dos pasos; se llevaba al pecho, con estatuario ademán, la mano izquierda, y levantaba la derecha, en la que el puñal brillaba, cual si pronunciase un juramento. Se inclinaba después, hasta que parecía que iba a internarse en la vítrea obsidiana, como en el misterio de un ámbito fúnebre, y volvía a reiterar, con brazos, manos y arma, su mímica de asesino histriónico. Pero

¿cuándo iba a concluir el ensayo del crimen?, ¿cuándo iba a abandonar esos espejos dramáticos y a irrumpir en la cámara donde lo espiaba la desesperación de los culpables? En una de las marchas y contramarchas, se apoyo en la mesa y me rozó. Giró hacia mí, me tomó y me reconoció al punto. ¡Cuántas veces le había expresado a Cayo Helvio, prosopopéyicamente, mi elogio (más aún cuando mi amo le insinuó la invención del regalo de Cleopatra)! Tanto es así que en una oportunidad el poeta me brindó en obsequio al marido de Tulia, y mi angustia fue grande, pero el Senador magnánimo rechazó el regalo, con el argumento de que su oratoria exigía que nada distrajera al oyente del discurso, y que una alhaja de esa proporción en su dedo, podía conseguirlo. Evidentemente lo desconcertó mi abandonada presencia en el baño de su esposa. Me estuvo inspeccionando, como si me viese por primera vez; luego, sin dejarnos ni a mí ni al puñal, hundió la mirada inquisidora en el espejo. Aunque entonces no hubiera podido jurarlo, tan honda era la oscuridad establecida en el dormitorio de Tulia y tan opaca la reflexión que el espejo ofrecía, es más que probable que los viera, como los veía yo, que los viera o que acaso adivinara, en el rincón del aposento a su mujer, la mancha blanquecina de los cuerpos enlazados y desnudos. Si así fue, ni siquiera parpadeó y nada delató el descubrimiento. Guardó la daga e hizo algo insólito: en lugar de devolverme a la mesita, me puso en su anular izquierdo, el mismo al que me destinaba Cayo Helvio Cinna, y salió conmigo, cerrando la puerta cuidadosamente.

La aguda nerviosidad del Senador, que había regido cada una de sus absurdas gesticulaciones frente al espejo, se apoderó de mí por contagio, a través de los estremecimientos que lo sacudían. Sin disputa, Domicio Mamerco era víctima de una inquietud que lo atenaceaba y que por lógica atribuí a una deslealtad: tal vez la esclava confidente de Tulia le había abierto los ojos sobre la relación que existía entre su mujer y mi amo; lo había empujado, mordido por los celos, a trasladarse armado a las habitaciones de su esposa, y una vez ahí, al comprobar la veracidad de la acusación, no se atrevió a llevar a cabo la proyectada venganza, y la había reducido a una grotesca pantomima destinada a amedrentar teatralmente a los amantes. Empero, mi sensibilidad detectó algo más, algo distinto, en la extraña escena y en la alteración de Quadrato, algo que sólo más tarde comprendí. Entretanto, mientras corríamos por la galería hacia las habitaciones del marido engañado, su mano derecha me apretaba fuertemente, como si yo estuviera vivo, como si fuese un escarabajo de una de las seis subfamilias que integran las veinte mil especies de ese insecto, y pretendiera destrozarme. En su dormitorio, hartó más sobrio y reducido que el de Tulia, Quadrato se arrancó violentamente la toga, echó a volar las sandalias, tiró el puñal en un cofre y se arrojó en la cama, sin más cobertura que el taparrabo, revelando al vacío las pobreza de su carne y de sus huesos, y temblando, temblando y haciéndome temblar, hasta que el claror del alba se coló por el postigo, y la vida romana, que empezaba con el amanecer para sacar provecho de la luz, fue manifestándose con ruidos y voces. Retumbaron algunos carros en la calle, y el vocabulario nada cortesano de quienes los conducían; hubo relinchos, balidos y más de un largo mugir; y presto a la gritería y barullo crecientes externos, se añadieron los propios de la casa, con un afanarse de esclavos por doquier, que baldeaban patios, que apaleaban tapices, que movían muebles, que transportaban vajillas, y el grande hombre, cediendo a la tensión de la zozobra, se abalanzó sobre la ventana, empujó los tableros, y dejó que invadiese el cuarto la luz que anunciaba un día deslumbrante. Entraron el barbero y un servidor que traía un orinal decorado con piedras preciosas. Sentóse Mamerco en un banquillo; colocó el siervo el recipiente con estratégica exactitud, y el señor, aparentemente restaurada la ritual compostura, se dejó rasurar, al tiempo que un chorro resultante de la necesidad menor confirmaba lo oportuno de la artística vasija. El rapabarbas era hablador, como son los de su oficio, y en tanto jabonaba y afeitaba, sorteando con destreza de bailarín el riesgo encerrado en la bacinilla, cada vez más colmada, púsose a describir con entusiasmo los aprestos de la fiesta de Anna Perenna, una antigua y popular deidad latina, que ese día se invocaba, y en cuyo honor el Campo de Marte y ambas márgenes del río habían sido invadidos desde temprano por una profusión de cabanas y efímeros tenderetes, erigidos con ramajes y

toldos, donde la buena gente de la ciudad, con sus críos, sus perros, sus gatos, sus papagayos, sus mirlos y demás bicharracos, pasaría la jornada libre, comiendo, bebiendo, bailando, ladrando, maullando, chillando, trinando y cometiendo toda suerte de alegres incorrecciones. Pero Domicio Mamerco Quadrato no toleraba groserías, y menos aún aquella mañana de marzo en que incesantemente me hacía girar en torno de su dedo, y en que su excitación era tan visible que el barbero tuvo que rogarle que se calmara, con el resultado contrario y con la consecuencia de que la navaja le dibujó un leve corte en la mejilla derecha. Manó sangre; afanóse, medroso, el rascamandíbulas; sacó de su maletín un horrendo emplasto que tenía listo por si algo sucediera, hecho con telarañas empapadas en aceite y vinagre, que el Senador rechazó furiosamente, como rechazó el perfume, aunque permitió que le disfrazaran la palidez de los carrillos con un cosmético colorante que terminó por restañar la herida, y el cabrón se puso de pie, reclamando la vestidura de su cargo, la laticlavia, distinguida por su ancha banda púrpura vertical. Se arropó en la toga, despachó a los servidores, recuperó la daga, que metió dentro de la caja estrecha en la cual guardaba sus estiletes de metal y de hueso y demás útiles de escritura, y salimos. Salimos a la calle, ante mi estupefacción, porque yo imaginé, ingenua y fatídicamente, que Quadrato se había hecho desbarbar y había revestido sus ropas senatoriales, acorde con la pompa que regulaba sus actividades, para asesinar a su esposa y al amante de ésta, si seguía en su casa. Nada de ello; en absoluto: salimos, con laticlavia y puñal, a la calle, al bullicio y al sol de Roma. Quadrato, a fuertes gritos y palmadas, exigía su litera.

Al instante estuvo allí, con sus ocho portadores; en ella subió el maduro personaje, siempre conmigo, y mi asombro creció al observar que nos alejábamos de los espejos de obsidiana y de su catastrófica negrura y que, al par que nos distanciábamos, aumentaba, paradójicamente, la preocupación del que, en vez de estirarse en el lecho portátil, se contraía, abrazaba las rodillas y apoyaba en ellas el mentón; suspiraba, entreabría las cortinas y avistaba, entre los monumentos del Foro, el gárrulo meneo del pueblo romano, que se instalaba para gozar de los idus, con cestas, vasijas y ánforas, con flautas y panderos, jaraneando en honor de la remotísima Anna Perenna. Luego mi hurtador tornaba a encerrarse y a suspirar, de lo cual deduje lo mucho que sufría por culpa de Tulia y de Cayo Helvio, y sentí cierto remordimiento, hijo de la que consideré mi complicidad. Por otra parte, adentrábase en mí la noción de que la prueba de que era burlado había contribuido a trastornar a Domicio Mamerco, pues cuando no suspiraba y cedían un poco sus palpitaciones, farfullaba frases que yo no lograba entender, y las subrayaba con largos ademanes enfáticos, como cuando había estado acuchillando al aire y discursando incoherencias, delante del espejo. Asimismo me desconcertaba que el Senador no hubiese dado a sus esclavos las señas del lugar a donde debían conducirlo, como si ello hubiese sido fijado de antemano, tal vez la noche previa. Entretanto la plebeya algarabía ganaba volumen. Comprobé que costeábamos el río, frente a la Isla Tiberina y su templo de Esculapio; que torcíamos a la derecha y nos internábamos en el intrincamiento de callejas que la disparatada altura de los edificios privaba de luz. De tanto en tanto, al alzar el parlamentario las cortinas y ampliarse la vía por la cual avanzábamos en medio de una multitud escandalosa, me era dado ver que en las ventanas y balcones negreaba de igual modo la gente, pugnando por asomarse entre las flores que había en macetas y tinajas; y que otras literas, más y más numerosas, luchaban como la nuestra por abrirse camino en el caudal humano. Verifiqué que quienes viajaban en esos vehículos, cuyos conductores, como los nuestros, se desgañitaban sin descanso para que los dejaran pasar, contribuyendo a la batahola, eran colegas de Quadrato, puesto que vestían togas similares, y llegué a la conclusión de que nos dirigíamos a una asamblea legislativa. Eso hablaba sumamente en pro del marido de Tulia, a quien sus problemas personales debían eximir, por esta vez, de ocuparse de las cosas de la República, y contradecían a Helvio, quien solía decir, abrazado a su amante, que él era más fiel a ella que el Senador al Senado, al cual concurría muy de tarde en tarde.

No me había equivocado yo. íbamos a la Curia Pompeyana, en la zona del Circo Elaminus. Allí tendría efecto la sesión, y cuando con Domicio Mamerco descendí de las

andas, reconocí, al lado, el teatro y su pórtico de la columnata, que al atardecer frecuentaban las prostitutas. Estaban representando algo cómico en su interior, donde resonaban las risas y los aplausos, y a la puerta se arracimaba, para mirar, un grupo de macizos gladiadores. En torno, hacia cualquier punto que la vista se tendiera, desparramábanse los pequeños negocios ocasionales de vino y comida y el mismo hormigueo enredoso que hervía bajo el sol. Nosotros desdeñamos esas frivolidades e ingresamos en el vasto anfiteatro de la Curia. Sus graderías podían albergar a los ochocientos senadores, y muchos de ellos las ocupaban ya. Otros cuchicheaban, paseándose alrededor de la gran estatua de Pompeyo, elevada en el centro, y de la silla de oro destinada a Caius Iulius, vacía, y aun así brillante de soberbia como un trono. Domicio Mamerco Quadrato se sentó en un sitial; se ordenó los pliegues de la laticlavia, puso sobre su falda la caja-escritorio; apenas cambió con sus próximos breves saludos, y alguna palabra con tres o cuatro de sus viejos compañeros, que acudieron a susurrarle al oído. ¡Cómo le crujían los dientes; cómo tamborileaban sus dedos en los brazos de la silla, divino Osiris, y qué esfuerzos hacía para que no se advirtiera! A mí, con tanto tecleo, medio me había mareado.

Mi aturdimiento, empero, no bastó para que no me percatase de que, aparte de la nerviosidad personal de mi Senador, a la cual yo, sin proponérmelo, me asociaba, un desasosiego común flotaba y se densificaba en torno, concentrándose en los rostros de numerosos tribunos allí convocados. Por fin entendí que la perturbación general procedía de la ignorancia de si César concurriría o no a la asamblea, respecto de lo cual se oían múltiples versiones. Sostenían algunos que el héroe, indispuerto, había pasado una noche muy mala, y que los médicos y los augures desaconsejaban su venida; otros contaron pesadillas nefastas de Calpurnia; y hasta hubo quienes, cuando faltaba muy poco para la partida del Dictador a la conquista del Asia, repetían que habían sucedido, en los días últimos, acontecimientos cargados de presagios tremendos: así, los caballos que César ofrendara a los dioses, se negaron a comer y derramaron lágrimas abundantes; el escudo de Marte, que el ausente Pontífice custodiaba en su casa, había rechinado varias veces, y todas sus puertas se abrieron por sí solas, sin que soplara viento alguno; y por si ello no fuera suficiente, se rumoreaba que ciertos aldeanos habían visto volar hombres de fuego que luchaban entre sí. Juntábanse las cabezas de los senadores más ancianos, y se tenía la impresión, con tantos murmullos, de que en el anfiteatro planeaban y aleteaban aves agoreras.

Repentinamente cundió la noticia de que César se acercaba, y de súbito entró, rodeado por sus generales y cortesanos. La asistencia entera se puso de pie, y él, con lento paso, la diestra apoyada en el hombro de uno de sus predilectos, avanzó hacia la silla de oro. Príncipe de príncipes fue, y no requería demostrarlo. ¡Qué fatiga inmensa lo desfiguraba y le daba una apariencia casi inmaterial! El manto púrpura lo ceñía, como si su sangre, huida de su cuerpo, de su cara incolora y como transparente, se hubiese refugiado ahí. ¿Quién podía asegurar si era el dolor o el desprecio el que le velaba los ojos y le apretaba la boca? Tomó asiento, y recrudecieron de tal manera los estremecimientos de Quadrato, que se me ocurrió que yo terminaría por ser arrojado de su anular. También se acentuó la extraña atmósfera intranquila que nos envolvía, y que giraba alrededor de la magra figura roja, de la cual, no obstante su debilidad, emanaba una fuerza temible.

Observé entonces que el grupo respetuoso que lo había acompañado durante su acceso al recinto, lo cercaba exageradamente, y que muchos senadores abandonaban sus bancos para sumarse a la aglomeración. Vacilando, Cuádrato descendió la gradería. Quizás estaban solicitándole algo especial al Dictador (después, al revisar los episodios, se supo que el pretexto había sido la gracia del hermano de uno de ellos), pero lo hacían con tan inusitada vehemencia que éste, irritado y desconcertado, se incorporó. Estalló al punto la tormenta de los gritos en los que el pánico se unía a la rabia, y fulguraron los puñales. Sólo en ese momento comprendí la razón de la encadenada y enigmática serie de escenas que culminaban bajo la estatua de Pompeyo: comprendí la angustia de Domicio Mamerco, oscilando una vez más políticamente, receloso de errar en su cálculo; las mímicas bufonas delante del espejo de obsidiana; los pavores que sacudieron a su

pusilanimidad en la litera. Ni Cayo Helvio ni Tulia Mecila tenían que ver con el asunto. Se trataba de Caius Iulius; de asesinarlo. Porque Domicio Mamerco, el grave, el majestuoso, el senadorísimo, el traidor profesional, estaba allí con los demás, esgrimiendo la débil daga. ¿Cuántos serían los de la atroz conjura, los compañeros de armas del gran jefe, los legisladores elegidos por él, los más cercanos a su intimidad? ¿Cuarenta, cincuenta, sesenta? En el hemiciclo, inmovilizados por la sorpresa, el miedo y el horror, los varios cientos de senadores restantes que le debían, igual que Domicio Mamerco, la sinecura magnífica, nos miraban cual muñecos de cera: ni uno se movió para auxiliarlo, ni uno. Como una humana jauría, los conspiradores se ensañaban contra el hombre solo, contra el príncipe de príncipes, que había sucumbido ya bajo las cuchillas. Puesto que el hacinamiento no les permitía a todos hundir sus hojas en la carne ilustre, tropezaban, se herían entre ellos como dementes, y continuaban hurgando y buscando un resquicio por donde meter el estoque hasta alcanzar una parte cualquiera, algo reconocible bajo la toga, del cuerpo de César, en tanto que aparecían en la altura los impávidos gladiadores del teatro, y retumbaban los gemidos y las quejas enfierecidas de los que se habían lacerado entre sí. Quadrato tiritaba; lo convulsionó un llanto de niño, y pinchó, acribilló a derecha e izquierda. Alguno, a quien tajara su torpe/a, reaccionó empujándolo con saña hasta la propia raíz del crimen, y caímos en medio de los oradores y los militares convertidos en hienas, estirado un brazo del viejo hacia adelante, y en su mano, aferrada el arma, yo. La sangre de Cayo Julio César me bañó íntegro; el azul mócenle de mi piedra desapareció en el cálido chorro escarlata; era como si el manto púrpura del capitán divino se desangrara con el humor de sus venas, sobre mí.

Nunca, nunca hasta esa oportunidad terrible, había experimentado yo una conmoción tan honda. Acaso se le pueda comparar, por intensa, la que me conmovió en el paseo por el Nilo que realicé a bordo del caique de la incomparable Nefertari, cuando ella introdujo la mano en el agua del Padre fluvial, el misterioso pez Oxirrinco me rozó en su brazaletes, y de la Reina para siempre me enamoré. Acaso... mas aquello fue una enajenadora dulzura, un comprobar que mi piedra azul oculta un tierno y secreto latir y que, aunque soy mudo, soy dueño de cantar calladamente, como lo hice, amándola y acompañando la voz del muchacho ciego que en la proa tañía el arpa suave, para distraer a la esposa de Ramsés. Pero esto... ¡qué diferente fue, qué opuesto y qué exaltantemente perturbador! Sentí que ardía; que, a semejanza de los fantasmas voladores mencionados en los últimos presagios, estaba hecho de llamas. Mi lapislázuli, que adquiere la tonalidad de mis emociones, debe de haber asumido a la sazón un color índigo trágico. Quedé trastornado, y apenas me di cuenta de que huíamos de la Curia de Pompeyo, envueltos en una nube de fugitivos senadores que abandonaban el cadáver glorioso. Vagamente recuerdo que alguien pretendió arengar a los que escapaban, sin conseguirlo. En verdad, a ése y a los discursos fúnebres que luego, durante las exequias, se pronunciaron, nadie los compuso mejor que William Shakespeare, ni a nadie se los escucharon con tañía atención los auditorios cosmopolitas, ni se los tradujeron y comentaron tan estupendamente. ¡Ojalá, desde el mundo ignoto por el cual ambula junio a dioses diversos, César haya podido asomarse a oír al poeta inglés en la lengua que fuese! ¡Y ojalá yo hubiera logrado agitar mis alas quietas y ser el Escarabajo que, con el Halcón, el Ibis y el Saltamontes, como a los faraones, lo hubiese transportado en el viaje supremo a través de los paisajes mágicos! Pero..., ¡qué va...! Yo era un carbón ígneo en el dedo del despavorido Quadrato, y me asombra que a él no lo quemara. Asimismo recuerdo, como un sueño afligente, porque la sangre de César me comunicaba un desmesurado orgullo, que en cierto momento de la desertión, que compartían, perplejas, las familias celebrantes de la festividad de Anna Perenna, después de que corrimos al azar, sorteando frágiles vinaterías, cobertizos derribados y los esparcidos depósitos de cestas, cajas y barricas, debimos atravesar entre una doble fila atónita y peligrosa de gigantescos veteranos de las campañas cesáreas, en la que reconocí a Lucilio Turbo y Aurelio, mis propietarios anteriores, y que en esa exacta ocasión estaba con nosotros un Cinna que no era por cierto el mío, sino el pretor Cornelio Cinna, ni siquiera pariente del poeta, y que este segundo Cinna perdió la cabeza, pues en lugar de disminuir el paso, como Domicio Mamerco, y de fingir condenar

en silencio el asesinato, proclamó que rechazaba la magistratura que le había otorgado el Dictador, no aceptando más títulos que los emanados del pueblo, y arrojó allí y pisoteó no sé qué insignias, con lo cual se levantó de la doble formación guerrera un enorme rugir, y si no hubiésemos sido arrastrados todos, inclusive los héroes, como por un torrente impetuoso, por un nuevo aporte de multitud desenfrenada, ahí hubiese ocurrido el fin del pretor Cornelio Cinna, con beneficios importantes para el otro, el amor de Tulia, como en breve se comprobará.

Sin litera y sin esclavos, lo mismo que Tulia Mecila la vez del desfile de Cleopatra y de su encuentro con Cayo Helvio, regresó el Senador a su casa del Foro. No tuvo, huelga decirlo, como su bella mitad, la escolta feliz de alguien que lo amase. Volvió furtivamente, disimulándose, cual corresponde al asesino que era, pese a la pobreza de su conducta y a que su azoramiento y su pavora lograron por efecto a la incapacidad. Ni para eso servía, pero era un asesino, lo era como que hay Dios y Dioses. A mí me había escondido dentro del escritorio portátil, del cual me libró no bien se internó en su casa. Lavó prolijamente el puñal maldito y lo deslizó bajo su lecho; me enjuagó y frotó, me envolvió en un pañuelo, y adiviné que me conducía por los corredores hasta los aposentos de su esposa. Allí se entró con cautela, verificó que no había nadie y, en el famoso baño, deshizo mi atadizo y me echó a rodar rumbo al ángulo más oscuro del piso de mosaicos. A continuación se esfumó con las susodichas precauciones, dejándome entregado a múltiples y abigarrados pensamientos, en los que prevalecía la plástica, infausta imagen de César caído, cubierto el rostro por el manto, y la de su sangre empapándose y transmitiéndome una arrogancia de la cual yo, pequeño Escarabajo, me supe indigno, aun acusándome de vanidoso.

En ésas me hallaba, odiando las deslealtades y embustes de Domicio Mamerco, y preguntándome qué papel me asignaba en la perfidia de sus engaños, cuando a un tiempo surgieron Tulia y su esclava favorita. Púsose la segunda a encender lámparas y de improviso lanzó un grito, pues me descubrió. Me recogió prestamente, me puso en las manos de su señora, y estaban las asombradas mujeres discutiendo la rareza del hallazgo, e infiriendo la posibilidad de que Tulia y Cayo Helvio se hubiesen confundido (cuando supusieron ver en la distante tiniebla de obsidiana que Quadrato se apoderaba de mí), pues ahora lo probable parecía ser que con uno de sus amplios movimientos me había impulsado y tirado, inadvertidamente, de la mesa al rincón, en instantes en que el Foro y sus zonas vecinas, en especial la casa del Pontífice Máximo, residencia de la desesperada Calpurnia, se colmaron de voces, de alaridos, de chillidos, de bramidos, que clamaban que habían asesinado a César, asesinado a César, a César, a César... y ambas, el ama y la servidora, llevándome la primera consigo, saltaron al tálamo y se taparon hasta las orejas con las pieles de marta que se echaron a temblar, como si los animalejos hubiesen cobrado fantástica vida.

Los días subsiguientes fueron de desorden y de inseguridad para cada ciudadano, amigo o enemigo de Caius Iulius. Saquearon los ladrones cuanto les facilitó la falta de vigilancia, y escasa gente osó salir a la calle. Quadrato, por excepción, se amparó en el departamento de Tulia. Yo, inalcanzable, espí su sobresaltado ir y venir, deduje su causa: no se había aclarado aún la suerte de la revolución y de quienes en ella actuaran, de modo que fue él mismo quien le sugirió a su mujer que mandase llamar a Cayo Helvio, con la excusa de conocer las novedades, pero en realidad (a mí no me engatusó) para contar con uno de la facción de César, por si necesario fuese. Vino el poeta, y yo, merced a una subrepticia maniobra, recuperé su izquierdo anular: he ahí mi sola satisfacción, entre las perversidades y las trampas que me circundaban, porque con Cayo Helvio me entendía muy bien. Poco informó el recién venido, arguyendo que nadie entendía el intríngulis. Lo único patente era que los de la conjura y los que todavía pretendían ser fieles a su general, estaban pactando, sobre la lucrativa base de no desprenderse de ninguno de los privilegios y concesiones que le adeudaban. Eran unos miserables, y sé que Cinna tuvo a flor de labio el decirlo, pero se retuvo por no captar la posición exacta del escurridizo Senador.

Los magistrados resolvieron honrar a César con espléndidos funerales, para serenar al

pueblo y en particular a los soldados que habían acudido desde sus aldeas remotas, a fin de tomar parte en la guerra de Asia, detrás del que siempre los guiara a la victoria y al botín. Se ignoraba aún dónde tendrían lugar los mortuorios ritos, pero se presumía que las autoridades no iban a esperar más allá de la mañana próxima, pues se deseaba concluir cuanto antes con el riesgoso asunto. Y así fue; a partir del alba, Roma se aprestó a seguir el imponente cortejo, desde la mansión del adalid hasta el Foro y las columnas rostrales. Habían colocado el cadáver en unas andas de marfil, cubriéndolo de púrpura bordada de oro. Delante, sobre un trofeo, iba su toga ensangrentada; otras insignias, distribuidas en panoplias o agrupadas en estandartes, proclamaban sus triunfos. Los romanos asesinaban sin asco, pero no se puede negar que eran también admirables artistas. El espectáculo sobrepasaba en grandeza decorativamente luctuosa, cuanto cabe en la imaginación. Nosotros nos sumamos al séquito, con Domicio y con Tulia. Se mecían, como si la brisa de la eternidad los rozase, los símbolos y las lanzas: la Historia crecía en torno y acompañaba al varón inmortal, que inmolaron las envidias y algún descaminado patriotismo. ¡Qué hermoso, qué solemne era todo! Daba ganas de aplaudir y de llorar. Pero yo no las tenía todas conmigo; desde el primer momento, sospeché intuitivamente que alguna cosa fea tramaba el Senador, y los amantes me resultaban en exceso confiados, luego de la recuperación de mi sortija. Por eso no abandoné la guardia, y siempre que pude lo vigilé a Quadrato.

Gracias a ello, mientras la pareja se ocupaba de sí misma y del supuesto restablecimiento de su suerte anterior, además de estar distraída y espantada por la pira que alzaron sobre los restos de César después del discurso, y a la cual se arrojaban, con suntuoso frenesí, tableros, rústicos muebles, armas, despojos de guerra, hasta las ropas del pueblo, que enardecido se las arrancaba y contribuía a la hoguera, me percaté de que Quadrato se apartaba un tanto de nuestro grupo, para acercarse a un gladiador imponente, deslizarle algo en la mano, que imaginé sería dinero. Hubiera querido alertar a mi amo sobre la tramoya evidente, contraerme y repetir mi hazaña del dedo de Aristófanes, pero esos esfuerzos extraordinarios se obtienen una vez en la vida, y no lo conseguí. Quedé, pues, reducido al papel de mero y testigo inútil, cuando el atleta se adelantó, señaló el poeta a la plebe y exclamó que aquél era Cinna. Interrogado, no pudo negarlo el estupefacto Cayo Helvio, y ahí, en segundos, se produjo la fatal equivocación, ya que por más que protestó y se encrespó y adujo lo contrario, la soldadesca cesárea y los adoradores del héroe se ofuscaron y lo confundieron con el otro, con el pretor Cornelio Cinna a quien odiaban. Agravóse la aberración, al afirmar el comprado barbarote de circo, a grandes voces, que él había presenciado, en oportunidad en que vanamente trató de intervenir para socorrer a César, que uno que llevaba la sortija del escarabajo, imposible de no reconocer, pugnaba entre los asesinos, por aportar su cuchillada. Volvióse entonces el escritor acosado hacia Domicio, para urgir su auxilio y testimonio, y tropezó con su máscara impasible y con el descompuesto rostro de Tulia Mecila, a quien la consternación redujo a un mutismo histérico.

¡Ah Domicio Mamerco Quadrato cobardón! ¡Ah, renegado, felón, alevoso, falaz, invencionero, hijo de puta! ¡Ah criminal! ¡No lo habías muerto a César con tus puercas manos medrosas, ni tampoco mataste al poeta con tus manos de capón marica hinchado! ¡Pero a los dos, empleando arteramente manos de otros, los mataste tú! ¡Y ahora, delante de Tulia que por fin se retorció y gritaba mientras su marido la amordazaba con sus manos homicidas, a Cayo Helvio lo sacrificaban, lo destrozaban! ¡Ultimaban al autor de «Zmvrna», al exquisito, honor de las grandes casas de Roma! Quadrato apretaba las execrables manos, y otras, una docena de manos extrañas, de gente loca que no medía su delincuencia absurda, lo degollaban y descuartizaban a mi señor. Alcanzó a gemir, entre despavorido y atónito: «Tulia...», y ya no dijo más. Los salvajes lo despedazaron y arrojaron su cabeza, su torso, sus miembros, a la pira que revolvía en el aire como una roja cabellera enorme.

No podría explicar qué me salvó de la destrucción total, pues me entorpecía el aturdimiento. Más tarde he pensado que mi supervivencia se debió al baño lustral en la sangre de Caius Iulius, que me infundió una fortaleza peregrina, inmerecida, divinamente heroica. Durante la noche entera, la pira ardió, en tanto que la multitud en su demencia

llegaba al delirio. Perdido entre el humo y las llamas, oí que ciertas bandas partían a incendiar las casas de los conspiradores. Hacia el amanecer, algunos libertos de César acudieron a hurgar en los escombros, buscando los restos ya imposibles de identificar, del patricio, para conducirlos al sepulcro de su noble familia. Uno de ellos me halló, oculto bajo los desechos y los tizones, caliente y prodigiosamente intacto, en la mano cortada de Cayo Helvio. Su codicia pudo más que su repugnancia, y me arrebató, tironeando, del carbonizado dedo. Y esa tarde misma me vendió a Cascellio, el dentista prestigioso y más rico de Roma, rico, según contaban, como un senador, y famoso por el arte con que remendaba y hermoseaba a la grandeza.

¡Qué contrastes diametrales me ha asignado el Destino! De un jardinero de metáforas, de un enamorado lírico y sensual, pasé a un arrancador de muelas, reparador de incisivos y caninos y facilitador de mordeduras. Frescas estaban y continuarían durante mucho tiempo en mi memoria, las imágenes del poeta inclinado sobre el pergamino con el estilete de hueso, para añadir una línea a su obra, o inclinado sobre Tulia, ya no con ese estilete, para menesteres distintos e igualmente fascinantes, y me veía obligado a adaptarme de súbito a una atmósfera que nada tenía que hacer ni con la poesía ni con el amor, y cuya diosa ostentaba por diadema una falsa dentadura. Así es la vida, y más aún la de quien, como yo y por razones incógnitas, larguísimo vive.

Estaba la residencia y consultorio de Cascellio en la zona del Foro Boario; por eso allí, desde las horas más tempranas, trompeteaba el doloroso y tardo mugir de los bueyes traídos de lejos, y sometidos a la compra y venta. Era el odontólogo un hombre grueso y corto, de mediana edad, cuidadosamente rasurado, con una gran verruga, que por momentos parecía pronta a inflamarse, bajo el ojito izquierdo. Se desvelaba por refinar sus maneras hasta un extremo un tanto ridículo, y prodigaba las reverencias y los elogios. Los días de mercado acentuábase su cortesía, como para subrayar bien la oposición entre su calidad delicada y la grosería de los vacunos y sus conductores, cuyos respectivos lenguajes resonaban, simultáneos, allende las paredes del dentista a la moda. Por lo demás, se había esforzado por dotar al salón donde atendía a sus clientes de las mayores elegancias, sumando lo práctico a lo bello, a fin de tranquilizar, supongo, a quienes se le sometían con resignado pavor.

El adorno principal del aposento donde transcurría buena parte de su jornada, consistía en un vasto diván cubierto por cómodos y vistosos almohadones. Había plantas y jaulas con pájaros a lo largo de los muros, y también animales embalsamados, como un pequeño cocodrilo y un búho. En estanterías, superponíanse a los frascos, los morteros y las cajas. Aprendí en breve (como había aprendido el manejo del ágil verso hexámetro por los poetas neoterói), el uso de buriles, punzones, limas, raspadores y sierras, que poblaban prolijamente las mesitas vecinas del diván. Presencí —primero con terror, después con curiosidad, por fin con fastidio— el empleo del gatillo y de la palanca; vi utilizar la rizagra para extraer raíces; asistí a la elaboración de puentes de oro y a la colocación de dientes de hueso y de marfil, cuando no se trataba de dientes humanos, de oveja o de buey... acaso por un arreglo de Cascellio con los que perdían los cornudos del Foro Boario. Supe de mondadientes, y que Cascellio aconsejaba la púa del puercoespín y sobre todo un hueso de liebre filoso como una aguja; y valoré los dentífricos, principalmente el de cascara de huevo y el de tobillo de vaca pulverizado y mezclado con mirra; pero el preferido por las aristocráticas señoras, era el de orina, que traían de España en preciosos vasos de alabastro, y que su snobismo consideraba mejor (ignoro por qué), para blanquear los dientes, que la mucho más barata orina de los italianos. Finalmente, cuando el paciente penaba en demasía, Cascellio le aplicaba una cataplasma de ciprés o de iris, le ataba la cara, y le colgaba del pecho, dentro de un saquito, un amuleto hecho con excrementos de cuervo o de gorrión, que aseguraba ser infalible. Como se inferirá, me transformé en una autoridad en la materia, y de no impedírmelo mi estructura, quizás hubiese concluido por dedicarme a la odontología. Por otra parte, no siempre lucía en el anular derecho del dentista, durante las operaciones: sólo me adoptaba cuando recibía a personalidades de pro; en los descansos, yo permanecía atento en la mesita más próxima, entre las sondas, los escalpelos y el instrumental que

me evocaba el taller del orfebre Nehnefer de la ciudad de Iebas, en el cual gocé el privilegio de abrir los ojos al mundo de la adorable Reina Nefertari.

En aquella época romana, por de contado, los tópicos fundamentales de las conversaciones desarrolladas en el consultorio, durante los intermedios, giraban sobre la muerte de César y sus frutos, y a pesar de que no había duda de que las cosas se iban calmando, y de que se barruntaba que todo terminaría en poder de Augusto, sobrino nieto del héroe, cada vez que retomaban el tema, la tristeza se apoderaba de mí, porque la verdad es que me amargaba hondamente el dramático e injusto fin de Cayo Helvio Cinna, que si no fue un gran poeta, por lo menos un poeta fue, circunstancia atrayente, y que si en determinadas actividades no dio pruebas de ingenuidad, fue inocente sin vueltas de las causas de su abominable supresión descuartizada. Como en otras ocurrencias, había llegado a quererlo, al sentir que él me quería. Pero, a medida que transcurría el tiempo, la distracción que me brindaba el consultorio, con su constante trajín de afligidos visitantes; las quejas que formaban coro con los mugidos; el multiplicar de las reverencias y adulaciones de Cascellio, según la jerarquía de los incorporados a su martirologio; la sabiduría minuciosa y cruel con que el maestro cumplía su trabajo; y hasta el vecindario invisible de los bueyes, que a mi mente traían los que percibíamos en las aldeas de Egipto, detrás de los fellahs de rodillas en el polvo, la tarde crepuscular en que en la barca liviana de Nefertari, que bogaba lentamente por el Nilo, me enamoré de la Reina, alejaban las figuras infaustas vinculadas con los asesinatos de César y de Cayo Helvio, y una nueva paz se empezó a adueñar de mi ánimo, mientras se sucedían, solicitándome, flamantes intereses, y la vida, en su constante y egoísta fluir, me exigía diariamente con más insistencia que participase de su curso.

Advertí una mañana que Cascellio se preparaba para recibir a alguien encumbrado: un o una paciente. Desde el alba anduvieron los esclavos limpiando el consultorio y lustrando el instrumental, y el propio dentista apareció con una brazada, de flores, que distribuyó en distintos búcaros, y encendió unas pastillas aromáticas, de manera que más parecía que se aprontaba para una amorosa aventura que para una quirúrgica intervención. Ojalá se hubiese tratado de la primera. Naturalmente, Cascellio me afirmó en su anular, no bien aprobó los aprestos. La habitación resplandecía. Y cuando la persona aguardada entró, en el instante inicial no la avisté, porque el odontólogo prodigaba las zalamerías inclinaciones y me conservaba detrás de su espalda, para acompañar así cada genuflexión. Sólo al adelantar las obsequiosas manos, comprobé que el enfermo de inflado carrillo y anudada cabeza, era Domicio Mamerco Quadrato.

Se repantigó el malvado, el inicuo, el abyecto, el incalificable, en los cojines del diván, explayando la púrpura y la albura de la laticlavia de la cual no se separaba nunca, entrecerró los ojos y juntó las yemas, componiendo el pomposo ademán característico, en tanto Cascellio mixturaba los ingredientes narcóticos, la bellota, el castóreo, la adormidera, la mandragora, la pimienta... y no paraba de hablar y de prodigar alabanzas al Senador y a quienes, como él, salvaban a la República. Yo, repuesto de la emoción que me había causado la presencia del asesino, vigilaba cada uno de sus movimientos. Listo el brebaje, el dentista se lo arrimó a los labios, al tiempo que le pedía que se incorporara. Entonces Quadrato me vio y fue como si viese un espectro. Dilatáronse sus ojos, y su boca dolorida emitió un grito ronco, casi un graznido, manoteó en el aire, buscando apoderarse de mí, al par que el azorado dentista retrocedió y que su roja veruga semejava presta a estallar; cogió Quadrato, azarosamente, un buril de la mesa, se levantó y le exigió a Cascellio, con frases y actitudes descompuestas, que me entregara. El pobre odontólogo habrá pensado, con sobrada razón, que su cliente se había vuelto loco, y reculó entre las plantas y los reptiles y pájaros disecados, murmurando palabras ininteligibles, hasta que no le quedó más opción que arrojar la pócima al rostro del Senador, quien todavía conservaba la mitad de la cara cubierta por la venda.

—¡La sortija! —voceaba Domicio Mamerco—. ¡Dadme la sortija!

Y esgrimía el afilado buril.

Por supuesto, si el padre de la Patria perdió la cabeza, también la perdió el sacamuelas, incapaz, ciertamente, de comprender el motivo del demente episodio, y el uno echó a

correr en pos del otro por el cuarto, tumbando floreros y desparramando pinzas y punzones, hasta que el Senador consiguió derribar al consternado científico, y desencajarme implacablemente de su anular, hecho lo cual y ya extraviada la razón por completo, abrió la puerta y salió a la tibieza del Foro Boario.

Apenas distinguí, junto a la entrada, la litera de Domicio, y en su interior, como si no fuese una realidad sino un sueño, la silueta de Tulia Mecila, en torno de quien montaban guardia los ocho esclavos sirios, los lecticarios, que nos vieron pasar de carrera sin acertar a detenernos, tan de sorpresa los tomó el desusado proceder de su amo. Corría, corría Domicio Mamerco, gritando que lo perseguía un fantasma sin cabeza, y forcejeaba apartando a manotazos los bueyes que lo rodeaban y sofocaban doquier, pues aquel era día de ventas. Esquivaba los cuernos y los belfos, hundía el orgullo de la laticlavia senatorial en una marejada vacuna sobre la cual se empinaban los asombrados e iracundos boyeros, que blandían los chuzos gritando también, y en el instante en que reaccionaron sus lecticarios y dispararon detrás, para atajarlo, el loco había atravesado ya la muralla semoviente de bovinos, que mugían con grave indignación; había dejado a su izquierda los pequeños templos de Hércules Vencedor y de Fortuno, el dios del puerto cercano y, resoplando, los dedos de una mano agarrándome y los de otra ceñidos al buril, llegó al Puente Emilio, el que llamaban hoy Puente Roto, se encaramó al parapeto, y, cuando sus servidores lo alcanzaban y alargaban los brazos hacia él, se clavó el bronce agudo en el pecho y saltó conmigo a las aguas del Tíber.

5. LOS DORMIDOS, LOS ÁNGELES Y LOS OTROS

Verdaderamente, las primeras etapas de mi biografía se sucedieron, no obstante ser muy diversas, con parejo ritmo. A semejanza de un actor a quien le correspondiese entrar y salir en el escenario, y cuyos eclipses fueran harto más largos que las presencias, compensando con la intensidad de estas últimas la prolongación de sus alejamientos, a mí me tocó aparecer y desaparecer en el proskenio terrenal; vivir hondamente cuando estaba en él, y anularme durante vastos períodos de impuesta meditación, en la tumba de Nefertari, en la roca del Valle de las Reinas, en una calle ateniense y en el domicilio subterráneo de unos coleópteros, hasta repetir ahora el ciclo del retiro espiritual en el fondo del líber. Por supuesto, como ya dije, en mis lapsos más bien breves que llamaré de actuación mundana, la importancia de los acontecimientos de los cuales participé, indemnizó con amplitud el tedio de las clausuras, porque ¿quién podía jactarse, como yo, de haber asistido a los sensuales retozos de Nefertari y de Ramsés II; a la lectura parcial, por su autor, de una escena de Aristófanes; y al asesinato de Cayo Julio César? Y no hablemos de lo que me faltaba...

El extenso intervalo del Tíber no fue agradable. A Poseidón, milenario habitante del Egeo, le costó comprenderme cabalmente cuando le describí el caudal de agua inmundada que arrastraba ese sórdido río, habituado como se hallaba mi compañero a las purezas azules de su noble mar. Aquí el azul ni florecía ni era posible imaginarlo. El lodo y las materias incógnitas que arrastraba, le conferían una amarillenta tonalidad, por momentos oscuramente leonada y por momentos agarbanzada o datilada y aun caqui, sobre todo en la parte donde Quadrato y yo habíamos caído, muy próxima a la desembocadura de la Cloaca Máxima, que sin cesar nos enriquecía con elementos malolientes de variadísima clasificación y de porquería indudable. Yo ofrecí a los grandes dioses, como una prueba de humildad y fortaleza, el homenaje austero de esas constantes duchas merdosas, cuya mezcla, provista por gente de la más distinta condición, del príncipe al esclavo, era, en cierto modo, una alegoría concreta de la Democracia.

Por lo pronto debí presenciar el espectáculo del despedazamiento del cuerpo de Domicio Mamerco por esturiones, ávidos peces dientudos, y aunque verifiqué que la justicia del Destino lo condenó a un fin similar al que él asignara al pobre Cayo Helvio Cinna, no me alegró el banquete que en escaso tiempo redujera al Senador a la condición de esqueleto nítido. Había rodado yo, a raíz, del salto, a unos cinco metros del patricio, al cual, a medida que avanzaban los días, resultó más arduo reconocer, pues afluían allí los huesos remotos y recientes, entre una acumulación de restos de cascos y corazas. Las aguas impetuosas cuyas inundaciones aterraron al pueblo, súbitamente despertaban y arrastraban el osario militar hacia el puerto de Ostia, y suplían la macabra decoración subfluvial con otros cadáveres de guerreros, de convictos, de asesinados, de suicidas, de violados adolescentes, de mujeres encintas y de recién nacidos; con otras esculturas hechas trizas, otros objetos de índole múltiple y otras armas; y con lluvias de monedas, de camafeos y de fibulas, que mostraban los rostros de los sucesivos emperadores. Fui salvado del atropello de las crecidas y de extraviarme acaso para siempre en el Tirreno, por un casco de legionario reciamente hundido en el fango repugnante, que de residencia me sirvió. Desde ahí, como un caracol desde su concha, vi el desfile infinito y los tumbos de los ahogados, perseguidos por el azote de las colas de los peces y por los brazos bailoteantes de los muertos anteriores; vi entrechocarse columnas sin capiteles y bustos

sin narices, partidas águilas de metal y trozos de caballos de piedra; vi formarse y perderse museos de bronces, de mármoles, de pórfidos, de alabastros, de ónices, de ágatas; vi lidiar entre ellas, sin que las asiera ningún combatiente, lanzas y espadas sucias de herrumbre, que sacudía la torrencial violencia; y después me enteré de que ciertos cuerpos que arreaba la acuática furia, destripados, camino del último desagüe y del inmenso sepulcro del mar, eran los de Vitelio, todavía enorme, a quien tiraron al Tíber untado de excrementos; de Cómodo, el abominable; de Heliogábalo, aún fino y hermoso... emperadores... amos del Mundo, presto devorados por la fauna hambrienta del río.

Cada dos meses, con puntual precisión, surgía caminando por el fondo del Tíber un anciano de magnífico aspecto. Iba casi desnudo, y en la vaguedad del líquido fétido yo alcanzaba a distinguir su firme musculatura, su expresión severa, las barbas que se le volcaban sobre el pecho, la insólita corona de rosas, la Loba que lentamente lo seguía. Hablaba solo, y con un remo apartaba los despojos y los detritus que interceptaban su marcha, para luego continuar esa andanza hermética. De vez en vez, torcía la cornucopia que recostaba en el otro brazo y volcaba su contenido, flores y frutas, como si con ello pretendiera purificar el lecho pestilente. Intensificábase su irritación al enfrentarse con la boca de la Cloaca de Tarquino. Blandía entonces más que nunca el remo separador de bazofia y de evacuaciones, mientras que éstas, traídas por conductos que drenaban el Foro y sus contornos, nadaban peligrosamente alrededor, y prodigaba los vocablos coléricos:

—¡Fastidiosus!, ¡sordidus!

Tardé en deducir que aquél era el Divus Tiberinus, el dios del río, y en imaginar que sin pausa lo recorría, con la Loba en pos, atravesando lo que hoy denominamos Lacio, Umbría y Toscana, y removiendo del uno al otro extremo de la extraña suma de tesoros y podredumbre que en su seno guardaba el caudal. Yo esperaba su paso; me maravillaba, como la de los dioses en la tumba de Nefertari, su augusta grandeza, que ni su enfurruñamiento ni la repulsión del ambiente conseguían disminuir. Las circunstancias habían puesto en mi ruta a un dios, a un semidiós más, y después del fugaz y algo ridículo encuentro con la musa Talía, los extrañaba, porque no por nada soy egipcio, y poseo una personalidad que sin llegar a ser divina, me aproxima a su esencia misteriosa y me asegura cierta participación sutil de lo sobrenatural.

En medio de los testimonios de la defecación y de la gloria, efímeros y aleccionadores; en medio de un baratillo que ocultaba alhajas, y de un depósito de excelentes materiales de demolición, puercamente embadurnados, yo elevaba mis preces a mi amada Reina, rogándole que intercediera ante nuestros celestes compatriotas para obtener mi rescate y mi retorno a la existencia activa. Me desmoralizaba, me deprimía aquella cárcel. Y me oyó por fin la Reina de los insuperables ojos rasgados, y a través de ella escucharon mis súplicas los Todopoderosos.

Fue cuando se acentuaba el descenso de la inundación terrible que, como en pasadas oportunidades, el Gran Viejo del Remo había producido manejando con ira, lejos de mi escondite, su pala de madera, y trazando unos molinetes en redondo que enloquecieron al agua y convirtieron en oleaje y en desborde su medido curso habitual. Tan feroz había sido la arremetida, tales los remolinos y tal la fuerza del galopar y engrosar del aluvión, que perdí mi asilo dentro del casco de bronce, el cual partió tambaleándose hacia Ostia, en un revoltijo de costillares, de cráneos, de armaduras y de cuanto crearon la vanidosa inventiva de los Césares y la vital labor melancólica de las digestiones humanas. Hube de acompañarlos en el zangoloteo, pero me detuvo un oportuno busto, hincado en el cieno, de Nerón o, por citarlo con propiedad, de Lucius Domitius Nero Claudius, en cuyos rotos laureles me incrusté. Por vez segunda, desde la zambullida en el río, había sido salvado de una eliminación aparentemente imposible de evitar.

Bajaba la creciente, cedía la agitación del agua, y esos movimientos coincidieron con el retorno fiel del Pater Tiberinus, cuyo buen humor inhabitual me sorprendió. Reía el bello y corpulento anciano, jugando con el remo como con un elegante bastón; desparramaba flores del cuerno de la abundancia y hasta sembraba las rosas de sus coronas, que se

enredaban a menudo, como en algas filamentosas y grises, en sus barbas y cabellos flotantes. Obviamente lo había encantado el éxito de su inundación. La Loba romana, que de acuerdo con su costumbre a la zaga le iba, metía el hocico doquier y ensayaba unas reumáticas cabriolas. Por casualidad me descubrió en los laureles; se apoderó de mí con un mordisco torpe y, como un perro amaestrado, alzándose penosamente sobre las patas traseras y apoyando las otras en el pecho robusto del semidiós, le exhibió su hallazgo entre los dientes carcomidos. Algo bizqueó Tiberinus, quizá porque flaqueaba su vista; me tomó con dos dedos y, para complacer la expectativa de la Loba, me arrojó como si fuese un mero guijarro, hacia adelante, al par que la excitaba con los gritos: «¡Busca! ¡Busca!» Tropezó detrás de la romana, acertó conmigo en la carroña, me presentó de nuevo al Padre del Río, y el caricaturesco juego de los dos ancianos ilustres se prolongó mientras remontaban con dificultad la contraria corriente. Habían cruzado debajo del Puente Emilio, cuando Tiberinus advirtió y eludió dos anzuelos, con sus respectivas carnadas, que colgaban de sendos cordeles, al acecho, sin duda, de los peces que merodeaban por la zona cloacal. En ese momento, la Loba le ofrecía con longeva testarudez mi indefensa sortija transformada en proyectil, y no sé si fue porque a él lo había cansado la monótona diversión, o porque su jovialidad lo incitó a hacer una broma, lo efectivo es que, con suma delicadeza, despojó a los anzuelos de sus cebos, me suspendió de uno, tironeó de la cuerda, para indicar a quien la manejase que algo bueno se había prendido del garfio y, al mismo tiempo que ascendía, azul, triunfal, observé que el semidiós y su favorita, la nodriza tinsa de Rómulo y Remo, reanudaban la marcha, él apoyado en su instrumento de botero como en un báculo, soberbio, majestuoso, cadencioso, no obstante algún indicio de chochera; la Loba de flancos enjutos, con la lengua pendiente; y que componían entre los dos una imagen mágica, única, la cual se esfumó en la niebla del río, como una página ilustrada de un libro de Mitología que se volviera despaciosamente.

Subía yo entretanto, y luego del larguísimo encierro en el légamo corrupto, me invadían el gozo y la curiosidad. Sentía casi la urgencia de que marciales músicas aportasen su compás a mi elevación prendido del anzuelo, de regreso a la vida, al mundo, a la luz. Y la luz me acogió, bienhechora, deslumbrante, cálida, me envolvió y me saturó de alegría, no bien me detuve en el parapeto del puente.

Cuando me familiaricé con la intensa claridad, tan opuesta a las tenebrosidades del río, lo que antes que nada entreví fue una fila de perezosas barcazas, cargadas con ánforas factiblemente de vino, que por las aguas amarillentas venían. Poco después me percaté de que frente a mí se elevaba el familiar Foro Boario, pero junto al Ara Máxima de Hércules noté una estatua dorada, fulgurante, que supuse ser del mismo dios y que antes no existía, como tampoco existía otro monumento, dorado también, de un gran toro. En vano me esforcé, tanto había cambiado el paraje, por ubicar la que fuera residencia de Cascellio, el rico dentista. Ni valía la pena buscarla; por otra parte me lo impidió quien me había pescado, o creía haberme pescado, ya que en realidad mi pescador fue Tiberinus. Y sólo entonces me fijé en la presencia de dos personajes, ambos de un aspecto más caduco y mayor que el del propio Padre del Río, uno de los cuales me había depositado en su flaca y pringosa palma, y me exhibía a su compañero, quien con justicia compartía su entusiasmo ante mi hermosura. Pusiéronse a hablar los pescadores con un simultáneo frenesí que las toses cortaban, y fue aquella tarde cuando oí nombrar a Cristo por primera vez, pues a un milagro suyo atribuyeron mi fantástica presentación. Colegí de lo que decían, que los viejecitos eran muy pobres, y que me consideraban el regalo de un dios desconocido: la verdad es que en ese instante sabía yo tan poco de Cristo como Poseidón, cuando en el Egeo se lo mencioné. Corroboraba la indigencia de la pareja del puente la penuria de sus estameñas, mugrientas y remendadas, y la mezquindad de los capuchos con los cuales se cubrían, que dejaban asomar los mustios manchones de sus cenicientas barbas. Su cosecha había sido tan miserable como ellos mismos: apenas un pescadito vergonzoso se prendió de sus anzuelos. Pero, ¡qué importaba tal escasez, si se medía el portento de mi hallazgo!

—¡Es de oro! —murmuraron, pasando las yemas sobre las líneas finísimas que dibujan mi silueta.

—¡Y esta piedra azul!

—¡Y esta piedra roja!

Sus manos temblaban. Se les acercó un tercer individuo, tan idéntico que hubiera podido confundirse con los menesterosos encapuchados.

—¡Mala pesca! —se quejó, tosiendo—. ¡Nada, nada!

—Mira esto —y el que fuera elegido por el azar para recibirme, aflojó las falanges apresadoras y me mostró. Brillé con toda mi energía, como si me hubiese transmutado en un pájaro azul, y le cantase al sol que iluminaba los frontones, los pórticos, los techos y los jardines de Roma.

Ahogó una exclamación el recién venido:

—¡Alabado sea Dios! —logró musitar.

Unió el índice y el dedo medio, e hizo algo que a la sazón me pareció una mágica fórmula: se tocó la frente, el pecho, el hombro izquierdo y el derecho, y por fin se besó los dedos.

Mi amo (así lo consideré por obra de Tiberinus) me introdujo en una alforja que de su hombro pendía, junto al fruto exclusivo de la pesca, y en aquel encierro, aislado con un habitante del río pútrido, medio mareado por el tufo y por la oscilación, comprendí que los tres abandonaban el puente, que nos internábamos en el foro, y que acto continuo empezábamos a escalar una colina, probablemente la del Aventino, por una senda sinuosa y abrupta. Les costaba trepar a los enclenques, y no pude evitar la comparación de su caminata incierta con el sereno andar del Divus Tiberinus, que con la Loba avanzaba a través de cortinajes densos, en el centro de una orla de irisadas burbujas, bellas como diamantes, otorgándole al río triste su sola y maravillosa decoración.

Pese a las ronqueras y resuellos del lercelo y a mi malestar fui, mientras vencíamos el rigor de la cuesta, haciendo acopio de una serie de indicaciones significativas, que me nutrieron, luego de la hambruna de noticias que sufrí en el desamparo del Tíber.

Me enteré así de que eran cristianos, o sea adeptos a las prédicas de ese Cristo que citaban a menudo, y de que convivían en una ermita, una diminuta capilla y cabaña, allende las villas del patriciado. El último en sumarse al grupo traía, al parecer, unas nuevas que en breve angustiaron a los otros dos, y puntualizó que acababan de llegar a Roma. Por su vía nos desayunamos los demás de que el Emperador, a quien apodaban «el Árabe, tras de haber sido derrotado por el Senador Decio en Verona, había sido muerto por sus propios soldados, y de que quien imperaba ahora era el Decio en cuestión.

Cneius Messius Quintus Trajanus Decius —silabeó el informante—. Difícilmente nos comunicarían algo peor, pues es un enemigo declarado de nosotros y de nuestras creencias. Resignémonos a la certidumbre de que nos volverán a perseguir. Otra cosa fue con el Árabe...

—Por ahí cuentan que era cristiano, aunque lo callaba —acotó mi dueño.

—Sin embargo —el tercero interrumpió—, no hay que olvidar que asesinó a su antecesor, un muchacho de diecinueve años...

—Y ahora lo asesinan a él, a los cuarenta y cinco... ¡Cuántos crímenes y cuántos emperadores...! ¡Malos tiempos para Roma!

—¡Más malos para nosotros, con Decio, el tirano! ¡Nos martirizarán!

—Hermanos, hágase la voluntad de Cristo, Nuestro Señor.

Tanto habían apagado sus voces, que se diluían penosamente en un susurro, perdido en el corazón de los rumores más y más distantes de la urbe.

—Que Cristo nos proteja... —rezaban los tres.

—Por lo menos —tornó a hablar mi propietario—, alegrémonos del asombro de la sortija que Cristo (¿quién otro?), en su infinita bondad, nos envió para socorrernos. La venderemos mañana.

De ese modo, con oraciones, jadeos y plañires, entramos en la sombría pequeñez de la ermita. Nos sacaron de la alforja al pescado y a mí. Al primero lo pusieron a freír en seguida, y a mí me colocaron al pie de lo que juzgué un ídolo extraño, cuyo simbolismo entendí luego: lo formaban dos ramitas, clavadas en el centro de su cruce, y a su lado

ardía una modesta lámpara de barro. Pronto llenó la habitación el olor de la fritura; chirriaba y humeaba mi colega náutico, y optaron por abrir la puerta, para aclarar algo la atmósfera, que me recordó la de la tienda del soldado Lucilio Turbo, impregnada, como ésta, de fritanga y de sudor.

El de las noticias, que habiendo bajado la capucha expuso en las cejas una roja cicatriz, dijo de repente:

—Hermanos, hay que proceder con tiento, sobre todo en una época tan riesgosamente confusa. Este escarabajo valioso puede ser un envío de Dios, pero asimismo puede ser un envío, una tentación del Demonio. Su traza y los signos que lleva en el vientre, no me tranquilizan. Opino que lo más seguro sería sumergirlo en el agua del Papa Alejandro, y precaverse contra cualquier imprudencia.

Aprobáronlo los otros sin vacilar, y al punto, mientras los efluvios del culinario aceite se tornaban insoportables, trajo mi amo una escudilla de madera, volcó en su interior un chorro de una vasija colmada con agua de sospechosos matices, y eliminando los miramientos, tajando la meditación inquieta que yo dedicaba a mi origen ofensivo, atribuido a dioses o demonios, me hundió en el elemento húmedo que consistía concretamente en agua bendita.

¡Ah, ah, ah, ah, ah! ¡Ay, ay, ay! ¡Qué impresión! ¡Qué insondable impresión! ¡Qué sentir que hasta el secreto más íntimo de mi lapisláuli y de mi ágata, por invisibles conductos, se adentraban unas gotas ardientes, o más bien se deslizaba un hilo de fuego! ¡Santo Dios! ¡Cristo Santo! ¡Ay, hermanitos míos! ¡Ay, Nefertari remota! ¿Qué era, qué eran aquel dulce dolor, aquel pasmo y aquel éxtasis? ¿Qué tenía que ver yo, un escarabajo egipcio, el Escarabajo de Nefertari, con esas conmociones?

Por tercera vez, en el moroso andar de mi existencia, se apoderaba de mí, me asaltaba y alteraba, una intrusión realmente penetrante; y en cada vuelta, el que cabe llamar compuesto conductor y conmovedor, reiteraba su naturaleza líquida: al comienzo, el agua del Nilo me enseñó el Amor; luego, la sangre de César me ungió de Orgullo; y ahora el agua instituida por el Papa Alejandro I para conjurar a los espíritus malignos, me exaltaba y sumía en el enigma de la Fe, y complicaba más aún la mía, ampliando perspectivas y planos religiosos.

Salí a la superficie anonadado, y me pusieron de nuevo al pie de la Cruz, cuya índole supe al instante. Los tres ermitaños cayeron de hinojos, juntas las palmas huesudas, y las agrias exhalaciones del pescado frito del Tíber se fueron mudando en el aroma de la mirra, en tanto que el humo andrajoso se mudaba en una nube opalina, ligera. Yo debía parecer harto estrafalario, azul y oro, lujoso, apoyado en la base de la burda Cruz, pero, ¡estaba tan bien ahí, con las tres barbudos rodeándome, y acatando piadosamente el hecho de que el homenaje no me fuera dirigido! De súbito reparé en que el liviano velo, como nacido de un incensario, dejaba transparentar unas vagas figuras, singulares testigos de esa ocasión excepcional, y las fui reconociendo. Eran San Eloy, patrono de los joyeros, y San Luis, patrono de los que labran las piedras preciosas. Vestía el primero su ropaje de obispo; sostenía una arqueta de plata con una mano y un báculo con la otra; el santo Rey se embozaba en el flordelisado manto de púrpura, y con ambas manos alzaba un cojín, en el que mostraba la Corona de Espinas. Se criticará el anacronismo; se subrayará que Eloy murió el año 659, y el Rey de Francia en 1270, mientras que la escena transcurría bastante antes, el año 250, y responderé a quien lo diga que es un ingenuo y un fastidioso, porque la noción del Tiempo, limitadamente humana, no es tenida en cuenta, con razón, por los poderes sobrenaturales, y si escuchasen tal argumento, tanto San Eloy como San Luis modificarían la sonrisa dulce que, a través de la niebla, dirigían al Escarabajo sacado del agua lustral, convirtiéndola en una de indulgente conmiseración, encaminada a quien insistiese con esos escrúpulos, porque, al cabo, mucho media entre un santo y un fabricante de almanaques, y si uno y otro, un obispo y un Rey, aceptaron ocuparse de los lapidarios, de los orfebres y de los que venden alhajas, fue de puro bondadosos y seguros de su calidad bienaventuradamente señoril, la cual los sitúa más allá de las humildes convenciones del Tiempo.

Lo cierto es que allí se encontraban, y que la mitra, la arqueta y las heráldicas flores, titilaban, surgían y se borraban en la atmósfera vaporosa, y que yo asistía al prodigio de

una revelación. Pero al improviso se sumó a esas dos suntuarias y cristianas visiones, un segundo par, que cualquiera que no proviniese de Egipto hubiera tachado de exótico, y cuya presencia me enterneció. ¡También ellos habían venido! ¡También ellos habían sido mandados a dar testimonio de la peregrina ceremonia, y acaso, por la sola circunstancia de hallarse allí, a contribuir a la iniciación simple y arcana que se operaba en la ermita! No podían, no hubieran debido faltar. Eran *mís* dioses. (¿Mis dioses anteriores?, ¿mis dioses de siempre?, ¿pueden convivir en una devoción cultos tan distintos como los que representaban los santos y los que surgieron después? Es demasiado complejo, y no poseo la ciencia suficiente para explicarlo pero, como que hay Dios —y hay Dioses—, en la ermita se encontraron los delegados de ambas facciones teológicas.) La pareja egipcia encargada de los tallistas de gemas y de los mineros, contrastaba con la harto más opulenta de los occidentales a quien se le confiara tarea igual; sin embargo, fuerza es decirlo, evidenciaba mucha más imaginación, porque Path erguía su masculina traza encerrado en un forro estrecho, corno una momia, y en la diestra conservaba la cuerda rica con la cual, en Menfis, solía conducir al Buey Apis; y la esbelta y desnuda Hathor alzaba sobre su frente los lirados cuernos de vaca, enmarcadores del disco lunar. Así ataviada y provista de ornatos y símbolos, la doble fraternidad, los cristianos y los que no lo eran, se encararon en el encantamiento de la bruma. Sus componentes se inclinaron y saludaron con diplomática cortesía, y al instante los europeos se adelantaron hacia mí, arrastrando el rumor de los mantos, y dibujaron en el aire el signo de la cruz, que me había intrigado en el Puente Emilio y que no me sorprendía ya. Detrás, erectos en la penumbra, a ocultas de San Luis y San Eloy, Path y Hathor doblaron los codos y levantaron en ángulo recto los antebrazos rituales. A continuación, los cuatro se fueron desvaneciendo; apagáronse, mitra, corona, cojín, cornamenta y disco; el Obispo, el Rey, el Dios y la Diosa desaparecieron hacia la entrada, y pronto no hubo más claridad que la de la pequeña lámpara de arcilla y la de las enormes estrellas que a la puerta se mostraron. Evadióse con los sacros huéspedes la aureolada fragancia, a la cual reemplazó la realidad del olor a fritura, de suerte que los barbudos habrán inferido, pasado el arrobamiento, que estaba pronta la comida; la espolvorearon con sal; la agradecieron a la magnanimidad de Nuestro Señor, la bendijeron, y se repartieron cabeza, cuerpo, cola y espinas, equitativa y ermitañamente. Me vencieron tantas manifestaciones místicas, y me dormí. Soñé que el Rey de Francia tendía su mano enguantada a la vacuna Hathor, y que juntos esbozaban no sé si un paso de baile, una reverencia o algo menos ejemplar (somos irresponsables de nuestros sueños, y hubiese querido que el mío, esa noche solemne, fuera incomparablemente más elevado). La mañana siguiente fui vendido a Exacustodio, próspero comerciante de Éfeso, y a Éfeso partimos.

He ahí los antecedentes que motivaron mi viaje a la ciudad grecorromana más soberbia del Asia Menor. Hacía seiscientos años que su celeberrimo templo de Artemisa, una de las maravillas del mundo, había sido incendiado por un loco, y el vasto edificio reemplazante, construido en los días del gran Alejandro, poco guardaba de su antigua esplendidez. Con todo, Éfeso atraía numerosas peregrinaciones. Pretendía la fama que la dormición de María y su tránsito al Cielo se habían efectuado en los alrededores; y que la imagen de Artemisa, la fecundadora, con la tiara monumental y el triple collar de pechos en forma de huevos menudos, había caído allí de las estrellas. Aparte de su importancia mercantil, Exacustodio desempeñaba funciones de alta trascendencia, dentro del gobierno imperial. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, no mal parecido, más bien grueso, extremadamente irritable y quisquilloso, siempre ceñudo bajo el trazo de las anchas cejas negrísimas que rozaba su pelo; un hombre cuya sola sabida debilidad fincaba en su exuberante inclinación a las mujeres dotadas de carnes agradables y de cómodo intercambio. Esa tendencia lo había llevado a incluir en sus negocios, en secreto (pero tales maniobras pronto se difunden), la propiedad del lupanar, la Casa de los Placeres, fácil de reconocer por la terracota del enano potentemente fálico que decoraba el dintel de su acceso.

Exacustodio dedicó el día de su llegada a su propia residencia de comerciante y

funcionario poderoso. La compartía con su insustancial cónyuge, que acaso había sido bonita y ya no lo era; y con su vástago único, de dieciséis años, a quien no vimos. Usaba su morada también como centro para el trámite de contabilidades y cuestiones del gobierno romano, por lo cual la tarde completa estuvo haciendo restas y sumas, hojeando cartas, discutiendo con arrendatarios y amanuenses, y gruñendo por la ausencia de lámblico, su hijo, quien como de costumbre vagaría con su lebel y con sus amigos execrables, por las colinas del contorno. Volcó su cólera sobre su esposa, sin obtener de respuesta más que unas lágrimas sumisas, y la mañana siguiente se largó conmigo al lupanar. Lo acogieron allí con mil halagos las cinco bellas mujeres que lo servían, y comenzó por aplacar las urgencias de su lubricidad con una de ellas, justificando así, una vez más, su hombría jactanciosa, y a fe que aquello, eficaz y repetido, no era jactancia. Luego dio paso al tema de su furia. Si antes la descargó sobre su legítima mitad, tocóle ahora la tormenta a una joven de menudo cuerpo moreno y elástico, labios pintados para el beso y sombreados ojos, llamada (pero ése no era su auténtico nombre, sino uno que alguien copió de los «Diálogos de las Cortesanas» de Luciano) Pártenis.

—¡Este marica —vociferó— y los otros seis maricas que no se le apartan, terminarán por hacerme perder la paciencia, y entonces ay de él, ay de lámblico! ¡Parece inverosímil que sea mi hijo! ¡Si hasta haría dudar de la pureza de su imbécil madre, y sospechar que fuese fabricado por algún maricón! ¡A su edad, yo ya me había pasado con esto (y se agarraba groseramente el miembro, rivalizando con el notable del enano esculpido en el dintel) una docena de hembras! ¡Te juro, Pártenis, que es virgen, y que los otros seis lo son! ¡Maricas! ¡Puedes suponer las asquerosidades que harán entre ellos y con el galgo maldito, por los montes! ¡Pero esto no ha de proseguir, como que existe Júpiter! ¡Si a los padres de los demás, no les importa, allá ellos! ¡No ha de transcurrir un día, lo juro, sin que te lo traiga y hagas de él un hombre!

La rabia lo sacudía, como si estuviera a punto de sucumbir bajo un ataque de histeria. Púsose de pie con extraños escalofríos, metió la diestra en la túnica, me desembolsó, y finalizó los exabruptos, procurando dominar el castañeteo de los dientes:

—Compré este escarabajo egipcio en Roma. Lo habían pescado en el Tíber. Es tuyo, Pártenis; que te dé suerte, y que te ayude a devolverme a mi hijo convertido en un macho como yo, pues de lo contrario, aunque conmigo mi sangre se termine, le retorceré el pescuezo. ¡Pero —y aquí, insólitamente, el airado Exacustodio medio sonrió, y su cara viril ganó en empaque— mi sangre no terminará, porque cuando se me antoje, contigo o con una de tus compañeras, haré cuantos hijos se me ocurra!

Se calmó y se fue, dejándome, el erótico e iracundo caballero, y esa jornada anduve de mano en mano, admirado y deseado por las meretrices, como me habían envidiado y elogiado las patricias señoras del círculo de Cayo Helvio Cinna. En cuanto se despidió el cliente último, Pártenis, que como Mrs. Vanbruck me había deslizado en su dedo central derecho, se puso a meditar. Tendría veinte años y, sin ropas ni afeites, era suave y grácil. Si bien su profesión coincidía con la de Simaetha, la de Naucratis, en nada se parecían, mas es cierto que la una se iniciaba en esa actividad, y la otra, cuando la conocí, organizaba su retiro. ¿Soñaba Pártenis, en su lecho notorio, abiertos e inmóviles los ojos verdemar dentro del fleco arqueado de las pestañas? ¿Soñaría con lámblico, su anunciado visitante? A mí, al entrar en poder de la prostituta, ese anuncio y la violencia despectiva con que había sido formulado, me llenaron de inquietudes. Prefiguraba mi imaginación la venida del amanerado muchachito, su aflautada voz, el melindre de sus protestas, la escena penosa que se produciría; y el arrebato volcánico del padre, al término del ensayo inútil.

Exacustodio cumplió con puntualidad. No habían corrido veinticuatro horas, y estaba de regreso con su retoño. Lo precedió en la habitación donde Pártenis yacía en la amplia cama, desnuda y expectante, sin más adorno que yo, en la mano puesta sobre su seno izquierdo, cuyo túrgido y pintado pezón junto a mi sortija asomaba, como un añadido rubí. Era, sin ambages, estupenda, y el hacendado, práctico conocedor, la examinó unos segundos, tasándola, antes de alborotar:

—Te traje a lámblico. Hubo que cazarlo en el monte Pion. Fue imposible deshacerse del

perro, así que viene con él. Tú verás cómo te las arreglas, para que cuando me lo devuelvas parezca mi hijo, sea mi hijo por fin.

Al bufar, acezando levemente, se le congestionó la cara, que sin embargo, extraviado en lo subido del color y en lo deformado por la tozudez del enojo, conservaba el buen diseño de las facciones. Se hizo a un lado, dio un empujón al mozo, y con un portazo nos abandonó.

Lo primero que advertí (que advertimos, ya que Pártenis se incorporó con obvia sorpresa) fue la inexplicable y tenue luminosidad que, por absurdo que se considere, insinuó un esclarecer del aposento, en el sector inmediato a la puerta, donde lámblico y su can se habían detenido. Era un resplandor tan irreal, y era tan ocioso pretender atribuir su origen a cualquier lógica refracción —además, como ya dije, de ser muy liviano, y de poder considerarse, si se prefería, no como una luz sino como cierta sutil tensión de la atmósfera— que Pártenis, quien probablemente pensó pronunciar una frase de bienvenida, permaneció muda. Miraba hacia el nimbo por momentos nacarado o iridiscente, y yo con ella, sobresaltados ambos y confusos. Tardé en recuperar la lucidez necesaria para apreciar a quien en medio de ese delicado fulgir se movía, y en vano hurgué en mi memoria en pos de alguien tan hermoso. No recordé a nadie; con nadie me había cruzado; nadie de su sexo me había fascinado así, ni el divino Ramsés II.

¿Cómo describirlo? Su mediana estatura correspondía a las leyes de la armonía perfecta. Caía sobre sus hombros, en ligera ondulación, su largo cabello castaño. Le ceñía el delgado torso un coselete que tachonaban las piedras policromas porque, por lo que después oí, la paterna ambición le había otorgado, sin parar mientes en su extrema juventud, desconozco qué jerarquía militar. Y mi condición de experto me permitió discernir, en el chispear de las gemas, el rojo del carbúnculo; los verdes de la esmeralda, el berilo y la crisoprasa; los amarillos del topacio y la sardónice; el blanco lunar de la adularia; los veteados del ónix y el jaspe; el gris de la hidrófana, que brilla si se humedece; el azul de zafiro y (¡ah...!) el azul, mi azul, del lapislázuli. La pequeña coraza de pulcro cuero enjoyado le encendió el pecho, cuando con elegancia flexible dio un paso hacia nosotros, y al hacerlo se comprobó que el halo que lo circundaba no procedía, como se hubiera podido pensar, del peto y sus preseas, las cuales sólo se manifestaban por medio de rápidos relámpagos, sino de algo más permanente, unido, translúcido e incalificable. Eso sí, renunció a describir su rostro. Siglos después, en los Uffizi, reconocí una fisonomía y también un ademán similares, en el arcángel de la Anunciación de Botticelli: que quien aspire a entenderme vaya allá, o busque en un libro la figura. Y cito el ademán, porque como el San Gabriel del cuadro, dobló la rodilla en el suelo y alzó la mano derecha, de exquisito modelado, en signo de paz o de saludo, mientras que junto a él, compartiendo la zona de retraído claror, se estiraba el slughi, el lebel árabe de piel leonada, cazador de gacelas. De ese modo permaneció el adolescente, con su perro, frente al lecho de Pártenis.

Ella se irguió todavía más, apoyándose en las almohadas, y lo analizaba intensamente. Tal vez, quieto y coruscante, lámblico le parecería una gran alhaja misteriosa. Tal vez, su extraordinaria hermosura la habrá sobrecogido, a pesar del constante desfile de hombres que ocurría ahí. Y luego estaba el arcano de esa irradiación. Ni el muchacho ni la ramera decían una palabra, y cuando ella, esforzándose, consiguió hacerlo y lo llamó a su lado, se notó que entreabría los labios el hincado adolescente, y que oraba. Oraba en silencio, siempre alzada la fina mano derecha, y entonces me vi envuelto en un corto episodio sobrenatural: la luz aquella, indefinible, se empezó a extender por la cámara, como si fuese un vapor casi transparente, hasta que Pártenis se halló dentro de su crecido ámbito secreto, que encerraba asimismo a lámblico y a su lebel, y aislado con ellos, me encontré yo. Era como si estuviésemos en la clausura de un gran fanal, y en su interior sonaba (¿o debo decir vibraba?) una música, débil quizá de cuerdas, la cual prestaba fondo a la queda oración que repetía el nombre de Cristo.

Comenzó lámblico a hablar apagadamente, y debo confesar que me conmovía tal enajenamiento que nada entendí de sus frases. A poco observé que Pártenis tiraba de la cobertura y se tapaba el cuerpo desnudo, con inesperada actitud pudorosa, y que el

muchacho se ponía de pie, se le acercaba, le asía una mano y, mientras ella cerraba los ojos, estremecida, lámblico se arrodillaba de nuevo, junto al lecho de la pecadora, y reanudaba su oración. Quedaron así buen espacio, hasta que el mozo tornó a levantarse, extendió la mano diestra, y su pulgar dibujó el signo de la cruz en la frente de la joven. Sólo entonces alzó ésta los párpados; lámblico se inclinó hacia ella y la besó en la mejilla, con lo cual titilaron, a modo de insectos luminosos, las piedras del coselete. Sonrió Pártenis apenas, con una sonrisa distinta de las que antes le conociera yo; una sonrisa tierna y pura, e hizo un breve gesto afirmativo. Luego pronunció las únicas palabras que oí durante nuestra reclusión en el enigma de la atmósfera resplandeciente:

—Toma esta sortija, lámblico. Tu padre me la dio, pero quiero que sea tuya.

Y a continuación me quitó de su dedo medio, y me deslizó en el anular derecho del doncel quien, como Casceilio, el odontólogo romano que allí me usaba, tenía los dedos largos y finos.

Sonrió a su vez el hijo de Exacustodio, agradeciéndome y aceptándome; y seguido por el lebel, se retiró de la casa de prostitución, tan virgen como en ella había ingresado. Todavía flotaba, en torno de Pártenis, la serena música. He ahí cómo pasé a poder del extraordinario lámblico, en Éfeso.

El fastuoso mercader acogió a su delfín, abriéndole los robustos brazos. Fulguraba de orgullo, y deduje que la cortesana le había transmitido una versión de la potencia física del mocito, elaborada a propósito para satisfacer con creces la publicada masculinidad paterna. Acosó a lámblico, con el objeto de que le refiriese pormenores del episodio, y ante el mutismo del mancebo, atribuyó a su timidez vergonzosa la negativa de proporcionárselos. Por lo demás, bastó que me reconociese en su anular para que el obsequio confirmase, a su juicio, el entusiasmo de Pártenis ante la destreza viril del muchacho, con lo cual redoblaron las exclamaciones fatuas y equivocadas de Exacustodio. Tal era su exaltación, que no le importó que su hijo se fuese, como de costumbre, a reunir con sus seis compañeros habituales, y que si antes pensó que eso era cosa de maricas, ahora —tan sencillamente funcionaban sus mecanismos psicológicos— pensaba, por lo que dijo, que la sola presencia de lámblico suprimía cualquier duda acerca de los vínculos del equívoco grupo. Su contento se manifestó en algo tan extremado como acariciar la cabeza de Qitmir, el perro árabe, a quien hasta entonces había odiado sin disimulo.

En consecuencia escalamos el monte Pion, que horadaban las cuevas y complicaban las escabrosidades, y allí trabé relación con los amigos de mi amo. Llamábanse Maximiano, Marciano, Constantino, Dionisio, Serapio y Juan, porque al ser tan cristianos como lámblico, éstos fueron los nombres que recibieron luego de su secreto bautismo, y diferían bastante de los paganos que les habían impuesto al nacer. A lámblico le había cambiado el suyo el sacerdote por el de Maleo; yo continuaré designándolo como hasta el presente, para evitar confusiones.

Tanto se parecían a lámblico sus seis camaradas, que cuando por primera vez los vi me cosió distinguirlos. Poseían todos la misma estatura, la misma traza juncal y graciosa, el mismo cabello castaño, los mismos ojos velados y dulces, las mismas manos ahusadas, las mismas plásticas actitudes que se concretaban en elegancias espontáneas, a las que en vano se pretendería imitar. Así como lámblico me recuerda el San Gabriel de la «Anunciación» de Botticelli, sus íntimos son inseparables para mí de otras imágenes de dicho pintor y de la Galería de los Uffizzi —como las que rodean a las Vírgenes del Magnificat y de la Granada— de suerte que si mi amo me deslumbró, postrado frente al lecho de Pártenis, como el efebo más hermoso que conocí, sus seis amigos me probaron que no era únicamente suyo el privilegio de la suprema belleza, pues Maximiano, Marciano, Constantino, Dionisio, Serapio y Juan resultaban, por más que suene a imposible, tan hermosos como él.

Las actividades que los siete desarrollaban en la áspera altura hubieran sido consideradas, por un crítico severo, verdaderamente anodinas o tediosas, si no hubieran sido emocionantes por el rigor de su inocencia y por el poder de su seducción. A mí, que venía del medio promiscuo de Exacustodio y su lenocinio, de Cinna y Quadrato, de Aristófanes y Simaetha, me hechizaron. No bien se reunían, se despojaban de los collares

de oro y de los petos guarnecidos de piedras preciosas (porque su similitud alcanzaba al hecho biográfico de que cada uno, por resolución de su respectivo padre, ostentara igual jerarquía militar), y se distraían dando puntapiés, mansamente, a una pelota grande, o utilizando otras, más chicas, en combinaciones que acaso hubiese inventado su ingenio y que correspondían casi a las del croquet actual pero, a diferencia de quienes hoy practican ese juego, jamás reñían, sino por el contrario besaban cariñosamente en el pómulos al adversario que acertaba a golpearlos y desplazarlos con su propia bola. A veces, en las ocasiones más insólitas y peregrinas —podía ser en ocasión en que organizaban un partido de uno de tales juegos— la mística atmósfera que había bañado a lámblico en la viciosa cámara de Pártenis tornaba a establecerse, abstrayéndolos a todos, mientras tañían las cuerdas invisibles su callada música. Entonces los siete recogían el balón o los mazos de madera, juntaban las palmas, caían de rodillas y, más Botticellis que nunca, no obstante las simples camisetas y calzoncillos uniformes del deportivo atuendo, rezaban a coro, cantando rítmicos latines, que seguramente se elevarían como una columna de incienso hacia la eternidad del Señor. Yo participaba de juegos y rezos. Los compañeros de lámblico habían empezado por repudiarme, juzgándome, como el ermitaño del Tíber, por mis inscripciones egipcias (¡nada menos que el adorado nombre de la Reina Nefertari!), asunto del Demonio, pero mi amo les rogó con tanta ternura que le permitieran conservarme, ya que en mí veía un símbolo de su triunfante virginidad (extraña idea, por cierto), que concluyeron aceptando mi incorporación al anular derecho de lámblico, y hasta me ensayaron sucesivamente. Ni siquiera Qitmir, el lánguido y señorial lebel, prescindía de las diligencias distintas que menciono, ya que cuando no corría, ingravidamente y sin que constara su esfuerzo, detrás de las cortes pelotas, compartía a su manera los raptos contemplativos de los siete, permaneciendo con las patas tiesas, las orejas amusgadas, levantado el hocico y los afectuosos ojos estáticos, cual si recogiera visiones celestes.

Como acontece con las vidas agradables, la nuestra no podía durar. Más allá de Éfeso y de las islas griegas, en la romana pompa, velaba Decio, el tirano. Fiel a la inveterada manía de los opresores, no soportaba que nadie, bajo ningún pretexto, se apartase de las rígidas normas que le dictaban su soberbia y su bilis. Indudablemente se sentía el enviado, el intérprete de los dioses, y quizá soñaba que, obediente a su voluntad, su espada podía convertirse en el rayo llameante de Júpiter. Por eso, si bien en cuanto derrotó al Emperador Felipe el Árabe marchó hasta las márgenes del Danubio, a enfrentarse con los godos, no descuidó la cuestión religiosa, la cual lo ofuscaba, aun en la sonora lejanía de los campamentos, y desde su tienda, haciendo a un lado los planos y las armas, redactaba contra los cristianos duros edictos, que sembraban a lo largo del imperio el terror. Uno de esos edictos mandaba que en cada ciudad y en cada templo, dentro de las vastas extensiones que de su arbitrio dependían, las multitudes, sin excepción, ofreciesen sacrificios a sus dioses.

En Éfeso, la ejecución de la orden estuvo, precisamente, a cargo de los padres de los jóvenes, por ser esos siete progenitores los máximos funcionarios militares y civiles de la ciudad. De modo que dichos jefes instalaron su tribunal en el amplio templo de Artemisa, que además de la imagen de la diosa con pechos como extraños salvavidas inflados, albergaba una caterva de estatuas togadas o desnudas, provistas de cascos o de laureles, de cornucopias, de coronas, de tridentes, de frutas, de carcajes, de alas, de pámpanos, de falos excesivos, de mazas y de lanzones, y hasta admitía a varios de mis compatriotas, pues entre ellos asomaban las cabezas del ibis y del halcón, y a algunos desconocidos para mí, que quizá procedían de Siria o de Persia. En medio del semicírculo formado por abigarradas figuras, ocuparon sus sitiales los dirigentes, entre los cuales había tres generales de ejército, y frente a ellos se desarrolló, durante días, el desfile de los habitantes, quienes uno a uno, monótona y temerosamente, cumplían con los ritos fijados, mientras que los pregoneros difundían, en la campiña y en las montañas, la conminación de presentarse bajo pena de muerte.

Hasta nosotros y nuestra paz gimnástica, en la meseta del monte Pion, alcanzaron los bandos inflexibles repetidos de aldea en aldea, y lámblico, Maximiano, Marciano,

Constantino, Dionisio, Serapio y Juan se resignaron a ponerse los coseletes rutilantes y a descender de la desolada altura. Todavía ignoraban los tranquilos deportistas la razón del edicto. Sabían que el pueblo entero debía comparecer ante sus padres, magistrados del Emperador, y allá acudieron, siguiendo la larga fila y calculando que se trataba de un nuevo censo, o del pago de un impuesto de los que surgían con el advenimiento de cada soberano, de acuerdo con una invariable ley de la Economía. Sólo cuando su turno se aproximaba, en el templo, a la parte donde sus genitores presidían el lento avance de la columna, luciendo sus galas más espléndidas y probablemente imaginándose por lo menos semidioses, comprendieron los distraídos donceles qué se esperaba de ellos y, tan estupefactos como asustados, intercambiaron cuchicheos presurosos sobre la actitud que les correspondería asumir delante de quienes los habían traído al mundo y que, como Exacustodio, sobresalían por lo nulo de la sensibilidad y por lo empecinado de la altanería obtusa. Advirtieron (y lo comentaron en voz baja, condenándolo) que ciertos cristianos que los precedían en la fila se prosternaban ante la ronda marmórea de los dioses y los adoraban, y se comprometieron a no hacerlo, pero al gritarles que se apresurasen los que caminaban detrás, los adolescentes temblaban tanto que eso contribuyó al relumbrar de sus pedrerías. Confieso que no suscribí sus inquietudes. En mi modesta opinión, cuantos más dioses se reconozcan y adopten, mejor andará el mundo, tan necesitado de especialistas sobrenaturales que se ocupen de la multiplicidad de sus problemas. Lo aprendí en Egipto, y desde entonces no he cesado de agregar dioses a mi Olimpo personal y a su intrincada organización de ministerios, subsecretarías, direcciones y dependencias divinas, etc., y mal no me ha ido, pero no soy más que un pobre Escarabajo de lapislázuli, un vagabundo, un turista, un curioso, y los siete muchachos de Éfeso habían sido tocados por una forma de gracia, por una santa locura que, simultáneamente, los transformaba en muy responsables y muy irresponsables.

Cuando los mancebos se detuvieron enfrente del tribunal, quienes lo constituían se hincharon de fatuidad, porque es inútil insistir sobre que hubiera sido vana la búsqueda, dentro del enorme imperio de Cneius Messius Quintus Trajanus Decius, de un puñado de mocitos tan físicamente admirables, y si alguna vez los funcionarios, tal como Exacustodio, se desasosgararon por el evidente desdén con que sus vástagos miraban a las mujeres, y abrigaron sospechas acerca de sus preferencias corporales, las noticias que, pavoneándose, sembró entre ellos Exacustodio, del éxito de lámblico en la Casa de los Placeres, hizo que los demás se propusiesen aprovechar la presencia de sus hijos en Éfeso, para enviarlos a la hospitalaria habitación de la iniciadora Pártenis, y poner fin así a tanta infantil tontería. Por el momento, los jóvenes formaban, en contraposición con la blanca medialuna de los dioses esculpidos y de los altaneros gobernantes, una suerte de prodigioso collar en el que destellaban, prolongadas de pecho en pecho, las cadenas de oro y las piedras incendiarias de los coseletes marciales, y con ser tan fabuloso ese brillo, multiplicado por cada movimiento de quienes portaban las corazas breves, más perturbaba aún la hermosura de los siete rostros enmarcados por las largas cabelleras, y la sutil nobleza de las manos, que el más sencillo accionar metamorfoseaba en aéreos marfiles.

Recreáronse un instante los que los habían engendrado, en la contemplación de sus obras, si bien presumo que hubiesen preferido que sus frutos fuesen más recios y menos confundibles con las hermanas de los mismos muchachos, y también que cuando corrían en pos del balón, sus puntapiés y cabezazos se destacasen más por la violenta eficacia que por la desenvoltura bailarina, hasta que Exacustodio, que presidía la junta superior, flanqueado por dos generales y teniendo por fondo a Diana, Marte y Venus, sonrió e invitó a lámblico y sus amigos a cumplir con el formulismo simple y rápido exigido por el edicto imperial.

Ahí ocurrió lo que mayor espanto, furia y bochorno podía causar a los mal informados jueces, quienes si algo no preveían era el punto de vista beatíficamente rebelde de sus hijos, porque los siete Botticellis dieron un paso al frente y, en lugar de prosternarse y ofrecer la adoración burocrática y oficialista que de ellos se esperaba, se lanzaron a cantar, entonadamente, las laudes de Nuestro Señor Jesucristo, intercalando según conviniera las voces de barítono, de tenor y también de bajo, para horror de los

representantes de Decio, que preveían, como eco de ese coro sedicioso, la inminente pérdida de sus cargos y establecimientos mercantiles, y para alegría de muchos cristianos disimulados, que ocultando las manos bajo las túnicas tuvieron la audacia de aplaudir. Los que con más velocidad reaccionaron fueron los generales, quienes descendieron del estrado con un fragor de sacudidos metales, pues encaraban al gesto de la muchachada como una sublevación, por el hecho de que vistieran el uniforme militar, circunstancia que en el primer momento no fue tomada en cuenta por los magistrados restantes, más apegados a considerar el aspecto financiero del asunto. Los generales eran hábiles y enérgicos; en segundos arrancaron a los immaculados sus áureas cadenas, insignias jerárquicas que arrojaron al suelo con estrépito y con decisión castrenses; más tardaron en quitarles los coseletes preciosos, al enredar sus dedos en las correas y hebillas que los sujetaban, lo cual les inspiró no pocas blasfemias y maldiciones, que los dioses circundantes habrán juzgado a su vez. Entretanto, Exacustodio y sus colegas asistían con abierta boca, como a una infernal alucinación, al progreso de los acontecimientos, hasta que ante el espectáculo ofrecido por sus niños en camiseta, recuperaron el habla y gritaron a los centuriones que despejaran el templo, pues se suspendía la ceremonia.

La verdad es que no atinaban cómo actuar en una situación tan opuesta a lo razonable y a lo normal, originada, para colmo, en gente de su propia sangre prestigiosa, que así desvirtuaba las enseñanzas recibidas desde la infancia en los respectivos hogares, donde lo primero que se inculcaba era el respeto al Emperador de turno, fuera quien fuese, y lo segundo el amor a los dioses venerados por dicho Emperador. No entraba en sus cabezas que Decio, Júpiter y demás inmortales, pudiesen ser reemplazados en el acatamiento de los suyos. Discutían, gesticulaban, cercados por las frías deidades impasibles. Los generales cerraban un puño y lo golpeaban fuertemente contra la otra palma; Exacustodio pronosticaba el final del mundo, como consecuencia de la destrucción de la familia; algún padre lloriqueaba, histérico. Y mientras tanto, de cara a ellos, lámblico, Maximiano, Marciano, Constantino, Dionisio, Serapio y Juan, saturados de hermosura, rezaban en latín. Las gemas de sus pequeñas corazas, avivadas por las antorchas, chisporroteaban como una hoguera crecida a sus pies.

Fue Exacustodio, en su carácter de presidente del consejo, quien sugirió la solución más prudente. Por lo pronto, había que evitar el escándalo; lo oportuno era que cada joven regresara a su casa y meditara sobre la insubordinada demencia de su proceder; que recordara que si poseía una excelente educación, lo adeudaba a la generosidad del Emperador romano, protector de su padre, y a la magnanimidad de Júpiter, guía de su parentela y de su ancestral comercio, y no a ese judío, a ese galileo nefasto, que auspicia la penuria, la indigencia, disparate antieconómico, contrario al adelanto civilizatorio, y que alababa a los pobres de espíritu, es decir a los antiintelectuales, contrarios también a lo que ellos, los de la generación nueva, con sus manías artísticas y literarias, se jactaban de ser; que esa noche misma, cada uno mantuviera una cordial conversación aclaratoria con el autor de sus días, a la cual, si fuera imprescindible, cooperaría su madre, que lo amaba tanto; y que en la mañana siguiente, ya serenados, tornasen a revestir sus pelos y a colocarse sus collares, y volviesen al templo de Artemisa, a solicitar el perdón de los dioses temibles pero indulgentes, y a rendirles el lógico homenaje que merecía su grandeza. Aprobó los demás la sabiduría de Exacustodio, y los caballeros partieron juntos a la casa del Enano Fálico, en busca de sus damas comunicativas y del único solaz susceptible de calmar los nervios de un hombre genuino, en tanto que sus hijos, instintivamente, sin consultarse ni requerir un acuerdo previo, se encaminaron a sus casas; recogieron en ellas lo que creyeron imprescindible, unas ropas mínimas y unos alimentos acopiados al alzar; se encontraron en las afueras de la urbe y huyeron (huimos) al amparo de los montes, escolados por Qitmir, el leblrel árabe, que meneaba la cola para expresar su júbilo, confundiendo quizá nuestro lugar con uno de sus rutinarios picnics.

Había que ganar tiempo; era seguro que nos perseguirían, y los jóvenes, conocedores minuciosos de la zona del monte Pion, se internaron en busca de una propicia caverna.

Acertaron con ella en las escarpaduras del flanco oriental, y en su guarida se ocultaron con real acierto, como que escasas horas después pasó por allí, sin descubrirlos, una partida que encabezaban Exacustodio y los generales. El haberlos engañado llenó a los míos de apacible dicha, y como la boca del antro se dilataba frente a un reducido espacio llano, lo apisonaron bien y se aplicaron, con ramas rectas y curvas, a fabricar e instalar los elementos de un primitivo juego de croquet, que entretuvo su reclusión. Pero no todo era divertirme en aquellas alturas, y lo que más a menudo hacían los siete piadosos era alzar las miradas al Cielo y unirse en oraciones que rogaban por la conversión del Emperador Decio, como si fuera tan fácil de conseguir. Las preces prevalecieron sobre los juegos, hasta que éstos terminaron por caer en olvido, y yo no recuerdo, de aquella época inicial, sino la posición que me obligaban a asumir las palmas unidas de lámblico y sus reiteradas señales de la cruz.

Tanto y tan sincero fervor importaba un premio, el cual se produjo en forma inesperada. Un amanecer, cuando los adolescentes abrieron los párpados y se desperezaron, tras el corlo reposo nocturno, percatáronse, y yo con ellos, de que no estaban solos en la lobreguez de la cueva, pues en el límite interno de la cavidad, lejano y oscuro, ahora iluminado por una amarillenta claridad, hallábanse erguidos siete jóvenes más, que los contemplaban tiernamente. Los primeros movimientos de lámblico, Maximiano, Marciano, Constantino, Dionisio, Serapio y Juan, denunciaron su consternación, pero los forasteros los apaciguaron con palabras cálidas, y ante su asombro, cada uno desplegó un par de alas maravillosas. Entonces mis amigos se precipitaron a tierra, porque comprendieron que aquéllos eran ángeles. Lo confirmó uno de ellos, cuyo timbre musical cantó en la pétrea hendedura:

—Somos vuestros Angeles de la Guarda, y estamos aquí para acompañaros como siempre, aunque desde hoy, por divina decisión, podéis gozar de nuestra vista. Yo soy el Ángel de la Guarda de lámblico, y mi nombre es Amable.

De esa suerte se fueron designando, uno a uno, y diciendo a quiénes correspondían, al tiempo que los siete de Éfeso se levantaron, limpiándose la benemérita suciedad de las caras, y según su usanza devota, inmediatamente empezaron a rezar.

—Dejemos los rezos para más tarde —añadió Amable, con una sonrisa—. Hay horas para todo, y así como nuestra misión consiste en guardaros, también consiste en distraeros. Salgamos.

Salimos, y advertí que los buenos muchachos de las camisetas avanzaban como si la atmósfera de prodigio les hubiera comunicado una etérea liviandad. Afuera, la dadivosa luz nos reveló en su plenitud el esplendor de los ángeles. Eran hermosísimos y formaban, con lámblico y su grupo, un conjunto incomparable que continuaba identificándose con Botticelli (la «Natividad» de la National Gallery, la «Coronación de la Virgen» de los Uffizzi, etc.). Por supuesto, aunque los humanos y los celestes hubieran podido confundirse, dado que a ello contribuía la expresión angelical de los primeros y la veste flotante, ligera y bien cortada de los segundos, que se dijera labor de modistos de renombre, ahí estaban las alas, para diferenciarlos. ¡Las alas, ah, las alas! ¡La gloria de las alas! Alguno, como Amable, las tenía de los tintes esmaltados, los verdes eléctricos, verde botella, verde vitral, esmeraldino, de fuego verde y azul turquí, que caracteriza el ropaje de los colibríes; otros, al abrirlas al sol, mostraron la policroma fantasía y el dibujo de las mariposas exóticas; y no faltó el de élitros que reflejaban las imágenes, como espejos violáceos, ni el que las hacía ondular, como encajes, pasamanerías y guipures; ni el que llevaba en los hombros un par que evocaba los diáfanos cristales, de un rojo que el mundo nunca conoció. Y a todas esas alas, con ser tan distintas, las hermanaba la buida longitud de las plumas, que al extenderse armaban sus abanicos perfectos, encima de las aureolas de los seráficos, o caían, cerradas, sobre sus espaldas, como mantos majestuosos.

Aquella mañana y las dos sucesivas, los Angeles de la Guarda nos ofrecieron espectáculos inigualables, sugeridos por su deseo de distraer a los jovencitos. De repente se echaron a volar. ¡Mi Dios! ¡Oh Cristo, oh Zeus, oh Osiris! ¡Qué ajuste! ¡Qué filigranas magistrales! ¡Qué consumado esmero! Corretearon, se elevaron con giros de planeo y bruscas aceleraciones a la salida de las picadas, sin que aparentemente se

resistieran sus elásticas estructuras, ni sufriera, no obstante los súbitos descensos en espiral y las acrobáticas pruebas, lo que me atrevo a llamar su fuselaje. Volaban en impecables formaciones, haciendo eses y ochos, conservando las exactas distancias, con inclinaciones de entre 30 y 60 grados, hacia arriba, hacia los cúmulos, los cumulonimbos en forma de coliflor, los estratocúmulos globulares, los altocúmulos semejantes a carneros y tal vez los cirrus invisibles, para reaparecer relampagueando, dejando detrás cualquier clase de nubes, como lepidópteros y picaflones gigantescos, como aviones espejeantes y vitreos, que terminaban por detenerse y estacionarse, utilizando por trenes de aterrizaje ¡os suavísimos pies angélicos, hasta que los acogían los brincos y ladridos de Qitmir, y el batir de palmas de los efesios, que suspiraban:

—¡Ay, Jesús!

Fueron tres días excepcionales. En su curso, los ángeles no vacilaron en sumarse a los muchachos, de mañana, para hostigar a la pelota con sus ágiles piernas y sus cabezas ensortijadas, provocando remolinos de plumas, como si aquello fuese una excitada pajarera; y de tarde, para enriquecer los cánticos con voces tan agudas, tan inaccesibles al registro de las tiples más famosas, que insinuaban en el admirado espíritu la idea de cómo sonarán las violas y los violines sacros, con los cuales las nueve órdenes, los Serafines, los Querubines, los Tronos, etc., ensalzan eternamente la paradisíaca excelsitud. Era estupendo. A la cuarta aurora desde la llegada de los ángeles, que coincidía con la séptima de nuestra presencia allí, estaba desvelado yo, y eso me permitió ser testigo de los sucesos a partir de su arranque. Los beatitos habían lavado sus transpiradas camisetas en un manantial, y sin más cobertura que los honestos y diminutos calzoncillos, dormían, púdicamente abrazados, Maximiano con Marciano, Constantino con Dionisio, Serapio con Juan y Iámblico con el lebre. Brindaban de ese modo, naturalmente, un cuadro de escrupulosa calidad plástica, que hubiese hecho relamer de gula estética a Mrs. Vanbruck, y más aún a la duquesa de Brompton, quien se especializaba en refinadas juventudes. Detrás, en una oquedad, apelotonábanse los ángeles, inertes, amodorrados, disfrutando del sosiego de sus plumajes y de sus extremidades, luego de una jornada de aviación deportiva y de activo balompié. Se oía el croar de las ranas, el chirrido de las cigarras y los grillos, vaticinantes del vecino calor. Serapio roncaba como si gorjeara; Marciano rezaba en sueños; Amable sonreía, requerido acaso por una imagen venturosa; y el alba se filtraba, tímida, arropada en postreras neblinas, por las fisuras de la gruta del monte Pion. En la lontananza de los villorrios, los gallos transmitieron sus alertas y sus saludos.

Yo apenas prestaba atención a los consuetudinarios ruidos: para mí, la caverna se iba poblando de memorias, y a manera de un friso, de una de las series pictóricas que ornaban la tumba de Nefertari, las rugosas paredes albergaron las figuras de la Reina bienamada, mil veces bienamada, la de los largos ojos sin igual; de Ramsés, el de hierático bronce, a quien también amo en el recuerdo; de Khamuas, el niño hechicero que hizo de mí lo que soy; de Nehnefer, el orfebre en cuya casa nací; del viejo y lujurioso. Amait y sus dos nietos, los que me rescataron del Valle de las Reinas; de Simaetha, «la dulzura de Naucratis» y de Myrrhina y su trabajo celestinesco; de Sofreneto, el otro orfebre, a quien debí mi Serpiente de oro; del grosero comediógrafo Aristófanes y sus tres amigos: Strongylión, el que esculpía animales, Agatharkos, el decorador, y el caprichoso Alcibiádes, maestro de elegancias; de los legionarios Aurelio y Lucilio Turbo, y su tienda que olía a frito y a sudor; del desventurado poeta Cayo Helvio Cinna y su «Zmyrna» interminable e ilegible; de sus colegas, los comilones literatos neoterói Marco Furio Bibáculo y Quinto Cornificio; de Domicio Mamerco Quadrato, el miserable Senador, y de Tulia Mecilia, su enamorada e infeliz mujer; de Cayo Julio César, bajo los puñales, y de Cleopatra, entrevista en un palanquín; de Cascellio, el dentista cultivador de celebridades y aristocracias, en su consultorio del Foro Boario; para culminar en las sucias estameñas de los ermitaños que me pescaron en el Tíber y me sumergieron en la pila bendita; en Exacustodio, los generales de Éfeso, la absorta cortesana Pártenis y los siete encantadores: Iámblico, Maximiano, Marciano, Constantino, Dionisio, Serapio y Juan, que ahora abrazados dormían; y por último en Quitmir, su

slughi, su lebel. Todos los personajes de mi vida me rondaban en la duermevela, alejándome de la inmediata realidad. Se comprenderá que tironeado por tantas remembranzas diversas, no reparase en lo que a pocos pasos acontecía; lo raro es que los de la Guarda no ejerciesen su asignada función de guardianes, por lo menos turnándose como centinelas, pero se ve que a pesar de su intocable condición, el peloteo y el vuelo los habían rendido. No los culpo (¿cómo arriesgarme a culparlos, yo pecador?); eso redobla mi simpatía hacia ellos, pues les otorga una suerte de debilidad, de vulnerabilidad, que descendiéndoles de sus imponentes pedestales, los aproxima a los hombres y, por ello, quizá permite que los conozcan, los compadezcan, los califiquen y valoren con clemencia mayor. Cuando me di cuenta de la catástrofe que sobre nosotros se cernía, era tarde. Tuvo por heraldo un grito de Exacustodio.

Supimos luego que, al avanzar cautelosamente con sus secuaces por el predio vecino de la cueva, Exacustodio había enganchado su sandalia derecha en uno de los arcos del croquet, con el resultado explicable de que cayera de bruces, malhiriéndose la *nariz*. Barbotó un juramento, ladró el slughi, y así se inauguró la milagrosa anécdota. Extrañamente, no se despertaron con el barullo los mocitos, y eso participa del milagro. Despertáronse, en cambio, sus ángeles, quienes se restregaron los ojos y se sacudieron las melenas, en momentos en que la gruta era invadida por una cuadrilla portadora de antorchas y de lanzas, a cuyo frente iban el padre de lámblico y sus compañeros. Fue obvio que los ángeles eran imperceptibles para los intrusos, cuya atención se concentró únicamente en sus dormidos vástagos, los cuales yacían entrelazados con cariño, ausentes del peligro que los sitiaba: roncaba Serapio, rezaba Marciano, balbucía Juan y así sucesivamente; sólo Qitmir protestó por el asalto, pero la futilidad de sus ladridos lo convenció de las ventajas de callar, así que volvió a entornar los párpados y a sumirse en el abrazo de su dueño.

—¡Fíjense! —bufó Exacustodio, sangrando de la nariz—, ¡fíjese, general!, ¡fíjese en su hijo y en Maximiano!, ¡desnudos! ¡Y el mío...!, ¡qué horror...!, ¡con un perro! ¿No es esto lo que se califica de bestialidad, la unión con animales? ¡Peor de lo que yo pensaba! ¡Hubiese elegido verlo marica, ay!

Los otros adhirieron a la suya sus desesperaciones; los militares con las espadas prontas. A dos metros, tenían la prueba irrefutable de la degeneración de sus estirpes.

—¡Y éstos —vituperó uno— fueron los que osaron insurreccionarse contra la autoridad imperial!

—¡Y éstos —denostó otro— fueron los que tuvieron el descaro de negar a nuestros dioses, a los dioses del augusto Emperador!

Yo los espiaba, calculando si iban a rasgarse las vestiduras o a pegarles a los chicos, que continuaban total, virtuosa y cadenciosamente entregados al sueño. Me chocó que los ángeles no interviniesen; luego analicé, durante buen espacio, el pro y el contra de su prescindencia, y llegué a la conclusión de que con ella habían facilitado el martirologio de los jóvenes, todavía en embrión, en potencia. En cuanto a sus padres, ni se desgarraron las vestes, ni los molieron a palos: Exacustodio, hombre de propuestas rigurosas, los indujo a que clausurasen con piedras el acceso de la caverna, y dejaran a los díscolos, a los réprobos, a los puercos pederastas, encerrados para siempre. Así aprenderían. Ellos disponían de otros hijos, con los cuales congeniaban irreprehensiblemente, merced a la jupiteriana bendición y si no bastasen, sabían cómo producirlos. Era lo justo. Que éstos se las arreglaran con su Cristo, sus obispos y sus sermones; pronto comprobarían de qué lado se hallaban la razón y el poder. Y Decio lanzaría chispas de gozo, no bien recibiera el informe del procedimiento.

Lo que acabo de resumir fue objeto de bisbiseos y refunfuños, al paso que la gente irruptora retrocedía hacia la entrada, con armas y con hachones. De inmediato pusieron manos a la obra, y rivalizaron en utilidad, acarreando trozos de caídas rocas, duras y firmes, rellenando con cascajos las junturas, hasta bloquear por completo el ingreso. Al cabo de una hora, al cesar los mazazos y demás estruendo, deduje que nos habían abandonado. Asombrosamente, los muchachos siguieron dormidos, siguieron y siguieron, inmovibles.

Quedamos, pues, murados en la gruta del Pion. Los Siete Durmientes de Éfeso dormían,

ceñidos, isócronas sus respiraciones, confundidos sus alientos, mezcladas sus cabelleras (la boca de lámblico casi pegada al hocico de Qitmir), y se adivinaba, al ver su dulce sonrisa, que sus pensamientos ingenuos vagaban en las regiones habitadas por los elegidos del Supremo Ser. En efecto, se los veía, porque de las aureolas de sus siete ángeles emanaba un indeciso resplandor cerúleo que mudaba a la caverna en una suerte de gran acuario, en cuyo luminoso seno se destacaban dos grupos de criaturas escondidas, el de los dormidos desnudos y el de los alados transparentes.

El tiempo transcurrió, transcurrió, transcurrió, sin que nadie acudiera. No me asusta el Tiempo; tampoco me asusta lo infrecuente, lo que se suele tildar de fantástico. ¿Acaso no soy fantástico yo mismo y disparatadamente viejo? No me asustó, entonces, esa nueva condena al silencio y a la emparedada reclusión, como no me asustó la hipnótica inmovilidad de lámblico, de Maximiano, de Marciano, de Constantino, de Serapio, de Dionisio, de Juan y de Qitnir, quienes dormían y dormían, mientras se alejaban al olvido, idénticos, las semanas, los meses y los años. Sus padres, sus secuestradores, habrían muerto ya, y habría muerto el sucesor de Decio y su sucesor y su sucesor, sin que nada, nada modificase el cuadro cautivante y monótono del interior de la caverna. La paciencia de los ángeles garantizaba su extrahumana calidad; la mía refrendaba los méritos de Khamuas, el hechicero. Como en anteriores oportunidades, me refugié en el recuerdo de Nefertari y reedité, uno a uno, los episodios que compartimos. Volví a frecuentar su lecho, y volví a sentir sobre mi lapislázuli y mi ágata, el reflejo de la victoria, luego de la batalla de Kadesh, del sitio de Ascalón y de la toma de Dapur. La retentiva tenaz me hizo deslizarse, reiteradamente, entre los pechos pequeños y rígidos de la Reina, entre los muslos nervudos del Faraón, en las noches lunares de Egipto. Y el arpista ciego cantó para mí, desde la evocativa penumbra:

¡Si yo de su guirnalda el mirto fuera, ay, ay, cómo su cuello abrazaría!

¡Nefertari, Nefertari! Parecíame a veces que los ángeles me miraban, desde su rincón, y leían mis pensamientos. De tanto en tanto, alguno se acercaba a contemplar a los Durmientes, a alisarles el pelo, a secarles, con el borde de la túnica, la humedad de los rostros, y regresaba a sentarse al par de sus compañeros. También, durante lo que reconocíamos como final de cada noche, a causa de la claridad que dibujaba los delgados huecos subsistentes entre las piedras de la entrada, los Guardianes se desentumecían, desarrollando distintas calistenias: aleaban, aleteaban, revoloteaban, circunvolaban la gruta, hacían flexiones y gimnasia de piernas y de brazos. Tornaban luego a sus quietudes, sus vigilancias y sus preces. Y el tiempo se iba, se iba, y no pasaba absolutamente nada. Los dormilones no comían, no bebían, se movían apenas, murmuraban alguna cariñosa y suelta palabra, estrechaban su abrazo, sonreían, conservaban sus tecs rosadas, sus labios rojos, sus peinadas cabelleras, sus pestañas curvas, sus gallardas juventudes; y no pasaba nada. Hasta que algo pasó, como cuando me robaron en la tumba de Egipto; como cuando me encontraron en el desierto y en Atenas; como cuando me pescaron en el Tíber.

Una mañana cualquiera, que no prometía diferenciarse de las precedentes, antes de que se despabilaran los ángeles y cuando sólo velaba yo, insomne, me inquietaron algunos ruidos irregulares, en el exterior de la caverna. Tuve la impresión de que nos rondaban; de que circulaban alrededor de nuestro encierro, porque a los rumores se incorporó, a medida que se intensificaba la luz, en las junturas de las rocas y de los escombros, la evidencia de que la interceptaban sombras sucesivas, al pasar insistentemente. Por fin se recobraron los ángeles, estiraron los brazos, se alisaron los bucles, recitaron una plegaria, y se codearon, porque también habían llegado a la conclusión de que en el contorno de nuestra impuesta residencia acaecían cosas anormales. Hicieron lo que no podía hacer yo, que es ponerse en pie, adelantarse de puntillas y pegar los ojos a los intersticios. Lo recogido por su inspección se tradujo en lamentos:

—¡Son demonios, Amable!

—¡Son demonios, Modesto, y yo que me ilusioné con la idea de que venían a liberarnos!

—¿Estás seguro, Amable, de que son demonios?

—¡Te digo que sí, Benigno, los conozco muy bien! Espera. Obsérvalos. Han asumido las

formas de los siete animales que adopta el Diablo. Ahí van... el Macho Cabrío... el Jabalí... el León... el Cerdo y el Mono... el Cuervo... y ése... ése es el Basilisco.

—¡Qué horror!

—¿Qué querrán?

—No sé. Admisiblemente probarnos. Probar nuestra resistencia. Y la de estos pobrecitos. Los pobrecitos no se agitaban. Dormían. Quizá tuvieran, en el mundo de los sueños, una vida más activa y dinámica que en el corriente, pero ese mundo me estaba vedado, de modo que me reduje a comprobar lo que en el real sucedía.

Los demonios no nos dejaron. Un concierto cacofónico al que no cabe más denominación que la de infernal, englobó el balido áspero del Cabrón, el rugir leonino, el rebudiar del Jabalí, el gruñir del Marrano, el chillido del Primate y el graznar del Cuervo. Nada agregó el Basilisco, porque es mudo y se limita a mirar. Eso sí: ¡guay de aquel a quien mira! Pronto por los resquicios y las grietas, empezó a colarse un vaho caliente, que resultaba de las ocasiones en que los enemigos metían allí sus bocas, sus belfos, sus picos, sus jetas y sus fauces. Subió la temperatura en el antro, que se saturó de olores fétidos. Los jovencitos de Éfeso transpiraron, fruncieron las narices y multiplicaron los estornudos. Iban y venían los ángeles, con pañuelos, jabones y esponjas. Benigno balanceaba un incensario.

¿Por qué no procederán? —me preguntaba yo, como el día lejanísimo en que nos encuevaron—. ¿Qué ángeles son éstos, y de qué fuerza disponen?

Poco sabía a la sazón acerca de las categorías celestes. Más tarde, mi bíblico conocimiento pudo comparar a mis ángeles con el que detuvo el cuchillo de Abraham en la garganta de Isaac; con el que luchó una noche con Jacob; con el que exterminó el ejército del asirio Senaquerib; con el que, en tiempos del rey David, destruyó Jerusalén; con los que vio *Zacarías* a caballo, Ezequiel con cuatro cabezas, e Isaías con seis alas; con el que entró sobre un corcel veloz, revistiendo una armadura de oro, y derribó al ladrón del tesoro del Templo; y sobre todo con el guerrero vigoroso que precipitó a Lucifer en el abismo. Ésos eran y son grandes ángeles. ¡Pero éstos! ¡Los Guardianes de los Siete Durmientes! ¡Por Dios! No podían ser más simpáticos, ni más afectuosos, ni más bellos, pero comprendí que contaban con poderes muy, muy limitados, y que hacían buenamente lo que estaba en sus delicadas manos hacer.

Al tercer día cesaron los ataques diabólicos; sin embargo, tanto los Custodios como yo, presentimos que no cesarían fácilmente en su afán. Y acertamos. Antes se produjo dentro de la gruta algo inusitado y que me concernía: Amable, el de lámblico, se aproximó a éste, me quitó de su dedo, y me colocó en su propia diestra angélica. ¡Yo estaba en el índice de un ángel, oh Khepri! ¿Lo habría hecho porque pensó que tal vez emanara de mí una funesta influencia y que convenía alejarme de su protegido? ¡Qué error! La verdad es que desde que me situé bajo su nudillo, experimenté un inconmensurable bienestar, una paz desconocida. El cuarto día reaparecieron los demonios, trayendo cambiados disfraces. Eran ahora seis sátiros, velludos, obscenos, presididos por un negro centauro de crespas trenzas, dientes filosos y ojos flamígeros. Galopaban alrededor de nuestra cárcel, gritando indecencias, y cuando los ángeles les respondieron, en el griego más culto, que se fuesen y nos dejaran tranquilos, los de afuera contestaron con carcajadas brutales y dando coces que alzaron llamaradas del suelo.

Esfumáronse a su turno aquellas bestias mitológicas, y a poco de que una relativa bonanza había tornado a afirmar su efímero gobierno en la espelunca, los demonios reanudaron el ataque, bajo las apariencias de seis voraces lauchas y de un deforme sapo, tocado con un sombrero de plumas, tan descoyuntados y escurridizos que consiguieron asomar las astutas cabezas en las rendijas de la entrada, y que los ángeles, sin ocultar su repulsión, tuvieron que ahuyentarlos a zapatillazos (sandaliazos), propinados con sus sandalias incorruptas. Ese último esfuerzo descorazonó a los nuestros y los dejó jadeantes.

Hubo una acometida más. Para llevarla a cabo, los de la Guardia entendieron que el Malo, deseoso de poner fin al asedio, había recurrido a súbditos de mayor capacidad y veteranía. Cuando se presentaron, entonando un septeto melifluo, Modesto, que sobresalía por su erudición, reconoció a algunos:

—Aquél con cuerpo de mirlo, es el demonio Cayn, el que conoce el lenguaje de los perros, de los bueyes y de los pájaros. Aquel otro, con la defensa del unicornio en la frente, es Amduscias, el que dirige orquestas sin instrumentos, y a cuyo paso los árboles se inclinan. Aquel de más allá es Succor Benoth, jefe de los eunucos de Luzbel, el más peligroso en este caso, porque como se encarga de los celos, maneja también las rejas y las celosías, de manera que es capaz de abrirse camino hasta aquí... ¡Ah no!... allá está el peor, y su envío patentiza cuánto le importan al Diablo nuestros centenarios jóvenes. Es Belial, el propio Belial, el tremendo seductor a quien adoraron en Sodoma... el más impúdico... ¡Ahí pasa, Amable! ¡Está desfilando ante la caverna en su carro de fuego!

—¡Miren, miren, miren a los pobrecitos muchachos! —gimoteó Benigno.

Giraron los demás, separándose del espectáculo que ofrecían los perversos de extrañas cataduras, y juntos examinamos a los Siete Durmientes. ¡Ah, no en vano operaba la tenacidad de los demonios, desde tantos días atrás, y no en vano, dado el temple del episodio, habían delegado a Belial, el lujurioso experto, para la tentadora tarea! ¡Pobrecitos, en verdad, pobrecitos! Proseguían fraternalmente enroscados, como durante un tiempo que ya no medíamos, pero ahora... ¡ay! ahora, no bien uno se fijaba, notábanse con nitidez en sus cuerpos inculpables, apenas cubiertos, los signos agresivamente informadores de una inquietud de tangible origen libidinoso.

Precipitáronse los solícitos ángeles, cada uno a socorrer su adolescente. Los abanicaron, los distanciaron, los rociaron con agua fresca del manantial de la gruta. Benigno sugirió, como distracción, narrarles vidas de santos, pero el resto se convenció de que lo conveniente era buscar, en las empíreas alturas, el auxilio de un espíritu situado dentro de las jerarquías mayores, alguien que perteneciera por lo menos a los círculos de los Arcángeles y los Principados, pues dudaban de que les concedieran en préstamo un campeón tan selecto como los allegados a los Tronos y a las Dominaciones. Con esa colaboración, estaban seguros de conjurar a los sitiadores en definitiva; de lo contrario, tendrían que sufrir los vaivenes de una campaña urdida con sagaz estrategia, que concluiría por consumirlos. En lo que atañe a los pobrecitos, Modesto, que se había apostado de nuevo en su hueco de centinela, comunicó que los demonios se alejaban, y simultáneamente se verificó que las pruebas físicas del influjo erótico empezaban a ceder en los adictos a Moríeo: se apaciguaban las agitadas respiraciones; ya no rechinaban los dientes, ni viboreaban las lenguas, ansiosas, entre los labios; y se restablecía la acostumbrada serenidad.

Empero, la idea de requerir refuerzos ganó la total adhesión. Y aprovechando un intermedio en que los satánicos emisarios se hallaban ausentes, los ángeles guardianes de Maximiano, Marciano, Constantino, Dionisio, Serapio y Juan, apartaron de la entrada las escasas piedras necesarias para dar paso a sus estructuras flexibles, y por ellas reptaron y se fueron, hasta que, una vez extramuros, ventilaron las alas entumecidas y echaron a volar, como grandes aves o grandes insectos, mientras que Amable rellenaba y reforzaba la abertura, y se instalaba a cumplir su función de pastor del secreto redil y de sus siete ovejas o, más apropiadamente, de sus siete corderos codiciados.

Fallaron los cálculos de los Custodios, cuyos trámites sin duda requirieron, en los estratos culminantes, distintas consideraciones, y Belial estuvo delante de la caverna cuando los viajeros no habían retornado aún. Lo secundaban sus conocidos acompañantes, más el Sapo del sombrero jactancioso y una mórbida mujer que cabalgaba un camello. Modesto nos explicó después que ésa era Gomori, un demonio amanerado que adoptaba la femenina máscara, muy a su gusto, para vigorizar con sus atractivos la concupiscencia agujijoneada por Belial. A ciencia cierta, los contrarios se hallaba al tanto de la partida de seis de los ángeles, y habían inferido dos cosas: que iban en pos de aliados, y que las defensas de la gruta, por su ausencia, resultaban positivamente seis veces más débiles. Decidieron, pues, sacar provecho de esta última circunstancia; actuar en seguida, utilizando el máximo de sus recursos, antes del retorno de los volantes; y se aplicaron a hacerlo rabiosamente, en tanto que el desvalido Amable brincaba de una grieta a la otra, evaluando el progreso de las negras maquinaciones. Yo seguía en su delgado y frío índice, y eso me permitió atestiguar la escena en que los diablos unieron la combustión

de sus alientos septuplicados, dirigiéndola al acceso de la caverna, cuyas rocas presto adquirieron un color rojo vivo y despidieron chispas azules: Belial resoplando desde su carro ígneo; Gomori imitándolo, empinada en las gibas del camello; Cayn llenando de aire su pecho emplumado de mirlo gordo; Succor Benoth, el eunuco, hinchando los carrillos que alcanzaron las proporciones de su inmenso turbante; el Sapo de ojos escarlatas y chaleco penachudo, abotagándose hasta que parecía próximo a reventar; y dos más, cuyos nombres ignoro, con sendas cabezas de mochuelo y de leopardo, deformadas por la energía con que llevaban a cabo sus tareas respiratorias. Quedó expedita la puerta de la caverna. Amable se irguió delante de los dormidos, juntas las manos que anunciaban al arte gótico, temblorosas las alas. Rezaba, suplicaba a los demonios que no entrasen. Y si no entraron fue porque tal no pareció ser su propósito, sino obtener que los Durmientes salieran.

Gomori, en la balanceada elevación del camello, rió, se contoneó y mostró su impudor de mujer ambigua con una sombra de barba. Belial se apeó del carro llameante, alzó su autoritario cetro, y detrás, hasta desvanecerse en la lejanía y en las brumas lechosas del monte Pion, brotó el bosque más peregrino del mundo, porque su arboleda enzarzada y perfumada, de un pálido verde, exhibía la hechura de mágicos individuos desnudos, de ambos sexos, con cabelleras de hojas, que alargaban sus ramas como brazos ávidos, entre los cuales pasaban, trinando tiernamente, ignotos pájaros hechos de esmeraldas. Aquéllos no eran plantas ni hombres, eran mandragoras, las mandragoras afrodisíacas y narcóticas de los cabalistas y de los herbolarios brujos, las mandragoras hijas de Eva y de la Tierra, y pronto empezaron no a hablar sino a ronronear, suavísimamente, como gatos voluptuosos. Y Amduscias, el amo de los instrumentos musicales invisibles, acompasó aquellos murmullos apasionados con la languidez de una melodía que inundó la caverna.

Como respondiéndole, y sin que Amable lograra impedirlo, los Siete Durmientes se pusieron de pie, uno a uno, desenrendando sus parejas. Sus párpados permanecieron bajos, tendieron los brazos inestables, y se encaminaron con pasos de sonámbulos hacia la atracción de la floresta encantada. Qitmir iba detrás, más exangüe y soñoliento que nunca. Y Amable también, pero él nada exánime ni bostezador, sino muy vivaz y atribulado. Se afanaba, acosando a los muchachos que, ajenos a la desesperación de su desvelo, continuaban su camino hacia las plantas equívocas, con despacioso sopor. En balde rogaba; en balde oraba; en balde, como un alborotado gallo multicolor, rival del colibrí por el plumaje, reclamaba la obediencia de sus pollos indóciles: éstos, hipnotizados, en fila, dejaban el abrigo. Ya pronto se internarían en la selva palpitante, solicitante, que hacia ellos estiraba la sensualidad de los troncos y de las frondas, en cuyo verde enmarañamiento se veía arder el carro de Belial. ¡Ah, los perdíamos a lámblico, a Maximiano, a Marciano, a Constantino, a Dionisio, a Serapia y a Juan! A través del bosque pecador, se llegaba al Averno.

Pero entonces, oportunos, puntuales, descorriéronse los cortinajes de las nubes, a modo de azuliblanco telones, como en una comedia de magia que fuese, asimismo, una película «de suspenso», y en la despejada limpidez reaparecieron los seis Angeles de la Guarda. Rodeaban a un ángel más, que vestía una armadura de oro y cabalgaba un alado palafrén, y sobre ellos volaban otros dos que trompeteaban jubilosamente en alongados tubos metálicos. ¡Cómo los aplaudió Amable! Su entusiasmo fue tal que casi me rompe. Los ángeles bajaban, radiosos. Y esas trompetas que el sol bruñía... Sus triunfales sonos debieron de quedar bogando en el aire, a la espera de que un compositor los recogiera porque, en pleno siglo XIX, los reconocí en el ballet «Sylyia», de Leo Delibes. Bajaban mis ángeles, con el Ángel de Oro y con los trompeteros, y fue cuestión de segundos. A semejanza de muñecos a quienes les faltase la cuerda, detuvieron los Durmientes su marcha automática, y permanecieron inmóviles mientras que los demonios corrían hacia el carro incandescente y en él se aplastaron como pudieron (inclusive el camello de Gomori), para escapar, hostigados por la gloria de la divina cuadrilla. ¡Había que verlos ahora! ¿Dónde estaban los melindres de la Mujer Barbuda, las muecas temerarias del Sapo, del Leopardo y del Mochuelo, el unicornio de Amduscias, el piar hiriente del Mirlo y, sobre todo, la formidable insolencia del dueño del vehículo de

fuego? Huían, apretados, los pasajeros de la hoguera aeronáutica. Se fueron... se fueron... se esfumó en la distancia el triple incendio móvil del carro, de la armadura y de las trompetas; el bosque de mandragoras desapareció; cada Ángel de la Guarda cogió la mano de su adolescente extraviado y, musitándole palabras cariñosas, los devolvieron a la cueva, que se cerró una vez más.

Ya no nos atormentarían los monstruos. Habían aprendido su lección. Durmieron, de dos en dos, los Durmientes; sus Guardianes los guardaron, y durante mucho tiempo analizaron y comentaron, con obvias reiteraciones, la aventura de los demonios, y alabaron las bondades preclaras del Cristianismo. ¿Porqué, como al principio, como antes de la clausura y de las satánicas visitas, no practicaban ya, en el exterior de la gruta, los sanos deportes? ¿Qué los retenía en el interior? ¿El deseo de ganar las palmas de los mártires para sus dormidos? ¿Eran mártires en realidad? ¿En eso consistía el martirologio? Dormían, dormían enlazados... sonreían... soñaban... A mí, el tedio amenazó desmoralizarme, no obstante las contribuciones de mi rica memoria. Habían transcurrido casi doscientos años desde que Exacustodio y los generales, imperando Decio Augusto, nos condenaron a la exclaustración cavernícola y, verdaderamente, luego del demoníaco abandono, allí no sucedía nada, nada. Amable se cansó de mí, y me devolvió al anular derecho de lámblico. Mi Serpiente lo envolvió con amorosa felicidad, y yo me adherí a él, buscando, en el fluir de su sangre, los latidos de su corazón. Sólo ahora me percataba de que eso era lo que me había faltado en el índice de Amable: la voz de la sangre, que va hablando levemente, por las venas.

Y una mañana oímos gritar, cavar y martillar, como el día en que dejé la tumba de Nefertari. El resto de esta evocación pertenece a la hagiografía y a la Leyenda Dorada, así que lo resumiré en lo posible. El martillador gritón era un tal Adolio, propietario de los campos aquellos, quien había resuelto construir un corral para su ganado y estaba utilizando, irreverente y salvadoramente, con ayuda de sus labradores, nuestras famosas piedras, las que nos emparedaron, a fin de completar la obra. Desconcertaronse los ángeles y creció su ofendido asombro ante el desenfreno, pero ya era tarde para evitarlo; no quedaba ni un guijarro con el cual reparar el estropicio. La luz solar entibió hasta los últimos recovecos de la caverna. Partieron los hombres a comer, y un inesperado fenómeno tuvo lugar en seguida, que sólo cabe atribuir a los designios secretos de la Providencia: los siete que dormían desde pronto harían dos centurias, despertaron. Despertaron conjuntamente, y también despertó Qitmir. La sorpresa nos embargó, tanto a los ángeles como al Escarabajo, porque asistimos, sin aviso previo, a lo que tenaces demonios, mal pese a sus empeños y a su astucia, no habían podido conseguir: al desadormecimiento de los Siete Durmientes. Un rayo de sol se deslizó sobre sus caras, abrieron los ojos, se sonrieron y se besaron las rosadas mejillas juveniles, sobre las cuales no había dejado ninguna huella el pesado transcurso de los años.

Me di cuenta en breve de que la rareza de ese despertar se manifestaba con la compañía de otra, y es que era evidente que los efesios habían sido privados del don sutil de continuar viendo a sus aéreos guardianes. Intuí, por el bisbiseo y por el cambio de actitud de estos últimos, que acababan de recibir una orden de Arriba, la cual les imponía que aceptasen con naturalidad el término de la santa dormición, ya que cuando los muchachos se levantaron y alegremente salieron y hablaron del hambre que sentían, los siguieron sin comentarios hasta el espacio frontero de la gruta, donde al principio se distribuían los arcos del croquet. Empezaron allí las confusiones, no sólo por la ausencia de los arcos, sino porque ocupaban su lugar un establo y el cerco de un aprisco. Comprendí entonces que los donceles vivían bajo la ilusión de que apenas había pasado una noche, desde que se entregaron al sueño en la caverna, y de que desconocían por completo la proporción de su prodigioso descanso dos veces secular. ¿Cómo iban a saberlo? Se observaban y se encontraban tan frescos como lo que creían haber sido apenas horas antes, y lo que los preocupaba primordialmente era la urgencia de llenar los vientres vacíos. Consultáronse, en pos de algún dinero, y no exhumaron más que una noble moneda de oro, que por azar conservaba Marciano. Tiraron a la suerte, para averiguar a quién le tocaría bajar a Éfeso a comprar pan, y en lámblico recayó esa tarea,

así que no nos quedó más remedio que encaminarnos a la ciudad de Artemisa, mientras que los seis restantes se bañaban, chapoteaban, jugueteaban, hermosísimos, botticellescos, y lavaban sus camisetas y calzoncillos en la cercana vertiente.

Nos descolgamos por las peñas y vericuetos del flanco del monte, con Qitmir. Seguíamos, invisible para lámblico, el ángel Amable, quien había adoptado unas maneras monjiles, hundidas ambas manos en las mangas flotantes de la túnica, y los labios sin cesar movidos por la oración. A medida que nos allegábamos a Éfeso y a su agora, advertimos señales extrañas, que contradecían los símbolos previos, porque cada casa ostentaba, pintada en la puerta o elevada en el frente, una cruz.

—Éstas son invenciones de nuestros padres para atraparnos —murmuró el joven—, mas no nos atraparán

Al atravesar el agora muy poblada, hacia la panadería, tapándose mi señor el rostro, oímos jurar por Cristo a un individuo de vozarrón tremendo que dominaba el centro de un grupo, lo que redobló el sobresalto de lámblico. Noté que Amable algo pretendía decirle, no lo lograba y se resignaba, suspirando, a reasumir su aire compungidamente piadoso. Entramos en el negocio del panadero, pidió lámblico una hogaza, y cuando pagó con la moneda de Marciano, se inició la barahúnda. El comerciante contempló el anverso y el reverso, deletreó la inscripción que rodeaba el perfil imperial y, aun sin ser un especialista en numismática, exclamó que aquello le resultaba harto antiguo, y preguntó de dónde la había sacado. Replicó el muchacho que sólo se trataba de una moneda acuñada con la efigie de Decio, el Emperador reinante. Replicóle el panadero que no mintiera, que él no sabía de ningún Decio, que de cualquier modo tal no era el Emperador, sino Teodosio II, y que además aquel besante de oro (al cual mordió) le parecía dudoso, en manos de un mocito vestido tan modesta y desabrigadamente. Quiso lámblico argüirle, pero en ese momento se metió en la tahona un viejo, suegro, por lo que se oyó del de la panadería, que al pronto terció en la disputa; mordió el metal con menos ahínco que el otro; lo arrimó a sus ojos miopes hasta rozarlo con las pestañas; declaró que Decio, Decius, había muerto hacía muchísimo tiempo y, apagando la entonación, avanzó la idea de que probablemente el rapaz había desenterrado un tesoro. En el mismo instante, mi color lo atrajo al anular de lámblico; me señaló el viejo con malsano júbilo a su boquiabierto yerno, y sostuvo que yo, una alhaja valiosa, confirmaba la noticia de la oculta riqueza imaginaria, y hasta forcejeó y pretendió arrancarme del dedo de mi amo, a pesar de los saltos y ladridos del airado Qitmir. Luego empeñó su palabra de que tanto el panadero como él se comprometían a guardar el silencio más absoluto y a ayudar a su querido visitante a encubrir su hallazgo, siempre que les permitiera compartirlo, pues de lo contrario se verían obligados a entregarlo a la autoridad. Por descontento, el honesto amasador de harina accedió con entusiasmo a la combinación, pero tropezó con las negativas del ex Durmiente, quien repetía que ése era su único capital, y con los amenazadores gruñidos del slughi. Furiosos, descartada la pingüe perspectiva de la complicidad, pusieron a lanzar denuestos el panadero y el anciano, lo que convocó un público curioso y numeroso, el cual, al entender de qué se trataba, y al ver relampaguear la moneda en manos del clueco aullante y el pan enorme que blandía su hijo político, les sumó su clamoreo, en tanto que las palabras «tesoro, tesoro, tesoro», rebotaban hacia las romanas arquitecturas del agora superior, su palestra, sus baños y su odeón, de donde acudió más y más gente alborozada, gritando desde lejos: —¡Tesoro, tesoro, tesoro!

Hallábanse en la plaza el Gobernador Antipaler y el Obispo Estéfano, quienes comprobando que todos los abandonaban y escapaban rumbo a la panadería, arremangaron las faldas de sus solemnes vestiduras y echaron a correr detrás, entre los plateados reflejos de las picas de la escolta. Entorpecía la entrada del negocio tal multitud, que tuvo la soldadesca que abrirles camino a lanzazos, de suerte que los jefes civil y religioso de Éfeso entraron en la casa en medio de ayes y empellones, para enfrentarse allí con el espectáculo ofrecido por lámblico, acusado de haber descubierto pilas de monedas y de joyas, y de rehusar su entrega; del tahonero y el viejo, berreando que a ellos les correspondía una parte, pues era suya la acusación; de Qitmir, cuyos ladridos hubo que acallar atándole un pañuelo en el hocico, y eso que los limitados

sentidos de Antipater y Estéfano no captaban los aleteos inquietantes, verdes y azules, de Amable, el encenderse y apagarse su aureola y el retorcerse de sus manos. Puso cierto orden en el tumulto la grave presencia del Gobernador y el Obispo, quienes carraspearon, se acomodaron los ropajes y alejaron a los más inmediatos, cuya ansiedad de averiguación coincidía con su olor pésimo. Simultáneamente, los ilustres recién llegados interrogaron a lámblico sobre el pretendido tesoro, y éste se encastilló en la negativa, al tiempo que indagaba en torno por alguna cara familiar y por alguien que diese fe de que él pertenecía a una de las estirpes más ricas y prestigiosas de la urbe, y su pasmo fue grande pues, como era lógico, no tropezó con ninguno.

A esta altura no le restó más solución que confesar que era hijo de Exacustodio, y rogar que llamasen a su padre, ya que él aclararía el asunto, y su estupefacción creció: así como él no conocía a nadie en su propia Éfeso embrujada, nadie conocía en Éfeso a su genitor, no obstante ser uno de sus ciudadanos más eminentes. Con mucha vergüenza, puntualizó que quizá podría estar en la Casa de los Placeres, y cuando le replicaron que no había tal casa, y él porfió, con aún mayor vergüenza, que se refería a la de la figura del Enano Priápieo puesta en la puerta, lo tildaron de chiflado y de lúbrico putaño. Tornó a suplicar que llamasen a su padre, y a mencionar al Enano y Pártenis, pero fue inútil. Estas extravagancias agravaron la incredulidad acerca de las afirmaciones de lámblico, y las autoridades dispusieron que lo condujeran a la cárcel, hasta que se aviniera a confesar. En consecuencia, mi amo tuvo que hacerlo, o sea referir la historia de los Siete Durmientes, que no era por cierto lo que se esperaba oír, pues en ella no se mencionaba nunca un tesoro, sino un galimatías de fantásticas imposibilidades. Cuando terminó su relato tartamudo, alzóse alrededor el alboroto de las burlas, y felizmente se sacudió el aturdido Amable, y se le ocurrió deslizar sus largos dedos sobre los ojos del Obispo quien, estimulado además por el fervor con que lámblico proclamaba su fe, torció al Cielo esos ojos excepcional mente bendecidos, y anunció con voz sonora que él iría a la caverna del monte Pion. Al instante el Gobernador, supongo que por no quedarse atrás tolerando que una iniciativa eclesiástica lo precediera, manifestó que haría otro tanto. Y así se organizó, a la luz de las antorchas puesto que declinaba la tarde, el hormigueo de la procesión ascendente, con los revoloteos de colibrí, de Amable, aguadísimo; con lámblico y Qitmir detrás; a continuación con Antipater y Estéfano, enmarcados como siempre por el brillo de las armas y de las dalmáticas, en la bruma de los incensarios, meciéndose el báculo y el tallado bastón, como dos mástiles; y por fin con el panadero, su pan, su suegro y cuantos se habían asomado a la tienda, atraídos por el cuento del inexistente tesoro. En la gruta estaban Maximiano, Marciano, Constantino, Dionisio, Serapio y Juan. Estaban muy despiertos y muy alarmados, lo mismo que sus ángeles. Le explicaron después a lámblico que se habían hallado al borde de huir, internándose en el monte, al divisar en lontananza la exuberante comitiva, pues imaginaron que Exacustodio y los generales venían a prenderlos, pero que Dionisio, el de mirada aguda, había reconocido a su amigo y lebrél entre quienes hacia ellos avanzaban, y que hubieran considerado una felonía y una impiedad abandonarlos y no sobrellevar igual destino. Con lágrimas y besos los acogieron en la cueva, y con dentelladas voraces infligidas al pan que en seguida arrebataron, ante la maravilla y aspaviento de los presentes. No bien recuperaron las voces, reprodujeron a coro las noticias que lámblico había dado con anterioridad a los de Éfeso, y al hacerlo, interrumpiéndose y sofocándose, ofrecieron testimonios de sinceridad tan vehemente, acumulando las alusiones a época de Decio y del Árabe, que el Obispo, conocedor de historia romana, se convenció de la exactitud de sus protestas, por estrafalarias que pareciesen, y dobló las rodillas exclamando:

—¡Milagro, milagro, milagro!

Menos habituado a la genuflexión ritual y más aquejado por el reuma, el Gobernador Antipater copió su posición, apoyándose en la vara de mando y en un favorito, y gritó a voz en cuello:

—¡Milagro, milagro, milagro!

El pueblo, a su vez, como antes había rugido «¡tesoro, tesoro, tesoro!» rugió:

—¡Milagro, milagro, milagro!

Y se tumbó de bruces, gozoso, para indignación del panadero y de su padre político, cuyas airadas protestas se silenciaron a codazos y pisotones, al par que los Siete Durmientes resplandecían, iluminados por la claridad que sobre ellos proyectaban, como precisos focos teatrales, las aureolas de sus respectivos ángeles indistinguibles, lo cual confirmó la calidad auténtica del portento. Estéfano, que con su dominio de la situación superaba al de Antipater, dado el carácter pío del asunto, prodigó las noticias y los éxtasis, informando a los felices jóvenes del triunfo del Cristianismo, y añadió que el milagro que ellos materializaban llenaría de júbilo a Teodosio quien, entristecido por la proliferación de herejes que negaban la resurrección universal de los cuerpos, vivía a la espera de un prodigio que la probase, como lo demostraba, a su entender, el hecho de que ellos hubieran renacido a la existencia, incorruptos, al cabo de doscientos años. Y aunque el argumento era discutible, porque una cosa es morir y dormir es otra, ahí mismo declaró, frente al Gobernador amoscado y disminuido, que él iría a buscar al Emperador al Palacio Sacro de Constantinopla, para que con sus propios ojos y orejas certificara la esencia prenatal y mirífica del episodio. Con esto se retiraron todos, dejando en la cueva a los muchachos, los que, cortésmente, declinaron los ofrecimientos que les extendieron los próceres de Éfeso, en el sentido de que compartieran sus residencias, lo cual hacían los invitantes por amor religioso y también (¿a qué disimularlo?) por cierto evidente snobismo, dado que los siete constituían las principales atracciones del momento, en esa ciudad de provincia; pero los mancebos destacaron que se habían acostumbrado a dormir ahí y que no lo lograrían en otra parte.

Persistimos solos, pues, en la hogareña espelunca. Hasta tarde, esa noche, descifraron sus moradores el misterio indescifrable de la pasión humana, aplicada a la controversia teológica, que primero los condenó y los exaltó después, que primero los llamó maricas y sectarios, y después los llamó santos y vírgenes, con similar desaforado ímpetu, y terminaron por conciliar el sueño, actividad que tan consumadamente practicaban, envueltos, como por una guirnalda danzarina, por la ronda musical de los ángeles que cantaban sotto voce, y a quienes no veían ya. Un mes más tarde, estaban en pleno partido de croquet cuando otearon, en la lejanía, el séquito imperial que viajaba a su encuentro, así que quitaron los arcos, para que no se repitiera el desagradable accidente de Exacustodio, se peinaron y lavaron los dientes, y se aprontaron a recibir a Teodosio II. Éste abandonó la litera a veinte metros de nosotros, por respeto, y desde allí continuó a pie, seguido por una nube de sacerdotes, de legistas, de patricios, de eunucos y de palaciegos y, a buen seguro, por Estéfano y Antipater, que reñían por situarse a la cabeza de la columna; por Adolio, propietario del breñoso lugar, que andaría conjeturando los pros y los contras de su venta; y por una multitud de efesios y de efesias, las últimas de las cuales comparaban sus tocados con los de las damas de la corte, y probablemente imaginaban las modificaciones que tendrían que introducir en los propios, para estar a la moda bizantina. Invadieron la caverna y, precedidos por el Basileus de fúlgida corona, se arrodillaron delante de los donceles resplandecientes y ruborosos, cuya hermosura era tal que muchas damas y no menos señores, perdieron las cabezas para siempre y no pudieron dedicar sus pensamientos enamorados a nadie más. Entonces vi que el Emperador, que en breve cumplió cincuenta años, tenía el cabello descolorido de ¡os que han sido muy rubios, y se me impuso en la memoria la comparación de sus negros ojos indecisos y de la flojedad que emanaba de su elegante figura, con mi recuerdo de César y del irónico desdén acerado de sus ojos verdes, la mañana del crimen, cuando no obstante el quebranto de su físico enfermo, comunicaba aún una fuerza pavorosa. El Destino se había equivocado, al organizar la suerte de este príncipe débil, culto y prolijo, coleccionista de manuscritos y de bibliotecas, que gustaba del diálogo literario, y poseía una educación tan admirable, tan ajustada a su timidez y a sus afecciones eruditas, que en realidad nunca debió de ser un Basileus de Bizancio de la quinta centuria, a quien atormentaban la presencia de los bárbaros frente a Constantinopla, y las polémicas sangrientas sobre la esencia de Cristo, sino un caballero del siglo XX, ilustrado y bien vestido, un noble comensal de Mrs. Vanbruck y de Maggie Brompton, capaz de hablar de arte, de religión, de política y de mundanas murmuraciones. Pero como el Destino había dispuesto, caprichosamente, su fatalidad de

sucesor de Constantino el Grande, estaba ahora en la cueva de los Siete Durmientes, donde se acomodó en un cojín que sobre una piedra le colocaron, mientras que el resto continuaba de hinojos.

Puesto que no podía evitar ser el Emperador, agradeció a los jóvenes su milagro, en nombre del Imperio y, obligado a ello por su oficio y por las actuales desazones con él vinculados, los sometió a un interrogatorio relativo a la ciencia de Dios y de sus atributos. Los pobrecitos nada sabían de tales cosas. Teodosio estaba habituado, por su trato constante con monjes calígrafos y con profesores de la Universidad de Constantinopla, al desmenuzamiento de esos temas peliagudos, causa de heterodoxias y de concilios, de destierros y de revoluciones, así que con la mayor naturalidad, por ser un asunto que en su entorno se examinaba continuamente, les preguntó si a su juicio existía una independencia absoluta de la naturaleza humana de Cristo, tanto antes como después de su unión con su naturaleza divina, o si existía una preponderancia de la divina sobre la humana, hasta el punto de terminar por absorberla, de lo que cabe deducir que la sustancia de Cristo es divina solamente. Los muchachos lo escucharon sin entender ni una jota del arduo problema, se observaron entre sí y, como de común acuerdo, elevaron las diestras saludadoras, a semejanza del San Gabriel de la Galería de los Uffizzi, y se redujeron a un tiempo a siete montoncitos de ceniza: fue cuanto subsistió de los cuerpos armoniosos de lámblico, Maximiano, Marciano, Constantino, Dionisio, Serapio y Juan que a los doscientos años sólo representaban dieciséis: siete montoncitos de aromática ceniza y algunas migas de la hogaza del panadero.

—¡Milagro, milagro! —clamaron la corte, los efesios y sobre todo Adolio, dueño de la caverna y de sus alrededores.

El Emperador Teodorio se hincó sobre las pedrerías de su túnica, y los siete Angeles de la Guarda emprendieron vuelo, raudos: cada uno transportaba lo que parecía ser una pequeña lámpara encendida, y yo inferí que eran las almas de mis siete queridos dormilones (me alegró notar que Amable, que llevaba la lámpara de lámblico, también llevaba la de Qitmir).

Entonces el Basileus besó el suelo; irguió su mediana estatura en el exceso de su lujo y más que nunca se hubiera dicho que había sido confeccionado con mosaicos aéreos y multicolores:

—¡Milagro, milagro! —proclamó—. ¡He ahí el tesoro! Traed siete vasos de alabastro y poned en ellos las bienaventuradas cenizas. Recoged las reliquias restantes, para las cuales mandaré laborar un arca cubierta con las gemas más ricas del Palacio Sacro. Hoy, 27 de julio, nos proponemos obtener que la Iglesia celebre la festividad de los Siete Durmientes de Éfeso.

Las reliquias consistían en los cabellos, los calzoncillos, las camisetas, las sandalias y en mí mismo, que descollaba sin duda como lo más importante. Sin embargo, cuando le fueron presentando al soberano, uno a uno, aquellos santos residuos, entre los cuales con sobrado derecho yo me incluía, Teodosio, que posó sus labios reverentes en las sucesivas prendas, al tocarme el turno me repelió.

—¿Qué es esto? —dijo, inspeccionándome—. ¿De dónde proviene?

—Es una sortija —le aclaró el Gobernador Antípater—, que uno de los mártires lucía en el dedo.

—Imposible —dictaminó Teodosio, moviendo las manos deslumbrantes de sellos y de camafeos—, los mártires no usan sortijas. Y mirad: es un escarabajo, y para peor, egipcio. Un amuleto del Demonio...

Pero, ¿qué se había creído el desgraciado, por muy Emperador de Bizancio que fuese? ¡Referirse a mí así, lo mismo que el ermitaño incompetente del Tíber! ¡Ah, qué rabia contra la mordaza congénita que me impide hablar!

Él, entretanto, seguía dándome vueltas y asestando unos ojos de loco a la inscripción que en mi reverso identifica la magnificencia de mi origen. El Obispo Estéfano se adelantó e, inclinándose al regio oído con demasiada familiaridad, susurró:

—Para estos casos existe el agua bendita.

Ipso facto mandó colmar una vasija de agua; trazó sobre ella la señal de la cruz, y luego,

sin más trámites, me sumergió en el líquido. Ignoro si se debió a mi correcta cólera, o a que no era la primera oportunidad en que me agradaban con ese género de inmersión, pero lo cierto es que no experimenté las hondas sensaciones espirituales que me sobrecogieron la vez inicial. No acudieron los santos Eloy, y Luis, ni Ptah, ni Hathor. No acudió nadie. La culpa debió de ser de mi cólera y del estado de ánimo menos propicio para la celeste mojadura o, por proceder con justicia, los culpables fueron Teodosio II, su calumnia y su insolencia. ¡Un amuleto del Demonio! ¡Bah!, ¿qué sabía él de demonios, del unicornio Amduscias, del mirlo Cayn, de Succor Benoth, jefe de eunucos, del auriga del carro del fuego?

—¿Qué haremos con este engendro de hechicería? —insistió la lengua de víbora estúpida de Teodosio—. Aquí erigiré un templo, al que los peregrinos viajarán a rezar sobre los sepulcros de los Durmientes y a venerar sus reliquias, y me resisto a encerrar entre ellas a un feo escarabajo.

¡Feo! ¡Lo que faltaba! ¡Feo yo, el preferido de la Reina, el regalo de Ramsés, el Escarabajo de lapiulázuli de Afganistán, tallado en Tebas! ¡Vaya Emperador! ¡Con razón no hay nada más destacable que el mal gusto bizantino!

Vacilaba el monarca pusilánime, sosteniéndome con asco entre su pulgar y su índice, como con una pinza, cuando aconteció algo que brindó una solución inesperada a su dificultad grotesca. De las filas populares que contemplaban la escena desde el exterior de la gruta, un hombre se metió entre los guardias y los chambelanes, empujando hasta el Protonotario y el Protostrator (que era el gran escudero y no cabía en sí de tremendo orgullo), para arrojarle a las plantas del príncipe. Una ojeada bastaba para saber que era un individuo inferior, un burdo y modesto campesino, y ya se precipitaban los servidores inmediatos para prenderlo, en momentos en que se oyó la voz chillona y la queja del intruso:

—¡Socorro, Señor! ¡Socorro, oh Autócrata, oh Déspota!

Esas designaciones hoy hubieran sido consideradas insultantes; en aquella época constituían dos de los títulos del Basileus de Constantinopla. He ahí una síntesis de la Historia del Mundo: lo que hoy tiene una significación, ayer tuvo la opuesta; ambas han causado ejecuciones, degüellos y demás destemplanzas.

Detuvo el Augusto, con eclesiástico ademán, a los ansiosos por acabar con el que se atrevía a interrumpir el curso de la ceremonia, y le ordenó que hablara. El hombre, sin separar su boca del suelo, lo cual dificultaba la comprensión de sus frases, torpes de por sí, dijo que en su familia labradora, a lo largo de generaciones y generaciones, se transmitía la tradición del santo antepasado dormido, o sea que uno de los siete a quienes redujera a polvo Teodosio II con su rompecabezas teológico, resultaba concluyentemente su retatarabuelo, y que por ende solicitaba su herencia, si la había.

El gran escudero, el Protostrator, descendió de la cima de su soberbia, con mucho ruido a collares, para responderle que su pretensión era extravagante y osada, considerados el tiempo transcurrido y la falta de modos de verificar sus asertos, y lo conminó a que se retirase de inmediato, a menos que prefiriese que los guardias lo echasen de allí, pero el Augusto volvió a detener el procedimiento. Permaneció meditabundo, titubeante, un buen espacio. Alrededor, callaban el pueblo y la comitiva. Por fin demandó el Basileus:

—¿Cómo te llamas? —Exacustodio, ¡oh bondadoso Déspota!

La coincidencia del nombre con el del padre de lámblico, me turbó: ¿sería sincero el campesino? No me fue dado consagrar más tiempo al dilema, porque de nuevo se oyó a Teodosio:

—Exacustodio, una voz interior me asegura que dices la verdad. La herencia de los siete mártires son sus cenizas y unos restos mínimos, que pertenecen a la Iglesia. Pienso, sin embargo, que de esta sortija puedo disponer. Fue de uno de ellos, se desconoce de cuál. Te la confío. Cuídala. Es tuya.

Me tomó el gañán, radiante, como Pártenis me tomó de manos del otro Exacustodio; como lámblico me tomó de manos de Pártenis. De esa manera, el Emperador, cuyo calzado besó el labriego, prescindió de mí, y eliminó al feo escarabajo diabólico que lo incomodaba, fingiendo que ponía en ejecución un acto de espléndida generosidad. ¡Ah Teodosio II, hijo de mala madre! Y en torno subía el exagerado cántico de alabanzas y de

adulaciones:

—¡Oh, derroche! ¡Oh largueza! ¡Oh munificencia!

Fue así como pasé por segunda vez, a poder de un Exacustodio, y nunca, nunca, supe si me había conseguido gracias a su sangre o gracias a su astucia. Con él dejé la cueva de los bellos Siete Durmientes y de los siete ángeles hermosos. ¡Ay, divina Nefertari, cuánto hubiera necesitado llorar!

6. EL OLIFANTE

Durante trescientos años pertenezco a seis generaciones más del segundo Exacustodio, incluyendo la última, que no fue de su sangre pero que con ella estuvo vinculada. Sucesivamente, Exacustodio, su hijo y su nieto mayores, me conservaron en su propiedad de Nysa, en el territorio lidio, no lejos de Éfeso, donde los olivos polvorientos dormían bajo el sol con tanto empeño como mi querido lámblico dentro de la gruta. Mis dos primeros amos, en esta nueva etapa, criaban cerdos y algunas cabras y ovejas; juntaban las aceitunas; las mujeres hilaban en silencio; noche a noche, el jefe se tumbaba a digerir la borrachera. El olor a vino rancio, a guardada comida, a estiércol, a sudor y otras emanaciones, es inolvidable. Yo fui objeto de un culto especial, en medio de la habitación única que convocaba a una familia numerosa. Estaba siempre situado en la repisa triangular que, en un ángulo, sostenía una pequeña lámpara, encendida bajo la imagen de la Virgen, pintada sobre madera. Y si nadie me robó, hallándome tan expuesto, supongo que ello se debió al intenso fervor supersticioso que me rodeaba. Por lo demás, allá se sustituían, a lo largo del tiempo, las idénticas hilanderas piadosas, que de tanto en tanto elevaban, hacia la Virgen y hacia mí, sus miradas alertas. Acaso Exacustodio inventara la leyenda de que yo había sido de un antepasado Durmiente, pese a la irreprochable castidad de esos pobres niños ingenuos, pero lo cierto es que desde que fui del campesino, en su rústico predio se afirmó la tradición que me hacía depositario de no sé qué transmitidas virtudes ancestrales. A tanto alcanzó la devoción que nos unió, desigual y sorprendentemente, a la Virgen y al Escarabajo, en el rincón de las oraciones, que la ambiciosa mujer del nieto de Exacustodio pretendió haber oído decir que yo había tenido por dueña a la propia Virgen María, la cual, como los de Éfeso sostienen, quizá moró en esa zona, del lado del bosque de Ortyga, en una casa que fotografían los visitantes. Pero la versión de la nieta política no prosperó: provenir de la Virgen era demasiado; bastante se lucían con el Durmiente. Fui, pues, el talismán de la gente de Exacustodio. Cada vez que un miembro de la familia moría, me colocaban en uno de sus dedos, y antes de darle sepultura, me devolvían a la repisa y a la lámpara que, agitándose, jugaba con mis distintos azules. Confieso que esos fúnebres traslados a las manos cruzadas de los beodos labriegos y de las manipuladoras de hebras, me ponían muy nervioso.

Mis herederos se fueron enriqueciendo, como consecuencia de la habilidad en las transacciones y de la falta de escrúpulos en el manejo de los bienes propios y de los ajenos. Un siglo después de que los dormilones volaron a la Eternidad y de que Teodosio II me entregó al pedigüeño de esta estirpe, en lugar de una lamparilla de barro, tres lámparas de plata ardían frente a la Virgen y frente a mí. No necesito volver a describirme; no había cambiado; continuaba siendo el espléndido Escarabajo de la Reina Nefertari, transferido por las circunstancias a ambientes menos dignos de su condición. La imagen de la Virgen sorprendía a los huéspedes por su espantosa deformidad, pero era obvio que lo disimulaban, probablemente por temor a represalias milagrosas. Ignoro quién y cuándo la había concebido; el autor no sobresalía ni por su gusto ni por su dominio del pincel. Seguramente lo hubiera atraído al bizantino Teodosio, que me encontraba feo. Bizca y tiesa, contemplaba al linaje de Exacustodio desde la presunta majestad de su manto bermejo y de su corona amarilla, descascarándose. La multiplicación de las lámparas no conseguía añadirle distinción. Puesto a sus pies, yo me

ocupaba de brillar como una gran luciérnaga, consciente de que la familia prefería atribuir su adelanto a mis herméticas facultades, y no imputarlo a su insensibilidad, a su avaricia o a su sofocación de cualquier remordimiento mercantil.

La ambiciosa que casó con el nieto de Exacustodio produjo sólo una hija, obedeciendo a la ley que impone que las familias, a medida que progresan en la escala mundana, reduzcan el número de sus vástagos. Por desgracia, algo rara le salió, a culpa del bocio, la pelagra y la tartamudez. Como era rica, los padres esperaban que surgiera algún pretendiente, y nos suplicaban que lo hallásemos, a la Virgen y a mí. Por fin, cuando la doncella se despedía de los treinta y cinco años, apareció uno, raro también. Debía contar diez años menos; era bajo, escuálido, bizqueaba como nuestra imagen y se presentó una mañana, tan cubierto el rostro de ásperos pelos sucios, que resultaba difícil pronunciarse sobre la existencia y el mérito exactos de su boca y de su nariz. Tampoco fue holgado clasificarlo socialmente, porque si bien su traza, desgarrada y hambrienta, sugería al pordiosero, su proclamada calidad de pintor lo desubicaba entre los labriegos, desconcertados y codiciosos.

Declaró llamarse Nicéforo y haber aprendido su profesión desde la infancia, en un monasterio de los alrededores de Constantinopla. Luego abundó en detalles acerca de su vida en esa ilustre ciudad, y si engañó con sus embustes y exageraciones a los palurdos provincianos, al Escarabajo no lo engañó, pues yo rebosaba, ya entonces, de peregrinante experiencia. Los deslumbró contándoles maravillas de la Corte y, de paso, de su propia personalidad; de Teodora, la Emperatriz venida del circo y de la prostitución, muerta hacía tres años y todavía, en el último lustro, fascinante; de Justiniano, el Basileus, de cómo, estimulados por él, llegaban a Bizancio los productos de China, de la India y de Persia, sedas, sahumerios, piedras preciosas, especias ardientes y perfumadas; de que los emperadores le encargaban que pintase esto y aquello; Nicéforo se emplazó a sí mismo en medio de esos tesoros exóticos, pintando a la cera, a la encáustica, cubriendo muros con frescos o iluminando manuscritos; hasta que variaron las cosas, por celos de los propios monjes que lo habían enseñado y guiado; las órdenes imperiales dejaron de tomarlo en cuenta; las comisiones religiosas prefirieron la técnica del mosaico, que él juzgaba inferior y no poseía; la fortuna se apartó, abandonándolo; lo persiguieron con humillaciones insoportables y no cejó, puesto que era un artista, y un artista tiene una misión que cumplir; dejó atrás las murallas de la falaz Bizancio y salió en pos de la fugitiva suerte; anduvo... anduvo... conoció ciudades y pueblos... estaba muy cansado...

Las habitaciones que, de acuerdo con la evolución familiar, habían acrecentado su número, prestaron eco a las palabras del peludísimo y mugriento orador, y pareció que ganaban magnificencia, por contagio de tanto lujo y de tanta orgullosa desventura. Algunas vecinas se habían puesto a la ventana y escuchaban, boquiabiertas. De repente, Nicéforo advirtió en el ángulo, encima de mí, la mal encarada imagen. Se le plantó delante; y sin que ninguno de los presentes acertase a reaccionar, con la uña del índice derecho, negra y larga, raspó la faz que, a medias saltada y resquebrajada, cedió bajo su raedura y se borró, dejando al descubierto la plancha de madera tosca. Sólo en ese momento, perpetrada la destrucción, levantóse la unánime grito horrorizada de parientes y comadres; pero el puercoespín continuó impertérrito su tarea, indiferente a la algarabía. Del atado que de su hombro colgaba, extrajo pincel y colores, y en quince minutos, donde previamente se torcía una estrábica faz descompuesta, fuese formando un semblante que no sería notable, ni siquiera bonito, pero que comparado con el precursor, movía al agradecimiento, porque como fruto de su intervención no quedó allí más bizco que Nicéforo. La Tartamuda se emocionó hasta tal punto que arrancó la tabla de manos del pintor y la abrazó amorosamente, con el efecto de quedar embadurnada y de exigirle a la imagen más retoques. Canturrearon en torno las asombradas preces, cuantío la embellecida Nuestra Señora regresó a su rincón, y todos se arrodillaron, rogándole a la nueva Virgen que los protegiera. Por supuesto, a mí me había convenido el trabajo remozador del Nicéforo, pues reconozco que la preexistente figura me espantaba, pero presentí que a partir de ese momento la calma concluía y, ante la duda

de qué podía acontecer, me puse a añorar a la madonna bizca y tranquilizante.

A los padres de la Tartamuda los subyugó el recién venido, y la Tartamuda dio muestras, con traqueteos de palabras, de interesarse por un personaje que no coincidía con ninguno de los asentados en la región, así que los Exacustodios, en testimonio de su gratitud por la mejoría de la Gloriosa, resolvieron brindarle su hospitalidad, que el caminante aceptó en el acto. El alojamiento distaba de adecuarse a alguien jactancioso de sus relaciones palaciegas; Nicéforo se instaló precariamente en el depósito de las aceitunas, encima del establo, y fue agraciado con las bondades de un fundamental baño prolijo, del que gozó en la cuba empleada, de tarde en tarde, con ese objeto, cuando no de bebedero para las bestias. Al cabo del lavado y fregado, los amos dinerosos, convertidos en peluqueros, esquilaron al de Constantinopla, y extremaron su cortesía hasta cercenarle las uñas. Mucho ganó Nicéforo con las ventajas de la higiene y de la alimentación regular, y si a ello se suma que no bien repuesto reiterase los testimonios de su maña pintorreadora, se comprenderá que para los campesinos de Nysa, huérfanos de distracciones, su presencia participase de lo mágico. Se entregó a fabricar San Jorge y San Demetrios, ambos ecuestres, rígidos y reconocibles, porque invariablemente el caballo de San Jorge era blanco, y rojo el de San Demetrio. Ofrecía baratos los iconos y había compradores, así que en el contorno cundió la fe suscitada por ambos cabalgantes, y Nicéforo, al crecer en la consideración general, fue promovido del establo a una de las habitaciones de la casa.

Yo, como ya manifesté, no participaba del entusiasmo que provocaba su verba, y me había curado del que al comienzo pudo despertar en mí la cirugía estética de la Madonna. No me gustaban ni el bizco ni las atenciones, más que sospechosas, que tributaba a la Tartamuda de bocio y pelagra. Se casaron seis meses después; su hechizo operaba a la sazón sobre sus suegros con tanta energía, que al comunicar éstos la noticia a sus parientes lo titularon «Pintor Imperial».

Debo convenir en que, como marido, Nicéforo hizo lo que pudo y aún más de lo que de su eficacia se esperó, teniendo en cuenta las características de la cónyuge: le proveyó a su nada atrayente mujer de dos hijas, Zoe y Eudoxia. Sus padres políticos fallecieron pronto, en forma inexplicable, y malintencionados cuya opinión yo acaso compartí cuando de acuerdo con la tradición me colocaron en los dedos muertos de Eudoxio III y señora, atribuyeron el rápido final a manejos del pintor, que andaba siempre triturando hierbas y mezclando dudosos polvillos para obtener colores, aunque nada irregular se probó, y los santos Jorge y Demetrio continuaron su rojiblanco fluir, mientras la granja decaía. Tanto se desentendió el bizco de ella que terminó vendiéndola y desapareciendo. Se fue cuatro años después de su llegada, como había venido, pero ahora limpio, rasurado y transportando el producto de la venta y los ahorros que la codicia de los anteriores Exacustodios apilara en secreto, por lo cual sólo quedó en poder de la desconsolada Tartamuda, la vieja casa, conmigo en el rincón de la Virgen. Favor divino, posiblemente por intercesión de esta última, fue que la del bocio, Zoe y Eudoxia no pudiesen de hambre. Sobrevivieron, la primera quejándose de continuo, en su entrecortado trabalenguas, por la ausencia del esposo pillastre, a quien, en vez de tachar de sinvergüenza y ladrón, que es lo que correspondía justicieramente, alababa como si con él hubiese perdido la suma del refinamiento, la bondad y la belleza, en tanto que la mayor de las niñas, Zoe, en breve comenzó a acumular muestras de una anomalía que dejaba atrás y a gran distancia las maternas singularidades.

Consistió dicha irregularidad en que, a medida que transcurría el tiempo, Zoe engordó más y más, hasta alcanzar proporciones monstruosas, y el fenómeno se complicó por el hecho de que en su casa la comida no abundase, antes bien faltaba a menudo. De la pasada opulencia conservaban una vaca y dos cabras, amén del huso a cuyo empleo se aplicó la Tartamuda; a mí no me liquidaron por obra y gracia de la bendita superstición; y así se sucedieron las estaciones, con Zoe engrosando año a año, Eudoxia enflaqueciendo, y la Tartamuda añorando al pintor velludo que vaya uno a saber por qué andurriales iba, hasta que las niñas alcanzaron lo que suele designarse como «edad de merecer». Nada mereció la segunda, y lo que la gorda gordísima mereció más valía que no lo mereciera.

Aconteció que sobre la zona de Nysa, en la posesión romana de Lidia, avanzó una larga caravana que atravesaba el Asia Menor. Integrábala una fila ondulante de carromatos, caballos y mulos, en lo alto de los cuales viajaba un racimo de hombres, mujeres y niños, negruzcos y gárrulos, vestidos con ropas vistosas. Hablaban una jerigonza incomprensible, apenas aclarada por la elocuencia de los ademanes. Algunas personas contaron que procedían de muy lejos, de la India; según el obispo de Éfeso, antes de que naciera Abraham ya se habían establecido los suyos en Caldea; y sostenían otros que los ambulantes nombraban por antecesor a una pareja que se salvó de las aguas, cuando el Mar Rojo sepultó al ejército faraónico, pero sobre esto hay bastante que argüir, porque el faraón de esa historia fue mi Ramsés II, y a él no le pasó ningún accidente acuático similar, que yo recuerde. Lo cierto es que los «chinganiés» o cingaros, que de esa manera decían a los de la caravana, si no los llamaban indignándose «egipcianos», surgieron en Nysa ofreciendo forjar metales y la compraventa de gemas versicolores y de caballos. Hacían toda suerte de acrobacias; caminaban peligrosamente sobre estiradas cuerdas que tendían de un árbol a otro; sembraban las volteretas, las cabriolas y los juegos de manos; se ponían de pie sobre los lomos de sus caballos negros a escape; exhibían unos monos piojosos y unos enanitos que ensayaban contorsiones obscenas dentro de una jaula, y también una mujer con dos cabezas, pero al ir a espiarla Eudoxia, que contaba ya diecisiete años, regresó con el comentario de que evidentemente una de las dos era falsa, y de que, por si los ingenuos no se percataban de la mixtificación, habíanla ajustado tan mal que rodó al suelo, para pavor del público, durante el espectáculo.

Los cingaros que no paraban de reír, mostraron unos dientes blanquísimos en la oscuridad de los rostros; sacudían los aros de plata que les colgaban de las orejas, o de súbito permanecían trágicamente desdeñosos y serios; armaron su campamento cerca de nuestra casa; en seguida las mujeres asomaron a nuestras ventanas, con harto ruido de collares y de ajorcas, y los hombres lo hicieron a su lado, hurgando el contorno con el mirar. Presto cundió la noticia de que su habilidad manual se concretaba asimismo en la destreza con que la aplicaban al robo. Robaban dinero, alhajas, ropa, gallinas, pollos, cabritos.

En casa nada había que robar, pues el pintor de Constantinopla, al abandonarnos, hizo acopio de cuanto juzgó de interés, aun de las lámparas de la Madonna, pero algo, sin embargo, descubrieron que atrajo su prolija atención, puesto que nos añadieron a Zoe y a mí sus bienes mal habidos, y con ellos nos alejamos para siempre de la tierra de los Excustodios. Partieron los gitanos, llevándonos, en mitad de la noche, tras de haber bailado, cantado, brincado, rapiñado y estafado; partieron con nosotros, como si se esfumasen.

Zoe, a los diecinueve años, era inmensa. Desconozco el orgánico motivo de su grotesca desproporción, pero estuvo seguramente vinculado con las glándulas, y si en aquella época escapaba al saber de los médicos, ahora el diagnóstico sería simple. Era, repito, inmensa. Sus ojillos se hundían en la grasa del rostro, igual que su boca, reducida a un mínimo redondel entre la hinchazón de los mofletes y el abultamiento de la papada. Sobrábale carne doquiera; en los hombros gibosos, en la trémula masa de piernas y brazos, en la panza y pechos enormes, en los jamones de las nalgas nutridas. En consecuencia le costaba moverse sin el socorro de extraños, y sus días se deslizaban en general echada sobre unos cojines, resoplando y haciéndose aire hasta durante el frío invernal. La amplitud de su cerebro estaba en relación inversa al volumen de su cuerpo: verdaderamente Zoe resultaba más rara todavía que su madre, no sólo por la cantidad de carne que aglomeraba sino por la falta aparente de la más miserable luz. de inteligencia.

La llegada de los cingaros a Nysa, coincidió con el apogeo de los meses tremendamente cálidos del año. Zoe los vivía acomodada bajo un alerillo, junto a la puerta de su casa, y los gitanos, maravillados por su excepcional obesidad, que apenas recubría una túnica ligera, solían detenerse, de camino, y distraerla con sus escamoteos y chanzas. Uno de ellos había que se hacía entender con más arte que los demás, y yo, desde mi rincón,

estando ausentes la Tartamuda y Eudoxia, que recorrían fatigosas distancias en los alrededores, dedicadas a proponer la compra de sus hilados, fui testigo de cómo sedujo el picaro la mente infantil de la joven, con el relato fantástico de la existencia que gozaban él y sus hermanos vagabundos, al cruzar el mundo entero en los carros alegres y musicales. Entretanto, sus compinches sondeaban el interior de la morada, aguzaban la ávida vista y la posaban especialmente en mí. Insensiblemente, los monólogos a medias escuchados del fornido truhán, un tal Yerko de pómulos sombreados por el azul de las pestañas, me hicieron recordar la parla encantadora del pintor, en tiempos en que hechizaba a la Tartamuda. Repetíase, en la segunda generación, la trampa aleve, pero no entendía yo qué podía buscar el gitano en esa oportunidad, ya que Zoe ni dinero tenía ni esperanzas de heredarlo. Tampoco lo presentí la noche en que los cingaros partieron. Dormían la madre y su hija menor, cansadas de la caminata, a la hora en que Yerko y dos cómplices se colaron en la casa, afelpados, silenciosos como gatos, rumbearon hasta donde los aguardaba la agitada Zoe, de lo que inferí que era menos tonta de lo que parecía, y con su preciosa y monumental carga salieron, como si acarreasen un pesado mueble, lográndolo sin derribar un objeto, sin que se les escurriera de los brazos, sin provocar un ruido, lo que yo hubiera jurado que era inverosímil, pero todavía ignoraba la habilidad sutil de esa gente, y atrapándome de paso a mí, que ni de un segundo dispuse para darle mi adiós a la Santa Virgen restaurada.

Al punto empezó nuestra marcha hacia el centro de Europa. Detestaban los «chinganiés» los viajes marítimos, por lo cual lo que anduvimos se hizo sobre la sólida tierra, fuera de la corta travesía del Bosforo. En Grecia entramos por Macedonia y proseguimos adelante, costearo el Adriático. Componían la caravana tres carromatos y un carro que conducía plegadas tiendas y el revoltijo piramidal de mil absurdos enseres. Fue menester adquirir un cuarto vehículo para albergar a Zoe, lo que no se consiguió sin frenéticas disputas de la tribu. Por fin en él la ubicaron, le uncieron una yunta de bueyes, y así se completó el grupo trashumante, que rodeaba una nube de chillidos y de perros, y que alborotaba las aldeas, instalándose aquí y allá, en el indeciso itinerario, a fin de renovar las ofertas comerciales de piedras coloridas, de caballos, de asnos y de forjas; la exposición de monos y de enanos; y los gimnásticos saltos de la volatinería. La novedad lineó en que ahora, a esas atracciones y a las de predecir el futuro y curar hechizos se adicionó la presentación triunfal de Zoe, en su propio carro, al que habían acondicionado de suerte que se le quitaba una de las armazones laterales, con el propósito de mostrar a la muchacha en la plenitud de su esplendor, derramada en un diván oriental, entre burdos ornatos de fantasía chinesca y árabe. Estaba casi desnuda, con unos collares de bolas policromas y un faldellín escarlata y áureo por único vestido, y al principio no hizo más que llorar y llorar, no obstante los halagos de Yerko, que le prodigaba dulces y caricias, y no obstante la paralela admiración y el asombro de las distintas poblaciones medio famélicas que frente a ella desfilaban chupándose los dientes, y que no se decidían a creer que existiese tañía carne reunida en una sola mujer, al extremo de que hubiera que alejarlos a empujones y gritos, para que no sucumbieran a la tentación de tocarla.

Agotó Yerko los recursos tendientes a aplacar el llanto paquidérmico que los viejos de la familia consideraban de mal agüero, y que el público podía imputar a los tratos crueles que se infligían a la colosal esclava, lo cual no era cierto, pues devoraba como un león, y en los momentos en que no lloraba dormía plácidamente, hasta que el gitano se acordó de mí, que yacía en el fondo de un cofre entre un montón de hurtadas preseas; me hizo girar y brillar delante de Zoe; me puso en la punta de su gordo meñique izquierdo, y resultó el remedio insustituible, ya que ipso facto cesaron los sollozos, hipos y gimoteos, a los que reemplazó una sonrisa extraviada en el semblante orondo y redondo, y la hija de la Tartamuda me besó amorosamente. Desde entonces no me separé de ella. Luego de exhibir los libertinajes modestos de los monos y de los enanos, y de que los equilibristas habían realizado sus piruetas sobre las cabezas de los concurrentes, eran guiados éstos al carro de Zoe, donde se les serviría el plato fuerte de la función. Yerko se arremangaba y descubría en ambos brazos sendas esfinges azules, que simulaban ser tatuajes y que él mismo repintaba semanalmente; a continuación descorría el pobre cortinaje abigarrado, y en el teatrillo se manifestaba la pompa opulenta de Zoe. Con una

caña teñida de rojo, el cingaro iniciaba su explicación indicándome a mí y refiriendo (sin imaginar que enunciaba una verdad que los arqueólogos descubrirían muchos siglos más tarde) que yo, el soberbio Escarabajo de lapislázuli, había pertenecido a una Reina de Egipto, que Zoe era su ilustre y legítima descendiente (¡ah desventurada, ofendida Nefertari), y que si alguien se hallaba en condiciones de afirmarlo era él, Yerko, por su noble jerarquía de Duque del Pequeño Egipto. Esto último, que repetía en lenguas diferentes, fanfarronamente chapurreadas, y que yo conocía de memoria, me enfurecía cada vez, y sólo conseguían aplacarme el entusiasmo y aspaviento que me consagraban los auditorios campesinos o ciudadanos, al tiempo que la caña roja se desplazaba de los pechos de Zoe a su barriga y a sus muslos, seguida por torrentes de palabras elogiosas. Los que nos contemplaban absortos, en medio de los cuales habría docenas de hambrientos, barruntaban de fijo que sólo una diosa era susceptible de alcanzar ese Cielo, ese Olimpo de alimenticia perfección, y murmuraban por lo bajo confusas oraciones, solicitándole ayudas y formulándole promesas. Si bien Yerko no permitía que siquiera la rozasen, y en ocasiones su caña se abatió sobre dedos demasiado atrevidos, en cambio, terminado el despliegue rollizo de la gigante, que Zoe enriquecía con lánguidos y despaciosos meneos soñolientos, el gitano brindaba a los interesados la posibilidad de adquirir reliquias de la princesa Zoe de Egipto (así la llamaba), consistentes en fragmentos de su pretensa túnica, asegurando que no se han aderezado talismanes más eficaces para facilitar la buena suerte, y la gente alborozada los compraba, los besaba y hacía la señal de la cruz. Zoe resultó, pues, un excelente negocio, y ganó con creces la pitanza descomunal que ingería y que constituía su exclusivo salario.

No exigía más. La limitación de su raciocinio no lo hubiera permitido. Estaba contenta con su nueva vida. Halagábala que los tropeles que se escalonaban en el transcurso del viaje, se pasmaran ante ella. Quizá pensara, si pensaba algo, que lo que los cautivaba era su generosa hermosura y no su física exorbitancia, con la consecuencia de que mientras la lentísima caravana avanzaba hacia el norte, había aprendido ciertos melindres de coquetería que contribuían a su éxito ante los papamoscas. Por lo demás, era obvio que se había enamorado de Yerko, con pruebas tan patentes que ellas también secundaron a la diversión de sus admiradores, quienes suponían que se trataba de una pantomima urdida por los astutos cingaros. No había tal pantomima; lo que pasaba es que la elemental Zoe carecía de la capacidad de disimular sus afectos. Tuvieron éstos una consecuencia para mí imprevista, pues al producirse la cosa me hallaba ausente, quizá dentro de la arqueta en la cual me guardaban de noche. Mi imaginación y mi mundología, con ser amplios, no alcanzan a concebir cómo se las arregló Yerko para producir el acto cuyo fruto sería Malilini, una descendiente más de los Exacustodios. Me perdí, a causa del encierro, la fabulosa zambullida del muchacho moreno en ese tempestuoso oleaje carnal, y no me enteré de que Zoe estaba a punto de ser madre hasta el día en que dio a luz, tan escasamente varió la gloriosa estructura de mi ama durante la gestación.

Malilini cooperó en el espectáculo succionando en público, mientras se extendió la lactancia, que fue larga, porque ahí había con que hartar a varios infantes. La caravana siguió su viaje, y siguieron el suyo *los* años. Murieron los enanos y los monos, y se los reemplazó; murieron los viejos y los reemplazaron los maduros; un gitano cejijunto, de buen porte y de feroz sonrisa, se nos incorporó con un oso pardo, y el baile del oso sustituyó a la mujer bicéfala, muy deteriorada; Yerko engrosó, aunque junto a Zoe parecía una estaca; a Zoe le brotaron unos forúnculos repulsivos, que al motearle el cuerpo acentuaron su valía de adefesio circense de extraordinaria calidad; se alejaron en el recuerdo Zara, Pola, Grado, Friul, la Lornbardia, Baviera, Wurzburg, Worms, Austrasia; el cruce atroz de los Alpes, el del Rin; los bosques, la nieve, los bosques, la nieve... Son inseparables de aquellas etapas, en mi memoria, el infantil balbuceo de la cuantiosa Zoe, que reclamaba más de comer; el ruido de los ejes de los carros; el sonar de las blasfemias, de la gritería, de las castañuelas y los panderos, los relinchos, los rebuznos, los mugidos, el chillar simiesco, el terco gruñir del oso y los insultos de su domador. Malilini cumplió trece años.

La niña era fina y graciosa. Uno se preguntaba por qué azar del ancestro, si se rememora a la Tartamuda, al Bizco y a los Exacustodios, había conseguido Zoe una obra tan cumplidamente modelada, pero no hay que desecher ni el garbo natural del gitano, ni las características de su raza. Amábala Yerko con pasión, y la madre sin duda la quería también, pese a que su invariable impasibilidad amorosa ahorra el esfuerzo de las demostraciones. Empero, la noche del cumpleaños, hubo en el campamento una fiesta sencilla, con luminarias, canto y baile, ya que para aquella gente todo desembocaba en riñas o en jolgorios, y Zoe, cuya mole presidía la comilona, desplegada entre los carros, inopinadamente me quitó de su meñique y me colocó en el dedo medio de su hija. Menudearon entonces los vivas y los aplausos, y para coronar el regocijo, Malilini bailó con el amansador del oso, al son de la cítara y del tamboril, una danza tan voluptuosa, tan enajenada, que hasta el más distraído hubiese notado la intensidad de los sentimientos que la enlazaban a su pareja. Más que nadie lo advertí yo, que participaba de las descargas eléctricas que los unían, y que fosforescían en los ojos gatunos de la muchacha y en los dientes perfectos del cingaro, cada vez que se engarfiaban sus dedos. Ardió de cólera el celoso Yerko, y terminaron abruptamente la exhibición y la fiesta.

Fue ése el síntoma inicial de una guerra de escaramuzas, declarada entre Yerko y Yakali, el domador. Sentíase el primero gravemente ultrajado por el hecho de que el segundo se atreviese a levantar los ojos hacia su niña treceañera y a provocarla, sin haber sido consultado previamente por el aspirante, y más aún sin que a él se le hubiese ocurrido concertar la alianza, según la secular costumbre de los «chinganiés». Habíale dado a Yerko por moralizar, transmitiendo constantemente matices de su ofensa a los ancianos de la tribu y, como si fuese un modelo de marido grave, fiel y sentencioso, cuando lo cierto es que no bien llegábamos a un pueblo, en el azar de nuestro viaje, se iba por ahí después de los malabarismos y presentaciones, y volvía muy tarde al carromato, con un olor a vino y a hembra que mareaba, probablemente dejando un reguero de vástagos que señalaban el desarrollo de nuestra gira. A tanto ascendió el odio que le inspiró Yakali, que ordenó a Malilini que, si no deseaba aprender el peso de su vara, no se apartase de su madre, y propuso a un gitano cincuentón, viudo, con hijos grandes y con nietos, la mano de su retoño, que el otro en seguida aceptó, pues el fresco manjar le hacía agua la boca. La tragedia era previsible y se incubó al tiempo que, en pleno centro del territorio carolingio, abandonábamos Maguncia, Lorch y Coblentza, para dirigirnos a Aquisgrán, que los alemanes llaman Aachen y los franceses Aix-la-Chapelle.

Los episodios se precipitaron con velocidad y hoy tengo la impresión errónea de que exigieron minutos, puesto que las imágenes se traban y superponen en mi evocación. Habíase fijado la boda de Malilini para el día siguiente, en las afueras de la ciudad favorita de Carlomagno, y la desgraciada novia lloró y rogó en vano que no le impusiesen tan cruel castigo. Ni siquiera contaba con el apoyo de Yakali, que prudentemente desapareciera. Regresó sin embargo, en la nocturna oscuridad, con el objeto de raptar a su amada, como Yerko, por razones distintas, hiciera con Zoe, mas si tuvo éxito el engorroso traslado de los muchos kilos que Zoe contenía, sorteando muebles y eludiendo alfombrillas, fracasó el en apariencia hartamente factible de la aérea Malilini. El padre, que con un solo ojo dormía, abrió el otro, asió una daga y ambos hombres se enfrentaron junto al carro y empezaron a asestarse unas cuchilladas sañudas, a la par que los restantes morochos acudían, semidormidos, semidesnudos y soliviantados por la grito de la adolescente. No hubo ocasión de separar a los brutales enemigos, antes de que Yakali cayera muerto por el puñal de su contrincante y de que el oso, solidario con su señor, se abalanzase sobre Yerko y lo despedazara. Un horror. Son esas cosas tremebundas de los gitanos. Es muy posible que yo me haya helado de espanto en el dedo medio de Malilini, aunque, al cabo de más de un milenio, no me siento en condiciones de analizar mi temperatura de entonces. Un horror. La sangre enrojecía el suelo, y de repente recordé el asesinato de César.

El jefe de la caravana ordenó que en seguida enterrasen a los muertos, y que abandonaran prestamente el paraje nefasto. El oso constituía un problema, pues ni podían arrastrarlo con ellos, ya que no obedecía a ninguno, ni tampoco dejarlo suelto, así que decidieron acabar con él, lo que no fue cómodo y requirió el concurso de muchos

brazos, de una red sólida y de varias picas y jabalinas, pero al cabo se logró, y la bestia acompañó a Yerko y a Yakali, a pocos pasos de sus sepulturas. Pudimos a continuación ponernos en marcha, camino de Aquisgrán, Malilini no cesó de gemir, lo cual se comprende, abrazada a su madre como a una imponente deidad fúnebre. Llegamos con el amanecer a la vista de las murallas, sobre las cuales flotaban las dos oriflamas, la verde y la roja, que otorgara el Papado al Emperador. Así, obviando más trámites, el jefe desposó al cincuentenario con la desesperada niña, y el flamante marido vino a instalarse en nuestra carreta. El viejo jefe hizo algo más: me corrió a lo largo del dedo de Malilini, sacándome; montó en su asno, y al trote se encaminó conmigo a la urbe.

Todavía hoy me pregunto qué impulsos lo habrán movido a actuar de tal suerte. ¿Me juzgaría su superstición culpable de las mortandades? ¿Qué tenía que ver con ellas yo, el inocente Escarabajo, que me había limitado a atestiguar el drama desde la mano de su causante candorosa? Sea ello lo que fuere, lo incuestionable es que me había hartado de la convivencia obligada con la gitanería, y de servir de tema en el teatrejo de los apócrifos Duques de Egipto. ¿Qué destino podía aguardarme allí? Nada que acarrease gloria, sabiduría o placer. Me adelanté, pues, hacia quisgrán, en el bolso del cingaro, trémulo de expectativas, rechazando desasosiegos. Y la esperanza no me defraudó. Al momento se abrieron frente a mí las puertas de un futuro memorable. Nos lo allanó en cuanto en la próspera y rumorosa ciudad entramos, un pregón que por los baluartes y las callejas se repetía, y que proclamaba que Berta, hermana de Carlomagno, deseaba adquirir piedras preciosas y joyas raras. Tan exactamente correspondía dicho requerimiento a la aspiración del jefe, que esa tarde misma me separé de él, y el viejo retornó al refugio de sus tiendas y sus carros, apretando en su escarcela las monedas sonoras, en tanto que yo comencé a tener por dueña a una princesa de verdad, lo que no me acontecía desde la época de la adorable Nefertari, y gratificó el orgullo que se cifra en mi alto origen. Residía la Princesa en uno de los doce palacios agrupados en torno de la fortaleza central, contra los cuales se apiñaba el poblado confuso. Ya desde mi acceso a lomo de burro, pude captar alrededor un ajeteo que sobrepasaba lo habitual en esos lugares, y la impresión se confirmó cuando salí del bolso, porque me rodeó, en la ancha sala palaciega donde me hallé, el constante ir y venir de juveniles hombres de armas, ocupados en transportar yelmos, escudos y espadones. Fue allí donde se redondeó la transacción de mi venta, y donde, sin dolor, me aparté del gitano. El que asumió la responsabilidad de comprarme era un hombre de mediana edad, de esos cuyos rasgos, por comunes, se borran corrientemente. No lo merecía, como en breve comprobé. Y por otra parte, todavía reveo con exactitud el azul marino y el negro azabache del iris y la pupila de su ojo derecho, aumentados por un grueso cristal e inclinados sobre mí, en tanto que lo demás de su cara por completo se desdibuja. Aquel individuo, un orfebre, el tercero de mi vida (y diré su nombre, que se añade a los de Nehnefer y Sofrenete, dado lo íntimamente ligado que está a mi biografía: era Gilíes), me llevó a una habitación cercana, harto más reducida, en cuyo interior reconocí la atmósfera característica del taller, con la diferencia de que éste se especializaba en la utilización del marfil.

Ayudantes y aprendices trabajaban en la confección de cofrecillos, y se oía el rechinar de la sierra, que constantemente humedecían, además del tintineo de la gubia, el trépano, el raspador y el buril que pasaban de mano en mano. Me pregunté cuál podía ser mi función, entre objetos tan diferentes de mí, pues, respondían a un criterio estético que en nada se relacionaba con mi diseño e historia, pero a Gilíes le bastó observar apenas la tarea que sus colaboradores cumplían, y nos dirigimos más allá, hasta una fuerte tabla sostenida por dos caballetes, encima de la cual por primera vez vi al Olifante.

¡Qué maravilla! ¡Qué bruñida armonía reluciente! Consistía en un soberbio colmillo de elefante de unos noventa centímetros de longitud, tan arduo de obtener entonces para los mercaderes, como el oro y las perlas. Elegantemente arqueado, pulido por medio de la cola de un pez llamado «ángel de mar», había incorporado ya a su relieve las figuras de Cristo y los Apóstoles, pero la ancha guarnición, en el contorno de la extremidad del cuerno fragoroso, estaba enriqueciéndose con el incrustado lujo de los topacios, las perlas, los zafiros y los rubíes. Tal se ostentaba el Olifante, olifán, oliphant u olifant, pues

todas esas variantes le pertenecen, predestinado a la celebridad eterna. Fulgía sobre la mesa improvisada y de inmediato presentí que mi inmediata fortuna o desdicha sería indivisible del bello cuerno del ivory que ornamentaban en el palacio de Aquisgrán. Gilíes me depositó en la tabla cuidadosamente, y se aprestaba a su labor que interrumpió al entrar la Princesa.

Más tarde, cuando conocí a Carlomagno, pude apreciar hasta qué colmo llevaba Berta su imitación. Ciertamente es que en mucho se le parecía: tenía su alta, erguida, robusta contextura y sus heroicos ojos ardientes, e intensificaba la similitud distribuyendo sin motivo terribles miradas profundas, exagerando la majestad al moverse y dejando que acompasasen su marcha los pliegues de su manto, copia del fraterno. Inclináronse Gilíes y sus hombres, y Berta se adelantó hacia mí, con solemne ritmo. El orfebre inició una aclaración, diciendo que planeaba separarme de mi engarce, e incorporar asimismo, al Olifante la Serpiente, cuya exquisita figura era digna de él, pero la Princesa cortó sus palabras, me asestó una ojeada de Medusa, enarboló una alhajada mano, y emitió desde las entrañas una voz de bajo, espantablemente masculina, para declarar:

—Está bien.

Luego le dio la espalda y se retiró, escoltada por un séquito que yo no había advertido, tanto espacio concluyente necesitaba su personalidad. Recuerdo que alguien susurró en el taller (alguien chismoso y burlón, a quien Gilíes mandó callar) que de noche la Princesa se colocaba una barba postiza y una corona, y andaba, solitaria, por sus aposentos, lanzando órdenes al vacío y mesándose los mechones artificiales. Quizá, si ella pudiera oírme, lo que la defraudaría más sería saber que no he olvidado el color de los ojos de Gilíes, y sí el de los suyos, el de sus ardientes ojos carolingios.

Ha sido de esa manera como me enteré de que el orfebre pensaba añadirme a las joyas del Olifante, y me alegró que, aunque segregada de mí, también estuviese en la guarnición mi buena amiga la Serpiente de oro, que con tanta firmeza me protegió durante siglos, y tan útil me fue, sobre todo cuando no tuve más remedio que estrangularle el dedo índice al cerdo Aristófanes.

A la vez, que Gilíes me dividía delicadamente del engarce, y yo recuperaba la traza justa que debí a Nehnefer, de continuo ascendían a nuestra torre, no obstante su aislamiento, las estridencias que me sorprendieran en cuanto crucé el portal del castillo de los doce palacios, y que palentizaban el urgir de aprestos para la guerra. Corroboré que no me equivocaba, y que en efecto lodo Aquisgrán llameaba como una gran jragua en la que se forjaban y batían armas innúmeras, y que yo mismo estaba preparándome a la sa/.ón para un bélico porvenir, porque quiso la casualidad que Gilíes acogiese un nuevo discípulo, y lo ilustrase sobre la razón de ser del Olifante que exigía la exclusividad de sus esfuerzos. El Olifante, mi Olifante, se iba a la guerra; el Olifante era el regio regalo que Berta reservaba para su hijo Roldan. Por si alguna incertidumbre al respecto quedase, no bien la Serpiente y yo fuimos fijados en el marfil, agregando sendos toques exóticos, al relampaguear de las gemas que se destacaban sobre las aplicadas hojas de oro y la untura de aceite, al taller acudieron la Princesa, su hijo y Olivier, el amigo dilecto de éste, para buscarme.

Era el Olifante, terminada su decoración, una pieza única por su belleza y fastuosidad. Ya le habían sujetado las anchas correas que lo suspenderían del hombro de su dueño. La Princesa lo tomó de manos del orfebre; Roldan se arrodilló, y Berta, manejando con holgura el pesado instrumento, y remedando ceremoniosamente a Carlomagno al cumplir con los preceptos de la Caballería, cruzó con el tahalí el pecho del joven, de manera que el Olifante, al momento en que Roldan se levantó, colgó sobre su flanco, a modo de una curva cimitarra de marfil. Desde ese instante, no modificó el largo cuerno la mencionada posición. Día y noche, luego que partimos —y partimos aquella mañana misma—, constantemente sentí, a través del colmillo ebúrneo y de las mallas metálicas que cubrían el cuerpo de Roldan, el Huir de la sangre de su valeroso corazón, como sentí latir el de la incomparable Nefertari; el del calvo Aristófanes, cuando para su desgracia leyó en voz alta la primera escena de «La paz»; el del elegante y enamorado poeta Cayo Helvio Cinna; el del torpe Senador a quien empujaron a que asesinara a César; el del bello lámblico, en la cueva de los Siete Durmientes; el de

la desventurada Malilini, enloquecida ante el duelo de Yerko y Yakali; sin menospreciar al de Mrs. Dolly Vanbruck, que se agitó por muchos hombres complacientes y costosos, en especial italianos. Partimos, y Roldan iba al frente de veinte mil donceles no mayores que él. íbamos a España, a combatir, a secundar a Carlomagno y a los padres de esos mancebos, que allá luchaban contra los moros, y que, en pos de su soberano, habían desertado sus hogares, sus castillos y sus casas solariegas, en sitios apartados de Europa, para destruir a los infieles invasores, desgarrándose de sus esposas y de sus niños, de sus hijos que ahora atravesaban Francia, a su turno, de uno a otro extremo, ávidos por desvirgar sus armas impacientes. ¡Qué admirables días! Si nuestro paso estremecía las ciudades, las damas más circunspectas y las damiselas más púdicas, a ambos lados formaban un doble seto vivo, perdida la compostura por el entusiasmo que provocaba el desfilar sin término de ese torrente retumbante de muchachos que cabalgaban y caminaban a la guerra. Nunca imaginaron que existieran tantos muchachos en el mundo, lo mismo que nunca imaginaron los hambrientos que existiera en un solo cuerpo tanta carne como la que en el suyo convocaba Zoe. A los héroes en cierne, el mujerío los coronaba de flores y laurel, y ellos continuaban su marcha hacia el sur, impertérritos, porque cada uno llevaba, junto con el anhelo de ganar pronta gloria, la imagen de una niña que había quedado atrás, orando y tejiendo un tapiz, día a día más lejana, inmaterial y hermosa. Reconozco que a mi sensual escepticismo, que golpeaba contra el muslo de Roldan, le asombraba la pureza de esa actitud, pero los muchachos procedían así en aquella época, y contra el arraigo de las costumbres no hay nada que hacer.

Además creo que tanta castidad reunida superponía un tinte, un esmalte particular, al lustre de los vibrantes arreos y de los gofalones y banderines irisados que sobre nuestras cabezas flameaban, en medio del entrechoque tenaz de los aceros, y del clamor de las trompas y de los relinchos, que contrastaba con el silencio inmovible del orgulloso Olifante. El ejército desafió los Pirineos traidores, y penetró en España hasta las márgenes del Ebro, donde se produjo la conjunción de las dos fuerzas: la de los padres, que encabezaba Carlomagno, a quien, aunque todavía era Rey, llamaré Emperador, pues poco le faltaba para serlo; y la de los jóvenes, que comandaba Roldan, el del Olifante; Roldan, el de los recios brazos, las firmes piernas y la ahusada cintura; el de los músculos férreos como su intacta espada Durandal.

No esperaban los de la anterior generación el arribo del insólito refuerzo que su propia sangre les traía. Conmovidos hasta las lágrimas, asombrados por lo mucho que habían crecido y cambiado sus vástagos, de quienes se despidieran en los regazos de sus respectivas madres, al principio del reencuentro el desconcierto cundió en ambos bandos, porque como la fotografía no se había inventado aún, y no abundaban los retratistas pintores, tardaron los hijos en establecer qué padres les correspondían, y los padres en distinguir a sus hijos con los resultantes errores, desilusiones y sorpresas, ya que más de uno hubiese preferido que le tocara el hijo o el padre del vecino, pero por fin se ordenó, cada uno cayó en los brazos apropiados, y menudearon las preguntas, sobre todo de los mayores a los menores, a propósito de sus damas legítimas que apenas rememoraban ya. En cambio lo que los muchachos ansiaban saber concernía a esa guerra que había costado tantas vidas y tantos años. Las noticias no eran demasiado buenas: el Ebro se estiraba ante sus ojos como una móvil muralla infranqueable, detrás de la cual, apretujada en las almenas de *Zaragoza*, la idólatra morisma les hacía burlas.

Después de Ramsés II y de Julio César, me ofreció Carlomagno la estampa impresionante de un gran hombre. Su parecido con su hermana era evidente, mas reducía a la madre de Roldan a caricatura. Yo lo había oído alabar a menudo, durante el viaje de los gitanos, a los juglares andariegos que de tanto en tanto se sumaban a los carros, entre dos etapas, y distraían los anocheceres del camino, entonando unos versos al compás de los arañazos a la viola y de los maullidos del tosco violín. Entonces la gigantesca silueta del anciano monarca elevaba su monolítico aspecto junto al culebreo rojo de la hoguera. Le cubría hasta el ombligo la flotante barba florida, en cuyo alto se encendían los carbones de los ojos. Cuando abrazó a su sobrino, a quien aventajaba en

talla y envergadura, y con el Olifante choqué contra sus piernas macizas, osé, guiado por las líricas comparaciones, escudriñar la famosa barba, y la verdad es que no la hallé ni tan blanca, ni tan florida como la cantaban los poetas, sino tenebrosa y maloliente, a causa de la prolongadísima falta de baño, y de que en ella hubiese fijado su morada cantidad de insectos, cuya insolencia la recorría, entre los cuales, perdóneme Khepri, descubrí hasta un escarabajo; pero apenas me arriesgué a indagar en sus ojos, comprendí que hasta ese momento jamás me había enfrentado con una mirada tan densa e intolerable, pues en los ojos de Ramsés, si representaba su papel divino, se insinuaba una nerviosa inseguridad, y en los de César, la incesante dosis sutil de ironía, restaba grandeza a la expresión, mientras que allá arriba, los ojos de Carlomagno resplandecían invictos, y hacían pensar en estrellas negras y en oscuros diamantes.

Pendía sobre el pecho de Carlomagno su celeberrimo talismán, la ampolla que bajo un gran zafiro, entre esmeraldas, muestra un trocito de la Cruz de Nuestro Señor. Se puso Roldan de hinojos para besar la joya, y yo no torné a verla tan de cerca sino el año pasado, en una vitrina del tesoro de la catedral de Reims, donde concluyó su peregrinación de propietario en propietario, hasta que la Emperatriz Eugenia la donó. La estudié en esa última oportunidad desde el índice enguantado de Mrs. Vanbruck, recordando su relampagueo prodigioso, cuando se sacudía al galope encima de la cota de Carolus Magnus, durante las batallas. Con nosotros visitaba el tesoro la Duquesa de Brompton, quien entendió en su mal francés que los soberbios objetos sacros exhibidos detrás del cristal, estaban en venta, y pretendió comprar la reliquia para regalársela al turco que la acompañaba. Maggie salió profundamente extrañada y decepcionada de la catedral, dándole explicaciones al simpático turquito y, como siempre, quejándose de los franceses.

La presencia de veinte mil exaltados devolvió su fogosidad a la anquilosada y desalentada hueste del Emperador. Ni una semana había corrido, desde que se juntaron los ejércitos, y ya nos apoderamos de Pamplona, conducidos por el vozarrón de Carlomagno, que ahora, contraria y paradójicamente, me parecía plagiar al ronco timbre de Berta, y por el alboroto de Roldan, sobre cuya pierna, pecho, brazo y espalda, el cuerno danzaba, tropezando de continuo, e incitándolo a redoblar la ofensiva destructora. Pero ni Roldan, ni Olivier, ni ninguno de los doce mozos a quienes el soberano había designado sus Pares, necesitaban hostigamiento. Como felinos que fuesen de hierro, luchaban. Se revolvían en sus corceles, trazando mortales molientes, y las cortadas cabezas volaban a su vera, como sangrientos pájaros multicolores, por el centelleo de las piedras preciosas embutidas en la fiereza de los yelmos. ¡Qué alegría! ¡Esto era pelear! La guerra flechera de Ramsés II, cumplida sobre frágiles, exquisitos carros saltarines, en Kadesh, en Dapur, resultaba asunto de bajorrelieve decorativo, tema para perfiles imperturbables y medidos primores (¿acaso no contribuía a ello la asistencia de mi propia, divina, impávida, intocable Nefertari?), comparada con este acometer brutal que exigía todas las dimensiones y un permanente bullir de los contrincantes, a cuyo coraje quemaba la combustión de la ira más abrasadora, como si la refriega desarrollase su amasijo en el interior de una olla colosal, donde hervían francos y sarracenos, caballos y armas, y en la que los borbotones reventaban con gritos furibundos. La entrada en Pamplona y el destrozo de Emires y Príncipes moros (y hasta, según se exageraba, de un Califa), dio a Carlomagno por bien servido, y le hizo renunciar a Zaragoza, la huraña. Lo que sucedía, probablemente, es que tanto a él como a sus mesnaderos, la llegada de los jóvenes les había infiltrado en el ánimo la nostalgia del hogar remoto, adormecida por el tiempo, y había avivado el deseo de terminar con las hostilidades y la devastación. Había que volver a casa, a los baños perfumados con hierbas aromáticas que serenarían la comezón de las barbas rasqueteadas; al amor (si funcionaba todavía) en blandos lechos; a los pajes portadores de fuentes opíparas, diariamente diversas. Con lo cumplido sobraba. Los infieles no osarían nunca más colarse a través de las montañas que dividían el territorio español del resto de Europa. El pretexto honorable fue que sus hijos ya se habían arriesgado con exceso, así que pese a las protestas de estos últimos, sedientos aún de heroísmo, de gimnasia histórica y de renombre, no hubo más remedio que acatar la orden imperial y preparar la repatriación. Consiguí Roldan doblegar la voluntad de su

tío, y que por lo menos se le confiriese el mando de la retaguardia filial, la cual debería ir separada del grueso de los contingentes cuya seguridad protegería, además de encargarse del transporte de los bagajes numerosos y agobiantes, que por desgracia prolongaron la fatal lentitud de su marcha. Dicen que quien convenció a Carlomagno, que no veía con buenos ojos la peligrosa propuesta, fue un pérfido, un germano de Maguncia, al cual, si es cierta la versión, el trovero desprecia y maltrata merecidamente en la bienfamada «Canción de Roldan».

Pamplona quedó atrás, desmantelada, y las tropas se movilizaron, utilizando la vía romana que une a Astorga con Burdeos. Pronto se embutieron en el desfiladero desleal de Roncesvalles, donde hay pasajes cuya estrechez sólo admite el acceso de dos hombres puestos de frente. Allí habían establecido su trampa los árabes, con la complicidad de los vascos resentidos. Harto se conoce la historia de la astucia con la que dejaron atravesar sin tropiezos a las veteranas columnas delanteras, que acaudillaba el pesaroso Emperador. Refirieron posteriormente que las lágrimas rodaban por las mejillas de Carlomagno, y que con nadie quería hablar. Acaso la preocupación del anciano, en su totalidad no estuviera vinculada, como se pretendió, con los peligros eventuales que pudieran correr Roldan y sus muchachos, sino, tras tantos y tantos años de alejamiento, lo desazonasen los desquicios, los problemas y los desencantos que le aguardaban en el castillo de Aquisgrán. ¡Se estaba tan bien en España, entre caballeros, entre amigos, entre soldados, haciendo una vida sana, sin más desvelo que el de envejecer saliendo, una semana tras otra, de su tienda militar, a probar su vigor con el hundir de costillas, el rebanar de miembros, el trincar de entrañas, el decapitar, el desjarretar y, al cabo del ataque, el distribuir del botín: «estos carbunclos, para el Senescal», «esta piel, para el Duque Naimés», y a beber vino caliente en los altos, sonoros picheles, sin tener que escuchar los eternos lamentos femeninos, de celos, de envidia, de frivolidad, los dimes y diretes de las cocinas y de los conventos, que provocaban dolores de cabeza, ni rendir cuentas a nadie más que al trocito de la Verdadera Cruz, que sobre su pecho, dentro del zafiro, pendía...! Sin embargo debía mirar hacia el empinamiento de las angosturas y hacia la estrangulación de las resbaladizas gargantas, negras de peñas y de bosques, y menudearon sus suspiros, porque, al margen de otras perturbaciones, no cabía que se desentendiera de su bienamado sobrino y de sus Pares, a quienes amaba ya como si fuesen de su sangre y a quienes desde el abismo de su vejez, que algunos engrandecieron tanto, consideraba quizás unos niños aventajados que jugaban a la guerra.

También nosotros, muy en pos, a la cola, a causa de las demoras y de la complicación del transporte, espiábamos las quebradas, los pasadizos y los precipicios, pero a diferencia de lo que ocurría en el cuerpo principal, el cual se había contagiado de la muda tristeza de su venerable jefe, nos regocijaban los cantos, las coplas que estremecían los congostos y cuyos ecos echaban a revolotear las aves oscuras metidas en sus refugios. Roldan cantaba al amor que lo esperaba en su tierra, y miles de jóvenes bocas le respondían y formaban coro, de suerte que nuestras gozosas filas, sobre las cuales se despedía el postrer reflejo crepuscular, arrancando acá y allá la chispa risueña de una lanza o de un escudo, lograban aparentemente, a su paso, rejuvenecer la melancolía immemorial del paisaje, y regalarle, como adiós, un estremecimiento final de júbilo que ascendía hacia la desaparición de la luz, por las espesuras siniestras. Fue en ese momento, en plena felicidad, cuando se desataron las furias, las erinias, las euménides que, confabuladas con ellos, azuzaban y atropellaban a los miserables escondidos en las cumbres. Una lluvia de rocas y de dardos se precipitó sobre nosotros, y las bestias y hombres moribundos contribuyeron a entorpecer el corredor navarro que nos ceñía. Los bárbaros se soltaron por las laderas, a los brincos, cogiéndose de las ramas y los troncos, aullando y aumentando la confusión, al par que su alud obligaba a los nuestros a replegarse hacia el fondo del valle.

No abundaré en pormenores. Hubo, de ambos lados, proezas; que quien aspire a enterarse mejor, lea los antiguos cronistas y las estrofas poéticas, imaginativas, de la gesta de Roldan. Dos veces rogó Olivier a su compañero que hiciese sonar el Olifante,

cuyo tremendo clangor vencería los montes, las florestas y las planicies y llegaría a oídos de Carlomagno, y dos veces, incomprensible, culpablemente, el orgullo de Roldan se negó a hacerlo. Estaba loco por triunfar, por derrotar a esos engendros de Judas, por arrojar sus despojos a los pies de la granítica Berta, sin más socorro que el que brinda la pujante juventud. ¿Alertar a los viejos? ¿Implorar la ayuda de los caducos que soñaban con sus camas calientes? ¡No él; no él! ¡Él estaba ahí para pelear y cantar! Y confieso que su euforia trágica fluyó hacia mí, a lo largo del marfil del cuerno, y recibí su descarga con la Serpiente, en la guarnición de las piedras preciosas, tanto que cuando miré hacia los diezmados escuadrones que pugnaban por reordenarse, sujetando los corceles encabritados, tascadores de frenos, al moverse y erizarse las lanzas verticales, tuve la fantástica sensación de que una multitud de falos erguidos brotaba en las penumbras de la noche. Pero esa fruición, ese demente placer entre sexual y guerrero, duró poco. Nos ahogaban con su número. La espada Durandal hizo portentos, mas se hubiera requerido la del arcángel San Miguel, o si no la del ángel de armadura de oro y música de Delibes que salvó a los Siete Durmientes, para desbaratar a los demonios de Roncesvalles. Uno a uno, los doce Pares fueron cayendo; Gérin, Gérier, Béranger, Otón, Sansón, Ivon, Ivoire, Girart, Ansels y el Arzobispo Turpín, el único que sobrepasaba largamente sus años. Nunca, nunca olvidaré sus nombres. Por fin Roldan se decidió a abatir su orgullo y empuñar el Olifante: era tardísimo, sólo sobrevivían Olivier y él, de los veinte mil mancebos. En tres ocasiones lanzó su llamada, su monstruoso bramido, a las distancias infinitas, y a la tercera el esfuerzo hizo saltar las venas de su cuello. También cayó Olivier, atacado alevosamente por el tambaleante Siglorel, un mago oriental de quien susurraban que había viajado al Infierno, merced al favoritismo del propio Júpiter, pero antes, atolondrado, cegado, para defenderse, Olivier asestó un golpe terrible a Roldan, hermano de su alma, el cual soltó y extravió a Durandal. La pérdida de sangre por las venas rotas, y la violencia del golpe, aturdieron y encandilaron a su vez a mi amo descaecido. Acertó, empero, a alzar el cuerno y a partir con él la cabeza de Siglorel, el hechicero, al tiempo que el Olifante se rajaba y rebotaba, y la Serpiente, yo, los rubíes, los topacios, los zafiros y las perlas que nos enmarcaban, saltábamos y nos desparramábamos en rocío deslumbrante sobre los muertos descuartizados y sobre las incontables joyas, desencajadas de los yelmos, de los collares y de las empuñaduras, horrendo y lujoso fruto de la traición que, esparcido alrededor, no dejaba espacio libre en aquel reducto fatal de los Pirineos. Había muerto Roldan, el puro, el imprudente, el de la bella ambición alocada, víctima de la errónea vanidad, la cual, por uno de esos juegos del Destino, le confería la gloria que aporta la buena literatura. Entonces se oyó, en lontananza, en el extremo del mundo, el desesperado ulular de las sesenta mil trompas del ejército de Carlomagno, quien regresaba, suelta la brida y con la angustia y la rabia mordiéndole el corazón.

Se encontró, al cabo de horas, con un desastre. Era imposible dar un paso sin pisotear los cadáveres queridos; y tanto el Emperador como la mayoría de sus campeones, al afrontar el repentino espectáculo truculento de los vástagos yacentes (a muchos de los cuales conocían apenas), desfallecieron, como narra la «Canción», y cayeron de las cabalgaduras, desmayados, porque la verdad es que esos nobles palurdos, endurecidos en la rusticidad agresiva de los campamentos, eran vehementemente sensibles, y se desvanecían con suma facilidad. En cuanto a Carlomagno, que comenzó por tironearse y despoblarse la florida barba, hubiese dilatado el síncope general, de no impedírselo el longevo Duque Naimés, el más sensato de la expedición, quien lo sacudió y le señaló la polvareda levantada por los caínes infieles que huían. Eso electrizó al jefe. Manifestóse su reacción por medio de los puntapiés con que emprendió, y de las multiplicadas órdenes que bufó a los del soponcio, obteniendo un resultado inmediato: tornaron a sonar las trompas, tornaron a montar, juraron todos venganza, prometieron volver en seguida a comprobar la identidad de las víctimas de la carnicería, a distribuirlas y a brindarles las exequias solemnes que ganara su conducta de mártires bélicos, y arrancaron, desbocados, en persecución del enemigo. Era tan copioso lo que lloraban, de Carlomagno abajo, que sus lágrimas marcaron la ruta que recorrieran a la zaga de los sarracenos, como si a ese camino ondulante lo hubiese empapado un reguero de lluvia, mientras,

gimiendo, daban espuela al galope. Me informé ulteriormente de que había alcanzado a los impíos y los había obligado a arrojar al Ebro, donde perecieron arrastrados por el peso de las armas. A continuación, desquitados, llorando siempre con esporádicos vértigos, vapores y lipotimias, los intrépidos jinetes giraron y retomaron la ruta de Roncesvalles. Pero ya no estaban allí ni Roldan, ni Olivier, ni Turpín, ni los Pares, ni los héroes que a más aureolas y lauros se hicieron acreedores; estaban, sí, sus cuerpos, sus pobres cuerpos mal trillados, desgarrados, destrozados, descabezados; pero ellos no. Tampoco estaba yo; ni el menor rastro mío subsistía en aquel aciago desfiladero. No estábamos.

Había sucedido que no bien la vocinglería y la trompetería se alejaron rumbo al Ebro, apremiando a los árabes y originando un estrépito tan poderoso que durante el resto de lo que voy a referir, a despecho de la distancia, persistió como un fondo de sordos truenos, se fue insinuando en la atmósfera un rumor distinto, que progresaba hacia donde hoy se eleva la capilla de Ibañeta, el punto exacto en el que había rodado yo. Sólo cuando los zumbidos se entremezclaron encima de los muchachos cuyos despojos se hacinaban en torno, discerní, enredadas con el trémulo susurro, unas vocecillas agudas que se interpelaban, como llamándose a través de la levedad de la brisa:

—¡Moroné! ¡Mazaé! ¡Thiten! ¡Zillenik!

Entonces, en la rosada incertidumbre del día que desalojaba a la noche, percibí los seres que volaban bisbiseando, y que en el primer momento confundí con una vibración de transparentes mariposas. Lo parecían, por colores y diseños de sus alas ligeras, pero entre ellas surgían unas bonitas, deliciosas cabezas que coronaban cabellos dorados, finísimos, abiertos en desorden y ondeantes en el aura del amanecer. Pudo ocurrírseme que eran ángeles, porque cuando acompañé a los Siete Durmientes, dentro de la caverna del monte Pion (y alguna experiencia adquirí acerca de esa celeste categoría), había varios cuyas alas recordaban las de las mariposas exóticas, mas al instante supe que aquellas criaturas que continuaban nombrándose como si gorjearan tenuemente — ¡Thiten! ¡Moroné! ¡Zillenik! ¡Sayradé! ¡Mazaé!—, no eran ángeles sino hadas, y procedían del más misterioso de los mundos sobrenaturales. La sorpresa que me causó su gracia ingravida, no me permitió interrogarme sobre su esencia; permanecí suspendido de sus vaporosas evoluciones, del mágico juego resultante del segundo en que uno de los rayos del sol naciente despertaba un matiz ignoto del temblor de un ala, u obtenía una forma peregrina de la sombra de otra, hasta que la luz se afirmó y, gradualmente, elaborando un espectáculo de incomparable fantasía, relució el aleteo colorido de las hijas del aire, y chisporroteó la dispersión de las piedras preciosas, cuya siembra soberbia e inútil titilaba sobre la patética inmovilidad de los jóvenes que habían sido la miel de Francia.

Las hadas hendían el ambiente, que fue adquiriendo las tonalidades de los ópalos, aproximándose más y más a quienes, postrados, amortajábamos lujosamente con nuestros resplandores, el valle y el desfiladero. Detuviéronse por fin, palpitantes y fijas a escasa altura, a la manera de los colibríes, y como si mantuviesen un secreto conciliábulo; luego cada una descendió hacia uno de los Pares de Carlomagno, y en él se posó etérea, como un insecto bellísimo que se parase en la metálica corola de una flor oscura. Y aconteció la maravilla: de esos donceles, individualmente, se desprendieron otras tantas figuras idénticas, con sus yelmos y arreos, sólo que todo ello incólume y centelleante, lo mismo que sus caras y sus cuerpos, que habían recobrado la moceril e intacta elasticidad. Abrazáronse los aéreos seres, los valientes y las hadas, los cuales poseían ahora igual naturaleza, y levantaron vuelo, dejando en Roncesvalles, como vanos estuches vacíos, los cadáveres quebrantados que el Emperador y su hueste enterrarían con abundantes sollozos, ignorando que ni los Pares quedaban allí, ni quedaron en Blaye, en el sepulcro de la iglesia de San Román, Roldan y Olivier, los preferidos y más contribuyentes al surtidor de lágrimas. Se iban los verdaderos, los livianos y vitales Doce, por los itinerarios del cielo, pero antes de elevarse y desaparecer, un hada, Mazaé, la que estrechaba la palpitante forma del caballero Gérin, me advirtió en la confusión de tumultuosas panoplias y de muertos promiscuos que tapizaban la tierra y, estirando un brazo con pulcro donaire, me alzó y me agregó a su breve diadema. Así,

incorporado al enjambre inmaterial, crucé los Pirineos y vi, debajo, el lueño y diminuto desfile de ciudades y aldeas, recorridas con harta más comodidad que cuando atravesaba Europa en el carromato de los gitanos. Reían las hadas y los señores imberbes, besándose y acariciándose, y de vez en vez, al tiempo que pasábamos sobre los sembradíos geométricos, los campesinos volvían hacia nosotros las miradas, y buscaban infructuosamente, en las pacíficas nubes, la razón del bullicio que estremecía la calma de súbito. De ese modo alcanzamos el mar que divide a Francia de Inglaterra, y en él, como una inmensa esmeralda relampagueante, para los humanos invisible, nos acogió la isla quimérica de Avalón.

El lapso que en ella perduré, se sitúa entre las etapas más singulares de mi larga y extraña vida. No me extenderé demasiado en la descripción de la isla, porque tanto su traza como su contenido mudaban según el capricho del hada Morgana, su temible creadora y Reina. De repente la poblaban los árboles más vinculados, por esotéricas razones, con la mitología feérica, como la encina, el abedul, el saúco, el aliso, el endrino, el espino, el fresno, terror de las brujas, el avellano cuyo fruto encierra la sabiduría mejor, y el sauce, que de noche desamarra sus raíces y camina lentamente, gimoteando; y de repente se esfumaba aquel espeso bosque laberíntico, y en su lugar brotaban, como espaciadas imágenes del trópico, los bambúes, las palmeras y los baobabs. En el centro surgía el palacio de Morgana, que a veces estaba hecho de cristales, a veces de pórfido, de jaspe o de malaquita, y a veces se hundía bajo las aguas, si se le antojaba a la Reina que la sirviesen las sirenas y los tritones en un castillo de coral y de madreperla, ya que en la isla, como dije, todo dependía de su cambiante voluntad. Lo que menos variaba eran las residencias que Morgana destinaba a sus huéspedes escogidos, y que se alineaban entre vastos jardines, olorosos a magnolia y a jazmín, siguiendo el festón de la costa y separadas del mar por anchas y serpenteantes avenidas. Cuando estuve con Mrs. Vanbruck en la Riviera francesa y en Montecarlo, instalados en sus grandes hoteles, el «Negresco», el «Ruhl», el «Metropole», que invariablemente miran a la Promenade des Anglais, recordé los edificios alegres y hospitalarios de Avalón, salvo, por supuesto, detalles arquitectónicos que dependían del gusto fantasioso de las hadas, y que más bien los aproximan estéticamente a las construcciones de Gaudí, que tanto horrorizaron a Mrs. Vanbruck y a la Duquesa, en Barcelona. Lo que funde y combina en mi memoria los hoteles de la Costa Azul y las villas de placer de Morgana, es el permanente sonar de orquestas danzantes en unos y otras; el eterno entrar y salir de gentes finas en ambos, que si en las villas de Avalón lo hacían luciendo ropas medievales, como mi estada en Cannes con Mrs. Dolly coincidió con el Carnaval, eso identifica perfectamente al palacio en el que Mazaé hospedó a Gérin con el «Negresco»; y finalmente las mansiones privilegiadas de la isla y los hoteles marítimos, coinciden en mi memoria por las vastas terrazas características de los dos, en las que se acomodaban los alojados, bajo toldos de color naranja, a saborear bebidas agradables, a vigilar ociosamente los movimientos de los paseantes, de las palmeras y de las olas, y a flirtear con señoras engañosas y cortesés. Añadiré que en la isla la preocupación erótica era incomparablemente más intensa que en la Riviera. No se hablaba más que de amor, tema que las hadas estimulaban mucho, no obstante que los héroes, los únicos a quienes Morgana admitía en sus dominios, hubieran podido contar las proezas gracias a las cuales estaban ahí. Organizábanse, como es imprescindible, torneos, si de golf en la Costa Azul, en Avalón a caballo y con lanzas. Y espectáculos dignos del público más exigente.

Ése público se hallaba formado, además de los paladines ilustres, las damas y las doncellas, sus dueñas y pajes, azafatas y escuderos, que colmaban los ribereños palacios, por toda laya de duendes, trasgos, elfos, silfos, gnomos, sátiros, dríadas, náyades, ondinas, silfos, etc., algunos de ellos encargados de las tareas domésticas y administrativas, otros de proveer las diversiones, y la mayoría de nadar decorativamente en el mar y en las fuentes, de animar los bosques y los parques, y de aplaudir cuando la carroza de caracoles y oro de la Reina, tirada por seis delfines, emergía de la onda y la depositaba en la playa, bañada en la luz de su propia hermosura; o de aplaudir el paso de un caballero excepcional, como podía ser Amadís de Gaula, rutilante, emplumado, enguantado, espolonado, engualdrapado, con Oriana a la grupa de su palafrén, y junto a

él Urganda la Desconocida, en el lomo de un bridón que un enano llevaba de las riendas. Había, entre tantos personajes curiosos, un duende, llamado Dindi, a quien la blonda Mazaé profesaba un cariño especial, y se explica, porque a pocos conocí en mi vida tan cómicos y entretenidos. Era muy alto, magro y zancudo, verde de punta a punta, verde la piel, verdes las pupilas, verde el jubón de cosidas hojas frescas, verdes las calzas, la caperuza y los pantuflos punzantes. Cuando reía, dilatábase su boca, enseñando unos dientes infantiles, se arrugaba su nariz, larga también y respingada, y hacía reír con sólo mirarlo. Pienso que Dindi se enamoró de mí, del Escarabajo de lapislázuli, a primera vista, porque no había ocasión en que Mazaé apareciese, conmigo colocado entre las piedras de su diadema, por el espacioso corral donde trabajaba el larguirucho, sin que el duende se pusiese a repetir cuánto me admiraba, cuánto, cuánto daría por tenerme, a lo que el hada respondía con su risa de tiple, hasta que, sin decir agua va, una tarde en que la pareja conversaba frente a los enormes establos, Mazaé me extrajo de su tocado primoroso y me regaló, con lo cual, a partir de ese momento, mi amo fue el duende verde. Dobló éste sus flacas rodillas, para manifestar su gratitud, pero antes de que lograra recuperar el habla y expresarla, echó a correr, llevándome apretado en su diestra, y a Mazaé revoloteándole encima, pues de la zona del puerto subía un grandioso clamor.

Era que por el mar se acercaba Carlomagno, de pie en la proa de un esquife, tremolante la florida barba de nieve, circuido por una multitud de pequeñas hadas que soplaban sobre las velas, para empujarlo. Vestía el Emperador, en la muerte como en la vida, con extremada sencillez, una túnica de lana gris, ceñida por un cinturón de seda, y una capa de paño ceniciento, lo que se oponía a la majestad de su corona y de su espada, entre cuyas reliquias sabíase que encerraba el hierro de la lanza de la Pasión. Felizmente trajo con él dichas insignias y atributos, a los que debió añadir el globo dorado, porque en la isla se fijaban mucho en las modas, en las joyas y en el atuendo, constante motivo de comparaciones y discusiones, y en eso consistía, en segundo término, luego del amor, el principal quehacer de los residentes. Tanto es así que Roldan, Olivier, Gérin, Béranger, Otón y hasta el Arzobispo Turpin, que en su anterior etapa sobresalieron por la sobriedad del atavío, aquí se habían incorporado a la mundana corriente, y recibieron a su señor arrebuados en mantos de seda de Alejandría, forrados con pieles de marta, los cuales, al entreabrirse, encendíanse con el fuego de las corazas tachonadas de rubíes y topacios, como los coseletes de los bellos Dormidos de Éfeso. Cuadráronse los Doce, con rigurosa disciplina militar, entrechocando las damasquinadas espuelas, y no se me escapó la inhabitual sonrisa socarrona con que el Emperador avanzó entre ellos hacia el palacio de Morgana, quien se aproximaba a darle la bienvenida, y a intercambiar con el monarca un beso en cada cachete.

Hubo, en honor de Carlomagno, suntuosas fiestas, Roldan lidió con Amadís, y el Arzobispo, hombre de pelo en pecho y malas pulgas, con Lisuarte de Grecia. Se rompieron varias lanzas; se agujerearon varios escudos; se abollaron viseras y gorgueras; se desplumaron penachos; y, fieles a la costumbre, se desmayaron en las tribunas varias damas y caballeros, que el séquito alado de Morgana atendió con enfermera solicitud. Una semana después, los homenajes cambiaron de objetivo, y el glorioso Emperador quedó un poco relegado, pese a que los Doce Pares metían bastante bulla, cada vez que cabalgaban a través de la isla detrás de su soberano. Roldan obteniendo cascados sonos del desgolletado Olifante que nunca curó del estropicio. Verdad es que los jóvenes no consiguieron que Carlomagno los escuchara y vistiera más adecuadamente a su jerarquía, y que el ungido había trocado la corona por un chapeo flexible, y hacía oídos sordos si le recordaban que en su tiempo de guerra jamás bastaban las gemas de precio para ornar su yelmo y los de su escolta.

No fueron, sin embargo, esas artificiosas razones las que apartaron la atención de Carolus Magnus, si bien habrán contribuido a disminuir el interés que al principio despertó el Augusto entre la colectividad más superficial y sofisticada. Lo que pasó fue que llegaron el Rey Arthur y los de la Tabla Redonda, y se enloqueció la gente, cayendo bajo el hechizo de su dandismo y distinción. Eran unos ingleses sensacionales. Asistí a su

arribo con Dindi, y debo declarar que dejó a mil leguas de distancia, como regia pompa, al de Carlomagno, por más que a éste lo acompañaran el Duque Naimés, hijo del rey de Baviera, V Godofredo de Anjou, quienes inspiraron exuberantes entusiasmos entre los expertos en genealogía. Traían los ingleses, innegablemente, otra cosa; no había nada que hacer. Por lo pronto su presentación frente a la costa de la isla, tuvo una hermosura y una originalidad coreográficas, que sólo acierto a asimilar, en mi retentiva, con la teatral ceremonia que se desarrolló al trasladar a su tumba a la divina Nefertari (a quien por mi culpa, por mi grandísima culpa, tengo asaz olvidada, últimamente, en mis rememoraciones).

Se deslizaba adelante, como un cisne negro, la nave real, tendida con lienzos enlutados y aparejada con velámenes fúnebres. Arthur revestía una armadura que brillaba cual si fuera de azabache, o si fuese un sacro escarabajo reluciente, y yacía sobre un mullido almadrake rojo, apoyada la cabeza en el regazo de Morgana; porque Morgana había ido en su busca (retengamos el detalle, que fascinó a los funcionarios del Protocolo de Avalón, y tengamos en cuenta asimismo que Arthur y ella eran hermanos). Pero no sólo Morgana sino tres reinas más, una de las cuales resultó Viviana, la Dama del Lago. Las cuatro coronadas, trajeadas de blanco y pintadas por la claridad de los diamantes, rodeaban al Rey recostado en el puente. Solemne, despaciosa, silenciosa, arrimóse la nave, y la muchedumbre agolpada en el fondeadero observó que Arthur difería fundamentalmente, tanto de los seres misteriosos del éter, del bosque y del agua, como de todos los que, venidos de la humana esfera, lo habían precedido en la isla. La causa fincaba en que el Rey de Gran Bretaña, por gracia y exención exclusivas, se destacaba como el sin par a quien se concedía el acceso a Avalón sin haber muerto. Estaba solamente malherido. Había caído en la batalla feroz de la llanura de Salisbury, víctima del hierro traidor de Sir Mordred, a quien logró ultimar, y las hadas de su amistad y familia se precipitaron a alzarlo, a lavarlo, a perfumarlo, a mimarlo, y ahora conducían al Rey vivo y descalabrado a la isla encantada, flotantes en el mar bonancible los lienzos que proclamaban su pesadumbre, por mucho que lo único que le tocaría hacer, durante el exilio cortesano, sería esperar en la inmortalidad hasta que sonase la hora de reinar de nuevo.

Navegaba detrás, en conserva, semejantemente grave y enlutada, la galera de la Tabla Redonda, en cuyo centro, bajo los mástiles de oscuros pendones y gallardetes, venía la Reina Guenever, cuidada y halagada por la preza de los caballeros de Arthur: Sir Launcelot, Sir Gawain, Sir Galahad, Sir Bedivere, Sir Lucan..., todos ellos esbeltos y ajustados por ropas tétricas, prietas, brunas, ahumadas, cárdenas, oliváceas, plumizas, lo que hacía resaltar la suave palidez de la Reina y las tecs de bronce de los paladines. Estáticos como bellísimas figuras de cera, callaban, y en su lugar los melancólicos laúdes tañidos en la cubierta se respondían lánguidamente, mientras que hacia la popa se aglomeraban las damas y los escuderos, teniendo por fondo una exorbitancia de superpuestos equipajes, que de inmediato difundieron la idea de que ese séquito luctuoso se disponía a variar la vestimenta a menudo.

Atracaron ambas embarcaciones, y a Arthur lo descendieron en unas angarillas que sostenían Sir Launcelot, Sir Bedivere, Sir Gawain y Sir Sagrampur, sobrino del Emperador de Constantinopla, quien continuaba siendo el más agraciado. Y entonces, con obvia evidencia por arte que Morgana aprendiera del mago Merlín, presenciábamos un prodigio: a medida que los flamantes huéspedes hollaban el suelo de Avalón, se trastocaban los tintes lúgubres de sus ajuares, reemplazándolos por los colores de máxima alegría: el carmesí, el limón, el coralino, el verdegay, el índigo, el jacinto, el azul, el púrpura, el turquí; y simultáneamente, metamorfoseábanse las congojosas arboladuras y adornos de las naves, adquiriendo las mismas gamas y llenándose las banderas de heráldicos y movidos leones y grifos, en tanto que los laúdes dulcemente inconsolables dejaban paso a la rítmica marcialidad de los tambores.

Adelantóse el Emperador a abrazar al Rey, produciéndose así el singular abrazo de un noble espectro y un noble herido. Esa circunstancia obligó a Carlomagno a inclinarse sobre la parihuela, y a *rozar* la frente de Arthur con su barba, excelso honor que se comentó en el Protocolo y entre los Doce, haciéndole exclamar al Arzobispo Turpin que

tales extravagancias se debían al nepotismo resultante del cercano parentesco que unía a Morgana y Arthur, y a gruñir que cuando ellos desembarcaron no habían sido objeto de tantas urbanidades y tiquismiquis, no obstante la superioridad de la imperial jerarquía, pero Carolus cortó, colérico y enigmático, sus refunfuños, vociferando que se acordase de que los recién llegados eran ingleses.

Lo eran hasta decir basta. Llenaron uno de los espléndidos edificios de la orilla del mar, al que bautizaron «The Majestic», en el que el confort funcionó a la perfección y en el que, si uno entraba, espiaba a los caballeros despatarrados en hondas poltronas, comunicándose con espaciados monosílabos y sobresaliendo en el uso de las metálicas consonantes, para informarse dónde fabricaban buenas botas, y quién disponía de mejores lebreles. Descollaban esos señores por la altiva frialdad de su trato y cuando, más tarde, merced a Dante Alighieri, me desayuné de la relación que había unido a la Reina Guenever y a Sir Launcelot (Lanciolotto), a expensas de Arthur, marido engañado por el que lo veneraba más, comprendí la causa por la cual los enanos de uniforme recorrían el lobby del «Majestic» llamando: «¡Sir Launcelot! ¡Sir Launcelot of the Laek!», y exhibiendo una pizarra con la inscripción: «La Reina Guenever desea hablar a Sir Launcelot», hasta que se oía, oculta por un respaldo, la voz viril que respondía: «Boy, here I am, dile a la reina que salgo para allí», y se veía alzarse la enhiesta figura del príncipe, saturada de elegancia. Entretanto, el gran Rey permanecía en su diván del hall, cumplimentado por palaciegos obsequiosos, y escuchaba el quinteto de cuerdas. Aparentemente, mucho faltaba aún para que tornase a reinar.

Algunas tardes, aquellos displicentes héroes acudían a observarlo actuar a Dindi. Se acodaban con negligencia cuidada en el cerco pintado de blanco, apoyándose en desplegadas mantas a cuadros, y al irse le arrojaban al duende unas monedas que de nada servían, lo que cooperaba a enfurecerlo. Pero es hora ya de que esclarezca en qué consistía su ocupación. Y por lo pronto que apunte que en cuanto pasé a su poder, como sabía emplear notablemente sus verdes y delgadas manos, modeló un aro de oro que fijó, como engarce, alrededor de mi piedra de Badakhshan, y en lo alto, en la parte en que sostengo el disco de ágata, le soldó una argolla, que suspendió de una cadena con la cual rodeó su cuello, así que desde entonces lo acompañó allí, como a Carlomagno, en vida, su sagrado talismán. Dindi y yo fuimos, en el curso de largo tiempo, inseparables. Me encantaba el roce de sus manos; me hacía feliz auscultar su corazón, sin duda verde; me atraía, como a los ingleses, contemplar su trabajo.

Era éste todavía más sensacional que los británicos, a pesar de ser ellos, como ya dije, muy sensacionales. Se concretaba en adiestrar, cuidar, alimentar, higienizar, curar y en fin manejar como el cornac al elefante, a los dos colosales dragones de la isla: Gog el Rojo y Magog el Amarillo. Los dos monstruos capturados por el hada Zillenik, obedecían a Dindi ciegamente, pero sólo le obedecían a él. A un silbido suyo, abrían o cerraban las fauces colmilludas; estiraban los escamosos pescuezos; arrojaban fuego por las remangadas fosas nasales; golpeaban el suelo con las colas saurias; trotaban sobre sus cortas patas erizadas de púas. En determinadas ocasiones, uno o varios caballeros, anhelosos de emular a San Jorge y de lucirse, desafiaban a uno de los dragones o a los dos. Dindi sacaba entonces de los inmensos establos al provocado o a la pareja, y con ellos se iba al campo de los torneos. Había que contar con el duende para presentar el espectáculo, porque sin él, lo más probable sería que Gog y Magog se negasen a salir, y también, en el caso de que salieran, es posible que las cosas terminaran mal para los retadores. El duende vigilaba la acción, con la conciencia de un consumado referee; de tanto en tanto, por medio de un breve silbido, gobernaba a los endriagos, sujetaba su rabia o *azuzaba* su abulia, y concluida la fiesta, luego que los del desafío habían ganado suficientes aplausos, y de que Morgana, Viviana, Zillenik, Moroné, Mazaé, algunas de las hadas y algunas de las reinas asistentes, habían coronado a los caballeros con rosas o con lirios, Dindi acariciaba a los dragones, quienes regresaban al corral, acaso renqueando y acaso protestando. Allí les aplicaba emplastos de cicatrizantes hierbas, y entretanto les cantaba tiernamente unas coplas que ayudaban a adormecerlos. Era imposible no querer a Dindi, a Gog y a Magog.

He ahí el resumen del transcurrir de nuestra existencia en la isla de las hadas y de los paladines. Periódicamente, arrebatados por las rutas del agua o del aire, añadíanse a las colonias novedosos aportes: Esplandián (el de las Sergas), Palmerín de Oliva, Florismarte de Hircania; a cuál más olímpico; refulgentes como las aves del Paraíso y las aves liras cuyas plumas se desplegaban en abanico sobre sus yelmos. Algunos importaban consigo troveros y juglares, que entonaban romances y monótonos poemas extensos, acerca de las hazañas de los príncipes concentrados en Avalón (como la «Canción de Roldan», sin ir más lejos), y las versiones de los bardos eran tan abultadamente diferentes de la modesta verdad, que al comienzo crearon cierta confusión, hasta que los aludidos terminaron por admitir, en la isla, que las paráfrasis poéticas se ajustaban a la realidad estrictamente, pese a que esa inventada exposición lírica sobrepasaba en mucha esplendidez a la auténtica, a la cual al cabo de escaso tiempo olvidaron sin remordimiento. Multiplicóse la soberbia de los avalonenses, con tanta cosecha de gestas y bizarrías, a consecuencia de lo cual Magog y Gog fueron solicitados casi a diario en el campo de los torneos, del que regresaban a los pesebres pinchados, lisiados, tuertos y con la ira redoblada, que los silbidos y las coplas de Dindi sólo a medias conseguían apaciguar.

A esa altura de mi prolongadísima permanencia, empecé a entender que mi estada en Avalón corría el riesgo de estirarse eternamente, lo que, si bien se mira, no tenía razón de ser. Allí la sobrevivencia se convertía en repeticiones de los papeles, con apenas alguna simple modificación de los elencos y argumentos: Launcelot se enamoró de Oriana, y Amadís de Guenever; sanó Arthur, pero tan acostumbrado estaba a la camilla, que no la abandonó, y postrado recibía visitantes; Oliver derribó a Florismarte, y Florismarte derribó a Olivier; Roldan venció a Gog, y fue coronado de lirios; Sir Galahad venció a Magog, y fue coronado de rosas; Carlomagno mató, en una cacería, veinticinco ciervos, y dos jabalíes; en una cacería, Esplandián mató dos ciervos y veinticinco jabalíes, etc. Quizá manipulado por los ingleses, maestros supremos en la materia, el tedio, el spleen, se fue apoderando de la isla, aunque exteriormente nada había cambiado, y los asiduos, bajo los toldos de color naranja, continuaban apreciando, desde las terrazas de los palacios-hoteles, el cotidiano ondular de la gente, de las palmeras y del mar. Pero el tedio se había afincado allí, y era una forma de elegancia a cuyo acatamiento me negué. Me apliqué, en cambio, con la máxima intensidad de la cual soy capaz, a transmitirle a Dindi lo que pensaba: «Hay que partir, tenemos que partir, tenemos que irnos, es inútil y estúpido quedarse en la isla, por glorioso que parezca, tenemos que irnos..., que irnos...» Debajo de la cartela, del cartouche con el jeroglífico de la adorada Reina Nefertari, oír latir su corazón, y entonces intensificaba mi prédica separatista. ¿Me saldría yo con la mía, alcanzando el portento de que me oyese y aceptara? ¿Aceptaría largarse? Durante semanas, durante meses (lo mido así, no obstante que allá, donde todo era ilusión, también lo era el tiempo), insistí, enviando mudos y vehementes mensajes hacia arriba, hacia el rostro de lechuga de Dindi y su caperuza de perejil, y hacia adentro, hacia su corazón de repollo. Hasta que fueron recompensados mis esfuerzos, pues advertí que se afirmaba una evolución en su personalidad. Lo sentí más tenso y más inquieto; su sangre, de súbito, golpeaba en el verde ramaje de sus venas.

Y un día, conmigo, su inseparable, su amuleto, descendió a la playa de los esquifes, apartó una barca de tamaño regular, provista de una sola y cuadrada vela, y la escondió en los juncles. ¡Ay, cuánto hubiera deseado poder brincar sobre su pecho y manifestarle mi gratitud! ¡Nos iríamos, por Hathor y por San Eloy, nos iríamos de Avalón, Limbo de la Caballería, archivo de pergaminos y de lentejuelas!

Las brumas propias del canal que señala la frontera entre Inglaterra y Francia, se elevaban, vacilaban, ya arrojando la isla de los encantamientos, ya desflecándose sobre sus colinas, sus arboledas y sus torres. Doquier, en los bosques de robles y abedules, por la margen de cuyos arroyos caminan los sauces nocturnos, resonaban los cuernos de caza y se levantaba el vuelo de los duros halcones. Presentí que había que aguardar y aguardé. Súbitamente vinieron al corral, en las primeras horas de la mañana, los escuderos de Godofredo de Anjou y de Sir Sagramour, el hermosísimo de Constantinopla,

a contratar con Dindi el alquiler del dragón Rojo y del dragón Amarillo, con quienes sus señores deseaban medir sus fuerzas, para ofrecerles los triunfos, Godofredo a la reina Guenever, y Sagramour al hada Thiten. La contratación se reducía a suministrar el forraje y los frascos y vendas de la botica, exigidos según el resultado. Maguer la niebla, hermana estética del opaco spleen (¡la divina, la maravillosa niebla!), se decidió que los encuentros tuviesen lugar al mediodía siguiente. Y allá nos fuimos, el siguiente mediodía, Dindi, Gog, Magog y yo. Los dragones meneaban las coléricas cabezotas, escupiendo de vez en vez una llama, estornudando unas centellas, y la bruma tendía sus cendales encima de los baldaquines escarlatas que cobijaban a las hadas y a las diversas Cortes, cuando ingresamos en el campo. ¡Cuánto armiño, cuánta marta cibelina, cuánta ardilla de Moscovia, cuánto zorro escandinavo abrigaba a las bellas y a los bellos, que hablaban metafórica y fatigadamente de amor! Balanceábanse los cónicos capirotes femeninos, como móviles cúspides arquitectónicas; sonreía, atristada, la aristocrática educación de los señores. ¡Cuánta buena raza y cuánto chic! Carlomagno y Arthur, sentados juntos, pues lo misino significaba el Duque de Anjou para el Emperador, que Sagramour le Desirus para el Rey, compartían un amplio, un magnífico plaid de Escocia, que les tapaba las piernas.

Vibraron las trompetas, clamaron los cuernos de aurochs y los marfiles de elefantes. Por un lado, entraron en la liza los dos gigantescos dragones, tropezando y llameando torpemente; entraron por el otro los dos caballeros, cubiertos de metal de la cabeza a los pies, haciendo zapatear a los corceles, también bardados con áureos hierros, y unos y otros tan plumíferos que a la distancia parecían dos aves de lujo, optando a un premio en una exposición (y acaso lo fueran). Reiteróse el trompeteo; silbó afinadamente Dindi, y así se inició el desafío. Fue en ese instante cuando le oí murmurar al Verde:

—¡Enhorabuena! ¡No está Zillenik!

Y recordé que Zillenik se llamaba el hada que con embaucadoras artes había capturado a Gog y a Magog, los trajo a la isla y los confió a la domesticación y celo de Dindi.

Entretanto se había agravado la niebla, con tal rigor que de no mediar la iluminación suministrada por los buenos dragones, nada se hubiera percibido del combate. Desaparecieron los banderines y los doseles de seda; apagóse el cabrilleo de las alhajas y de las vestiduras. Aislados en el centro de una nube, como si luchasen en una caverna, los endriagos y sus retadores resplandecían a modo de una hoguera bramadora, atizada por las armas y los zarpazos. Dindi estaba detrás de la valla que definía el perímetro del campo; desde allí, con silbidos modulados y repetidos, dirigía por control remoto al Amarillo y al Rojo. Brotaban de las tribunas los aplausos y vítores, a cada éxito de Godofredo y de Sagramour, y los abucheos y siseos con los cuales desacreditaban cada tanto a favor de Gog y de Magog. De cualquier manera, se sabía desde antes del principio, en quiénes recaería la victoria. Pero súbitamente el duende dejó de silbar. Encorvado, protegida su verdura por la oscuridad y por el follaje, corría, corría, derrotando con sus larguísimas piernas los fosos y cercos. Yo bailoteaba encima de su costillar angosto. Al vadear un arroyuelo a tientas, adiviné que íbamos hacia el palacio de Morgana.

Numerosas veces habíamos concurrido allí, pues la Reina de Avalón solía convocar al duende, si organizaba una fiesta que requiriera la ornamental presencia de los dragones. En esas oportunidades nos daba audiencia en su lecho, rodeada por las hadas menores y las azafatas, e invariablemente ostentaba en la mano una pluma de ganso, con la cual anotaba sus órdenes e ideas, y en la otra un volumen muy sobado, que mi ingenuidad supuso ser un recetario de cocina, pero que resultó nada menos que el Gran Libro" de Merlín, en el cual Morgana apuntara los múltiples conjuros, filtros y bebedizos que el mago le dictaba sucesivamente. Era ese libro lo que buscaba Dindi; y lo obtuvo, debajo del morgánico lecho, porque tanto interés y curiosidad despertaron los duelos de ese día, por la hermosura de Sagramour y por la arrogancia del Duque, que no obstante que se descartaba el resultado, lo cual excluía la atracción de las apuestas, la mayoría de las damas, los servidores, los espoliques y los guardias había abandonado el palacio, circunstancialmente de cristal, a fin de no perder el encuentro. Gracias, pues, a la

deportiva excitación provocada por las vedettes caballerescas, pudo Dindi continuar su carrera, con el libraco debajo de mí, firme sobre el pecho, orientándose hacia la barca oculta.

Era tiempo; en la palestra se habían abierto las puertas del pandemónium, y soplaban un huracán de bufidos, gritos y quejumbres, en cuya algarabía era fácil reconocer el baladro de los desconcertados y liberados Gog y Magog, entregados ahora a la alegría de morder y de arañar; los ayes de los también desconcertados Godofredo y Sagramour; el desgañitarse de Morgana, que reclamaba a Dindi y mandaba que en seguida le trajesen el Libro de Merlín; los relinchos lujuriosos de los centauros y los faunos, huidos de la servidumbre eglógica de los parques, y abalanzados sobre las doncellas, en las heráldicas graderías; las proclamas aflautadas de los gnomos, que reivindicaban un régimen democrático; y el aullar agudo de Urganda la Desconocida, quejosa de que le habían robado el capirote, el cucurucho francés.

Izó el duende la vela de humo; púsose a remar en la negrura, y nos encomendamos a la casualidad, mientras nos internábamos en la mar inquieta, a cuyas aguas arrojó el Verde el mágico infolio, sin el socorro del cual Morgana no podría ni disipar la niebla, ni poner freno a los monstruos, ni, quizás, descubrirnos. Así nos alejamos de la isla encantada, perdida en lo tenebroso, de la cual sólo era posible avistar, allende los biombos de árboles, la crepitación iracunda de los dragones y sus dobles chispazos azufrados y púrpuras. Si por alguien lo sentí fue por el fino Sagramour, el constantinopolitano, a quien seguramente lo estarían desconstantinopolizando en esos momentos, y quien lo desconstantinopolizaría, Gog o Magog, sería sin lugar a dudas un excelente desconstantinopolizador. Pero no alcanzaba el tiempo para lamentar nada, porque volaban ya, encima de nosotros, las hadas enfurecidas, tan próximas que Dindi soltó los remos y nos confió, silenciosamente, al oleaje. Pasaban a palmos de nuestra vela, tratando de arrancar con su aleteo andrajos de bruma, y graznaban como aves agoreras, requiriendo, imperativas, el Gran Libro de Merlín, el Gran Libro, cuando el Gran Libro había naufragado atrás en el secreto de la espuma.

—¡Tenemos que recordar —ladró la frenética Morgana— el conjuro que impedirá que el miserable duende llegue a tierra! ¡Hay uno!

—¡Hay uno!, ¡hay uno! —cacareó el coro de las demás, y nosotros oímos, dentro de la dramática lobreguez, el ir y venir de los ciegos seres aéreos, que presentían, que husmeaban acaso nuestra cercanía, y cuyas ráfagas atravesaban aquí y allá, la cerrazón invulnerable.

Empezaron a masticar palabras extrañas, arábigas, hebreas o asirias, a rechazarlas y a recogerlas. Se habían distanciado, calculando tal vez que si sobrepasaban el colchón nuboso lograrían deshacerlo, pero la niebla, con ser su materia liviana, podía más, y Dindi lo aprovechó para empuñar los remos nuevamente y seguir adelante, seguir. No logró prolongarlo, porque a poco el batallón volante estaba de vuelta, chillando como si lo compusiese una bandada de rabiosos murciélagos. ¡Que distintas serían, en los minutos atroces en que la ira y la impotencia descomponía sus rasgos, de las gráciles, frágiles hadas seductoras que nos acariciaban en Avalón; de Mazaé, cuando besaba a Dindi, de Thiten, cuando enamoraba a Sagramour! Era preferible no verlas; recordarlas siempre como un vuelo de mariposas, como una alegoría victoriana del amor señoril. Ni pensar tampoco en cuál sería el destino de su isla, sin el auxilio del brujo timonel. Comprobamos que en la altura habían reconquistado, vocablo a vocablo, la maléfica invocación destructora, y que les faltaba una última palabra, un mínimo terminacho hechiceresco, para completar la fórmula. Lo hallaron en el instante en que la proa de la barca rozó unas rocas y se hundió en lo que debía ser la molicie de un médano, no sabíamos si en Bretaña o en Normandía. Hallaron el conjuro y lo vociferaron, atronando la paz de los acantilados y provocando el imprevisto y bullicioso remontar de las gaviotas. Dindi acertó a levantarse y a saltar en la playa. Pero era tarde; las hadas vencedoras recitaban el recuperado texto de Merlín, y advertí que mi querido Dindi se desintegraba, se esfumaba, como se esfumaba el aro de oro que labró para mí y que, sin apoyo, solo, desvalido, aterrado, el Escarabajo de Nefertari caía en la arena.

7. LOS SOÑADORES

En la arena quedé largamente, semihundido, quejándome de la pérdida de Dindi, de la que me sentía culpable, pues sólo yo había provocado nuestra fuga de Avalón. Ciertas tardes, mientras el aire se tornaba, durante unos minutos, rosado y verde, creía verlo cruzar, brincando en las rocas con sus largas piernas, agitada la caperuza, pero me desilusionaba pronto, al advertir que sus verdes se deshacían en la sombra. La arena vagabunda me cubría y me descubría; yo aguardaba, ignorando qué, y entretanto el paisaje me ofrecía la visión del mar súbitamente embravecido, que estrellaba su espumosa cólera contra las peñas, o súbitamente sereno y soñoliento, como olvidado de ser mar, y me proponía meditaciones nada originales, sobre la vida y sus mudanzas. Por fin, al cabo de una quincena, una niña que buscaba conchillas y caracoles para armar un collarcito, me desenterró en la pequeña playa, y ahí empezó, de mano en mano y de siglo en siglo, la ronda que me conduciría a Verona.

La niña me entregó a su madre, la cual, estúpidamente espantada, me entregó a su confesor, de quien pasé, en el Mont Saint-Michel y entre andamiajes, al Abad benedictino, que me zambulló en la consabida agua bendita y me vendió a una noble señora, pues necesitaba dinero para proseguir la obra del monasterio; la susodicha noble y madura señora (versión medieval de Mrs. Vanbruck) me entregó a su juvenil amante; del amante me heredó su esposa, luego su hijo, luego su nieta, una monjita que me hizo el honor de creer que yo había sido elaborado por el Diablo, y me dio a su Obispo, que previa inmersión en el agua santa acostumbrada no supo qué hacer conmigo y me metió en un cajón; de donde, años más tarde, me sacó, añadiéndome a sus bienes, un sacristán, que me legó a su querida, que me legó a su hermano, a quien me arrebató un amigo muy maquillado y demasiado íntimo, el que, lustros después pesaroso de una existencia pecadora, me donó a la imagen negra de las Santas Marías del Mar; a la cual me robó un gitano que, extrañamente, no era supersticioso, pero que debiera haberlo sido, pues concluyó con un cuchillo gitano en el vientre; cuyo acuchillador me vendió a un caballero que coleccionaba rarezas, quien a su turno me brindó a una doncella que en una farsa representaba a la perfección el papel de Virgen Loca; la cual Loca, harta del caballero, me empeñó y no me retiró, de modo que fui comprado por un barbero poeta, que en Roma (ya estaba en Roma) me hizo montar una vez más en sortija, con sobrio engarce de oro bajo, y me lució mientras rasuraba mandíbulas y reducía pelambres, hasta que un día se entretuvo y me dejó un instante en un platillo; de cuya superficie me escurrieron los dedos hábiles de un cliente que conmigo disparó, pero lo secundé poco, porque transcurrido un mes, en Verona y en la posada mísera donde se albergaba, se apropió de mí un malandrín, quien me confió a su socio para que me vendiera, cosa que éste logró en el portal de la basílica de San Zeno.

Debo decir que ninguno de los mentados, beatos o bandidos, señores o plebeyos, con ser tan numerosos, poseyó un interés suficiente para que mi atención discursadora se detenga hoy en él. El más sustancial del lote, incluyendo al Obispo que compuso un inhallable análisis de los cuatro tratados de San Dionisio Aeropagita, fue el barbero frecuentador de estrofas, pero su breve obra tampoco merece que le dedique demasiado espacio. Tras la fantasía suntuosa de Avalón y el vecindario de Arthur, Roldan, Sir Launcelot, Amadís, Dindi, Morgana, Gog y Magog, resultaban opacos los mayores personajes, y no obstante el insensato tedio que allí, ahito de maravillas, me afligió,

dolíame la nostalgia de la isla encantada, al cotejar su imaginativa hermosura con el mediocre ritmo de la llamada vida real. Hubo que esperar a que apareciera el viejo condottiero Giovanni di Férula en el atrio de San Zeno, para que con él participase en la composición de un cuadro estético y psicológico que a mi juicio es digno de permanecer en la memoria.

El guerrero acusaba a la sazón sesenta y nueve años, y en verdad cargaría cuatro o cinco más. Era sumamente bizarro, y cuando se lo toleraba el reumatismo, manejaba con marcial soltura su cuerpo todavía espigado y nervioso. En ocasiones se distraía (porque de lo contrario su mirada, al girar de repente la cabeza, parecía o trataba de parecer la de un halcón altanero), y en esos momentos de descuido sus ojos oscuros se tornaban dormilones y calmos. Tardé semanas en rastrear en mis recuerdos los otros ojos que los del sufrido soldado me evocaban, hasta que por fin los ubiqué: eran idénticos a los ojos soñadores de los Osiris pintados en la sala del Sarcófago de la tumba de Nefertari; y esa circunstancia, no bien asocié las imágenes heterogéneas, encendió más aún el afecto especial que me inspiraba el condottiero, desde que el ladrón apoyado en uno de los leones marmóreos del pórtico de la basílica, me deslizó en el rugoso anular derecho de dicho Micer Giovanni di Férula, a cambio de dos monedas de plata.

¿He referido antes que yo dominaba a la sazón la ciencia misteriosa de las líneas de la mano? La había visto practicar desde tiempos muy antiguos, y Yerko, el cingaro que raptó a la obesa, la enorme Zoe, de la finca de los Exacustodios, sobresalía en ese arte sensible. Así que en cuanto estuve en la diestra de Micer Giovanni, supe por los dibujos que en su palma se extendían, como una hidrográfica red en un mapa, que el condottiero, aunque lo disimulase con desplantes fanfarrones, era un hombre indeciso; que la línea de su existencia pronto iba a llegar a su término; y que en esa mano faltaban totalmente, desoladamente, del principio al final, los signos indicadores del triunfo. Tal vez fue la certidumbre enternecedora de su fracaso, sumada a la reminiscencia de mi Reina bienamada, lo que más me atrajo en él, puesto que su quebranto disfrazado de firmeza lo acercó a mis propias debilidades jactanciosas.

La biografía de Giovanni di Férula se enlaza ajustadísimo con la del gran condottiero Uguccione della Faggiuola, a quien no tuve la honra de conocer, porque había muerto años antes de que Micer Giovanni se cruzase en mi camino, pero cuyo nombre prestigioso no se le caía a éste de los labios. Habían sido inseparables, y aunque mi nuevo amo era apenas menor que el célebre Uguccione, nunca consiguió superarlo, ni igualarlo, ni pasó de actuar como uno de sus subalternos, cada vez que el jefe contrataba con una de las facciones en guerra la prestación de sus servicios profesionales y los de su hueste mercenaria. La vida de Micer Giovanni fue, pues, la típica vida de aquellos que alquilaban la suya, ya a favor de los gibelinos, partidarios del Emperador, ya a la de los güelfos, partidarios del Papa, y que según su conveniencia cambiaban de bando, sólo que no avanzó de la tercera o cuarta fila, ni supo aprovechar ese zigzagado de la Economía aliada a la Guerra o, por expresarlo menos crudamente, esa alianza de Mercurio y de Marte, hasta que desembocó en la vejez pobre, maltratado, y empero aún capaz de levantar la voz ronca y de teatralizar una escena petulante, como desafío fugaz al Destino adverso. Hubiera sido insoportable, de no contribuir a su personalidad, como dije, cierto elemento ingenuo, que de repente en su distracción lo rejuvenecía, y que mostraba cuan vulnerable era, en verdad, aquel aparente bravucón. Por supuesto y muy aisladamente, había gozado de algunos períodos de bienandanza, en las épocas propicias en que Uguccione se desempeñó como Podestá de Arezzo y de Pisa o como Vicario de Genova, pero ninguna de esas vueltas se ingenió para recoger los frutos que asegurarían la holgura de su ancianidad. Luego, al tiempo en que la Desgracia asomó su negro rostro en el campo de su jefe, ella se ensañó también contra el leal Giovanni, viudo ya y desparramados sus hijos legítimos y naturales. Fue el período último del condottiero Uguccione, en que, hostigado por los de Pisa y los de Lucca, que odiaban su elocuencia engañadora, su lujo desenfrenado y el rigor de sus tributos y empréstitos forzosos, no le quedó más remedio que ampararse en la corte del Señorío de Verona. Allí lo siguió Giovanni, y lo siguió también —lo cual es más singular— el desterrado poeta Dante Alighieri, el glorioso vagabundo, quien suponía a Uguccione capaz de echar a los güelfos

de Florencia, y de asegurar la apoteosis de su retorno a la patria. Nada de lo calculado aconteció: murió Ugguccione; Dante aceptó la invitación de Guido Novello, señor de Ravena, de ser su huésped y enseñar Poesía en la flamante universidad; y Giovanni, desconcertado, extraviado luego del fallecimiento imprevisto de su guía y del desbande de sus secuaces, optó asimismo por tomar el camino de Ravena, que nutría su decadencia de memorias fastuosas, mezclando el tesoro de sus mármoles y sus mosaicos antiguos con la fortificada tosquedad de su actual aparato bélico. El subordinado de Ugguccione, valiéndose de la nombradía de éste, ofreció inútilmente sus servicios al Príncipe, quien acaso lo juzgó incapaz de elaborar planes y de organizar campañas, y Micer Giovanni vegetó madurando vagas expectativas, hasta que de repente Guido Novello se acordó de él y lo mandó llamar. No era, como Di Férula anhelaba, para poner bajo su mando una mesnada que lucharía contra algún tirano vecino. Habíasele ocurrido al señor de Ravena, evidentemente para sacarse de encima al pedigüeño fastidioso, agregarlo a la embajada que Dante conduciría a Venecia, a fin de ocuparse de lo más contrario a lo que el condottiero consagrara hasta ese día sus esfuerzos: de evitar la guerra entre Ravena y la República Serenísima. Y allá se fue Giovanni di Férula, escoltando con negociadores sagaces, con prelados y con otros hombres de armas, a la macilenta, encorvada, espiritada figura del Alighieri, quien viajaba en busca de aquello que sin lograrlo había perseguido desde la juventud: en busca de paz.

¿Qué lo habrá inducido a Giovanni a adquirirme, el día que precedió a la partida? No le sobraba el dinero: por el contrario, le hacía mucha falta. Tengo presente el garbo estudiado, medido, de su silueta, en el instante en que frente a mí se paró en el portal de San Zeno a donde había ido a agradecer su providencial designación. El sol hacía espejear las mallas de su cota y las empuñaduras de sus puñales; brillaba la ondulación de sus ralos cabellos grises; servíanle de fondo unas cúpulas, los arcos de un puente y las torres macizas del castillo de los Escalígeros. Se inclinó a tocarme, al tiempo que palpaba la medalla de San Juan Bautista que pendía de su muñeca y, en medio del borbotón de elogios que el pillastre vendedor me prodigaba, me compró sin regatear. ¿Habrá pensado que el Escarabajo, ofrecido en la hora oportuna, robustecería su suerte? ¿Me atribuía poderes secretos? Dio por mí las dos monedas de plata que le quedaban. Pero ni la buena ni la mala suerte dependen de mí. Cada humano es el artífice de su propio destino, y mis poseedores, según les fuese en la terrena peregrinación, le asignaron a mi presencia influjos benignos o aciagos. Nada hice, nada pude hacer, en un sentido o en el opuesto. Traté de transmitir a quien me llevaba, si lo amé, una forma de aliento y de calor, el contacto de una compañía sincera. Eso es todo. En cuanto a Giovanni di Férula, le había ido y le iba mal; a su desventura la fui averiguando a medida que la intimidad creció entre nosotros y que me enteré de su historia.

La embajada cumplió su política gestión, pero el retorno de los emisarios tuvo consecuencias fatales. Es difícil explicarse las razones por las cuales, concluido el acuerdo, el Dux Soranzo rehusó facilitar a los plenipotenciarios una nave que los devolvería sin inconvenientes a Ravena, e ignoro si habrá que atribuirlo a celos ruines causados por el desenlace de las gestiones. Esa desconsideración los obligó a viajar penosamente, a etapas cortas, atravesando una zona que infestaban los pantanos insalubres, en la estación en que pululaban los mosquitos conductores de la malaria. Un mes después, ya de vuelta en Ravena, expiró Dante, y se lo ensalzó con discursos y funerales magníficos. También enfermó Giovanni, y si bien lo salvó su resistencia curtida, el siguiente lapso en que se debatió allí fue desmejorando, víctima de los reumatismos y convulsivas toses, que combatía afectando un empaque y un vigor engañosos.

Sin embargo su participación en la embajada ante la Serenísima —dentro de la cual no le cupo ninguna tarea— culminó para él en un efecto práctico, tan inesperado como provechoso. En Venecia y en circunstancias que después detallaré, trabó relación con Andrea Polo, hermano menor de Marco, el preclaro navegante, y a ello debió los beneficios que facilitaron, cuando oscilaba al borde de la ruina total, su postrer temporada en el mundo. Era el nombrado Andrea un solterón casi septuagenario, que vivía en el palacio familiar de la calle de San Giovanni Grisostomo, frontero a la plazuela

llamada, desde que Marco tornó de Oriente relatando prodigios, «del Millioni», y fue excepcional que Di Férula y él se encontrasen, porque rarísimamente abandonaba aquel refugio atiborrado de remembranzas exóticas. Se encontraron, pues, y entre ambos se estableció una insólita simpatía, resultando del hecho de que, en cierto modo, se completaban y armonizaban: Andrea Polo era sobradamente rico, y Giovanni di Férula ejemplarmente pobre; el primero, desde la niñez, lejos de su padre, su tío y su hermano, que vagaban por tierras asiáticas, se sintió acechado y en peligro, y no podía dominar un miedo irracional que se manifestaba en bruscos temblores; en tanto que el segundo estaba habituado, desde siempre, a arriesgar el pellejo en pro de causas o de personas que a menudo desconocía o no entendía por entero; y finalmente ambos descollaban por ilusos y por una común inseguridad, que en Andrea se translucía sin que le fuese dado ocultarla, y que Giovanni disfrazaba tras la máscara del desenfado, y la copia estilística no muy feliz del mandón Ugguccione.

En el antiguo palacio, el vínculo singular que unió a Micer Andrea y Micer Giovanni, se estrechó hasta el punto en que los dos se habrán preguntado cómo habían podido vivir hasta entonces separadamente.

Formaron una curiosa pareja de ancianos, en la que Andrea parecía el mayor, pues lo habían avejentado y destruido las aprensiones y desasosiegos que suelen acarrear la soledad y la riqueza, en tanto que Giovanni di Férula se había visto obligado, para subsistir encarando condiciones muy duras, a representar una parodia de juventud que se reflejaba en la gallardía artificial de su porte. Sentados frente a frente, friolentemente cubiertos de lanas, Giovanni con el inútil espadón entre las piernas, charlaban durante horas. Por la tarde, agregábaseles Donna Pia Morosini, parienta remota y amiga de la infancia de Andrea, y la pareja se transformaba en un terceto cotidiano, pues la imponente señora prolongó la costumbre de visitar a Andrea, y ahora a Andrea y a Giovanni, todos los días, y de contribuir a la conversación, delante del fuego que ardía en verano y en invierno, con la esperanza de aplacar la humedad que trepaba por las paredes, y que se infiltraba en los huesos, desatando las carrasperas y rezongos de los tres.

¡Cuánto tiempo ha transcurrido desde aquellos años! No obstante, mi memoria fotográfica me permite rever la escena repetida, con diáfana claridad. Sobre la chimenea y sus leños crepitantes, fulge la Tabla de Oro, entregada a los Polo, a su regreso, por Kublai Khan. Emperador de Asia, que ennoblece la inscripción afirmadora de su amparo a los portadores, y ordena la ayuda de los países que atravesasen, en favor de quienes, más que la de mercaderes prósperos, ostentaban la jerarquía de miembros de una misión diplomática extraordinariamente conspicua. Está allí la áurea lámina, brillando, como un escudo que adornan signos misteriosos. En torno, el baile de las llamas pincela de púrpura y amarillo la lívida faz angulosa de Micer Andrea Polo, desfigurada por los tics constantes que le fruncen la afilada nariz y le multiplican los guiños escudriñadores de penumbras, bajo el gorro de piel de marmota. Luego de jugar con los dibujos grises y plateados de su gruesa túnica, sobre la cual culebrea un dragón color turquesa, los movedizos pinceles detiéndense en la alta, hierática figura de Donna Pia Morosini, que estira hacia el fuego las desnudas manos secas. La señora tiñe de rojo su cabello, que debe de ser blanco, y eso acentúa la dramática palidez de sus ojos pequeños: un rostro que se destaca sobre lo sombrío de la ropa, ceñida a su cuerpo flaco, de largos huesos, y que animan varios collares de bolas de oro y de ámbar, pese a las restrictivas leyes suntuarias del Gran Consejo. Mas a Donna Pia Morosini, que goza ya de dos Dux en su genealogía, uno de ellos Duque de Candía, de un Patriarca de Constantinopla y de un Roger Morosini que con sus naves se atrevió a amenazar al Emperador bizantino, no le importan las oficiales limitaciones, tanto es así que la cola de su vestido alcanza una longitud de dos brazos, en lugar de uno, como dispone la ley que tan a menudo alteran: para algo desempeña muy honoríficas tareas en Palacio, junto a la esposa del Dux, la Dogaresa Donna Franceschina. Cierra la semicircunferencia trazada alrededor de los troncos humeantes, Micer Giovanni di Férula, en cuya faz bruñida por los soles y los vientos, el flamígero pincel delinea arrugas amargas, ilumina unas pupilas oscuras, de un candor casi infantil, y termina divirtiéndose con el diseño florido de la hopalanda

bermeja, regalo de Andrea Polo, y lustrando la empuñadura del arma, en la cual se enclavijan las dos manos callosas del condottiero, y en la que yo, el Escarabajo, el testigo, lanzo, si el viejo mueve la diestra, un rayo veloz, exquisitamente azul.

Ciertamente conversan, pero lo que en rigor hace cada uno es hablar de sí mismo, y sus monólogos entrelazados, que interceptan el resuello y la tos, concretan un deshilvanado diálogo, al parecer de un interés intenso, cuya efectiva atracción deriva de lo mucho que se preocupan los tres por sus propias y respectivas personalidades. Pude percatarme en el curso de las tertulias que los reunían, de que los fragmentos autobiográficos elaborados por Andrea, Pia y Giovanni, aunque fundados en determinadas noticias auténticas, deformaban tanto la verdad que habían concluido por dar origen a otra verdad inexistente, en la cual sus distintos tramadores terminaron creyendo, a pesar de lo fantasiosa y arbitraria que fuera, y de que cada uno se esforzaba, al transmitírsela a sus interlocutores, por convencerlos naturalmente de su exactitud, cosa que éstos aceptaban sin discutir, a cambio de ser, a su vez, espontáneamente creídos. La intercambiada aceptación de las extravagancias del terceto, determinó su honda felicidad. Aislados en la atmósfera de sus compartidos sueños, los dos caballeros y la dama usufructuaban una beatitud absoluta, lo cual hacía que en cuanto debían, como consecuencia de la diversidad de sus obligaciones, separarse y afrontar las alternativas de la realidad áspera, a la que consideraban injusta y errónea, anhelaban el instante en que tornarían a encontrarse y en que, como tres tejedores que juntos urden las mágicas fábulas de un tapiz, volverían a tejer su paño precioso de soñadores.

Chapoteaba el agua del río San Giovanni Grisostomo, contra las roídas paredes del palacio. De tanto en tanto, pasaba una góndola de proa rostrada, al impulso de doce remos, o un despacioso lanchon agobiado bajo la paja para las bestias, pero ni los gritos de los hombres, si se rozaban los rechinantes costados de las embarcaciones, ni los golpes que las mismas, trabadas, daban a la esquina de la casa de Polo, conseguían desviar a los conversadores de las alucinaciones grandiosas en cuya descripción insistían, como hipnotizados. Me costó penetrar en sus mentes, y aislar en ellas lo fraguado de lo que no lo era: he aquí lo que al cabo de bastante tiempo deduje, con referencia a Andrea, Giovanni y Pia, uno por uno.

Cuando Nicpló y Maffeo Polo, padre y tío de Andrea, se repatriaron, después de su primer viaje, ocupáronse inmediatamente de preparar el segundo, ajeteo que les exigió un par de años, aplicados a la acumulación de mercaderías, de acuerdo con los contactos establecidos con sus agencias de Constantinopla y de Sudak, hasta que emprendieron de nuevo la larguísima expedición, con la Tabla de Oro por imperial pasaporte, y Marco, hijo del uno y sobrino del otro, como flamante agregado a la riesgosa aventura. Marco contaba diecisiete años; detrás quedaba nuestro Andrea, de doce, a cargo de una tía, pues había muerto la madre de los dos. Desde su partida, Andrea vivió para aguardarlos. Escuálido, endeble, neurótico, apartado de toda relación externa, esperaba sus noticias. Llegaron éstas al principio, espaciadas y cortas, retransmitidas por otro tío, radicado en Sudak, y Andrea se enteró de que sus parientes habían atravesado las desolaciones de Persia, de su visita a las tumbas de los Reyes Magos (los que en el Pesebre adoraron a Dios), y de la grave enfermedad de Marco, que durante un año obligó a los Polo a detenerse para que se recuperara, gozando del clima saludable de Balkh, de Badakhshan. Pero aquí es menester que yo también me detenga, porque el Badakhshan de Marco Polo, ¡oh Khepri!, es el mío natal, y él se refería en sus cartas, como más tarde en su libro, a las dulces montañas arboladas de donde se extrae el lapislázuli más fino del mundo, que seguramente, como los rubíes, tuvo por efecto la extensa estadía de los comerciantes en la región. La correspondencia se truncó, en momentos en que Marco anunciaba el ascenso a la meseta de Pamir, y el siguiente propósito de atravesar el atroz desierto de Gobi. Fue hacia entonces que dejó de existir el tío de Sudak, el intermediario, y que Andrea, separado por completo de los suyos, quedó abandonado en el caserón, con la tía cegata, decrepita, escuchando, en medio de los pavores nocturnos, los aletazos, topetamos y azotes del agua infatigable que batía las tapias, e irguiéndose súbitamente en el lecho, cuando las exclamaciones obscenas de un borracho, o el galope estrepitoso

de adinerados donceles que andaban de juerga (en aquella Venecia con caballos, inconcebible), estremecían la plazuela y el canal. Sus ojos se dilatarían, horadando la negrura, y su pensamiento volaría hacia los ausentes, clamando por su vuelta. Ignoraba que tardarían tres años y medio en llegar a la residencia veraniega del Emperador, y que no los verían en Venecia hasta que hubiesen transcurrido veintiséis. ¡Veintiséis años! Mientras pasaban, lentísimamente, Andrea Polo improvisaba ficciones, sobre la base de las cartas escasas que recibiera, y de lo que recordaba de los relatos acerca de Kublai Khan y su Corte, en la lueña Cambaluc, la futura Pekín, que oyera a los viejos Polo. Su retraimiento, intensificado por el deceso de su tía, por la pobreza de su constitución, no plenamente normal, y por quiméricas inspiraciones, cuyos rasgos peculiares se acentuaron a medida que el tiempo corría, contribuyó lustro a lustro al vacilar de su *razón*, y a que en la soledad de la Cá Polo, alimentada con peregrinas imágenes y lecturas, Andrea diera cabo a su desvarío, persuadiéndose de que él también había participado del viaje maravilloso, aún más, de que acaso era su único sobreviviente, porque nada sabía de los demás, perdidos en comarcas de nombres imposibles. Y como con nadie se trataba, fuera de sus criados, nadie pudo ni siquiera ensayar de desvanecer sus espejismos, iluminado por los cuales vivió, entre riquezas inexistentes y memorias descabelladas y espléndidas. La ceremonia de la sepultura de su tía en la iglesia de San Lorenzo, lo forzó a salir de su reclusión. Estaba hincado sobre las frías losas, que reposaban en fundamentos tan vetustos como Venecia, y sintió que una mano descarnada oprimía la suya. Sorprendido, reconoció a Donna Pia Morosini, compañera de su infancia en días en que las madres de ambos vivían aún. Fue así como se reanudó la heredada amistad, que periódicamente admitió la presencia de la dama en el cerrado palacio.

Era Donna Pia, a la sazón, una viuda todavía joven, sin hijos. Severa, majestuosa, nadie se hubiese atrevido a dudar de su moralidad, por el hecho de que frecuentaba a Andrea Polo, de cuyos agotamientos y chifladuras se murmuraba. Espiaban los traslados de su silla de manos, ornada con la banda de azur sobre campo de oro de los Morosini. Pertrechada en la arrogancia de su estirpe y de los grandes señores venecianos que había producido, suplía la falta de belleza y de gracia con la nobleza de los pausados modales y el aspecto patricio. Cuando la silla se mostraba en los alrededores de San Marcos, donde acudía a sus diarias devociones, el público se apartaba, y se inclinaban algunos. Sabíanla del círculo íntimo de Donna Franceschina; sabían también que, en cumplimiento de un secreto voto, acompañaba con un cirio tiritante en la diestra, los cortejos fúnebres que circulaban por la ciudad. Avanzó el tiempo, y arañaba los sesenta años, el mediodía definitivo en que vio a Dante Alighieri por primera vez: fue eso en el curso de una de las ocasiones previas a la embajada del poeta, de las cuales los especialistas rastrean los documentos. A esa altura de su existencia vacía y soberbiosa, calculo yo que lo que había minado la cordura de la señora Morosini, desequilibrándola, había sido la carencia total de amores, de los placeres higiénicos que otorga la sensualidad saciada, y que la estrecha armadura convencional que la ceñía y que se evidenciaba en el desdén acerbo de su gesto, había terminado por ahogarla, de tal manera que la pobre Donna Pia, como su pariente Andrea Polo, aunque por diferentes razones, había perdido el juicio. Eso, que no se trasuntaba en la distinción solemne de su tono, ajustó más todavía los lazos que la aliaban a Andrea. Cada uno de ellos había hallado en el otro el interlocutor ideal. Andrea aludía a sus viajes apócrifos, cuya complicada irrealidad daba por cierta, y Pia insinuaba los sentimientos apasionados que le había sugerido a Dante Alighieri; porque en eso último, en el disparate de su elucubración, se cimentaba el trastorno de la señora. Acaso el poeta la hubiese mirado, casualmente, en alguna de las recepciones; acaso le hubiese hablado, de paso, al acudir a saludar a la Dogaresa. Desconozco los detalles y confundo las costumbres. Pero me consta, por comentarios que a sus propios criados oí, que era materialmente imposible que entre Micer Dante y Donna Pia se hubiese establecido la más mínima intimidad. Nunca ocurrieron las circunstancias exigidas para ello, y por lo demás ni la edad de la dama ni su tipo, coincidían en nada con las exigencias del gusto del florentino. Tal como Andrea había imaginado sus fantásticos viajes, sin moverse de su casa, Pia Morosini

había concebido el amor del Dante por ella, y hasta llegó a decir que, entusiasmado, la llamó «Beatrice», probablemente sin que Alighieri siquiera recordase la vez fugaz en que se habían visto.

Mucho hacía que los dos amigos se confiaban sus respectivas excentricidades, exaltados, egoístas, en el asilo del salón palaciego, cuando Nicolás, Maffeo y Marco Polo volvieron a Venecia. Andrea no los esperaba ya, y sin previo aviso se presentaron. Tampoco los reconoció; ninguno los reconoció, en la ciudad. Repito que desde su partida habían corrido veintiséis años. Marco, que al despedirse tenía diecisiete, regresaba de cuarenta y tres, y tanto él como los de la generación anterior no conservaban ni un solo rasgo que los identificase. Los mayores eran dos ancianos. Por otra parte, los tres vestían de tan estrambótico y miserable modo, y hablaban un idioma tan sospechoso en el que los vocablos venecianos deformes, naufragaban bajo el alud de los términos chinos y de varias lenguas de Oriente, que la servidumbre les negó el acceso, la tarde en que llamaron a las puertas del palacio, y alborotaron a los vecinos con sus voces, proclamando que eran los Polo, Nicolás, Maffeo y Marco Polo, que estaban de vuelta y que querían entrar en su casa. Tanta bulla hicieron, que Andrea y Pia (pues aconteció esto, hallándose de visita la aristocrática Morosini) se pusieron a una ventana, para averiguar el motivo del desorden, y en la plaza que sería después «dei Millioni», avistaron vagamente a tres personajes embozados con pieles andrajosas y tocados con turbantes grotescos, como una mezcla de tártaros y de árabes maltrechos por el fatigoso andar, que insistían en su afán de ser admitidos, berreando que eran los Polo..., los Polo... los Polo... Finalmente, para evitar la propagación del escándalo, pues se juntaba gente en la plazuela, Andrea se resignó a adoptar la única posible solución, o sea ordenar que les permitiesen subir. De no haberse encontrado allí Donna Pia, lo obvio es que el timorato les hubiese negado hasta una entrevista momentánea, pero le infundió valor la presencia de una dama de traza tan eminente. ¡Los Polo! Los Polo habían muerto, sólo Dios sabe en qué fecha, en qué montaña infranqueable, en qué páramo, en qué estepa lúgubre, confundidos por el silbar de los vientos gélidos y perennes; o en una batalla, o bajo el hacha del verdugo de un príncipe sanguinario... Habían muerto, y eso no se discutía. Aquéllos no podían ser más que tres impostores. Andrea, amedrentado, se aferró a ese concepto: tres impostores y nada más, mientras oía el golpe de sus botas claveteadas, escalón a escalón, y los farsantes ascendían hacia él. No bien aparecieron en la sala, lanzó un hondo suspiro de alivio. ¡Santo Dios! Si los hubiese distinguido bien desde la altura, no hubiera tolerado que entrasen. ¡Aquellos pordioseros pretender ser los Polo, los favoritos del Gran Khan! De haber logrado volver los Polo auténticos, por milagro, lo habrían hecho con la pompa de los tres Reyes Magos a quienes Marco mencionara en sus cartas juveniles, resplandecientes de alhajas, coronados por raras diademas, arrastrando mantos de sedas multicolores y capas de pieles lujosas e ignotas, rodeados por pajes cobrizos de rasgados ojos, con perlas en los lóbulos y ajorcas en los tobillos; y traerían en las tendidas manos el orgullo de sus obsequios, las arquetas de marfil y de sándalo, tachonadas de piedras fúlgidas, los cálices de oro, las sartas de esmeraldas y de rubíes. Pero ¡estos tres desgraciados! ¡Estos mendigos tartamudeantes, que miraban a derecha e izquierda, comentando en su jerga de rufianes astutos los pormenores del aposento! Sentóse Micer Andrea con Donna Pia a su lado (ah, estas escenas las sé, punto por punto, porque ambos se las refirieron luego, sin omitir prolijidad, a mi señor Giovanni di Férula, añadiéndoles yo mis deducciones), y los extraños huéspedes quedaron de pie, como embobados al principio, víctimas sin duda del hechizo evocador de esa casa que era la suya, lo cual hizo caer en error a Andrea, acerca de lo que turbaba el ánimo de los intrusos, pues infirió que tanto la eximia Morosini como él habían impresionado, con su evidente grandeza, a los dichos pelafustanes, pero pronto se desengañó, porque bastó que levantara el tono, al dirigirse, con la máxima dignidad de que disponía, a los recién venidos, para que éstos recuperasen el aplomo, lo llamasen, ante su asombro irritado, «piccolo Andrea» y redoblasen las aclaraciones de que eran los Polo, concluyendo por abrazarlo y marearlo con los rancios olores de sus horribles atuendos. Es fácil imaginar el desagrado, la confusión y la cólera (también el miedo, en el caso de Andrea), de la

pareja señorial del palacio, ante tal demostración. Trompeteó en balde el vozarrón de Donna Pia. Ibanse los Polo de una sala a la siguiente, indicando, recuperando en la memoria, riéndose y parloteando en su lengua endiablada, y Andrea y la señora les iban detrás, con los criados, sin conseguir detenerlos, mientras de una manera simbólica tomaban posesión del palacio. Los forasteros no respondían a sus interrogatorios, ni cedían a su forcejear; se asomaban a las ventanas, trataban de ubicar los cambios en las arquitecturas, en las perspectivas, aplaudían el deslizarse de una barca abarrotada de frutas y verduras luminosas... Por fin abrazaron nuevamente al Polo segundón; le anunciaron que dentro de cuatro días darían un banquete, al que invitarían a sus familiares y a lo más granado de Venecia, y se fueron como habían llegado, con estruendo de carcajadas en la escalera, previniendo al absorto Andrea de que tuviese lista la casa para la ocasión.

El festín es famoso, y fue descrito en numerosas oportunidades. Lo que se ignora, ha sido la angustia incesante que en el curso de esos cuatro días atenazó a Andrea, y de la cual no lo defendieron los razonamientos y halagos de la Donna, quien le certificaba que todo no tenía más trascendencia que la de una típica broma veneciana, carnavalesca, perpetrada por tres simuladores que únicamente buscaron divertirse, porque pronto afluyeron los testimonios de que sus allegados y la (flor de la ciudadanía aceptaban el misterioso convite. Ni aun entonces se convenció Andrea de la realidad del asunto. Pero el cuarto día, muy temprano, fue invadida la Cá Polo por dos docenas de individuos que Andrea designó, generalizando, como «los chinos», los cuales se dedicaron silenciosamente a preparar las amplias habitaciones donde se desarrollaría la fiesta, y apenas contestaron a las preguntas y reclamos de Andrea, con chillidos de monos. A la hora prevista, fueron desembocando o descabalgando la parentela y los patricios, que asaltaron los aposentos y aturdieron a Andrea y a Pia con sus estériles averiguaciones, hasta que los tres intrigantes hicieron su aparición, lavados, peinados, perfumados, revestidos de magnífico raso carmesí, y se inició el desconcertante ágape exquisito, servido por los pajes de ojos almendrados, mientras se multiplicaban el indagar y el brujulear de los presentes, que poco a poco se rendían a la certidumbre de que ésos fuesen los verdaderos Polo. Lo reafirmó, como se sabe, la anécdota de que después del primer manjar, los anfitriones se despojaron de los ropajes, los desgarraron y para envidia general los distribuyeron entre los esclavos. Sucesivamente lucieron mantos de damasco escarlata y de terciopelo púrpura, y reprodujeron la operación, ante los atónitos comensales, hasta que por fin surgieron cubiertos con los limosneros harapos que perturbaron a Andrea la primera vez, y al rasgarlos dejaron llover, entre las orfebrerías, los postres monumentales, los cuchillos y la cera iluminadora, una cascada tan soberbia de pedrería, que su reverberación roja, azul, amarilla y verde obligó a cerrar los párpados a la deslumbrada concurrencia, y desató, desde todos los ámbitos, un segundo chorro de clamores. Los nombres de los lugares fantásticos brotaron de los labios de los Polo; de sitios que recorrieran o de que tuvieran noticia, muchos de los cuales resonaban por fin en Europa, de tal suerte que el resplandor que irradiaban las gemas se acentuó con el derivado de los relatos, y que los prodigios de Kublai Khan, nieto del invencible Genghis, amo de la Gran Muralla y del Gran Canal, dueño de dominios inmensos, dejaron boquiabierto al auditorio, sobre todo cuando, al narrar Marco, en su trabalenguas, una batalla a la cual se lanzaron los tártaros al son de enormes tambores y timbales, de repente esos instrumentos atronaron y estremecieron al palacio, y fue como si la horda lo cruzase en un relámpago de aceros y de joyas.

Andrea escuchaba, con los ojos bajos. Estaba en un extremo de la mesa desmontable, que sustentaba parte de los tesoros traídos por su padre, su tío y su hermano, los bronce de la época de la dinastía Sung, las bellas vasijas de formas arcaicas, los trípodes, las labradas representaciones de la Nube, del Dragón, de la Cigarra, de los Poderes de la Tempestad. Las lágrimas humedecían las mejillas del menor de los Polo, y los tics le torcían el semblante. Luchaba por disimular las unas y los otros; se acongojaba, en el corazón del alegre bullicio, como si fuese el único extranjero. Simultáneamente, asistía al regreso de los suyos y al desmoronarse de sus sueños, de sus invenciones.

La sensación de haber sido burlado y despojado —tan injusta— se aguzó los días subsiguientes. Los Polo no lo consultaban ni tenían en cuenta en absoluto, a él, que había sido desde la adolescencia el exclusivo señor de la casa, y que como nadie sabía de sus espectros y de sus arcanos nocturnos. La recorrían a recios trancos, dando órdenes a su servidumbre y a la de Andrea. Entonces se suspendieron de las paredes algunos finísimos brocados, con las figuras de los infaltables dragones, fénix, flores, pájaros y frutas, trazados con hilos de oro y plata en la seda; la Tabla de Oro imperial tronó sobre el fuego, con sendos vasos de porcelana de Chingtechen a los lados y con el blanco sahumerio que, siete siglos después, desde la mano enguantada de Mrs. Vanbruck, que se paseaba parpadeándole a un joven y esbelto guardián, volví a ver en el Museo del Louvre:

¡Pobre Andrea! Ahora, a su residencia acudían de continuo los ávidos por oír a su hermano explicarles cómo había gobernado una provincia, cuya capital albergaba a más de un millón y medio de familias y a cientos de miles de talleres. ¡Pobre Andrea! Marco y los viejos bogaban en el áureo espejear de la gloria y la fortuna, así que los visitantes venían no sólo atraídos por su biografía rápidamente legendaria, sino por la perspectiva de emprender negocios pingües, y el palacio se llenó de hombres sutiles y rapaces, que intercambiaban miradas ladinas, y manejaban las monedas, los ducados, acariciándolos con la misma ternura con que rozaban las telas delicadas que los esclavos de los Polo acarrearón desde Catay, desde China, pero también desde los inalcanzables puertos y ciudades que su flota primero y su caravana después, conocieran en el viaje de retorno, que los condujo al estrecho de Malaca, a Sumatra, o Ceilán, a las costas de la India, a Ormuz, y por fin, ya más fácilmente, a Tabriz, Trebisonda, Constantinopla y Negroponto. ¡Qué viaje! ¡Qué peripecias! Al cabo de quince meses, de los seiscientos expedicionarios que había al partir, apenas dieciocho pisaron el suelo de Ormuz. Los comerciantes exclamaban: «¡Oh! ¡oh! ¡ah! ¡ah!», y musitaban los nombres geográficos, musicales, como si lamiesen almíbares, mientras Marco Polo se destacaba en el medio, triunfal, exhibiendo telas, dando a respirar y a probar especias fragantes, el alcanfor, el clavo, la canela, la nuez moscada, las pimientas, el jengibre, que embalsamaban los más ocultos rincones, y que, como eróticos polvillos parecían desprenderse de las alas de los dos policromados papagayos hindúes que revoloteaban doquier. En vano se encastilló Andrea en las modestas buhardillas del palacio, que en verano ardían y se helaban en invierno: allí lo buscaron y descubrieron los aromas mezclados, picantes, furtivos, indescifrables, y el solitario se figuraba que su escondite se hallaba en la altura de una selva mágica. Hasta el refugio subió, en pos de él, la arrogancia de Donna Pia Morosini, que como su amigo execraba la irrupción grosera y petulante, desbaratadora de su ilusa intimidad, y que cada vez que volvió, al levantar el velo que le anieblaba el rostro, desprendía los jirones de telarañas que se le habían adherido en el tramo final de la tenebrosa escalera. Empero, aquella tortura, impuesta por la desazón de la propia víctima, se fue suavizando. Primero Maffeo y luego Nicolás, que con tan excluyente desdén habían tratado al sobrino y al hijo, olvidándolo en la melancolía del desván, quizás arrepentidos lo recordaron en sus testamentos, de manera que como, a poco de otorgarlos, se despidieron de este mundo, Andrea se encontró impensadamente, con que era rico, muy rico. Y luego Marco, movido por la mercantil ambición, había armado una galera para guerrear con los genoveses, quienes a su vez anhelaban apoderarse del comercio oriental, y a su bordo se había incorporado a la flota veneciana, perseguidora de la destrucción de los rivales. Hubo en Curzola un combate cruento, y la derrota abatió a los de la Serenísima: siete mil cayeron prisioneros, entre ellos Marco Polo, como consecuencia de lo cual durante un año permaneció en una cárcel genovesa. Si la ausencia alivió a su medroso hermano, hay que reconocer que a Marco tampoco le fue mal tras las rejas, pues de no haber quedado allí, sin poder trajinar ni urdir negocios, quién sabe si hoy hubiera existido su libro célebre, el que compuso en el presidio con la ayuda de un escritorzuelo de Pisa, en un francés de oil, bastante contrahecho.

Rico y libre, Andrea descendió de su guarida. Tornaba adueñarse del palacio del río San Giovanni Grisostomo. Suyo sería, hasta que el cautivo Marco reapareciera, por lo que se

entregó a la dicha de recobrarlo aposento a aposento, mirando y palpando sus tapices, sus porcelanas, sus bronce, sus lacas y sus esmaltes, como si le perteneciesen. Ya no andaban por ahí, fijándole precio a todo, los inmundos traficantes. Donna Pia, su compañera, su cómplice, igual que anteriormente, estaba junto a él, y lo secundaba en el especial empeño de rescatar lo perdido, los sueños, las quimeras, nutridas ahora por el fausto de la decoración. Caminaban, hablando de China, del Dante, de viajes, de amor, los dos ilusos el que nunca salió de Venecia y la que nunca fue amada; citaba el uno una ciudad cuyas estructuras vertían sus reflejos en el río Amarillo, y la otra citaba un verso de la «Comedia». Desde los muros, los contemplaban los tigres, las panteras, los gerifaltes, los grifos, asomados a florestas intrincadas, en las que prevalecían los bambúes del Tibet y el ébano y el áloe de Annam, en tanto que los papagayos no retenían su aletear y parlotear, como si ellos también habitasen esos bosques de seda. Y los esclavos de Marco Polo, aturdidos por la ausencia de su señor, giraban alrededor de la excelente pareja formada por los soñadores, cuyo idioma no entendían, y si al comienzo escapaban por las galerías como simios espantadizos, concluyeron por acercárseles humildemente y por descifrar y acatar sus órdenes. Aquella beatitud se completó con el hallazgo de unos textos de Marco, en los que éste había anotado varios vocabularios del imperio de Kublai, que Andrea aprendió concienzudamente, para alegría de los siervos. Todo lo mencionado contribuyó a que el menor de los Polo reconstruyese su personalidad ficticia, con tal pasión que ni siquiera pudo el retorno de Marco desmoronarla, y que, reinstalado éste en su casa y reanudada la vida habitual, con el consabido entrar y salir de los especuladores, de los comisionistas, de los consignatarios, del mundo de los mercados y de los almacenes, Andrea se limitó a retirarse, con altivo menosprecio, a sus desvanes, ahora algo mejor alhajados, donde siguió reinando al par de Donna Pia Morosini, como si fuesen dos monarcas restituidos a la dignidad de su exilio.

El destierro pasó sin que nadie lo advirtiese, aparte, quizá, de los chinos esclavos, a quienes Andrea sedujo con su amable timidez. ¿Por qué no eligió y compró otra morada entonces? ¿Por qué no se casó con Donna Pia? Sospecho que ambas eventualidades, de facilidad aparente, resultaban imposibles de afrontar, ya que nada ejercía tanto poder sobre Andrea como el palacio, la Cá Polo, del cual no se hubiera arriesgado a separarse, y si no había aprovechado la ausencia de sus deudos para contraer matrimonio con la viuda y establecerse con ella allí, era tarde ahora para tales fines. Quien lo hizo fue Marco; se casó con una vecina, y borró por completo de su mente al hermano pusilánime.

La soledad de Andrea en las buhardillas, meramente cortada por las visitas de la dama, estimuló su locura. Se sucedieron los años, y le fue costando mayores sacrificios a la artrítica y asmática señora Morosini trepar la estrecha escalera. En ocasiones, los entierros y las ceremonias a los cuales la obligaban a asistir sus promesas, tan hondamente la rendían que durante días no tornaba al palacio, donde acechábala la ansiedad de su amigo. Volvía trayendo las etiqueteras novedades de la corte ducal y la enumeración de las muertes venecianas, pero lo que interesaba a Andrea no era lo que fuera de la casa acontecía, sino lo que se desarrollaba en su interior: ¿había visto a su cuñada? ¿a Marco?, ¿atestaban siempre al palacio los entrometidos?

También golpearon a su puerta, de vez en vez, escribanos y administradores, con papeles que rehusaba firmar y con cuentas que pagaba a regañadientes. Depositaba su confianza en Donna Pia y en ninguno más, de modo que recibía únicamente a su mensajero y, despedidos sus domésticos personales, a uno de los chinos, Lung, que se había zafado del resto para ser su propio y no compartido esclavo. Con su demencia, creció su avaricia. Velaba, en el secreto del altillo, sobre un carcomido cofre que nutrían las monedas de oro y plata, una fortuna inútil como su vida. Espiaba por los ventanucos lo que alcanzaba del canal, o se acurrucaba en la escalera, para recoger los rumores que giraban en su caracol y, a medida que el tiempo se iba, fuélele aguzando el oído, al revés de lo que suele suceder, lo que le permitió distinguir nítidamente las voces de las niñas, de las tres hijas de Marco, en el runrún numérico de los que cotizaban el damasco, el raso y el velludo, o hablaban confusamente de navíos y de caravanas. Puesto de cuclillas en el piso, Lung, que era viejo, marfilino y taciturno, conversaba entre lánguidas

pausas con él, usando una jerigonza desvaída que nadie más hubiese interpretado. Estaba solo, una mañana, pues el chino había salido a adquirir con que alimentarlo, cuando de pronto se abrió la puerta, y entraron tres niñas, azoradas primero y que luego sé echaron a reír y a dar rápidas vueltas alrededor del anciano quien, hundido el gorro hasta las orejas, dormitaba en su sillón, el cual parecía flotar sobre la paja esparcida en el suelo. Mientras lo envolvían con su danza, gritábanle las pequeñas: «¡Tío Loco! ¡Tío Loco!», para por fin esfumarse ante su estupor. No podían ser sino sus sobrinas, Fantina, Bellela y Moreta (Andrea había anotado sus nombres), y fue vano que se levantara, y que tras ellas ensayara de correr con torpe indecisión, porque al asomarse en lo alto de los escalones, ni rastro quedaba de su fuga, excluidas las vocecitas disminuyentes que reiteraban:

—¡Tío Loco! ¡Tío Loco!

Aquella irrupción enajenó a Andrea, y se tradujo en brascas palpitaciones. Porfiaba, refiriéndose a ella, en los momentos más inesperados, ante Donna Pia, ante Lung, o hablando solo, y poco a poco fue exagerando la trascendencia del asunto, como si no hubiese sido una burla trivial de chicuelas, sino un insulto gravísimo, el fruto de una especie de confabulación. Durante la noche, alzabase del lecho, cauteloso, creyendo haber oído la grito agravante; abría despacio la puerta, y se inclinaba sobre el espiralado barandal, hasta que Lung, suavemente, lo devolvía a la cama. La ofuscación no cejó ni siquiera después de que las niñas se convirtieron en adolescentes y de que, fieles a la costumbre, se casaron muy jóvenes y se fueron de la casa. Infructuosamente persiguió Donna Pia los fantasmas alrededor, y concluyó por ceder y por seguirle el juego a Andrea. ¿Acaso no se lo seguía, asimismo, en lo concerniente a los imaginarios viajes? ¿Acaso él no se lo devolvía, llamándola Madonna Beatrice? Ambos engendradores de pasados inexistentes, habían instituido, en la zona más extrema y divorciada de la Cá Polo, el reino de la irrealidad, y habían reconquistado la armonía inefable, intransferible, que el retorno de Marco amenazara. Apenas si, de súbito, reaparecía la desazón que suscitaban las niñas y que trazó tan profundo surco en la emotividad de Andrea, pues no la separaba de las imágenes de vigilancia y de peligro. Por lo demás, en el desorden de su espíritu, la avaricia había terminado por asimilar arbitrariamente el episodio, a la obligación de cuidar el cofre que encerraba su heredada fortuna, a cuya inmóvil riqueza su superstición consideraba algo así como un amuleto, protector hechicero de su seguridad.

Ignoro de qué ardides se valió Donna Pia, para obtener que abandonase sus celdas, y bajase con ella hasta la pedregosa plaza de San Marcos, el día en que la cruzó la embajada de Dante Alighieri, rumbo al palacio de los Dux. Ni Andrea ni la señora comentaron posteriormente, aclarándolos a Giovanni di Férula, las estratagemas y los argumentos utilizados, así que nada sé al respecto, puesto que todo lo que conozco previo a la instalación del condottiero en la Cá Polo, deriva de esas conversaciones. Lo cierto es que lo consiguió, y que Micer Andrea Polo y Donna Pia Morosini estaban entre el público, sin duda en lugares de excepción debidos a su patricia calidad, mientras pasábamos nosotros, deslumbrados por la belleza de la plaza, como parte de un largo séquito venido de Ravena, que avanzó con lento ritmo, trémulos en la brisa los estandartes, sobre el cabrilleo de los ropajes eclesiásticos y el fulgor de las armaduras inflamadas.

Fue aquélla mi inicial aproximación a Venecia. He vuelto allí otras veces, la más divertida cuando Dolly y la duquesa de Brompton fueron huéspedes de Charlie Béistegui, antes de que éste comprase el Palazzo Labia. La he visto crecer y la amo. En seguida se apoderó de mí, con su encantamiento, aunque no era aún la Venecia que uno y dos siglos más tarde sobrepasaría en original hermosura a cualquier ciudad del mundo. Había andamios en la fachada de San Marcos, y de su trabazón emergían las cúpulas, todavía sin coronamiento, y los cuatro áureos caballos, traídos de Constantinopla hacía más de una centuria. El palacio ducal continuaba alzando su primitiva y austera fortificación almenada, pero ya se erguía el esbelto campanil, y ya se elevaban al cielo, en la Piazzeta, las dos columnas de Oriente. El cielo nos envolvía, pictóricamente azul,

atravesado por el aleteo chillón de las gaviotas y por la jactancia de nuestras trompetas. Nos dirigíamos, repito, al palacio, a causa del problema de la paz entre las dos ciudades, rencorosas por el contrabando de la sal. Dante nos precedía, enrojecidos los ojos miopes y enfermos, marcado el pétreo rostro por la dura expresión de quien lleva sobre la espalda gibada una inmensa fatiga. Apoyada la mano en el brazo de Dino Pierini, el joven florentino, miraba, parpadeando, la vastedad azul. De cerca lo seguía Micer Giovanni di Férula, y yo estaba en su diestra de arrugas, de venas salientes, de piel manchada con herrumbres bajo el vello gris, de uñas amarillas y rotas. El veterano, el caduco, caminaba dilatando el pecho bajo la cota, flameantes en el yelmo las recién compradas plumas; yo medía el latir de su vieja sangre cansina. Sentía también cómo se estiraba una invisible comunicación entre los desalientos distintos del guerrero y del poeta, y quizá fui el único capaz de advertir, por mi posición incomparable, la transmitida lasitud que los vinculaba, en medio de tanta pompa, de tanto orgullo, de los clamores y del metálico bocinar que hería el aire. Pero esa pesadumbre se desvaneció en mi ánimo frente al espectáculo de la plaza. Volví a experimentar, como en la isla de Avalón durante los torneos, el júbilo, el hechizo con el cual me exalta la teatralidad de los desfiles y revistas ostentosas. Supongo, en consecuencia, que fui el culpable; que tal como Giovanni me transfería su desengaño en pleno alborozo, yo le endosé mi euforia, desorganizándole la anciana mente. Nos hallábamos en la entrada palaciega, por la cual ya habían desaparecido Alighieri y la cabeza de la comitiva, y de sopetón, verdaderamente a deshora, Micer Giovanni desenvainó la espada, que arrojó fuego, como un rayo en cuyo extremo ardía yo con llama de añil, y lanzó un grito de frenético placer, digno de su maestro, el gran Ugguccione, un chillido que resonó venciendo los de las espantadas gaviotas.

Una actitud tan extemporánea no podía sino provocar una gresca. Otras espadas saltaron y se blandieron; acudieron los guardias, prestas las picas; tironearon de Giovanni, para tranquilizarlo, los estupefactos raveneses; y sólo cuando el perfil de rapiña del propio Dante se recortó, por segunda vez, en la medialuz del arco, y dio una orden, restablecióse la calma. La abierta boca de la entrada continuó tragándose la comitiva, que finalmente se perdió dentro del que más que de palacio tenía facha de castillo y, como la basílica inmediata, enseñaba aquí y allá las cicatrices de los andamios. La comitiva entró, menos Giovanni, a quien la custodia le prohibió el acceso. Mohino, pero sin desprenderse del empaque, el viejo avanzó, como un gallo, a través de la Piazzetta, hasta sentarse en la escalonada base octogonal de una de las dos columnas levantinas que enmarcan el Adriático. Se quitó el yelmo, sacudiendo el plumaje; se secó con la mano (mi mano) el sudor de la cara curtida; echó una mirada arrogante a ambos lados, y en ese momento pareció notar que tenía un compañero en la grada. Era Andrea Polo.

Como Micer Giovanni, Micer Andrea no había ingresado en el palacio ducal. Ni lo intentó; fue suficiente que Donna Pia Morosini se incorporase al cortejo, con varias damas y señores; ya le contaría ella después la versión de la Dogaresa Franceschina, de lo que los enviados habían resuelto con el Dux y sus consejeros, por ahora lo preferible era permanecer al amparo de la noble columna, saboreando la delicia del sol veneciano, ausente siempre de su desván, lo que justificaba su palidez, más intensa y por supuesto natural que la de Donna Pia, quien lograba la suya gracias al derroche de ungüentos y polvos.

Entonces se estableció entre el forastero y el recluso un diálogo infrecuente, que inauguró Giovanni, dirigiendo sus palabras a la plaza, pero espiando con el rabillo del ojo a su vecino. Se quejó con acidez de la mala suerte que lo privaba de estar en el interior del palacio, de la incompreensión de los de la Serenísima, quienes habían interpretado mal su acción, al desenvainar la espada, ya que lo que él pretendió fue tributar un homenaje a la República. Andrea, tras un titubeo de segundos dijo, hablándole asimismo al lugar espacioso:

—Yo... lo consideraré un homenaje... Fue algo muy bello...

Vaciló otra vez, tosió y prosiguió:

—Además... aquí se está mejor que en esas salas sombrías. El sol...

Ambos levantaron las cabezas simultáneamente, y recibieron en los rostros el calor y la luz. A continuación se enfrentaron sus desconfianzas, altanera la de Micer Giovanni, la de

Micer Andrea cobardona. Y ahí fue el diálogo cuyos ocultos resortes más tarde descubrí, porque todavía sabía muy poco de ellos. ¿Cómo podía adivinar el Escarabajo que mentía Andrea Polo, refiriéndose a sus viajes incomparables, a sus aventuras remotas? ¿Cómo iba a detectar las fronteras de la exageración y de la mentira, en la urdimbre de las frases encrestadas de Giovanni di Férula si, evidentemente para contrarrestar el lujo excesivo de la narración de Andrea, se adjudicaba las condottieras victorias de Uguccione, en Florencia, en Pisa, en la batalla de Montecatini, donde él no había recibido más que estocadas y mendrugos? Entregados a la representación de sus comedias heroicas, los dos ancianos se esponjaban al sol, feliz cada uno con el interlocutor ponderativo, que reclamaba más gloria y más portento, y los producía generosamente a su turno.

Giovanni habrá deducido que el gran viajero de la buhardilla era un acaudalado mercader señoril, a cuya sombra convendría arrimarse, pues en Ravena, después de su traspies véneto, no le esperaba ningún futuro; y Andrea, jugando con las perspectivas de la enfermedad que consumía a su hermano Marco, habrá pensado que, llegado el momento y disponible el palacio entero, aquel bravo tan gárrulo y tan famoso, junto al cual tan bien se sentía, acaso se aviniera a ponerse a su servicio y a escudarlo contra todo lo que para destruirlo se conjuraba. Algo de verdad había en sus respectivas posiciones erróneas, ya que en realidad Andrea era acaudalado, y era valiente Giovanni; el embuste residía en su afán de personificar a otros, de ponerse, impunemente, mientras departían, las máscaras prestigiosas de Marco y de Uguccione, y en ostentar un entusiasmo postizamente juvenil, cuando lo positivo es que eran viejos... viejos... viejos..., y que nada que mereciera ser recordado y elogiado había enaltecido sus vidas. Tanto lo excitó al lunático Andrea la eventualidad de disponer de la compañía del guerrero en la Cá Polo, que se lo dejó entrever como una contingencia que dependía del tiempo, a lo que Micer Giovanni contestó con las señas de la posada de Ravena donde lo hallarían, y con la afirmación de que nada le procuraría tanto gusto. Salieron en ese instante a la Piazzetta los emisarios, y entre ellos Donna Pia Morosini, pendiente de la indiferencia y de la extenuación de Dante. Al pie de la columna despidieron los dos invencioneros, los dos inconscientes espontáneos, recitadores de patrañas: Di Férula se sumó al cortejo, y Andrea regresó a su casa con la señora.

Tardó en ser entregada en Ravena la invitación de Andrea Polo. Apareció justo cuando el abandonado condottiero oscilaba en la disyuntiva entre el suicidio y la mendicidad, y cuando yo sufría en las sucias manos de un prestamista. Giovanni, aliviado, reconfortado, me rescató y volví a Venecia en el anular huesudo del capitán, a quien remozó terapéuticamente la ilusión cálida. Quedó así constituido, en torno del fuego de la Cá Polo, el arcaico triángulo que antes describí: Andrea y su ropaje exótico: Di Férula y su espada; Donna Pia y su enlutado artificio. Su felicidad se concretó como algo tan consistente que se palpaba su existencia, como si emergiese de las llamas y los abrigase. Marco Polo, Uguccione della Faggiuola y Dante Alighieri habían muerto; ahora estaban ellos ahí; ellos, los propietarios de las tres inmortales imágenes, la del viajero, la del héroe y la del poeta, a las que utilizaban para el aderezo de sus disfraces venturosos. En ocasiones dejaban sus sitios de la chimenea, a fin de recorrer el palacio cuyos tapices y objetos certificaban el extraordinario viaje. Andrea, flotantes las mangas plateadas y grises de la túnica, los señalaba de camino, y la perspectiva se dilataba en su descripción, hacia templos y desiertos del Tibet, de Cipango, de la Gran Turquía. Sonaba el espadón de Giovanni contra las losas, silbaba el asma de Donna Pia Morosini; Lung y los esclavos chinos se arrodillaban, como si los adorasen. Con el terceto vetusto, se habían establecido en la Cá Polo dos de los asociados más eficaces de la Felicidad: la Gloria y el Amor. Fue aquella una etapa muy agradable. Yo había concluido por discernir las falsías que le daban apoyo, y no me importaba, como no les importaban a los actores que no las diferenciaban ya. Lo importante era la atmósfera de prestigio, de invulnerabilidad y de dicha, generada poéticamente por la sola virtud de la palabra. Pero he aprendido que cada oportunidad en que algo alcanza, en este mundo, a una cumbre de perfección, por pequeña que sea, surgen fuerzas antagónicas que incuban su ruina,

aun sin buscarlo al comienzo. Dichas fuerzas se encarnaron, en el caso que voy exponiendo, en Moreta, la hija menor de Marco Polo.

Hacía tiempo que las jóvenes, más o menos bien casadas, se habían eliminado de la escena hacia otras ciudades, llevándose de la herencia paterna lo que les correspondía. A una, a Moreta, que tuvo por esposo a un bellaco de Bolonia (por lo que contó), le había ido mal y, estafada, defraudada, optó por recurrir al techo de sus mayores, puesto que no disponía de otro. Andrea no tuvo más remedio que aceptarlo: hizo un amago de rechazo, pero la sobrina lo intimidó con armar un escándalo, ya que tanto derecho tenía ella como su tío a la propiedad en común de la Cá Polo, y el apocado Andrea a nada le temía tanto como a cualquier manifestación que perturbase su paz. Cedió y fue amable, mas la paz se había perdido.

Al principio no se advirtió, porque Moreta aplicó su habilidad a tornarse invisible. Desde temprano desaparecía y, silenciosa como los chinos, se ignoraba cuándo tornaba al palacio, para esfumarse, como una laucha, hacia su rincón. Era diminuta y trigueña, de rasgos agudos a semejanza de su padre y su tío, y lo único que en ella se destacaba eran los negrísimos ojos, cuya redonda fijeza ratonil, cuando miraba, trasuntaba una voluntad imprevisible en su supuesta fragilidad. Los soñadores, perturbados en el primer momento, como si una repentina piedra hubiese caído en la placidez del estanque donde yacían, transcurrido un mes se convencieron, agotados los comentarios, de que no los afligía riesgo alguno. La pobre niña existía apenas; no se la veía, no se la oía, no incomodaba; hubiera sido injusto pretender arrojarla de la casa ancestral a los azares de una vida cruel, para la cual carecía de defensas. ¡Qué equivocado estaba yo, que no obstante mi mundana pericia participé, de su caritativa opinión!

Un día nos enteramos de que con ella, al atardecer, había venido un hombre al palacio. Lung nos lo reveló. Postergaron los ancianos, acumulando las discusiones, la reacción lógica y, por lo que se infirió, el hombre permaneció allí la noche entera. Una semana después, Lung nos comunicó, más con ademanes de repudio que con frases, que Moreta había repetido el episodio, y que el hombre no era el mismo. Ninguna determinación adoptaron tampoco entonces, los que alrededor del fuego se limitaban a condolerse e indignarse. La preciosa armonía que beneficiara a la Cá Polo se iba carcomiendo, reemplazada por una zozobra, que no se notaba aún sino como un vago anuncio de borrasca. El terceto se empecinó en el afán de combatir la inquietud, aferrándose a sus mitos, pero pronto constó que no se requerían las pesquisas del esclavo asiático para poseer la certidumbre de que los genios del Mal, los eternos demonios que rondaran la cueva de mis Siete Durmientes de Éfeso, se había entronizado en medio de nuestras paredes venecianas. Estimulada por ellos, Moreta renunció al disimulo. No fue ya un hombre, fueron varios, los que acudieron a la calle, a la «contrada» de San Giovanni Grisostomo, y trajeron más mujeres y música, de manera que los aposentos resonaron hasta el alba con sus cantos y gritos de ebrios licenciosos. Acorralados en la altura, los viejos concluyeron que la única solución factible les imponía asumir la postergada responsabilidad. Vaciló Andrea en afrontarla, mas la ofendida Morosini y el colérico Di Férula lo urgieron para que actuase, así que, por intermedio de Lung, Andrea reclamó la presencia de su sobrina en la sala de la Tabla de Oro.

Si hubiese gozado del don de prever lo que provocaba con eso, posiblemente el desarrollo ulterior de los acontecimientos hubiera sido distinto y preferible, pero la situación había tocado un fondo que exigía disposiciones drásticas. Minutos después de que se plantó ante la trinidad justiciera, atestiguamos el fenómeno de que la acusada se metamorfosease en acusadora, y confieso que me asombraron la capacidad de resistencia que encerraba un cuerpo tan pequeño, de aspecto tan endeble como el de Moreta, y la violenta rebeldía que chispeaba en sus ojos ávidos y astutos de roedor. Se diría que apresuraba su discurso para morder a los improvisados inquisidores. Y ¡qué discurso pronunció, si discurso cabe llamar a aquello! El más blando calificativo que endilgó a Andrea y sus acompañantes, fue el de falsarios. Los tachó de ladrones, hipócritas, dementes y de múltiples linduras que prefiero olvidar. En el aluvión de insultos inspirados por el despecho, de sinrazones surgidas de la rabia de que se intentase reconvenirla y privarla de su placer, vibraron las terribles verdades, y Andrea

Polo, Giovanni y Pia se vieron despojados, entre carcajadas histéricas, como si en público y a tirones los desnudaran, de los viajes que efectivamente realizó el hermano del primero, de las proezas que incumbían al jefe del segundo, y del amor que improvisó el magin de la tercera. Todo lo conocía la rata; todo lo había revisado e indagado, y lo despedazaba ahora. El argumento legal de su derecho al caserón, se perdió en el alud de impropiedades soeces y de exactitudes indiscutibles. Donna Pia se echó a llorar, y ambos caballeros se levantaron, mudos y rojos, Andrea grotescamente deformado por los tics, en tanto que Moreta corría escaleras abajo, sin cesar de burlarse, y un portazo ponía fin al incidente. Recuperáronse con dificultad Polo y el condottiero; intentaron serenar a la señora, y Donna Pia alzó las manos temblorosas, rogándoles que no hablaran. Fue estéril que tratasen de reconstituir con ella el semicírculo, al calor de los encendidos leños, porque la dama, a su vez y muy despacio, cubierta con el negro rebozo y rechazando afirmarse en sus manos solícitas, descendió la escalera y en su góndola se alejó por el río.

Durante una quincena, no volvió. Volvieron, en cambio, los alegres amigos de Moreta, y el bullicioso ambiente prevaleció en uno de los pisos de la Cá mientras que en el otro reinaban la lóbrega melancolía y el oscuro silencio. El retorno de Pia Morosini no contribuyó a recrear la atmósfera de extática bienandanza previa a la llegada de la intrusa. La Felicidad, antes dueña de la casa y protectora de los soñadores, había desertado. Se rehízo el grupo, en el resplandor de la Tabla de Kublai Khan, frente a la cual Andrea entrecerraba los vergonzosos párpados, callaba Giovanni, y aflautábanse en el pecho de Pia los asmáticos silbidos. Nada tenían que decirse. Eran víctimas de la expoliación y del oprobio; sus emocionantes fantasías habían sido aventadas por la maligna torpeza de la razón y de la realidad y esa certidumbre dolorosa se ahondaba a causa del contraste que abajo mostraba la fiesta insolente, cotidiana. Moreta Polo, la rata, paradójicamente los había entrampado en su ratonera.

Erré al suponer que Donna Pia nos daría la espalda, y dejaría de frecuentar a su encogido pariente. Al contrario, redobló la asiduidad, como queriendo probar que era fiel al pasado que compartieran, a aquella dicha común cuyo recuerdo atesoraba. Aunque no se modificó el clima de tristeza y desengaño, el gesto fortaleció a sus atribulados compañeros, y en el andar de unos siete días, me percaté de que en el aire empezaba a despuntar algo, titubeante, que no pude definir sino como una leve claridad de confianza. Uniéronse hasta rozarse las tres cabezas, las dos canosas y la teñida de rojo, y menudeaban los cuchicheos, en tan diversa voz, que ni siquiera yo, enclavado como el halcón en la alcándara en la empuñadura de Di Férula, logré desentrañar el enigma de los susurros. Una temperatura de conspiración acentuó el enardecimiento ofrecido por la leña restallante.

No fue menester alargar la espera, para que el secreto me fuese revelado. La próxima noche en que no asomó la luna, una noche en la que Venecia se borró, sin que ni una cúpula, ni un campanil, ni un tejado sobrenadasen en la negrura que la ahogó por completo, tanto que se dijera que había naufragado, como un navío enorme, en el misterio de las aguas cuyo líquido azabache chapoteaba y rezongaba, la tertulia de murmullos se estiró, en el aposento de la Tabla de Oro, harto más que lo habitual, hasta que partieron los últimos huéspedes de Moreta, jaraneando, relinchando y rebuznando al atravesar la plazuela dei Millioni, y enmudeció la antigua casa. Lung, que se movía como si fuese hecho de plumas livianas, confirmó la noticia de que nadie quedaba en el palacio, aparte de la sobrina de Andrea, pues hacía horas que los chinos se habían retirado a dormir. Entornó un postigo Donna Pia, comprobó que afuera la oscuridad continuaba siendo impenetrable y lo avisó a los demás. Entonces los tres, precedidos en la escalera por Lung, que protegía con la palma una vela indecisa, ganaron a paso de lobo la habitación donde reposaba Moreta, excepcionalmente sola para su desventura, y demasiado fiada en la impunidad de su triunfo. Elevó el esclavo la vela, y las sombras de los viejos se derramaron, embrujadas, amenazadoras, sobre los muros tendidos con sedas que Marco trajera de Oriente y que fingían un jardín en el que las mariposas volaban entre glicinas. Donna Pia se tapó la cara con el luto del manto; se oyó un

sofocado grito, el del aterrado Andrea, cuando Giovanni desenvainó la espada con la diestra en cuyo anular yo fulgía, y tras un breve tintineo de la medalla de San Juan que colgaba de su muñeca, hundió la hoja en el pecho de la joven. Como un relámpago, la lejana visión del asesinato de César en la Curia de Pompeyo, atravesó mi atestada memoria, pero aquél no era el momento de recordar sirio el de observar y acopiar recuerdos, porque la venerable Donna Pia descubría su rostro de pintarrajeada palidez, un trágico rostro estatuario y milenario de Parca o de Melpómene; Andrea se roía las uñas, retrocediendo; el condottiero limpiaba su arma chorreante con las cobijas del lecho en el que Moreta había adoptado una inmóvil posición anormal, tortuosa, dislocada, y luego la envolvía en el sangriento cobertor; y entre él y Lung, que le había pasado la lucecilla al trémulo Andrea, alzaban el cuerpo inerte, para trasladarlo hasta la puerta del río.

Continuaba amarrada allí, vacía, la góndola de la descendiente de los ilustres Morosini, y tanteando las bandas, en su popa se ubicaron los cuatro personajes, luego de esconder el bulto bajo la toldilla. Cogió Lung el alto remo y partirnos, sin más rumor que los que producían el sumergirse de la estrecha pala y el sollozar suavísimo de Andrea. Nos abismamos en la densidad tenebrosa, desprovistos hasta de una farola mezquina. ¿Qué instinto guiaba al chino en el indistinguible laberinto fluvial? ¿Era Donna Pia quien, moviendo apenas los desaparecidos labios en la inexistente cara, encaminaba al bogador? Avanzábamos, sigilosos, fantasmales; zigzagueábamos de un canal al otro; y Venecia se perfilaba en sensibles matices del gris, sobre el negro espesor que confundía cielo y agua, y que permitía adivinar la ambigua corcova de un puente plomizo, la opacidad de un muelle, un esbozo de columna, el contorno de un quieto batel, de modo que aunque no veíamos la ciudad, la sentíamos a la redonda, como si para esa fría noche de crimen la hubiesen reconstruido con niebla, ceniza y humo. De súbito Giovanni hundió hasta el codo en la helada corriente el brazo homicida y yo, en repentino contacto con el agua, asocié la situación, que no podía ser más opuesta, con la reminiscencia del Nilo y de mi amada Nefertari.

¡Oh, Reina!, ¡oh gran Reina! ¡Diosa y Reina! Gracias a ti, nuestra góndola, en la que la presencia fatídica de Giovanni me traía a la memoria sus ojos de Osiris, ahora apuntados a la infernal cerrazón, se transformó en la eterna barca ritual del Destino y de la Muerte, que ocupada por dioses severos flotaba hacia regiones recónditas. No tenía en cuenta yo la impiedad de los tripulantes y la eliminación de una joven mujer: solidario con ellos y con su mimado egoísmo, únicamente consideré la perversa destrucción psicológica intentada por Moreta; y con Donna Pia Morosini, Micer Andrea Polo, Micer Giovanni di Férula y Lung, hendía el agua de compacta tinta, rumbo al solemne Adriático. No bien en él entramos y azotó a la góndola la brisa, advertí que Giovanni se paraba, apoyado en los gavilanes de la espada, junto a la noble señora, y que Andrea permanecía acurrucado en el suelo. Ya se percibía algo más de los alrededores. Una bandada anónima riñó en las azulinas tinieblas. Nos internamos bastante, hasta que el condottiero dio la orden de detenerse. En seguida recogió de la proa una piedra pesada y una cuerda que estaban ocultas, lo cual me afirmó en la idea de que el asesinato había sido planeado sin relegar detalle, y con la ayuda del chino, anudó la carga al envuelto cadáver, que arrojaron de golpe al mar. Trazó Donna Pia la señal de la cruz, y sus cómplices, con excepción de Lung, la copiaron. Acto continuo emprendimos el regreso; Andrea y Giovanni saltaron a tierra en la parte de San Canciano, y volvieron a pie, a la Cá Polo sin cambiar palabra, en tanto que la dama era llevada por Lung a la Cá Morosini de la remota calle del Collalto, un palacio que creo que hoy no existe, aunque hay varios más que ostentan ese célebre nombre.

La noche inmediata, al presentarse los alborotadores en nuestro «campo», se sorprendieron pues les rehusaban la entrada los chinos. Vagabundearon un rato por la zona, tiraron guijarros a las ventanas, sacudieron el aldabón, llamaron ociosamente a Moreta, agitaron panderos, tañeron laúdes, cantaron a coro, y fueron tan infructuosas esas tentativas como las de los días siguientes, hasta que terminaron por desertar y evaporarse. Mientras se producían tales escenas, Andrea y Giovanni perseveraban sentados a ambos lados del fuego en el salón de la Tabla, como dos estatuas, o como

víctimas de un encanto que los había privado de movimiento y de voz. Así los halló Donna Pia, cuando por fin resolvió regresar, y su presencia tuvo la virtud de devolverles la agilidad y el lenguaje, porque en cuanto se instaló entre ellos, lo que al pronto dijo, acomodándose el peinado, fue que tenía en una arqueta veinticuatro cartas de Dante Alighieri, «veinticuatro cartas de amor» —puntualizó, ruborizándose— y que vacilaba ante la posibilidad de darlas a conocer al público. Replicó Andrea Polo que debía hacerlo sin duda; Giovanni opinó igual; y al rato el condottiero explicaba por qué había mandado arrestar a Castruccio Castracani, después de su victoria de Montecatini, y Andrea contaba hazañas de la época en que era gobernador de Yangchow y de la ocasión en que, en el curso de una batalla, construyó para el Khan mogol una máquina artillera que sembró la desolación entre los enemigos. Mágicamente, o tal vez naturalmente, suprimida Moreta, los tres habían reivindicado sus máscaras y sus sueños, su felicidad. Se entregaron, pues, descartados los remordimientos, a ser felices. Lo fueron más aún que antes, porque ahora sus extrañas ilusiones les pertenecían, hasta cierto punto, por derecho de conquista. Y si en un tiempo la Cá Polo se estremeció por la bulla que metían los compinches procaces de la sensual Moreta, resonó ahora con las exclamaciones de los tres locos seniles que proclamaban la espléndida genialidad de sus vidas.

Tres meses después, en verano, al crepúsculo, bajaban Andrea y Giovanni galantemente la escalinata, acompañando a Donna Pia hasta la góndola. Adelante, con una antorcha iba el guerrero. Al torcer en el primer rellano, creí ver, atónito, que Moreta subía hacia nosotros. También la debió ver Giovanni, que interrumpió su marcha, en tanto que los otros dos seguían su descenso, de lo que deduje que ellos (ignoro por qué arbitrariedad de los mecanismos astrales) no veían (o imaginaban) como nosotros a un pequeño ser transparente, cristalino, en cuya inexplicable diafanidad fulguraba el carbón de hambrientos ojos ratoniles, que se acercaba como suspendido en el aire. El condottiero se asió del barandal, con la diestra en la que yo hubiera querido lanzar un grito, pero apenas pude emitir unas pobres chispas azules y, soltando la antorcha, se llevó la otra mano, crispada, al corazón. Ante el asombro de Andrea y Pia, rodó rugiendo por los escalones. Micer Polo levantó la tea, se inclinó sobre su viejo amigo, y comprobó que había muerto. Del menudo espectro, ni rastro quedaba; en vano lo busqué, desde mi aposento de la mano que pendía, inservible, entre los balaustres. Probablemente Moreta se había limitado a cumplir su misión vengativa. Después, he pensado, a veces, que pudo tratarse (aunque no) de una alucinación.

A Giovanni di Férula lo velaron revestido con un sudario de finísima seda blanca, en la cámara de la Tabla de Oro donde había transcurrido la etapa final de su historia lamentable. Largos y lagrimeantes cirios ardieron rodeándolo, hora tras hora, el día y la noche consecutivos a su deceso, y Donna Pia no abandonó nunca su lado. Enhebraba interminables oraciones, a las que redoblaron los frailes que sin declinar se sucedían en el palacio. Experta en velatorios y ceremonias fúnebres, la majestuosa Morosini asumió la obligación de organizar la despedida del capitán al par que el débil Andrea se diluía, rezando entre dientes, en el claroscuro de los rincones. A mí me habían dejado en el anular derecho de Giovanni, cuyas dos manos se cruzaban y aferraban un crucifijo. Repulsivas moscas azules se pasearon a cada instante sobre la faz de mármol bruno del condottiero, y los chinos las aventaban con hojas de palma, pero los insectos, atraídos por el calor, volvían, tercos y zumbones. Sepultaron a mi dueño en la iglesia de San Giovanni Grisostomo, y cuando lo depositaron en un hueco del piso, a un costado de la nave, me consternó y espantó que no me quitasen de su rígido dedo, y que me emparedasen con él.

Por segunda vez en mi intrincada crónica, me condenaban al encierro de una tumba, pero ésta era incomparablemente más angustiosa que la que en el Valle de las Reinas compartí con la sublime Nefertari. Allí estaba cerca de alguien a quien amaba y sigo amando; allá, en la atmósfera de Egipto, donde lo misterioso adquiere una insólita materialidad, la presencia de mi Reina y de sus dioses aliviaba de repente mi vigilia. Yo contemplaba desde cierta distancia el desfile inaudible de su ronda, que aguardaba constantemente, y eso les asignaba a mis días una razón de ser. Aquí, en cambio, estaba

adherido a los despojos de un anciano a quien nada me unía, ni espiritual ni sentimentalmente. A diferencia de la tumba de Nefertari, en la que la embalsamada Reina se anulaba bajo una superposición de policromos ataúdes, el caduco condottiero yacía desnudo, inmediato, deplorable. La oscuridad fue cediendo, a medida que el cuerpo se pudría, y que una fosforescencia de pesadilla (¿era una fosforescencia?) iluminaba el interior del nicho con macabra lividez. Empezaron a moverse y a reproducirse en la materia corrupta unos gusanos que se alimentaban de la descomposición y, en tanto el hedor imposible de soportar colmaba el espacio estrecho, y el ufano Micer Giovanni di Férula, huérfano de laureles, negado por sus hijos lejanos y por quienes con él ambicionaron ganar celebridad y fortuna, se desintegraba y deshacía, reduciéndose a nauseabundos líquidos y a pulpas que concluyeron por difuminarse también, como las gruesas larvas malévolas sentí (pero ¿cuántos años manaron hasta culminar en esa sensación?) que me deslizaba por sus falanges descarnadas, hasta caer y golpear contra el esqueleto del veterano de Ugguccione. Ningún resplandor alumbraba ya la desari ¡culada osamenta. Si algo me reconfortó en el extenso período en el cual subsistí encalabozado dentro de una sórdida humedad, bajo las losas de San Giovanni Grisostomo, fue la higiénica, la estética satisfacción de saberme de piedra, de duro y puro lapislázuli de Afganistán, y de no ser, loados dioses, eso, miserable, inexorablemente condenado a la carroña, mal pese a su vanidad, a su oro, a su corona, mitra o lujurioso vigor, que se llama hombre.

Quedé en el subsuelo de la iglesia hasta el alborear del siglo XVI, plazo en que se procedió a remodelarla. Me descubrió un albañil, y al salir a la luz comprobé nuevamente que la Historia exige, de tanto en tanto, que me redescubran y se extasíen. También tuve tiempo de maravillarme yo, mientras el obrero me hacía girar, porque en los altares recién emplazados vibraba el revolucionario color de las flamantes pinturas sacras. En seguida comprendí que me esperaba un mundo distinto, y como quien se despereza y desentumece, luego de una soporífera modorra, me apresté a participar, si lo permitía el Destino, de lo que ese mundo me concediera. No restaba del gran Micer Giovanni más que polvo y algún roto huesillo.

8. ENCRUCIJADA DEL AMOR

A aquel albañil veneciano aún no salido de la adolescencia, le adeudo el haber conocido prácticamente y hasta como colaborador, las alegrías que proceden del solitario placer (un poco tarde, si se tiene en cuenta mi edad avanzada). Las obtenía el jovenzuelo en el recogimiento de un jergón compartido de noche con tres hermanos, y la sensación resultante debía ser excelente, a juzgar por los dulces ayes que refrendaban su goce. Lo curioso es que, como pude observar, cada uno de sus hermanos aliviaba de igual forma, a otras horas, en la misma noche, las ansiedades de su sexo, esforzándose por ocultarlo ante sus inmediatos consanguíneos. En consecuencia, durante las siete veladas que con ellos pasé, comprobé que los jadeos, las tiernas quejas y el crujir de dientes que en el jergón se sucedían no brotaban, como al principio ingenuamente creí, de los inquietos sueños de sus desnudos productores sino, contrariamente, de su deleite manejado y aislado, y me pareció absurdo que por timidez, dada una intimidad tan estrecha, se tomaran el trabajo de esconderse sus satisfacciones respectivas, sin duda en desmedro de su dicha total; pero si se contentaban así, ni me corresponde criticarlos, ni podía facilitarles un consejo, siendo yo, por mi constitución, lego en la materia.

Una semana conviví con aquellos entusiastas, hasta que mi descubridor me vendió a un mercader que partía rumbo a Urbino. Éste me revendió a un tal Michelino, un orfebre que había trabajado para un duque de esa parte, muerto hacía varios años y nieto del Magnífico Lorenzo. Michelino me dotó de un nuevo engarce, el tercero que mi sortija tuvo, luego del que me puso Sofreneto en Naucratis (el bello, el de la Serpiente) y el muy ordinario de oro bajo, que para mí mandó hacer en Roma un barbero, antes de que pasara a las manos de Giovanni di Férula. Mis engarces equivalen a los «status», a los signos externos de mi situación personal y sus variaciones. Los tuve, ya no en sortija, espléndidos, cuando decoré el brazalete de la Reina Nefertari y el Olifante de Roldan; agradables, cuando decoré la diadema del hada y el colgante del duende, en la isla de Avalón; y no faltó el modesto, el barato, ése sí en anillo, que perteneció al condottiero pobrete. Ahora, una vez más y merced al arte delicado de Michelino di Paolo Poggini, torné a lucir un engarce digno de mi calidad, de mis orígenes y de una época que rotularían después: el Renacimiento. Consistía en un trenzado círculo de oro, que remataba en primorosas cabezas de dragón, las cuales me recordaron las de Gog y Magog, los dragones de alquiler en la isla encantada. Los exquisitos monstruos hincaron en mi costado sus dientes agudos sin causarme ninguna pena, y contribuyeron a mi vanidad, porque los estimé refinadísimos, al verlos y verme reflejados en un espejo.

Así, ataviado con sobria magnificencia, reproduje el trayecto de un dedo al otro, que había cumplido antes en distintas etapas de mi vida azarosa, hasta que fui a parar, en Pisa, a la diestra de un caballero singular, grave y maduro, que miraba mucho a los jovencitos y que, con el pretexto de ayudarlos a progresar, los llevaba a su casa, situada en la inmediación de la iglesia de San Michele in Borgo, la de la fachada perfecta. Ahí los agasajaba con vino Trebbiano o Vernaccia, a los que era muy adicto; los azucaraba con algún pastel; los sometía a toda suerte de caricias, arrumacos y tiernas declaraciones, y les hablaba de Platón. En ese tiempo y en el ambulante meñique del caballero deformado por el reumatismo, tuve la oportunidad de informarme directamente de diversas anatomías lampiñas e impúberes.

Por entonces comenzó a ganar popularidad en las márgenes del Arno, un mozuelo llamado Febo di Poggio. Sólo catorce años contaba, y no obstante su indigencia de bastardo de un sastrecito sin suerte, conseguía destacarse por una individualidad afirmada sobre la base de mohines, de atrevimiento y de retazos y trapería hurtados al padre. Verdad es que disponía a su favor de un cuerpo alto y erguido, bien proporcionado, de un rostro intenso y armonioso, de un pelo extremadamente rubio, de unos ojos extremadamente verdes, y de un repertorio de abundantes canciones, recopiladas aquí y allá, a la ventura, que entonaba con agradable voz. Febo paseaba esas dotes, entre los muchachos que iban de pesca al río, envidiosos de los que por el río bogaban, con sus amigas o con delegadas del puterío humilde, en barcas henchidas de música, y dominaba ya la ciencia de equilibrar la simpatía y el desaire, seduciendo y rechazando simultáneamente. Como es natural, no dejó de atraer al atento olfato de mi propietario, el caballero apodado Messer Platone, quien pronto entró con él en conversación. Y por ser yo bastante más ladino que mi señor, en breve advertí que el interés del rapaz no se centraba en Messer Platone y en su elocuencia adulona, como éste arrogante suponía, sino en mí, en el Escarabajo, pues hacia mí convergían sus miradas insistentes, y cada vez que, con un pretexto u otro, el caballero le tomaba la mano, Febo lo aprovechaba para deslizarse sus yemas sobre mi lomo de lapislázuli. Lo último cooperó a mixtificar al Platón paisano, el cual debía presumir que los halagos le iban dirigidos a él, y no a este viajero egipcio, tan experimentado y andariego que podía comparar, sin equivocarse, el verde de los ojos de Febo di Poggio, en el siglo XVI, con el de los de Cayo Julio César, en el siglo I previo al nacimiento de Cristo, y dictaminar que el tono de los del Dictador era más afín al de las aceitunas, mientras que el del bisoño lo era al del mar en sus días plácidos.

Como se suponía que sucediera. Febo empezó a concurrir a ¡a casa vecina de San Michele in Borgo, donde presto desplazó a la restante compañía, y con tantos coqueteos y astucias engolosinó a Messer Platone que éste, escaso tiempo después, me entronizó en el índice izquierdo de su favorito. Lejos se hallaba el caballero cazador de niños de imaginar que con eso lo perdía, porque desde la techa Febo no reapareció por la vaciada residencia. Tampoco se hizo ver el mancebo en la zona habitual, costera del Arno, donde es seguro que lo buscó mi ex dueño, y me explico que no nos encontrase, ya que el muchacho había optado por largarse hasta Cascina, pueblo en el cual tenía tíos y primos, y en el que no hizo más que holgar, cantar, frotarme, ostentarme y alguna vez darme el uso autosatisfactorio que aprendí del albañil de Venecia. Por fin resolvió volver a Pisa, calculando que Messer Platone lo habría reemplazado, y sobrentendiendo, de puro frívolo, que dispondría de su perdón. Erraba de medio a medio: no sólo él no había perdonado; tampoco había perdonado su ausencia, obviamente parrandera, el sastrecico, quien, en cuanto el mozo se presentó en la paterna casa, con los pulgares metidos en el cinto y una sonrisa preciosa, le propinó una zurra memorable. Hubo de recibir otra, aún más transcendental, cuando Messer Platone osó asomar su cara espesa, entre los géneros, las tijeras y las cajas de alfileres. Puesto que no se arriesgaba a reclamarlo a Febo, me reclamaba a mí, a su Escarabajo. ¡Ah Platone mascalzone! ¿Cómo iba a suponer que su fama había alcanzado hasta la mezquina ropería, apestante a encierro, a sudor y a rabia? El sastrecico eliminó su discurso de un violento tijeretazo, y al abandonar la típica posición de cruzadas piernas y levantarse, se comprobó que su hijo le debía la estatura. Hubo un momento de contusión, que el impotente Messer Platone aprovechó para retroceder, y Febo para huir por la única ventana, la que daba a la huerta raquílica. Ignoro qué sucedió entre el remendón y mi reclamante; ignoro si Messer Platone, además de acarrear sobre las espaldas los calificativos de * sodomita, pederasta» y varios que prefiero olvidar y que perturbaban al vecindario tranquilo, salió de aquel tumulto con un tajo en la mejilla, la nariz cercenada, o el porte torcido como el de la torre célebre de su Pisa natal. Sé, en cambio, que salió sin Escarabajo y sin Febo, y que merced a la irrupción del caballero desatinado, nos establecimos en Florencia, donde entablé relaciones ilustres. De camino quedamos en Cáscina, y allá, antes de proseguir la emigración a pie, en carreta o en mula, cantando y silbando, Febo le sonsacó a su tío unos exiguos dineros, que el viejo pariente le prestó sin ilusiones y como quien se abre

jas venas.

Problemas tremendos inquietaban a la ciudad del Lirio. Sobre Roma, donde reinaba Clemente VII, el segundo Papa Médicis, avanzaban las huestes del Condestable de Borbón, enviadas por Carlos V. Los Médicis de Florencia, el hijo y el sobrino del Santo Padre, tan bastardos como mi Febo y como el propio Pontífice, eran jovencísimos, y fingían, bajo la tutela de un cardenal inútil, restar importancia a los acontecimientos. No bien entramos por la puerta de San Friano, nos sumergimos en una atmósfera de nerviosidad y de tensión, pero Febo sobreponía a todo su egoísmo inescrupuloso y su afán de sacarle a la vida el mejor partido, así que descartó el político desasosiego, y se consagró a decidir a quién le convendría explotar con más beneficio y menos trabajo, dejando que los demás se las arreglasen para salvaguardar el destino de Florencia, rigurosamente uncido al de Roma.

Los dos días iniciales de su estada, vagó por el Viejo Mercado, centro populachero, sumándose a los corros, aguzando las orejas y distribuyendo ojeadas, pero la gente no estaba para esas travesuras y melindres; se acaloraban, discutían; los nombres de los Médicis, Alejandro, Hipólito, saltaban como pelotas o como gallos de riña al corazón de las aglomeraciones, y nadie se ocupaba del hermoso desconocido, en una ciudad donde abundaban los hermosos. Mudó de escenario mi doncel, y en la Plaza de la Señoría, cruzado de brazos junto al gigantesco David de Buonarroti, asistió al desfile de la galanura. Los herederos de las ilustres casas la recorrían, la mano en la cadera o en el puñal, y ni se fijaban en él, cosa que, presumo, lo habrá desconcertado bastante. Los había tumbados en las graderías que jugaban a los dados, y entre tiro y tiro rozaban por supuesto los temas candentes —la perduración de los Médicis en la ciudad; las posibilidades de defensa, si fuera atacada—, pero al mencionarlos, en ellos se traslucía un descaro burlón. Cuando pasaba una meretriz conspicua, con un monito o un pequeño can en brazos, aislada en la grupa de una muía de tintinantes campanillas, entre adoradores, celestinas y servidoras, los aristócratas alzaban las frentes con alboroto, suspendían el juego y le prodigaban largos saludos y requiebros. Seguía la impura, erguida la cabeza, indiferente la expresión, circuida por su lujo ostentoso, y lo único que respondía a las rientes lisonjas eran el argentado tintinar y los ladridos y chillidos del perro o del mono. A veces, con la misma dignidad impasible que exhibían las grandes prostitutas, unas yuntas de bueyes atravesaban la plaza, moviendo alrededor los anchos ojos con idéntica majestad, y si el azar disponía que en aquel momento surgiese allí alguna soberbia señora, madre quizá de uno de los bullangueros presentes, no disimulaba que con despectiva expresión similar contemplaba a las cortesanas y a los bovinos, invasores de un ámbito en el cual refulgía el orgullo de Florencia, y anunciadores de su intrusión, unos y otros, con sendos campanilleos, como si acarreasen al Santísimo.

Distinguió Febo en el cortejo de hembras de placer, a una de particular belleza y empaque. Averiguó su nombre, que resultó ser Pantasilea; se enteró también de que había sido concubina del glorioso Bénvenuto Cellini, y de que ninguna usufructuaba de tanto prestigio, entre las que ejercían su comercio; y obviamente concluyó que para encontrar la persona que le facilitaría los medios exigidos por su mantenimiento y adelanto, la casa de Pantasilea constituía el lugar de pesca más oportuno, por la índole y fortuna de quienes la frecuentaban. ¿Cómo entrar en ella? Su penuria monetaria no le permitía la puerta principal; debía, pues, recurrir a un ingreso secundario. Entonces, por lo que deduje, armó un plan, no por trillado en literatura menos peregrino. Concibió el proyecto de disfrazarse, cambiando su sexo, y en dicha operación invirtió el dinero que le extrajera a su tío. Se convirtió de esa manera en el personaje de una de esas comedias y relatos que pululaban a la sazón, en los cuales constantemente figuran hombres vestidos de mujer o mujeres vestidas de hombre, y que tanto gustaron e inspiraron a los autores clásicos. Acaso habrá pensado que Pantasilea no preferiría tomar un paje, sino una criada. Habrá pensado que, luego de su incorporación a la servidumbre, se insinuaría, ganaría favores, terminaría por ubicarse... ¡Qué sé yo qué habrá pensado! ¡Qué sé yo qué ocurría dentro de su cerebro a un tiempo complejo y simple! Lo que sí debo confesar

es que se metamorfoseó en una niña encantadora.

Con una ropa morada muy sencilla; rellena la pechuga donde correspondía, hábilmente; invisible bajo una cofia el cabello, del cual apenas se entreveían dos bucles rubios, recogidos sobre las orejas; y yo siempre fijo en su índice izquierdo, se fue el muy audaz a la óptima casa que habitaba la meretriz, de acuerdo con su jerarquía, en el barrio de Santa Croce. Se metió en el patio, trepó unas escaleras, llamó a una puerta que supuso ser la indicada, y fue admitido en una cámara desprovista de muebles y ornatos, cuya mísera luz se colaba por un ventanuco. Quien le había franqueado la entrada, era una encapuchada y negra bruja, la cual, al enterarse de la razón de su presencia, llamó a otra, semejantemente renegrada, bruja y capuchona, y entre ambas se pusieron a palparlo y pellizcarlo, como si de eso dependiera su idoneidad, de modo que Febo, temeroso de que averiguaran su auténtica constitución orgánica, se llevó al pecho las manos abiertas, para cubrirlo. En seguida las viejas cataron mi brillo, y al instante a buen seguro las fasciné, porque se echaron a tironear de mí, atormentando al afligido Febo con sus preguntas, y tachándolo de «¡ladrona, ladrona!», sin aguardar sus respuestas. Mi muchacho se defendió y gritó, y fue tan ruidoso el desorden, que a poco se vio venir por la vecina galería, flotante la túnica áurea y llameantes los ojos, a la egregia Pantasilea, que se adelantaba en la nube del ropaje como una diosa, como una Juno iracunda. Sumaba sus propios y roncos gritos a la ronquera de los tres pavos reales, que con nerviosos aleteos y veloz arrastrar de colas, la seguían. Su llegada apaciguó los ánimos. Pretendieron las de los capuchos acusar a mi amo de robo, pero al minuto se patentizó la inconsistencia de su inculpación, y su propósito de despojarlo de lo que era suyo, pues ni siquiera acertaron con su nombre y antecedentes, así que la cortesana las despachó con un malhumorado ademán, cogió a Febo de la mano, y nos adentramos en la zona noble de la casa, mientras que el par maléfico, embozándose y encaperuzándose, se alejaba por la opuesta dirección, con masculladas amenazas y calumnias.

Avanzamos nosotros a través de aposentos que incrementaban su boato y luminosidad, hasta detenernos en uno, tendido con tapices que narraban la historia de las Sabinas y su rapto. Los pavos reales nos dejaron por la adyacente «loggia», que parecía ser su usual estancia, ya que desde donde estábamos acechamos su picotear en las baldosas, luego su salto a la balaustrada y su abrir al sol y en abanico los plumajes victoriosos. Entonces Pantasilea le pidió a Febo la sortija, y se dedicó a examinarme, de pie en el centro del salón, debajo de un curioso poliedro de cristal que del techo pendía, y que a impulsos de la brisa giraba suavemente. Yo me valí de la ocasión para examinarla a mi vez.

Era la meretriz una mujer de unos veinticinco años, de extraordinaria blancura, lo que hacía resaltar más aún la violencia del tono de su cabellera, teñida a la veneciana de rojo, y el verde mineral, esmeraldino, de su iris, distinto del verde acuático de los ojos de Febo, como éste lo era del verde oliva que ensombreció el relámpago en la mirada de César. Manejaba su largo cuerpo con una soltura que no excluía cierta felina parodia. Lo estiraba, lo replegaba, doblaba la cabeza sobre el hombro, y luego se pasaba la punta de la lengua por los labios. De repente clavó sus pupilas en las de Febo, para lo cual, aun siendo espigada, debió levantar la vista.

—¿Cómo tienes este escarabajo? —interrogó. No mintió Febo:

—Es obsequio de alguien, de un hombre que me admiraba.

Rió la cortesana con picardía:

—Cuidalo, no te separes de él; se me hace que de él depende tu buena estrella.

Me halagó, como es fácil conjeturar, la opinión de Pantasilea. Después, a medida que la conocí, comprobé que era terriblemente supersticiosa, lo cual es corriente en las de su oficio, e inferí que me consideraba un amuleto.

Me devolvió al muchacho y demandó su nombre:

—Febo —respondió el postulante, permutando su designación solar por la mitológica de la Luna.

—¡Qué extraño!

—Me bautizaron así.

Probablemente Pantasilea le tomó simpatía a la bonita y esbelta doncella que le ofrecía su obediencia y su trabajo; también cabe que yo la sedujese, que no osara enfrentar con una negativa a un escarabajo faraónico de hondo poder; o que lo hiciera por contradecir a las brujas alcahuetas que se soñaban dueñas de la casa de Santa Croce: lo cierto es que Febo, astralmente Sol y Luna, fue agregado a la servidumbre de Pantasilea, quien no por haber adoptado como alias el nombre de la reina hombruna de las Amazonas, rehusaba las propuestas libidinosas del sexo masculino; al contrario.

He ahí de qué manera nos introdujimos y afianzamos en la morada de una de las ninfas hetairas más cotizadas de Florencia. Al día siguiente, Febo había recorrido un luengo camino en el ánimo de su señora y de su círculo. Muy rápido se familiarizó en el arte de ayudar a vestirla y desvestirla; de preparar su baño con plantas fragantes, y sus aposentos con ámbar y algalia; de presentar sus filtros eróticos; de ordenar con infinita repugnancia, usando sólo la punta de los dedos, el armario misterioso y peligroso en el que la pecadora guardaba la más variada suerte de elementos macabros, procurados por las ya mencionadas y atroces hechiceras, y que se utilizaban en el aderezo de los filtros; y de mimar a su perrito maltes, blanco, rizado, insoportable, que la cortesana besaba con mayor fruición que a sus clientes más guapos. Estos últimos eran los mismos que de mañana ejercían su decorativa pereza y anulaban el tiempo en la plaza de la Señoría; los jóvenes de las grandes casas florentinas, los Panciatici, Buondelmonti, Altoviti, Antinori... hermosos todos ellos, pero de una hermosura diversa de la que me maravilló en los Siete Durmientes de Éfeso, porque lámblico, Maximiano, Marciano, Constantino, Serapio Juan y Dionisio, son inseparables para mí de las imágenes de angelical dulzura de Botticelli. En tanto que los nobles de la ciudad de la Flor me recuerdan las esculturas de Benvenuto y de Giambologna, por el modelado voluptuoso de los cuerpos, a cuya gracia favorecía estupendamente la moda de entonces, cinceladora de piernas y enjoyeladora de cinturas, de tal modo que cualquiera fuese la natural actitud que adoptaran, ya verticales, cruzándose de brazos, o apoyándose en una arcada, o mostrando un objeto singular, ya aflojándose y dejándose caer sobre pieles y cojines, creaban un ritmo musical espontáneo, que sin proponérselo compartían, como si estuvieran componiendo las plásticas figuras de un baile palaciego.

Pero por el momento, Febo no daba la impresión de inclinarse a anudar vínculos con gente de blasones. Sin revelarles su secreto, había trabado amistad con un mozuelo de su clase, exactamente contemporáneo suyo, llamado Vincenzo Perini, que servía de paje en la casa, y que realmente descollaba como un ser excepcional. Lo evoco, al cabo de centurias, como si se alzara delante de mí. ¡Qué sutil era! y ¡qué liviano! Dijérase que de súbito se iba a borrar, a esfumar, de no resplandecer lo blanquísimo de sus dientes y lo negro de su pelo, tan negro como yo soy azul. Cruzaba, delgado, silencioso; apenas estremecía el aire; y si reía, su risa sonaba poco, como si escondiera un cascabel en la pequeña mano cerrada. No era, por cierto, tan alto y tan bello como Febo di Poggio: no sé... no podría afirmar si era bello, puesto que la sensación desconcertante que me provocaba es la de que aparecía y desaparecía, veloz, ingravido. De lo que sí estoy seguro es de que era más fino, mucho más fino espiritualmente, que Febo. Estuvieron de acuerdo desde el primer instante, y Pantasilea, cuando juntos la atendían, se mofaba de ellos, e inventaba el amor del niño y de la niña que aún no habían cumplido quince años y que andaban por las galerías de la casona, contagiándole a todo un frescor primaveral. Empero, me consta que nada había sucedido entre ambos que traspasase los límites de un cariño casi infantil.

Por estos días cundió la noticia de que Pantasilea debería encargarse de un caso infrecuente. El anciano Cardenal Franciotto Orsini e Hipólito de Médicis (que pronto también sería cardenal, a disgusto, y que a la sazón tendría diecisiete años) se habían confabulado para que el nieto del primero, un infeliz de igual edad que Febo y Vincenzo, se despidiese de su virginidad en el lecho de la cortesana prestigiosa. Nada encierra de raro lo expuesto, sino de rutinario y recomendable, lo que sí lo contiene es el hecho de que el adolescente, hijo del Orsini Duque de Bomarzo, fuera jorobado y rengu, y que sufriese el ahogo de una aniquiladora mezcla de vergüenza, de timidez, de encrespado

orgullo y quién sabe de qué más, que hasta esa ocasión, según los comentarios, lo había distanciado de todo contacto sexual, problema que irritaba a la vanidad linajuda del Cardenal viejo y que preocupaba asimismo al generoso y mujeriego Hipólito, unido por un comprensivo afecto al desventurado.

Desde que se entendieron la cortesana y los señoriles solicitantes, los jóvenes de la casa de Santa Croce se consagraron a disponerla, llenándola de flores, saturándola de perfumes; sacando de un cofre varias piezas importantes de alabastro y pórfido, que sólo en las oportunidades exclusivas salían de su clausura; y avisando a Panciatichi, Antinori, Buondelmonti, Altoviti y los demás que no serían recibidos en esa fecha, pues se deseaba rodear al acontecimiento de la máxima seriedad y compostura, a fin de no perturbar al inexperto. Llegó el día elegido, y con él los huéspedes: el giboso Pier Francesco Orsini subió balanceándose las escaleras, escoltado nada menos que por el rutilante Hipólito, por un muchacho pintor que luego alcanzó nombradla, Giorgio Vasari, y por dos pajes.

Nosotros nos enteramos de esos pormenores en la cámara de Pantasilea, cuyos caprichos necesitaban ayuda prolija, mientras organizaba su entrada espectacular pero de continuo irrumpía allí una de las dos brujas, portadora de novedades. Por ellas supimos, sucesivamente, que el Orsini no era feo sino bien parecido, y que si no fuera por la corcova y por la pierna arrastrada, por la lividez, las ojeras y el hosco mutismo, contentaría a más de una, que vestía de terciopelo cereza, y que rodeaba su cuello un admirable collar de zafiros; que Hipólito estaba de avellana y azul, con diamantes en el birrete; que un paje traía las ropas de plata y de gules, colores de la casa de Orsini; y que el otro era negro, sin duda africano, y vestía de blanco y oro. En ese instante oímos el laúd y una voz cantora.

—Es Hipólito —dijo la meretriz.

Nos refirió luego una de las jorguinadas encapuchadas que Hipólito y Vasari habían danzado, una pavana, con dos de las mujeres convocadas por Pantasilea para acogerlos, y esa vez tañó el laúd el paje heráldico. Eleváronse, sobre el rumor de las risas y las notas del instrumento, los gritos roncados de los pavos reales.

—Vamos —ordenó Pantasilea.

Acunó en sus brazos al perrito maltes y avanzó, centelleando. Llevaba una túnica transparente, vaporosa, volandera, de un matiz lila desvaído, bordada con rubíes. Irisábanse las perlas, enroscadas en laureles, alrededor de su cabellera roja, que parecía incendiada. Nunca la vi tan mórbida, tan peregrina, tan codiciable. Tenuas venas celestes exaltaban la palidez irreal de su piel, y sus ojos verdes eran como grandes piedras preciosas. Cuatro servidores la precedían, enarbolando antorchas, abriendo puertas y recogiendo tapices; detrás iban Vincenzo y Febo, el paje y la doncella, Vincenzo con una jicara de plata, y Febo con una bandeja en la que se entrechocaban levemente las copas del mismo metal. Entramos, como si descendiéramos del Olimpo, y el bullicio cesó. Se adelantó Hipólito, ceremonioso, gentil; ofrecía un lirio entre el pulgar y el índice de la mano derecha, y lo entregó a la cortesana, quien besó su boca. Después, el Médicis hizo las presentaciones. El hijo del Duque se inclinó torpemente, y advertí que era bello, que estaba aterrado, que traía una perla en la oreja, que temblaba, y que la joroba pesaba en su espalda como si fuese de plomo; y advertí, en el segundo plano, la erguida silueta viril de Rey Baltasar de su esclavo negro, ceñido por la malla nivea salpicada de oro. En seguida, mi amo y su amigo escanciaron el brebaje, acaso afrodisíaco, a Orsini, a Hipólito, al pintor Vasari, a las protegidas de Pantasilea que remedaban la medida de los ademanes aristocráticos; y la artificiosa dueña de casa, imitadora a su vez de las célebres meretrices romanas que se jactaban de su cultura, citó a escritores, a artistas, a Ariosto, a Leonardo da Vinci, diseñador del arcano poliedro de cristal que colgaba sobre la escena, y que rotaba lentamente, a modo de un astro desconocido. Así representaron sus mundanos papeles, como si aquél hubiera sido un salón literario, y la principal actriz, en lugar de una prostituta de salado precio, una Julia Gonzaga o una Vittoria Colonna, hasta que una de las brujas se acercó a Pantasilea y le susurró al oído. ¡Qué horribles eran esos fantasmones! Vincenzo Perini sostenía que, como las Gorgonas, poseían un solo ojo y un solo diente, y que se los pasaban, en el secreto de sus capuces tenebrosos. Las palabras musitadas por la celestina cerraron la teatralización, y la hetaira adoptó un

tono afectado pero profesional, golpeó las manos y exclamó.

—Que la danza continúe; que no falte el vino. E! Príncipe Orsini y yo debemos considerar asuntos fundamentales.

Dicho lo cual asió la diestra del timorato contrahecho, y con él se fue, como si al Olimpo lo raptase, encuadrada por los brincos y quejidos del diminuto y celoso maltes. Entonces Febo y Vincenzo, ajustándose a lo que habían combinado, imitaron su ejemplo rápidamente. Se metieron por la puerta trasera en la cámara del armario de los filtros malditos, y se ocultaron tras su monumental estructura.

Aparte de ese mueble extravagante, distinguía a la habitación la ronda de empinados espejos que, a trechos, emergiendo de cortinajes, contorneaban un diván central, adivinado bajo la acumulación de fastuosos almohadones. Como los muchachos se introdujeron allí antes que la pareja a la cual se destinaba el aposento, asistimos desde nuestro escondite al arribo de una multitud de ramera lila y de gibosos cerezas, merced a la multiplicación espejeante que recogía y proyectaba las imágenes, suscitando una mágica ambigüedad, y comprobamos que ese reiterar de su figura aumentaba por lógica el desasosiego del cuitado. Pantasilea, entretanto, ausente de la tribulación de su amador inmediato, que miraba en torno con azoro, hablaba, hablaba, hablaba, pero sus frases no alcanzaban hasta nosotros, y apenas percibíamos un bronco runrún, cortado aquí y allá por el filo de su risa, mientras que ella se desvestía, lo cual le resultaba facilísimo, dada la escasez de su atuendo. Quedó totalmente desnuda, y la estancia se pobló de blancas, de celestes mujeres estatuarias, cuya invasión intensificó la inquietud de los jorobaditos que, de pie, cada mano crispada en su propio hombro opuesto, contemplaban con los ojos fuera de las órbitas, húmedos de transpiración, a las Pantasileas tumbadas en los divanes, que hablaban, hablaban, hablaban... (¿hablarían aún de literatura? ¿sentirán las prostitutas el fervor de la literatura? me acuerdo de Simaetha, la de Naucratis, y de Aristófanes...), y les tendían a los pobrecitos gibosos sus pechos redondos y suaves, sus combos vientres, sus sexos triangulares y cuidados, llameantes como las cabelleras que ardían; sus piernas, sus brazos, ofrecidos en una palpitante rueda tentacular. Aseguro que Pantasilea valía su precio por elevado que éste fuese. Por su culpa, traicioné imaginariamente a Nefertari, la divina: que me lo perdonen los dioses. Si yo reaccioné como refiero, es sencillo predecir las sensaciones que experimentarían Vincenzo y Febo, frente a ese festín imponderable.

Pier Francesco se aproximó, titubeando, cojeando; chisporroteaban los zafiros del collar, alrededor de su cuello, y los espejos recibieron sus fuegos azules y los centuplicaron, iluminando la habitación con claridades quiméricas. Se sentó en el borde del diván, mas la cortesana lo atrajo con ímpetu sobre su cuerpo, y no obstante que se oponía, empezó a desceñirle la cintura. Vincenzo y Febo no pudieron resistirlo. Jadeaba el despunte de sus quince años y, obedeciendo al instinto, en la penumbra se abrazaron apasionadamente. Sólo entonces, al recorrer con manos ávidas esa carne tan nueva como la suya, Vincenzo descubrió de repente que la niña Febo no era tal; que sin previo aviso, la Luna era un travestido Sol. Sofocó una exclamación de ruboroso asombro, al tiempo que Febo dibujaba en sus labios la enigmática sonrisa que yo conocía hartamente. Se soltaron y, trémulos, volvieron a espiar el cuadro que diez Pantasileas y diez Orsinis componían, mixturando desnudeces y terciopelos; pero por mucho que se habían separado, los muchachos conservaron las manos unidas, y yo, el Escarabajo y sus Dragones, enjaulado en ellas, capté el manar de una corriente quemante a través de sus dedos. La meretriz había conseguido desatar las calzas del hijo del Duque, cuya impotencia sollozaba sobre su boca. ¡Ay, él nada podía; de nada valían los manjares que sobre aquellos cojines desparramados se le prodigaban, y los dos adolescentes se agitaban como potrillos, atrás del terrorífico armario, en el extremo de la enorme habitación! Pero ya habían visto demasiado. Ahora fue Febo quien buscó a Vincenzo, y quien a él se apretó, y a poco estaban besándose y abrazándose y, revolcados en el piso, arrancadas a tirones las ropas, amándose con furor. Escasamente pudieron gozar del hallazgo de sí mismos, porque en pleno enajenamiento oyeron la voz de Pantasilea, que se acercaba. Saltaron con simultánea brusquedad, juntaron las prendas confundidas, y

ya se aprestaban a huir, cuando dedujeron que la cortesana no había acudido hasta allí atraída por ellos y su desorden, sino a causa del fracaso del jorobado, ya que con sendos golpes abrió ambas puertas de la alacena, y resonó, estridente, el grito de Pier Francesco, ante quien, como en un altar diabólico, se alineaban, dentro de frascos, amontonados o pendientes de la estantería, los espantos más pavorosos y nauseabundos: partes de esqueletos robados a las tumbas, reptiles embalsamados a medias, fetos flotantes en recipientes de formas repulsivas, hierbas y raíces secas de *traza* humana, todo un laboratorio horrendo que las dos Gorgonas habían instalado para provocar la lujuria, el dolor, el desdén, acaso la muerte. Al grito de Orsini se superpuso la carcajada burlona de Pantasilea, y por sucumbir Febo a la tentación de acechar lo que pasaba más allá de esas puertas, improvisadoras de una especie de biombo, utilizando el intersticio de las hojas logré ver que la meretriz continuaba desnuda, si bien ahora el maravilloso collar de zafiros rodeaba su cuello, y se levantaba, estremeciéndose, sobre sus pechos firmes; y vi que el desgraciado patricio se cubría la cara con las manos; y que, perseguida por su perrito ladrador, Pantasilea dejaba el aposento, corriendo, arrastrando la túnica de rubíes como si fuese la cola de otro pavo real; sólo eso vi, porque los dos muchachos se vistieron apresuradamente y escaparon por la salida opuesta, cual si hubieran cometido un crimen. De Pier Francesco Orsini poco más supe, fuera de que, con el andar del tiempo, él sería el Duque fantasioso que en el parque de su castillo de Bomarzo, situado en la zona de Viterbo, mandó esculpir y transformar las rocas, hasta crear lo que llamó el Sacro Bosque, guarida de monstruos y de excentricidades de piedra. Creo que se casó dos veces, y espero que haya sido feliz, pues la verdad es que el asunto de la cámara de los espejos, en el que desempeñó una parte tan desastrosa, me inspiró mucha lástima.

No era Pantasilea mujer de callar una aventura de esa índole. La narró, el día siguiente, a su corte de juveniles gentileshombres. Escenificó el episodio con perversidad prolija, y los cosechados zafiros fulguraron en las palmas de Antinori, Buondelmonti, Pancia-tichi, Altoviti, Tornabuoni, Lamberti, quienes atronaron con sus risas masculinas la gran casa, añadiéndose a la histérica hilaridad del maltes y al áspero reír de los pavos reales. Desde ya apunto que uno de los ricos florentinos, Livio Altoviti, apodado «el Gato», era mentado por sus cóleras violentas y por su ciega crueldad. Mi memoria ha apresado su silueta esmirriada, escurridiza, su morena piel, sus ojos oscuros y oblicuos de nictálope, su negra ropa, tan justa que intrigaba a qué flexiones recurría para ponérsela; su andar afelpado, sigiloso, gatuno; su voz, que en el paroxismo de la rabia crecía como un maullido loco. Livio Altoviti rió con el resto. Se propagó el regocijo en la casa, y al crepúsculo, cuando habían partido los huéspedes, Vincenzo, que con Febo lo consultó, juzgó el momento oportuno para confesar a la falsa pelirroja la genuina personalidad de su compañero, recurriendo al ascendiente que allí lo beneficiaba por su discreción y decoro. Felizmente el buen humor de Pantasilea influyó en su aceptación gustosa de la superchería.

—Parece —señaló— algo sacado del «Decamerón» de Boccaccio.

Y a tanto llegó su entusiasmo que esa noche (Febo vestía de paje, una ropilla verde que realzaba sus ojos y su figura), al ir los donceles a desearle un placentero descanso, los retuvo, pidiendo a Vincenzo que trajera uno de los laúdes y a Febo que cantase; les dio pasas de uva y vino frío; y terminó por meterlos a los dos en su cama, con lo cual la zorra gozó de una velada sobradamente compensatoria de la aridez de la anterior y de las ineptitudes del triste heredero de Bomarzo; los muchachos se doctoraron vertiginosamente, antes de los quince años, en la Universidad del Erotismo, aprobando intrincadas materias como Gimnasia, Acrobacia, Lucha, Balística, Puntería, Euritmia y Compás; y hasta yo, que soy viejo, aprendí en aquella ocurrencia ciertas innovaciones, lo cual me confirmó que siempre, por más que uno avance en el tiempo, la experiencia continúa nutriéndose.

Menos gracia que a Pantasilea les causó a sus elegantes contertulios la sorpresa relativa a Febo di Poggio, ya que cabe recordar que cuando entre ellos se movía con traza de mujer, fue objeto de generales alabanzas y palpamientos, cosa que ahora los abochornaba, si bien fingieron tomarlo a broma, pero en realidad les escocía, en

particular al quisquilloso Livio Altoviti. El inestable Febo le restó importancia, y Pantasilea hizo como que no se percataba del resentimiento subyacente. Por lo demás, a ella la embriagaba la incorporación de la pareja a su refugio, y cuando por fin se había retirado el próspero y señorial cliente de cada día, a menudo hombre de edad y de físico patético, la cortesana se sentía renacer en los brazos de sus dos amantes elásticos, a cualquier hora dispuestos a contentarla, con ilimitada eficacia y vigor. Esa relación cobró para ella, hastiada del comercio de su carne, tan esencial trascendencia, que más de una vez se negó a recibir a personajes de fuste, evidentemente porque ansiaba retirarse al deleite de su segunda y secreta vida, a la cual sólo tenían acceso mis muchachos. Las brujas olfatearon la recóndita causa del creciente desgano de la meretriz, y es obvio que contabilizaron las desventajas que derivaban de la presencia de los mozalbetes, así que, por lo que colegí, se pusieron a vigilarlos, con la esperanza de averiguar e) punto débil que ante su ama los arruinaría.

No tengo yo por qué revelar detalles de los sentimientos y actividades que ligaban a Febo y Vincenzo, fuera del área de Pantasilea. Basta con lo que referí acerca de la reacción que los enardecía, cuando atestiguaban los manejos de la cortesana con el vástago del Duque. Eran muy jóvenes, su sangre hervía, y les sobraban bríos y nervios, no sólo para cumplir ufanamente con la señora. Las Gorgonas, empero, estaban alertas. A la alarma producida por las inapetencias de una mujer célebre por su actividad remunerativa y pública, se agregaba el odio que Febo les inspirara desde que lo trataron por primera vez, y el despecho que a las brujas corroía por los desdenes mudos de Vincenzo Perini. Buscaron, pues, la eventualidad que les permitiría perderlos, y no les costó hallarla, ni fue menester aguardar mucho.

Una noche, con el pretexto de que un fuerte dolor de cabeza aquejaba a Febo, los pajes eludieron el rito del lecho de la meretriz, quien prolongó las muestras de su desconsuelo, hasta que los dejó retirarse. Horas después, mientras dormían cariñosamente entrelazados, y yo reposaba sobre la espalda desnuda de Vincenzo, me despabilaron unos murmullos. Reparé en el diseño que en la sombra esbozaban otras sombras móviles, y presentí que estaban atisbándonos las alcahuetas. ¡Ay, cuánto hubiera querido avisárselo a los incautos! Traté en vano de hacerlo. Allá me afligía yo, tan impotente en pro de aquellos cuerpos indefensos y unidos como Pier Francesco Orsini sobre el de Pantasilea, cuando noté la desaparición de ambas hijas de murciélago, lo que no disminuyó mi congoja, pues tenía la certeza de que se apurarían a alborotar a la productora de sus rentas. Así fue. A poco estaban de vuelta, esta vez con la propia incrédula y escandalizada fornicadora, y era tal la confianza, tan honda la dulce fatiga con que Febo y Vincenzo dormían abrazados, que ni siquiera cuando Pantasilea se plantó ante su desnudo abandono y los apostrofó, se despertaron, sino luego que ella y las pájaras de mal agüero los sacudieron y los rociaron de insultos y de golpes, sin atender justificaciones arduas de improvisar. Brincaron los jovencitos encima de la cuja, defendiéndose como mejor podían, y en especial protegiendo su sensible instrumental varonil, expuesto, pendular y comprimido, con el que se ensañó el aquelarre, precisamente por saberlo delicado, y al punto, no obstante lo crecido de la noche, viéronse obligados a recolectar sus magros bienes, y a disparar de la casa donde habían probado ternuras diversas, lo cual hicieron con tan diestra prisa y ganando tanta distancia sobre sus perseguidoras, que Febo se dio maña, de camino, para atrapar uno de los tres laúdes que soñaban en el aposento de los tapices de las Sabinas.

La timidez del alba comenzaba a pintar los techos y las cúpulas de Florencia. Serenáronse los mancebos, ajustándose el uno al otro la ropa; el agua fría del Árno, al lavarles la cara y mojarles el pelo, terminó de convencerlos de que lo que acababa de suceder no era una pesadilla compartida; verificaron el balance de sus posesiones para certificar su miseria; tomáronse del brazo y echaron a andar, charloteando el voluble Febo, que se esmeró en la mofa de Pantasilea, a quien, por superarlo en dos lustros, tachó de vejancona, pese a sus óptimos veinticinco años, y Vincenzo, en cambio, suspirando y sorbiendo alguna lágrima, lo que me hizo maliciar que se habría enamorado de la bella, pero de eso no estoy seguro, por la reserva de su carácter. Y así, tras de

haber devorado unos panecillos y vagado al azar callejero, mientras la urbe abría sus ventanas y sus negocios como si bostezase, pusieron término a la caminata en el Ponte Vecchio, que ya albergaba un apretujamiento de comercios minúsculos, entre los cuales prevalecían los de los orfebres y joyeros, que finalmente se apoderaron de toda su extensión. Si de plateros y lapidarios, también era el puente asilo de una caterva de truhanes e histriones, que a esa hora se iban instalando en poyos, mojones y portales, de acuerdo con misteriosos derechos adquiridos, custodiados con tanta vehemencia que a Febo y Vincenzo les costó acertar dónde acomodarse, y lo consiguieron, muy probablemente, gracias a la calidad de sus atavíos, que los sindicaba como pajes de gran casa, susceptibles de ser engañados y despojados. Sentáronse en el suelo, sobre sus deshabitadas alforjas, y presto sus voces rivalizaron con las de quienes, desde temprano, imploraban la ciudadana caridad. Sólo que ellos, a diferencia de los que mendigaban mostrando pústulas y deformidades más o menos históricas, y repitiendo monótonos rezongos incomprensibles, elevaron sus voces cristalinas y cantaron, acompañándose con el laúd.

Su presencia en medio de aquellos parásitos desabridos, convocó en torno a muchas de las personas que debían atravesar el puente o que venían a sus tendezuelas, y que se regocijaron viéndolos y oyéndolos, ya que lo merecían por sus físicos y por lo bien modulado de su dúo. Esa preferencia agrió a los consuetudinarios pordioseros vecinos, cuyos insistentes reclamos de filantropía fueron silenciados por los chistidos de quienes deseaban escuchar a los cantores. Como fruto, agitóse alrededor de los recién venidos un oleaje rencoroso, estimulado por el hecho de que en sus gorras lloviesen las monedas que se escatimaban a los demás. El éxito envalentonó a los mocitos, sobre todo al petulante Febo, y al lucir el sol, vertical, sobre nuestras cabezas, posiblemente se consideraron triunfadores y capaces de ganarse la vida con tan simple trabajo. Fue entonces cuando en el Ponte Vecchio recalaron los galanes que solían holgazanear en la plaza de la Señoría y en el harén del barrio de Santa Croce. Su arribo llamó la atención antes de que alcanzaran al grupo que rodeaba a los dos muchachos, por la bulla que armaron en cuanto entraron en el puente, y que se engrosó a medida que se aproximaban. Traían consigo a varias doncellas, evidentemente de la nobleza del lugar; se metían en los laterales baratillos; regateaban un dije, una cadena, que compraban y debían; y seguían el paseo. Sacaban el pecho los cortejantes, y lanzaban en la periferia miradas de tigres, al par que las niñas meneaban las caderas y arrullaban como palomas. Se abrió el corro, dando paso a la alcurnia, y por más que sea cierto que los detesté desde que primero los vi, no puedo negar que la lisura multicolor con que brotaron, en pleno populacho florentino, conmovió a lo que en mi origen egipcio hay de esteta y de aristócrata, porque reconocí su elegancia indiscutible, al apreciar la armonía escultórica de sus ademanes, el modo cortés con que se echaban atrás, extendiendo un brazo, para que se adelantasen las niñas, y cómo doblaban las finas cinturas, a fin de inclinarse y hablarles al oído.

En aquel instante, Vincenzo punteaba las cuerdas del laúd y Febo entonaba una canción de amor:

*Fuí a cortar una flor: tantas hermosas
tenéis vos en el rostro y su blancura...
Ya son como un jardín de rosas -frescas,
por tantas flores, vuestras tremas rubias,
y a tantas veo en vuestras blancas manos
que un jardín de granadas me simulan...*

De lo hondo de mi memoria ascendió, como de las aguas del Nilo, la canción del arpista ciego:

*¡Ah si fuese, en el dedo de mi amada,
si fuese el brillo azul de una sortija,
con la seguridad de qué cuidados*

velara por la suerte de su vida!

¿Acaso no soy yo una sortija?, ¿no es mi brillo azul?, ¿no amo a una Reina? Me emocionó el tono primaveral del espectáculo: la voz de Febo, el laúd, las granadas del poema, el cielo toscano, aquellas figuras que se movían como si un artista las pensase. Había, entre las doncellas, una de rubias trenzas en las que se entretejían las rosas, igual que en la romanza. Sonrió, al oír una descripción que concordaba exactamente con ella misma, y se fijó en la perfección del rostro y en el garbo de Febo, que parpadeaba con languidez y en realidad era acreedor a cualquier desorden pasional. Abrió el muchacho la mano izquierda sobre su corazón vestido de verde, en tanto que decía lo del jardín de granadas, y el sol se ocupó de mí y me arrancó un ravo como una flecha, como la flecha tan usada de la Mitología. Junto a la doncella estaba el Gato Altoviti, arqueado, eléctrico, vibrante; asomada bajo el sombrero de castor la maraña rebelde; de negro de la cabeza a los pies. No quitaba los ojos de la niña, como de una presa, así que reparó en la simpatía con que ésta miraba a Febo. Y los reconoció de súbito, a él y al tañedor de laúd. —¿No son ustedes —espetó en el hechizado silencio que sucedió a las palabras finales del canto— los pajes de Pantasilea?

—Lo fuimos —respondió la insolencia de Febo—. Ahora somos gente del arte.

—Tienes una sortija maravillosa —dijo la doncella, y reveló su nombre: Bianca Salviati (de la gran familia contraria a los Médicis, que dio tantos gonfaloneros a Florencia), porque su entusiasmo por mí colmó mi vanidad—. No hemos visto en el Ponte Vecchio —agregó— nada que se le compare.

¡Si supiera! —pensé yo—, ¡si supieran quién soy!, ¡si supieran que fui creado para la gran Reina de Ramsés! ¿Con qué, con quién puedo compararme, en estas quincallerías?

—¿Cuánto pides por ella? —lanzó el timbre chillón de Livio Altoviti.

—No la vendo —replicó mi amo.

—Deberás venderla, si Bianca la quiere. ¿La quiere Bianca?

Titubeó la joven y enrojeció. Adiviné entonces que el interés de Bianca Salviati no se cifraba en mí, sino en Febo, como anteriormente había adivinado, en Pisa, que quien a Febo atraía era yo, y no Messer Platone.

—No —dijo Bianca—, no la quiero.

Se encogió de hombros el Gato; sus amigos, que habían permanecido unos segundos en tensión, a la espera de uno de los incidentes que se reproducían en el camino de Altoviti, aflojaron las actitudes; y sentí que los fantoches y mendigos que flanqueaban la calleja del puente respiraban también, pero como defraudados.

Alejáronse los nobles, recuperada la gallardía petulante. Despreciativo, Livio arrojó una moneda ínfima en la gorra de Febo, que en el suelo yacía. Volvió a pulsar las cuerdas el vihuelista, y el día fue desgranándose para los muchachos, entre canciones, masticar de tortas y de frutas, y observar a las mujeres que en las terrazas de los comercios asoleaban sus cabelleras, dialogando a gritos con quienes pasaban bajo el puente, y remaban, acarreaban, mercaban, festejaban y tonteaban, hasta que con la luz se disiparon. A punto de ocultarse el sol, cuando los dos donceles planeaban indagar por el más mezquino de los hostales, para en él hacer noche, y aún los escuchaban los últimos rezagados, cantó Febo unas burlas de Carnaval :

—Ignoráis, señoras mías

que sufro el mal de aquel fraile...

Hizo una pausa, en la que vibraron las siete cuerdas retozonas del laúd de Vincenzo Perini.

... del fraile aquel (y es verdad)

que mató a su cochinito.

Pues os cuento que una tarde

se lo robó un campesino,

quien era aquí su vecino

(según otros, su compadre).

*Fue después a confesarse
y contó del cerdo al fraile.
Quiso el fraile de inmediato
acudir a la Justicia,
mas pensó que no podía
si en confesión lo sabía.
Dijo entonces a la gente:
«¡Ay de mí, padezco un mal
que no puedo revelar!»*

Suspiró Febo, cómicamente, puso los ojos en blanco:

Y yo sufro el mal del fraile...

Risas y aplausos lo premiaron. Hacia él avanzó, desde la oscuridad inundante, un hombre que vestía hábito talar, negro, fajado por el cuero de un cinturón, con escapulario y larga capa, todo lo cual no bastaba para solemnizar su aspecto, por lo temprano de su edad, que encuadraban dichas austeridades contradictorias.

Pronunció el «Ave» tradicional y, dirigiéndose a los mozos con el tono más afable, exclamó:

—¡Qué historia graciosa! ¿Se conoce el autor? Respondió Vincenzo:

—La compuso el maestro Poliziano.

—¡Qué graciosa! A mí me toca y divierte singularmente, porque me dan el mote de «el Fraile».

E incontinenti les manifestó que se llamaba Giovanni Angelo Montorsoli y que, aunque formaba parte de la comunidad de los Siervos de María, de los servitas del monasterio de la Annunziata y del Monte Senario, disfrutaba de una licencia, gracias a la cual ayudaba al más grande de los escultores en la ejecución de las tumbas de unos príncipes de Florencia. Se detuvo a inspeccionar mejor a Febo di Poggio y continuó:

—Tú podrías servirle de modelo. Siempre anda a la búsqueda de modelos para sus estatuas y sus dibujos. Me voy ahora, que me aguardan en la Annunziata. Ya nos veremos, por la voluntad de María Virgen.

—Así sea —le contestaron los muchachos, y abandonaron el puente en dirección adversa a la que tomara el artista religioso. Durmieron esa noche en un camaranchón, reino de ratas, de pulgas y de chinches, pero era tan destructora su fatiga que apenas los estremeció la batalla librada sobre sus cuerpos por el hambre de dípteros y hemípteros, que en sueños repelieron con algunas palmadas y bastante rascadura. La siguiente mañana, cuando todavía se refregaban las piernas y las caderas, a causa de la voracidad de los bichos, reapareció en el puente Bianca Salviati, con una amiga.

Incorporáronse por largo espacio al auditorio de los rapaces, y entre canto y canto, se ingenió Bianca para enderezar alguna palabra a Febo, ya con el motivo de alabar su afinación y gusto, ya con el de elogiarme a mí, lo que le proporcionó excusas para coger y presionar su mano, y acariciarnos furtivamente a los dos. Sentí yo a di Poggio conjuntamente exaltado e inquieto por la aventura que se le ofrecía, o sea que fluctuaba entre el vanidoso entusiasmo y la asustada zozobra, lo que contribuyó a intensificar las ventajas del tono rosado de su piel. Retiradas las doncellas, Vincenzo, ante los sentimientos obvios que pugnaban en el ánimo de su compañero, lo instó que tuviese cuidado, pues el episodio podía acarrear consecuencias desfavorables. La inconsciencia de Febo descartó esas nubes, pero la misma tarde medimos el valor de las reflexiones de Perini. Los mozuelos salmodiaban a dos voces la extraña historia de Ginevra degli Almieri, la que poco después de su boda con el hombre a quien no amaba, fue enterrada viva, pues la creían muerta por la peste; la que tornó a abrir los ojos, abandonó la soledad y el espanto del sepulcro, acudió a las casas de su esposo y de su madre, que la rechazaron, suponiéndola un espectro; la que por fin buscó refugio en el hombre a cuyo amor y matrimonio su familia se había opuesto, el cual la reconoció, le brindó amparo y ternura, y la ganó por mujer legítima, cuando su madre y esposo repudiantes se

presentaron para reclamarla ante el propio Obispo. Era una historia triste, novelesca, que suscitaba compasión y escalofríos, al pasar por las réplicas de aquellos labios de tan nueva frescura, y reflejarse en las expresiones de aquellas hermosas caras.

Llegaban al final, pero no lo alcanzaron, porque los interrumpió la intrusión de unos turbulentos, que a codazos sobrevinieron en la primera fila, y que no eran, como es natural, sino Livio Altoviti y sus acólitos. Habían bebido por demás; sobre sus hipoes de beodos, se empujó el loco maullar del Gato:

—Ahora —exigió su furor— me venderás tu sortija endiablada. Luego irán a la cárcel, por robar el laúd de Pantasilea. Y si salen, partirán de Florencia para siempre... para siempre —se entendió en medio de sus alaridos— ... para siempre... maricones... degenerados... miserables... sirvientes de putas... duelo de mierda...

Ante el alud de apóstrofes y de ultrajes, retrocedió, temeroso, el público, de manera que Altoviti, Tornabuoni, Lamberti, Panciatichi, Antinori y Buondelmonti quedaron solos adelante. Amedrentaba la traza de los caballeritos, en general indolentes y menospreciadores del enérgico desgaste, al que muy probablemente juzgaban ridículo y afeador, pues fruncían los ceños, encendían las miradas, mostraban los dientes y cerraban los puños. Febo se escudó en Vincenzo, quien revoleaba el frágil y pintado laúd, como si fuese un garrote.

—No... no... —lloriqueó mi desfavorido dueño—. ¡No lo venderé! ¡Prefiero tirarlo al río! Chispeó como un pedernal la daga de Livio, y alrededor relumbraron las de sus compinches. Él Gato acortó la distancia que lo separaba de los acosados. Entonces, por encima de su delirante maullar, más potente que la algarabía de los otros, retumbó un vozarrón autoritario:

—¡Atrás!, ¡atrás, imbéciles!, ¡dejarlos en paz!

La intromisión desconcertó a la violenta solidez del Gato Altoviti, nada habituado a que lo contradijesen. Volvióse y vio avanzar hacia él un hombre de unos cincuenta y cinco años, de mediana estatura y recio tórax, pálido, la barba corta y blanquinegra, pequeños los ojos amarillentos, y quebrada, aplastada la nariz, que hasta los párvulos reconocían en Florencia, donde se lo veneraba, no obstante los celos enconados de sus rivales, como a un dios taciturno, capaz de prodigios. A su lado estaba el Fraile Montorsoli. Dudó el Gato, y su irresolución instantánea se comunicó a su camarilla. Aquel hombre había creado ya la Pietá, el David y la bóveda de la capilla de Sixto IV; los pontífices lo admiraban y lo protegían; en sus manos podían florecer por igual las blancuras de Venus y de Apolo. Fueron suficientes unos segundos para que yo corroborase la jerarquía que en la ciudad privilegiada se asignaba al arte. El artista, el gran artista, fraternizaba allí con el gran señor; a éste, de niño, el Magnífico lo había sentado a su mesa, entre sus hijos, como un hijo más, presintiendo su calidad única. Livio Altoviti envainó el puñal y fingió tomar la pendencia a broma. Desaparecieron las otras dagas, y los mancebos linajudos desaparecieron también, parodiando y desafinando, con femeninas voces agudas, la historia popular de Ginevra degli Almieri.

Miguel Ángel Buonarroti se dirigió por primera vez a mi dueño y a su amigo:

—Vengan —les dijo—, vamos hasta San Lorenzo.

Echó a andar, apoyado en el Fraile, sin fijarse en si lo seguíamos, y nosotros fuimos tras él, pasamos frente a Orsanmichele, cruzamos la plaza del Duomo y llegamos a la entrada de la segunda sacristía, al norte de la Basílica de San Lorenzo. Iba Vincenzo como hipnotizado o enajenado, el laúd al hombro, y resultó inútil que Febo, inquisitivo y parlanchín luego que recobró el coraje, tratara de arrancarle en el recorrido una sola palabra.

¡Qué maravilla!, ¡qué maravilla fue aquella entrada en la Sacristía Nueva! Siglos después, la vi cual se la ve ahora, desde el guante de Mrs. Dolly Vanbruck, a la que guiaba entonces Mr. Jim, egiptólogo, helenista, experto en el Renacimiento, etc., quien la empapeló de citas y explicaciones; pero la segunda no fue como la visión inicial. Y no finca la diferencia en el hecho trascendente de que la vez primera nos condujese el propio Miguel Ángel, en lugar de un viejo británico estudioso (la distancia entre ambos era infinita), sino en el espectáculo que nos ofreció la Sacristía, por así decir en plena

elaboración. Fue algo sobrenatural: por lo pronto, flotaba en el aire un blanco polvillo que a todo se adhería y a todo otorgaba una condición fantástica, y a través de su niebla se perfilaban las esbozadas figuras, como inmóviles alucinaciones de la nieve. Sólo la estructura arquitectónica de la tumba del Duque Lorenzo de Médicis, nieto del Magnífico, había sido erigida ya, y la cadenciosa armonía de su sepulcro, sus nichos y sus pilastras, ascendía en la bruma del polvo de mármol, hasta perderse en la cúpula casi invisible, como la fachada de un palacio prohibido. Se recostaban ya, sobre el sarcófago, los cuerpos vigorosos y voluptuosos, desfallecientes, de la Aurora y el Crepúsculo. La estatua del Duque del «Penseroso», meditaba en el suelo, y aunque mucho le faltaba todavía para que la emplazasen en el centro de la exacta composición, emanaba sutilmente de su máscara melancólica, de ese dedo curvado sobre los labios, de esa concentración reflexiva, un poder atractivo tal, que sentí que hasta Febo cedía frente a su reclamo seguro, callaba y apretaba con la mano en la que residía yo, el brazo de Vincenzo. Naufragaba en la nube de corpúsculos, el resto de las obras, que entre andamios llenaban la Sacristía, los desnudos del Día y de la Noche, el bulto de la Virgen y el Niño, la estatua del otro Duque, Giuliano, bloques de mármol de Carrara, bocetos en mármol, en piedra, fragmentos de decoración, hojas dibujadas, desparramadas doquier, sobre las cuales caminaban los recién venidos, y en las que entreví más ensayos, más pormenores de torsos, de miembros, de corazas, de cascos, de molduras, un confuso hacinar de ideas y tentativas, de ambiciones y de sometimientos, de amor, de pesadumbre, de deseo, de audacia, de saber, de desesperación, el fluir apasionado de la mente de un genio, como si pudiésemos vislumbrarlo en el secreto fecundo de su cabeza. ¡Ah, qué maravilla!

El genio tomó gentilmente el brazo de Febo di Poggio, que se desprendió de Vincenzo, y hablando con voz queda le fue describiendo lo que sería el sitio tumbal de los Duques, cuando estuviese terminado, las estatuas que anhelaba realizar para los nichos vacíos, las del Cielo, la Tierra, las alegorías fluviales... todo lo que nunca materializo, pero que poblaba la riqueza de su cerebro con incesantes y asombrosos simulacros. En verdad, con lo conseguido bastaba. Bastaba que las miradas recogiesen lo que se aglomeraba alrededor y germinaba en medio del polvo, danzante en los rayos de luz. Los ojos de Vincenzo Perini no se saciaron de recorrer el ámbito embrujado, mientras que Febo pestañeaba y acentuaba los bonitos mohines, con destino al maestro. Súbitamente, los dedos de Vincenzo se deslizaron sobre las cuerdas del laúd, y un arpegio voló como un pájaro, hacia la altura. Allá arriba en lo más alejado, donde nada se distinguía allende la nebulosidad, como si proviniese de otro mundo, golpeó un martillo.

—¿Quién anda ahí? —preguntó Buonarroti.

—Montelupo.

—Mini.

—¡Basta por hoy! ¡Desciendan! Es hora de ir a casa.

Descolgarónse por el andamiaje, con agilidad volatinera, los jóvenes ayudantes, blancos como si fuesen otras esculturas. Se sacudieron, se azotaron los cabellos con unos trapos, y emprendimos el camino de la casa de Miguel Ángel, en la vía Mozza. Cuando el artista informó a los demás, sin consultarlo con mi amo y su amigo, su propósito de incorporar a Febo y a Vincenzo a la nómina sin cesar cambiantes de quienes lo secundaban en su tarea, advertí en Mini y en Montelupo, no en Montorsoli, ciertas señales de desagrado, pero Buonarroti, si lo notó a su vez no le otorgó la más mínima importancia y continuó andando del brazo de Febo di Poggio. De camino, el Fraile se separó para llegarse a la Annunziata; nosotros conocimos entonces la que sería nuestra casa durante algunos años. Era harto modesta, a punto de ser pobre, y participaba del hogar y del taller. Lo que le confería una originalidad y una suntuosidad que al visitante dejaba perplejo, es que, así como atestaban a la Sacristía Nueva de San Lorenzo las esculturas y los elementos múltiples vinculados con los monumentos funerarios de los Duques Médicis, abarrotaban el vasto y a punto intransitable taller de la vía Mozza, los concernientes a la muy postergada y discutida tumba del Papa Julio II. Rodeados de portentosos fantasmas, vivimos allí. Vivimos junto al Moisés de Miguel Ángel.

Los muchachos aceptaron su flamante destino, ahorrando la discusión. ¿Qué perspectiva mejor se les podía brindar? ¿Acaso no ingresaban, por voluntad de éste, en la

familiaridad del artista más descollante de Italia y por ende del mundo? Y ese artista, con quien únicamente era *capaz de* competir el gran Leonardo; ese personaje excéntrico, ilógico, cuya sensibilidad a flor de piel lo hacía oscilar, en escasos minutos, entre la ternura ingenua y la ciega cólera ¿no suministraba pruebas evidentes de hasta dónde lo cautivaba mi Febo di Poggio, mi Febo que, pese a su engreimiento, al principio no volvía en sí de la impresión que sus quince años habían provocado en un buscado y halagado superhombre que le llevaba cuarenta y que lo trataba con deferencia disparatada, solicitando su opinión y escuchándolo atentamente, a medida que circulábamos entre los moldes, los relieves y los supremos mármoles designados para la fama?

A Febo, dichos homenajes se le subieron a la cabeza, como vapor de vino, una vez que salió de su feliz sorpresa inaugural, y actuó como un tonto, como el pequeño bastardo de un pequeño sastre de Pisa que era. Barrunto que su fatuidad adolescente lo indujo a colocar en un platillo de la balanza su lozana hermosura, y en el otro la fealdad del hombre de la nariz rota; en uno la verde juventud, y en el otro la avanzada madurez; y que, desechando algo tan enormemente significativo como la magnitud espiritual y creadora de Miguel Ángel, y el prestigio que al comienzo lo ofuscó, dio por sentado que la balanza se inclinaba de su parte, y que eso lo convertía en rector de la relación, ya que exclusivamente de él dependían los favores. Esa idea pueril fue fatal y en ella se originaron los desastres, porque desde entonces, tanto en el taller de la vía Mozza como en la atmósfera de trabajo de la Sacristía y de la Librería Laurenziana, como si los Febos no fuesen muchos y uno Miguel Ángel, los caprichos de Febo rigieron en buena parte la eficacia de la labor, pues en la circunstancial actitud del muchacho se afianzó, mientras corría el tiempo, la imprescindible serenidad que requería la producción del maestro. A períodos de bonanza, en que trascendía el entendimiento de una afectuosa intimidad cuyos alcances sabía sólo yo, sucedían constantes tormentas, cuyo ímpetu Febo desataba de la fácil ira de Buonarroti, excitada por las coqueterías y por las ínfulas torpes del mancebo.

Mini y Montelupo, que lo detestaron desde que percibieron el interés de Miguel Ángel, lo odiaron pronto, aunque no se atrevieron a hacérselo sentir demasiado, pues Febo, como si fuese una cortesana, una damisela aprendiz de Pantasilea, los amenazó con delatarlos ante el que reverenciaban y temían, lo que amenguó su agresividad. El buen Montorsoli optó por no meterse con el favorito, y hasta Vincenzo se fue alejando del amigo querido, y poco a poco arrojándose a la fraternidad del Fraile. En Vincenzo, como resultado de la influencia de este último, y de su propia, innata propensión a abstraerse seriamente y a indagar en las penumbras de su alma, también, pienso yo, por contraste con lo hueco de la arbitrariedad pretenciosa de Febo, fue ganando firmeza la vocación pía, y al cabo de un año, separado ya por entero de su antiguo socio, ingresó en la Orden de los Siervos de María, la de Montorsoli, a distinción del cual no regresó a la vía Mozza, consagrándose a los ejercicios religiosos de la oración y de la caridad. A cuanto voy enumerando, que describe la enrarecida atmósfera en torno de mi amo y de sus ínfulas, sólo toleradas por la indulgencia de Miguel Ángel, se sumó la presencia de Bianca Salviati en el taller. Vino allí en varias ocasiones, con el subterfugio de encargar una Virgen, un fondo pintado que jamás se concretó, hasta que las sospechas del maestro discernieron la auténtica razón de sus visitas, y le exigió que no volviera más. No fue ello óbice para que Bianca y Febo se viesan, fuera de la casa, lo cual al enterarse Buonarroti por una confidencia de Rafael de Montelupo, armó la peor de las tempestades que hayan tenido por escenario a la Sacristía de San Lorenzo, un temporal tan tremendo que Febo, perseguido por el rabioso escultor que esgrimía un cincel, en torno de las marmóreas y albas figuras de los Duques de Urbino y de Nemours, las cuales hubieron de herirse en la refriega, tembló por su integridad, se arrojó sollozando a los pies del furibundo, lo abrazó, se apresuró a reconquistarlo, por unas semanas fue oveja dócil y aún fue obsequiado con una cadena de oro y con varios de los más bellos sonetos que inspiró al que ha sido asimismo un gran poeta.

Ninguno de los sentimientos es tan inexplicable, tan injustificable como el amor. ¿Lo he dicho ya? No me extrañaría, porque siempre lo he considerado así. El odio, la envidia, el

orgullo, son nítidos, radiantes, y por ende susceptibles de dilucidaciones que no admiten discusión: el amor no. En la estructura del amor intervienen elementos imposibles de aclarar, que el sexo contribuye a hacer más turbios, y que responden, supongo, a la ideal imagen que quien ama compone de quien es amado, y a la cual el primero ajusta, dentro de lo posible, lo que el otro provee, borrando lo que no corresponde a su invención pasional, e improvisando de la nada lo que su imagen necesita para existir. De ahí las reiteradas contradicciones, sorpresas y desengaños que el amor suministra. Nadie pudo ser tan distinto como Febo di Poggio, de lo que Miguel Ángel soñaba que era. Poseía, es verdad, para coincidir con el arquetipo plasmado por el artista, una física traza muy semejante al paradigma de Buonarroti. Su hermosura toleraba, en su tipo, escasas comparaciones, pero Febo era como un libro impecablemente encuadernado y titulado, cuyo deleznable texto interior no tenía en absoluto que ver con la excelencia de su preciosa envoltura.

Por tanto, el ligamento que lo unió a Miguel Ángel, si en ciertos períodos fue blando y amable, en otros crujió y gimió por Jos forcejeos y tiranteces. Eso tornó la vida del taller y de la casa a menudo insufrible, puesto que dependía del barómetro del humor de un muchacho casquivano, y de su repercusión sobre un hombre que se sabía feo y excelso, y que avanzaba hacia las trampas de los sesenta. Durante el tiempo del asedio de Florencia por los ansiosos de acabar con la República y de recuperar el poder para los Médicis, hicieron crisis las permanentes discrepancias y celos de relación, y el maestro, no obstante que se le había confiado la estratégica fortificación de la ciudad, huyó a Venecia con su discípulo Antonio Mini. La alarma de Febo, turbado ante lo que inesperadamente perdía, se tradujo en reacciones extravagantes. Si hubiera sabido dónde se había asilado el prófugo, que escapaba de él, seguro es que hubiese corrido detrás, plañidero, pero desconocía su rumbo. Anduvo como extraviado, por la sitiada Florencia; en su enfado planeó pasarse a las filas enemigas; luego se le ocurrió, estúpidamente, que era capaz de agradar a Livio Altoviti, quien lo echó a puntapiés de su palacio; y hasta pensó imitar a Vincenzo Perini, e ingresar en los servitas, mas los frailes, al tanto de los trastornos de su ánimo caprichoso, le aconsejaron que se sumara a los defensores de la ciudad, y hasta se habló de ello, entre dientes, como una «cura higiénica». La ausencia de Miguel Ángel no se estiró. Mini amaba a una joven, con quien esperaba casarse; al maestro le dolía sin duda, la nostalgia de ese Febo versátil que había añadido canas a su barba y cabeza; y la entrañable adoración que Miguel Ángel consagraba a su Florencia, agravaba evidentemente en su inquietud de exaltador de las libertades cívicas, lo forzoso de entregar a su servicio la totalidad de su talento, en la hora en que se jugaba el destino de la ciudad del Lirio Rojo. Volvieron, pues, y el maestro y mi amo reanudaron la vida en común, bajo mejores auspicios.

Cuando podía, Miguel Ángel bajaba de incógnito, embozado, de la elevación de San Miniato al Monte, donde concentrara importantes construcciones parapetadas, en beneficio de la urbe, para esconderse en la Sacristía de San Lorenzo. Febo lo acompañaba. Es paradójico, es absurdo, que mientras no ahorra afeanes para evitar que los Médicis ganasen de nuevo el dominio florentino, Buonarroti (él, que había compartido la intimidad del Magnífico y que había sido objeto de especiales atenciones de los Papas de ese linaje), paralelamente a sus actividades en la defensa, como ingeniero militar, cediese al reclamo de seguir trabajando en la capilla que aspiraba a ser uno de los testimonios supremos de la gloria medicea. Pero Miguel Ángel era así, antitético, inconciliable: para él la belleza y su plástica manifestación, privaban por encima de los demás. Eso clarifica, hasta cierto punto, las mudanzas de su actitud frente a Febo di Poggio, un muchacho que si coincidía, estéticamente, con su ideal, espiritualmente no valía siquiera un quattrino paupérrimo.

Solos entre los fantasmas de la Sacristía Nueva, en un silencio interrumpido de repente por la artillería imperial y por los gritos lejanos, Miguel Ángel esculpía y dibujaba. Lo transfiguraba y hermooseaba entonces la efímera felicidad. A veces se internaba con el escoplo y el cincel, como en la suya, en la conciencia del Penseroso, de ese Duque Lorenzo superficial a quien infundió, al esculpirlo, una profundidad densa de enigmas. A veces tornaba a la delectación de modelar las morbideces carnales de la Aurora y de la

Noche. Y a veces, muchas veces, lo dibujaba a Febo desnudo. Para conjurar el frío de diciembre y de enero, encendían un brasero junto a la breve tarima en la que Febo, ya cerca de los diecisiete años, erguía su esplendor. Recuerdo que una mañana, al desvestirse, el muchacho me conservó en el índice de su mano izquierda. El artista, sentado ante él, entrecerró los pequeños ojos, cuyo color se ha comparado tan a menudo con el del cuerno, manchado de chispas de gualda y de azur; dejó el álbum y la pluma; se levantó; fue hasta el modelo; le quitó la sortija —es decir que me quitó—; me corrió en su anular derecho, y conmigo puesto ahí, continuó dibujando.

¡Oh dioses de Egipto! ¡Oh Trinidad y santos del cristiano Cielo! Yo, el Escarabajo, estaba en el anular de Miguel Ángel! ¡Bajo el engarce sostenido por los dragones, sentía el fluir de su sangre, de su sangre divina, porque si alguien, entre los mortales, fue divino, él lo fue! ¡Qué conmoción, casi similar a la que experimenté cuando Amable, el Ángel de la Guarda de lámblico, el de las alas fraternas del ropaje esmaltado de los colibríes, me ciñó a su propio seráfico dedo, en la cueva de los Siete Durmientes! Pero la impresión, en ambos casos esencial, fue distinta, porque mientras que Amable me transmitió una paz y un bienestar únicos, el contacto de Buonarroti me comunicó el desasosiego nervioso que lo estremecía de continuo. Se comprenderá mi estado, la zozobra del Escarabajo de lapiulá, que en su andar del Ángel a Miguel Ángel, participaba de inmerecidos prodigios. Y en el segundo caso, mayor aún era la asociación (si así cabe llamarla), porque como el maestro estaba dibujando, yo dibujé con él; yo atento en su anular, me moví sobre las líneas que reproducían en el papel el triunfo melodioso del muchacho, el cual, en aquel esbozo quizá destinado a una «Resurrección», abría los brazos y se empujaba como si volase.

A propósito de ese dibujo, precisamente de «mi» dibujo, tengo algo que contar. Dos años antes de ser arrojado al Egeo por el sinvergüenza Giovanni Fornaio, gigolo casual de Mrs. Vanbruck, fui con la citada Mrs. Dolly a Londres, a pasar varios días en la casa que la Duquesa de Brompton acababa de adquirir en Belgrave Square. Y allí, en la lujosa biblioteca, tan Grinling Gibbons y tan exquisita como poco hojeada, entre otros dibujos formaba parte de un lote comprado por el decorador de Maggie Brompton en Roma, ¿con quién me encaré de súbito, sino con mi inolvidable e inconfundible «Resurrección» de Febo, con mi Febo que, gracias al poder de Miguel Ángel, era también un ángel volador, pero maravillosamente humano? ¡Cómo me conmoví! ¡Cuántos recuerdos me asaltaron de golpe! ¡Miguel Ángel, Febo di Poggio y yo, en la friolenta soledad de la Sacristía Nueva de San Lorenzo! ¡Caramba, Maggie tenía en su casa un Miguel Ángel!

Pero no lo tenía. Se caló el impertinente Mrs. Vanbruck, y leyó la placa de bronce fija al marco: «Atribuido a Sebastiano del Piombo», con un vejatorio interrogante.

—Excelente cuerpo —comentó Mrs. Dolly—. ¡Qué piernas!

—¡Qué muslos! —señaló su amiga. Y añadió—: Antes pasaba por un dibujo de Miguel Ángel, y te confieso que me parecía exagerado. Luego, cuando anduvo por aquí ese crítico ¿cómo se llama...? Vive en Florencia... uno de la Europa Central... creo que estudió en Harvard... el de la barbita... se rió de tal manera, que no tuve más remedio que cambiarle la placa. Mejor así... por los ladrones. Ahora resulta que ni siquiera es seguro que sea de... (la Duquesa arrimó la nariz, para descifrar el rótulo) Sebastiano del Piombo... Yo de estas cosas, Dolly, no entiendo. No importa. ¡No me importa de quién sea! ¡qué magnífico muchacho!

—¡Qué piernas! —repitió Mrs. Vanbruck. Y siguieron adelante.

Allá quedó Febo di Poggio, separado, por decisión de un experto, de Miguel Ángel, quien lo amó, según proclaman poemas y cartas. Pero el de Maggie fue uno de los numerosos dibujos de mi joven dueño realizados por Buonarroti. ¿Qué habrá sido del resto? Había docenas... Algunos sobrevivirán en museos o en colecciones, aunque tengo la certidumbre de que en ninguno figura el nombre del bastardo del sastre de Pisa. Será, supongo, una forma de castigo a su vanidad, siempre que postumamente le haya sido dado, ánima invisible, recorrer tales institutos y residencias, en pos de sus memorias.

La traición del condottiero Malatesta Baglione, fiel a la soltura con que traicionaban esos comerciantes de la guerra, entregó Florencia a los enemigos de la República, y Miguel

Ángel, que la había defendido, debió ocultarse. Saquearon su casa de la vía Mozza, en la que subsistieron las estatuas por inamovibles, mientras que él, en lo más recóndito del campanario de San Niccoló d'Oltrarno, temblaba por la suerte de sus obras, y multiplicaba los dibujos que allí le inspiraba Febo, quien temblaba por sus huesos y su piel. Fue entonces, entre aquellas campanas, aquellas palomas ateridas y aquellos religiosos compasivos, cuando se le ocurrió a nuestro maestro esculpir una figura de la Victoria, la cual no sería ubicada en el recinto de los Duques Médicis, porque era grande su aversión a dichos señores, símbolos de la supremacía despótica, sino en la tumba siempre postergada del Papa Julio II, el primero que le encargó las pinturas de la Sixtina, y le permitió acometer con independencia total esa arriesgadísima empresa, de la cual salió airoso. Mas para él desechando la costumbre y el prejuicio que provienen de las culturas clásicas, la Victoria no era una alada mujer enérgica; era un vigoroso muchacho desnudo; y Febo, que en su crecimiento había evolucionado del paje frágil al mozo atlético de recios músculos, se adecuaba justamente a la dominadora alegoría que imaginaba Buonarroti. Tenía que ser así: cada uno de nosotros forja sus mitos, de acuerdo con sus inclinaciones innatas, con frecuencia inescrutables. Y en aquel momento, Miguel Ángel no separaba los conceptos de Febo y de Victoria. Veía, pues, al Triunfo, como un Febo, Adonis heroico, de pie, que hincaba una rodilla sobre la espalda de un hombre mayor, vencido, yacente, barbudo. Ignoro si se percataba de que el derrotado era él, Miguel Ángel; quizá no lo advirtiese, cegado por el ritmo estético de la composición; y le pareciera obvio, por lo demás, que la Juventud redujera a la Vejez; lo que acaso no percibiese todavía es que él encarnaba a la Ancianidad. Habló de la escultura en San Niccoló, y habló cuando ya se había mudado de la eclesiástica torre al claustro de San Lorenzo, y a la casa de un Figiovanni que le salvó la vida, pues lo buscaban para asesinarlo.

Por fin vinieron el perdón y el salvoconducto papal, y pudo regresar a su casa. La desesperación por lo robado, ya que tan codiciosamente cuidaba sus dineros; la obsesión que no lo abandonó jamás, de que en Florencia, la bienmarcada, habían pretendido matarlo; y las preocupaciones emanadas del inconstante Febo, que sin aviso se hacía humo con Bianca Salviati o con algún muchacho, pesaron sobre la fatiga y el desaliento para que Miguel Ángel enfermara. Habían vuelto a su lado, a la sazón, Montorsoli y Montelupo, porque Mini partió para Francia, y con Febo apenas se podía contar. Los delirios del maestro fueron terribles. Las formas tortuosas, de colores sombríos que lo acosaron, reaparecerían en su Juicio Final, pero entre ellas blanqueaba, como arrastrada por carros lentos, la limpidez de los mármoles logrados o soñados, los Esclavos, el Baco, las Piedades, una confusión de vacilantes apariencias, en medio de las cuales avanzaba, puro y avasallador, el Febo de la Victoria.

En cuanto le fue posible, postergando la tarea de la Sacristía, que el Papa Clemente Médiciséis le urgía terminase, cogía los instrumentos de labor y dibujaba, dibujaba a Febo, a despecho del reposo recomendado. En ocasiones, recriminábale las huellas de su vida disoluta, que le adelgazaban la cara ojerosa, pero el mancebo se echaba a reír, hinchaba el pecho, afirmaba los muslos que elogiaría Maggie tírompton, alzaba la enrulada cabeza de pelo corto, y le ofrecía la postura que mejor hacía resaltar sus méritos, pues lo que más podía halagar a su soberbia era que el primer artista del siglo inmortalizase ese cuerpo del cual tanto se jactaba. Pronto acicateó a Miguel Ángel la ansiedad de plasmar en la piedra las formas que estudiara y acariciara con ofuscado ahínco. Eligió un bloque de Carrara de alrededor de dos metros y medio de altura, y empezó a tallarlo. Pero algo aconteció que modificó las características de la estatua. Se originó entonces, entre escultor y modelo, una riña de espectacular violencia, ocasionada por una de las amigas de Bianca Salviati, quien trajo al muchacho una noche, completamente ebrio, a la casa de la vía Mozza, donde el maestro lo aguardaba sin poder dormir. Al día siguiente, Buonarroti no dirigió una palabra al que, borracho, seguía de bruces en la cama y partió para Roma. Cuando ebo se despabiló y refrescó, lo enteró el criado de que su amo debía tratar en la Ciudad Eterna, con el Duque Francisco María della Rovere, pariente del Papa Julio II, lo relativo al nuevo contrato de la tumba pontificia, pero yo sabía requetebién que el culpable de la ausencia precipitada era Febo,

porque en el taller se hablaba con desgano de la eventualidad de ese viaje, y regularmente se lo descartaba. Regresó en breve el inquieto maestro, y retomó la iniciada obra como si ningún tropiezo la hubiese detenido. El mocito no se habrá percatado de una alteración, muy imperceptible, en la actitud de Miguel Ángel hacia él, pero yo discerní algo nuevo en la atmósfera, no obstante que al parecer la relación conservaba la habitual cariñosa índole. Tornaron a proliferar los diseños; tornaron a rescatarse, del pétreo espesor, los contornos de un cuerpo, el cual, y eso es curioso, participaba a un tiempo de la sólida fuerza viril y de cierta delicadeza femenina, en la artificiosa blandura con que la mano derecha se curvaba sobre el hombro, para asir el extremo de una tela que encima de la espalda pendía y que era prácticamente inútil, pues exhibía el muchacho su íntegra desnudez. Y, a medida que transcurrían los meses, se advirtió, paso a paso, como un gradual e inconsciente avance, que en los dibujos y en la estatua los rasgos de Febo di Poggio eran reemplazados, con tan hábil acierto que resultaba imposible indicar dónde residía con exactitud la conversión, por otros rasgos equiparablemente jóvenes y bellos. Aquello era tan sutil, que ni Febo ni yo nos dimos cuenta de la invasión pausadísima, hasta que fue demasiado tarde. Sin duda la Victoria, el Genio de la Victoria (que tras varias idas y vueltas, se encuentra en el Salón de los Cinquecento de la Señoría florentina), lo representa a Febo, pero también representa a otro. Todavía ignorábamos en aquella época la existencia de Messer Tommaso de Cavalieri, a quien Miguel Ángel había conocido durante su última estada en Roma, del joven patricio que, en el curso de su larga vida, no se apartaría de él, hasta cerrarle los ojos, y que la iluminó con su bondad generosa. Tommaso compone con Febo, puedo asegurarlo, la alegoría de la Victoria, que mezcla los elementos positivos con los negativos, y que es también la alegoría de la Juventud. Mientras Messer de Cavalieri crecía en el secreto de la estatua, asumiendo, si era menester, la máscara de Febo, crecía simultáneamente en el corazón de Miguel Ángel. Y a tal grado alcanzó su posesión, que luego de un viaje más, el artista terminó por radicarse en Roma y no regresar nunca más a Florencia. Como cuando había huido a Venecia con su discípulo Antonio Mini, Febo se desesperó, mas supuso que al cabo de un tiempo retornaría, pero el hecho de que el criado y las dos criadas levantasen la casa, al refirmarle la gravedad de la situación, casi lo enloquece. Valoró cuánto había perdido y qué erróneo había sido su proceder, y unos días anduvo vagando por Florencia. Desvariaba, lloraba y gastaba tontamente su escaso dinero. Al fin tuvo que encararse con la realidad, y a punto se halló de venderme; sin embargo se sobrepuso y resolvió reconquistar al viejo artista. Necesitaba para ello renovar su aspecto y su ajuar, desmejorados por el desorden, y trasladarse a Roma. Aún tenía por casa la de la vía Mozza, solitaria y vacía; en ella recobró el laúd de Pantasilea, y pese a que no lo tañía como Vincenzo Perini, rehízo el camino del Ponte Vecchio, y tal como cuando con Vincenzo reía y cantaba, se situó entre los truhanes y los falsos tullidos, y levantó en el centro de quienes imploraban la limosna, su dulce voz. La tristeza de sus endechas enternecía a los paseantes. Sus cortos años se nimbaban de una leve melancolía, enmarcada por el cabello rubio, que para economizar usaba más largo, y aunque, de tanto en tanto, aparecían en el puente Bianca Salvati y los partícipes de sus antiguas juergas, deseosos de rescatarlo, y alguna dama o algún caballero de edad, a quienes les hubiera gustado llevárselo a sus casas e incorporarlo momentáneamente a sus vidas, Febo rehusaba sus propuestas, con graciosa pesadumbre un poco teatral, suspiraba, gorgoriteaba, se quejaba en versos acompasados, y recogía las monedas con inclinaciones señoriles. Hasta que un atardecer, entró en el Puente Viejo el séquito de Pantasilea. Nadie faltaba en torno, ni sus aristocráticos galanes que de todo se burlaban, ni las Gorgonas, ni las servidoras portadoras de abanicos de plumas de pavo real y de un quitasol superfluo. Echaba lumbre su roja cabellera; las joyas la cubrían, y llevaba en brazos al antipático perrito maltes, que apagó el canto de Febo con sus ladridos. Detuviéronse frente al muchacho; la meretriz fingió no reconocerlo, pero las brujas, como obedeciendo a una orden previa, se arrojaron sobre el pobre mozo, y le arrebataron el laúd, en tanto los demás rompían a reír y a prodigar las obscenidades. Se adelantaron la cetrina delgadez y el terciopelo negro de Livio Altoviti, del Gato Altoviti,

haciendo sonar las espuelas. Había bebido en exceso; su voz desagradable chirrió: —¡Ahora me venderás la sortija, la sortija hija de puta, que le haré tragar a Bianca! Y le tiró a la cara unos ducados. Abalanzáronse sobre ellos los mendigos, y Febo explotó el bullicio y la tremolina para brincar sobre los pordioseros que rastreaban el oro, y escabullirse, sorteando los tenderetes y los grupos de paseantes, hacia la margen opuesta, la del palacio Pitti, todavía a medio construir. El Gato intentó perseguirlo, tambaleándose, mas pronto renunció, rodeado por el coro de carcajadas de sus amigos. Ya solo, si bien no cesaba de golpearle el corazón, Febo se sentó en un banco adherido al palacio y reflexionó. Es probable que pensara en la obligación de disparar de Florencia en seguida, pues Livio era un enemigo peligroso. Consiguientemente, habrá recordado el convite que esa misma mañana le formulara un anciano solterón de la ilustre familia de Sassetti, de visitarlo en su casa, y a ella se encaminó, en las inmediaciones del célebre palacio de los Strozzi, con la expectativa de conseguir el dinero preciso. ¡Desgraciado Febo di Poggio! No cabía escoger un puerto peor para su naufragio, pero es patente que estaba trazado su destino, y que aunque hubiese dependido de él seleccionar otro, no hubiera escapado a su suerte, la cual lo hubiese arrinconado y hostigado donde fuera. A la casa de Sassetti se fue, ligero el ánimo y alerta la esperanza, y doscientos metros antes de llegar, caída la noche, al pasar delante de la iglesia de San Pietro Buonconsiglio, que ya no existe, de su portal saltó, porque estaba escrito que así sucediera, erizado, siniestro, arañante, a modo de un gran gato negro de ojos incandescentes, Livio Altoviti. El miedo inmovilizó a mi amo. Dos saltos más y un chillido le bastaron al Gato, que olía a vino y a transpiración, para lanzarse sobre él, y clavarle varias veces en el pecho la daga filosa. Le tapó la boca con la mano, ahogando sus gritos, y entonces al sofocado vociferar de Febo se agregó el suyo, su rugir, porque el muchacho lo mordió mientras pudo. Abriéronse unas ventanas en el contorno, Altoviti arrastró al moribundo hasta el portal de la iglesia, y con una estocada lo ultimó. Allá trató de quitarme del índice de Febo, sin conseguirlo por su torpeza y nerviosidad, y entretanto, a la distancia, comenzaron a brillar unas antorchas que atraía el tumulto. Vomitando, aterrado y frenético, cortó el dedo con el puñal, lo hundió en la escarcela que colgaba de su cinto, volvió las espaldas a las teas, y se metió en la sombra. De esa manera sañuda, abandonado y mutilado, concluyó la meteórica carrera de Febo di Poggio. Si por algo deploré su fin trágico, es porque la Belleza, que de los egipcios aprendí y que me enseñó Miguel Ángel, para mí constituye un culto fundamental; y de la del infortunado Febo, que fue notable, queda la certificación en el dibujo de la serie de la Duquesa de Brompton, en Belgrave Square, y en la Victoria del palacio florentino, aun cuando únicamente yo sé que de él se trata. ¡La victoria!, ¡qué ironía!, ¡miserio Febo! Los vecinos de San Pietro Buonconsiglio, azorados, al claror de las antorchas descubrieron su cuerpo sangriento y retorcido, su rostro convulso, irreconocible, y lo retiraron piadosamente. Agazapado en la tiniebla, el Gato sintió entonces que la pequeña bolsa bordada se movía contra su cadera. En efecto, en su interior, el dedo cercenado se movía, para su horror y el mío. Que no se me exija una explicación, porque no sabría brindarla; tal vez fuese el póstumo reflejo de contracciones, pero lo dudo; quizá la causa de aquella crispación fuera más misteriosa e impenetrable. El índice izquierdo de Febo, bañado en sangre, se contraía y sobaba el costado de Altoviti. Éste, loco de pavor, arrancó la escarcela de su cintura y la tiró en el atrio; huyó después, y yo quedé unido a ese dedo suelto y oscilante, que poco a poco se detuvo. ¡Ah, Dioses! ¡qué tremenda noche pasé en su extraña compañía! ¡Qué no medité y analicé, acerca de la fugacidad de la aventura humana, y acerca (pero esto no es nada original) del hado infeliz de los hermosos! ¿Qué me aguardaría ahora? Al amanecer, cuando repicaban para la primera misa, apareció por San Pietro un limosnero, un mudo que solicitaba la caridad con guturales gruñidos. Rezaban en la iglesia las beatas matutinas, en el instante en que el mudo vio la escarcela. La recogió ávidamente, y al abrirla y volcar lo que encerraba, encontró sobre su palma un dedo cortado, con un anillo azul. Fue tal su bramido y tales sus espantadas blasfemias, que las devotas y los monaguillos salieron desalados, exclamando: —¡Milagro! ¡Milagro! ¡El mudo de San Pietro habla! ¡Milagro!

El mudo, que concluyentemente no era tal, acertó entretanto con lo que Livio no lograra, o sea con sacarme del dedo alarmante, deshacerse de él, y tomar conmigo las de Villadiego, barbotando profanaciones. Alcancé a distinguir en la fuga, que las asombradas mujeres levantaban el índice de Febo, y regresaban con él a la iglesia, reiterando su coro de «¡milagro!, ¡milagro!», así que no me sorprendería que por lo menos una parte del cuerpo del pobrecito, hubiese culminado en la condición de reliquia venerada.

En cuanto a mi subsiguiente propietario, resultó ser un soldado español, de los que tan bárbaramente actuaron, junto a los lansquenets alemanes, durante el saqueo de Roma. Parece ser que a los dados derrochó, en una noche, cuanto había acumulado como fruto del robo; que no se resignó a retornar a su patria con las alforjas vacías, puesto que muchos volvían opulentos; y que optó por simular ser mudo, y por vivir del público altruismo. Por etapas llegó a Florencia; ancló en las cercanías de San Pietro Buonconsiglio, donde en breve se aseguró una excelente clientela, hasta que nos descubrió al santo dedo y a mí, y sin proponérselo recobró la voz. Empero, se me ocurre que lo escarabajé (admirable verbo) la comezón de que se comprobase su superchería, de forma que resolvió retirarse de la plaza, cuando en ella comenzaba a ser bien conocido y prosperaba su negocio. Partimos ese mismo día, enderezando al norte, y dejando por rastro un apéndice taumaturgo y la inútil lección de que la belleza no basta. Fue la nuestra una andanza larga y azarosa. En Genova, el ex soldado, convertido en uno de los hombres más habladores y mentirosos que de mí se apropiaron, condescendió a trabajar y se conchabó de marinero en una carabela que zarpaba para Londres y que hizo escala en Santander, donde nos separamos de sus vaivenes. Desde allí, mi intrépido dueño caminó hasta la meta de su correría, el pueblo donde había nacido: Santillana del Mar, tierra de heráldica, de religión, de aldeanos que contra la pobreza bregaban, y de singularidades.

9. EL ENANO DE SANTILLANA DEL MAR

El soldado Lope de Ángulo, a quien habían aburrido sus soeces camaradas en la guerra, la rapiña, la lujuria y el cuartel, encajándole toda suerte de fáciles e indecentes rimas apellidadoras, era un hombre de imaginación. Al pasar por Torrelavega, metióse con un viejo chalán que ensalzaba los méritos de sus cuadrúpedos rebuznantes y, súbitamente inspirado, le regateó uno y se lo compró, más dos pequeñas barricas que colgó de los lomos sufridos de la bestia, y a las cuales, en el agotamiento del río Besaya, logró llenar de agua hasta el tope. Luego, andando con el buen ritmo que debía a sus vigorosos cuarenta y cinco años, y asiendo del cabestro su mulo, Ángulo, muy chulo, pues había ampliado su ajuar en Santander con un gorro de pluma anaranjada, un paño verde que, debajo, se anudó a la cabeza, y un cochino espadón arrastradísimo, entró en Santillana del Mar, desprevenida y dormilona, donde sus ojos se abrieron a la luz.

Escasos labradores, descoloridos en la lejanía y en el bochorno de las secas parcelas, osaban afrontar el sol perverso que recalentaba los cuerpos, los surcos y las paredes, y que levantaba del suelo un vaho tembloroso, como si la tierra fuese un enorme buey echado y humeante. Los demás sudaban la siesta en la penumbra de los soportales, o roncaban en el interior de cuadras invisibles. Aquellos cuyo despatarro era dado atisbar, confusamente, entre las gruesas pilastras de las casonas, muertos parecían, como parecían agonizar los perros grises de polvo, yacentes, jadeando al amparo saledizo de los balcones. Lo único que vivía, que triunfaba aún, en la modorra aldeana, eran los escudos de piedra. Enclavados en la altura, como inmóviles aves rapaces en sus alcándaras, erguido el penacho, encrespadas las plumas, las espuelas rasguñadoras y el pico voraz, miraban pasar a Lope de Ángulo, de vuelta en su Cantabria después de cinco lustros de ausencia.

No es tarea simple, la de reconstruir su biografía. Por un marinero de la carabela, que lo reconoció, supe lo del saqueo de Roma, y eso, aparte de su época de mudo mendicante, en la iglesia de San Pietro Buonconsiglio de Florencia, es cuanto poseía yo, como seguro antecedente, cuando de la mano de mi dueño llegué a Santillana. Lo demás, inaveriguable mezcla de verdades y embustes, fue incorporándose a mi memoria, durante el largo tiempo que quedé allí. Me limitaré, pues, por ahora a recordar aquel caluroso mediodía, y el lento despertar de la villa a nuestro paso. Porque Santillana se fue despabilando, a medida que avanzábamos hacia su corazón, cual si el repiqueteo de los cascos del mulo anunciase algo distinto, un relajarse de su monotonía secular, la hidalga y la villana, que agravaba el rigor del estío. Puesto sobre la crin pringosa, mi ojo azul observó las sucesivas recuperaciones; entreabríanse los lienzos y esteras protectoras de las puertas, y en las rendijas se esbozaron rostros indecisos; asomaba, en los pórticos, el desperezarse de los rústicos; aquí y allá, vagas mujeres detenían la despaciosa, sonámbula tarea de recoger la ropa puesta a secar; salió un letrado a su balcón, flojas en la nariz las gafas de cuerno, despeinado y desplanchado, y nos estuvo examinando, como si nos imaginase; y así, mientras los cascos taconeaban, aparecieron también tres o cuatro señores de pro, dentro del marco de sus ventanas, como si en nuestro camino estuvieran colgando unos grandes retratos ancestrales, junto a los escudos soberbios, para honrar a Lope de Ángulo que volvía, aunque lo cierto es que el Mudo ni tenía blasón, ni con antepasados de calidad y de retrato contaba, en esa

Santillana del Mar, orgullo de la Montaña, tan renoble y archinoble, donde tantos se preciaban de descender de los Reyes Godos, que en aquel momento asistía al espectáculo de que alguien se atreviese a perturbar su sacra siesta, y para colmo de que ese alguien fuese un forastero. De repente, por encima de las castañuelas livianas, desafinó la voz ambigua, insolente y como triunfal del mulo, y eso preludió la obertura de una orquesta de relinchos, mugidos, gruñidos, ladridos, gorjeos y cacareos, distribuida en corrales, establos, gallineros y jaulas, cuyos sonos convocaron más y más instrumentos en el sopor de los campos, al tiempo que las puertas y ventanas se abrían sinceramente, a impulsos de la sorpresa y la curiosidad, y que el empaque del señorío provinciano y la dignidad de la aldeana modestia, iban surgiendo en los caserones y en la calle, atraídos, como por una antorcha, por el arder de la pluma anaranjada, por las heroicas herrumbres del espadón y quiero creer que por el lustre azul del escarabeo de Egipto, pues unidos colaborábamos, con el tamboril mular, a la gloria de Lope de Ángulo, hijo pródigo.

Tardaron en identificarlo, superponiendo la máscara de su faz curtida, tajeada y barbuda, en el semblante del muchacho de veinte años que partiera de allí, un cuarto de siglo atrás; tratando de hacer coincidir los rasgos, de dibujar patas de gallo donde hubo lisa frescura, de sembrar hilos de canas en el pelo que negrísimo fue; y repitiendo que sí, que aquél era Lope de Ángulo, y que lo que conservaba intacto era el carbón y el azabache de los ojos. Había alcanzado ya a la plaza, frente a la Torre de los Barreda, que llamaron de Don Borja, y buscando alivio al rigor del aire, se refugió en la oscuridad templada del soportal, donde en breve lo rodearon los palurdos, primeros en recuperar su imagen y en proclamar su vuelta. Amargaban las noticias de los suyos que reunió: ni su padre, ni su madre vivían; sus hermanos se habían desparramado por el mundo, ansiosos, como él, de aventura; sólo su anciano tío Alfonso continuaba en pie, enhiesto como una estaca: lo buscaron, lo trajeron de su casa, en la próxima calle de las Lindas, y el viejo semidormido, sin entender todavía de quién se trataba, lo abrazó asombrado, ya que lo empujaron a que lo hiciese. Entretanto, aglomerábase la gente en el gótico soportal de Don Borja, hasta que fue más intenso el calor ahí que afuera, y Lope, franqueándose camino con los codos, cogió con una mano la del tío y con la otra la brida del mulo, y se alejó hacia la pequeña casa de las Lindas donde nos asilamos, en la planta baja la acémila, y en la alta nosotros y el atónito pariente.

A la otra mañana, muy temprano, ya estaba Lope de Ángulo sentado junto a la fuente lugareña, a la cual acudían los labriegos a dar de beber a las bestias y a llenar medianamente los odres, tanto escaseaba el agua. Su presencia fue saludada con alborozo, lo mismo que al atardecer, a la hora en que muchos tornaban de los campos, aguijando los bueyes recién aliviados del yugo, a los cuales daban nuevamente de beber: porque en ambas ocasiones, aquel a quien todos otorgaban ya, por señero nombre y título, el de «Capitán», comenzó a desplegar entre ellos y ante su ingenuo asombro, una serie de cuadros con combinadas escenas de heroísmo, de riqueza y de fantasía, a modo de los fecundos parleros y mimos que iban entonces por los pueblos, contando con desplegadas figuras que indicaba su puntero, la historia de Carlomagno y los Doce Pares, o la de Roldan quien (esto lo sabía mejor que nadie yo) murió en Roncesvalles, para mayor gloria de Francia. Sólo que el capitán Lope de Ángulo, en vez de esas romanceadas crónicas de prodigio, les refería los misterios de las cautivantes Indias de Occidente, descubiertas hacía cuarenta años, y que día a día se poblaban de más sirenas, endriagos, ciudades encantadas, hombres fabulosos y geográficos portentos. Para colmo, los describía como si los hubiese visto, tanto que en breve, además de los villanos, quiso el señorío deleitarse con narraciones hasta esa oportunidad apenas escuchadas a terceros, que las recogieran de otras bocas, lo que estimuló al Capitán a abandonar la plebeya sencillez de la fuente, trocándola por el halago de los estrados nobles, cuyos ufanos habitantes, rivales de la tiesa dignidad de los retratos que en las paredes roía la carcoma, lo oyeron igualmente boquiabiertos que el zafio vulgo.

A mí, el gárrulo palabrerío del ex mudo me desconcertó. Con anterioridad, durante la navegación que desde Genova nos trajo, jamás salió de sus labios la mínima alusión a las

peregrinaciones americanas que ahora pintaba con natural fluidez. Ni siquiera la tarde en que a bordo fue reconocido por el marinero, y simultáneamente evocaron las peripecias del saqueo de Roma, que para desventura de Ángulo, tentado por el juego, culminarían en su despojo, mencionó su participación en viajes de tan osada grandeza, y no bien desembocamos en la splendumbre rural de Santillana, resultaba que el Capitán había sido, con ubicuidad milagrosa, el intrépido sobreviviente de las más variadas y afamadas expediciones. Hablaba de Amazonas, pigmeos, gigantes, orejones, de individuos con patas de avestruz; de peces cantores; de serpientes con plumas; de esmeraldas colosales; de techos y columnas de oro macizo; de hombres desnudos bruñidos con oro; de ríos de tal anchura que de una margen no se distinguía la opuesta; de pétreos dioses esculpidos, narices achatadas y colmillos feroces, que emergían del secreto selvático, estremecido por el clamoreo de animales inciertos... Hablaba..., hablaba de espantos, de pasmos, de estupefacciones, de quimeras, simplemente, casi candorosamente, sin recurrir al alarde, como si fuesen cosa cotidiana, y los cántabros, lo mismo la gente de alcornica que la gente mísera, lo atendían con la pasión por lo insólito con que sus abuelos de pasados siglos rodearon a los juglares y clérigos trotamundos, que ganaban su pitanza contando de unicornios, de hadas o de ermitaños que convivían con demonios y con querubines. El hambre de lo sobrenatural, que no es lo extraterreno teológicamente facilitado por la Iglesia (aun cuando ésta se pueda interesar, azarosamente, por el santo dedo de Febo di Poggio), sino lo que brota, novelesco, complicado, imposible, pero sazonzador de las imaginaciones con las pimientas y especias más extrañas de la humana perversión febril, continuaba ejerciendo su íntegro dominio sobre la urgencia de olvidar la podredumbre destructora, que produce la monotonía de la vida sin horizonte y sin aventura. Comprendí que Lope de Ángulo explotaba esa necesidad de evasión, acentuada por el inmenso tedio pueblerino. La pluma anaranjada de su gorro volaba sobre los caserones y la campiña, sobre el paisaje bello como una miniatura medieval, a manera de un ave de incomparable prestigio, nacida en la América de los magníficos enigmas, harto más extraordinaria que la isla de Avalen (tan Côte-d'Azur) que conocí, y que los ángeles y diablos a quienes vi actuar como pilotos aviadores y como ilusionistas de teatro, en la cueva de los Durmientes.

El Escarabajo rarísimo, fijo en el dedo del Capitán, a cada instante, como una brújula hechizada, señalaba el Norte de la triunfal Invención, y poco tiempo le bastó a su ardidoso dueño para apoderarse de Santillana, gracias a la fascinación de lo mirífico, que puso al alcance de todos por apenas unas monedas. Entendí entonces la razón del agua subrepticamente sacada del vecino río Besaya, y que colmaba las dos pequeñas barricas con las que Lope entró en la villa, conduciéndolas a lomo de mulo, por único y modesto caudal. Y a pesar mío, lo admiré.

Lo previo había sido una introducción sagaz, elaborada en el transcurrir de una semana, con el aporte escenográfico de cuanta maravilla produjeron los desvaríos y las patrañas de cartógrafos, navegantes, conquistadores, iluminados y pícaros, vinculados con la barroca seducción de América: Lope lo había cosechado en charlas de campamento y de taberna, pues yo me jugaría mi sol de ágata a que jamás surcó el Mar Tenebroso que lo separaba del ámbito de tan engañosas elucubraciones. Ahora había sonado el momento de declamar el gran monólogo resultante, frente a distintos públicos, maduros ya para valorarlo. Y Lope narró la historia de sus andanzas en pos de Juan Ponce de León, el que por fin había hallado, en el corazón de una selva florida, el río rejuvenecedor de cuya corriente nacen los que apodan «árboles de la inmortalidad» y en cuyo centro mana la Fuente de Juvencia que auguraron los estudiosos, varias centurias antes. Oyéronlo, embobados, la aristocracia y el vulgo de Santillana del Mar, y unánimemente le rogaron que les narrara más y más, porque eso superaba en ilusión y en esperanza todo lo que hasta entonces les refiriera. ¡Con qué arte lo hizo! ¡Qué lejos dejó, en su destreza elocuente, al pintor Nicéforo, cuando detallaba los esplendores de Bizancio ante los Exacustodios, y amontonaba mentiras! ¡Esto sí valía la pena! Sentado bajo el cobertizo de la fuente (a la que la descripción de la fuente de Ponce había desacreditado bastante), o acomodado en una silla de caderas, en el estrado de alguno de los hidalgos del lugar — apellidáranse López de Mendoza, Valdivieso, Barreda, Estrada, Tagle, Velarde o Cossío—,

ponía en marcha la máquina visionaria, y allá desfilaba el empecinado gobernador de Puerto Rico, buscador de la Fuente; y allá Lope de Ángulo, muchacho, tajándose paso en el embrujo de la selva con el acero filoso; y allá los acechaban los aborígenes antropófagos, los venenosos ofidios, los fantasmas inimaginables, las plantas sanguinarias, dotadas de razón y de movimiento. Contra esa confabulación de tribus, de dragones y de espectros, luchaban Ponce de León y Lope de Ángulo. Sus compañeros habían caído, enzarzados en la ruta sañuda, de modo que apenas un puñadito consiguió alcanzar el calvero donde se ocultaba el río que concede la inmortalidad y la fuente que brinda la juventud, a la que reconocieron al punto por la intensa claridad a nada parecida, que de su fluir brotaba. De rodillas cayeron los sobrevivientes, para agradecer la infinita bondad del Señor. Luego brincaron en el agua y en ella se bañaron y de ella bebieron hasta saciarse. Ya no morirían, ni perderían el frescor de la mocedad, a menos... (porque, obviamente, habría un pero, una condición), a menos que cayesen en pecado mortal.

—Miradme a mí —proclamaba el tuno—, y decidme si tengo sesenta y tres años.

Lo contemplaban embelesados, ya que lo cierto es que tenía cuarenta y cinco, y si alguien, contando con los dedos, lo enfrentaba con su auténtica edad, encolerizábase Lope, subía el diapasón y respondía:

—¿Me vais a decir a mí, a mí mismo, qué años tengo? Sesenta y tres cumplí el último agosto.

Ponía los dedos en cruz y los besaba, y como había cuidado especialmente el físico retoque y el atuendo, para dichas ocasiones, y hacía relampaguear, abriéndolos mucho, sus negros ojos, el auditorio mandaba callar al interruptor, y requería al Capitán imperecederamente joven, que prosiguiese. Entonces Ángulo adoptaba el tono que conviene mejor a la confidencia, y revelaba lo que más podía encandilar al público y apremiar sus codicias, o sea que había conseguido salvar dos barricas llenas del líquido mágico, y que las había traído a Santillana (y en efecto, muchos recordaban su ingreso en la villa con el cuadrúpedo tamborileante y los toneletes), porque era de Santillana, y a Santillana quería por encima de cualquier pueblo, pues no lo había más noble, y deseaba que los de Santillana disfrutasen de su sensacional hallazgo. Menudeaban, como es lógico, el aplaudir y el festejar, y pronto la casa de la calle de las Lindas asistió a la paciente procesión de los candidatos al beneficio del agua indiana, que el buen Lope servía con cuentagotas, de sus barricas del Besaya, y cobraba a precios ajustados a las condiciones de los aspirantes. Presto se lo vio engordar (también a su tío Alfonso) y adquirir rubicundez y un aire de bien comido, de digestión saludable, recios músculos y serena conciencia, lo que contribuyó a la solidez legendaria de su juventud, e hizo que acudiesen de las vecinas poblaciones los sedientos de verdear y florecer y de no morir nunca, a cambio de no cometer un grave pecado. La Iglesia no pudo considerar con inquisitorial antipatía una campaña tan moralizante, y así se explica que fuese el propio Abad de la famosa Colegiata quien bendijo el enlace del capitán Lope de Ángulo con una dama de la familia de Bracho, emparentada con los linajes empingorotados de la comarca. Otorgóle ella varios hijos y, ya setentón, todavía insistía el al fin caballero de pro en el privilegio de su victoria sobre el tiempo, para lo cual recurría a cuanto afeite, tintura, depilación y demás artificios manejaba, que si en aquella época hubiesen existido los cirujanos de Mrs. Vanbruck, distinto y muy superior hubiera sido el fruto de sus afanes. Con todo, el excelente hombre se defendía. Lo apreciaban doquier; doquier reclamaban su presencia, pues nadie sabía aderezar como él una anécdota, ni dominaba tanto la ciencia de la América remota y sus arcanos. Fueron envejeciendo y muriendo los favorecidos por el cuentagotas, y hubo que deplorar que su conducta escondida malograra los efectos del agua encantada. A pesar de las defunciones y decrepitudes, siempre hubo pretendientes a sus ventajas tentadoras; jamás se agotó el contenido de las barricas; y hasta el término de sus días, maquillado como la cortesana Pantasilea, aunque más semejante a las máscaras trágicas de Aristófanes, el Capitán persistió esgrimiendo el cuentagotas, y yo permanecí en su anular, mientras distribuía un caudal de sueños superior al utilizado por los soñadores del palacio de Marco Polo.

Ascendió de esa suerte a una altísima ancianidad, metamorfoseado en un mascarón policromo, que aún circulaba por las calles de Santillana del Mar, abombando el pecho, hundiendo el vientre, caminando sin socorro de bastones, y meneando melancólicamente la cabeza, si se le comunicaba el deceso de otro cliente pecador. A la hueste pecaminosa se sumó a su turno, rodeado de tanta consideración que los vecinos no acertaban con la infracción culpable de su fallecimiento, y se repetían en el velatorio que los designios del Señor son inaccesibles. Tras él quedó un reguero de agua del Besaya y un reguero de fama de benefactor. Quizás el Dios de los cristianos lo admitía en su Gloria, porque fue un eficaz propagandista de sus principios; de no ser así, estoy seguro de que Osiris lo admitirá en la suya.

Reinaba Felipe II en España, Portugal e innumerables dominios de allende los Océanos, la aciaga noche en que Lope abandonó este mundo, muy sorprendido de partir de él, ya que también el octogenario, algo reblandecido, había terminado por creer en la virtud de su elixir. Y reinaba Felipe III, menos enérgicamente que su antecesor, treinta años más tarde, el día tempestuoso en que abrió los ojos a la luz, en Santillana del Mar, el postrer descendiente de Ángulo. Tres decenios habían sido suficientes para rematar una estirpe originada en un personaje que si fecundo en ardides fraudulentos, no lo fue en la propagación dinástica. De sus hijos, sólo uno concibió posteridad, y ésta se concretó en una nieta que vinculó fugazmente a su destino oscilante el de un labrador, con lo cual se extinguió el brillo de la prosapia de la pluma anaranjada. Ni siquiera había casado con él la fornicadora mujerzuela, lo que se tradujo en que el efecto de su ilícita unión fuese irredimiblemente bastardo. Para colmo, salió enano, lo cual no le impidió llamarse, con exagerada suntuosidad, Don Diego de Acedo y Velázquez. La madre lo abandonó en edad temprana, desterrada de la adusta villa por la intolerancia de sus moradores, y Diego creció de tumbo en tumbo, hasta que, apenas adolescente, ingresó como criado, pinche o paje, o lo que se prefiera titularlo, en la casa de los Garay y Bracho, sus distantes deudos. Véase, pues, qué breve espacio alcanzó para que una familia iniciada bajo preclaros auspicios, rociada o habrá que decir ungida, en sus albores, por el agua de la inmortalidad, degenerase hasta tal punto que de la cumbre del Capitán se precipitó en el abismo del chiquirritico, decayendo no sólo jerárquica sino físicamente.

Conviene aclarar cómo era el autodesignado Don Diego, para que se entienda su ulterior actuación. Medía la equivalencia de un metro veinte de altura, y esa dimensión estaba ocupada en buena parte por su busto, lo que reducía sus piernas y brazos a desproporcionadísima escala. Sobre columna tan reducida, situábanse una cabeza y un rostro de rasgos de inesperada guapeza, con castaños ojos, fina nariz, cejas de sutil diseño y cabello rubio, que los lustros oscurecieron hasta adoptar un oxidado color rojizo. Conducía el muchacho aquella estampa disforme como si fuera un Adonis o un Antínoo. Había que ver al presumido renacuajo avanzar por las calles de Santo Domingo, del Cantón y del Río, desde la casa de los Garay, camino de la Colegiata o de una de las residencias nobles, portador de un mensaje, con ceremonia y tiesura más propias de un embajador que de un fámulo recadero. Las mozas de cántaro, alguna cuchufleta le canturriaban al pasar, y él seguía, impertérrito, henchido de orgullo, conmigo, su herencia, suspendido de su cuello por una cadena de plata, pues ninguno de sus dedos poseía la consistencia y el grosor imprescindibles para acogerme. ¡Ay! en el curso de mi larga vida observé a vanidosos de la importancia más varia, desde el radiante Ramsés y el insoportable Alcibiades, al olímpico César; del Protostrator o Gran Escudero de Teodosio II, que arrastraba su manto con más pompa que el Basileus, a los empenachados paladines Amadís de Gaula, Palmerín de Oliva y al bello príncipe Sagramour de Constantinopla; de los venecianos Polo (con excepción del pobre Andrea), a los florentinos Livio Altoviti y Bindo Antinori; pero en ellos la vanidad se justificaba —si es justificable la vanidad— por razones que no cabe desmenuzar ahora, y que se comprenderán fácilmente. El caso de Don Diego de Acedo, cuya altanería fallaba por la base, se me presentaba como el más incomprensible, sin que ello significara que su altivez cedía frente a las de paradigmas tan excelsos; antes bien el enano, caricatura de hombre, los sobrepasaba en fatuidad, porque si para los otros la soberbia constituía un ingrediente de sus complejas personalidades, en la composición de la psicología de Don

Diego no entraba ningún elemento importante más. De imponer la casualidad que el enano se cruzase con un caballero, en aquel pueblo donde todos se cruzaban de continuo, quitábase el pequeño el sombrero, lo saludaba con presuntuosa reverencia, y no obstante que el saludado a menudo no disimulase la risa, ante una prosopopeya tan ridículamente falta de medida, Don Diego de Acedo continuaba su camino, fija la manita en mi Escarabajo pendiente, como si yo fuera el Toisón de Oro. (Al fin y al cabo ¿en qué desmerezco del Toisón aludido, creado cuando yo tenía ya dos mil setecientos años? Se pensará que soy vanidoso, pero aquí no se trata de mi vanidad, sino de la del bisnieto de Lope; cargue cada uno con su vanidad; Don Diego había sido guisado con salsas de orgullo y jugos de insolencia; me tallaron a mí en una piedra insigne, y fui enaltecido por un príncipe mago.)

Alrededor del ufano diminuto, Santillana del Mar desarrollaba sus propias ínfulas, que progresaban con el tiempo. Su jactancia medró en el siglo XVII e insistiría aumentando. En las nuevas casas, encima de las rejas y de los portalones, cubrían los escudos gran trozo de los frontispicios. Intensificábase su semejanza con inmensas aves de presa, posadas a nivel del balconaje, encima de las arquerías, o apostadas en el esquinazo, aleteantes los lambrequines, erguidos los crestudos airones en los yelmos, como si estuvieran prontas a gritarse los lemas desdeñosos, y a echarse a volar, adelantando las duras pechugas tatuadas con ñores de lis, con torres, calderos, grifos, árboles, lebreles, cruces, estrellas, águilas y dragantes. Aquellas inmediatas presencias contribuían a robustecer la vanagloria del enano. Pasaba en medio, como si su nimiedad se deslizase por las páginas de un exorbitante libro de heráldica, y cada vez que sus ojos tropezaban con las figuras del castillo y del guerrero que lleva una bandera en la diestra, reforzábase su petulancia, porque ellas correspondían a los Bracho ancestrales, y así, descartando en olvido, por inadmisibles, su ilegitimidad y su padre destripaterrones, Don Diego de Acedo y Velázquez sentía que la entera Santillana resplandecía por ser su ejecutoria familiar tallada en folios de piedra.

De los Garay, sus amos, poco que no sea triste cabe manifestar. Hallábase su casa a la entrada del pueblo, pared por medio con la de los Villa y la de Barreda, y se la reconocía por los leoncillos de las armas, que indicaban su procedencia del puerto de Laredo, de donde habían venido estos Garay a afincarse en Santillana, luego de la epidemia diezmadora. Eran el señor y su dama primos hermanos y primos segundos, y ambos eran ciegos: él, de nacimiento, y ella se le había ido debilitando gradualmente la vista, hasta que por completo la perdió. También era ciega su hija. Entre los tres, Don Ignacio, Doña Francisca y Doña María Antonia, transcurrió la primera parte de la vida del enano. Con una vieja rezongona, el muchacho integraba la totalidad de su mal o nunca pagada servidumbre, ya que además de vivir en las tinieblas absolutas, los Garay adolecían de una hidalga pobreza que se reflejaba en la falta de cuanto no fuera imprescindible, dentro de su caserón. Como no lo veían, no les importaba la ausencia de muebles de aparato, de tapices, de pinturas. Diríase que actuaban como si estuviesen rodeados por los testimonios de la opulencia; tal vez idealizaban interiores fastuosos, y eran felices en su solitaria oscuridad. Casi no salían a la calle. Acedo, a quien uno de los canónigos de la Colegiata enseñara a leer, deletreaba de tarde, para sus reunidos señores, alguna larga y deslomada novela de Caballerías, préstamo de un vecino bondadoso, y las horas se desgranaban con el constante chocar de lanzas y hundir de broqueles, requerir de damiselas y consolar de viudas, amores de Lanzarote, hazañas de Reinaldos, de Galvan, de Belianís de Grecia, etc., que yo escuchaba conmovido, pues esos episodios me transportaban a la isla de Avalón y a la memoria del duende Dindi y su verde caperuza. Don Diego esforzaba la voz, que de aflautada e infantil se fue mudando en grave, a medida que se prolongaban los años y que asomaba el bozo a su labio superior. Novelas y novelas; infinitos libracos de hojas descosidas, que en ocasiones, a causa del pergamino amarillento de las tapas resobadas, y de la humedad, la polilla y la mugre que empastaban su contenido, más parecían quesos rancios que textos de literatura, lo que dificultaba la tarea del torpe lector. ¡Cuántas novelas leyó el enano en aquel tiempo! Creo que no quedó ninguna en Santillana y sus contornos, sin que la consiguiera para

descifrarla ante sus patronos, y en la comunidad no paraban de elogiar sus desvelos de confortador de los impedidos. Los tres ciegos lo atendían, transfigurados los rostros. De vez en vez, enardecíase Don Ignacio y blandía invisibles espadas, distribuyendo mandobles; Doña Francisca suspiraba, si un peligro más se cernía sobre las damas cautivas; y a Doña María Antonia se le humedecían de lágrimas los quietos, inexpresivos ojos blancos, cuando caía, destrozado el yelmo, el caballero hermoso, para en seguida erguirse y enfrentar a su enemigo felón.

En cuanto a Don Diego, inútilmente se postraba delante de María Antonia, cuando un temerario declaraba su eterno amor a una de las bellas. Hasta que en una de aquellas apasionadas oportunidades —diecisiete años tenía Don Diego, y treinta Doña María Antonia— el enano, arrebatado por el lenguaje caballerescamente erótico, cuya supresión reclamaba Doña Francisca, osó coger una mano de la menor de los Garay, y mantenerla presa en sus dedos, mientras proseguía leyendo con la voz quebrada, y ahora era María Antonia y no su madre quien multiplicaba los suspiros anhelosos. Así comenzó la singular historia de los amores del enano y la ciega, en Santillana del Mar.

A menudo me pregunté si el mozo hubiera actuado de esa suerte, de no ser la doncella una Garay y Bracho. Cuando, tras reiterado juego de manoseos y besuqueos, consiguió introducirse en su cama virginal ¿pensaría Don Diego que con quien se acostaba era con uno de los escudos monumentales de la villa, reducido, por arte de un Merlín propicio, a la condición de fornida hembra, cuyo bigote excedía al suyo en población, cuya cabeza aventajaba la suya por completo, y a cuya cabellera consideraría, heráldicamente, de sable, clasificando de gules sus grandes pezones, y rampantes, pasantes, contornadas o linguadas, sus actitudes de casta niña entusiasta y satisfecha? Porque Acedo, sin despojarse de mí (fui lo único que conservó, como Nefertari —¡perdón!—, como Febo di Poggio), suscitaba éxtasis y enajenamientos, adecuando su renacuaja estructura a las excrescencias, profundidades y expectativas de la arrobada María Antonia. Dichos actos se cumplían preservando un silencio total, dado que la habitación de los padres era inmediata a la de la favorecida, y eso contribuía a la irrealidad de las escenas, no obstante su acentuado realismo, pues la ausencia del más leve crujir y la certidumbre de que uno de los participantes abrazaba al otro en impenetrable negrura, y de que el otro pataleaba invisiblemente, provocaban una atmósfera que yo no pude comparar a ninguna de las precedentes que compartí, con ser vasta mi experiencia.

Como se inferirá, tales acontecimientos modificaron el carácter de María Antonia. Se volvió cantora, de callada; de desordenada, coqueta, dentro de lo que le permitieron las vacilaciones del peine y la equivocación de los cosméticos. Advirtieron los cambios Doña Francisca, Don Ignacio y la vieja criada, y lo atribuyeron a la primavera que en la casa húmeda se metía por las ventanas; a los pájaros que trinaban en los balcones; a los libros fantásticos que, el uno del otro en pos, inundaban los aposentos de héroes retadores y esgrimistas. Formaban el cortejo de estos últimos el denodado Partinuples, Esplandian, Lisuarte, Primaleón, Clarían de Landanís, Celidón de Iberia... Y Don Ignacio Garay, que era hombre de ideas extravagantes, detuvo una de las laberínticas narraciones, de repente, y clavó en el techo los muertos de ojos inspirados, para decir: —Tal vez..., tal vez sería curioso componer la historia de un anciano hidalgo que pierde el seso, leyendo estas novelitas, y que se mete en nuestro tiempo a caballero andante y a emprender cómicas locuras.

—No interrumpas —lo reprendió su mujer—, eso no interesaría a nadie. Sigue, Diego, sigue con Palmerín de Oliva. ¿Qué acontece ahora? ¿Se casa con la hija del Emperador de Alemania?

Yo me acordaba de Palmerín en Avalen, espigado y huesudo, regateando el alquiler de los dragones de Dindi para una fiesta; opinaba que era ingeniosa la idea de Don Ignacio (como corroboramos después, al aparecer en el aislamiento de Santillana el libro que trata ese mismo asunto, y que ya corría por España de mano en mano); y observaba al menudo recitante, quien aprovechaba las pausas de comas y puntos para acariciar las piernas compactas de María Antonia, la cual sonreía en su enclaustrada noche. Piaban las aves; los carros regresaban de las eras, cargados de forrajes; mugían los tardos bovinos; la tibieza del aire invitaba a amar; sí, sí, Palmerín de Oliva se casaba con la hija del

Emperador de Alemania; y Don Diego, Don Dieguito, de hinojos delante de María Antonia, besaba quedamente sus rodillas desnudas, y leía teniendo su regazo por atril. Se rompió el idilio por obra de la inexorable Natura, cuyo laborioso entrometimiento trastornó la situación. Todavía, aunque tendía la falda a ensancharse, no imperaba la moda del guardainfante colosal, encubridor, en su redonda caja de géneros, hierros, cuerdas, estera, paja y demás, de lo que adentro pujaba, de ahí que la atribulada no pudiese recurrir a tan cómodo postizo para disimular la evidencia de su estado. Y éste fue saltando a la vista mes a mes. Lloraba sin ruido Doña María Antonia; consolábala el enano sin ruido; ignoraba lo que saltaba a la vista, la pareja mayor; comenzaba a sospechar la criada; temblaba la encinta, ante la eventualidad de que la rozasen, en la cerrada niebla donde se movían, Doña Francisca y Don Ignacio, o ante el terror de que algún extraño entrase en la casa de los leoncillos. Y más aún temblaba el joven Diego, tanto que los dientes le castañeteaban durante la lectura, y que Don Ignacio lo llamó al orden, pues al atravesar sus labios, Esplandián y Urganda se tornaban tartamudos. Así, de mal en peor, anduvieron las cosas, hasta que la vieja criada dio en mascullar desvergüenzas, y el enano presintió que Troya estaba a punto de arder, y que lo aconsejable era salirse de sus peligrosas murallas. Lo mismo hizo el pintor Nicéforo, cuando escapó de la casa de los Exacustodios, sólo que en aquella ocasión su mujer y no él era la Tartamuda. Una mañana, al alba, a la hora en que los carros y los bueyes partían hacia los campos o hacia los pueblos, aguardó Don Diego el paso de uno que quincenalmente viajaba camino de Santander, abarrotado de heno, y se guareció en el interior de aquel nido descomunal, perfumado y ambulante, que con despaciosa cadencia nos alejó a ambos, para siempre, de Santillana, pajarera de escudos y manantial de aguas inmortales, y se fue, entre prados y dehesas, rumbo al mar, al verdadero mar, que en Santillana del Mar ni se huele. Nos dormimos los dos, acunados.

A cierta altura nos despertó el bullicio. Habíamos parado en una venta. Es probable que al muchacho lo inquietase la certeza de que en Santander le echarían infaliblemente el guante, para evitar lo cual decidió mudar de vehículo y se acopló al de unos mercaderes que iban a Pamplona, acomodando su exigüedad y su atadijo a la externa parte trasera del coche. Llegó allá molido, mareado, lastimado y polvoriento, por obra de los brincos, zarzándeos, pedrea y complementarias desdichas, que nos acosaron a lo largo de la espeluznante carretera. En el mesón pamplonés se enteró mi amo de que el traslado de los mercaderes a la antigua ciudad navarra —inolvidable para mí: fue donde Carlomagno destrozó a los Emires y Príncipes moros—, se debía a las ferias de ganado, que convocaban a numerosos comerciantes españoles y franceses. No bien se repuso del agotamiento, echó el enano a andar, con su alarde característico, empinándose cuanto su cuerpo le permitía, y esfumándose entre bestias, chalanes y jinetes, hasta que lo rescataron del enredo de cuernos, ancas, blasfemias y berridos, tres hombres de mala traza que surcaban también difícilmente aquel purgatorio, deteniéndose a cambiar unas palabras, de tanto en tanto, con los compradores y vendedores que palmeaban los animales, y contaban y mordían monedas. Fue descubrirlo y entusiasmarse los tres. Lo alzaron en vilo, lo sacaron del alboroto, y luego lo depositaron en un descampado contiguo, pateando, sacudiéndose como un furioso perrito que fuese al mismo tiempo un ceñudo gran señor; le hicieron unas profundas reverencias, barrieron el suelo con los gorros, lo llamaron «amigo» y «compañero», y sin admitir réplica alguna lo convencieron de que él era el socio ideal para una serie de operaciones de excelente provecho en que estaban empeñados. Apartáronlo aún más del tumulto, y lo informaron en voz baja de la faena. Se trataba de auxiliarlos en el transporte a través de la frontera, hasta Francia, del dinero obtenido por los súbditos de aquel país en las transacciones, pues como él no debía ignorar, la arbitrariedad de las leyes hispanas prohibía la exportación de la plata, y por ende, ya que rara vez se conseguía un permiso, había que acudir al recurso del honesto contrabando, a fin de redondear los negocios. Ahora bien: ¿quién estaría en condiciones de burlar el acecho de los guardias aduaneros con más desenvoltura que el joven, cuya privilegiada formación (así describieron su enanismo) le permitía actuar con una comodidad envidiable? En cuanto entregasen lo esperado en Saint-Jean-Pied de Port,

allende los Pirineos, recibirían el dos y aun el tres por ciento del depósito, lo que significaba una ganancia pingüe. No cabía rehusar. ¿Qué otra cosa podía hacer Don Dieguito, por el momento, para subsistir? De ese modo se halló envuelto en una aventura riesgosa y productiva.

¡Si me hubiera visto a la sazón mi Reina! ¡Si me hubiera visto la diosa Nefertari! ¡Si hubiese visto a su Escarabajo preferido, el que rodeando su muñeca abrazaba al dios Ramsés, colgado ahora del cuello de un pigmeo que a cuatro patas, para disminuir todavía más su pobre estatura, se entraba en breñas y matorrales, escalaba rocas y se descolgaba asiéndose de ramas, desgarrado por los arbustos espinosos y herido por las aristas del guijarral, atento al resuello de sus tres socios cobardes, a quienes agobiaba, menos por supuesto que a él, el peso de las talegas y las alforjas llenas de reales de a ocho, cada uno de los cuales valía más de doscientos cincuenta maravedíes! Pero ¿poseía yo acaso la constancia de que no me veía mi Reina? ¿No la sentía en torno, embozada en la noche o la bruma, mientras gateaba Don Dieguillo enfermo de humillación y de desencanto, acarreando una fortuna que no hubiese osado tocar, porque harto sabía las torturas que hubiesen coronado su robo, y que nadie podía burlar la vigilancia de los propios contrabandistas, temerosos del castigo y anhelosos de no perder la gratificación? ¡Ay, de no haberla advertido cerca su Escarabajo, y casi de palpar sus transparentes vestiduras, lo que me infundía un coraje excepcional que comunicaba a mi amo de entonces, dificulto que Diego hubiera soportado los cansancios y las angustias inseparables de aquellas expediciones! Pero Nefertari no me abandonaba; al menos yo lo suponía así, y en eso, en esa ilusión, consiste una de las maravillas sobre las cuales el amor funda su fuerza: en la seguridad —¡tan vana y tan hermosa, tan enriquecedora y tan estimulante!— de que el ser amado es indivisible de cada uno de nosotros, y aunque ausente piensa en nosotros y se conmueve, cuando nosotros pensamos en él, y participa de lo que nos desespera o exalta. Por lo demás, ¿no gozo yo, desde que nací en la magia de Egipto, de la gracia de asomarme de continuo al misterio que nos circunda y roza? ¿No vivo cercado por presencias que al resto se esconden y que vibran en mi derredor, porque el niño Khamuas, hace milenios, posó en mí su mano y pronunció unas pocas palabras secretas? Así, la vez que nos correspondió atravesar las cumbres que aislan a España de Francia, utilizando las escabrosidades que sólo cabreros conocen, en las atalayas del corredor angosto de Roncesvalles ¿quién sino yo, únicamente yo y mi ojo alerta, al inclinarse Acedo sobre el abismo, distinguió la serpiente, la gruesa boa rutilante, que se desenroscaba abajo, en las desviaciones del desfiladero, hasta que comprendí que originaban sus brillos y chispas las piedras preciosas engarzadas en los yelmos, en los escudos y en las armaduras de Roldan y su hueste, los cuales recorrían eternamente el pasaje? Oí en aquella ocasión, vagos y como adivinados, los ecos del coro que veinte mil jóvenes entonaban, densos de amor y de alegría, porque no sospechaban que iban a morir. ¡Ay Dioses!, ¿acaso existe la Muerte? ¿Acaso esos caballeros felices que avanzaban, noche a noche, en la soledad de Roncesvalles, no eran los mismos que, simultáneamente, disfrutaban de los espectáculos feéricos de la isla de Avalen? ¿Era posible? ¿Qué es posible y qué imposible? ¿En dónde está la inexorabilidad de la muerte? ¿Morirán sólo los que transitan por la vida como muertos, la vasta comparsa mecánica, las innúmeras figuras de fondo, y en cambio sobrevivirán, eternos y ubicuos, los que auténticamente vivieron? ¿Habrà sido más sabio el capitán Lope de Ángulo, expendidor de sueños con su imaginaria agua de la inmortalidad, que Pico della Mirándola y Erasmo, con toda su filosofía? Así reflexionaba yo, quizá demasiado solemnemente dadas las circunstancias, porque la verdad es que salíamos de un peligro para correr otro, y que fuera de mí, que ambulaba suspendido del cuello del enano, no tenía tiempo ni éste ni sus atribulados compinches para meditar, hamletianamente o emulando a San Pablo, en nada que no fuese salvar el pellejo.

Mucho tiempo pasó, con alternativas que nos retuvieron en Pamplona o en Saint-Jean-Pied de Port, a la espera de remesas y de entregas, antes de que se produjese el episodio que pondría término a la relación de Don Diego y sus cofrades. Y fue que los aduaneros nos tendieron una emboscada, entre las espesuras que bordeaban un precipicio pirenaico, en el cual rodaron dos de los contrabandistas. Eso amparó al enano

y al tercero, pues al deducir los guardias que con los desaparecidos, desaparecían también los bolsos de plata, se deslizaron en pos, asíéndose de matas y raíces, lo que mi señor y el truhán supérstite aprovecharon para poner los pies en polvorosa. Con ello quedó disuelta su sociedad. Don Diego de Acedo y Velázquez, que hasta cierto punto había sido un instrumento de los falsos guapetones, recogió los económicos ingresos que había acumulado, ocultándolos de cualquier pesquisa probable, y desdeñando despedirse, se largó a Madrid, un amanecer de pájaros, de brisa y de hierba húmeda. Fingía ser un peregrino de tantos, reales o apócrifos, que a Santiago de Compostela acudían de toda Europa, y que luego andaban mendigando por caminos y posadas. Adquirió un negro sombrero, leal a su preferencia por los de ala ancha, y lo sembró de clásicas conchas; adquirió una calabaza hueca, que en lugar de agua llenó de vino; y se sumó a la turbamulta de pordioseros, romeros, tullidos, capeadores (así decían a los ladrones de capas) y adicional morralla transeúnte que obstruía las carreteras españolas, importando de sus países espejismos, milagros, astucias, bubas y piojos. Era obvio que su ambición le servía de impulso, ya que sin más auxilio que el suministrado por sus piernecitas y un bastoncillo que oficiaba de báculo, y sin implorar limosnas ni deshacerse un instante de la característica expresión soberbia, la cual contrastaba con su hábito humilde, a Madrid llegó, jornada a jornada, hambriento de conquista, el hijo bastardo de Santillana del Mar. Mínimas horas fueron suficientes para que el Marqués de Orani tropezara con él, sin advertirlo, al atravesar la plazuela de Herradores, donde se reunían los lacayos, las dueñas, caballerizos, mozos de cuadra, pinches, portadores de sillas de mano y demás miembros de la servidumbre en busca de acomodo. Si elocuente fue el entusiasmo de los contrabandistas, al descubrirlo en la feria de Pamplona, a mayor grado alcanzó el del Marqués, cuando casi lo voltea de un empujón en la turbamulta de los criados sin empleo. Quedóse pasmado mirándolo y no me asombra, pues el chiquitín disfrazado de peregrino debía ofrecer una diversión muy especial, ya que aun ahí, aun en medio de aquella ralea, mantenía su tono encopetado, representando, tal vez para sí mismo, el legendario papel del prócer que ha revestido el sayal monjil con el objeto de visitar y adorar la tumba del Apóstol, en cumplimiento de una promesa incógnita. Propúsole Orani que lo siguiera, asegurándole que tenía para él la superior de las ocupaciones, y se fueron, el enano detrás del Marqués, por la calleja de Santiago y la calle de San Juan, hasta desembocar en la plaza del Alcázar, que más me impresionó por su desolada anchura que por su pulcritud, con aquel largo, tedioso, simétrico edificio, al que no conseguían relevar su erupción de ventanaje, su solitaria cúpula y su irremediable escudo, que se jactaba de ser la suprema joya arquitectónica del mundo, y que a mí, familiarizado con las grandezas de los faraones, con las de la Roma cesárea y las de la Florencia renacentista, me dejó bastante frío. No sucedió lo mismo con Don Diego, quien prorrumpió en alabanzas y en un derroche tal de conocimientos, sumando las pompas del arte cortesano a la supremacía de los Austrias, que se intensificaron la admiración y la sorpresa del joven Marqués. Con él entramos en el palacio que durante más de treinta años me brindó su morada.

Diré que nunca, no obstante que a menudo lo recorrí, dominé totalmente su dédalo intrincado, pues lo formaba un amasijo de quinientas habitaciones, suntuosas o miserables; oscuras o alumbradas; llenas de trampas hechas de muebles y objetos frágiles que surgían de súbito, o separadas por zonas desérticas, en las que ni alfombras ni esteras había, y las ventanas no cerraban bien; interrumpidas por escaleras y escalerillas, las cuales, como si quisieran huir de aquel agobio, conducían a otras zonas igualmente contradictorias, de invencible tristeza, donde lo aguardaban a uno hacinados espectros de muebles, enrollados tapices y cuadros vueltos contra la pared; aireadas por patios comunicantes, en cuyo contorno, bajo soportales, convivían las responsabilidades tremendas de los Consejos de Castilla, de Aragón, de Estado, de Italia, de Flandes, de Portugal, de Indias, de Guerra, de Hacienda, del Universo entero..., y las covachuelas de los afanosos oficinistas, y las tienduchas de los mercachifles; todo ello cubierto, como por una nube de abejorros, por el trajinar de los aposentadores, capellanes, guardias de Archeros, de Alemanes, Monteros de Espinosa, porteros, ujieres, boticarios, cereros,

acemileros, sangradores, tapiceros, cocineros, jardineros, e infinitas dueñas, meninos, pajes y bufones; una nube gárrula que se aclaraba repentinamente, para dar paso al Mayordomo Mayor, jefe de la Casa Real, que con escolta venía, echando luces como un cetro su simbólica llave dorada, o para permitir el avance del Camarero Mayor, que vestía al Rey, y de los Gentilshombres de Cámara y los Grandes de España, que subían a los aposentos de aparato como si fuesen arcángeles mosqueteriles que ascendían a la Gloria a fin de servir al Dios de las Batallas, y se eclipsaban en la Torre Dorada donde tenía el despacho Su Majestad, en la Sala de Embajadores, en el Salón de Espejos, en la Sala del Rubí, en el interminable Salón de Fiestas, para que, una vez renacido el bullicio que apaciguaran aquellas presencias ilustres, y vuelta a concretarse la espesa nube de gentes de la laya más diversa que poblaba los patios, galerías, corredores, estancias, gabinetes, despensas y zaguanes, tornasen a crecer las voces, los gritos, y a mezclarse el discurso de quienes discutían en el Consejo de Indias o de Portugal, con los pregones de los negociantes de baratijas y dulces; con las oraciones de los mendigos; con el rumor de los pedigüños, que doquier asediaban a los empleados, averiguando sobre procesos y vacantes; con los ladridos de los perros de caza, que abajo esperaban al soberano; y con el incesante rodar de las carrozas, detenidas frente a los mármoles de la puerta monumental, acceso a dádivas, arco de promesas, vestíbulo de prebendas y canonjías.

Paró el Marqués a uno de los ayudantes del Aposentador Mayor, pese a que éste aparentaba estar muy atareado, y cruzaba el primer patio a escape. Le presentó a Don Diego con suma cortesía, y fue evidente el inmediato interés del funcionario, porque se desentendió de la misión que lo abrumaba para encargarse exclusivamente del señor de Acedo. Abandonamos, pues, al Marqués de Orani, nuestro introductor en las altas categorías, y Don Diego echó a corretear a la zaga del ayudante. Recalamos, al cabo de internarnos en cien vericuetos y de escalar y descender, torcer y reanudar, sin cesar interrumpidos por quienes formulaban preguntas a nuestro guía, en un cuarto rectangular, holgado y desnudo, que en la citada ocasión albergaba una media docena de los que en Palacio designaban con el mote de «sabandijas», o definían como «hombres de placer», pues consistía su actividad en divertir a las reales personas. Recuerdo que había ahí una loca que porfiaba con coronarse con hojas secas los cabellos grises y sucios; que estaban Calabacillas, el enano tontuelo; el enano Soplillo, viejo ya, traído de Flandes; el apodado Don Juan de Austria, que no era enano, sino grandote e imbécil, vestido de negro y rojo, aceitado el mostacho, melancólica la mirada; y un extravagante, Antonio Bañules, a quien le daba por la geografía, y siempre hacía rotar unas esferas misteriosas, o desplegaba unos mapas extraños que pintarrajeaba él mismo. Escuchaban atentamente a la loca, quien cantaba unas coplas de iracunda indecencia. Como concluía en ese momento, se le acercó Soplillo y le besó una mano. Después giraron todos hacia los recién venidos, y los dos enanos se aproximaron confianzudamente a Don Diego de Acedo y Velázquez. Los demás lo espiaban; con muecas de idiotas la loca y Don Juan; con astuta expresión, el Geógrafo. Ignoraban el talante del huésped. «Hermano», lo apellidó la cordialidad equivocada de los engendros palatinos, pero Don Diego rechazó el íntimo trato. Se alzó en puntas de pies, se encaró con quien allí lo condujo, evitando responder o mirar siquiera a los trasgos, y dijo:

—Habéis de saber, señor, que soy hidalgo, y que a la casa gloriosa de Bracho pertenezco por la sangre. Nada tengo que hacer entre estos desgraciados. Llevadme, os ruego, ante el Aposentador Mayor del Alcázar.

Correspondióle el desconcierto al ayudante, quien sólo acertó a comentar:

—No será sencillo verlo. Venga su merced.

Y reanudamos el viaje por estancias y corredores, dejando detrás unas sabandijas atónitas y seguramente coléricas. Ahorraré pormenores de lo que a continuación se escalona, y me apresuraré a llegar a la cúspide. Del desconcierto del ayudante, pasamos al del Aposentador, y del aspaviento de éste al del Camarero Mayor, el cual, según se infiere, narró el caso al monarca, que requirió la presencia del enano. Vi entonces por primera vez a Felipe IV, amo titular de la casi totalidad del mundo. Era a la razón un muchacho de unos veinte años, y estaba sentado detrás de una mesa que cubría un tapete rojo. Su retrato es harto conocido: la cara larga y huesuda; el cabello rubio, seco

y como desflecado; los ojos de un mustio azul; la quijada excesiva de su estirpe; el belfo voluptuoso; la transparente palidez; la mano exangüe, puesta sobre los papeles; la frialdad aristocrática que trascendía de su imagen; el hieratismo de la apostura, que al instante asimilé a la de Ramsés, y que a mi experiencia le indicó que este soberano, como el egipcio remoto, padecía de flaqueza, de inseguridad, aunque en el español, en la vaguedad desentendida que de repente enturbió sus ojos, ya fatigados a pesar de su juventud, capté un signo de abulia, de abandono, que nunca advertí en los del ambicioso Faraón. La débil mirada del Rey, tan fija que un segundo imaginé que era ciego, como los Garay de Santillana, se demoró en el vástago de los Bracho, que esperaba de rodillas, sin atreverse a levantar el rostro hacia la augusta faz. Felipe IV no sabía sonreír o no osaba hacerlo —quizá porque pensaba, como Ramsés, que los dioses no sonríen, y que compartía con ellos una estatuaría distancia taciturna—, así que moviendo apenas los labios dio las necesarias órdenes para que el enano fuese destinado al despacho de la Real Estampa. Finalmente murmuró, dirigiéndose a su exiguo vasallo:

—Vete en paz, Primo.

Salió Don Diego caminando de espaldas, fascinado y confuso. Temblaba yo, sobre su corazón inquieto.

—Os llamó «Primo» el Rey —dijo el Camarero Mayor, y de ese día en adelante le quedó a Don Diego el sobrenombre.

¡Cómo se excitaron las enanas ínfulas! ¡Cómo se infló el sapito sombrero! ¡Que vinieran ahora a confundirlo con las sabandijas! ¡El Primo no sería un «hombre de placer»! ¡Se hubiera dejado ahorcar, antes de aceptarlo! Para su placer viviría, lo que es diametralmente opuesto. Era un funcionario de nota, una de las ruedas gracias a las cuales marchaba el complejo reloj de Palacio, y cuando entró en la oficina de la Estampa, cuyo secretario, asaz sorprendido de la nueva adquisición, le aclaró que la estampa consistía en el sello con la firma facsimilar «Yo el Rey», pues tantas rúbricas debía poner el monarca diariamente, que a menudo se empleaba el sello en lugar del directo trazo, todavía espumó más su endemoniado orgullo, pues se creyó depositario de secretos trascendentales. La verdad es que dicho facsímil se guardaba en un cofre especial, tan pesado que en los viajes se requerían dos personas vigorosas para su transporte, y que el mencionado cofre permanecía debajo del bufete en el que despachaba el secretario de la Cámara, de modo que nada se podía estampar sino por su mano, o por la de quien el indicara. En ocasiones, después que dominó el procedimiento, correspondióle al Primo, sacando la punta de la lengua y asegurando las manecitas, cumplir la tarea responsable. ¡Qué honda fue entonces su felicidad! Aplicaba el sello y le relampagueaban los negros ojos, como si aquel garabato de revueltos perfiles fuese su propia firma.

Su permanencia suscitó una viva curiosidad en el mundillo de los truhanes, bufones y locos, que en el Alcázar pululaban. Por supuesto, no entendían su posición, tan distinta a la que a ellos cayera en suerte, si bien había dentro del lote, uno que jugaba al ajedrez con Su Majestad, y unas negritas con las cuales se distraía la inercia del Rey, como si fueran falderos. Vanamente, irritados, pretendieron sumarlo a su grupo, mezclarlo a sus querellas, envidias y extravíos. Don Diego de Acedo y Velázquez, a medida que caminaba el tiempo, fue conociendo, de vista o por azar, a otras sabandijas, a Pablo de Valladolid, el discursador, a la enana Juana de Auñón, criada de la Reina, y sobre todo a dos personajes de más cuantía, Manuel Gómez y Manuel de Gante, que habían sido anotados en los libros de cuentas palaciegas, no meramente como «hombres», sino como «gentileshombres de placer», lo cual implicaba una jerarquía tal vez molesta para mi señor, que mucho reparaba en dignidades y tratamientos; pero a todos los encaró con igual indiferencia, prescindiendo de su contacto, de manera que entre ellos fueron madurando una rabia y un odio que se concretaban en insultos y en gestos indecentes, cada vez que con Don Diego se encontraban. Éste proseguía su camino, ignorándolos. En cambio si a su vera pasaba un gran señor, mi enano se despojaba del enorme sombrero, y su reverencia lo hacía rozar el piso con la frente. ¡Los Grandes! ¡Los Grandes de España! De todos sabía los nombres y títulos, los orígenes y vinculaciones, las armerías y parentescos. Los veía circular, como si por las salas desfilasen los escudos de piedra de

su natal Santillana, sólo que provistos de más coronas, piezas honorables, figuras y timbres. En eso me recordaba al dentista Cascellio, quien se desvivía por los patricios de Roma que acudían a su consultorio del Foro Boario. Y así como Cascellio estaba enteradísimo de los embrollos mundanos de sus clientes, lo estaba Don Diego de los desafíos, altercados, cuchilladas, disputas de precedencia, nacimientos, matrimonios, muertes, vicios, prisiones, gastos, avaricias, destierros y festines de la Grandeza española.

Poco después de su instalación en un cuartujo mísero —pero estaba en Palacio y eso bastaba— Don Diego, perpetuo indagador del enredoso Alcázar de Madrid en sus abundantes horas libres, había acertado, en el patio de las covachuelas, con el antro donde el anciano Canónigo Matute de Peñafiel elaboraba sus telas de araña sutilísimas. Era una habitación cavernosa y maloliente, en la que jamás entraba la luz solar, y en la que al claror de dos tétricas bujías creyó el enano encontrarse en el Paraíso, es decir en el Paraíso soñado por él, porque tapizaban las paredes mugrientas los pergaminos heráldicos, mientras que en el suelo y sobre la mesa se apilaban los tratados de esa ciencia, los nobiliarios y las ejecutorias, hasta no dejar sitio para nada que no fuesen los insectos y roedores cuyas carreras furtivas, taladros y banquetes combinaban el único y áspero concierto que perturbaba el refugio del Canónigo. Se escurría éste detrás de los infolios y de los cuadernos de notas, como una araña oscura cuyas largas patas se agitaban sin reposo. Y su tela, su delicada, intrincada tela, a la cual agregaba constantemente hilos, anudándolos y multiplicándolos, crecía alrededor de los frondosos árboles genealógicos, encargados a su sabiduría y a su imaginación por los necesitados de tales documentos. Estaban al tanto quienes requerían su concurso, de que Matute era el genial conductor hasta Adán, de las sucesivas generaciones que concluían en Felipe III y en el Duque de Lerma, incluyendo entre los antepasados del primero a los héroes de la guerra de Troya y a patriarcas bíblicos, aparte de los reyes francos y godos. Tan esforzada proeza lo había destacado entre los linajistas de más reputación, pero se engolosinó el artífice con el éxito, y prodigó árboles de similar follaje, que plantó, regó, cuidó e injertó, a solicitud de gente recién infiltrada en la nobleza, la cual no merecía honores tan insignes. Amoscáronse los próceres de antiguo cuño, que si en su momento se sintieron halagados por la inclusión de Aquiles, Ulises y la Reina de Saba en sus estirpes (cosa que consideraron perfectamente lógica), juzgaron intolerable que dichos personajes florecieran en el ramaje ancestral de individuos de modesta extracción, así que Matute y Peñafiel, que había gozado de notable predicamento bajo Felipe III, lo perdió bajo Felipe IV, y debió asilar en una covacha su ciencia y su fantasía. Allá descubrió la sagacidad de Don Diego a la viejísima araña laboriosa, la negra araña de ojos redondos, gafas gruesas, enjuto cuerpo, solideo manchado y manos afiladas que hojeaban incesantemente libros y manuscritos. Y allí arraigó, cuando lo toleraba su tarea, seducido por una atmósfera de encantamiento que, a despecho de su sordidez, no podía sino cautivar al bisnieto del fabulador Lope de Ángulo. En uno de aquellos libracos, que Matute le señaló con el índice ganchudo, leyó Acedo la historia de Bracho, su antecesor, el que en Italia guerreó contra el Papa y contra Sforza, y eso atizó la vanidad del lugareño bastardo, que desde entonces ni saludó a la plebe sabandija. Fuera de la concurrencia cotidiana al reducto de Matute, el placer del enano fincaba en acechar la ocasión en que el secretario de la Estampa se haría acompañar por él al despacho real (en la Torre Dorada, durante los meses invernales), donde ahora se arriesgaba a observar de soslayo al Rey y a su Valido, el Conde-Duque de Olivares, un hombre robusto, de cargadas espaldas y corto cuello, que era quien hablaba e indubitadamente resolvía, mientras que Don Felipe permanecía inmóvil y mudo, como un muñeco que apenas musitaba, al final de la entrevista: «Adiós, Primo», lo que, añadido a las glorias itálicas de Bracho, llevaba al colmo el orgullo de Don Diego. Por lo demás, estaba él enterado, como la entera Corte, de que el Rey impasible, el Rey-ídolo, aparentemente intocable, tan ceñido al rigor de la minuciosa etiqueta austríaca que no daba un paso sin que estuviera previsto por el estricto ceremonial, se humanizaba, escapando como un escolar de la severa y áurea cárcel, y mostraba ser un entusiasta perseguidor de hembras de cualquier especie, con preferencia las comediantas y mujeres de pueblo,

incluyendo excepcionalmente en el lote a alguna dama de rango. De lo mucho que intrigaba al enano ese contraste, que invalidaba la norma de la intangibilidad regia, y robustecía la idea de que, al contrario, el dios del Alcázar era muy toqueteado, palpado, hurgado, acariciado y cosquilleado, daban prueba las preguntas con que acosaba al Canónigo, el cual alzaba los ojos al cielo, desde el blasón que miniaba, y sostenía a media voz que todo era obra del demonio Olivares, quien estimulaba al Rey por ese camino, para afirmar su prepotencia. Detestaba al Conde-Duque, y lo acusaba de la deserción, día a día más patente, de la Grandeza, cuyos integrantes acudían a Palacio en número restringido y a regañadientes, significando así su rechazo al favorito todopoderoso. La situación dolía también al empleadillo de la Estampa, para quien los Grandes venerados simbolizaban la cumbre de las aspiraciones, y por ello, desde temprano, sumó su encono al de los aborrecedores del ministro. Empero, dado que su ideal supremo era el Rey, y además eso coincidía con sus gustos lascivos, tal como procuraba imitarlo, ridículamente, en la inalterable dignidad del ademán y en la impavidez del rostro, lo copió dedicándose a la caza de las piezas femeninas del Palacio, sin parar mientes en que su desmedrada facha debió vedarle dicho deporte. Puedo dar fe, pues participé de sus batidas, ojeos, hostigamientos y cobranzas, de que sus triunfos cinegéticos sobrepasaron cuanto cabe imaginar, ya que alcanzó múltiples conquistas, lo cual —¡perdóname, Nefertari!, ¡excúsame, amada Reina!— refirma la incongruencia, el desatino, la extravagancia, la frivolidad hambrienta de novedades, la pervertida inclinación y el desamparo de muchas mujeres, porque jamás entendí qué las hechizaba en el sacudido renacuajo, si bien hago constar que no estaba yo en condiciones, como sus eventuales parejas, de apreciar determinados e íntimos valores suyos. Las mencionadas aventuras se conocieron, puesto que en el Alcázar nada quedaba oculto en definitiva, y la consecuencia fue la difusión de la personalidad del Primo, lo que por un lado seguramente alimentó los ocios de la nobleza con risas y bromas de color subido, a costas del enano, aunque no se me esconde que a las burlas rijosas se sumaría cierta dosis de admiración, y por la opuesta parte intensificó el resentimiento de las sabandijas, de los desgraciados «hombres de placer», celosos de su auge y hartos de sus desprecios. En diversas oportunidades, durante sus idas y venidas a través del Palacio, habíase cruzado mi Don Diego con otro Don Diego, Don Diego de Silva Velázquez, que era Pintor de Cámara de Su Majestad y Ayuda de Guardarropa del Rey, pues todavía no había conseguido el nivel de Ayuda de Cámara. Tales designaciones originaban una posición que no era ni siquiera ambigua: lo ubicaban entre los criados reales, y le proveían una ración igual a la cobrada por los barberos de la familia de Felipe IV, al lado de los cuales se sentaba en las corridas de toros, de acuerdo con el protocolo oficial. Si bien se observa, ambos Don Diegos fueron dos desplazados: mi dueño, porque no obstante la ufanía del cargo de la Estampa y la gravedad de su continente, entretenía al Rey con su sola presencia, como cualquiera de sus bufones; y el pintor, porque la fusión de su calidad de simple criado con la de maestro cuyo arte proyectaría las imágenes del soberano y de su círculo hacia la posteridad, le otorgaba una trascendencia que ya hubiera querido el enano para sí. Sin embargo, pronto advertí que Acedo no gustaba de Velázquez. Es probable que al principio lo conceptuase como un prescindible sirviente del Guardarropa, indigno de alternar con él, custodio del sello imperial, de modo que al cruzarse, mientras que Velázquez entrecerraba los párpados y le sonreía con gracia bonachona, se limitaba Acedo a continuar su marcha, retribuyéndole con una leve inclinación de cabeza.

Su encuentro se realizó por fin en la madriguera del Canónigo. Estaba allí mi amo una tarde, sentado en un banquito, trahojando un volumen casi tan grande como él, que a medias sustentaba en las rodillas, y a medias apoyaba en un taburete. Vestía de negro, como un cortesano, un jubón abotonado hasta el cuello, y conservaba, ladeado, airoso, el fachendoso sombrero de ancha ala subida. Delante, en el suelo, se abría, junto al tintero, su cuaderno de apuntes. De repente entró Velázquez, y yo, desde mi escondite de bordada seda, aprobé su natural elegancia andaluza, la fácil sencillez con que se dirigió a Matute y saludó a Don Diego. En seguida explicó al linajista lo que le hacía falta y tal vez

podiera procurarle. Entendía él que el blasón de sus Velázquez sevillanos consistía en doce discos azules en campo de plata, rodeados por una bordura que no retenía su memoria, y lo necesitaba para una información. Afanóse el Canónigo; se puso a mover sillas, desplazar libros, voltear páginas y soplar en ellas, tosiendo y elevando nubes de polvo acre. Entretanto, Velázquez miraba al enano.

—Algún día —le dijo—, me gustaría pintar a su merced tal cual le veo ahora. Por desventura no dispongo de tiempo. Su Majestad me exige de continuo retratos suyos y de la Reina. También el Conde-Duque y otros señores. Y luego están los retratos de los sabandijas, para la galería del Buen Retiro... Así, así me gustaría pintarlo...

Entrecerró los ojos, siguiendo su costumbre, y trazó en el aire un redondo ademán curioso, apretado el puño derecho y erguido el pulgar a modo de un supuesto pincel, como si deseara encerrar a Don Dieguillo en el aire.

—Supongo —replicó, malhumorado, Acedo— que su merced me hará el honor de no confundirme con los locos. Yo soy funcionario de la Estampa y Escriorio de la Cámara.

—Sí, sí, lo sé, por supuesto —se disculpó el artista—. Aspiro a pintarlo como merece. Si pudiera ahora..., pero su merced ni sospecha cuánto me agobia la tarea de Palacio, robándome horas al pintar...

Súbitamente, asocié su frase con las quejas de Miguel Ángel Buonarroti, servidor de Papas y de Príncipes, y me bastaron escasos segundos para medir la diferencia entre la rabia con que sacudía su cadena el florentino, y la resignación con que Velázquez la soportaba, porque el viejo Canónigo avanzó de la penumbra donde revolvía volúmenes y carpetas, y rompió el diálogo:

—No se llaman «discos» —aclaró— sino «róeles», y no son doce, sino trece. La bordura es de gules, con ocho aspas de oro.

—Dios se lo pague —fue el agradecimiento del pintor—, que a mí dinero no me sobra..., aunque sí róeles. Ya le traeré, a cambio de su advertencia y si lo autoriza su merced, algún dibujo que acaso le agrade.

Con estas palabras partió, y el anciano le rezongó a Acedo:

—Un dibujo... ¿Qué puedo hacer yo con un dibujo de Velázquez? Los dibujos no se comen. Más me valiera una poca ayuda.

Largo rato quedaron el de los linajes y su discípulo, criticando la tacañería del que tan mal pagaba. Años después deduje que el maestro precisaba el diseño heráldico para completar una probanza de méritos, con destino a obtener la cruz de la Orden de Santiago, que lo alucinaba y que tardó bastante en lograr. Añadiré que cumplió con lo ofrecido, y que trajo a Matute el precioso dibujo de un coche como los que utilizaba el Conde-Duque, a fin de considerar en el mayor secreto asuntos de Estado, y que al Canónigo le pareció francamente estúpido y lo perdió en el fárrago de sus papeles.

Por entonces se había embrollado Don Diego en peligrosos amores con Doña Micaela, esposa de Marcos de Encinillas, Ayuda del Guardajoyas y Aposentador. Destacábase la mujer por su coquetería, y aun no siendo bella, sabía echar mano de mil ardides seductores que le hacían parecerlo, lo cual encendía de celos a su marido, un patán siempre cejijunto, a quien el pelo le eliminaba la frente, y que uno no entendía cómo había escalado su posición en el Alcázar, hasta conocer a Doña Micaela. Asimismo no acierto a situar qué demonio la tentó (quizá fuera el propio Belial, el experto en Lujuria, a quien divisé por una hendidura de la caverna de los Siete Durmientes), induciéndola a encapricharse con el enano. ¿Pensaría que se lanzaba a las embriagueces de una experiencia nueva, en su vida de melindrosa insinuante? ¿O la perturbaría Don Diego con sus vivos ojos calculadores, su insolencia y su intranquilizadora traza? Una vez más me tocó compartir relaciones adúlteras, pero ¡cuánta distancia existía entre las que unieron, en Roma, al poeta Cayo Helvio Cinna y a la esposa del Senador Quadrato, que se amaban honrosamente, conmovedoramente, y las relaciones establecidas en Madrid entre la veleidosa y Don Dieguito, que sólo cabe atribuir a la arbitrariedad de una desquiciada y a la vanidad de un aborto de hombre!

Explotaron los perdularios las ausencias de Encinillas, pues una de las tareas inherentes a su cargo consistía en secundar al Aposentador Mayor en la obligación de preceder al monarca y su séquito durante sus sobrevivio, lo que certifica la intensidad de su

amargura y, como efecto inmediato de su desaparición, afluyeron nuevamente al Alcázar los Grandes, ansiosos de prebendas y desquites. Murió también la eliminadora de Olivares, la Reina, la francesa, la guapa, sumiendo en dolor al Rey, que tan infiel le había sido. Y a poco se desarrollaron dos acontecimientos que no guardan ninguna relación entre sí, pero ejercieron primordial influencia sobre la vida de mi amo: se incorporó a la turba del centenar de sabandijas una doncella llamada Eugenia Martínez, y Marcos de Encinillas asesinó a su mujer.

Por lo que atañe a este último, diré que el Aposentador, que cuidaba ciertas valiosas conexiones en las aristocráticas esferas, entre ellas la de Don Luis de Haro, sucesor del Conde-Duque en la privanza, salió bien parado, pues lo destinaron a la cárcel en lugar de la horca, atendiendo los jueces al argumento de que Encinillas había actuado en defensa de su honra, mancillada por Micaela en reiteradas oportunidades. No se mencionó al enano durante el proceso, quizá por discreta orden del Rey, y aunque es obvio que Don Diego hubiese preferido que borrarán para siempre del mundo al antiguo ayuda del Oficio de Guardajoyas, claramente me percaté de que luego que supo la condena, respiró con más comodidad, afirmó el paso y recuperó en plenitud su aire de caricatura de soberbio gran señor. En cuanto a la susodicha Eugenia Martínez, es suficiente anotar que, siendo menos alta que ella, superaba en peso a Zoe, la hija fenomenal de la Tartamuda y de Nicéforo, a quien raptaron unos gitanos cerca de Éfeso, para exhibirla mientras ambulaban hacia los palacios de Carlomagno. Eugenia era inmensa, y se explica que la apodaran sus compañeros «la Monstrua». Cualquiera podrá comprobarlo, pues Carreño de Miranda la pintó de niña, desnuda, simulando un Baco más que rollizo, rechoncho, inconcebible, inenarrable, y también vestida de rojo, lo que no arregla al personaje. Más tarde comprobé que dentro de aquella cara ancha y vacía y de aquella desmesurada envoltura, sé acurrucaban un alma simple y una tremenda sensualidad. La Monstrua procedía de la parte de la provincia de Burgos, y perteneció a la Duquesa de Villerbal, quien la obsequió a la Infanta María Teresa, hija de Felipe IV.

Fuimos con el Rey a Fraga, durante la campaña contra los franceses, y Velázquez realizó allí uno de los mejores retratos de Su Majestad, o tal vez de los más suntuosos. También pintó a Don Diego de Acedo, por mandato del soberano, y lo hizo situándolo, con prodigiosa retentiva, tal cual lo conociera, años atrás, en la covachuela del Canónigo Matute, sólo que se le ocurrió ponerle de fondo un paisaje que al de Fraga no correspondía, pues más bien semeja la Sierra de Guadarrama. Captó el artista el orgullo y la desconcertante elegancia del enano, sin olvidar ni el enorme libro ni el tintero. En el Mueso del Prado lo vi, en la vasta sala de Velázquez, colgado entre los bufones, y sólo yo sé a qué grado hubiese alcanzado su furia, de haber podido enterarse de la ubicación. Eso fue en el curso del viaje por Europa que juntas hicieron Mrs. Dolly Vanbruck y su amiga la Duquesa de Brompton, y recuerdo la indiferencia con que pasaron delante de él y de los demás modelos, para detenerse frente al cuadro de *La rendición de Breda*, el de las lanzas, y sentarse, porque estaban tan rendidas como Breda, hasta que, al cabo de un rato, dijo Maggie Brompton:

—Fíjate en el de la izquierda, el último, el que mira hacia acá..., ¡qué lindo muchacho!

—Sí —respondió Dolly—, ¡qué cara! Lástima que no lo pintaran entero. Se parece algo a Harry. —(Harry era el protegido de turno de Mrs. Vanbruck.)

—Es cierto. ¿Dónde se habrá metido Harry?

Tardaron media hora en encontrarlo. Vagaron de un piso al otro sin fijarse en las obras maestras, mareadas por las efigies de varios siglos, que contemplaban displicentemente, desde sus marcos, el apresuramiento parlanchín de las dos señoras, protestando Mrs. Vanbruck porque le dolían los pies, y murmurando Maggie las peores palabras de los norteamericanos. Hallaron al rubio Harry, ensimismado ante la «Maja Desnuda» de Goya. Pensaba yo, entretanto, en las irónicas jugarretas del Destino, y en su complacencia en conceder el privilegio de la física inmortalidad a un enano vanidoso, a la Monstrua, a Sebastián de Morra, a Calabacillas, al Niño de Vallecas, mientras que no se identifican aún los verdaderos rostros de Shakespeare y de Cervantes, y acaso no se los identifique

nunca.

Dos enanos más habían tomado parte en el viaje a Zaragoza en el que Velázquez fijó sobre la tela la imperecedera imagen del Primo, y acabo de nombrarlos: Sebastián de Morra, el barbudillo flamenco, y Francisco Lezcano, a quien llamaban «el Niño de Vallecas». Ahora bien, este Niño, a la sazón un muchacho de unos dieciocho años, había tenido por dueño a Encinillas y solía frecuentarlo en la cárcel, vínculo que no desconocía Don Diego, impuesto de todo lo concerniente al criminal funcionario, de manera que cuando los dos minúsculos se le arrimaron con mil zalamerías, en vez de desairarlos según su costumbre, optó por aceptar su compañía y charla. Es fácil inferir que lo que interesaba a Acedo era obtener frescos informes acerca de Encinillas, sus perspectivas y propósitos, pero de ser así casi nada logró. Fueron ellos quienes empezaron a hablarle de Eugenia Martínez, a la que adornaron con un «Doña» decorativo, refiriéndose en zumba inicialmente a los sentimientos afectuosos que por el Primo abrigaba la gordinflona, y a continuación a la firmeza de las conjeturas existentes de que la vieja Duquesa de Villerbal, viuda y sin descendencia, la incluyese en su testamento con una succulenta manda, pues la distinguía con cariño singular. Corno esas noticias procedían en buena proporción de Morra, que había sido sabandija del íntimo círculo del Infante Cardenal, hermano del Rey, y ahora pertenecía al Infante Baltasar Carlos, heredero de la Corona, es lógico que impresionaran a Don Diego. Se me ocurre que habrá tenido en cuenta su propia edad de avanzado cuarentón, y que el favor real dependía de un frágil capricho; que el despacho de la Estampa, al que pausadamente concurría, no guardaba para él posibilidades de adelanto en el porvenir, ya que nunca iba a suceder al secretario en su puesto; que no se sabía hasta cuándo se estiraba el encierro del empleado del Guardajoyas, de modo que le convenía alzar la mayor cantidad de lujosas paredes entre su flaqueza y la inexhausta cólera de Encinillas, lo cual importaba bastante dinero; y en resumen que procedía que meditase en los medios de afianzar sobre bases sólidas su futuro indeciso. Lo enumerado es ocurrencia mía, pero como coincide con hechos posteriores, pienso que no erré.

Varió a partir de entonces la actitud de Don Diego de Acedo hacia la cofradía dedicada a divertir a los Príncipes. Se fue acentuando su frecuentación del ambiente que antes había rechazado, y hasta trabó amistad e intercambió confidencias con el par de caudillos de la caterva truhanesca e histriónica: los Gentileshombres de Placer, Manuel de Gante y Manuel Gómez, ambos sobremanera ocurrentes, tanto el primero, a quien titulaban «Despabilador del Rey» por el arte con que eliminaba sus melancólicos humores, como el segundo, actorzuelo y portachismografía, siempre solicitado por los Grandes para alegrar sus festejos. Añadieron estos activos «Gentileshombres», en el Palacio, restallantes leñas a la modesta fogata que en Fraga encendieran Morra y el Niño, hasta que, corrido medio año y creyendo advertir mi enano que se enfriaba el interés del Rey voluble (lo colegí del hecho de que lo convocasen menos a menudo al bufete de Don Felipe, y de que no lo llevara el Rey a Zaragoza, cuando fue allí con Don Baltasar Carlos para que lo juraran las Cortes como heredero del reino), y difundida en el Alcázar la noticia de la muerte de la Duquesa de Villerbal, accedió a participar de una entrevista con Doña Eugenia.

Aquello inauguró una serie de episodios inolvidables. Habían vestido a la Monstrua con sus galas de Corte, llevándome mi dueño suspendido encima del jubón. De inmediato insistieron los Gentileshombres de Placer en el amor lejano e insólito que Don Diego había inspirado a la anchísima pretendiente, evidenciado en el fuego de sus miradas y en sus dulces parpadeos y mohines, no obstante que yo no noté nada de eso en la carota inexpressiva y en los ojos vacuos de la dama. Verdad es que hubiera merecido el Primo testimonios de pasión auténtica, ya que debo decir que estaba a lo mejor, bien lavadas las manos y la cara, brillantes las pupilas negras, y el sombrero triunfal. Apenas conversaron, limitándose Eugenia a unos suspiros de fuelle, y el enano a analizar absorto el monumento que se le ofrecía. Por fin besó Acedo las manos gordezuelas, y a nuestros cuarteles nos volvimos, escoltados por los dos Gentileshombres que ensalzaban el éxito del encuentro y prodigaban las cordiales chanzas, con la certidumbre de que se había sellado un pacto. El Primo, sin duda agitado por las más contradictorias inquietudes, en nada paraba mientes, pero a mí me pareció sorprender (conste que subrayo que me

pareció) a Marcos de Encinillas, quien arrebujaado en la sombra espiaba nuestro paso. Es factible que me equivoque y que el miedo de mi señor fuera contagioso.

Al otro día redoblaron la carga Gante y Gómez, trayendo el aviso, de óptima fuente (creo que citaron a Sebastián de Morra) de que el legado provisto por la generosidad de la Duquesa a su cara Eugenia Martínez era supersabroso, con lo cual Don Diego, tras titubeo brevísimo, otorgó su «sí» para la realización del matrimonio, el que se llevaría a efecto tres semanas después, con una espléndida fiesta en Palacio, quedando su organización a cargo de los cortesés Gentilshombres. Los días iniciales volaron para la soledad ensoberbecida de Acedo, entre sueños, cómputos y preparativos, y hasta una visita al punto menos que centenario Canónigo Matute y Peñafiel, con el propósito de averiguar si juzgaba hacedera la genealogía de Doña Eugenia Martínez Vallejo, natural de Barcenas, a lo que respondió sabiamente el venerable que cualquier árbol de alcornia puede ser cultivado y aun florecido de escudos, según el precio en moneda sana que se asigne a la materia con que se abonará la tierra de la cual brota.

Andaban los arreglos con excelente ritmo, cuando estremeció al Alcázar el terrible golpe ocasionado por el rápido deceso del Príncipe Baltasar Carlos, en *Zaragoza*; según explicaron unos, de viruelas; según susurraron otros, por excesos resultantes de juveniles extravíos —no había cumplido diecisiete años—, con la intervención de una tusona, buscona, zorra, ninfa u horizontal, colega de Simaetha de Naucratis y de Pantasilea de Florencia, no demasiado limpia. La desgracia asoló a todo el mundo. Hacía poco que el Infante se había prometido a su prima la Archiduquesa Mariana de Austria, hija del Emperador, y cabía esperar de él una sucesión feliz, para gloria de España, pues era fácil reconocer en su gracia y su belleza el augurio de tiempos prósperos, que harto requería su desmembrado y saqueado imperio. Con él entraba en la oscuridad del fracaso, una noble esperanza. No había entonces otro heredero de Felipe IV, quien sin embargo había engendrado más de treinta vástagos ilegítimos. Como se sabe, el maduro Rey casó con la misma desvaída Archiduquesa quinceañera destinada para su hijo, la cual habrá hallado, con indiscutible nostalgia, notablemente menos saludable y verde al despojador de su burguesa virginidad, que al muchacho que le destinaran en primer término.

Cuando falleció el Príncipe, de viruelas o de bubas, y no obstante haber transcurrido una larga docena de años desde aquella época, continuaba yo viendo al Infante Baltasar de niño, como lo conservaron los prodigiosos pinceles de Velázquez, en el estupendo óleo que decoró, junto a varias figuras ecuestres, el gran Salón de los Reinos del Buen Retiro, y que lo muestra serio y luminoso, harto consciente del papel que representa, con banda de general y bastón de mando, caballero en una jaca andaluza de enfático brío. A esa jaca tan fea, deforme y panzuda, la conocía yo bien, pues el Infante se había encariñado con ella, y muerta la lloró, por cuya razón quiso el Rey que la embalsamaran, a fin de que su sucesor presunto sirviese de modelo al pintor, montado en su silla. Yacía desde entonces abandonada, en un guardamuebles que había detrás de las cocinas, y los galopines que tenían por función desplumar las aves y limpiar las ollas, se refocilaban en sus ratos libres, jineteándola, espoleándola y sumando llagas y costurones a la labor paciente de las polillas que revoloteaban sobre su tinoso pelaje.

El inesperado fin del Infante mudó expectativas y trastornó proyectos. Hubo que postergar la boda del Primo y Eugenia, pues en el Alcázar se carecía de datos con referencia a la resolución del Rey sobre las exequias de su hijo, y tal vez ordenara que antes de conducirlo a su morada última del Monasterio del Escorial, lo velasen también en Madrid, en la capilla de Palacio. Las noticias opuestas se sucedieron, hasta que se supo que el ataúd sería transportado con solemne magnificencia, en un viaje de nueve días, directamente al Monasterio. Empero, como cabía la eventualidad de que el desesperado Don Felipe modificase su decisión, acordaron prudentemente los preparadores de las nupcias de Don Diego, aguardar a tener la certeza de que los acontecimientos se desarrollarían así, no fuera que en pleno y secreto agasajo de los insumisos al duelo oficial, apareciese el cortejo fúnebre, desbaratando la función y multiplicando los castigos. Recomendóse, pues, el sigilo mayor a quienes coordinaban la

futura ceremonia, y se estuvo al acecho del adelanto de la lúgubre comitiva. Sucesivamente nos fuimos enterando de que los restos de Su Alteza, trasladados en ricas andas bordadas, por mulos caparazonados con lujo similar, avanzaban en medio de un séquito que formaban alrededor de quinientas personas, a cuya cabeza iban el Conde de Castro, que no paró de gemir, el Arzobispo de Zaragoza, el Marqués de Orani (el mismo a quien Don Diego debió su entrada en el Alcázar), y otros señores, y que integraba dicho concurso una multitud de frailes, pajes, guardas, con hachas encendidas, con cirios, con enlutadas trompetas, y sólo en momentos en que, al llegar a la raya de Castilla, se despidieron los de Aragón y se incorporaron al acompañamiento las carrozas del Duque de Híjar, del Duque de Maqueda y de los demás Grandes, se tuvo en Madrid por seguro que irían sin desviarse al Escorial, y se reanudaron en el Alcázar las detenidas providencias concernientes al desposorio que tanto preocupaba a las sabandijas. En efecto, bufones, locos, engendros, negrillos, barbudas y restantes personas «de placer» (en ocasiones y a mi juicio nada placenteras), obedeciendo las órdenes de ambos Manueles, el de Gante y el Gómez, se afanaron como hormigas, llevando y trayendo trastos, probándose ropas, ensayando latines y aleccionando al excéntrico clérigo que se encargaría del oficio y la bendición, mientras que Don Diego de Acedo, por su lado, examinaba frente al espejo, por vigésima vez, el jubón y el colete de gamuza que luciría en la circunstancia, y se imaginaba opulento y preclaro, descartando a punto fijo de su memoria la imagen de su esposa, imprescindible pero impresentable.

No varió la fecha escogida para la ceremonia, la cual se realizaría en el amplio guardamuebles que cité, alargado más allá del patio de las cocinas. Porñaron los Gentilshombres en las ventajas que encerraba llevarla a cabo en el Alcázar vacío, pues una parte de los nobles y la servidumbre daban escolta a los despojos principescos, y el resto asistía con oraciones y palabras compungidas a la pesadumbre del Rey en Zaragoza, por lo que no quedaban en Palacio más que las damas y las meninas de la Reina. Así que el día en cuestión, flanqueado por Manuel de Gante y Manuel Gómez, entró Don Diego en el depósito, contra cuyas penumbras guerreaban numerosos y manifiestamente robados velones y candiles, que alumbraban titilando los muebles superpuestos hasta las vigas del techo. Entre la acumulación de enseres, surgían y se borraban, según el juego de las llamas, como asomados a palcos fantasmales, los rostros vacilantes de los convidados, alternando las repentinas expresiones de astucia con las de sumisión, demencia e imbecilidad. Vestía Don Diego su espléndida ropa, sobre la cual yo lanzaba rayos azules, colgado no ya de la modesta cadena habitual, sino de una de gruesos eslabones, que Matute le había cedido para la ocurrencia, y a la que de cuando en cuando Acedo acariciaba, orgulloso como si se tratase del collar de una Orden. Aguardábamos a la novia, y en ese lapso, en tanto mi ojo vagaba hacia los ángulos tenebrosos, súbitamente descubiertos y enfundados por la inquietud de las luces, me pareció («me pareció», como la pasada vez) que percibía la cara huraña de Encinillas, de inmediato tachada por la inconstancia de la iluminación.

No conseguí continuar investigando, pues ya avanzaba la novia, precedida de mucho estrépito. Por fin, luego de cruzar el patio donde la vitoreaban los pinches, apareció por las altas puertas francas, en medio de los aplausos, y en seguida comprendimos la razón del alboroto. Venía Eugenia Martínez a caballo en la jaca apolillada y roída del muerto Infante, a la cual le habían clavado, en los extremos de las patas, cuatro ruedas. Y venía totalmente desnuda, tal cual Carreño la pintó en la niñez, figurando a Baco. Se tapaba la entrepierna con una hoja de viña de pintado papel, que vuelta a vuelta usaba de abanico. Tiraba del equino disecado y su inmóvil corcovo, el bufón Don Juan de Austria, que se acorazó para la fiesta con un peto de acero, y empenachó su gorra; detrás empujaba el negro gigante de mirar bobalicón; y en torno, riendo, jaraneando, cabriolando, prendidos de la cola y de las crines carroñosas, hacían también como que arrastraban el caballo rodante los enanos Sebastián de Morra, Basconcelos, el Niño de Vallecas, Soplillo, Calabazas, Carlota Rizo y Juana de Auñón. Aproximáronse a recibir el inusitado cortejo, que participaba de lo cómico y de lo mitológico, los dos Gentilshombres; ayudó el Gigante a la doncella, a desmontar, con riesgo de su propia vida, por. más gigante que

fuese; la vistieron las dos enanas, sin que se deshiciera de su permanente y extático gesto, con un traje color de fuego, anudándole en el cabello unas cintas policromas y rodeándole el cuello con varias sargas de vidriosos pedruscos, para concluir blanqueándole el redondo semblante a fuerza de solimán, y entintándole los ojos con antimonio. Así aderezada, fue presentada al novio quien, desde que la Monstrua entró con la hoja de vid por falda y mantón, mantuvo la boca abierta, dando muestras de no poderla cerrar, y ciertamente debe de haber sido muy intensa la tentación nacida de las últimas voluntades de la Duquesa de Villerbal, proclamadas a menudo, para que el Primo no se ahogase dentro del círculo de almidón de su lechuguilla, que exponía su rígida cabeza como la del propio San Juan en la bandeja de Salomé, o echase a correr, a volar, a huir del colosal esperpento. Si tal idea estimuló su mente, lo detuvo el espectáculo del clérigo que lentamente llegaba, desde el fondo del almacén, entre nubes, campanillas y ciriales, traídos y agitados por los negrillos de la Corte. Al oficiante se lo entreveía apenas, con tanto humo de incensario, pero a mí me dieron mala espina su estrabismo, su torcido solideo, su mugrienta casulla y sus inexistentes latines canturriados, que mi amo no estaba en condiciones de juzgar pero yo sí, pues para algo he vivido en la antigua Roma, y que eran respondidos a coro, risueñamente, por la asamblea disparatada.

La ceremonia se prolongó demasiado, a disgusto de la concurrencia, porque un banquete y baile habían sido anunciados para después, y empezaban a oírse, luego de unidos y bendecidos los esposos, los rebuznos y chiflos de los impacientes, cuando irrumpió desalado un galopín de las cocinas, gritando que volvían los señores, con lo cual se produjo un breve y angustiado silencio, en que se oyó el rodar de las primeras carrozas y el trote de los primeros caballos, en la gran plaza de Palacio, y se desató un desbande general que puso vertiginoso fin a la fiesta. Disparó cada uno por su lado, hacia su pieza u obligación, tumbando la jaca del Infante y las torres de muebles; también nosotros, seguidos por la jadeante y quejosa Doña Eugenia; y la fuga nos alcanzó para ver los coches del Conde de Alba de Liste y de los Marqueses de Orani y de Flores Dávila, detenidos frente al portalón, y contorneados por un torbellino de pajes con antorchas, pues ya preludiaba el término del crepúsculo. Se metió Don Diego en su pobre habitación, prendida de sus pasos la Monstrua, con la lengua afuera y unos resoplidos de jabalí, y prontamente, sin que hubiese forma de hurtarle el cuerpo, no en el camastro del Primo, que no lo hubiera podido resistir, sino en el duro suelo, se consumó el acoplamiento, o mejor dicho se obtuvo la zambullida más fantástica y ardua que quepa imaginar, precipitando al valeroso enano en un oleaje de carne donde hubo de zozobrar, hasta que cesaron las oscilaciones y se le permitió dormir y beneficiarse con una imprescindible tregua.

Restablecióse el orden del Alcázar la semana siguiente; cundieron los rumores de que el Rey se casaría con la prometida de su hijo; el Marqués de Orani, topando con Don Diego en la escalinata, lo felicitó, sonriendo, por su boda, lo que indicó que la noticia había ascendido también a los ámbitos áulicos; y los esposos continuaron viviendo en el tabuco miserable, suficiente, empero, para que Eugenia Martínez hiciese efectivas allí sus conyugales exigencias y para que su prisionero se desesperase al no advertir de inmediato adelanto alguno; hasta que al runrún de la alianza matrimonial austríaca principiaron, por contraste, a mezclarse hablillas de que lo de la herencia de la Duquesa de Villerbal era una patraña inventada por la socarronería de las gentes «de placer», quienes así se vengaban, superlativamente, de los desprecios del vanidoso ayudante de la Estampa Real. Llegó la especie a oídos de mi amo, quien al punto consultó a los Gentilshombres que tantas pruebas de amistad y de seguridad en el legado le habían ofrecido, mas los halló displicentes, lavándose las manos del pleito, y aconsejándole, con graves meneos de cabeza, que aclarase la verdad por medio de los escribanos que abundaban en las covachuelas. A ellos acudió la angustia de Don Diego, y contrató los servicios averiguadores de uno, para enterarse al cabo de semanas de tribulación de que la Duquesa había fallecido sin testar, y de que sus bienes se repartían entre sus deudos colaterales. Fácilmente se deduce el desengaño y el horror del ambicioso de Santillana,

quien a diario, cuando regresaba a su cuartujo, encontraba allí a la enorme Doña Eugenia, ya desnuda, bailarines los ojillos insensatos, aguardándolo.

Me intrigaba a mí que no enviase todo al diablo y no se escabullera del Alcázar, en pos de un destino que por lo menos se pareciese al Purgatorio. Tenía cincuenta años entonces, y aun cuando las peripecias nupciales lo habían avejentado, a puñados se le caía el cabello, y flamantes arrugas le cavaban las mejillas, podía, lejos, con serenidad y con inteligencia, reconstruir su vida truncada. Pero Don Diego había perdido la serenidad, y la inteligencia se le extraviaba, además de que las argucias del escribano lo habían aligerado de sus mezquinos ahorros. Desde el amanecer, vagaba como sonámbulo por el silencio del Palacio, entre los guardias semidormidos. Si de casualidad acertaba luego, en uno de los quinientos aposentos del exorbitante caserón, con alguien que lo conocía, evitaba hablarle. Sabía que iba a indagar, con ligerísimo dejo de burla, su existencia hogareña, y eso agudizaba su alteración. Como en dichos paseos solitarios hablaba a media voz, pronto entendí que la imagen de Eugenia lo perseguía también fuera de su alcoba. Indudablemente lo obsesionaba el cuadro de la mujerona que apenas abandonaba el cuchitril, y que en él quedaba, echada sobre almohadones, llenándolo, sin jamás mudar la vacía pasividad del rostro, como un fenomenal ídolo yacente cuyo erotismo no emanaba de su expresión sino de todo su cuerpo, y cuyo pensamiento exclusivo fluctuaba en torno de la espera de su único y agotado adorador.

Como cuando llegamos al Alcázar, buscó asilo Don Dieguín en la cueva del longevo Matute. Le refería sus penas y desilusiones, y el linajista senil se limitaba a emitir sordos gruñidos y a tironearse la barba, por la cual, como en la de Carlomagno, transitaban los insectos. Entonces el enano, desamparado, volteaba las páginas de alguno de los espesos nobiliarios, tal en el retrato de Velázquez, pero había desaparecido el fulgor imperioso de sus ojos negros, tenía puesto el sombrero de través y hasta era víctima de alucinaciones, porque en una ocasión, conservando abierto uno de esos volúmenes con el apoyo de la mesa, y fijándose en una doble página que ornaban los escudos multicolores, lo vi arrojarlo al suelo, ante la mirada lela del canónigo, y exclamar:

—¡Las mariposas! ¡Las mariposas! ¡Cacemos las mariposas! —y andar a los brincos por la habitación, agitando el sombrero en el aire, para atrapar las blasonadas mariposas inexistentes.

Por aquella época volvió Velázquez de Italia, luego de dos años de ausencia, y comunicó que lo seguía un nutrido lote de pinturas y esculturas, las cuales adornarían las salas del Buen Retiro. Venían cuadros de Ticiano, del Veronés, de Tintoretto, de Ribera, además de doce leones de bronce dorado y de numerosas copias de estatuas clásicas, del mismo metal. Dicen que Felipe IV que era, como su abuelo Felipe II, hombre de gusto muy afinado, y que encargara la elección de las obras a quien pronto sería su Aposentador Mayor, desfrunció el ceño y pareció animarse, pues no bien llegaron dio exactas órdenes al artista acerca de su colocación en el real sitio. Quizá la bondad con que fue acogido por el monarca y la sobria enhorabuena que dedicó a sus selecciones, robustecieron en el ánimo de Velázquez la postergada pretensión de conseguir el soñado premio de la Orden de Santiago: lo cierto es que una mañana apareció por la guarida de Matute, con el propósito de reunir nuevos informes relativos a su genealogía. Estaba el Primo ahí, y fue transparente la sorpresa que causó, a los ojos avizores del pintor, la decadencia de su físico. Nada logró sacar Velázquez de la decrepitud del canónigo, pero tal vez conmovido por el aspecto de mi amo —y acaso al tanto de los antecedentes sabandijos de su destrucción; eso no lo supe nunca—, lo invitó a que lo acompañase al Retiro, donde le mostraría las novedades. Allá partimos en coche, y durante una larga hora, el enano se sumó al grupo señorial que Velázquez había convocado para enseñarle sus compras, y que cargó con alusiones lúbricas al sufrido pernicorto, quien no respondió ni palabra, reduciéndose a seguir a los visitantes parlanchines y encomiásticos. Velázquez había adquirido maravillas; me acuerdo en especial de una «Venus y Adonis», creo que del Veronés, y de un boceto del célebre «Paradiso» del Palacio Ducal de Venecia. Acedo pasó entre esos tesoros sin inmutarse; consideró apenas las esculturas alegóricas, y hasta se dijese que los demás habían olvidado a quien participaba de la visita a más baja altura, cuando, al entrar en el vasto y fastuoso Salón de los Reinos, donde se explayaban, por

encargo de Su Majestad, los grandes óleos de Velázquez (y entre ellos esa «Rendición de Breda» que tan apreciativamente comentarían, dos siglos y medio después, Dolly Vanbruck y Maggie Brompton), levantó la mirada el hombrecillo, vio en una sobrepuerta el retrato del niño Baltasar Carlos, caballero en la embalsamada jaca andaluza, y ahogó un grito que sobresaltó a los presentes y los hizo fijarse en él. Pero antes de que pudieran interrogarlo, los desencajados ojos de Don Diego habían indagado más arriba, en la pompa de los artesones del techo que encuadraban la policromía de los escudos de las provincias y conquistas españolas y su voz se quebró mientras chillaba:

—¡Las mariposas...! ¿Cómo...? ¿No veis las mariposas gigantes...? ¡Ay, que ya nos caen encima!

Quien cayó fue él, y hubo que traer agua y ocuparse de reanimarlo, porque se sabía que el Rey lo llamaba «Primo».

—Este enano está loco —declaró durante el desvanecimiento uno de los huéspedes, que resultó ser por ironía el joven y flamante Marqués de Villerbal, heredero del título y de lo mejor de los bienes sustentadores de la falsa ilusión del desmayado.

Volvió Don Diego en sí; se habló de mandarlo al Alcázar; mas mi dueño se obstinó en seguir y en no mostrar flaqueza. Como a un niño, Velázquez lo cogió de la mano, y reanudamos el turístico paseo. Todavía nos reservaba en su curso una sorpresa la perturbación del descendiente del imaginativo Lope de Ángulo. En el centro de una sala, habían situado al Hermafrodita que en negro bronce el pintor hizo reproducir en Roma, del de mármol clásico, cambiándole la base original por una almohada y una colchoneta, quizá con el objeto de contribuir a la comodidad del sueño de la singular figura que yace casi de espaldas, pero no tanto como para esconder los indiscutibles elementos que certifican sus caracteres bisexuales. La presencia del desnudo andrógino, tan hermoso que se cuenta que luego utilizó Velázquez el modelo de su espalda para su «Venus del espejo», redobló las pullas previsibles de los nobles, especialmente las de Villerbal, quien entre risotadas abundó en fáciles versiones de la variedad de usos que se podía aplicar a aquel muchacho-muchacha. Sólo el artista quedó serio y callado, y la sorpresa ocurrió al soltarse el Primo de la mano del pintor, acercarse a la acostada escultura, y recorrer su cuerpo con larga caricia. Quedaron los otros perplejos unos segundos, sin reaccionar, y cuando lo hicieron fue para los consabidos sarcasmos, apuntando a la dudosa virilidad del enano, aunque barrunto que hubiese deseado más de uno reproducir su voluptuoso manoseo. Por otra parte yo, que conocí a Don Dieguín desde la infancia como nadie, y que antes y después de su aventura con la ciega de Santillana, me asocié a incontables encuentros suyos con mujeres, incluyendo la asesinada Micaela Encinillas y la sofocante Eugenia Martínez, puedo desvirtuar la tonta fábula de las acusaciones. Sin embargo, asimismo debo atestiguar que mientras su diestra se deslizaba sobre las curvas del híbrido ser, sentí que se me transmitía, originada en el pecho de mi amo, una vibración, algo así como una desconocida ansiedad, que a mi vez me alarmó y turbó. Tal fue nuestra primera visita a la más insólita de las estatuas que de Italia trajo Velázquez.

Hubo varias otras. Mi desventurado dueño seguía pagando con creces el pecado de su orgullo, y la Monstrua, de noche, se sobrepasaba en la función lujuriosa de castigarlo, sin percatarse de que la salud de Acedo decaía tristemente, de que de continuo hablaba y disparataba y también lo hacía al cumplir, entre sudores, con su mecánica y marital tarea. Pero al salir él de la pieza, al alba, emprendía de tanto en tanto la caminata que lo conducía al Buen Retiro. En ocasiones, funcionarios que pasaban en sus coches, lo recogían y transportaban, extrañados del torvo silencio de alguien que, según decían los atrasados de noticias, aventaba la morriña del Rey. Una vez allá era saludado por los guardias, quienes pensarían que venía de Palacio con un mensaje. El enano corría por los aposentos, eludiendo mirar, en el de los Reinos, al Infante jinete, y llegaba al de proporciones mucho mas reducidas que centraba la tendida figura, la cual dormía (o quizá fingía dormir), apoyada la cabeza en sus cruzados brazos. Entonces Don Diego se ponía de rodillas frente a la estatua, y quedamente, sollozando a menudo, le narraba sus decepciones y sus quimeras, sin reflexionar en que si el Canónigo Matute no le había dado respuesta, al acudir a él con sus cuitas, menos cabía aguardarlo de un personaje de

bronce. Pero Don Diego no reflexionaba; Don Diego esperaba y sufría. Más tarde, probablemente oyendo venir a alguno, ocultaba su pequeñez detrás de la escultura, hasta que, alejado el riesgo, volvía a la anterior posición de hinojos, al gemir y a las quejas.

Ese extraño rito duró unas dos semanas. Tanto había enflaquecido rni señor, que se le marcaban los pómulos salientes, azulosas ojeras le sombreaban la cara, y sus manos parecían las de un cadáver. Salía de la cárcel del Alcázar y se apostaba en la calle Mayor, hasta que un coche surgía, lo reconocían por el aludo sombrero, calado ahora hasta las orejas, y lo dejaban en el vecindario del Retiro, cuando no se trataba de un caballero que, por broma, se avenía a subir en la grupa a quien pesaba tan poco. De nuevo junto al híbrido indiferente, el Primo recomenzaba sus dulces lamentos, pero fui notando que a los sollozos suscitados por su ruina, empezaron a mezclarse palabras de amor: eso es, que no se dirigía el enano al bronce como a un semidiós poderoso y venerado, sino a alguien a quien amaba, a quien verdaderamente amaba con un vano amor desvariante, y sus manecitas de frágiles huesos se descruzaron y, temblando, rozaron, palparon y mimaron una y otra vez al bello cuerpo frío.

La insostenible situación hizo crisis el día en que se ingenió para no abandonar el Buen Retiro. Durante varias horas se escondió, cambiando el lugar donde disimulaba su presencia, de acuerdo con lo que más le convenía. Ni comió, ni bebió. Espió el paso cadencioso, medido, del Rey, en cuya mano apoyaba levemente la suya la Reina Mariana, jovencita y ya grave, ya melancólica. Vio al bondadoso Marqués de Orani, al detestado Marqués de Villerbal. Vio al gracioso Nicolás Pertusato y a la grotesca Maribárbola, que Velázquez pintaría después en su cuadro de las Meninas. Casi lo descubrió, olfateando, tironeando, el mastín que de una trailla llevaba el enano Nicolasito. Vio desfallecer la tarde en las ventanas; se empezó a estrellar la perfumada noche; y vio cómo regresaban al Alcázar los Reyes y los Grandes obsequiosos y las pirueteantes sabandijas, presididas por las antorchas de los dos Gentilshombres de Placer que lo habían traicionado. Vio que por fin en los alrededores no permanecía nadie. Entonces, murmurando algo que semejaba una oración, en la que se interponían los ruegos, las lágrimas y las eternas frases amorosas, Don Diego de Acedo, primo de Su Majestad Católica por voluntad de ésta, se desnudó y, sin quitarme de su cuello, se echó sobre la estatua querida, a la que rodeó con sus cortos brazos. Así lo hallaron muerto los guardias, la mañana siguiente. Se asombraron de su escualidez, que le exponía el liviano esqueleto como en una lámina de anatomía. Y nada trascendió sobre el episodio, ni a las gacetillas, ni a los avisos, ni a los mentideros porque lo prohibió severísimamente el pudibundo Felipe IV.

10. LOS MAGOS

La Monstrua dio como respuesta una mirada estúpida y unos dientes apretados, a los enviados por Velázquez para que entregasen a la viuda los bienes de su marido. Consistían éstos, salvo unas nimiedades que ni vale la pena citar, en su gran sombrero, su ropa y en mí, que me menciono el último por cortesía, a pesar de ser de lejos, monetaria e históricamente, lo más importante. Me dejaron sobre el banquito que solía ocupar el enano, y esa noche la muy tetona y traseruda que tan indiferente parecía, no cesó de rugir como una fiera, hasta que el Mayordomo Mayor de llave dorada ordenó que la acallasen, aplicándole unos azotes si fuese menester, porque aquellos bramidos, pese a la distancia, perturbaban el runrún de las letanías recitadas por Su Majestad la Reina. No hubo que recurrir al vapuleo; Doña Eugenia se secó las lágrimas y reprimió el bestial alboroto, mas no bien partieron los servidores reinició sus quejas, sottovoce y con dulzura rara, lo que confirmó mi antigua certidumbre de que el amor, extraño sentimiento que a unos pocos exalta auténticamente (tengo el privilegio de ser uno de ellos), rechaza las frágiles leyes decorativas de la estética, y en ocasiones, quizá por poética ironía, anida en desazonantes estructuras. Esos bufidos y ese plañir le ganaron a Doña Eugenia Martínez Vallejo mi estima respetuosa: era sin duda mucho más emotiva que el Primo, y si se me arguye que el origen de su desesperación brotaba sólo de su sensualidad frustrada, responderé que nada es tan incalculable como los movimientos y matices del amor, y que sería inútil pretender analizarlos y sopesar los materiales que en su cocina intervienen, pues cada uno lo hará aplicando su personal graduación, la cual depende de las diversas sensibilidades.

Se negó la opulenta sabandija a recibirme; se negó a recibir prenda alguna de Don Diego, con excepción del sombrero orgulloso al que inundó de lágrimas, y que súbitamente se ponía, completando así su aspecto extraordinario. Tocada con él la vi en distintas oportunidades, yendo con lento ritmo por los corredores del Alcázar. Yo pertenecía entonces, por obsequio o repudio de la viuda de Acedo, a la enana Juana de Auñón, criada de la Cámara de la Reina, un sitio en el que lo que más se hacía era rezar, y en el que los únicos misterios eran los recitados de la Virgen. Pertenecí a la Auñón veinte años, casi hasta su muerte, siendo Regente a la sazón la misma Reina Mariana, y fue aquél uno de los períodos más tediosos, latosos e insípidos de mi larga vida, pues en el contorno únicamente circulaban frailes y monjas, y lo principal de la charla versaba sobre escapularios, votos, ofrendas, cofradías, jaculatorias, contricciones, santificaciones, etcétera, amén de la murmuración acerca del hechizo del pobrecito Carlos II, Rey de España, que por desgracia en nada recordaba al primero.

Acaso intuía Juana de Auñón la proximidad del fin de su existencia, cuando me confió, azarosamente, a uno de los peregrinos santiagueses que alrededor del Alcázar merodeaban, implorando la caridad pública. Quería la criada que yo formase parte del tesoro de Compostela, lo cual, dadas mis características, juzgué bastante singular, pero el portugués —de ahí procedía el caminante— prometió cumplir con el encargo, y en breve, ante mi asombro, luego de sumarse a los devotos venidos en especial de Francia, Italia, Moscovia, Eslavonia, Polonia, Alemania, Hungría, Flandes, Escocia e Inglaterra, que confluían en el sepulcro del Apóstol, fui presentado al capellán lenguajero, el clérigo que hacía las veces de cicerone de los piadosos foráneos, con la información de que me traía del Palacio de Madrid, para que me incorporasen a la Capilla de las Reliquias y el Tesoro. Habrán creído los Canónigos que se trataba de un desusado presente de la Reina

(quien no en vano descendía de un linaje pródigo en personajes ilustremente lunáticos), de modo que me colocaron, no sin cierto recelo, en la Capilla donde se acumulaban desde hacía siglos las donaciones de reyes, prelados y gente de pro, y me sentí perdido, entre tanto testimonio de la lujosa piedad europea, tanto crucifijo resplandeciente, tanta lámpara deslumbrante, tanto relicario y orfebrería con cabezas y estatuas del Apóstol, tachonadas de pedrería, camafeos y filigranas. ¿Qué hacía allí yo, el egipcio, el extranjerísimo, el Escarabajo de la bienamada Nefertari, espiado desde la piedra escultural de las tumbas vecinas por la Emperatriz Doña Berenguela y por varios monarcas y condes, aparentemente archiantiguos en su severidad yacente, cuando comparados con mi estupenda edad resultaban unos parvulitos de nodriza y balbuceo? De súbito acudían clérigos o monaguillos, con sonoros manojos de llaves; sacaban la maravillosa custodia, o tal casulla, tal reliquia, la Virgen de la Leche, la Virgen de la Azucena, pero a mí ni me sacaban, ni me tocaban, ni me miraban, hasta que concluí desapareciendo detrás del busto de Santiago Alteo, fastuoso como un Emperador de Constantinopla.

Hubiese permanecido oculto hasta sólo los Dioses sabían cuándo (y por supuesto también los santos venerados en la zona gallega), pero sucedió que una mañana un sacristán que quitaba el polvo de anaqueles y piezas sacras, me pescó en mi escondite. Me retiró de allí, sorprendido; quizá decidió su ignorancia que siendo yo un escarabajo, y para más con engarce de dragones, algún diablo me habría deslizado en ese rincón con dañino propósito; o se habrá dicho que era tonto que una sortija que no luciría ningún obispo, estuviera reclusa en tal lugar, clónele no la buscaría ni reclamaría absolutamente nadie, cuando podía ser peligrosa, y que por qué, entonces, no deshacerse de mí, del bicho probablemente demoníaco, y convertirme en algún dinero que no le vendría mal, una parte del cual depositaría en cualquier hucha de la iglesia, y el resto acomodaría en su bolsillo despoblado. Así lo hizo, repitiendo el persignarse, y así me compró un mercader que había venido a Compostela, en pos del perdón de alguna fechoría de esas que requieren las intercesiones de potente calibre, y que consigo me llevó a Nápoles.

No me chocó que el sacristán lamecirios se apoderase de mí en el Tesoro de la Basílica. Durante los 3.000 años que yo contaba, me habían robado nueve veces, lo que es bastante poco, si se considera la tendencia marcada a apropiarse de lo ajeno que destaca a una alta proporción del género humano. Tengo buena memoria y me gusta recapitular: 1º) fui robado cicla tumba de "la incomparable Reina Nefertari, la Osiriaca, Gran Esposa Real; 2º) me robó, sólo pasajera y traidoramente, Domicio Mamerto Quadrato, Senador de Roma; 3º) me robaron, con la gorda Zoe, los gitanos que la raptaban para exhibirla en su circo; 4º) me robó (como ahora) un sacristán que me eliminó del cajón de su Obispo, mi legítimo dueño; 5º) me robó un jovencito muy maquillado, que despojó de mí a su amigo; 6º) me robó otro gitano, maldito evidente y eficazmente, quien tuvo la audacia de privar de mi presencia a la negra imagen de las Santas Marías del Mar; 7º) me robó, en Roma, un cliente de una barbería, el cual me escurrió del platillo donde yo sesteaba, mientras mi ingenuo amo desbarbaba al miserable; 8º) me robó (y ésa fue la peor de todas las veces) el florentino Livio Altoviti, cuando asesinó al bello Febo di Poggio, y me embolsó con su dedo cortado; 9º) y último hasta entonces, me robó el acólito impune, escamoteándome detrás de la alhajada y reverenciada cabeza milagrosa de Santiago Alfeo. Bueno... no está mal, pero repito que fueron tres mil años. Diversa cosa ha sido encontrarme: me encontraron en ocho ocasiones, y no me extenderé en su enumeración, desde que me halló en una roca del Valle de las Reinas el nieto de Amait, el anciano con quien viajé a Naucratis, hasta que me descubrió en Verona el mudo falso, que resultó ser Lope de Ángulo, y me trasladó a Santillana.

A Nápoles, y esto sucedía a mediados del siglo XVIII, me condujo el comerciante pecador de Santiago de Compostela, y ahí, supongo que por ser corto de genio y porque le incomodaba que le preguntasen de continuo la razón por la cual usaba una sortija tan estrafularia (la verdad es que no teníamos nada que ver), me vendió a un señor nobilísimo quien, en cuanto me examinó, se interesó sobremanera por mí, y me merecía hartos más: Don Raimondo de Sangro, Príncipe de Sansevero, Duque de Torremaggiore, Marqués de Castelnuovo, Príncipe de Castelfranco, Grande de España de Primera Clase,

Caballero de la Real Orden de San Genaro, Gentilhombre de Cámara con Ejercicio, y muchos etcéteras, una de las personas más admirables, más fantásticas, más originales y sapientes cuya vida he tenido el honor de compartir.

Viví con ese genio en su palacio de la plaza de San Domenico Maggiore, en medio de una atmósfera en la que la científica imaginación chiporroteaba y ardía de continuo. Me desconcierta que no se lo mencione más en la actualidad, y primordialmente que los napolitanos no hayan exaltado más la figura de quien sobresale como una de sus glorias. Era un caballero menudo, de rostro agradable y juvenil bajo la blanca peluca (tendría entonces veinticinco años), cuidadoso del vestir y de las maneras, sumamente cortés, aunque sujeto a repentinos raptos de cólera, como Miguel Ángel en otra escala, cuando lo interrumpían en sus complejos trabajos. Pertenecía a un linaje ilustre, que a lo largo de nueve centurias remontaba su estirpe hasta los soberanos carolingios, y en un reino que en Nápoles contaba con ciento veinte príncipes, y ciento cuarenta en Sicilia, muchos de ellos flamantes, remendados o improvisados, era un príncipe de verdad. Algo aprendí de la historia de dicha familia, a través de los frescos que enorgullecían varias de las habitaciones del palacio, y que la referían a partir de Oderisio, Abad de Montecasino y Cardenal después, creo que en el 1200, hasta el Paolo de Sangro a quien Felipe III de España otorgó el Toisón de Oro. Don Raimondo afirmaba justa ufanía en tales antecedentes, pero lo cierto es que una casa tan rica en héroes y en beatos ejemplares, no produjo ningún fruto tan raro, tan novedoso y tan memorable como él.

Le pertenezco durante unos veinte años, y llegué a conocerlo bien, y a apreciar lo que aquel gran señor de afable y ceremoniosa reserva poseía de bondad, de indulgencia, de desdén por lo meramente mundano y de vigor intelectual. Salía poco y solía encerrarse en sus laboratorios, situados en los subterráneos palaciegos, y a veces, en una reunión, abandonaba imprevistamente el corro amistoso, el diálogo o el concierto, a los que asistía con aburrida gentileza, porque una idea acababa de ocurrírsele, y debía ponerla de inmediato en práctica. Yo corría con él, inseparable de su anular derecho, como del de lámblico, el Durmiente encantador, y juntos nos sumergíamos en el secreto de los sótanos. Los demás napolitanos, príncipes, duques, marqueses, coronas acumuladas, casi siempre de sangre menos azul y ardorosa, no conseguían habituarse a aquellas disparadas bruscas y a aquella actividad que acaso considerasen ofensas, por contraste con su aristocrática tradición de ocio invencible, y sólo la presencia de la bella Carlota Caietani, esposa y prima del impulsivo Don Raimondo, cuya suave sonrisa todos admiraban, lograba remediar actitudes de mi amo que pudieron, sin serlo, parecer agresivas e insolentes. Metido en sus refugios, modificábase la expresión del Príncipe de Sansevero: a la amabilidad sucedía la intensidad, y al tedio distraído, la alerta inquietud. Reemplazaba la casaca de seda por el moteado, mugriento mandil, y en el andar de horas no reaparecía, moviéndose de una retorta a un alambique y de un caldero en ebullición a una tinaja fétida, anotando y calculando, revolviendo y combinando, o bien se sentaba a crear los más extraños dibujos y a armar incomprensibles máquinas, hasta que el criado acudía, en puntas de pie, a traerle un tazón de caldo y medio Irasco de vino.

En esos reductos, mientras fui suyo, vi surgir los inventos más diversos y extravagantes: una cera, lograda sin socorro de abejas, que servía para modelar esculturas; un aparato que permitía transmutar el agua salada en dulce, y otro que la elevaba a cualquier nivel; un arcabuz eficaz que con ninguno se cotejaba, un fabuloso cañón, confeccionado utilizando un liviano material, que semejaba hecho con pieles; mármoles blancos de Carrara y Puglia, coloreados con ingenio impar; un teatro pirotécnico, en el que resonaba el canto nítido de los pájaros; una personalísima instalación tipográfica; un procedimiento aplicado a los cartuchos de artillería que, junto al texto dedicado a renovar los ejercicios militares, le valió el elogio de Federico el Grande y de Mauricio de Sajonia; la pintoresca carroza anfibia, que ignoro si funcionó; y una lámpara sobrenatural cuya llama, como la luz de la imaginación de quien le diera vida, no se apagaba nunca. Pasmaba observarlo trabajar y compartir su trabajo, pues yo contribuía, desde su diestra, a la vigilancia de las cocciones y a la construcción de los artefactos, y cada

ocasión en que lanzaba un grito de alegría, al retribuir el triunfo sus esfuerzos, yo relampagueaba también en su anular. Únicamente me exasperó que, tras consagrarse a perfeccionar varias piedras preciosas, mudando un zafiro en diamante y una amatista en rubí, se especializara en reproducir los lapislázuks, aun dotándolos de finas vetas de oro, como si eso fuera posible.. ¡Ay, sí que era posible y que lo hacía, y para colmo me confrontaba a mí, el Gran Escarabajo de la Dinastía XIX, con esas espléndidas falsificaciones, y no se advertía diferencia alguna!

Con debérsele tantas maravillas, y las que olvidé consignar, como la pintura luminosa, y los cuadros (una Salomé y la cabeza del Bautista) hechos con lanas, me apresuro a subrayar que la que prefería, de sus obras maestras, fue la Capilla de Santa María della Pietá, elocuente testimonio de su amor a sus antepasados y de su descollante habilidad de hombre de ciencia, explotada en favor del arte. Dicho templo se halla junto al palacio: bastaba cruzar la sacristía y ascender una holgada escalera, para encontrarse con la tribuna desde la cual, sin dejar la mansión de los Sansevero, se oía misa. En cuanto a la capilla, es muy añosa; la reconstruyó y amplió uno del abolengo, Patriarca de Alejandría, un siglo y medio antes de que Don Raimondo encarase la tarea de transformarla en panteón y apoteosis de quienes le precedieran en los éxitos de su misma sangre. Si bien dio comienzo a la obra cuando poco le faltaba para desprenderse de mí, es fuerza que me detenga en el infrecuente edificio pues, como al minuto se verificará, su existencia se vincula de modo estrecho con mi destino.

A mí sólo me tocó, mientras se iniciaban las tareas de adorno, acudir diariamente con mi señor, comprobar los progresos preliminares de decoradores y escultores, a quienes Don Raimondo prodigaba consejos y sugería técnicas. Fue brotando así, en torno de la nave, el prodigio de los primeros monumentos, de un barroquismo enfático, entrelazados con símbolos y alegorías. A menudo, escoltando desde la penumbra nuestro andar a la vera de tanta grandeza sustentada por el mármol de querubes y victorias, oíamos unas risillas agudas. Procedían de dos o tres «castrati», de los numerosísimos muchachos preparados para el canto eclesiástico, los cuales, no habiendo resultado perfecta la intervención quirúrgica que afinaría y afeminaría su timbre, optaban por vivir de un comercio que los acercaba a múltiples caballeros, sin que el aporte de sus voces interesase demasiado. El Príncipe de Sansevero los dispersaba con el pañuelo de randas, como si fuesen moscas.

A esa Capilla de la Pietá volví, poco menos que doscientos años más tarde, en el dedo medio derecho de Mrs. Vanbruck, guiados por Mr. Jim, quien deseaba mostrar a la señora la napolitana rareza, y de camino contó las historias y enumeró los inventos de Don Raimondo, que yo conocía mejor, pues en su realización algo intervine. Me conmovió el diseño, asaz modificado, de la palatina fachada y del portal, que crucé durante lustros, y noté, como una prueba más del respeto de la ciudad por sus seculares costumbres, que aquella mañana merodeaban por el vecindario de la capilla unos cuantos jóvenes, los cuales, sin haber sido menester que se sometiesen a operaciones similares a las muy despojadoras de quienes los antecederan, utilizaban idénticos medios de vida. Entreverábanse con ellos, en cordial camaradería, otros rapaces en una paralela actividad, regida por homogéneas leyes económicas, tenía por obvia meta al sexo opuesto. Toda esa gente reía, se burlaba y jaraneaba, feliz, ingenuamente, de gozar del sol y de saberse hermosa, como únicamente en Nápoles sucede con tan ruidosa vehemencia: ni siquiera a los bufones y enanos del Alcázar oí meter tanta bulla.

Entrarnos, pues, en la capilla, seguidos por un par de esos individuos, a los que, al principio y equivocándome, no atribuí ninguna importancia. El teatro ofrecido por el ornato de la iglesia, no permitía ocuparse de nada más. Alrededor de la nave única, contorneando la velada y alarmante figura del Cristo yacente, se desarrolla el espectáculo fantasmal de Jos Sangro, antepasados del Príncipe, alguno de ellos a punto de salir de su sepulcro, otros acechantes, con cascos y armaduras, rodeados por seres togados o desnudos (hay uno, sobre todo, al que viste y desviste una red maravillosa), entre un rígido aletear de ángeles y una temible inmovilidad de grifos, águilas y leones. Analizando esos espectros, sobrecogidos, circulamos. El apagado tono caduco de Mr. Jim, traducía las inscripciones y explicaba los parentescos, con un fondo amenguado de gritería jubilosamente prostituta, que procedía de afuera. Pero en breve me percaté de

que los sobrecogidos por las estatuarias presencias, éramos el inocente Mr. Jim y yo: la atracción ejercida sobre Mrs. Dolly Vanbruck no se originaba en las estéticas singularidades que nos circuían, sino en un hombre de hueso y carne, que hubiera podido ser su nieto, lo moreno y bruñido de cuya piel, así como lo negro de sus ojos y del vello que su abierta camisa descubría, contrastaban y vivían encendidamente, en medio de tanta muerta blancura. En vano su afeminado compañero, ignorante de los austeros gustos de Mr. Jim, trató de imitarlo y de cautivar la mirada del inglés, prodigando pestaños y toses, hasta que el temor de perder su valioso tiempo lo impulsó a regresar a la plaza de San Domenico Maggiore y su gentío. Nosotros y el velludo, que ante la indignación del británico había esbozado ya una charla con Mrs. Dolly, ingresamos en la sacristía, donde nos aguardaba el horror.

Mr. Jim y Mrs. Vanbruck ahogaron un grito, en tanto que el mozo recién incorporado soltaba una breve risa. Hasta yo, que sabía de qué se trataba, participé del espanto del profesor y mi señora. En vitrinas altas, levántanse ahí dos personajes de pesadilla: los esqueletos de un hombre y de una mujer, de los cuales han sido eliminadas las partes blandas, con excepción del complejo sistema circulatorio, que los cubre totalmente de una telaraña de venas y arterias, mientras que los principales órganos, reducidos a la red sanguínea, conservan su forma ausente. La mujer intensificando el pavor, retiene sus ojos de apariencia intacta, redondos y duros. Nunca me he encarado con nada tan atroz. Recordé en seguida la agitación mudada en pánico con que asistí, en uno de los laboratorios, a los procedimientos con que el Príncipe, secundado por el médico palermitano, confeccionó esos diabólicos terrores. Volví a ver a Don Raimondo, serio y fino, inclinado conmigo sobre los cadáveres, despojándolos delicadamente de la piel y de las partes internas, e inyectando una mezcla metálica desconocida en los intrincados conductos de la sangre. Aquellos monstruos, junto a los cuales la Monstrua de Don Diego de Acedo era una Venus, habían sido exhibidos a la sazón a algunos selectos, en la Sala del Fénix del palacio, donde provocaron desmayos y chillidos. Don Raimondo, hombre de ciencia, sólo los consideraba el (fruto de arriesgadas experiencias anatómicas, y no tenía en cuenta la angustia, la zozobra y, repito, el terror que de ellos emanaba. En consecuencia no cabe sorprenderse de su actitud fría, observadora y como insensible, frente a los engendros que, por razones de estudio, había elaborado. En cambio sí es motivo de asombro la reacción de Mrs. Vanbruck. Transcurrido el primer momento de pavor, pese a que Mr. Jim apenas balbucía, la señora recuperó el dominio norteamericano, y la voracidad pasional, sus razones de ser, en la vida. Hizo fulgar el enorme brillante que en la mano izquierda, sobre el guante, utilizaba a modo de señuelo; indicó con él, vagamente, los cuerpos desollados, como si en un invernáculo mostrase unas plantas curiosas; parpadeó volviéndose al italiano, y reanudó la conversación con seguridad imperturbable. Ese pillete de Nápoles se llamaba Giovanni Fornaio. Fue él quien me arrojó al Egeo, cuando el yacht de Mrs. Vanbruck navegaba delante del cabo Artemision. Se comprenderá, entonces, la trascendencia que para mí invistió nuestra visita a la capilla de Don Raimondo de Sangro, Príncipe de Sansevero. Fácilmente se deduce también el arrepentimiento de Mr. Jim, silencioso y ferviente adorador de Mrs. Dolly, por habernos conducido a esa trampa.

Esta digresión rencorosa me ha apartado en la cronología, de mi existencia a la vera de Don Raimondo. Fue una época regida por el aprendizaje de mucha cosa nueva, de entreabrir puertas hacia zonas ignotas, de asombros útiles, de paz en los sentimientos, y de meditación. Reflexioné entonces largamente sobre la anomalía de mi sino de espectador de los milenios, y sobre la exclusividad inconmensurable que significa ser fiel a un amor más fuerte que el tiempo. En ocasiones inesperadas, cuando espiaba el adelanto de una de las invenciones del Príncipe, la hierática fisura de la Reina Nefertari cruzaba el aposento, de perfil, como en las pinturas de su sepulcro, y el llevado y traído Escarabajo resplandecía. A veces llamaba a la puerta, quedamente, la hermosa Donna Carlota Caietani, quien nunca entraba en las vedadas cámaras de investigación de su esposo, y a la distancia yo distinguía su sonrisa leve, que evocaba la de mi Reina, y comprendía que Don Raimondo la quisiese tanto, porque entre ambos se aseguraba una

tierna alianza intangible.

Fuera de Donna Carlota, una sola amiga esencial tenía Don Raimondo de Sangro, una dama bastante mayor, su parienta la Princesa Oderisia de Bisignano (dentro de cierto medio, todos resultaban, príncipes y parientes, en Nápoles... ¡desgraciado, exiliado quien no lo fuese!). Era la fea de cuatro hermanas, y se había cultivado para reemplazar la belleza ausente, dote de las demás, recurriendo al ingenio mundano y su sabia trivialidad. Los obtuvo sin discusión. Me sorprendía la pericia magistral con que disimulaba sus defectos —el ojo lagrimeante y desviado, la inarmónica renquera—, merced al uso de velos que temblaban sobre el pelucón y sus cintas, de un zapato distinto e invisible, bajo la anchísima, bordadísima falda; y en especial el arte con que, alargada en un diván y apoyada en muelles almohadones, distribuidas las luces favorecedoras, acogía a sus invitados. Una demostración más de su práctica inteligencia, consistía en la habilidad con que se las arreglaba para ofrecer esas recepciones, cuando se conocía que tanto ella como el Príncipe, su opaco marido, carecían de medios capaces de sustentar dicho lujo. Pero, puesto que fuera de un pequeño núcleo de familias opulentas y organizadas, su situación reproducía la de gran parte de la aristocracia, y aquellos pobretes se jactaban de pasear por Nápoles entre encendidas antorchas, aun de día, seguidos de una nube lacayuna, nadie se turbaba ante la multitud de criados (baratos) que con candelabros llameantes flanqueaban las escaleras de los Bisignano, ni por la parsimonia de los bizcochos, sorbetes, confituras y limonadas, que constituían la sobria pitanza de la convidada nobleza.

Don Raimondo eludía las fiestas que convocaban a doscientas o trescientas personas en los amplios salones vacíos, y visitaba a su prima cuando los solos acompañantes de ésta eran un negrilla trajeado de plata y celeste, atento a sus pies a cualquier mandado, y un pequeño can también negro, a quien la propia Princesa enrulara y perfumara, y que dormía en su mismo diván. Sangro tomaba asiento junto a su amiga, y dialogaban extensamente. Valoraba la libre y elegante locuacidad de Donna Oderisia, y la consultaba sobre el «Gran Vocabulario del Arle de la Tierra», que llevó hasta la letra O, y al cual debió su inscripción en academias famosas, como la florentina de la Crusca. Soy testigo de que ella lo salvó, con sus advertencias, cuando el peligroso asunto de la Masonería. Pululaban en aquella época las asociaciones esotéricas de vibrantes nombres, la Estricta Observancia Templaria, los Caballeros Bienhechores de la Ciudad Santa y, por descontado, los de la Rosa Cruz de Oro, y yo me familiaricé con ellos precisamente en casa de la Princesa de Bisignano, donde se esmaltaban los coloquios con la alusión a iniciados misteriosos, a la búsqueda de la piedra filosofal y a la que confiere juventud y vida eternas, temas que siempre, siempre, en el curso de la entera historia del mundo, han fascinado a los humanos, y cuya variedad pude aquilatar personalmente, desde la suprema jerarquía de los sacerdotes egipcios, en Karnak y en Luxor, hasta los modestos engaños de Lope de Angulo, en Santillana.

Ahora bien, la naciente Masonería había designado al prestigioso Don Raimondo su Gran Maestre en el Reino de Nápoles, y el Príncipe, en parte por curiosidad científica y en parte porque le impedía el rechazo la urgente solicitud de sus pares, aceptó el Ululo, lo cual le acarreó la excomunión del Papa Benedicto XIV, quien temía a esa sociedad de fines confusos más que al Diablo, y procedió bajo el estímulo de tartufos irritados por la personalidad inmaculada del Príncipe, por su poder financiero y por el fulgor de su mente. El Rey Carlos VII (el que luego sería Carlos III de España) lo distinguía como a uno de sus predilectos, ya que para él había concebido varias de sus invenciones. Llamó a Don Raimondo, y le aconsejó que abandonase la Orden, pero fue la Princesa de Bisignano quien le sugirió los medios que lo congraciarian con el colérico pontífice. Al fin y al cabo, Sangro se diría que él era un hombre de estudio, un indagador de los arcanos de la naturaleza, y que no disponía, como la mayoría de los señores napolitanos, afiliados a los cultos masónicos como se sigue una moda, de la holganza que esas fantásticas actividades requerirían. Por ende, bajo la inspiración de la señora, publicó una «Súplica» dirigida al Santo Padre, aclaratoria de un texto anterior que enemigos aviesos habían hecho incluir en el «Index», lo que le ganó el perdón papal. En aquellos días amargos, además del que le brindaba Donna Carlota, el de Donna Oderisia constituía su aislado

consuelo. Dos clérigos, a sueldo de los envidiosos, dieron alas al infundio de que había pactado con Satanás, y anunciaron que exorcizarían el palacio de Sansevero. Teníase noticia de que en él, largo tiempo atrás, un sobrino de San Carlos Borromeo, el Príncipe de Venosa, había muerto a su mujer, y aseguraban dichos falaces eclesiásticos que el espíritu del infame poseía repentinamente a Don Raimondo. Por fin el Rey mandó desterrar a los patrañeros, y se restableció la calma. Regresó el Príncipe a los laboratorios, a perfeccionar la lámpara inextinguible y la carroza anfibia, pero la injusta persecución redujo sus grandes ilusiones, y fijó sus esfuerzos imaginativos en la capilla ancestral.

Continuaba visitando a la leal Donna Oderisia, y un día de tantos en que ésta tornaba a elogiarle mi singularidad, mi armonía y mi colorido, imprevistamente el Príncipe me quitó de su anular y me deslizó en el mismo dedo de su parienta. Desde esa tarde y ese regalo, mi vida cambió: una etapa más se inauguraba. Con llevarse ambos tan bien, y con ser la Princesa, como su amigo, libresca y aguda, los diferenciaba su actitud frente al mundo: Don Raimondo necesitaba de la soledad para concentrarse, materializar y pulir sus ideas, y Donna Oderisia exigía estar rodeada de gente y de frívolo cotorreo, pues ese vecindario acicateaba la ironía que era como un desborde chispeante de su carácter hedonista. Esto último justifica sus vastas recepciones, a las que concurrían centenares de huéspedes, en el centro de los cuales la Princesa irradiaba. Yo, que compartí su intimidad y la de su insignificante marido, estoy en mejores condiciones que nadie para estimar la oposición entre esas fiestas y la vida cotidiana del palacio. Limitábase ésta a un par de habitaciones, a medias caldeadas en invierno, mientras que en la ringlera interminable de las salas desnudas que las circuían, tiritaban al unísono los criados estornudantes y los descascarados óleos de antecesores que usufructuaban la perdida fortuna. A pesar de la ruina amenazadora, la Princesa de Bisignano no cedía. Consecuente con el personaje que de sí misma se había trazado, cada mes ordenaba que todas las arañas, todos los apliques y todos los linternones se encendiesen; que los servidores de remendadas libreas se alineasen en la escalinata baldeada para el caso; que circularan la limonada y los bizcochos y, tendida en su canapé, a sus pies el negrilla de turbante y al lado el faldero, daba la mano a besar a los invitados, y para cada uno tenía una frase que se comentaría luego. Los extranjeros de paso por Nápoles acudían a los saraos. Allí vi al solemne Goethe que, sin esforzarse, comparó la ciudad con el Paraíso; a Winckelmann, a Lord Hamilton, a Fragonard, a Tischbein, a los arqueólogos, dibujantes y grabadores que venían de Pompeya y Herculano, descubiertas recién y muy saqueadas por el refinado y enamoradizo embajador de Inglaterra. Allí oí por vez primera la delicia de la música de Scarlatti, de Gluck, de Pergolese, de Cimarosa, y cantar al castrado Caffarelli. Allí conocí a los amantes de la Reina María Carolina, hermana de María Antonieta y del Emperador de Austria: el Príncipe de Caramanica y el Caballero Acton, dos brillantes advenedizos surgidos no se sabía de dónde. Los napolitanos jugaban a ser franceses; peroraban en dudoso francés; se ofrecían rapé en tabaqueras de oro; se alisaban las solapas de raso florido; encomiaban el retrato de la Princesa por Angélica Kaufman, decorativamente corrector y embellecedor; pero en medio de tanta reverencia, exquisitez y remilgo, de repente olvidaban a Francia y descendían a Nápoles: restallaba una carcajada estruendosa, que estremecía las porcelanas de Sévres y de Capodimonte; largos gritos comunicaban a los presentes el júbilo de varias de las muchas princesas que en los aposentos estaban; al entablarse una discusión entre dos señores, se multiplicaban la violencia elocuente de los ademanes y la característica mímica con que ambos reunían en ramillete los cinco dedos de una mano, y los sacudían bajo sus respectivas narices o, de agravarse la disputa, la rabia con que introducían la uña de uno de los pulgares bajo uno de los dientes delanteros, y ¡a hacían sonar; y, por no abundar en detalles, repetíanse las oportunidades en que los más viejos (como ese Príncipe Ravaschieri que en vez de hablar, ladraba) salían a un balcón, para desde él gargajear y desflemar sobre el patio, lo cual, probablemente, les hubiera valido los aplausos del pueblo, semejantes a los que recibía el Rey Fernando, el narigudo, cuando se asomaba en su palco del Teatro San Cario, comiendo macarrones. Por suerte el ojo llorón de la

Princesa velaba bajo el tul, para conservar el buen tono. Si notaba que éste flaqueaba o se perdía, enviaba a su negrito como mensajero, y los reconvenía con sutiles burlas. A poco, como unas calesitas en las que hubo un desperfecto que hizo chirriar el mecanismo y lo detuvo, suspendiendo su giro encantador, la recepción, reorganizada, tornaba a funcionar, con un fondo de violines que podían ser de Pergolese; se aplacaba la intensidad de las voces, reaparecía la medida gesticulación cortesana; y el Nápoles Borbón, que leía apenas, se acordaba de los Enciclopedistas franceses, tan nombrados, sin entender con exactitud quiénes eran, qué querían, y si se hubiera podido alternar con ellos en una sala, de igual a igual.

Donna Oderisia leía, somera y velozmente, y también certificaba al hacerlo su perseguida calidad de excepción. Leía novelas, poemas, ensayos filosóficos, y aun difíciles textos vinculados con la alquimia y la magia. Poseía un pequeño laboratorio, incomparable con los del Príncipe de Sansevero, porque ni dominaba su enorme ciencia, ni participaba de su seria responsabilidad. Soñaba, por supuesto, con fabricar oro y con alcanzar el elixir de la vida perpetua, pero aunque trajinaba durante horas, renqueando de una probeta a la vecina, torturando morteros y manejando fuelles y libros, lo hacía por moda, por seguir la corriente general que hurgaba en las sobrenaturales penumbras, en pos de una comunicación con lo extraordinario que, invisible, nos acecha..., e insistía, puesto que nunca se prevé dónde puede saltar la liebre, y porque a lo mejor, mezclando y mezclando, machacando y machacando, destilando y destilando, fortuitamente, impensadamente, surgían por fin unas limaduras de metal precioso, o un atisbo del Más Allá. Yo la acompañaba en su antro hediondo. Supongo que por mi condición de escarabajo y de faraónico, y por ostentar en mi reverso signos para ella cabalísticos (¡oh Reina...! ¡oh gran Reinal!), me atribuía secretos poderes, lo que hacía que me frotase y besuquease, antes de emprender una nueva e inútil operación. De algo, aparte de matar el tiempo entre una fiesta y la siguiente, en un lugar que el fuego del hornillo y el atanor abrigaban, le sirvieron sus mejunjes y explosiones. Ellos la relacionaron con algunos hombres sumamente interesantes. Así como Don Raimondo archiconocía al dedillo el valor de los experimentos de su prima (no obstante lo cual siempre le habló sobre los mismos con formalidad bondadosa), hubo especialistas en la materia hasta quienes alcanzó su inmerecida fama de experta, que a ella se acercaron para explorar su comprensión o su ayuda, y que cuando se percataron de la futilidad nebulosa de su esotérica erudición, habían caído ya, lo mismo que el Príncipe de Sansevero, bajo el hechizo de esa mujer madura y fea, que como pocas manejaba el arte de la conversación, y como pocas, bajo un tamiz equiparable al velo que desdibujaba su rostro, se agenciaba para transmitir al interlocutor la calidez de la ternura, envuelta en el chisporroteo de la broma. Entre aquellos hombres distintos, que se jactaban de gozar de poderes superiores, y que en varias ocurrencias misteriosa o mañosamente, lo evidenciaron, sobresalieron el Conde de Saint-Germain y el Conde Cagliostro, que ni siquiera condes eran, pero que sedujeron a reyes, a príncipes, a sabios y a multitudes, aunque sería injusto aparear su jerarquía. Ambas visitas al palacio Bisignano son inolvidables. No vinieron juntos, ya que Saint-Germain despreciaba a Cagliostro, y Cagliostro odiaba a Saint-Germain. El primero en besar la mano de mi señora, fue este último.

Vi entrar entonces, introducido por el negrillo Maroc en la habitación donde la Princesa había adoptado su habitual posición semiyacente, entre cojines, y donde no había nadie más, a alguien que resaltaba por ser, obviamente, un gran señor. Ni alto ni bajo, de cuerpo ceñido y piernas bien diseñadas, sonriente, lo que le permitió exhibir una admirable dentadura, el brillo de sus ojos negros rivalizó, bajo la blanca y breve peluca, mientras avanzaba, con el de los diamantes, turquesas, zafiros y rubíes que aprisionaban la espuma de sus encajes, los botones de su casaca rosa de corte perfecto, las hebillas de sus zapatos, y la finura enjoyada de sus dedos extendidos. Se movía con la segura gracia propia del acostumbrado a los salones palaciegos. Habíamos oído, de labios de Don Raimondo, las noticias más diversas acerca de su origen. Algunos lo creían hijo natural de la Reina Ana María, viuda de Carlos II de España, el Rey embrujado, y del Almirante de Castilla; otros, vástago de la misma Reina y de un judío portugués; otros,

de los soberanos de Transilvania; y hasta había —contaba con más enemigos aún que el Príncipe de Sansevero— quienes juraban que era un jesuita español, el cual, luego de colgar los hábitos, había casado en México con una mujer dueña de una fortuna cuantiosa, y la había envenenado. En realidad se ignoraba su filiación y procedencia, y él mismo se complacía en embarullarlas, al aseverar que había oído determinada marcha triunfal cuando Alejandro ingresó en Babilonia; al evocar su intervención en la batalla de Marignan, a comienzos del siglo XVI; al dar la impresión, murmurando ambigüamente, de que Carlos V, Francisco I y Enrique VIII le habían confiado tal o cuál secreto; o al decir, de paso, que él nunca dejaría de ser joven. En ese momento aparentaba cuarenta y cinco ágiles años, y tozudos calculadores afirmaban que no tenía menos de cien. A la Princesa le gustó el alquimista galante, quien venía de Venecia, rumbo a Malta y a la India, y en Venecia había enseñado cómo domesticar a las abejas, y cómo fascinar a las serpientes por medio del canto y de la música. Hablaba veinte lenguas occidentales y orientales; entendía tanto de violas y laúdes como de tinturas y de medicina; había conquistado a Luis XV y a Mme. de Pompadour, al punto de participar de las ambicionadas comidas selectas, en los «pequeños departamentos» de Versalles; y a Donna Oderisia la hizo reír, contándole gravemente a propósito de la transmigración de las almas, que Pitágoras, durante la guerra de Troya, fue gallo. También Saint-Germain gustó de la Princesa, de su refinada simpatía y de su capacidad de escuchar y de responder con una salida oportuna. Juntos se trasladaron al laboratorio —ella cojeando y apoyándose en el brazo del Conde—, y Saint-Germain alabó la mesa cubierta con un paño rojo, que enriquecía el bordado de la Estrella de Salomón, blanca y negra, entre dos candelabros ornados con pentáculos solares, los cuales sostenían una espada. Observó luego, en los armarios, los frascos que contenían áloe, clavo, *azafrán*, mirra, adormidera, benjuí y los más heterogéneos ingredientes. Miró por fin las cartas astrológicas, y terminó felicitando a la Princesa, y diciéndole que el ambiente en el cual desarrollaba sus empíricas investigaciones le recordaba el creado por la Marquesa de Urfé, a lo que contestó Donna Oderisia, bajando los ojos y encogiéndose, que en el de la Marquesa se había inspirado, en París, para decorar el suyo.

Había sobre la mesa una moneda de plata, que usaba la señora en sus experimentos; la cogió el Conde, la aproximó a la llama, le añadió un polvillo que sacó de una de sus cajas conspicuas —esas cuyas piedras preciosas cambiaban de color, cerca del fuego—, y en dos minutos el metal empezó a dorarse, hasta convertirse en una moneda de oro. Saint-Germain la entregó a Maroc, quien besó su diestra; luego la Princesa la hizo perforar y colgar de una cadena que el negrilla llevaba siempre.

Durante la siguiente visita de Sansevero, le comunicó su efusiva prima la impresión entusiasta que le había causado Monsieur de Saint-Germain, y Sangro, consciente de la desmesurada influencia que todo lo portentoso ejercía sobre el fantasear de Donna Oderisia, añadió a los previos informes sobre el huésped, que entre los Rosacruces, cuyo fin proclamado consistía en purificar al hombre interior, al que prometían longevidad y sapiencia por medio de una solidaridad fanática, política y oculta, gozaba Saint-Germain del crédito de haber sido, en una vida anterior, el propio Christian Rosencreutz, traductor de Hermes Trimegisto, el dios mago, y fundador de la Orden en el siglo XIV; y como ciertos estudiosos sostenían, por su lado, que el verdadero fundador fue el Faraón Tutmosis III, mantenían éstos, asimismo, para no renunciar al enlace del Conde con las raíces de la Rosa Cruz, que en Saint-Germain se había reencarnado el gran Tutmosis, lo cual me pareció, a mí, egipcio y monárquico, una herética exageración y una falta de respeto, pues no sé cómo osaban meterse con los Faraones intocables, estos boticarios y prestidigitadores de tan dudosa mística. Empero, confieso que, como a la Princesa, el Conde de Saint-Germain me atrajo.

No sucedió otro tanto —sentí que la reacción de mi ama armonizaba con la mía— cuando el negro (ya no negrilla) Maroc introdujo en la sala al Conde y a la Condesa de Cagliostro. Habían transcurrido dos lustros, desde que recibimos a Saint-Germain, y nada se había modificado en esencia allí: envejecieron personas y cortinajes; se acentuó el cuarteado del fresco mitológico del techo; un segundo perrito, idéntico, sustituyó al que

ahora corretearía por los Campos Elíseos de los canes; también se había retirado definitivamente del globo terráqueo el Príncipe de Bisignano, y nadie notó su ausencia. La Princesa, tan poco viuda, rozaría los setenta años. Y así como, la vez pasada, de inmediato inferí que el Conde era un caballero, presentí en seguida que este otro Conde no lo era, ni su esposa una dama, por más que desde la puerta prodigasen las cortesías, los melindres, los grititos amables, el breve palmoteo admirativo, y cuanto se ajustaba entonces a las convenciones más «á la page» de la elegante educación, y que me resultó sobreactuado, y más digno de gente de teatro que del auténtico señorío.

Él debía andar por la cuarentena; su robustez y su corto y ancho cuello acentuaban la medianía de su estatura; y sus grandes ojos, oscuros y protuberantes, se fijaban doquier intensamente, cual si se propusiese hipnotizar a las personas y a los objetos. Vestía, como Saint-Germain, con minucioso aliño, y como él sembraba las alhajas en el traje y en las manos. En realidad, parecía una caricatura de Saint-Germain. Después se supo que su verdadero nombre era José Balsamo; que había nacido en el barrio más miserable de Palermo, teniendo por padre a un joyero, tal vez judío; y que su mujer, Lorenza, una romana preciosa, hija de un fundidor de hojalata, antes de los catorce años ya vivía de su adorable cuerpo tarifado, práctica que el siciliano estimuló, organizó y aprovechó luego de su casamiento, hasta que llegó la hora de que el aventurero progresista se apellidase Conde Alejandro Cagliostro, y adoptase el grado de Coronel de un caprichoso regimiento de Brandeburgo, y de que ella se llamara la Condesa Serafina. Esos antecedentes se desconocían aún cuando se presentaron en el palacio Bisignano, pero no en vano mi experiencia es larga, y no obstante el primor del espadín del Conde, y el pañuelo blasonado, con borde de encajes, que la Condesa sostenía entre dos dedos, presentí la superchería de la pareja. Por lo demás, llegaba precedida por una fama extraordinaria. A menudo, durante las milagrosas recepciones de la Princesa invencible, que continuaban realizándose ante la estupefacción y el fluir de público, sin que decreciese ni la cifra de los criados ni la cantidad de bizcochos (tanto que corrió la sospecha de que sus búsquedas habían sido recompensadas con el hallazgo de la piedra filosofal), se mencionaba a Cagliostro y se referían sus fabulosos triunfos. Obviamente, el hombre había adquirido, vaya uno a saber cómo, poderes incalificables, porque escapa a la lógica que tantos testigos pudieran equivocarse, al mencionar la maravilla de sus curas, y su acierto, en Londres, de premiados números de lotería; al ser acogido en La Haya con pompa y fervor, por sus colegas masones y magos; al intimar en Leipzig con el célebre iluminado Dom Pernety, un ex benedictino que le enseñó a invocar a los muertos; al procurar a sus seguidores los «baños de inmortalidad» y el dialogar con los ángeles, a semejanza de Swedenborg, el sueco visionario; al pretender como Saint-Germain, pero sin recurrir a su tono cáustico, sino describiéndola con énfasis, su asistencia (por invitación) a las bodas de Caná, donde bebió el vino prodigioso; y por fin su adopción del sonoro título de Gran Copto, mientras que Serafina recibía, modestamente, el de Reina de Saba, para aplicarlos a la jerarquía de ambos dentro de la Logia del Rito Egipcio. Aspiraba ésta a subordinar bajo su cetro o báculo a la totalidad de los ritos masónicos, lo que le había ganado miles de prosélitos en Alemania, en Italia, en Inglaterra, en Francia, en Polonia y en Rusia, aunque en ese último país, pese a la ayuda del Príncipe Potemkin, favorito de la Gran Catalina, no le fue demasiado bien.

Tales eran los personajes que ahora, sentados en sendas sillas junto a Donna Oderisia, reclinada pensativamente en su diván, avivaban su pasión por el ceremonioso ocultismo, con una charla vivaz, mezcla de italiano, de francés y hasta —en el caso de Cagliostro— de una especie de árabe, y hacían desfilar ante su inmovilidad deferente el embarullado espejismo de los lugares inalcanzables para la principesca economía: El Cairo, Malta, Bérgamo, Barcelona, Londres, La Haya, Venecia, Leipzig, Königsberg. Curlandia, San Petersburgo, Varsovia, Estrasburgo, Burdeos y por fin Lyon de donde venían y donde el Gran Copto había empezado a construir con el aporte orgulloso de los masones locales, la casa de su logia para la cual un escultor de prestigio modelaba la estatua de Isis. La Princesa bebía sus palabras; también yo y el negro contagiado de su enajenada devoción. Recorrieron el laboratorio de la lacrimosa napolitana, pero en vez de aprobarlo como hiciera el Conde de Saint-Germain, le sugirió Cagliostro que completase el ornato,

incorporándole unas tibias cruzadas, cráneos, talismanes y las figurillas de varios dioses egipcios, asirios y chinos, cayendo en el error disparatado de asimilar los egipcios al fárrago restante. No era eso, precisamente, lo que le interesaba a Donna Oderisia, sino lo relativo a los «baños de inmortalidad», citados apenas en la charla, y en los que soñaba sumergirse. Sin embargo, parece que la operación no era tan sencilla, porque exigía la construcción de un pabellón de tres pisos en una montaña; el aislamiento ahí del candidato, cuarenta días, en el curso de los cuales ayunaba y sería visitado por los ángeles, lo que no le vendría mal, pues debería confeccionar la llamada «carta virgen», utilizando la piel de un aborto concebido por una mujer hebrea. Por último el Gran Copto le aconsejaba que no emprendiese una tarea tan compleja (la edificación y conseguir el aborto), ya que cuarenta días después, en el momento de meterse en el ganado baño, él, cuya presencia era imprescindible, no estaría ya en Nápoles. Partieron los Cagliostro, por consiguiente, dejándole a la Princesa, como recuerdo, una cartulina que tenía pintado el emblema del Rito Egipcio: una serpiente con una manzana en la boca, erguida sobre la cola y atravesada por una flecha, aporte asaz, inferior a la moneda de oro del Conde de Saint-Germain.

Algo olvidé consignar (y empero para mí es importante), en relación con estas dos memorables visitas, y es que ambos, tanto Saint-Germain como Cagliostro, se fijaron en mí, igual que Sangro, con particular atención, me tuvieron en sus manos, y acaso, pero esto escapa a mi percepción, captaron mi íntima substancia. Ello acreció la deferencia que la Princesa otorgaba al obsequio de Don Raimondo, y desde entonces, en tanto se sucedían las recepciones, Donna Oderisia repitió, como un tic, el hacerme girar constantemente alrededor de su dedo, lo que despertaba la curiosidad de los invitados, y provocaba la anécdota del atractivo que el Escarabajo había ejercido sobre los hombres más inquietantes de Europa, y que la señora nutría con el dato de su cosecha —pero atribuido a los dos insignes taumaturgos extranjeros— de que la esencia sacra de mi lapislázuli escondía miríficos y antiquísimos poderes, exageración que no me incomodó y aun aduló mi orgullo, del cual me acuso, un vez más, ante el ecuánime Dios de los cristianos.

El tiempo inexorable caminó con paso rítmico, y las recepciones de la Princesa, las recepciones, las recepciones, subsistieron, insistieron, se acumularon, con ligeros cambios, mal pese a los temblores de tierra y a las erupciones del Vesubio: el Príncipe Ravaschieri se llevó sus ladridos a la tumba; el Caballero Actón, que aseguró su amoroso imperio omnímodo sobre la Reina María Carolina, se mostró con una expresión de descaro que lo proclamaba; el pintor alemán Tischbein, llegado a Nápoles con Goethe, retrató a la Princesa de Bisignano, creando un ejemplo de sutileza artística, pues sólo reprodujo el perfil normal de la modelo: en un incendio, el cuadro se coció y tostó, así como se ha esfumado la halagüeña imagen de la señora por Angélica Kaufman, que en algún museo o colección vegetará, con la triste placa «Retrato de una Desconocida»; el glorioso Goethe, de pronto, fingió prestar el oído a la Musa, como le vi hacer a Aristófanes, pero el griego no fingía y su Musa era otra: reclamó el álbum de la Princesa, se posó una mano en la frente y con la diestra acarició la pluma, miró en el techo los descuartizados Amores y, entre aplausos, escribió, como si acabara de ocurrírsele: «¿Conoces el país donde el limón florece?»; Lord Hamilton se atrevió a presentarse una tarde, del brazo de la estupenda y renombrada Mrs. Emma Hart, que no era todavía la renombrada y estupenda Lady Hamilton, embajadora de Inglaterra, y en temprana edad había ejercido el mismo oficio fornicatorio de la Condesa de Cagliostro; y Donna Oderisia persistió ajetreando en su gabinete de alquimista, con menos asiduidad, colgada del generoso Príncipe de Sansevero, su sabio primo, porque la pierna corta y el zapato abrumador la incomodaban más y más. Hasta que, como una manifestación ultraterrena, llamó el adolescente a la puerta del palacio Bisignano; habrían pasado cinco años desde la visita de Cagliostro.

El siroco soplaba aquel día veraniego, torturando la cabeza de la señora. Nápoles, la divina Nápoles, curvaba su somnolencia sobre las cadenciosas ondulaciones de la bahía, como un colosal lagarto bajo el sol, e invitaba a dormir, con lo cual ilustraba su tradición

de felicidad y de dulce pereza. Vaciló Donna Oderisia, dispuesta a ordenar a Maroc que despachara al huésped incógnito, y por fin, dando la impresión de obedecer a un impulso invencible, murmuró que lo hiciera pasar.

Recuerdo con nitidez el sentimiento que despertó en mí. Era alto y muy delgado; no usaba peluca, y su cabello castaño se revolvía en suaves ondas que a medias le cubrían las orejas; castaños tenía también los ojos, a los que de súbito apagaba una soñadora melancolía, y de súbito encendía una viva y extraña claridad. Recuerdo la perfección de su nariz, y de sus fuertes pero delicadas manos; y el encanto indeciso todavía, como lebel cachorro, con que se adelantaba. Nos dijo, en un italiano con dejo alemán, llamarse Alfred Franz, y ser hijo del Conde von Howen, Chambelán del Duque de Curlandia, y al no poseer la Princesa ni la más leve noción de tal ducado, aclaró que se extendía del golfo de Riga a Livonia, lo cual no disipó la ignorancia, ya que a Donna Oderisia, Riga y Livonia le habrán parecido lugares imaginarios, novelescos, fuera de la lógica y napolitana realidad. Pero eso no desazonaba a mi ama; lo que sí la turbó transparentemente, y más de lo que la habían agitado los besamanos de Saint-Germain y de Cagliostro, egregios e inmortales, fue (para mi enorme sorpresa, pues nunca la vi así) la aparición de ese muchacho particular de diecisiete o dieciocho años, que se inclinaba delante de ella, y hacia los suyos levantaba sus ojos orientales, sombreados por largas pestañas. No era dueño de una belleza comparable a la de Febo di Poggio, inspirador de Buonarroti, ni tampoco lo rodeaba un aura de misterio tan intensa como la que iluminó a lámblico de Éfeso, pero reunía en su sola personalidad ambos rasgos fundamentales, y aunque cada rasgo se expresaba en él en proporción mucho menor del que respectivamente ennoblecía a lámblico y a Febo, para mí resultaba Alfred Franz más seductor, pues su juventud era a un tiempo bella y misteriosa, lo cual no abunda demasiado.

La historia que nos narró con una voz clara que la emoción estremecía, terminó de fascinar a la Princesa, cuya jaqueca se había borrado como por ensalmo. Supimos de sus labios que diez años atrás, cuando tenía alrededor de ocho, los Condes de Cagliostro llegaron a Mitau, capital de su tierra, invitados por el Barón Peter von Biren, Duque de Curlandia, a quien arrebatában dos amores: el lujo y la magia, bajo la influencia de Luis XIV para lo primero, y para lo segundo de Swedenborg. Este último había iniciado en ciertos secretos extraordinarios a la mujer más importante del ducado, la Baronesa von der Recke, quien unía la ambición a la beldad, y se había casado, no hacía mucho, con dicho Barón y Duque, hombre vulgar, de plebeyo origen (e inmensamente opulento), a quien lo único que la vinculaba era su devoción a las prácticas ocultistas. No solamente Swedenborg, sino los otros grandes «iluminados», Don Pernety, el francés Saint-Martin y el suizo Lavater, que sin mover los labios hablaban con los Superiores Desconocidos, habían metamorfoseado a la risueña ciudad de Mitau, a través de los magos locales y de la aristocracia entusiasta, en uno de los centros del hermetismo de la zona del Báltico. El arribo de Cagliostro a ese mundo pendiente de lo extrasensorial, transportó a sus adeptos a una zona de maravillas alucinantes. La Baronesa fue en seguida su inseparable satélite, y al pequeño Alfred Franz, hijo de un noble y alto funcionario francmasón, le tocó actuar imprevistamente como intermediario con los seres incorpóreos.

—Sucedió que por aquel entonces —prosiguió el joven curlandés— murió Federico, un muchacho, hermano de la Baronesa von der Recke, quien lo adoraba. La señora casi perdió la razón, y contrajo la costumbre nocturna de vagar por la tétrica soledad de los cementerios, sollozando y llamando en vano al muerto querido. No bien se instaló Cagliostro en Mitán, le imploró que invocase al espíritu bienamado. Se trataba de una operación de riesgo y ardua, que el Conde no había osado ensayar aún, de modo que tardó en responder. Entiendo, por lo que pesqué de la conversación de mis mayores, que el Gran Copto utilizó un papiro hallado en el alto valle del Nilo, cuyo texto los sacerdotes de Osiris empleaban a su vez cuando recurrían al arte necromántico. Estaba traducido al griego, y él lo había hecho retraducir al italiano; lo estudió, y contestó que intentaría la comunicación, pero que para llevarla a cabo era imprescindible contar con un niño virgen, que serviría de puente entre nuestra margen y la opuesta. Mi padre, el Chambelán, se enteró del caso, y me ofreció al punto, imagino yo que sin pensar en los

peligros que para mí encerraba la sesión, y únicamente deseando ser agradable y adular a la mujer del todopoderoso Von Biren. La verdad es que ni él ni mi madre se ocuparon jamás de mí, sino del primogénito; a mí me destinaron desde que nací a la Iglesia, sin duda con el fin de quitarme del medio y de que conmigo cargaran otros.

—¡Pobre niño! —musitó cariñosamente Donna Oderisia, que era atea y bondadosa, y yo comprendí la causa del heteróclito vestir del mocito, pues participaba del hábito del seminarista y del atuendo del militar, con espada, botas y espuelas y hasta un tricornio emplumado.

—Por mi parte —continuó Von Howen—, desde que oí mentar en voz baja el asunto de la comunicación zahori, concebí una doble inquietud: por un lado temblé, ante la perspectiva de ser víctima de un experimento que implicaba el atisbo de regiones apenas exploradas, las cuales podían ser terroríficas, y por el otro me aguijoneaba precisamente la tentación de entrever y aun de rozar esas regiones, pues desde mi infancia más lejana percibí, más bien como si las adivinase, si las intuyese, el lento ambular de presencias invisibles que me rodeaban por completo y, no obstante ser tan niño, auguré que el momento iba a llegar en que entraría en contacto con ellas.

—¡Ah...! —suspiró la señora, como si se relamiese.

—Sólo participaron de la sesión, además de los Cagliostro y dé mí, que oficiaría como indefenso médium, la Baronesa, mi padre, la tía de la mujer del Duque y su prima hermana. Nos convocó el mago en una cámara del antiguo palacio de los Von der Recke, previamente preparada, cuyo estudiado claroscuro no permitía distinguir nada más que un biombo, una mesa y varias sillas. Una vez que tomaron asiento, Cagliostro desnudó mi torso de niño siempre flaco, en el que se marcaba el pobre diseño de las costillas, y me lo untó y también al rostro, con el que denominó «aceite de la sabiduría», del que emanaba cierto olor mareante. Me revistió luego con una blanca túnica, confeccionada para alguien de mayor volumen, sin parar el murmullo de sus oraciones en una jerga para mí ininteligible; sacó su espadín y trazó en el suelo un triángulo, dentro del cual quedaron aparentemente aislados los concurrentes. En ese momento entró la Condesa Serafina, emperifollada con lo que supongo que sería su atavío de Reina de Saba, del que he conservado la imagen de una diadema cónica, y de muchas piedras multicolores titilando en los pliegues del ropaje. Traía una mesa minúscula, encima de la cual había una tallada vasija de cristal y dos altos candelabros con sus velas encendidas. Vuelve a mi mente ahora el temor que me alarmó de que todo aquello se volcara e hiciera añicos, y de que el estrépito ocasionado por la jarra rota, rompiese además la especie de encantamiento que había empezado a obrar en la habitación, pero Serafina se condujo con avezada habilidad, y depositó la mesilla en el centro del que simulaba ser un simple escenario, junto al biombo. El Conde me hizo poner de hinojos a un costado, y fijar mi atención en el recipiente. Jugaba en sus aristas y en el agua, el bailotear de los pabilos brillantes, y me fui como amodorrado, mientras que Cagliostro, con ambas manos puestas sobre mi cabeza, siguió el ronroneo de sus enigmáticas preces. Yo me dormía..., me dormía..., y por fin el mago me tomó de la mano y me guió detrás del biombo, donde me acostó sobre unos cojines. Volvió al breve proscenio, y a través de la mampara comenzó su interrogatorio. Lo oía como si me hablase desde un fondo de bruma, dónele su voz resonaba lejana y distinta.

—¿Qué ves? —me preguntó—, ¿qué ves?

Yo nada veía al principio, pero a poco eché a divisar la vaga figura de un muchacho rubio que sonreía. Lo describió mi lengua torpe, de chico y de sonámbulo, y en mi entresueño y su niebla se filtró el plañir de la Baronesa von der Recke, quien sollozaba: «Es él..., Dios mío..., es mi hermano Federico...»

—¿Es feliz? —insistió Cagliostro—. ¿Qué ves?

—Sonríe —acerté a replicar—. Sí, está contento.

—Está en el Paraíso —concluyó el Conde.

Advertí que perdía la cabeza, que me desmayaba. El mago me alzó en brazos, abrió mis ojos, clavó en ellos los suyos, grandes y salientes, que avisté en las tinieblas como dos piedras luminosas, o como dos insectos de negro y lustroso caparazón, y la Baronesa

pretendió prolongar el cuestionario, pero por suerte Cagliostro me dio un trozo de chocolate, me dijo que poseo dones excepcionales para la comunicación ultraterrena, y me envió a casa.

Calló nuestro visitante, y la habitación quedó fugazmente como suspendida en el silencio y aislada del resto del mundo. Después, repentino, desde la vía de Toledo, irrumpió el rumor palpitante de Nápoles, la respiración de la ciudad más poblada de Italia. La Princesa de Bisignano, que durante el relato entero no había apartado la mirada de Alfred Franz, deteniéndose a veces en su cara cuidadosamente esculpida, a veces en la impaciencia de sus largas manos, y a veces en el aristocrático abandono de su espigado cuerpo, no resistió y apretó una de esas manos elocuentes, exagerando la intimidad de alguien a quien acababa de conocer, y dando a su actitud un aire maternal que no me engañó.

—¿Y no se produjo ninguna otra visión? —investigó, porque le interesaba, y para estirar la entrevista.

—Hubo otras; la principal y rarísima tuvo lugar escasos días antes de que los Cagliostro partieran de Curlandia para San Petersburgo. El Conde había logrado varios prodigios, curaciones, predicciones. En aquella ocasión, el público reunido en el palacio de la Baronesa, al cual se le exigió un mutismo absoluto, sobrepasó notablemente la cifra anterior. Fue muy extraño. Sin prevenirnos, el taumaturgo anunció que requeriría con mi ayuda la presencia del Arcángel San Miguel. La primera parte de la ceremonia reprodujo con mínimos cambios la pasada —el aceite, la vasija de cristal, los velones—; la variante consistió en la inclusión de un grueso libro, puesto sobre un atril, en cuya misteriosa escritura, acaso hebrea (yo era un niño a la sazón... ¿qué podía saber de tales cosas?) reparé, al paso que Cagliostro deslizaba sus dedos sobre mi frente, sobre mis sienes, sobre mis párpados que se cerraron, y suavemente me conducía detrás del biombo, hasta que desfallecí en los almohadones.

Leía Cagliostro en alta voz, y yo, como si viviese un sueño, lo escuchaba voltear las páginas del libracó. Llamaba a Miguel, Señor de Angeles Guerreros, y me interpelaba de tanto en tanto:

—¿Ves al Arcángel? ¿Lo ves? ¿Lo oyes?

—No... no... —¿Ves al Arcángel?

Bruscamente oí..., lo oyeron todos..., un batir de alas. Hice un esfuerzo, abrí los ojos y debí cerrarlos en seguida, porque me rodeó, cegándome, una intensa claridad que asimismo observaron los presentes: se diría que se incendiaba el biombo. Entonces, entornando los ojos apenas, como por una delgada mirilla, llegué a ver, sí, sí, a ver..., una forma hecha de luz deslumbrante, en cuyo fulgor discerní una armadura de oro y unas anchas plumas de plata.

—¡Lo veo! —grité—, ¡lo veo!

—Yo también —exclamaron algunas veces trémulas—. ¡También yo lo veo!

La forma ardiente se aproximó a mí, y en la boca sentí el calor y la tersura de unos labios. Caí desvanecido. Debí quedar en cama muchos días, delirando, hasta que cedió la fiebre y recuperé la serenidad. La Baronesa fue a visitarme, llevándome confituras y los cuentos de Perrault, lo cual, luego de la experiencia sufrida, mostraba qué ingenua era, pese a sus aires. El Conde von Howen, mi padre, más Chambelán que nunca, consideró al regalo de «Caperucita Roja» y «Cenicienta» un honor insigne, y cuando, algo más tarde, la dama se hizo acompañar por el propio Duque de Curlandia, tosco y altivo, mi padre lo aguardó doblado hasta el suelo, con un candelabro en la diestra, cual si el Santísimo Sacramento se dignase a entrar en nuestra casa.

Terminó Alfred Franz su narración, y nuevamente un silencio hondo y breve se apoderó del aposento donde la Princesa de Bisignano, incorporada en el canapé, comía con los ojos al vástago de los Von Howen, como si aspirara, a su turno y vanamente, a hipnotizarlo. En el transcurso efímero de aquel momento excepcional, enfrentáronse en mi memoria la imagen de los ángeles radiantes, victoriosos, que bajaban del Cielo sobre el Monte Pion, a modo de un gran relámpago de metales y pedrerías, con truenos de trompetas, escoltando al que cabalgaba un alado palafrén, para abatir a los demonios tentadores de los Santos Durmientes, y la imagen del Arcángel recién descrito, metido

apretadamente, como un actor de modesta categoría en la exigüidad de su camarín, detrás del biombo de la Baronesa von der Recke, asomando el extremo de una pluma argéntea acá y una fracción de aureola allá, y valoré mi privilegio y la plástica supremacía del primer cuadro. Ahora, repuesto de la emoción que le había causado su reseña, el joven tornó a hablar:

—A partir de experiencias tan singulares, quedé como hechizado. Los misterios que me rodeaban desde mi infancia más remota, acentuaron su asedio, al tiempo que dejaban, paulatinamente, de ser invisibles. Eso no acontecía en forma permanente. De súbito sentía yo que empezaban a esbozarse, a colorearse, a ganar consistencia, a moverse y a rotar alrededor de mí.

—¿Cómo son? —exclamó la Princesa, excitada.

—Nadie me lo ha prohibido, pero sé que no lo debo decir. Para no defraudaros totalmente, os confío que hay uno, lo que se llama un Elemental, benéfico, que asume la traza de una gran esfera azul, y que sin detenerse, gira y gira en torno.

—¡Ah...! —se maravilló la Princesa napolitana, y con instintivo cuidado se acurrucó en el diván porque Alfred Franz se hallaba muy cerca, lo que la situaba en la órbita probable del Elemental en cuestión.

—Hacia mis quince años —continuó el adolescente—, se insinuó en mi magín la idea de que la materialización de esos seres incumbía al Conde Cagliostro quien, al utilizarme para sus especulaciones prodigiosas, puso en marcha en mi interior resortes ocultos, los cuales facilitaron mi involuntaria aproximación a ignoradas atmósferas. A medida que transcurría el tiempo, dicha sospecha se fue mudando en certidumbre y cuando, el año pasado, ensayé a mi vez, sin otra asistencia, una tentativa de indagación similar, y ésta alcanzó un éxito que excedía mis máximas esperanzas, comprendí que tenía que encontrar al Conde, referirle mi caso, y solicitar su consejo.

—¿Así que habéis logrado, personalmente, resultados positivos? —porfió la gula psíquica de la Princesa. No le respondió Alfred Franz, pero dijo:

—Mis padres, al multiplicarse mis desazonantes visiones, que juzgaron señales de que el Destino me había escogido como depositario de nuestra histórica locura familiar, y al crecer en Curlandia el descontento por las arbitrariedades crueles del Duque von Biren, con la consecuente probabilidad de que pronto fuese destituido, resolvieron meterme, sin tolerar protestas, en el seminario de Mitau, al cual ninguna vocación me conducía. Obedecí, pues no me quedaba más remedio, pero desde sus claustros procuré seguir la estela del Gran Copio, hasta que llegara la ocasión de reunirme con él. Me enteré de su paso por Nápoles y por este palacio, en el que se respeta a quienes cultivamos el arte hermético; de que la Condesa y el Conde fueron acusados de intervenir en el escandaloso robo del collar que, supuestamente, el Cardenal de Roñan habría pagado para la Reina de Francia, y de que, ante la falta de pruebas, se los absolvió; me enteré de que anduvieron por Londres, Basilea y Berna, y de que los perseguía la calumnia concretada en libelos y pasquines de envidiosos de toda Europa. Y ahí extravié su pista. Entonces me fugué del seminario. Atravesé, en mi patria, bosques, pantanos, dunas y lagos sin término. Para mantenerme, en el sur, me sumé a un grupo de educacionistas de abejas, las cuales, enfurecidas ignoro por qué, a punto estuvieron de matarme con sus agujones, y no bien curé, reanudé el viaje, ciertos días a caballo, en carreta otros, otros a pie, y por fin en los infernales coches de posta que recorren esta península, destrozando viajeros. Gané doscientas monedas de plata, al juego, en Venecia; las perdí en Milán, y para colmo, en Florencia, trataron de venderme un título de conde, en nombre del Emperador de Austria, a mí, que lo único que poseo son títulos. Entré en mil iglesias, en mil tabernas, en mil posadas; consulté a masones, a martinistas, a rosacruces, a quienes pretenden descender ocultamente de los Templarios, y me enviaron de una ciudad a la opuesta, zigzagueando y sin un cobre; por fin, entendí, Señora, que mi meta segura eran vos y este palacio; y aquí estoy.

El curlandés pronunció las últimas palabras, haciendo una reverencia que rubricó la calidad de su origen, y al besar la mano de la dama, besó al Escarabajo de Nefertari. Púsose de pie, harto nerviosa, Donna Oderisia, no obstante las desventajas de evidenciar

la corta pierna y el ojo indeciso:

—Permitidme —dijo con beata unción— que béselos labios que han besado los del Arcángel.

Y le plantó un prolongado beso. Una vez que el mozo consiguió desasirse, añadió:

—Por supuesto, sois mi huésped. Mañana os mostraré mi laboratorio. Ya descubriremos a Monsieur Cagliostro. Condúcelo, Maroc, a la habitación rosa, donde hay las pinturas de fachadas de pintorescos edificios.

Se instaló Alfred Franz, y esa noche renació, más agudamente, la sorpresa que me había desconcertado al presentarse el seminarista en el palacio Bisignano, y al notar yo la impresión que a la Princesa le causara, pues repito que desde que fue mi dueña jamás advertí que la perturbase semejante hormigueo. Mientras comían juntos, se agitó la señora en su silla, como una alborotada doncellita; suspiró, puso los ojos en blanco, se llevó a menudo una mano al pecho, como si el corazón le doliera, y en fin nos ofreció, al muchacho, al negro y a mí, los síntomas teatralmente característicos de quien ha sido objeto del Amor veleidoso a quemarropa, lo cual, teniendo en cuenta su edad y la de Howen, separadas por una distancia de más de medio siglo, cabe calificar por lo menos de alarmante. Bien hizo el forastero en cerrar con doble vuelta de llave su cuarto rosa, ya que estaba leyendo uno de los libros que para su distracción le había prestado Donna Oderisia (supongo que «La Cadena de Oro de Hornero», de un alquimista árabe, regalo del Conde de Saint-Germain), cuando oyó que la Princesa, que había trotado, cojeando, por las galerías gélidas, sin más abrigo que una bata liviana y flotante, orlada de plumas marchitas, llamaba a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó el muchacho desde la cama.

—Soy yo... Oderisia... Oderisia de Bisignano... Se inquietó Alfred Franz:

—¿Qué necesitáis, a esta hora? Tardó mi propietaria en contestar, y lo hizo con un hilo de voz pudorosa:

—Sólo quería... sólo quería besar la santa huella del Arcángel San Miguel, antes de dormirme.

—Id con Dios, señora. El Arcángel os manda su bendición por mi intermedio.

Obstinóse la Princesa, mas eran tales sus estornudos que únicamente se percibía, entre ellos, la piadosa súplica de besar al Arcángel». Para colmo me empleaba a mí, al correcto Escarabajo de la divina esposa de Ramsés II, a fin de golpear la clausurada puerta, lo que testimonia a qué grado de aberración había descendido.

—Señora, os repito que vayáis con Dios. De lo contrario, me obligaríais a abandonar vuestro palacio mañana.

—No... no... —gimió Donna Oderisia—. Eso nunca.

Y completó su frase con unas nobles palabras que no hubiese creído ninguno de los numerosos adultos habitantes de Nápoles:

—Me ofendéis, Monsieur Alfred Franz von Howen. Os equivocáis sobre mis intenciones.

Dicho lo cual, envolviéndose en su bata como una patricia romana en su túnica, y sonándose la alterada nariz, regresó pausadamente a su habitación.

Al día siguiente se encontró con el joven como si nada hubiese sucedido, y desde entonces, durante la semana en que éste permaneció en su casa, no volvió a embarazarlo con alusiones al culto de San Miguel. Por lo demás, la absorbieron los preparativos de su próxima recepción, y como el huésped se aferró al anuncio de que partiría antes, es obvio que la Princesa, previamente a perderlo, se apresuró a sacar provecho, aunque más no fuese, de sus condiciones recónditas. En efecto, guarneciendo su rostro muy maquillado con lo que imaginó ser una sonrisa sibilina, le formuló la siguiente proposición:

—Por azar he averiguado dónde se halla Cagliostro actualmente. Y bien, os ofrezco cambiaros ese informe, que tanto os interesa, por que realicéis para mí una sesión demostrativa de vuestros poderes. Pensé, al madurar esta idea, que podríamos invitar a mi primo el sabio Don Raimondo de Sangro, Príncipe de Sansevero, pero me dije que su escepticismo materialista entorpecería las manifestaciones. No temáis: si lo autorizáis, estaríamos solos vos, yo y Maroc.

Vaciló el curlandés, sin decidirse, hasta que terminó aceptando el trueque. Aquella

experiencia fue una de las más fantásticas (sólo comparable a la que acumulé en la feérica Isla de Avalón) de mi larga vida. Se desarrolló en el laboratorio donde Donna Oderisia se afanaba infructuosa y tenazmente, hacía años. El médium colocó en el centro de la mesita del tapete rojo, una transparente jarra colmada de agua, y encendió dos velas. La Princesa y Maroc se sentaron a ambos lados de él (costó un poco que el negro servidor se aviniese a hacerlo delante de su dueña) y unieron sus manos las que, formando un triángulo, reposaron en la cubierta púrpura, encima de la cual se destacaba la blanquinegra Estrella de Salomón. Bailaban lánguidamente las llamas, proyectando sobre las paredes en las que se recortaban los alambiques, móviles sombras, y de pronto, inesperada, la del turbante de Maroc, ornada con dos cortas plumas, renovó para mí la pintura de Khepri, el Dios Escarabajo, mi Dios, tal cual está en la tumba de la Reina Nefertari, y que lo representa con cuerpo humano, teniendo un escarabajo por cabeza. Aquella impresión duró segundos, porque ya me distraía el oscilar del excéntrico extranjero, quien sin quitar la mirada de la vasija que brillaba como un inmenso diamante, dio en canturrear y en mascullar unos vocablos deshilvanados, en tanto que yo, en la diestra de Donna Oderisia a la cual se entrelazaban los delicados y trémulos dedos del adolescente, sentía que un eléctrico fluir me cruzaba, y que su potencia daba la vuelta a la mesilla, a través de las seis manos juntas. Un buen espacio transcurrió, sin que aconteciera nada: temblaba Maroc, y la Princesa miope y medio tuerta, hurgaba la escena detrás del velo que descendía de su complicado pelucón. Ya no se movía ni hablaba Alfred Franz. Rígido, hermosísimo, desordenado el cabello y entreabierto la boca que conociera el Arcángel, fijaba la extática quietud de sus ojos castaños en el recipiente. Entonces tuvo lugar lo extraordinario, en cuyo proceso me correspondió tan insólita como involuntaria participación.

Echó Alfred Franz la cabeza hacia atrás, cerró los párpados, y una convulsión lo estremeció, mientras renacía su murmurada melopea que en breve transformaría en apagado gemir. Donna Oderisia y Maroc, espantados, vieron (esto es innegable) que de mí, del Escarabajo, brotaba, como en ciertos cuentos de Oriente, algo cuya definición no se me ocurre, pero que semejaba una leve y ondulante gasa, la cual, como si estuviera hecha de humo, fue ascendiendo y desenvolviéndose, hasta llenar el reducido laboratorio. Ahora, el médium, cuya mano advertí que vibraba y se humedecía, había callado, y apenas se oían las respiraciones anhelosas de los tres. Gradualmente, en ese tul y ese vapor, comenzaron a desenredarse, cual si se esbozaran, borrarán y recuperaran, unas pálidas apariencias, y estupefacto, uno tras otro, fui reconociendo el perfil y el tocado con alas de buitre, altas plumas y el disco solar de mi divina Reina Nefertari; el turbante absurdo de la cortesana Simaetha; la calvicie y la mueca de Aristófanes; la guirnalda de violetas de Parma del escritor Cayo Helvio Cinna; la expresión taciturna de César bajo los lauros; la musculatura del Dios del Tíber, cubierta de húmedas rosas; los petos enjoyados de los Siete Durmientes bizantinos y el aleteo de sus custodios; la desnudez enorme de Zoe, entre gitanos imprecisos; las barbas mugrientas de Carlomagno, sus estupendos ojos, su talismán, su glorioso sobrino del Olifante y de la ahusada cintura; la verde cara de Dindi, el duende alquilador de dragones; las siluetas brumosas del viejo terceto que imaginó sus vidas en el palacio Polo de Venecia; la gracia burlona del espléndido y trágico Febo di Poggio y la infinita tristeza de Miguel Ángel; la elegancia del despreciativo Livio Altoviti; la pequeñez orgullosa de Don Diego de Acedo, la plácida inmensidad de la Monstrua, la distinción y el triste mirar de Felipe IV, y tantas sombras más... Eran como bocetos, muy vagos todavía, pero poco a poco las figuras se intensificaron y completaron, aunque sin adquirir ningún color, como si las constituyese una materia translúcida, desvaída, fluctuante... ¡Y eran mi mundo! ¡Eran míos! De mí surgían, cual si el muchacho taumaturgo poseyese la virtud de extraer y concretar mis memorias, lo que estaba encerrado dentro de mí, de modo que yo no resultaba un diminuto Escarabajo de lapislázuli, la talla de un orfebre egipcio, sino un descomunal cofre mágico que aprisionaba docenas y docenas de milenarios cautivos. Colmaban la habitación, amontonándose, sobreponiéndose, mezclando sus transparencias y girando paulatinamente contra los muros, como Alfred

Francis había contado que sucedía con sus propias visiones. La Princesa y Maroc los contemplaban con ojos que dilataba el terror, mientras que el muchacho adormecido, a quien agitaban sacudidas convulsas, movía en vano los labios cual si pretendiera hablar. ¿Qué podían comprender la dama y su esclavo del espectáculo único que se les ofrecía? Nada... absolutamente nada. Quizá lo interpretaran como la proyección del cerebro desvariante del curlandés: ¿acaso no les había confiado que la locura caracterizaba a su estirpe? Sólo yo estaba en condiciones de valorar la plenitud del prodigio.

No podría afirmar cuánto duró aquel ambular de imágenes, aquella inmaterial reproducción de quienes poblaron mi propia vida. Los reconocía, atónito, perdidos algunos hasta entonces en el laberinto del pasado, y volvía, volvía sin cesar a la amada figura de la Reina, que encabezaba con grave porte la ronda morosa, la cual no paraba de girar, como obedeciendo a una música inaudible. Hasta que, con igual lentitud, tornóse a formar la área columna vaporosa, y uno por uno, los míos, los seres sin los cuales mi lapoláuzuli no sería lo que es, volvieron a confundirse y fundirse en mi pequeña estructura, y lo último que vi fue el rostro adorado de Nefertari, que me sonreía. ¡Ay de mí! ¡Seguro estoy de que me sonreía la Reina! Y Alfred Franz cayó al suelo, sollozando. Lo alzó Maroc en sus brazos fuertes, y a la zaga de él me fui, absorto, en el dedo de la cojitranca Princesa que palpitaba, transpiraba y, olvidada de su proclamado ateísmo, rezaba Padrenuestro tras Padrenuestro.

No cumplió lo prometido Donna Oderisia. Cuando el joven le reclamó la información del paradero de Cagliostro, que ella le propusiera a cambio de una sesión de tan extraordinario fruto, escalonó los pretextos infundados para no suministrársela. Probablemente Von Howen, luego de advertir los sentimientos que despertara en el corazón de la vieja señora, se percató como yo de que estaba aún menos pronta que antes a separarse de él, luego del éxito conseguido por la evocación, de la cual él mismo había recogido, en su sopor, un atisbo apenas, pues, por lo que dijo, únicamente conservaba una indefinible sensación como de algo que se desprendía y flotaba en el aire. En balde protestó. Arguyó la Princesa de Bisignano que los datos que había recibido carecían de peso, y que en breve esperaba recibir otros más fidedignos. Entonces dio una prueba confirmatoria de la firmeza de su frivolidad, porque en momentos en que hubiera debido estar anonadada por el misterio desasosegante que gracias a Alfred Franz había vislumbrado, sin entenderlo, se restituyó a la intriga afanosa del ajuste de su inminente recepción, con mucho revisar de listas, tachar y añadir, y mucho ordenar al fiel negro que fuese de aquí a allá y de allá a aquí, a través del vocinglero Nápoles.

Dos días después, regresó Maroc con una noticia deslumbradora: había llegado a la capital del Reino de las dos Sicilias, luego de prolongada ausencia, el celeberrimo veneciano Jaques (nunca Giovanni Giacomo, s'il vous plait) Casanova, Chevalier de Seingalt. Su fama era tan estrepitosa como las de Saint-Germain y Cagliostro, si no mayor, porque a la nombradía de alquimistas y magos que a estos dos encumbraba, anexaba él la de inconcebible, descomunal, titánico amante. Bastante tiempo más tarde, al publicarse sus «Memorias», que todavía no había empezado, lectores versados en estadística computaron en sus tomos nada menos que ochenta y ocho personas del sexo débil, beneficiadas por los éxtasis de su profesional seducción; mujeres de cualquier laya: aristocráticas y fregonas, ancianas y jóvenes, bellas y feas, solteras, casadas y viudas, laicas y monjas, virtuosas y lupanarias, ninguna le negó su sensual colaboración, en lechos, otomanas, sillones, banquetas, en el piso, en pajaes, en coches, en el césped, en castillos, en palacios, en tabernas, en hostales, en cabañas; y ésas eran las que, anciano ya, puesto que comenzó a escribir a los setenta y cinco años, recordaba, mientras recorría el larguísimo rosario pecador de sus remembranzas; ¡cuántas se habrán extraviado en la vacilación de su retentiva! Dicho aspecto tan principal de su biografía, no era compartido ni por Cagliostro ni por Saint Germain, ambos castamente consagrados a las relaciones extraterrestres, y es obvio colegir que aun en sus altos años (había cumplido más de sesenta cuando Maroc mencionó su presencia en Nápoles) todavía esa presencia legendaria continuase siendo entre el mujerío, motivo de nostalgia, de inquietud y de atracción. A Casanova y Cagliostro los unía el lazo de la vinculación compinche; ninguno de los dos disponía de la amistad de Saint-Germain, cuya categoría

superior lo separaba dilatadamente de ambos aventureros.

Maroc se condujo como un espía ejemplar. Además de la sensacional revelación de la llegada de Casanova, comunicó a su ama que el miércoles de la semana siguiente se serviría una cena en su honor en casa de la bonita Princesa Ravaschieri, viuda feliz del viejo Príncipe que ladraba, y el jueves otra, en la de la Princesa Francavilla, nuera del Gran Maestre de la Casa del Rey y rival mundana de Donna Oderisia. Antes de que su estupefacta señora lo interrumpiese, completó su informe acotando que sin duda la noticia habría cundido, pues en el escaparate de una librería había curioseado varias obras flamantes, en francés, de Monsieur Jaques Casanova, y que notó que se iban vendiendo.

La Princesa de Bisignano se mostró al punto digna de su sangre guerrera, por la rapidez militar con que encaró la situación. Su recibo estaba fijado para el martes, o sea que precedería a las comidas de sus competidoras, de modo que sin perder un minuto, bailoteante el ojo indeciso, pero el otro pétreo y agudo como de águila, garabateó y plegó un papel dirigido al Chevalier de Seingalt, en el cual mencionaba sus encuentros en París, casi cuarenta años atrás, en el gabinete de alquimia de la Marquesa de Urfé (inspirador de su laboratorio); aludía exquisitamente a la breve conexión sentimental que a la sazón establecieron, e invitaba al codiciado huésped a su fiesta. Asimismo mandó al negro irremplazable que averiguara en qué posada vivía el convidado; que allí dejara el mensaje, y que siguiese al negocio del librero, obtuviera los volúmenes del veneciano, y le asegurase, por supuesto sin fijar fecha, que ya los pagarían. Partió el negro a escape, y lo imaginé sorteando carrozas, pajes con antorchas, literas, caballerías, tenderetes, pregoneros de ostras, de frutas y verduras, impregnándose de las miasmas que en medio del barroco lujo y la ansiosa pobreza transmitían, con algún soplo salino, el típico tufo de Nápoles; y corriendo, corriendo, emisario de un amor trasnochado, en tanto que Donna Oderisia, víctima de una súbita jaqueza atroz, se derrumbaba en su canapé favorito, y besaba fervorosamente la higa de azabache, el amuleto en cuya eficacia su italiana superstición tenía más fe que en Dios Todopoderoso.

La aceptación inmediata de Casanova, la serenó. De vuelta, Maroc fue portador, además de dicho bálsamo que afirmaba su victoria sobre su adversaria pareja, de dos libros del trotamundos, publicado el uno en Leipzig y el otro en Praga, ese mismo año. En el primero narra su comentadísima y aparentemente imposible huida de la terrible prisión de los Plomos, los «Piombi», de su ciudad natal, hacía mucho, y mi poder de memorizar, sin duda privilegiado si se tiene en cuenta el enorme archivo que acopio, guarda para siempre el complejo título del segundo: «Icosamerón, o Historia de Eduardo y Elisabeth, que pasaron 81 años entre los Megacrimes, habitantes del Protoclosmo en el interior de nuestro Globo». Totalmente recuperada, mi señora caló las gruesas gafas, se apoderó de los libros, los examinó con dedos veloces, y sea porque había oído referir en múltiples oportunidades los detalles de la evasión de la cárcel infranqueable de los Dux, sea porque, como yo, a la crónica prefería la novela, optó por esta última. Yo había participado de sus lecturas a menudo, pero debo admitir que durante ninguna le conocí un proceder tan singular como durante el recorrido de las veinte «jornadas» de este curioso y abultado romance. En verdad, me asombró comprobar la facultad que poseía de ocuparse simultáneamente de su recibo y de internarse en el dedalo del «Icosamerón». Iba yo al galope, con ella, atravesando el relato, eludiendo los obstáculos que alzaban las intercaladas reflexiones morales o filosóficas de Casanova, que suprimíamos, para ceñirnos sólo al argumento y su fantasía, cuando sin anuncio asomó uno de los criados, a preguntar a quién se podía recurrir para pedir al fiado más bizcochos. La admirable Princesa solucionó el dilema en un instante, y retornamos a brincar sobre las páginas, y a perseguir a Eduardo y Elisabeth quienes, metidos en una caja de metal, se hundían dentro del remolino del Maelstrom y aparecían en el centro de la Tierra, entre gente pura y extraña. Nos familiarizábamos a medias con aquellos bienaventurados, y ya estuvo de vuelta el doméstico imbécil, balbuciendo la negativa de la venta sin el pago efectivo. Bullió, soberbia, la sangre azul de la prima del Príncipe de Sansevero. Relampaguearon detrás de los cristales sus ojos entreverados e iracundos;

revolvió su mente en pos de un mercader más adicto a su casa gloriosa; disparó un nombre como un cañonazo; y luego de la fuga del espantado servidor, se llevó al corazón mi mano (o sea la mano que habitaba yo), a fin de calmar sus latidos. Juntos recuperamos el hilo enredoso de las aventuras intrincadas que acumulaban los jóvenes, hasta que el criado maldito porfió en interrumpir nuestro viaje, pero esta vez con la buena nueva de que la concurrencia contaría con los bizcochos necesarios. Dibujóse en los labios principescos una sonrisa que aunaba la burla a la altivez; continuamos saltando sobre las hojas, y asistíamos al resurgir de los héroes en la superficie, en momentos en que el melancólico Alfred Franz von Howen entró en la sala, y en una pausa de la lectura, insistió en su demanda de las actuales señas de los Condes de Cagliostro.

Entonces mi registro de la volubilidad humana, acerca de la cual almaceno no pocos testimonios, se enriqueció con una experiencia más, porque verifiqué con qué arbitraria facilidad, el visible dominio amoroso que el adolescente había ejercido sobre el corazón de la septuagenaria Donna Oderisia —quien le debía un incomparable contacto con el mundo sobrenatural—, era reemplazado en la cabeza de la misma versátil señora, por la tribulación que Monsieur Casanova le causaba, y por la urgencia de convencerlo de su conocimiento de su obra reciente, al recibirlo en el palacio. ¡Qué imposibles de entender los seres humanos son! Es probable que mi fidelidad sentimental a la Reina Nefertari, en el curso de un tiempo que ya ni mido, fuese conceptuada por quienes estuviesen en condiciones de saberla, como algo absurdo, si bien a mí me parece lo más lógica, y en cambio no logro habituarme a la veloz e inconsciente soltura con que ellos van y vienen por el ámbito delicado de las pasiones, a menudo abandonando, sin mayor aclaración, al que hasta ese instante creyeron dueño insustituible de su vida, para reemplazarlo por otro o, como en el caso de la Princesa de Bisignano, por una preocupación que procede de la vanidad. Pero también es cierto que, así como no hay nada tan inexplicable como el amor, nada hay cuyos complejos mecanismos escapen tanto al observador, como los de la vanidad. La Princesa miró a Alfred Franz, casi como si no lo identificara. No existía ningún enlace entre el joven y la notoriedad de Casanova o el enmarañamiento del «Icosamerón», que en esa hora la embargaban, de modo que se limitó a responderle con una sonrisa distraída y amable, y volvió a internarse conmigo en el fárrago de la vida de Eduardo y Elisabeth, de cuyo entusiasmo genésico dependía la procreación de una raza nueva, superior a cuantas poblaron la Tierra, y destinada a salvar la civilización decadente. Se fue el despechado doncel; concluyó Donna Oderisia la vertiginosa lectura con un bostezo; mandó a Maroc que efectuase el recuento de los bizcochos y de las jarras de limonada; y se entregó al cuidado de sus uñas, llena la cabeza, indisputablemente, de las glorias lúbricas y nigrománticas del Chevalier de Seingalt.

La fiesta, a juicio de Raimondo de Sangro que excepcionalmente concurrió, fue la suprema de cuantas ofreció su prima. Nunca hubo tantos criados y tantos candelabros en la escalinata, ni tanta limonada y tantos bizcochos en las bandejas. Nadie faltó. Las Princesas de Francavilla y Ravaschieri, trémulas de diamantes y de cólera, estuvieron allí. De corrillo en corrillo, se susurraban pormenores de la vergonzosa enfermedad que el Rey Fernando había recibido del General Acton, por intermedio de la Reina María Carolina, y de pronto hizo su efectista entrada Monsieur Casanova de Seingalt. Se impuso el silencio, y vi avanzar a un caballero mayor y algo encorvado, que años atrás debió disfrutar de los atributos físicos que más podían cautivar a las mujeres, según los gustos de entonces: la frente alta y lisa, la enrulada peluca, las mejillas rosas, los ojos de fuego, ceñidos por pestañas curvas; la pequeña boca en forma de corazón, subrayada por un perfecto bigotillo oscuro; el talle esbelto, la torneada pierna y el arqueado empeine, y que conservaba todos esos elementos, pero con los retoques que la saña del tiempo añade, pues lo traicionaban las patas de gallo y la lividez del rostro, bajo los polvos y el colorete; los ojos se le habían apagado, la pintada boca, al sonreír, exhibía la flojera de los dientes postizos; la cintura se ensanchó y se le preñó la barriga; se le anudaron las varices en las piernas e hincháronse los pies. Sólo conservaba de su gran época la rizada peluca, las maneras cortesanías y sugestionadoras, y por supuesto la fama, la enorme fama de amigo de Voltaire, de Rousseau, de Cagliostro, de espadachín y

de taumaturgo, de masón, de diplomático, de viajero por las regiones invisibles, y de amante, de amante, de amante; una fama que lo enaltecía como si al entrar lo llevaran en andas. La fama seguía ahí, mas él ya no era él; atrás, remoto, había quedado el petimetre galante, atrayente, versallesco. A quien teníamos frente a nosotros, y con un vago crujir de huesos se inclinaba, era al bibliotecario del Conde de Waldstein, el cual lo había recogido por caridad hacía tres años, lo había metido entre libros en su castillo de Bohemia, y ahora, quizás apiadado de su fastidio y de su pesadumbre, lo había enviado a Nápoles, con el encargo de adquirir las últimas publicaciones para sus anaqueles. No importa: el Chevalier de Seingalt se hallaba delante de nosotros, luciendo su caja de rapé con la miniatura de Federico el Grande y marco de rubíes, y ya lo rodeaban, ya lo palmeaban, ya se doblaban las damas en reverencias desfallecientes, ya lo abrumaban de recuerdos y de bizcochos, ya lo salpicaban de elogios y de limonada, ya iba de un ángulo al otro del salón, deteniéndose, haciendo revolotear como mariposas las manecitas, entre napolitanos vociferantes y napolitanas neuróticas de curiosidad y frenéticas de seducción, al par que Donna Oderisia, triunfal, extremaba la perversa burla al límite de llamar a su lado, con coqueteos mohines, a las Princesas de Francavilla y Ravaschieri, de hacer que se sentasen y de hablarles de fruslerías. Pero paralelamente, su solitario ojo de águila no eludía ni un detalle de los besamanos; del navegar de las bandejas más y más despobladas, en aquel mar de pelucas; del distante, como soñado, fluir desde la sala vecina de la música de Scarlatti; de cuanto hacía su huésped de honor, que ahora conversaba con el embajador de Inglaterra, ahora con los Príncipes de Belmonte y de Sansevero, ahora con el pintor Tischbein, ahora divertía a un grupo de damas, quienes vigilaban sus risas obviamente, pues hubieran podido ser estrepitosas. Y en medio de la multitud de cabezas blancas, Donna Oderisia Bisignano divisaba y perdía la ondulación de la castaña cabellera de Alfred Franz, y se me ocurre que se decía en su interior, sin suspender el parloteo con las Princesas nerviosas, que el día siguiente, pasada la fiesta y su alboroto, tendría que dedicarse a él en especial. Pero de repente sentí el estremecimiento de su escalofrío, porque yo también me percaté de que Von Howen dialogaba con Casanova, y también yo me acordé de la relación que unía a Seingalt y a Cagliostro.

Las dos aristocráticas prisioneras aprovecharon los segundos de distracción para escabullirse, y lo habrán lamentado en seguida, puesto que precisamente entonces el ambicionado visitante cruzó el salón y ocupó una de las sillas, junto a la dueña de la casa, que se incorporó aún más, acodándose en los almohadones. Donna Oderisia se aprestaba a endilgarle su preparado discurso sobre el «Icosamerón», mas su interlocutor, adelantándosele, se refirió al simpático hijo de su amigo el Conde von Howen, Chambelán del Ducado de Curlandia, y a su vivo interés por Cagliostro. Agregó que, ante una pregunta suya, lo había informado de que el mago estuvo en Trento, donde atendía a achacosos, a moribundos y hasta a fallecidos, pero que ya andaría camino de Roma, acompañado por el Obispo de aquella diócesis, ocultista como él, quien proyectaba presentarlo al Papa. Mi señora palideció, y deploro decir que embarulló de punta a punta su versión de las aventuras de Eduardo y Elisabeth. Ese momento, que debió coincidir con la corona de un éxito merecido, ya que me consta que aceleró el trabajo de volar sobre la novela, hubiese sido, contrariamente, el del bochorno de su fracaso, si no la hubiera salvado el oportuno arrimarse de Raimondo de Sangro, quien reanudó para Casanova su explicación del experimento de la lámpara inextinguible.

Como cabía prever, la siguiente mañana Alfred Franz agradeció su hospitalidad a la Princesa, y le comunicó su inmediata partida para Roma. Lo hizo a la vez que el palacio parecía zarandeado por una tempestad, a causa de la barabúnda del barrer y sacudir de alfombras, del baldear de escaleras, del arrastrar de muebles y del taconear de servidores. Hundida en la cama, despelucada, sin cosméticos, sin velo, una compresa fría puesta sobre la frente, Donna Oderisia lo escuchó sin ni siquiera intentar una réplica. Sacó de la tibieza de las cobijas los brazos descarnados, y acertó a rogar:

—Debo dar mi adiós al Arcángel Miguel. Torció el gesto el muchacho, y apoyó sus labios jóvenes en aquellos labios secos.

—Adiós, Arcángel —musitó la señora—, no os olvidéis de mí.

Inesperadamente, me quitó de su mano y me puso en el anular izquierdo del mozo.

—Usadlo —le dijo—; es el escarabajo secreto, el escarabajo místico. Por él os adeudo lo más fantástico que en la vida me fue permitido ver. No podría regalaros nada que quisiese más.

Besó el adolescente la mano que había sido mi refugio después de que pertenecí al Príncipe de Sansevero, y se fue. Alcancé a ver que Donna Oderisia se cubría la cara con la sábana, posiblemente para que el llanto no acentuase su fealdad. Declaro que aquella póstuma confesión de amor hacia mí me conmovió, pero ya tenía yo que ajustar mis sentimientos a la idea de cambiar de morada y, después de un dedo que torturaba la artritis y entretejían las arrugas, acomodarme en uno fino y fuerte, por el cual circulaba el calor de la sangre nueva.

Al galope, al trote, al paso, cabalgamos de Nápoles a Roma, merced a un obsequio más de Don Raimondo. Tampoco vestía el curlandés las ambiguas ropas de seminarista ecuestre que trajo de su país, sino unas, de verde terciopelo enriquecido con hilos de plata, que fueron del borroso Príncipe de Bisignano, y que su viuda le hizo adaptar. No bien nos acercamos a la ciudad santa, se multiplicaron las ciénagas insalubres, las tierras incultas, y la doble amenaza de los mosquitos pestíferos y del bárbaro bandidaje. Felizmente no nos detuvieron los delegados de esta última actividad, de modo que en Roma ingresamos de noche, en medio de una oscuridad maloliente casi absoluta, y de una nube de tenaces mosquitos chupadores que Alfred Franz procuró aventar, revolviendo como aspas los brazos y lanzando de tanto en tanto furiosas maldiciones, pues metido en la negrura de una callejuela, sus manos golpeaban sin proponérselo contra alguna de las enseñas comerciales que alrededor pendían. Desembocó mi amo en una plaza, en la que encima de una puerta brillaba una pequeña luz; presintió que se trataba de un albergue; acertó; allí nos hospedaron en una cámara miserablemente minúscula; quitóse el muchacho las botas; se arrojó sobre un jergón que por suerte no alcanzaba a distinguir; y el heredero de los orgullosos Condes von Howen durmió durante doce horas consecutivas, sin que lograrse despabilarlo la conspiración de piojos y pulgas, hasta que lo despertó el rayo de sol que por el ventanuco enano se colaba y hacía buen rato que le apuntaba al rostro.

Se levantó Alfred Franz reclamando un baño, lo que provocó sorpresa y conciliábulos entre el posadero y su mujer, y culminó, ante su insistencia, en la provisión de una gran tina de madera, colmada hasta el tope de agua caliente, que colocaron con cierta ceremonia en el aposento del albergue destinado a domicilio de jugadores de naipes y a refectorio, y al cual esa mañana llenaba un público bastante nutrido de tahúres y de tragones. En verdad, había que tener dieciocho años como mi flamante señor; había que proceder de casta linajuda, además de poseer su delgado cuerpo elegante, para entrar llevándome por única indumentaria, en aquella poblada habitación, sumergirse en la cuba con la mayor naturalidad y, sin más cortina que las nubes de vapor que ascendían de ella, entregarse a la propia y venturosa higiene. Al rato estábamos en la calle, y nos encontramos con que residíamos frente a un enorme edificio redondo, cubierto por una amplia cúpula y precedido por una columnata de piedra rosa y gris. Era el Panteón; el Panteón construido, como reza la inscripción latina del pórtico, por «Marco Vipsanio Agrippa, Cónsul por tercera vez». Supe más tarde que este personaje era el yerno de Augusto, pero Alfred Franz no se había trasladado a Roma disfrutando de vacaciones turísticas, así que, recobrada la cabalgadura, descansados, lavados y lustrados, echamos a andar a través de la urbe, en busca de los Cagliostro. Volvíase la gente detrás del juvenil y flexible caballero del verde atavío y la cabeza descubierta, a quien empezaba a sombrearle el labio superior un bigote más grácil que el de Monsieur Casanova, y probablemente inspirado por el del histórico amante.

Pronto nos enteramos de que el Conde Alejandro Cagliostro y la Condesa Serafina paraban en «La Scalinata», un hospedaje de la plaza de Spagna, y allá nos fuimos. Los incrédulos y guasones informantes le habían dicho a mi amo que el tal Conde era un truhán, que las iba de médico pero no curaba, y que en cambio no cesaba de disparatar sobre la soberbia estrambótica de sus orígenes, y sobre la apócrifa heterogeneidad de

sus viajes; que procuraba que el Papa lo recibiese, sin alcanzarlo; y que eran evidentes las pruebas del decaer del Gran Copto, a quien en Roma conocían, sobre todo, en las casas de empeños. Espoleó su caballo el joven, quien respondió con una mirada desdeñosa a la andanada de maledicencia, y en breve, sabedor de que lo visitaba el hijo del Chambelán von Howen, el propio Cagliostro salió a la puerta de su aposento, a darle la bienvenida. No necesitamos que corriera mucho espacio, para verificar la precisión de lo relativo a las finanzas del siciliano, no obstante el trajinar de una camarera francesa y de un mayordomo de cómica solemnidad, que iban de esa habitación a la contigua, toqueteando, soplando y fingiendo estar muy ocupados. Fiel a su personaje, Cagliostro recordó con entusiasmo hiperbólico la sesión del palacio de la Baronesa von der Recke, y escuchó con avidez al muchacho que le narraba sus experiencias y se proclamaba su discípulo. Estaban en plena euforia de trascendentes intercambios, cuando hizo su aparición Serafina. Como a su esposo, la había maltratado el tiempo, pero en ella, por haber sido tan hermosa, tornábanse más visibles los estragos. Venía trémula de cólera, y la presencia de un mozo de tan buen porte, sin desarmarla por completo, amenguó la furia que se aprestaba a derramar sobre su marido, de suerte que se ingenió para combinar las ojeadas iracundas dirigidas al más viejo, a quien algo murmuró de unas cuentas impagas, con las sonrisas encaminadas al menor, que la miraba respetuosamente. Desapareció la Condesa tan rápido y dando muestras de tanta resolución como había surgido, y Cagliostro, luego de menear la cabeza con bondadosa melancolía (porque es cierto que amaba siempre a su irritada mujer), reanudó el diálogo, insistiendo en que esperaba que el Papa le otorgase una audiencia, merced a la eficacia del agente del Obispo de Trento; y que comprendiera la razón de su actitud filosófica, aunque estaba al tanto de que, a raíz de pronósticos relativos a la caída de la monarquía francesa, el Pontífice no paraba de gruñir que eran obra de los diabólicos masones, quienes proyectaban proceder de igual manera con los regímenes similares, sin perdonar ni a los sucesores del santo Pescador. Hizo un amplio ademán, como si aventase al aire hostil, y se animó su fisonomía, al mencionar la amistad que lo vinculaba al Bailío de Loras, Gran Cruz de la Orden de Malta, y por su intermedio al Gran Maestre Emmanuel de Rohan, de la ilustre familia del Cardenal, su protector; y al invitar a Alfred Franz para concurrir, tres días más tarde, a las dos de la mañana, a la Villa de los Caballeros de Malta, en el Monte Aventino, donde ofrecería una sesión sin duda destinada a ser memorable. (Es aquella Villa famosa, a través de cuya cerradura, por consejo de Mr. Jim, Mrs. Vanbruck se maravilló distinguiendo la recortada cúpula de San Pedro.)

La sesión fue importante, tanto por sus resultados como por su público, y por sus consecuencias para mi señor. Se desarrolló en una sala amplia iluminada ricamente, decorada con los símbolos masónicos y con una multitud de grotescas figuras, que aspiraban a ser egipcias, asirias o chinas. Un extraño altar les prestaba fondo, y en él, de acuerdo con el gusto de Cagliostro, se acumulaban las calaveras, las serpientes, los monos embalsamados, los murciélagos, ampollas, amuletos y alambiques. Formaba la concurrencia un nutrido mundo principal del cual sólo reconocí al cardenal De Bernis, embajador de Francia, al Bailío Antinori y a la Princesa Rezzonico. Cesaron los murmullos no bien entró el Conde, que mal disfrazaba su deterioro bajo la mitra, seguido de su esposa, a quien el artificio de los afeites algo había devuelto de su belleza. Sentóse el mago en un trípode, y durante más de una hora nos contó su vida, su fantástica vida, iniciada en Menfis, junto a Tutmosis III, y prolongada entre escribas y sacerdotes, en las riberas del Nilo (¡ah bribón, si yo hubiese podido hablar!). Mientras estiraba su discurso, la Reina de Saba encendía lámparas y sahumerios. Pronto, una sutil neblina envolvió al disertante, cuya biografía no desdeñaba ni su actuación como augur, en el templo de Júpiter, ni su participación célebre en el festín de las bodas de Caná. Terminó gritando que nada era imposible para él, un inmortal, anterior al Diluvio.

—¡Soy —exclamó— el que fue, el que es y el que será!

A continuación, dentro de una vasija transparente, transformó el agua en vino; exhibió su elixir de la larga vida, que dio de beber a algunos (debía de ser un licor muy feo, porque observé que el Gran Maestre Rohan, no deseoso, quizá, de alargar tan

desagradablemente la suya, lo escupía disimulándolo tras su puño de encajes): agrandó al doble el brillante que el cardenal De Bernis lucía, por medio de un engaño de prestidigitador del cual habrá salido ganancioso, al cambiar brillante por cristal de roca... Y sucedió luego lo que en verdad me impresionó, e impresionó más aún a Von Howen.

Traída de la diestra por Serafina, entró por el costado una niña corno de quince años, menuda, rubia, de grandes ojos grises e intensa palidez. Sus ojos brillaban a veces singularmente, como si un leve polvo de oro temblase en sus pestañas. Se parecía mucho, en frágil, a uno de los Siete Durmientes, a Dionisio, y también al hada Maroné de Avalen. Era encantadora. «Mi pupila», la llamó Cagliostro, y al punto, tal como hiciera con el pequeño Alfred Franz en Curlandia, pero sin recurrir al escondite del biombo, le ordenó que fijase su atención en un recipiente de cristal, lleno de agua. Dos minutos bastaron para que la muchacha cediera al sueño magnético; lo raro es que sólo yo notara que mi amo también caía en trance. Y entonces, simultáneamente, ella en voz alta y él en voz baja, fueron respondiendo a las preguntas del taumaturgo. Un estremecimiento sacudió las filas de la nobleza, cuando la niña de ojos radiantes inició sus profecías, que mi dueño murmuraba a la par, como si hablase para mí.

Así pasaron, frente al aterrado público, los anuncios del avance de una muchedumbre de hombres y mujeres, que chillaba y bramaba: «¡A Versalles!», de que, dentro de esa multitud, iba uno de sangre real; de que la Bastilla sería tomada y abatida. Aquello era demasiado para el cardenal De Bernis, quien podía ignorar que le habían escamoteado su sortija, pero entendía perfectamente que le auguraban el final del soberano a quien servía como embajador. Se levantó, fastidiado, pidiendo su capa y su coche, en tanto que el Gran Copto (después se corroboró con cuánta razón) le repetía que es inútil pretender enfrentar al Destino, y que, por desgracia, lo que tenía que ser, sería.

Indiscutiblemente, por más que los convidados se comprometieron a guardar silencio sobre lo ocurrido, fue el mismo Cardenal quien lo comunicó a Pío VI, insinuándole acaso que el falso Conde colaboraba con los pretensos destructores de Francia; que las predicciones no eran tales, sino brotes de sus deseos monstruosos; y solicitándole en esa oportunidad, en nombre de la Reina María Antonieta, la eliminación de Cagliostro. No aspiraba a otra cosa el Papa, y puso en marcha la maquinaria inquisitorial. El Santo Oficio obtuvo una traidora declaración de Serafina, la cual se sumó a la masa de documentos acusatorios recogidos, y terminó de desconcertar y desesperar a su enamorado esposo. Huyeron los masones; el Bailío di Loras se asiló en la Embajada francesa. El arresto del mago fue confiado a un piquete que lo encerró en el Castel Sant'Angelo, donde quedaron en depósito su papelería, sus espejos, sus frascos, su muñeca flexible, sus trípodes y sus libros. A Lorenza (ya no Serafina) la enclaustraron en una casa de monjas. Cundió el terror, porque se difundió la impostura de que la Masonería alistaba un ejército, en la frontera de los Estados Pontificios, y se fortificó la prisión donde nadie, en absoluto, podía entrevistarse con Cagliostro.

No se metieron con Alfred Franz von Howen, por desconocer su existencia. Durante los primeros días violentos, permaneció en el hostel del Panteón, como petrificado, sin entender la causa de las fanáticas reacciones. Quedaba largas horas en su habitación, inmóvil, como si escuchase una voz oculta. Por fin, dándome la insólita impresión de haber recogido el mensaje que buscaba y aguardaba, resolvió salir a la calle. Apenas nos alejamos: en la vecina plaza de Santa María sopra Minerva, topamos con un albergue cuya modestia aventajaba la del nuestro. Con nadie consultó el muchacho, previamente a trepar su empinada escalera hasta el segundo piso, golpear a una puerta y entrar en el cuarto antes de que le contestaran. El cuarto era minúsculo; lo atestaban un camastro estrecho una silla y una caja sobre la cual había una jarra de loza. En la silla, reproduciendo la actitud reconcentrada y expectante que el curlandés adoptara en su propio alojamiento, estaba la niña del salón de los Caballeros de Malta. La encontré todavía más pequeña que la noche fatal en que la Reina de Saba la presentó al desazonado auditorio patricio.

Hincó Alfred Franz una rodilla en el suelo, frente a ella, y con sus manos largas y sólidas tomó las de la adolescente, que quebradizas parecían de tan delicadas. Sus ojos castaños indagaron en los de la muchacha dorados y grises. De esa suerte estuvieron mirándose

buen espacio. La escasa luz del cuartucho se posaba tenuemente sobre los cabellos de mi amo, que tenían el color de sus ojos y se volcaban hacia la derecha en largas ondas, y sobre los de la niña, áureos y penumbrosos como los ojos suyos. La escena fue bonita y conmovedora; lástima que careciera de testigos. Creaban el grácil, delgado caballero de hinojos y la doncella soñadora, en el claroscuro de la habitación, más que una pintura un grabado, precursor de los que multiplicó el Romanticismo. Comenzaron a hablar al cabo de un rato. Su conversación fue excepcional, pues por instantes no precisaban recurrir a las palabras para expresarse, y yo sentía que continuaban comunicándose; lo sentía porque por el conducto de la mano izquierda del joven, cuyo anular rodeaban mi coleóptero y mis dragones, capté el fluir de una cálida corriente que iba y venía, haciendo vibrar los cuerpos tensos. El saturado mutismo cesaba con repentina arbitrariedad, sin perturbarlos, y entonces era audible el intercambio de fragmentos de frases, que componían sus respectivas historias. Alfred Franz expuso ingenuamente la suya, y cuando se refirió a la sesión del palacio de la ciudad de Mitau, en Curlandia, reparé en que el movimiento de las sangres o de las espirituales esencias que en mí confluía, se intensificaba, hasta ser casi intolerable. Me enteré (nos enteramos) a la sazón de que la pupila de Cagliostro se llamaba Clarice Martelli, y de que había nacido en Bornarzo, el norte de Roma, hija de labradores, y recordé, en segundos, al principesco jorobadito de Bornarzo, a quien Florencia había visto llorar de angustia, entre los brazos de la cortesana Pantasilea, mientras los dos pajes, Febo di Poggio y Vincenzo Perini, descubrían el poliforme Amor. La primera infancia de Clarice se deslizó entre enfermedades misteriosas, que la fueron descarnando y reduciendo vitalmente, ante la impotencia dolorosa de su madre. A los once años se produjo una positiva recuperación, y fortalecida apenas, dio en tener visiones que no conseguía diferenciar de la realidad, y en recorrer, guiada por su único hermano, las tumbas etruscas del contorno, cuyas pinturas de hombres y de demonios multicolores llegaron a alucinarla, hasta que recayó en el mal indescifrable. Las mujeres del lugar contribuyeron involuntariamente a su daño, pues porfiaron que era santa, y la persiguieron con rogativas y cirios, no vacilando en cortar trocitos de su ropa, que guardaron como reliquias. El noble Lante de la Rovere, propietario del castillo, se apiadó de la endeble criatura, y preocupado asimismo por el crecer de la superstición aldeana, la mandó a Roma, al convento de profesas de su familia. Allí la conoció, por azar, la Condesa Cagliostro quien, consciente de sus extraordinarias condiciones, llevó al Gran Copto para que la examinase. Diez días separaron aquel encuentro de la fructuosa sesión de la Villa de Malta. Ahora, perdido Cagliostro, a quien consideraba un maestro y un lazarillo en las comarcas ignotas, se confesaba perdida ella también. Lo dijo elevando hacia el de Von Hawen su bello rostro pálido, que evocaba al de Dionisio el Durmiente y al del hada Moroné, y Alfred *Franz* le replicó que experimentaba una privación y un extravío iguales, lo que no dejó de asombrarme, pues siempre tuve a Cagliostro por un falsario impostor, pero me debo resignar a convenir en que los asuntos concernientes a los caminos que conducen a las encrucijadas sobrenaturales, son tan arduos de interpretar, como son arduos de descifrar quienes por ellos transitan; que en ese medio, lo que para una sensibilidad es oscuro, para otra es clarísimo; y que los propios individuos, que a determinadas personas se les antojan charlatanes invencioneros, para otras, por afinidades y por el manejo de hilos impalpables imposibles de definir, cumplen la función de emisarios reveladores. Dejemos esto sin menearlo más, que a nada arribaría, y atengámonos objetivamente a los hechos. En una pobre habitación de la plaza de Santa María sopra Minerva, fuerzas desconocidas habían atraído a Clarice Martelli y a Alfred Franz. Se besaron como hermanos, y juntos salieron. A partir de ese momento, todo su afán, toda su pasión, se concentró en conocer la suerte de Alejandro Cagliostro.

Gastaron, para sobornar guardias y obtener noticias imaginativas, el flaco dinero que conservaban. La prudencia de no inquietar hacia ellos la perspicacia de la justicia, cuando rondaban el Castel Sant'Angelo y los tribunales donde se desarrollaba el largo proceso, les impuso separarse, pero cada noche se reunían y comparaban impresiones. Cagliostro fue acusado de blasfemar, de pornografía, de herejía, de insultar a los frailes, de

curandería, de embuste, de sacrilegio; blandieron la nómina de los hombres con quienes había prostituido a Lorenza, y que incluía desde el Virrey de Barcelona y el Cardenal de Rohan hasta el Chambelán von Howen; le enrostraron que con malas artes había seducido a los menores; que oficiaba ritos infernales, los cuales caricaturizaban a los católicos; lo interrogaron sobre las verdades de la fe. El Gran Copto se defendió negando, embarullando, burlándose, afligiéndose. Trató la defensa de hacerlo pasar por loco, y no lo consiguió. Se le quiso aplicar la pena de muerte, mas el Papa la conmutó por la de cárcel perpetua, quizá considerando más valiosa para su causa la del alargamiento de la tortura moral del masón, y terminó mandando que lo confinaran en la tétrica roca de San Leo, en las Marcas Septentrionales. Hasta que ese desenlace se produjo, los dos adeptos esperaron el milagro que poblaba sus conversaciones: seguramente, incuestionablemente, el gran mago concluiría por salvarse. Reservaba para el final la prueba rotunda y magnífica de su poder. Se elevaría en el aire, más alto, mucho más alto que el Arcángel de bronce del Castel Sant'Angelo ante la estupefacción y contricción de sus jueces, y se desvanecería dentro de una nube, en el cielo de Roma, los brazos abiertos, como un ave triunfal; o haría que rodease, en su prisión, un rojo círculo de fuego, seguido por el cual dejaría la mazmorra, atravesaría los enrejados corredores, llegaría al puente, y lo cruzaría entre los ángeles de Bernini, sin que nadie osara oponerse al avance de aquella aureola ígnea. Tomábanse de las manos, como dos abandonados niños, Clarice y Alfred Franz. ¡Qué hermosos eran y qué tristes! ¿Se amaban? ¿Se amaban con un amor virgen, los niños que discurrían de ángeles y de aureolas, cercados por una vaguedad y una diafanidad de fantasmas? Los veía yo fraternalmente unidos en su desamparo; ningún pensamiento que no estuviese consagrado al maestro de prodigios, cabía en sus frentes. Y, noche a noche, esperaban... Sonó la hora en que hubo que rendirse a la inexorable certidumbre de que nada había que hacer. Alejandro Cagliostro partió, encadenado, flanqueado de alabardas y picas, hacia la roca cruel de San Leo. Aun en tan desgraciada oportunidad, alimentaron los jóvenes la ilusión de su fuga resplandeciente. Abríanse las puertas del carro, y el fascinador salía, en medio de los soldados, como Cristo de su sepulcro. No... no salió... Pero... ¿cómo?, ¿por qué? A ellos, más que a los magistrados, les constaba la sublime fuerza del Conde. ¿Qué aguardaba...? Y en el ánimo de Alfred Franz y de Clarice se infiltró un dejo de desilusión que empero no logró rendirlos.

Un atardecer, hallábanse ambos acodados a la minúscula ventana de la habitación de la niña, meditabundos y cogidos de las manos según su costumbre. Oteaban la plaza de la Minerva, el elefante coronado por el obelisco, la iglesia construida sobre un templo pagano, el convento... Planeaba en el aire una tibieza primaveral. ¡Con cuánta minucia recuerdo aquella tarde! Poco a poco, la plaza se fue inundando de gente, en buena parte de vecinos, que jaraneaban y reían. El nombre de Cagliostro resonaba en los comentarios, y desde arriba, en su segundo piso, tensos, veían los muchachos el negrear bullicioso, que apenas dejaba lugar alrededor del elefante de mármol. De repente apareció un carro viejo, tirado por dos jamelgos centenarios, henchido hasta el tope de trastos abigarrados, sobre los cuales se encaramaban algunos soldados, tambaleantes por el zangoloteo y tambaleantes por bebidos. Precipitáronse los guerreros de su elevación, con riesgo de romperse una pierna o un brazo, y se entregaron a armar una pila de leños, que presto ardió y se mudó en hoguera, aumentando el regocijo general. Recrudesció éste cuando los infantes empezaron a arrojar en las llamas la suerte más peregrina de elementos inusuales: triángulos de madera, bandas y fajas en las que relumbraba lo dorado, cráneos cubiertos de pinturas, espadas forjadas con cruces y otros diseños, disecados búhos, crisoles, heráldicas fantasiosas... Al unísono, uno de aquellos héroes leía con voz gangosa que entrecortaba el hipo, el decreto ordenador del autodafé de las infamias del brujo Balsamo, ¡llamado Cagliostro. Y continuaban nutriendo la inflamación y provocando aplauso, las salomónicas estrellas, los estandartes, los delantales que ostentaban inscripciones fabulosas, los documentos, los libros, los manuscritos... Levantóse el incendio en torno del elefante, del fasto de su gualdrapa, del obelisco egipcio a cuyos jeroglíficos las lenguas de fuego simulaban escribir, y se prolongó la destrucción de cuanto había creado la fiebre del Gran Copto, estimulando el

repiquetear de las pullas y de los insultos. Casi una hora duró la ceremonia impuesta por el Tribunal del Santo Oficio. No perdí detalle; veo con retrospectiva lucidez el otro incendio, el del cielo crepuscular de Roma, hacia el cual ascendían las cúpulas y los campanarios; como vi entonces, en la memoria, la remota pira del Foro, el cuerpo de César entre las armas dispersadas y candentes, y el cuerpo despedazado del poeta Helvio, en cuya mano carbonizada sobrevivía yo. Luego, en la plaza de la Minerva, se fue aplacando la combustión; de las formas extrañas sólo quedaron esqueletos negruzcos; partió el carro, con el cargamento aullador de soldadesca, y sus ruedas se hundieron en las últimas brasas y en la ceniza; se deshizo la turba burlona, alejándose por las calles adyacentes; la columna de humo que vestía al obelisco se tornó más y más liviana, y sus bocanadas postreras alcanzaron a las patas del elefante rechoncho, el cual pareció flotar en el espacio, con su pilar, desterrado compatriota mío.

Entonces me percaté de que entre el nacido en Mitau y la nacida en Bornarzo, el hijo de los condes y la hija de labriegos, que mientras duró la aniquiladora fogata se habían mantenido estáticos y como inanimados, en el refugio acechante de la ventanita, un cambio había tenido lugar. El cálido fluir que de una mano a la otra corría, fusionándolas, y que en su caudal arrastraba una agitación de imágenes de las cuales algo percibía el Escarabajo, paró súbitamente de manar. Soltáronse las manos; se estuvieron mirando sonrientes; por primera vez se besaron como se besan un hombre y una mujer; se arrojaron con ímpetu juvenil sobre el camastro por ellos intocado hasta ese día; y en él hicieron, apasionadamente, revueltamente, cayendo al suelo y prosiguiendo allí, como el Faraón Ramsés y la Reina Nefertari, lo que el hombre y la mujer suelen hacer en esos casos. Yo participé de sus arrebatos con alegría, pues no me inclino en especial a los amores místicos, aunque valoro su mérito. Las exigencias del sueño concluyeron por rendirlos.

Al día siguiente charlaron como pudieron, ya que los besos se lo impedían, acerca de su futuro. A Bornarzo no cabía ir, pues nada vinculaba al aristocrático Alfred Franz de las largas manos nerviosas, con los cultivadores toscos que habían engendrado a Clarice; tampoco a Curlandia, donde los arrogantes Von Howen no hubiesen admitido a una hija de rústicos. Ya verían... Por lo pronto, había que saldar las cuentas. Sumaron sus melancólicos bienes, y comprobaron que no alcanzaban para el pago. El sacrificado fui yo, que en casa del posadero del Panteón quedé, bastante temeroso por el nuevo giro que adquiriría mi zamarreada existencia. Nada sé de lo que después sucedió con ellos, que si habían perdido la maravilla de su privilegio hermético, obtuvieron en cambio el conocimiento no menos maravilloso del simple amor. Quizá se fueron a Nápoles, en pos de la ayuda de la buena Princesa Oderisia Bisignano, quien armonizaba la frívola generosidad con la nobiliaria estrechez; o en pos de la del Príncipe Raimondo de Sangro, que en todo hallaba temas de invención, y posiblemente los utilizase para desarrollar una teoría sobre la aparición y desaparición coincidentes de los dones augurales, fundándola en la idea de que el amor (si realmente es el amor no una de sus máscaras) ocupa tanto sitio dentro de una persona, que anula la eventualidad de escape hacia zonas donde sus leyes no rigen y se borra su imagen, puesto que su deslumbramiento no tolera la rivalidad de ningún otro, y sabe que el fulgor de las visiones portentosas guarda en sí mismo una excluyente y suprema tentación. Lo cierto es que, para mí, de los ocultistas que por el palacio Bisignano desfilaron, incluyendo al Conde de Saint-Germain, a Monsieur Casanova de Seingalt y al Conde Cagliostro, el que con más acierto empleó sus artes mágicas fue Alfred Franz, apenas un muchacho, pues desprendió brevemente de mi armadura de lapislázuli, como si se entrelazasen en un sahumero, los personajes numerosos que en su secreto duermen, y que nunca presintieron la pujanza de ese llamado imperioso.

11. EL BIBLIOTECARIO Y LOS REYES

Un lustro había transcurrido desde que me despedí de las bellas manos de Alfred Franz von Howen, no sin melancolía pero seguro de que su destino sería bondadoso, pues de ellas cuidaba, por ahora, el verdadero amor, cuando apareció en el albergue del Panteón el irlandés William Low, bibliotecario de Lord Withrington, gran señor de Inglaterra. Yo tenía entonces por morada repentina el meñique derecho de la opulenta Signora Cassandra Chisolieri, legítima mujer del posadero. Digo «repentina», porque el hecho de que me sacase del cajón donde yo dormitaba, no dependía de las circunstancias sino de su humor: a veces se enojaba conmigo para acoger a un visitante, y accionaba luciéndome, y a veces dejaba correr sobre mí la sucia agua jabonosa, mientras lavaba platos, fuentes, ollas y tazones, conservadores de restos de salsas y viandas, enredándome por ahí unos rojos fideos que se dijera greñas de la propia Medusa. La llegada del irlandés coincidió con una de mis ocasiones de ostentación, de revolotear como un picaflor azul sobre el gordo meñique, mientras la esposa de Beppo Chisolieri atendía al cliente que solicitaba alojamiento, removiendo sus nalgas y pechos abundosos, casi como si bailase una solitaria y ondulante pavana para él.

De inmediato me percaté de que Mr. Low quizá me había reconocido, por la excesiva tenacidad con que me clavaba los ojos. En cambio yo no lo reconocí. Era un caballero de bastante más que mediana estatura, robusto, bien parado, de unos sesenta años, enriquecidos por la blanca y alineada pulcritud de los dientes, y desguarnecidos por la despoblación de la fina cabellera; exaltado el conjunto por el brillo de los ojos ojerosos y cambiantes, y por la calidad de cada rasgo, indicador de que aquel hombre en su juventud había sido apuesto, y de que en la madurez conservaba suficientes testimonios intactos de la que fuera una excelente encuadernación. Vestía una sobria casaca de color tabaco, y hasta la media pierna, unas calzas de verde aceituna. Se movía con cierto vigilado y profesoral empaque, y había que aguardar a que sonriera para que a él volviesen, súbitas, una inesperada luz y una vibración de mocedad, que luego cedían con el retorno al porte medido de quien desempeña funciones pedagógicas. Tanto me había reconocido, que lo manifestó a la Signora Cassandra:

—¿No perteneció esa sortija —preguntó— a la Princesa Oderisia Bisignano, de Nápoles?

Mudóse la expresión albergadoramente amable de la posadera. Se ruborizó primero, y luego se enfadó como si la acusaran de ladrona:

—La dejó en pago, años atrás —declaró, desafiante, rotunda— un joven conde alemán. O acaso un príncipe. Lo olvidé. Ahora es mía.

Mr. William Low habrá considerado prudente cambiar el tema, pues solicitó las condiciones de la habitación y terminó aceptándolas. En ese momento, mientras subía la escalera, y miraba al aire, como persiguiendo una imagen o una memoria, lo recordé. Era una de las Liebres, una de las cuatro Liebres, la Liebre de Irlanda. Naturalmente, esto exige una explicación.

Al referirme a los preparativos de la última fiesta de la Princesa de Bisignano a la que me tocó asistir, desde su dedo y su diván, descuidé contar que previamente tuve que ir a Pompeya. Deseosa de que su reunión en obsequio de Monsieur Casanova de Seingalt fuese lo más perfecta posible, a pesar de lo precario de sus recursos, tuvo en cuenta que era menester, fundamentalmente, que de ella participaran los arqueólogos ocupados en resucitar las ciudades sepultas. Donna Oderisia sostenía que los sabios extranjeros,

cubiertos de gloria y de ceniza, o tizados de barro y de lava, «quedaban bien» y «muy bien», luego de bañarse, en sus grandes recibos, a los que añadían, aunque no hablaran y se limitaran al trato de la limonada y los bizcochos, pinceladas profundas de dignidad y erudición, ya que no en vano toda la Europa culta pendía de sus descubrimientos. No podían faltar. Confió la tarea de asegurarlos al irreemplazable Maroc y, a fin de reforzar la importancia de su convite, se despojó de mí, como una reina que envía un mensaje, y me puso en el anular del negro. A Pompeya nos fuimos, en el coche del Príncipe de Sansevero, indiscutiblemente mejor que el descuajeringado de su prima. ¡Con cuánta claridad reveo el viaje! La opresora tarde de verano pesaba sobre el sudoroso Maroc, que guiaba la yunta de zainos, y los cipreses trotaban a ambos lados del vehículo, como si lo pretendieran alcanzar. De lejos ubicamos a Herculano y a Pompeya, por la nube de polvo grisáceo procedente de las excavaciones, que les formaba encima un techo tembloroso, al que la intensidad solar, portadora de un calor tremendo, imponía matices nacarados. Descendió Maroc del pescante, y nos internamos en un dédalo de callejas abandonadas, flanqueadas de casas pequeñas llenas de escombros, desde cuyo interior, de repente, contrastando con tanta aflicción y desamparo, nos atisbaban pintadas figuras que prolongaban en la muerte inmóviles bacanales, con faunos, con machos cabríos, con panderos y con bailarinas, veladas apenas. Oímos voces, a la distancia, del lado del Odeón, y se apresuró el negro.

Encontramos allí, metidos en un hoyo, a cuatro personajes que empolvaba la ceniza y que no cesaban de carraspear. Detrás, apoyados en sus palas, los contemplaban dos obreros. Junto a estos últimos, Maroc observó la labor singular a la que se entregaban los del socavón. Evidentemente, acababan de hallar una pieza importante, y al comunicárselo, excitados, daban comienzo a su limpieza, raspándola y frotándola con cuidado sumo. Emergieron por fin con ella a la superficie, y pude comprobar que se trataba de un alto brasero de bronce, al que servían de sostén tres figuras de sátiros, provistas de erguidos sexos descomunales. Sacudiéronse como perros los hombres, y prosiguieron su parloteo y su higiénica operación, ignorantes de la presencia del enviado de Donna Oderisia, en tanto que los obreros se marchaban, las palas al hombro, meneando las cabezas. Uno de los jóvenes frotadores sacó un cuaderno de la faltriquera, y fue anotando, prolijamente, las medidas de la vasija y sus soportes, que otro le iba enumerando, deteniéndose en especial en la longitud de los talos, la cual fue objeto de una intensa discusión en alemán en la que todos intervinieron, fuera de uno que quedó aparte, quitándose las cenizas de la ropa y mirando cómo, sucesivamente, los restantes persistían con científico fervor germano, en obtener el largo exacto de los miembros, curvos como cimitarras, que otorgaban tanto prestigio a los caprinos semidioses. Este que a un lado permaneció, con cierta reserva bien educada, ojeando a los demás y a su priápico entusiasmo, era Mr. William Low, ya entonces bibliotecario de Lord Withrington of Great Malvern.

Los tres alemanes —había dos jóvenes y uno mayor— siguieron escarbando, friccionando, bruñendo y midiendo, hasta que Maroc optó por acercarse al de más edad, y transmitirle la invitación de la Princesa. Agradeció, lisonjeado, el arqueólogo, inquiriendo si con ellos podrían llevar al Profesor Low, sabio irlandés, huésped casual de las ruinas, y ante la afirmativa respuesta del esclavo, prorrumpieron los teutones en un vocerío ansioso y alegre, de lo que deduje lo mucho que los atraía la vida mundana, y lo que los fatigaba su profesional aislamiento. Supe después que el director general de los trabajos era un español nacido en Roma, quien rehuía cualquier contacto social, y sufría amargado por la gran sombra que sobre él continuaba proyectando. Winckelmann, el ilustre anticuario y esteta, muerto veinte años atrás. De Winckelmann procedían, espiritualmente, aquellos alemanes, en particular su jefe, Johannes Müntz, y el español detestaba cuanto olía a alemán, aun a Goethe, que en aquella época había recorrido las excavaciones, y no había ocultado su decepción, centrando en cambio su elogio en los vinos que allá se bebían. Los estudiosos tudescos parecían muy afectos también al Lacrima Christi del Vesubio, y como ellos el austero irlandés, porque no he echado en olvido que, probablemente para festejar el hallazgo de los faunos eficaces, descorcharon

un par de botellas en momentos en que partíamos. Fue así como cumplimos con el encargo de Donna Oderisia Bisignano.

¿Qué le habrá entendido Herr Johannes Müntz a Maroc? ¿Qué habrá descifrado su duro oído, de lo que los gruesos labios del africano, muy próximos, infiltraban en él, utilizando una media lengua negroitaliana? Lo obvio es que no comprendió cuál era el carácter de la fiesta a la cual era convidado al par de sus amigos, y que creyó que se refería a un baile de máscaras, lo cual explica el alborozo con que los tres nórdicos, ingenuos y radiantes, se repitieron la noticia, y explica que tanto ellos como Mr. Low se presentasen en los salones de la Princesa, admirablemente vestidos de liebres.

Hubieran podido detenerlos los domésticos distribuidos con candelabros en la escalinata roída, y aclararles su absoluta equivocación. Supongo que si no lo hicieron, y si resistieron la carcajada tentadora, fue porque, como auténticos italianos, se dijeron que sería tonto perder la oportunidad de burlar a unos auténticos alemanes. Éstos surgieron, pues, ante la inmediata estupefacción de los invitados numerosos de Donna Oderisia, en alto las orejas peludas, recubiertos de pieles primorosamente cosidas que no habrá sido fácil conseguir. Hubo unos instantes de asombrado silencio, en que los recién venidos dieron la impresión de haberse transfigurado en estatuas de dioses orejudos, hasta que la Princesa, presintiendo en esas pelambres a los arqueólogos pompeyanos, con ayuda del impertinente y del Príncipe de Sansevero, se alzó del diván apoyada en su primo y, adelantándose con mi tendida mano, que besaron las Liebres confusas, les dio la bienvenida, sin abandonar su tono de aristocrática naturalidad, y les preguntó por la exhumación del bronce de los faunos, del cual hablaba toda Nápoles. Moviéronse las orejas, en tanto que las Liebres se pasaban la ofrecida diestra, y a poco, gracias a que la Princesa ordenó, dada la situación excepcional, que en vez de limonada les sirvieran el vino del Vesubio, las Liebres se tornaron frívolas y locuaces y, en medio de la gritería napolitana que irritaba a la señora, resonaron las risotadas de Herr Müntz y sus bárbaras inflexiones, a las que acompañaba un permanente levantar de copas y un constante agitar de largos y vellosos órganos auditivos. Empero, noté entonces que lo mismo que en el Odeón de Pompeya, durante la extracción del brasero célebre (y muy citado ya por las damas de la región a sus amantes, en las horas de física debilidad), una de las actuales Liebres no participaba de la euforia de sus compañeras y estaba como perdida en la barahúnda, bajo sus apéndices disparatados. Era, por supuesto, Mr. William Low. Como yo, Don Raimondo de Sangro advirtió el abandono de la Liebre apocada, y se le arremió bondadosamente:

—La Liebre —le dijo, poniéndole una mano en el hombro—, como el Conejo, es amiga de la Luna; más aún, en ocasiones la mitología la transforma en la Luna misma. Pero también está unida a la esencia de la Tierra generadora, y simboliza la fecundidad y el misterio de la vida que sin pausa se renueva a través de la muerte. Lo felicito por haber venido bajo la apariencia de una liebre, Mr. Low. Nos regala un ejemplo de suprema filosofía. Le ruego, cuando regrese a Inglaterra, que felicite a Lord James Withrington, a quien he tenido el honor de tratar, por el ingenio de su bibliotecario.

Aquellas palabras fueron sin duda harto nobles, pero no bastaron para que el irlandés se sintiera cómodo. A poco, la fiesta contó con una Liebre menos, y confieso que no le concedí demasiada atención, porque lo que en realidad me preocupaba era la suerte de Alfred Franz. Supongo que Mr. William se volvió de inmediato a Grcat Malvern. Su señor lo había mandado a Nápoles para que se esforzase por adquirir algunos de los mil ochocientos papiros descubiertos en una villa de Herculano, pero no lo permitió el celoso monarca de las Dos Sicilias, así que Mr. Low retornó a sus tierras como había venido. Sin embargo, sospecho que el asunto de las Liebres del palacio Bisignano, tan estúpido en el fondo, debe haber marcado una impronta en lo más íntimo de su corrección intachable, de su esmerada cortesía y de su congénita timidez. No volví a verlo hasta que, cinco años más tarde, en Roma, lo reconocí desde el meñique de la Signora Cassandra Chisolieri, posadera del Panteón. Como Monsieur Casanova, cuando el Conde de Waldstein le encargó la compra de un conjunto de libros, en Nápoles, para la biblioteca de su castillo bohemio, Mr. William Low viajó esa vez a Roma con una misión similar, encomendada por Lord James, con destino a las dilatadas estanterías de Withrington

Hall. Se consagró a su actividad con el serio empeño que lo caracterizaba. Cotidianamente, muy temprano se esfumaba, a revisar librerías, catálogos y ficheros, y a conversar con bibliófilos y editores. Solíamos verlo al atardecer, cuando reaparecía con un par de paquetes, y se sentaba a una de las mesas del hostel, a beber media botella de ese *Lacrima Christi* que en la memoria no puedo separar ni de Johann Wolfgang Goethe ni de los verdugos sátiros de Pompeya. La Signora Cassandra se sentaba a su lado, y le escuchaba el relato de los episodios del día, fruncidas las cejas pobladas, apretada la boca y meneando la cabeza afirmativamente, sin que yo acertase a conjeturar qué podía discernir de las listas, a menudo en latín y en griego, que Mr. Low le citaba gozoso, de aquel acopiar de volúmenes, opúsculos, álbunes y códices, de aquel detallar de folios, portadas e ilustraciones, o de aquel exhibir, sacados de los paquetes como si fuesen las joyas de la corona de Francia, ciertos incunables raros, ciertos únicos elzevirios, que a ella le debían parecer francamente repugnantes. Pero la Signora Chisolieri no cejaba en sus ponderaciones. Temblaba como un flan, como una gelatina, su entera carne, su abundante combinación de papada, pechos y caderas, cuando se derramaba conmovida junto a su huésped, y me percaté al punto de que el interés que éste le provocaba era humano y no humanista. En ocasiones, ella buscaba el modo de apartar la charla del tema abrumador de los libros, y de conducirla a coyunturas más personales, pero lo único que conseguía es que Mr. Low le reiterara el elogio de su sortija, mi elogio, el elogio del Escarabajo. Entonces la Signora Cassandra le entregaba la mano, como si él fuese un experto en quiromancia, y durante unos segundos yo sentía que se aceleraba su respiración, porque me tocaba el irlandés con la punta de un dedo.

En el curso de uno de esos monólogos, el huésped ofreció comprarme, y hasta lo más hondo de mi lapislázuli me conmovió, entreviendo la posibilidad de huir del albergue, mas la Signora Chisolieri lo rechazó con infinita coquetería, arguyendo que yo no estaba en venta, sino que había que conquistarme. Y en otra oportunidad en que Mr. William le anunciaba su próxima partida con el enciclopédico bagaje, le escanció el *Lacrima Christi* y, aparentemente aprovechando que Beppo, el marido, atendía a unos parroquianos escasos metros más allá, desnudó de mí a su meñique, y conmigo ciñó el anular izquierdo de Mr. Low. Intentó éste arreglar el precio, enfrentándose con que la posadera entornaba los enamorados ojos, depositaba sobre la mesa la pechuga, como una valiosa ofrenda frutal, y le contestaba que lo considerarían esa noche.

Quedó el extranjero como desazonado; cenó poco; y hasta altas horas estuvo anudando bultos de libros. Casi al despuntar el alba, oyó arañar su puerta, y a la Signora Cassandra Chisolieri que, entre maullidos, reclamaba el precio de su sortija. Vivía Mr. William Low afirmado en la práctica de la cristiana castidad, de modo que confundió los términos, y supuso, concretamente, de buena fe, que la dama se refería al pago monetario del anillo. Sin embargo, el primordial instinto de conservación habrá prevalecido sobre la impecable educación convencional que le dieran, y optó por llevar adelante el negocio manteniendo la puerta cerrada. No era eso lo que esperaba la Signora, y su voz ascendió de tono, al insistir en que le abriesen. A tal extremo alcanzó la vehemencia de su reclamo, que hasta el pudoroso Mr. Low se convenció de qué era lo que la hostelera deseaba de él, o sea algo más propio de los sátiros pujantes a cuyo descubrimiento había asistido, hacía un lustro, que del circunspecto bibliotecario de Lord Withrington of Great Malvern, de modo que le dijo que a la mañana siguiente, al partir, le devolvería el Escarabajo.

—¡Guárdalo, mentecato, bastardo, eunuco! —le gritó la amable Signora Cassandra, subrayando su indiferencia ante los oídos, los sentimientos y la opinión del Signor Beppo—. ¡Guárdate esa cagarruta de escarabajo, y métetela donde más te queme y tapone!

Tales fueron sus postreras y nítidas palabras. Oímos el sonoro alejarse de su chancletear, y yo recordé la noche en que la noble Princesa Oderisia Bisignano pretendió besar los labios que habían sido rozados por los del Arcángel San Miguel, y debió retirarse, luego de no obtenerlo, para derivar de nuevo la conclusión, en la intimidad de mi mente escarabaja, de que lo que cambia, en el Mundo, son los prosenios y los actores, pero que del heredado palacio al hospedaje ruín, y de la Princesa de origen granado a la

Posadera de tosca progenie, las escenas se repiten... se repiten... se repiten... sin que, no obstante, el Mundo merezca llamarse monótono.

A la Signora Chisolieri no la volvimos a ver. Después de saldar su cuenta, dejó Mr. Lovv dos monedas de oro, sobre la mesa donde, hacia el crepúsculo, apuraba su Lacrima Christi y, conmigo fijo en su anular, trepó en el carruaje que el Signor Beppo fue colmando de envoltorios. En él atravesamos la campiña romana y Nápoles, que el irlandés, quizá palpando, angustiado, las invisibles orejas de liebre, cruzó con los ojos cerrados, hasta que llegamos al puerto y embarcamos en seguida. Veinte días más tarde, avisté finalmente, en los Midlancls de Inglaterra, las torres, los techos y los muros de Withrington Hall, emergiendo de un parque frondoso.

La construcción era la consecuencia de las centurias. Reunía partes edificadas bajo Enrique VIII, con partes del tiempo de su hija Elizabeth, o elevadas en el siglo XVIII. Un ala había sido destruida en el curso de la Guerra Civil, y los Parlamentarios dispusieron que el foso se cegase. El conjunto hubiera podido resultar abigarrado, de no mediar el encanto de una enredadera siempre verde, que cubría su totalidad, con excepción de la capilla del siglo XV (los Withrington eran católicos) y sus empinados ventanales. Y luego, para completar la estampa de lírica gracia, estaban los olmos, las encinas y los robles, entrelazados en el que más que parque se dijese bosque, pues fuera de los geométricos canteros de boj, cuyo dibujo en la parte posterior se explayaba, hacia el estanque, hacia sus cisnes y sus sauces desconsolados, el resto de la espesura recordaba la cercanía de esa misteriosa floresta de Arden, a la que yo había oído nombrar a menudo a las hadas de la isla de Avalón, y que las hadas habitaban también, a veces con un rumor de incontables abejas.

Lord Wilhringlon of Great Malvern (noveno del título) aguardaba a Mr. Low en la exterior gradería, frente a la puerta principal. Tendría más o menos la misma edad que su bibliotecario y semejante estatura, pero era más magro y ágil; una exuberante y desordenada cabellera blanquísima lo destacaba, como las cejas, blancas también, la respingada nariz y los oscuros ojos redondos. Vestía con sencillez, y en él se notaba, simultáneamente, al intelectual y al gran señor campesino. No bien dejamos el coche, Lord James acosó a preguntas a Mr. William, y mientras los criados bajaban los bultos y, escoltados por ellos, fuimos pasando a través de salones y salones, no paró de interrogarlo sobre los libros que traía, hasta que hicimos escala en la biblioteca. Precedíala un ancho corredor, atestado de estatuas y de fragmentos de mármoles antiguos.

En cuanto a la biblioteca, debo declarar que habiendo visto tanto y tanto, en los azares de una dilatadísima existencia, me asombró. Oí referir después que Gibbs, el famoso arquitecto de formación barroca, la había diseñado, hacía setenta años, a pedido de un antecesor bibliómano, y que de entonces preservaba sus floridos medallones de yeso, su arquería y su esmerada blancura, pero que el dueño actual la amplió y completó, a fin de que albergase un fabuloso tesoro de cincuenta y cinco mil libros impresos, cuatrocientos mil folletos y más de cuatro mil grabados, además de múltiples cajas de manuscritos sin clasificar; una maravilla, que gobernaba con riguroso celo Mr. William Low. Invadimos su calma y en seguida, febrilmente, hubo que desenvolver sobre las mesas numerosas los paquetes, cuyo contenido Lord Withrington examinaba con exclamaciones de entusiasmo. Yo, entretanto, observé el vasto aposento, doblado en ángulo recto a la distancia, que superponía los pulcros anaqueles en los que se alineaban los rojos, los verdes, los azules y los oros de los libros, casi hasta el curvo techo, para ser coronados allí por una serie de bustos de bronce de pensativos personajes, a los que separaban clásicas urnas de pórfido. La luz entraba a raudales, por las puertas-ventanas, entre los muebles adosados a los muros, y pincelaba aquí un atril con un atlas abierto, allá unos orondos globos terráqueos, y más allá tales o cuáles encuadernaciones que fulgían como alhajas. ¡Qué paz, qué paz lujosa y digna prevalecía en aquel lugar, donde seguramente los libros susurrarían entre ellos, a medianoche, cuando las hadas de la floresta de Arden los espían detrás de los vidrios, algunas de ellas con exorbitantes sombreros de velloritas amarilloverdosas, la flor que vuelve visible lo invisible, las mismas hadas que sonrieron en el vecino Siratlorcl, sobre los hombros de Shakespeare!

Fuese Mr. William a su cuarto, a afeitarse. Disponía de una cámara tendida de género de chintz, ocre con repetidos paisajes, a la que un solo grabado decoraba: el retrato, terriblemente austero, de John Miltón, a la edad de sesenta y dos años. Pese a lo heterodoxo de sus ideas religiosas y a su actuación en pro de Oliver Cromwell, Mr. Lovv lo admiraba, no por «El Paraíso Perdido», sino por los sonetos petrarquistas que releía de tanto en tanto. Es que Mr. Low era, a su vez, no sólo un estudioso pertinaz de filosofía y de estética, sino un poeta, y un poeta notable. De eso más adelante hablaré; por ahora me limito a acompañarlo a la biblioteca, su dominio. Mr. William Lovv la camina de un extremo al otro, deteniéndose para resbalar las yemas de la mano en que estoy, sobre los lomos y tejuelos de unos libros, como si acariciara un cuerpo muy amado. Súbitamente gira hacia una de las ventanas, como si presintiese una presencia en su claridad. Se aproxima y mira afuera. No se ha equivocado. Por el césped viene, lenta, como si flotara, una alta y delgada mujer. Lleva un ancho sombrero de paja, sobre el cual palpita un leve chal de Cachemira, que anuda bajo el mentón, y un vestido gris perla, que la ciñe y se arrastra detrás, a modo de una segunda sombra. Trae una cestita bajo el brazo, llena de rosas recién cortadas, y a medida que se acerca se perfila la lánguida belleza de sus rasgos, de sus ojos más bien pequeños pero muy dulces, que enmarca el lacio cabello castaño y recogido. Su cabeza se inclina a veces, sobre el largo cuello flexible, y eso añade a una fascinación que no necesita de cosméticos ni de retoques, algo de ave retraída y armoniosa. Es Lady Rowena Withrington. En ese momento, Lord James, su marido, más alto aún, realzado por la elegancia de las botas estrechas, se llega a darle el brazo, porque en breve sonará la campana que llama a almorzar. En esa casa donde tantos cuadros hay y donde cada escena se compone ante mí como otro cuadro, el grupo me hará pensar después en Thomas Gainsborough, un artista cuyos retratos en el comedor me aguardan. Y al comedor me voy, con Mr. William, que está emocionado.

Si la biblioteca de Withrington Hall me impresionó por imponente, no me impresionó menos el comedor, dónelo la platería desfilaba bajo las quietas miradas de las efigies pintadas por Lawrence, por Gainsborough, por Stubbs y por Reynolds que, algunas con brillantes uniformes militares o magníficos mantos de la Orden de la Jarretera, otras con ropa de caza o con vestidos femeninos de Corte, formaban la ronda teatral de antepasados últimos, en torno de un enorme óleo ecuestre de Carlos I, por Van Dyck, que desde el testero principal nos presidía o, para hablar mejor, reinaba. Además de los señores del lugar y de Mr. Low, sentáronse a la mesa los dos frutos del matrimonio, John y Sebastián, de quince y doce años respectivamente, a quienes el bibliotecario servía asimismo de preceptor, sin demasiado éxito. La conversación estuvo a cargo de Lord James y Mr. William, pues Lady Rowena, el chal de Cachemira sobre las espaldas, la mayor parte del tiempo se limitó a volver los ojos, soñadoramente, hacia la ventana del parque, y a sonreírle a su esposo, limitando la comunicación con el bibliotecario a inquirir si las romanas usaban todavía muy alta la cintura; a los niños les estaba prohibido hablar durante el almuerzo. En vano intentó su padre estimular el interés de ambos jóvenes por las compras recientes del preceptor, e infundirles la felicidad que le causaba poseer los dos tomos de la «Cosmographia» de Pomponius Mela de 1478, con sus encuadernaciones originales, y el soberbio Vitruvio de 1544, que perteneció a Pier-Luigi Farnese, porque fue obvio que el pensamiento adolescente vagaba a lo lejos. Entonces el noble Lord que masticaba despacio un rosbif, a ciencia cierta británicamente insulso, eligió ocuparse de asuntos prácticos, vinculados con la propiedad. Ambos son inolvidables.

—He resuelto —declaró no sin solemnidad— cuál será, desde hoy, en definitiva y poniendo punto a discusiones que se prolongan hace más de dos siglos, el dormitorio de esta casa donde la Reina Elizabeth pernoctó, para disgusto del segundo Lord Withrington. Será el cuarto verde del ala izquierda, la cual es, por lo demás, la parte isabelina. El cuarto verde, y que no se hable más. Que mañana mismo lleven allá la cama inmensa que tiene una columna apolillada, y los dos retratos, el de la Reina de pie sobre un mapa de las Islas, y el de Lord Dudley con jubón púrpura. Se les señalará a los huéspedes —añadió, bajando el tono y atisbando a sus vástagos— que Dudley la visitó de noche en

esa habitación. En el cuarto verde.

Descendió Lady Withrington, encantadoramente, de las nubes.

—Dear James —moduló, sonriéndole con cariño—, me quitas un peso de encima. A veces vienen vecinos, los Compton, los Somerville o el propio Warwick, y si me preguntan dónde durmió la Reina, me confundo y les doy contestaciones distintas. Me creerán tonta; ya no lo haré. El cuarto verde —murmuró para sí misma, entrecerrando los párpados—, el cuarto verde...

Más adelante, mientras trinchaba un faisán algo duro, levantó los ojos Lord Withrington hacia Su Majestad Carlos I, que cabalgaba con una perla en la oreja, el emplumado sombrero en una mano, ignorante de que lo esperaba el verdugo, y quedó con el cuchillo y el tenedor en alto. Luego dijo:

—También hay que concluir con el problema del ermitaño. Ha vuelto a quejarse de la comida, y eso no puede ser. El contrato que establecí con él es idéntico al de mi Tío Hamilton con el suyo: debe permanecer siete años en la ermita, donde es provisto de una Biblia, gafas, un escabel, un reloj de arena, agua y comida de esta casa. Debe vestir un sayal, no cortarse jamás los cabellos, la barba o las uñas, ni hablar con el servidor, ni abandonar los límites de la propiedad. Al cabo de siete años, le pagaré setecientas libras, como mi Tío Hamilton. Han transcurrido tres, y se queja de lo que come. ¡Al Diablo con el exigente! Por lo demás engorda, y no parece un ermitaño sino un burgués barbudo. Hoy hablaré con él en la ruina gótica. Sé que lo han visto jugando a los dados con uno de los palafreneros, cuando un grupo de amigos nuestros andaba por el parque. De continuar así, tendré que cambiarlo. Le daré doscientas libras y tendré un ermitaño flaco, como corresponde.

Un silencio aprobatorio siguió al corto discurso. Se oyó, liviana, la risa de los niños. Yo, que venía de España y de Italia, tardé en comprender lo que para mí era un galimatías. Me enteré más tarde de que la sofisticada moda de entonces quería que los señores ingleses más «literarios», añadiesen al numeroso servicio de sus casas solariegas, un individuo a sueldo que representaba el papel de decorativo ermitaño, y que solía residir en su parque, en una «ruina» arreglada o inventada. Los ingleses son muy singulares.

Mi vida, anexa al anular de Mr. Low, transcurrió entre libros. Mr. Low era incansable y estaba ocupadísimo siempre. Le faltaba catalogar treinta y tres mil libros de la biblioteca, doscientos cincuenta mil folletos, y todos los manuscritos, con la única colaboración de un amanuense de ortografía dudosa. Del mismo modo había aceptado encargarse de inventariar los mármoles romanos reunidos por el padre de Lord James, y apenas había esbozado la tarea. A eso se añadía su compromiso de escribir la historia de Withrington Hall, desde sus orígenes en el siglo XII, rastreando los documentos, y de enseñar latín, durante una hora y media por día, a John y Sebastián, que se negaban tozudamente a aprenderlo y a asistir a clase, si no llevaban consigo sus perros a la biblioteca. «Nautae agnum immolabat Neptuno, deos aquarum. Incolae Aegypti in Nilo, fluvio cocodrilonum navigant», decía la voz cansada de Mr. Low, y yo reveía mi río natal y los saurios de dientes agudos que allá son dioses. Pero veía asimismo en ese momento, circunscrita por los vidrios, como un hada más, a Lady Rowena. Al reconocerla, los niños salían gritando: «¡Mamá! ¡Mamá!», entre los ladridos festivos de sus lebreles, y Mr. Low, tras de apreciar un instante la plástica hermosura del grupo, apoyaba la escalera en los anaqueles, suspiraba y reanudaba su catálogo. En ocasiones, en ausencia de Lord James, asomaban la nariz por la biblioteca, relaciones y parientes suyos, que recorrían la casa valorando las mejoras. Les oí a los ingleses comentarios bastante curiosos.

—Se comprende —le indicaba uno de ellos a su acompañante— que un gentleman tenga caballos, perros y escopetas, y una bodega excelente y, por supuesto, retratos de familia; que cace zorros, ciervos y jabalíes. Pero esto de los libros... tantos libros... es más fuerte que yo y no lo consigo entender. Acuérdate de que ya en Oxford, Jimmy era medio raro, con su manía de las lecturas y los dibujos... Apenas salía con nosotros... Te confieso que, para mí, tener tantos libros, es cosa de afeminados...

Otro, de un matrimonio muy elegante:

—¿Lord Withrington ha leído todos estos libros, Mr. Low?

—No, sería imposible. Hay cincuenta y tres mil. Pero si los necesita, sabemos dónde

están. La mujer, dirigiéndose al marido:

—¿Ves, George? Es como yo te decía. Compra libros como nosotros compramos tapices. Para abrigarse y para adornar la casa. ¿Hace mucho frío aquí?

—Sí, Milady, en Navidad, en enero, en febrero.

—¿Se puede ver al ermitaño?

—No está aquí, Sir Arthur; hay que salir al parque y preguntar por la ruina gótica. Otro, un viejo malhumorado al que recuerdo perfectamente:

—¿Todos estos libros son comprados por Lord Withrington?

—Una parte, Lord Brompton; los hay que proceden de las bibliotecas de su padre y de su abuelo.

—¿Viene a menudo por aquí?

—Constantemente.

—¡Qué extraño! ¡En verdad, Lord Withrington es un hombre extraño! Teniendo una casa tan grande y tan cómoda, y un parque tan espléndido, venir sin razón a un lugar tan triste. A mí, permíteme que se lo diga, los libros me entristecen. ¿Nunca lo entristecen a usted?

—Al contrario, Lord Brompton, me alegran.

Y Mr. William tornaba a correr y ascender la escalera portátil, o a sacar una caja de manuscritos; o a anotar algo concerniente a la visita de la Reina Elizabeth y Robert Dudley Conde de Leicester, a Wilhrington Hall; o a examinar un torso grecorromano; o a renegar porque había aceptado disertar ante las señoras de la parroquia de Great Malvern, sobre la poesía de Miltón., y a apuntar, a apuntar... a escribir... a subir y bajar, a bajar y subir... y a preparar una versión latina: «Mali comités nocent semper pueros...» ¡ah, ah, ah...! ¡Si hubiera podido negarse; si hubiese sabido manejar el mecanismo que se requiere para responder resueltamente que no, que no...!

¿Y la Poesía? ¿Dónde se había ocultado la Poesía, entre ese cúmulo sofocante de obligaciones, que en vez de reducirse crecían año a año? Dos decenios atrás, Mr. Low había publicado una selección de poemas, con el título de «The Secret Island». El Amor los había inspirado, y eran profundamente sensibles y musicales. Fueron encomiados y recitados; supusieron los críticos que su camino sería ése. Lady Rowena, que aún no conocía a su autor, murmuraba de repente una estrofa del que comienza:

La sombra de la noche

prolonga para mí el jardín de tu memoria.

Después, Mr. Low se bahía llamado a silencio. ¿Qué requería su Musa? ¿Otro amor, otro gran amor? Creo que la multitud de tareas dispares que lo asediaba, le impedía distinguir con nitidez en su interior, donde trozos de nolas referentes a tales textos, a tales mármoles, a tales reyes de Inglaterra y Escocia, etc., interceptaban pedantescamente la pureza de sus visiones. Fui aprendiendo, poco a poco, que hacía mucho que Mr. Low planeaba escribir un largo poema sobre el tema misterioso de la «Anunciación». Pacientemente había recopilado estampas y diseños, algunos de los cuales encargó él mismo, que copiaban pinturas célebres, sugeridas por la escena maravillosa. Espaciadas y solitarias veladas, cuando lograba conjurar la fatiga y las preocupaciones, abría la carpeta que contenía esas figuras, en un jardín que no era el de la sombra de la noche, sino el más escondido de la Poesía, y que únicamente ocupaban dos personajes fundamentales, un Ángel y una Virgen. El Ángel arcaico de Bernardo Daddi iniciaba el prodigio de las manifestaciones, seguido por un segundo, de hinojos como él, que reiteraba la piedad de su imagen; el de Simone di Martino se coronaba de hojas y llevaba una rama en la mano, como si de los bosques celestes acudiera; el exquisito de Fra Angélico, de Cortona, hacía pensar en que una Virgen de alas multicolores se dirigía a la Virgen, la cual, cruzadas las manos, acababa de suspender su devota lectura; el de Memling saludaba a una Virgen suntuosa, la caída de cuyo ropaje era sostenida por dos ángeles más, mientras que el Espíritu Santo planeaba dentro de su aureola; el de Gérard David como un príncipe de notantes vestiduras, alzaba un elaborado cetro con la mano

izquierda, y con la derecha bendecía; el de Fiero della Francesca, de Perusa, era quizás el más sereno, el más compenetrado de la gravedad de su mensaje; corría el de Melozzo da Forlì, con la premura de dar la buena nueva; y los dos venecianos de la Escuela de San Rocco, el de Ticiano y el de Tintoretto, dramáticos, escenográficos, avanzaban hacia la Madonna bajo orlas de querubes, o atravesando muros en pos de la Paloma divina, para completar la ronda que Mr. Low había convocado, fervorosamente, en el curso de sus viajes. Cerraba el bibliotecario la carpeta, y durante buen espacio flotaba en el aire un rumor de alas. Se me ocurría, entonces, que el poeta cedería a las voces melodiosas que susurraban a su oído, y en efecto, aprontaba papeles y pluma, pero el adentrado sentido del deber podía más que las sugerencias de la iluminación pasajera, y cuando yo imaginaba que su alma se echaría a volar con los vocablos sagrados del Anuncio, lo veía en cambio entregarse a organizar la conferencia sobre Milton, o a adaptar las «Consideraciones sobre la Imitación de las Obras Griegas en Pintura y Escultura», de Winckelmann, a las distraídas mentes de Master John y de Master Sebastián, a quienes su padre deseaba formar, desde la adolescencia, en el culto del arte.

He querido y admirado mucho a Mr. William Low, los escasos años en que fue mi dueño. Era un caballero cabal; la poesía que adentro llevaba, y que su exagerado sentido de la responsabilidad hacia los otros, le impedía ayudar a florecer, le hacía descartar la responsabilidad hacia sí mismo, precisamente hacia la poesía que aguardaba a flor de piel. Pero la Poesía estaba ahí, y su presencia, al aparecer en una palabra o en una actitud, confería a Mr. Low una calidad extremadamente sutil, que no lograba anular su aprendido empaque de dómine. A Lord Withrington, a pesar de la diferencia de situaciones, lo unía una amistad especial. También es cierto que Lord Withrington escapaba a las clasificaciones habituales. Pasaba largas horas en el piso superior de la «ruina gótica» que en el parque había hecho levantar, y que tenía al ermitaño por morador de la planta baja. Mr. William fue, contadas veces, a hablar con Lord James en su refugio y yo, como es natural, con él. Eso me permitió entrever de paso al anacoreta, que había engordado groseramente y me incliné a suponer que bebía de sobra, en su mística celda provista de una calavera, un Cristo, un libro de oraciones, un banquillo, un jergón y un reloj de arena roto. Le daba por canturriar letanías, como a Su Majestad la Reina Doña Mariana de España, pero, sin decir agua va, se descompaginaban, y barajaba lo muy pío con lo muy obsceno. Sonaban en ese caso los arados chistidos del noble señor de arriba, y el eremita retomaba la vía beata. En verdad, como ermitaño, era impresentable.

Lord Withrington había instalado, en la torre de la ruina su taller, incorporándole una vidriera nada ojival, del lado del crepúsculo. Caballetes, telas, bastidores, paletas, pomos de pinturas, pinceles y frascos, distribuidos con minucioso orden, abarrotaban la limpia habitación, cada uno en su lugar. Allí, lejos de todo y de todos, sin más compañía (cuando había impuesto serenidad al contratado anacoreta) que el panorama y el trinar dulcísimo de los ruiseñores, Lord James pintaba. Pintaba, insistentemente, el mismo paisaje : una suave ondulación desnuda, sobre la cual el cielo ofrecía sus cromáticas combinaciones estupendas; su navegar despacioso de nubes como escuadras de veleros; o el levantarse de nubes esculturales, como rebozadas danzarinas que inmovilizó un hechizo; o su letargo soñador, si quedaban suspendidas como inmensos aerolitos blancos en el éter. Dijérase que un mago imperceptible, por medio de ligeros toques, utilizando los elementos invariables, pintaba antes lo que Lord Withrington debía pintar, y era tan vasta la gama de tonos y semitonos, del glauco y el aceitunado al índigo y al opalino, del amoratado al celeste y del granate al coral y al róseo, pasando por la escala de los negros, los blancos y los amarillos, que aunque el artista repetía el tema obsesionante del cielo, la comba bóveda, protectora de Great Malvern, de su condado, de Inglaterra y de sus islas, recompensaba al pintor, brindándole en un solo lugar infinitos paisajes. La felicidad del refinado Lord Withrington, en aquella celda que sobrepasaba en realidad a la del vecino ermitaño, era todavía mayor que en la biblioteca bienamada. A mí me fascinaban sus cielos, los cielos cambiantes de Lord James. Los tengo presentes ahora, como las pocas veces que los vi colgados de las paredes del taller, y no dudo de que los ángeles de las Anunciaciones

reunidas por Mr. Low, hubiesen transitado por ellos con cadencioso júbilo. Respecto de dichos cielos, contaré algo que nadie sospecha y que me parece interesante.

Unos meses luego de que Maggie (llamada la Duquesa de Brompton bastante después de serlo apenas) compró el dibujo de Miguel Ángel Buonarroti que representa a Febo di Poggio desnudo, y que el lituano de Harvard, residente en Florencia, atribuyó a Sebastiano del Piombo, la Duquesa le adquirió al citado lituano un óleo, «Nubes sobre las dunas», de Turner, que medía más de dos metros de largo por uno y medio de altura, y que era sencillamente sensacional. Ufana de su acierto, al cual colocó su estrategia en el hall de su casa de Belgrave Square, en Londres, invitó a su vieja amiga Dolly Vanbruck a apreciarlo. No sé si por envidia, por ignorancia, o por darse aires de conocedora, Mrs. Dolly se obstinó en que el Turner era falso. En vano Maggie le enseñó papeles y se refirió a la indiscutida autoridad del experto a quien lo debía, Mrs. Vanbruck se emperrió más y más en la despechada certeza de que ellas, las pobres, las infelices millonadas de los Estados Unidos, eran saqueadas sin remordimiento por los «marchands» de Europa, y citó a una tía y a dos primos y a un cuñado, víctimas de sus manejos. Por fin resolvieron dirimir el caso, por comparación y al tuntún, frente a la colección completísima de cuadros de Turner de la Tate Gallery, y allá nos dirigimos, la Duquesa, púrpura de cólera, Mrs. Vanbruck, lívida de apasionada seguridad, y yo, en el eterno guante de esta última, pasmado ante la violencia que podía alcanzar una disputa entre dos mujeres inseparables y totalmente legas en el asunto.

Me esperaba en las salas dedicadas por la Tate Gallery a Joseph Mallord William Turner, una sorpresa de la cual tardé en reponerme. Mientras íbamos de pintura en pintura, sordo ya a la discusión estéril e indignada de las señoras, me invadía la evidencia, por la afinidad de los enfoques y por la exactitud de los procedimientos técnicos, de que el maestro de los cielos densos o transparentes, tormentosos o irisados, no pudo ignorar la obra de James Withrington. En una palabra, de que Withrington había sido un precursor de Turner. Pero Lord John Michael Withrington (décimo del título), hijo primogénito del pintor de la colina y las nubes de Great Malvern, fiel a la antigua tradición familiar, sólo pensó en cacerías, en carreras de caballos y en la ciencia del mejor oporto y del mejor brandy, así que, al sucederlo, no valoró la obra paterna, que en su fuero íntimo habrá tachado de excentricidad, y siendo inevitable demoler la falsa «ruina» que la imaginación romántica de su padre creara, mandó trasladar a los desvanes del ala Tudor de la casa las telas de Lord James. Dos años después, un incendio que devoró las complejas vigas, las destruyó. No quedó ni una.

En cuanto a Mr. William Low, un día —o, más exactamente, una noche— aconteció el encantamiento: una noche primaveral en que por la abierta ventana irrumpían las perfumadas emanaciones. Mr. Low se acodó en el vano, y miró hacia el estanque fosforescente de la luna, al que prestaba fondo la congoja de los sauces retorcidos. Incontables flores silvestres habían brotado al *azar*, transformando el césped que hasta el estanque se extendía, en un tapiz más bello que cuantos tejieron en las flamencas manufacturas. Sentí latir con fuerza el corazón del bibliotecario. Caminando pausadamente, en torno del agua plácida, la imagen de Lady Rowena (que a esa misma hora por supuesto dormía en el lecho marital, suelta la cabellera lacia, y el perfil anidado en el hueco del hombro de su esposo), cortaba una flor, y seguía su perezoso paseo bajo la sombrilla de encajes. Así la había visto Mr. Low esa mañana, a través de los vidrios de la biblioteca, y así sabía yo que tornaba a evocarla, a soñarla, acompasada y tersa, como los cisnes que desde el estanque duplicaban los movimientos de su cabeza exquisita. ¡Cómo latía, cómo latía el bibliotecario corazón! Se sentó en la cama, cerró los ojos, y entonces por la ventana entraron las hadas de la floresta de Arden, aquellas que detrás de los cristales espiaban los anaqueles nocturnos. Su vuelo de pájaros tímidos se mezcló en la habitación con el majestuoso batir de alas de las figuras del Arcángel Gabriel, la que bendecía, la que levantaba el cetro, la que tendía una rama hojosa, la que levitaba, arrastrando los pliegues soberbios de su rígido manto, la que rodeaba un aura trémula de serafines... Y Mr. Low continuaba sentado en su lecho, la frente entre las manos, cerrados los ojos, pero seguro estoy que oyendo el ligero entrechocarse de tantas alas

incomparables, alas de ángeles, alas de hadas, mientras el Amor indagaba la ruta de su corazón, hasta que el Amor se aposentó allí, y juntos, los seres alígeros, los encendidos embajadores de la divinidad y las pequeñas criaturas que dan vida al bosque, salieron confundidos por la ventana hacia sus destinos opuestos, y recortaron fugazmente sus siluetas en el espejo de la luna redonda.

—Mañana empezaré a escribir el poema de la «Anunciación» —dijo Mr. William en voz alta, y se durmió sonriendo.

Compartí, punto por punto, lo que sucedía en lo hondo de su interior. También yo gocé de un éxtasis que no podía ser análogo, hacía más de tres mil años, la vez en que, desde una barca donde cantaba un muchacho ciego, la Reina Nefertari hundió en el agua del Nilo la mano en cuyo brazalete yo resplandecía; me rozó el mágico pez sensual, y desde entonces me enamoré de la Reina para siempre. ¡Cómo entendí la cuita y el regocijo de Mr. Low, mi hermano allende el tiempo! El Amor que había bogado bajo las ondas del río sacro, surcaba ahora con jaspeados élitros las penumbras de la cámara del bibliotecario de Lord Withrington, y era el mismo, el eterno Amor que hace rebosar los corazones, convirtiéndolos en copas llenas de miel y de vino que inflama; el mismo Amor...

No correspondía, a la mañana siguiente, para paz del maestro, dar clase a los niños, de manera que hizo a un lado las fichas del catálogo de su biblioteca, y al otro las de los mármoles de Roma, cubriendo, con estas últimas, las páginas sobre «Los sonetos de Miltón», que para las señoras de la parroquia había comenzado a esbozar. En el encabezamiento de una hoja, trazó con su letra clara: «La Anunciación. Poema», y vigilando de hito en hito hacia las puertas ventanas, por si se le ocurría pasear tan temprano a Lady Rowena, dejó que su mirar ambulase sobre las hileras de libros delicadamente encuadrados. Sentí que, con el Amor, la inspiración había entrado en él. Sus ojos tenían el color feliz del día, y la renovada juventud besaba sus sienes y sus pómulos.

En ese momento, apresurado, exaltadísimo, surgió Lord Withrington en la biblioteca:

—¡Mr. Low —exclamó— debe usted partir a París en seguida! ¡En seguida! ¡Me avisan que hay en venta un libro de horas en Autun, del siglo XV, completo, con sus tapas de pergamino, sus cierres de plata dorada y sus trece miniaturas; y doce grabados de Alberto Durero, de la primera edición, entre ellos el de San Juan frente a los siete candelabros de oro, y el del combate del Dragón y San Miguel! ¡Ya, ya! ¡Inmediatamente! ¡Por favor, Mr. Low! ¡No debemos perderlos!

Mr. William guardó la hoja y su ornado título; hizo un precario equipaje y, sin un minuto para despedirse de Lady Rowena, que quién sabe por dónde andaría, con sus sombrillas, sus cachemiras y su grácil languidez; saltó (saltamos) en el coche, y hacia Dover galopamos. No tengo idea de si los Arcángeles, o por lo menos las hadas, volaban en torno del carruaje. Mr. William iba silencioso, gacha la cabeza; ni leía ni observaba la fiesta armada por la primavera alrededor.

Nos alojamos en París, en un modesto hotel de la rue de la Harpe, cuya vieja enseña mostraba al Rey David tañendo ese instrumento. Se hallaba cerca del monasterio de Cluny, que después sería museo, y que a la sazón, si no me equivoco, entre otros albergaba a una lavandera, un tonelero y un astrónomo. El día mismo de nuestra llegada, aprestóse Mr. Low a visitar al propietario de las valiosas piezas que ambicionaba Lord James, y previamente me quitó de su anular, para lavarse las manos, utilizando al efecto una jofaina de loza que había en la habitación. Distraído, se distraía mucho, después de la noche lunar), me olvidó junto a la vasija, y se marchó. Entró al rato una mujer, a acondicionar el cuarto; me descubrió; sin vacilar me metió en el bolsillo; y rápidamente se escurrió conmigo por la rue de la Harpe, hasta el tendejón de un compraventero, sobre el cual caía la sombra erizada de la iglesia de Saint-Séverin. Porfiaban en robarme, lo que confirma la ávida flaqueza de la condición humana. Allí, previo el sonar de unos luises sobre el mostrador, me quedé muy atribulado. Durante una semana, abrigué la ilusión de que Mr. William vendría a rescatarme, mas luego me resigné, una vez más, a mi mudable destino. Desconozco qué suerte habrá corrido el buen bibliotecario, y especialmente si los ángeles y las hadas lo secundaron para que compusiese su poema de la «Anunciación». ¿Lo habrá compuesto mi querida Liebre de

Irlanda? De ser así nunca lo publicó, porque hasta mí hubiesen llegado los ecos, en el rodar de los años. Quizás abandonó Withrington Hall, y la ofuscación que le causaba el solo mirar a Lady Rowena, recorriendo el parque de los sauces y de los cisnes, como una aparición, o como si hubiese descendido de uno de los gloriosos retratos que interpretaban su mímica triunfal en el comedor de Great Malvern. O quizás el poema se redujo a cenizas, como los pintados cielos de James Withrington, de manera que lo que ambos consideraron con justicia la culminación de sus vidas creadoras, no tuvo, como la labor de tantos artistas perdidos, más consistencia que si lo hubiesen soñado.

El poeta, el pintor y la bella dama, que en mi autobiografía reemplazaron a la pareja de magos casi adolescentes, como éstos a la Princesa de Nápoles, y ésta a su primo, el Príncipe ingenioso, constituyeron el último aporte efectivamente digno de mención con que contó mi existencia, antes del viaje a la América del Sur. Pero entre el olvido de Mr. Low en el hotel de la Harpe, y ese traslado a regiones tan remotas de aquellas en las que se habían desarrollado mis etapas anteriores, transcurrieron unos cuarenta años terriblemente vacíos, destacados por mi ingreso en las casas de empeño y mi partida de dichos bazares, mi vuelta a ellos y mi nueva y pasajera despedida, reencontrándome en los distintos negocios con los mismos objetos que, a impulsos de la economía y sus zozobras, trajinaban por iguales caminos, y que veía desgastarse, envejecer, corroerse y consumirse, mientras yo preservaba incólume mi lozano azul, era tan príncipe como Raimondo de Sangro, como Oderisia Bisignano, o como los Lores Withrington, en medio de una plebe de andrajos y fracturas. Sin embargo, por algún incalculable motivo, ningún dueño me retenía demasiado, y ninguno me atraía en particular. Fui del uno al siguiente, y luego a la casa de préstamos, como vagaban los caballeros medioevales de desventura en miseria, hasta que tropezaban por fin con la razón de sus jornadas. Era como si tuviese que cumplir con un ciclo de prueba y de humillaciones, previo alcanzar la diáfana y genuina luz. Lo cumplí, año a año, afirmado en la memoria de la augusta Nefertari (o en el «jardín de su memoria», por citar a Mr. Low), en Nefertari, mi estandarte y mi Reina, mi faro de Amor durante el trance tenebroso: hasta que un capitán francés, un Monsieur de Montravel que con su corbeta «L'Astrolabe» había realizado esa travesía en varias ocasiones, me adquirió y me llevó consigo de El Havre de Gracia a Santa María de los Buenos Aires, en el extremo del mundo.

Numerosos viajeros, entre los cuales descuellan los ingleses de grandes pies infatigables, han descrito el penoso desembarco en el mencionado puerto: primero, el traslado a una chalupa; segundo, los obstáculos (sobre todo si está revuelto el río) que implica el pase de la chalupa a un carro de ruedas colosales, del cual arrastra una yunta de caballos hundidos en el agua hasta los pescuezos; son unos caballos que al principio parecen tener la mitad del cuerpo de sirenas, como los equinos anfibios de las fuentes erigidas a Neptuno, porque de tanto en tanto, en el curso del cuarto de legua que atraviesan, emergen, chorreantes, relinchantes y caracoleantes, y se cree entrever sus aletas natatorias, pero que después, cuando el agua ya no los cubre, recuperan su traza frugal y positiva, melancólicamente antimitológica, de jamelgos con mataduras obedientes al látigo y al vozarrón. Desde uno de esos carros abarqué a Buenos Aires, que le había oído describir a Monsieur de Montravel como una ciudad oriental, dirigiéndose a unos naturalistas indefectiblemente británicos que quedaron en Montevideo. No coincidía lo que vi con mi idea de las ciudades de Oriente: ¿dónde estaban las cúpulas de las mezquitas? ¿dónde sus esbeltos alminares, sus blancos palacios, sus enrejados harenes, las albercas y el enredo ruidoso del zoco? Nada de eso había allí: había unos pocos campanarios modestos, unas calles trazadas a cordel y de seguro cenagosas, y encima un inmenso cielo crepuscular, que hubiese encantado a Lord Withrington y a Turner; había (la vimos y anduvimos luego) una plaza, con un obelisco minúsculo, que yo, experto en obeliscos, no pude contemplar sin compasión, y en esa plaza, otras carretas gigantescas, aparentemente empantanadas frente a una catedral de insólito exterior neoclásico. Hallábase la plaza cortada en dos partes, por una recova que olía a comida rancia, y en ella, a la izquierda, si se daba la espalda al Fuerte y al río, nacía una calle, la tercera, denominada de la Universidad, por la cual nos metimos. Hacía calor, no obstante

lo cual las parejas que transitaban por sus angostas aceras, altas como de un metro sobre el barro que salpicaban las escasas recuas y vehículos, conservaban unos espesos atuendos ceremoniosos; ellas, con miriñaques y peinetones, fabulosamente descomunales ambos; ellos, con unas levitas que se ceñían lo más posible, según la tolerancia de las respectivas cinturas y vientres, y tocados con unos sombreros de copa peludos y mayúsculos; toscos, hombres y mujeres, ostentando en el peinetón o en la galera, en el bordado o en la solapa, muy visibles cintas y moños de un rojo de sangre, en los que alcancé a deletrear la unánime leyenda: «Viva la Santa Federación. Mueran los salvajes Unitarios.» No era fácil avanzar entre tanta gente, más aún si se tiene en cuenta la estrechez de la vereda; la amplitud exagerada de los miriñaques y sus faldas rígidas; la cantidad de negros y negritos, portadores de almohadas, alfombrillas, faroles, etc., que en torno de sus amos se apiñaba; el continuo detenerse cortés e incómodo, para saludarse, besar las manos, preguntarse por la salud, quejarse del calor, gobernar a los opulentos miriñaques como embarcaciones, cuidando de no zozobrar en el lodo vecino; y a la postre el riesgo de que Monsieur de Montravel, que no paraba de mascullar malas palabras francesas, perdiese un ojo o los dos, desencajados de sus órbitas por alguna de aquellas peinetas monumentales que no he visto en ningún otro lugar, y cuyo creador, por lo que más tarde supe, se apellidaba, contradictoriamente, Masculino. Pese a los impedimentos que sin cesar se sucedían, y gracias a la habilidad con que el capitán esquivó las acumuladas fuerzas destructoras que amenazaban su ruta (estuvo a un pelo de caer en la calle y su basural), llegamos por fin a lo que resultó ser nuestro destino, una casa en nada diferente de las restantes, a ambos lados de cuya puerta entornada se distribuían, como guardianes, sendos pares de rejas, protectoras de las ventanas, y que no bien se asomó Monsieur de Montravel a los hierros de la cancela, mostró un delicioso, patio sombrío, embalsamado por los jazmines, que alrededor de un aljibe de mármol reunía una exuberante asamblea de macetas con flores y plantas.

En ese patio jugaban entonces con un gato gris, una niña de unos once años, y un niño de cuatro o cinco, a quienes mi dueño llamó, imponiendo a los nombres castizos las erres gangosas de su tierra:

—¡Petrona! ¡Pedro!

Acudieron aprisa los pequeños, la niña con el gato en brazos, y al reconocer la mayor al visitante en la penumbra del zaguán, prorrumpieron en exclamaciones de alegría. Entramos, abrazó a los párvulos Montravel, abrió el paquete que traía, dio una muñeca a Petrona, y una pelota a Pedro, lo que redobló el alboroto infantil, y juntos seguimos, bajo un techado corredor, hasta un segundo patio, éste con perfume de diamelas y magnolias, en cuyo extremo se torneaba y ascendía, medio perdida en una enredadera enmarañada, una escalera de caracol. Por ella subimos a la terraza, donde disfrutaban del fresco del río dos personajes: un caballero de más de cincuenta años, espigado, de ensortijado pelo rubio-gris y pobladas patillas, encuadradoras de un rostro noble, una nariz recta, unas cejas finas y unos ojos azules; y una dama de blanca y suave piel criolla y serenos ojos oscuros, que peinaba sus cabellos, oscuros también, en forma de coquetos tirabuzones. En vez del engorroso miriñaque y sus duras ballenas, que lo emparentaban con los guardainfantes de la corte de Felipe IV, la señora vestía una bata holgada, a rayas naranjas y lilas, la cual, al dejar libre su cuerpo, acentuaba su tendencia a engordar y su tipo voluptuosamente andaluz; y el señor se había quitado la levita color verde oliva, que me recordó una casaca de Mr. William Low, y quizá por eso (pues la simpatía y la antipatía suelen tener orígenes extraños) sentí en seguida que su propietario me gustaba. Había quedado éste en mangas de camisa, de una camisa de batista muy delgada, con puños de blondas y una chorrera semejante, abierta, de manera que permitía adivinar, colgado de un cordón azul sobre el pecho casi desnudo, algo que se me antojó un escapulario o una reliquia. Cuando desembocamos en la terraza, tanto el caballero como la dama se iluminaron de felicidad amistosa. La última se puso de pie, y se adelantó a dar al extranjero la bienvenida; en cambio él permaneció sentado; entonces advertí que su sillón estaba provisto de ruedas, y comprendí que no podía caminar. El capitán besó la diestra femenina y, a la francesa, doblándose, besó en los carrillos al inválido.

—Montravel!, mon cher Montravel! —murmuró el caballero, y pronunció el idioma del otro perfectamente.

—Benoit!, mon cher Pierre Benoit! —respondió el forastero, en tanto la señora obedeciendo a la hospitalaria costumbre rioplatense, se inclinaba en la balaustrada sobre el patio de las magnolias, y daba voces a las negras para que viniesen a cebar unos mates.

Lograba el cielo ahora matices de rara sutileza, diluyendo la rosa con lo cárdeno y lo marfilino, e impulsando mansamente, como a la deriva, holgazanas siluetas de nubes. De súbito entendí y adopté la imagen de la ciudad oriental, que había rechazado al comienzo. En torno, simultáneamente geométricas y vaporosas, se extendían y se alejaban las chatas arquitecturas de las azoteas, que a menudo borraban sus límites apenas indicados, aquí y allá, por los parapetos y las barandillas. Insinuábanse, en varios de esos terrados, indecisos miradores, que de repente, si se refugiaba en ellos una postrera luz, se alhajaban con el exotismo brillante del azul, del rojo y del blanco, por virtud de sus vidrios policromos. En todas las azoteas había mujeres, que probablemente gozaban de la brisa del río, y que observé desde la de los Benoit, sentadas en los antepechos o acomodadas sobre cojines; se aireaban con pausados abanicos, se embozaban con mantillas y pañoletas, algunas no se habían despojado de los peinetones exorbitantes, que seguían posados sobre sus cabezas, a manera de fantásticas mariposas de calado carey. Dichas figuras adentraban en la mente la evocación de los serrallos islámicos, por la admirable beldad de las jóvenes y sus madres, que luego comprobé; por el tono general de indolencia deleitosa que doquier prevalecía; por el sahumero que emanaba de los pebeteros y de las plantas fragantes; por la presencia de un río confundible con un desierto, en el que las blancas arboladuras se erguían como los pabellones y toldos empavesados de un jeque; y por la voz de un hombre invisible, acompañada por una vihuela, que desprevenidamente moduló su cuita, uniéndose a los aromas eróticos, para completar un cuadro de nostalgia tan innegable que, a medida que se entenebrece la noche, los sencillos campaniles católicos se fundieron con el resto iluso y lograron la magia del añilado torreón del muecín musulmán. Se distinguía, en aquellos breves prosenios, el cadencioso moverse de las africanas, en cuyos dedos chisporroteaba un segundo la suntuosidad de los mates de plata y de oro, con bombillas de extravagantes dibujos, y el metal labrado o la esculpida madera de cocobolo de las yerberas, que circulaban de mano en mano, como el mate que subieron las negras de Doña Mercedes Leyes de Benoit, y ofrecieron, calentito, poniéndose de rodillas y sonriendo al huésped con los dientes de azúcar.

Mientras recomponía, terraza a terraza, la estrambótica imagen de una exigua ciudad de Oriente, en lo más austral de América, continuaba yo atento al cambio de frases de los señores Benoit y Montravel quienes, luego de dar unas chupadas a la bombilla del mate, lo devolvían a Doña Mercedes, que a poco tornaba a entregársele. Hablaban del tiempo corrido desde que Benoit, joven y treintañero oficial de la marina napoleónica, abandonó su patria, tras el desastre de Waterloo; surcó el océano, en la goleta «La Chifonne», comandada por Monsieur de Montravel, que de El Havre iba a Buenos Aires, dos decenios atrás, con un voluminoso cargamento, consignado al agente francés Antonio Leloir; destacaban la, ayuda que dos prohombres del nuevo país, Pueyrredón y Rivadavia, le prestaron; retomaban el tema de la salud del recién venido, que lo obligó a dejar esta otra incipiente marina, y a ingresar en el Departamento de Ingenieros y Arquitectos, pues nadie trazaba los planos ni componía los proyectos con tan caligráfica pericia; y finalmente Benoit deploraba que hiciera doce años ya que no podía concurrir al despacho, dado que el dolor que desde el comienzo le atenaceara una pierna, hizo presa también de la otra, y debió recluirse en su casa y en su cama, hasta que el sufrimiento cedió, pero le fue imposible usar sus extremidades. Y entonces había acontecido el milagro. Una joven vecina, soltera, de vieja familia del Plata, tuvo piedad del artista que gemía en su solitario lecho, a un costado, colgado de la pared, el sable que esgrimiera en el abordaje desde los navíos de Napoleón. Esa dama, esa caritativa Mercedes Leyes, diariamente insistió en socorrerlo, ayudada por su hermana; en facilitar la vida de aquel

francés atractivo, de rostro serio y aristocrático, capaz de sonreír, irónico, y de cuyas ágiles manos brotaban maravillas, fuera de los papeles del Gobierno, en sus propios álbumes colmados de croquis de escenas, personajes, flores y proas. Se casaron, no obstante el quebranto de Peirre Benoit, y la prueba de que, por suerte, su impotencia no había atacado importantes zonas físicas, eran sus dos hijos, la mayor de los cuales, Petrona, vio la luz un año después del matrimonio. Compartían los esposos la calma hogareña, y el diseñador no se quejaba de su destino. Había conservado el puesto; más aún, lo habían promovido a Director de Dibujo, y trabajaba sin salir de su casa. Hábilmente impulsó la silla de ruedas, y con Montravel a la zaga, entró en la habitación próxima. El gordo gato gris saltó sobre sus rodillas, y lo acompañó en el recorrido. Benoit le acarició el lomo:

—¡Balzac! —lo reconvino—. ¡Pórtese bien! Se sorprendió el capitán de «L'Astrolabe»:

—¿Balzac? ¿Como el novelista? Aguzó la burla el amo del felino:

—Sí, pero no son parientes.

—¿Tan poco le gusta a usted el gran escritor?

—Al contrario; me asombra. Es un homenaje. Me fascinan los dos Balzac: el novelista Honoré, y mi gato. Verdaderamente, no lograría decir a cuál de los dos quiero más.

Estaban en un aposento cuadrado y claro, sin duda un taller, parte del cual ocupaban tres largas mesas. Las cubrían los gráficos prolijos de plantas arquitectónicas, y las sueltas hojas con apuntes y operaciones matemáticas, pero asimismo se amontonaban en ellas los objetos a medio componer y fabricar —varios desarmados relojes, una cerradura, un manojo de llaves, un compás, algunas sortijas y hasta una abollada lámpara de bronce—, los cuales evidenciaban que la destreza manual del caballero se ejercía en muy diversos campos.

Pese a que fuera de Doña Mercedes, que por otra parte no los había seguido, no había nadie en la cercanía, ya que las negras bajaron al patio, Benoit apagó la voz para susurrar:

—Don Juan Manuel de Rosas, el omnipotente, me deja tranquilo. No lo he visto nunca. Sin embargo, debo cuidarme de él, porque es un extraordinario simulador.

—¿Son ciertos —inquirió Montravel— los horrores que en Europa se cuentan del tirano?

—Lo son. Tendrá ocasión de apreciarlo, si no zarpa en seguida. Aquí, el asesinato es moneda corriente. No hay noche en que no se oiga, en la calle, el galope y la gritería de sus esbirros. Los que se arriesgan y lo consiguen, huyen a Montevideo, y allá pelean junto a los unitarios, contra los sitiadores. Mercedes sale apenas, al amanecer, para ir a misa, y las pardas son de confianza... aunque jamás se sabe... la delación cunde... y Rosas detesta a los franceses... Como notará, en casa no usamos la divisa roja, infamante, de la Santa Federación resista, pero Mercedes no tiene más remedio, en cuanto pisa la salle, que ponérsela. Conocemos a señoras del barrio a quienes se las han pegado con brea, en los cabellos. Suspiró, y sus ojos vagaron por las paredes, donde colgaban dos acuarelas de veleros, una del puerto de Calais, y tres retratos ovales de mujeres. Monsieur de Montravel se interesó por esas obras de su compatriota, y se arrimó a examinarlas. Alabó la perfección técnica de los barcos y luego, refiriéndose a las efigies, intrigado, preguntó:

—¿Quiénes son las modelos? El autor vaciló un instante:

—La Reina María Antonieta, en la cárcel del Temple; su cuñada Madame Elisabeth, hermana de Luis XVI; y su hija, la Duquesa de Angulema.

—Ignoraba que usted fuese monárquico.

—No sé qué soy... ¡Balzac! ¡Balzac! ¡Venga aquí!

Balzac había saltado sobre una mesa y, la cola en alto, ronroneando, caminaba entre los relojes, el compás y la regla graduada, sin rozarlos, con la exquisita maestría propia de su especie.

Todavía se obstinó el visitante:

—¿Qué lo indujo a la curiosa idea de dibujarlas?

—No sé... —y de repente Pierre Benoit frunció el ceño, como si se concentrara, y se echó a reír—: Caprichos de artista.

Entró Doña Mercedes, con un frasco de vidrio cuidadosamente tapado:

—Es dulce de batata, capitán, hecho por mí. Le ruego que lo acepte. ¿Le sirvo otro mate? Aceptó y agradeció el obsequio Montravel; rehusó la infusión, tal vez repugnado sin decirlo, y se aprestó a enumerar las noticias de Francia. Benoit lo detuvo, oprimiéndole el brazo con afecto:

—Por favor, mi buen Montravel, nada de Francia... Estoy tan lejos...

Turbóse el interlocutor, y en breve se fue despidiendo, pero antes de partir me desconcertó a mi turno, al quitarme de su dedo y ofrecerme a su amigo:

—Me daría placer que conservase un recuerdo mío, Pierre. No entiendo una jota de su valor, pero cuentan que los escarabajos traen suerte.

Me analizó con su lente el ducho en orfebrería, y para siempre me conquistó al declarar:

—Es hermosísimo. Lapislázuli. Parece egipcio. Acaso vino con los soldados de Bonaparte, a su regreso de la campaña.

La bulla de los niños y los maullidos de Balzac escoltaron a Monsieur de Montravel en la escalera de caracol, y yo, el andariego, me interné en el índice derecho de Pierre Benoit, y al hacerlo experimenté una sensación inexplicable, en la que sobresalían la inquietud, pero una inquietud muy incierta, y un estado de ánimo que acaso pueda comparar al orgullo pero, como en el sentimiento anterior, a un orgullo titubeante, cuya causa no percibí.

Doce años quedé en Buenos Aires; apenas me atrevo a afirmar que la conozco, si se exceptúan sus poéticas azoteas, porque ni en una ocasión crucé la cancela y el zaguán hacia el exterior, hacia la calle de la Universidad, que luego se llamó de Santa Rosa. Si me detengo a considerar la existencia que en esa casa se desarrollaba, creo que lo que más se asimila a su extraña realidad, es el concepto de que transcurría en dos niveles, completamente ajenos entre sí. El uno era el nivel habitual, el obvio; el de las negras descalzas que regaban los patios y la huerta; el de Doña Mercedes persignándose y haciendo persignar a los niños y a sus servidores, cuando repicaban todas las campanas de la ciudad, como si entre ellas dialogasen; el del sabroso olor de las empanadas, el locro y el puchero, que a través de los patios, humeando, trasladaban desde la distante cocina; el de Petrona y Pedro que crecían, que jugaban a que ella era la madrecita y él el hijito, y terminaban riñendo; el de encender el brasero, los meses fríos, en la habitación donde Benoit trabajaba sin otorgarse reposo, y el de reunirse, los atardeceres cálidos, en la azotea donde con ellos al principio me enfrenté, y a la brisa del Plata se añadía la provocada por docenas y docenas de abanicos agitados doquier, y que, mientras se extendía la noche («la sombra de la noche / prolonga el jardín de tu memoria», ¡oh Mr. Low!), reproducían en la añoranza del Escarabajo el aleteo de las hadas en la floresta de Arden. Y el otro era el nivel secreto, el que en vano pretendía yo penetrar pero intuía, las horas en que Pierre Benoit dejaba la pluma, contemplaba soñadoramente los cuadros colgados en su taller, y de pronto parecía replegarse dentro de sí mismo. ¡Ah, cuánto ansié disponer a la sazón de las dotes hipersensibles de Alfred Franz von Howen y de Clarice Martelli, para introducirme en el arcano y en las brumas de esa fluctuante conciencia! ¡Cómo me impacientaba que Khamuas, el pequeño hechicero, al proveerme de condiciones especialmente sutiles, no hubiera decidido intensificar más aún mi percepción de lo que escapa a los ojos corrientes, a fin de llegar yo, por mis solos medios, a las zonas oscuras que presentía! ¿Qué se ocultaba, qué se agazapaba allí? ¿Estaría Pierre Benoit preparado para comprenderlo? ¿O no había nada, absolutamente nada, en aquel segundo nivel, ni siquiera un nivel distinto del anterior y consuetudinario, sino una ficción urdida por mí para distraerme del hastío que a menudo emanaba de la clausura, del vivir como dentro de una campana de cristal, en la que un caballero dibujaba, una dama cosía, unos niños hacían sus deberes escolares y unas negras y mulatas cocinaban, baldeaban y apaleaban alfombras? Empero, era suficiente la presencia de Balzac, para certificarme que no estaba confundido, y que detrás de lo simuladamente convencional una segunda realidad se encubría, que el mágico instinto del gato alcanzaba a discernir, porque de repente Balzac, a quien suponía adormecido, se estiraba, se incorporaba en la balaustrada de la azotea, alargando las delanteras patas y asumiendo la ritual actitud de las milenarias esfinges, o alzaba la cabeza, en la mesa

donde delineaba Benoit, recordándome inesperadamente al florentino Livio Altoviti, al Gato Altoviti de oblicuos ojos negros y amarillentos, y en ambos casos, en la terraza o en el taller, clavaba sus propios ojos de acechante tigre doméstico en el rostro de Pierre Benoit, como si fuese testigo de que alrededor del caballero funcionaban los callados mecanismos de un mundo sólo distinguible por él, por el gato, un mundo de seres errantes, quizá parecido al que Alfred Franz le describiera a la Princesa de Bisignano, y que en torno del muchacho vidente giraba, presidido por una gran esfera azul. Si bien no... no... algo vislumbro de estas cosas, y ya entonces sabía yo que si ese segundo nivel y esa segunda realidad existían, nada tenían que ver con los espectros de Von Howen, sino con una situación... con un signo resplandeciente, desconocido o desechado por el francés, cuyo fulgor incendiaba, de súbito, la abertura pupilar ovalada, en los ojos de oro de Balzac.

Desde el dedo de Benoit me apliqué con empeño a averiguar, a adivinar, a cazar al vuelo la fugacidad de un indicio que me guiara hacia la incógnita región. No me preocupó otro asunto, mientras permanecí en Buenos Aires. Abajo, en las calles, el poder del tirano se manifestaba en crueles locuras, como el de tantos déspotas; después declinó, y por fin dio la impresión de que el símbolo dictatorial resbalaba de sus manos, pero yo no reparé en los rumores, ni en las políticas angustias; toda mi atención se concentraba en el hombre delgado, de cabellos cada vez más grises que impulsaba su silla de ruedas y apenas sonreía. Mi desazón y mi curiosidad, pese a ser sólo una antigua piedra engarzada, no se hurtaron a la perspicacia vigilante de Balzac. También envejecía el gato, que de gordo y reluciente evolucionó a esquelético e inseguro, pero su declinación no restó brillo a sus ojos admirables que traían a mi memoria los de Livio Altoviti, y que, cuando no se posaban en la faz de nuestro amo, se posaban en mí, en el Escarabajo del índice derecho, indagándome.

El inválido tenía por dormitorio a su taller, y su esposa usaba la habitación contigua. De noche, una vez acostado, Benoit repetía iguales movimientos: me quitaba de su dedo y me colocaba sobre el inmediato taburete; se despojaba de la bolsita bordada que de su cuello pendía; sacaba de su interior una corta trenza de cabellos de un rubio veneciano; la besaba; hacía la señal de la cruz, y devolviéndolos a su relicario, lo ponía junto a mí; abría un libro, y durante un rato leía a la luz de una vela; Balzac se acomodaba a sus pies; paso a paso, cesaban los ruidos, hasta que no se oía en el taller más que el ronroneo del gato y el tictac del reloj, interrumpidos por la salmodia del sereno cantor de las horas, que exigía estentóreamente la muerte de los salvajes unitarios o, espaciándose a medida que avanzaba el tiempo, por los galopes y blasfemias de la gente de Rosas, que estremecían las calles en cumplimiento de órdenes criminales. Y ya se mostrasen las estrellas en la ventana, o contra los vidrios golpease la lluvia, yo velaba en el taburete y en la quietud del cuarto, cerca de un hombre inescrutable al parecer, que conquistó mi vanidad desde el primer momento, cuando me halló hermosísimo y que, como también advertí desde aquel instante inicial, osciló perplejamente entre la inquietud y el orgullo, sin llegar acaso tampoco, como intentaba yo, a las raíces de los sentimientos cuyo misterio lo desasosegaba. En ocasiones, y si era muy intensa la lobreguez de la habitación, me parecía que de la bolsita de seda brotaba una tenue luminosidad verdosa, la cual aclaraba paulatina y levemente algunos detalles: el rostro de Pierre Benoit dormido, los retratos de las reales damas y sus diademas, y un último e importante dibujo a tinta china, de un metro de alto, copia del famoso Laocoonte, que reiteraba la contorsión de los príncipes de la sangre del Rey Príamo, presos por las anudadas serpientes implacables. Chispeaban entonces los ojos nictálopes de Balzac y se diría que trataba de indicarme que con esos elementos, combinándolos, era posible reconstruir el juego del enigma encerrado en el taller. Allí estaban, frente a mí, las que quizá fueran las piezas: Pierre Benoit; la bolsa de seda y sus cabellos; la Reina de Francia y su hermana política, muertas en el patíbulo; la Duquesa de Angulema, hija de María Antonieta y Luis XVI; y Laocoonte y sus hijos, ahogados por los monstruos. Pero en el curso de tales devaneos, la luz del alba coloraba los vidrios, conjurando fantasmagorías, y cada uno de los elementos recuperaba su traza lógica; Benoit no pasaba de ser un tullido taciturno; sus dibujos, pasatiempos de un enclaustrado que distraía su morriña de la patria remota;

y su relicario de trenza rubia, el recuerdo de alguien muy amado, tal vez un familiar; en cuanto a la pálida, verde claridad que había señalado con pincelada ligera determinadas fisonomías y cosas, asegurábame yo que la había imaginado, o que era un simple reflejo, surgido de la pobreza de un farol público, que no valía la pena rastrear. Pero otra noche, cualquier noche, reaparecían la furtiva irradiación y el glauco destacarse de los ingredientes que poseían la clave. Chisporroteaban de nuevo los ojos de Balzac, y yo rogaba al Cielo de los dioses egipcios y al de los santos cristianos que me devolviesen a Álfred Franz von Howen, para internarme, con él por guía, en una atmósfera aún inaccesible que me atraía y me desesperaba. ¡Ah!, ¿qué iba a hacer Álfred Franz en Buenos Aires? Álfred Franz, de no haber muerto, tendría ochenta años, residiría en su Curlandia natal y sería conde o (si no se había casado con Clarice) arzobispo; o habría heredado los escasos bienes de la Princesa Oderisia, y habitaría con Clarice el ruinoso palacio de Nápoles, metamorfoseados en dos viejecitos, a quienes la menesterosa servidumbre llamaría los Excelentísimos Príncipes de Bisignano. ¡Qué lejos, qué lejos! Me resultaba absurdo concebir la ancianidad de Álfred Franz, y menos todavía concebirlo muerto. No lo toleraba mi mente sino eternamente joven y ágil y dueño de la gracia de un cachorro de lebel... y si tenía que morir, puesto que todo el mundo muere, a causa de una ley disparatada que nadie entiende cómo sigue en vigencia, me aferré a la idea de que le destinarían un lugar en la Isla de Avalón, a donde van a parar los nobles caballeros suprasensibles, y de que Dindi, el duende verde, se encargaría de él y le enseñaría a lidiar con sus calmos dragones Gog y Magog. ¡Ah!, cuando me angustiaba la tristeza que contagiaba el inválido, en los largos desvelos de Buenos Aires, mi pensamiento buscaba apoyo en las grandezas de mi pasado más reciente... La lánguida dulzura de Lady Rowena; la estética concepción de la vida de Lord James Withrington, pintor de nubes; los afanes dispersos y la poética calidad de Mr. William Low, muy querido; las facultades extraordinarias del adorable Álfred Franz von Howen; el ingenio científico y la bondad del Príncipe Raimondo de Sangro; y la espléndida elegancia de Don Diego de Silva y Velázquez, criado y retratista del Rey de España, sumaban sus prestigios y reemplazaban en mi preocupación, pasajera, a las menudencias de quienes en Buenos Aires me circundaban, al indefinible Pierre Benoit, Director de Dibujo del Departamento de Ingeniería y Arquitectura; a su mujer, Doña Mercedes, morosa y dulce como Lady Rowena, pero lo más opuesto al tono de dicha dama, como si la una fuese la versión inglesa, y la otra la criolla interpretación del mismo texto, con el añadido, en el caso de la segunda, de una marcada y conmovedora inclinación a coleccionar recetas de postres; y a sus hijos, a Petrona, cuyos veinte años maduraban en un altruismo generoso y una simpatía heredados de su madre, y a Pedro, que a los trece permitía presentir la vocación del ingeniero futuro, y el legado intelectual paterno. Cada uno de esos dos grupos, tan distintos, el de mis dueños actuales y el de los anteriores, se perfilaba en mi reflexión con el decorativo fondo que correspondía a la desigualdad de sus existencias: el de los Benoit, sobre la chatura de Buenos Aires, que luchaba por dejar de ser provinciana o colonial, y cuyos anhelos de superación se situaban en la esfera aérea de las terrazas y en la solemne amplitud del río, encima de los cuales planeaban las rimas de sus poetas heroicos, así como su otra faz, la modesta, se distinguía abajo, en la calle, entre pregones de aguateros, pasteleros, pescadores, mazamorreros y vendedores de plumeros confeccionados por los indios pampas con plumas de avestruz; entre risas de lavanderas que de la ribera regresaban con atados; entre disputas por embarrados miriñaques y peinetones agresivos, y apariciones sin aviso de la Mazorca, la banda asesina de los incondicionales de Rosas, autotitulado Restaurador de las Leyes. En cambio las restantes figuras previas que acudían a mi evocación, utilizaban como escenarios las fachadas señoriles, varias veces seculares, de Withrington Hall, su lago de cisnes, su biblioteca magistral, sus vuelos de arcángeles y de hadas; los salones de Oderisia Bisignano, poblados de huéspedes que se hacían reverencias como pulcros autómatas; los laboratorios del Príncipe de Sansevero, donde la lámpara perenne ardía, y se armaba una carroza que debía correr por la tierra y por el mar; y el aposento del real Alcázar donde Velázquez pintaba y repintaba la quijada, los ojos pesarosos y la distinción

insigne de Su Cesárea Majestad Don Felipe IV, espiado tras el cortinaje por el enano a quien convencieran de que era su primo.

No obstante la diametral distancia establecida entre los medios aristocráticos de Europa que yo había frecuentado, y la burguesa sencillez que sugería la casona del Río de la Plata, una voz recóndita balbucía en mi interior que esperase, que aquello era mucho más trascendente que lo que en la superficie aparentaba y que no abandonase mi búsqueda con los hilos de que disponía. Por entonces Pierre Benoit cayó enfermo. Su mal fue largo y burló a los diagnósticos. Se fue afinando el paciente, y distanciándose día a día de quienes lo cuidaban con cariño, hasta que dio la impresión, mientras se extinguía, de que ya nada le importaba; ni siquiera le importó la noticia que los suyos le comunicaron, radiantes, de que el General Urquiza había vencido a las fuerzas de Rosas; ni de que el derrotado huyó a Inglaterra; ni de la entrada del triunfador en Buenos Aires. Pierre Benoit se consumía, escuálido, espiritado. Tendido en el lecho, hundida apenas en la almohada la cabeza pulidamente huesuda, sobre la sábana las manos frágiles, casi no respondía a las preguntas solícitas de la familia y del médico. Lo que le quedaba de vida se había guarecido en sus dilatados ojos azules, como se había refugiado la de Balzac en las almendras de sus ojos negros y amarillentos, porque el amo y su favorito enmagrecían y desfallecían juntos.

En dichos días finales, no adoptaron la precaución de quitarle al moribundo la reliquia del cuello, ni de sacarme de su dedo a mí. Extrañado, observé que a medida que se debilitaban mi señor y su gato, de modo que sus vitalidades postreras, evidentes en sus ojos, reflejaban la tribulación de su psiquis (ya que estoy seguro de que los gatos también tienen alma), yo me volvía íntimamente más sutil. Y asimismo observé que a la comunicación entablada entre la delicada esencia de mi amo, la intensa telepatía de Balzac, y mi propio deshacerme de cuanto no perteneciese al dominio de lo más sensible, se debió que una noche en que cabeceaba la encargada de velarlo, y la luna emblanquecía el sector del cuarto opuesto al que ocupaba el lecho, empezase yo, como quien avanza en las tinieblas, a rescatar aquí y allá contraluces y opacidades, uniendo a los elementos que a punto fijo aludían a la enigmática personalidad de Benoit, trozos de frases oídas al azar, sobre el desconocimiento de sus orígenes, de su infancia y de su adolescencia, hasta que de repente en el rompecabezas se hizo la luz, aunque no me atreví a aceptar de inmediato lo fantástico que ella me mostraba. Simultáneamente, la bolsita guardadora de la trenza rubia comenzó a titilar sobre su pecho; Benoit abrió los ojos cuanto pudo, como si acogiese una revelación; maulló suavemente Balzac; y yo vislumbree que a la cama se aproximaban unas alucinaciones confusas, con traza de hombres y mujeres, que presumí ataviadas como en el siglo precedente, por lo alto de los peinados o pelucas femeninas... todo ello tan vago, que no sería *capaz* de afirmar si lo soñé. Despertó la señora que velaba, y a su vez se allegó al yacente, para lo cual debió atravesar el círculo borroso, al cual por cierto no veía. Ignoro qué le pasó; tal vez sintió frío, porque se estremeció, asustada; rozó un pómulo de Benoit, miró sus ojos de vidrio, y salió gritando que agonizaba Don Piér.

La casa se alborotó con ello; y a poco, pues se asentaba la amanecida, se conmovió el barrio del sur, donde Doña Mercedes poseía una multitud de parientes, Leyes y Espinosa, que en profusión se presentaron, ciertas damas ya con mantillas de luto, al tiempo que lo hacía el sacerdote portador de la extremaunción, cuyo campanilleo sonó en la escalera, y que alcanzó al desfalleciente Pierre Benoit cuando exhalaba su final suspiro. La habitación desbordó de gente y de velas, para hacer lugar a las cuales hubo que mover las mesas, enrollar los planos y retirar las cerraduras y llaves, que como Luis XVI componía Benoit; y luego servir mates, pasear un sahumador, y condenar la ventana, filtradora del peligroso aire del otoño porteño. Me resbalaron del índice del muerto, y desanudaron el cordón azul de la reliquia, tan fulgente que me chocó que nadie lo advirtiera. Hubo responsos, lágrimas, cuchicheos, licores, mates y bizcochos, lo que me recordó a la Princesa Oderisia. Pierre Benoit se había transfigurado; parecía esculpido; parecía la estatua tumbal de un caballero antiguo, con el hábito monjil que le revistieron; le habían cruzado las manos que asían un crucifijo, y le habían puesto una banda obviamente masónica, roja, con un pelicano y sus pichones bordados, cosa que hubiese

indignado al Papa Pío VI, quien condenó a Cagliostro y mandó quemar sus libros y sus insignias, pero habrá que concluir que en Buenos Aires el criterio no era tan severo, con referencia a estos complejos asuntos. Trajeron el féretro por la tarde y, como la capilla ardiente se hallaba en el piso alto, no se pudo cumplir con la costumbre que imponía que se exhibiese al muerto en el salón principal, entre cirios y flores, frente a la calle, abiertas las ventanas de reja, lo cual fue objeto de múltiples comentarios. Lo velaron en su taller-dormitorio, durante el día y la noche siguiente enteros, y los rosarios, preces y versículos se sucedieron sin pausa. Pierre Benoit, en medio del bailoteo de las ceras encendidas, se tornó más escultórico, a medida que se encadenaban las horas. Yo, olvidado sobre un estante, no me cansé de contemplarlo. Lo embellecía la tierna hermosura que en ocasiones otorga la generosidad de la muerte. En la dignidad de sus rasgos, algo prevalecía, una expresión que podía ser un esbozado interrogante o la sorpresa de un reconocimiento póstumo. Su Escarabajo fue el único que se percató de que el corazón de su gato se había detenido con el suyo, y que estaba acurrucado, quieto para siempre, debajo de una de las masas. El Escarabajo era el único, además, por descontado, que aguardaba que un acontecimiento insólito, confirmante de sus singulares sospechas, completase las ceremonias del entierro. No me equivoqué. Tuvo lugar por la mañana del otro día, en tanto los sepultureros clavaban el ataúd, y superó cuanto osé fraguar. La numerosa concurrencia, sincera o artificialmente compungida, había salido a la terraza para facilitar las tareas fúnebres, y aguardar la composición del séquito que acompañaría a Benoit a su tumba. Desde mi estante, como desde un palco, presencié el trajinar de los funebreros, que realizaban su trabajo pronunciando indiferentes frases y hasta soltaban alguna sorda risa, intercalándose toques políticos, como la formulación del deseo que abrigaban de que volviese Rosas y metiese en un zapato, o mejor dicho en una bota, a estos señores de tantos humos y reclamaciones. Y mientras resonaban el martillar y las insolencias, sin que la puerta girara sobre sus goznes, ni de su llegada se percatasen aquellos burdos individuos, lentamente, levemente, entraron varios, muchos —¿cómo llamarlos? espectros, apariciones, sombras...—, varios, muchos seres incoloros, ingravidos, translúcidos y silenciosos, que rodearon al féretro. Pero no... incoloros no eran... incoloras fueron las figuras que del seno de mi lapislázuli extrajo la invocación de Alfred Franz, en honor de la Princesa de Bisignano, en Nápoles, y que constituyeron las vaporosas ilustraciones de mi biografía. A estos visitantes los matizaba un tono gris muy pálido; se los dijera hechos de cristales tenues, o de alabastros de excepcionalísima diafanidad. Así como el muerto renovaba en la memoria las efigies yacentes de los centenarios sepulcros, los ahora venidos, que se enderezaban alrededor de su ataúd, repetían en la mente la imaginería gótica de los viejos portales y claustros catedralicios, a causa de su exigüidad, de sus estrechos hombros y largas caras y manos. Cada uno se distinguía por la diversidad de su corona arcaica, de su cetro, de su orbe, de los pliegues de sus angostas vestiduras, pero a ninguno le faltaban tales atributos y ropajes, transferidos de la piedra a una materia preciosamente ingravida. Se movían como si flotasen (¿no era ésa la sensación que me había transmitido Lady Rowena Withrington?), se hacían pequeños saludos y, como yo, aguardaban. Por fin los groseros e inminentes enterradores pusieron fin a su trabajo de carpintería. Regresaron los deudos, y alzaron el féretro, que poco debía pesar. Abrieron la puerta y la ventana, y comprobé que en las azoteas adyacentes había mujeres de rodillas, cubiertas por negros mantos, a manera de Vírgenes Dolorosas. Fue arduo el descolgar de la caja, pues la escalera de caracol era inutilizable. Se acallaron, minuto a minuto, los ruidos que provocó el traslado y el descenso de tanta gente por la escalera mareante, hasta que no quedó nadie en nuestra azotea, ni tampoco en las del contorno. Entonces aquellos coronados reyes (que a ciencia cierta lo eran, o lo habían sido) se pusieron de pie, porque habían asistido de hinojos a la partida del ataúd. Levantaron a un tiempo las manos libres, como si en el aire cogieran algo más impalpable e invisible para mí que sus naturalezas, con ser ellas extremadamente incorpóreas, y que deduje ser el alma de Monsieur Pierre Benoit, ingeniero cartógrafo, y de esa suerte, como si integraran un regio grupo de orantes, de suplicantes, salieron a la terraza del caserón.

Allá, sin requerir ni impulso ni alas, braceando de vez en vez, cual si remasen hacia las nubes, se elevaron con grave serenidad. Los vi pasar por las ventanas, y quise suponer que se llevaban la pequeña alma del fiel Balzac, con la del Delfín de la prisión del Temple, con la de Su Majestad Luis XVII, anónimamente fallecido en Buenos Aires. Él había sido, en tan arbitrarias circunstancias, después de mi bienamada Nefertari y de la Princesa Berta, hermana de Carlomagno, el tercer personaje real que tuve por dueño. Largos siglos los separaron, y un hondo abismo de poder y de pompa, pero desde que descubrí, atando cabos e hilando fino, lo que me confirmaría la presencia de los añosos Capetos que volvieron en pos de su vástago sin ventura, y lo condujeron a reinar con ellos en celestes comarcas, creció mi respeto por el pobre príncipe que acaso ignoró hasta el último instante que lo era, y que en su diestra me dio albergue, la mano de un diseñador asalariado que mereció ser la que sostenía el cetro augusto.

—¡Adiós! —dije en la soledad de la estancia—. ¡Adiós, Sire! ¡Que San Luis reciba con bondad a su descendiente!

Me encantaba lo poético, lo romántico de la situación. Me encantaba la idea del niño soberano, salvado de la cárcel; extraviado en las neblinas de la amnesia provocada por el terror; transportado por ironía de la casualidad a la lontananza y el destierro de Buenos Aires; convertido en un empleado del Presidente Rivadavia y del Gobernador Rosas; sometido a las limitaciones de una existencia de inválido y de funcionario; a quien un capitán, Monsieur de Montravel, le obsequió el Escarabajo de lapislázuli; y a quien por fin llevaron los grandes reyes de su alcurnia al trono eterno que le correspondía. Me encantaba, pero... ¿no lo habría inventado yo de un extremo al otro? Unos cabellos, unos retratos de damas francesas, un Laocoonte estrangulado por las serpientes ¿no habrían bastado para que mi tedio y mi exilio, excitando mi gusto de fabular, elaborasen la misteriosa historia y la colmasen de hipotéticos fantasmas? ¡Ah! como en distintas oportunidades de mi vida, debí encarar el dilema de dónde termina la realidad y dónde se inicia la idealización, tan nimias, tan exquisitamente inubicables son las fronteras que las separan. Pero no... aquel Benoit de los ojos azules, era el Delfín, el Rey de Francia de los azules ojos. Con dicho título lo encasillé en mis recuerdos, de paso que esperaba a las buenas gentes de su familia del Plata, a Doña Mercedes, a Petrona, a Pedro, a los demás allegados, que retornaron dos horas más tarde, comentando todavía la buena voluntad de los Fonseca, quienes habían permitido que lo sepultaran en su tumba, a él, cuyas exequias, en mi opinión, debieron transcurrir con pompa en la Abadía de Saint-Denis, y que debió reposar al lado de los magníficos monumentos de sus pares, los Reyes de Francia, por la gracia de Dios.

Más de dos décadas permanecí en poder de los Benoit, no sé si olvidado o relegado, porque ninguno de los deudos se decidió a usarme. Un día, mi sopor fue interrumpido por la novedad de que pasaba a integrar un lote de alhajas y otros objetos cuya venta se planeaba. Acudió a la casona un mercante, y por poca plata me adquirió con el conjunto. Me alejé sin pesar hacia mi siguiente destino. Mi dueño, mi señor, quizá mi rey, ya no estaba allí, y yo no les interesaba a los demás. Partí, llevándome para siempre en la memoria, como una fina miniatura de fondo azul, enmarcada por flores de lis de oro, las facciones de Monsieur (¿de Su Majestad?) Pierre Benoit. Y una semana después de estar en una ventana de exhibición, entre elementos tan deslucidos como los que me rodearon en varios negocios, luego de que Mr. William Low me perdió en el hotel de la Harpe, tuve la sorpresa de que solicitara examinarme y me comprara un caballerito alto, de negro pelo y grandes y brillantes ojos, a quien destacaba la coquetería de un lunar en la mejilla izquierda. Se llamaba Gabriel Iturri, había nacido en la provincia de Tucumán, y estudiaba (o hacía como que estudiaba) en el Colegio Nacional de Buenos Aires. Cuando conocí su económica estrechez, aprecié el sacrificio que para él había significado pagar mi precio, por pequeño que éste fuera y remoto de mi real valor, el cual, evidentemente, tanto Gabriel como quien lo vendía, ni siquiera sospechaban. Me halagó, pues, dicho sacrificio, y aunque no conseguí que me gustara aquel jovenzuelo afectado, tuve que reconocer el homenaje particular que implicaba su gesto. Iba conmigo por las calles de Buenos Aires, contoneándose ligeramente, y a su paso provocaba más de una sonrisa. Si lo perseguía la sorna de los muchachones que holgazaneaban en las esquinas

ciudadanas, él seguía adelante sin volver la cabeza. Vivía en una pensión hasta cuya modestia llegaban las cartas de su madre, enviadas desde Yerba Buena, un caserío de su provincia argentina situado entre su capital y las montañas, y mientras Gabriel las leía y contestaba, húmedos los ojos luminosos, ante mí surgían, en soleadas imágenes, los cascos de las estanzuelas, los candentes sembrados fecundos, los vacunos esparcidos y, en la finca de los Iturri, los altos naranjos y los laureles gigantescos, cercados por cactus enormes, precursores de la vecina selva virgen que enloquecían los loros y su incesante charlotear. Como conjurando tales visiones, Gabriel escapaba al punto hasta la calle Florida y su opulencia, y espiaba allí la entrada y salida de la gente principal, en los remedos de mansiones palaciegas que empezaban a enriquecer a Buenos Aires. Tendría algo menos de dieciocho años, y era clarísimo que hacía lo posible por llamar la atención de esas personas admiradas, luciéndome y acariciando con la diestra, en la que fulgía yo, su atrayente lunar, pero nadie se fijaba en él, y regresaba a la pensión o al Colegio, desilusionado y cariacontecido, probablemente bajo la amarga impresión de que su vida era injusta.

Sin embargo, esa vida mediocre y ansiosa experimentó por entonces uno de sus cambios fundamentales cuando, accediendo a sus súplicas, un presbítero, Vaughan, combinó con sus padres que el amanerado y acicalado Iturri lo acompañara en su viaje a Europa, donde lo dejaría en Lisboa durante dos años, entregado a destrozar el idioma de Shakespeare, de Milton y de Mr. Low, en un establecimiento educacional inglés. Gracias a esa determinación volví al viejo mundo, de la mano de quien indudablemente ya maduraba su conquista. Mi amo no quedó mucho ni en Portugal ni en el aula: apenas tardé en cerciorarme de que su meta era París, y a París, metrópoli de la elegancia, nos encaminamos, llevando la esperanza por todo equipaje, aparte de ciertos ingredientes de astucia. Tampoco transcurrió largo tiempo sin que Gabriel (que ahora firmaba Yturri con «y», y se había enterado de que Iturri, en vasco, equivale a «manantial») estuviese vendiendo corbatas en el ultrachic «Carnaval de Venise» del bulevar de la Madeleine, donde más de un señor pudiente, entre corbata y corbata, con el pretexto de verme de cerca, retuvo entre las suyas su bella mano. De tantas manos ofrecidas, Gabriel Yturri eligió la del corpulento Barón Doazan (barón desde el reciente reinado de Louis-Philippe), y aunque no abandonó todavía al prestigioso corbatero y camisero, fue transparente para sus perfumados colegas de la Madeleine que su situación financiera había mejorado. Empero, yo sentía (y esto habla en su favor, no obstante lo indisputablemente reprochable de su conducta) que Gabriel pretendía establecer un vínculo sólido con alguien que detentase una calidad muy superior a la del ruidoso Doazan, y una nobleza que de lejos aventajara en antigüedad y nombradía la de dicho Barón flamante. El fenómeno del snobismo, tantas veces analizado, es uno de los más poderosos que regulan las relaciones humanas; otorga fuerzas y energía al frágil; en la lucha por el éxito mundano, si triunfa, reproduce la hazaña de David, vencedor de Goliat; su piedra y su honda son la tenacidad y la sutileza; empujó a un mozo ignaro y bonito de la campesina Yerba Buena, en el extremo de la América del Sur, al asedio y apoderamiento de la sociedad más aristocrática y difícil que entonces existía. Y lo alcanzó utilizando un encanto que se asentaba en el ambiguo garbo criollo de su figura; en el lustroso ébano de sus ojos ardientes; en el dibujo del bigote que por contraste hacía resaltar su juventud; en una exagerada cortesía que no vacilaba en arrostrar las graduaciones y peligros de la adulación; y en el francés inventado y disparatado que chapurreaba lenta y obsequiosamente; todo lo cual componía un personaje exótico, saturado de amabilidad y de méritos físicos, que desconcertaba y engolosinaba a un tipo peculiar de público.

El muchacho, ya veinteañero, recorrió con el Barón los meandros de un París que participaba de las seducciones de la moda, del arte, de las conexiones sociales y de ámbitos de inconfesable frecuentación. Los acompañé doquier, y junto a Gabriel recogí (yo a edad bastante más avanzada) detalles propios de las mudanzas en la historia de las costumbres, que para mí evocaron, cambiando los matices, aspectos de mi asociación con Febo di Poggio y la Florencia de Buonarroti, y con la Nápoles dieciochesca de los alrededores de la capilla del Príncipe Raimondo de Sangro. Yturri miraba y absorbía,

fascinado, cuanto le brindaba Doazan, tal vez sin discernir todavía plenamente lo falso de lo auténtico y la cualidad exacta de las estofas, pues para ello le faltaban el tacto y la experiencia imprescindibles. Con lo legítimo, dentro del ideal complejo que lo obsesionaba, topó de repente, en la exposición retrospectiva de obras de Eugène Delacroix, a la cual lo condujo Doazan, equivocándose (¡y cuánto lo habrá lamentado después!), en la École des Beaux-Arts. Allí, en medio de una tempestad de colores, formada por trescientas pinturas y no sé cuántas acuarelas y dibujos, que desde las paredes, superpuestos, reclamaban la contemplación de los mareados visitantes, ofreciendo el esplendor de sus batallas, degüellos, odaliscas, Cristos, Sardanápalos, Apolos, tigres, leones y las efigies atormentadas de Paganini, Dante, Virgilio, Chopin, Don Juan e infinitos etcéteras, se movía como si hubiese brotado de aquel temporal de frenética fantasía, una pareja en la cual Gabriel, maravillándose, reconoció acertadamente la presencia de su mencionado ideal de extravagancia, de insolente seguridad y de atrevido lujo.

La formaban un hombre y una mujer delgados y vestidos con refinado rebuscamiento, que a mí, a la distancia, por las delicadas entonaciones que oponían a la cromática violencia del contorno, me hicieron pensar en algo tan quimérico como dos encantadas y móviles orquídeas, surgidas en el centro de un bosque terriblemente dramático. La gente, alrededor, se apartaba, dejándoles lugar, o si se les acercaba alguien, se trataba de una dama de gráciles movimientos, cuya mano besaba, rivalizando en gracia con la de su amiga, el personaje que preocupó a Gabriel, y que sobresalía por pálido y nervioso, y por la perfección de su perfil, al cual realzaban el pómulos saliente y el bigote de afiladas puntas. Traía aquel caballero una levita estrecha, un chaleco, un pantalón, unos guantes y una corbata que concertaban musicalmente las gamas más exquisitas de los lilas, los rosas, los negros y los grises, y de tanto en tanto llevaba a sus labios el puño del bastón, o se detenía a señalar una pintura, con amplios ademanes ostentadores de sus guantes rosas. Junto a él, su acompañante desaparecía dentro de una nube de encajes, gasas, plumas y tules, blancos y celestes, de la cual emergía, requerida por su extraño adjunto, asomando entonces su extraña y nórdica fisonomía, como la de una nereida que naciese de la onda espumosa, sosteniendo entre dos dedos un monóculo engastado en ópalos.

—¿Quiénes son? —preguntó sin contenerse- Gabriel Yturri.

—El Conde de Montesquiou y la Baronesa Deslandes.

—¿Los conoce?

—Por supuesto —respondió Doazan, malhumorado—. Yo conozco a todo el mundo.

—¿No me los podría presentar? Quisiera tanto conocerlos yo también.

Se agravó el mal humor de Doazan:

—No creo que le convenga esa relación. Ambos son intolerables. Ella es una alemana que se cree la papisa de la estética inglesa, y él un vanidoso insufrible, que proclama que los Montesquiou descienden de Júpiter. Dos snobs —añadió el Barón reciente, cuyo propio snobismo se inflamaba, como un eccema urticante, a flor de piel—. Le prevengo que Robert de Montesquiou, el ser más petulante de París, es muy capaz de ofenderlo a usted en público porque sí, por un capricho.

Titubeó Gabriel:

—Me arriesgaré. Por favor, preséntemelos.

Vacilaba a su turno el Barón Doazan. Obviamente detestaba el albur de ser la causa de ese eventual contacto, y de seguro se aprestaba a insistir en su censura, en momentos en que Montesquiou, girando para considerar el conjunto de la sala, clavó sin pestañear sus ojos arrogantes en los absortos de Gabriel, alzó una ceja, estuvo examinándolo así unos segundos, dirigió una amplia sonrisa al Barón Doazan, quien por cierto no la esperaba y, luego de inclinarse ante la vaporosa Baronesa, atravesó decididamente el salón en diagonal, rumbo a nosotros. Yo ya había calado lo bastante a Doazan, para saber que dos fuerzas opuestas tiraban entonces de él: por un lado lo halagaba la deferencia que le demostraba notoriamente el dandy más inaccesible, y por el otro irritábalo la certidumbre de que estaba usufructuando un homenaje que lo utilizaba como pretexto, y que en realidad no le estaba destinado a él, sino a su vecino tucumano. Fluctuó unos instantes entre la felicidad de explotar una singularísima distinción, que

ante el atento público parecía serle consagrada, y el instinto de fingirse distraído, y alejarlo a Gabriel del avance del Conde. Su breve balanceo de duda decidió la suerte de los tres, porque le dio tiempo a Montesquiou para llegar hasta el Barón e Yturri, como consecuencia de lo cual, resignado, se habrá dicho el robusto Doazan que le convenía por lo menos sacarles partido a la sonrisa y la amabilidad del famoso esteta, y con florida mímica, hizo las presentaciones. No le duraron mucho al Barón las ventajas del prestigio que la cordialidad efímera del Conde le otorgaba: aprovechando que otras personas se les habían acercado, Montesquiou realizó un escamoteo ejemplar y, sin que Doazan pudiese evitarlo, se llevó al joven, valiéndose del subterfugio de que sería un placer para él mostrarle las obras más significativas de la exposición. Recuerdo —recordaré siempre— la angustia que se reflejó en el rostro del rodeado Doazan, y la alegría temblorosa de Yturri, cuando Montesquiou tomó el brazo del muchacho, y con él se apartó hacia el distante óleo del San Sebastián cuidado por dos mujeres, y le dijo que fuera de Guido Reni y de Cima de Conegliano, nadie ha interpretado la poesía del bello santo como Gustave Moreau, y que ya lo guiaría a través de su taller para que lo apreciara.

Gabriel no cabía en sí de gozo. Ése cuya mano enguantada oprimía con familiaridad su brazo, que no paraba de hablar y de hacerle preguntas sobre él, sobre su vida, sobre sus gustos, era el ilustre Conde Robert de Montesquiou-Fezensac, el Montesquiou de treinta años a quien oyó mencionar, exaltándolo o denigrándolo, desde que se radicó en París, y desde que en el «Carnaval de Venise» o a la zaga del Barón Doazan, reconstruyó la trayectoria del mitológico héroe a quien Huysmans retratará en su «A Rebours» muy leído, como un prototipo de corrupción decadente y satánica; el Montesquiou que descendía en línea recta, si no de Júpiter, de los viejos reyes de Francia (de esos reyes góticos cuyas sombras entreví junto al ataúd de Monsieur Pierre Benoit, en Buenos Aires). Ahora el Conde de Montesquiou, a quien el extranjero llamaba «Moussú le Comté», lo ennoblecía y a su vez lo llamaba «Don Gabriel d'Yturri», mientras lo presentaba, de camino, a las mujeres más espectacularmente hermosas y aristocráticas de París: la deliciosa Condesa Greffulhe, una Caraman-Chimay, prima suya; la Marquesa de Casa-Fuerte, emparentada con los Alba; la Condesa de Montebello, la Princesa de León, la Marquesa d'Aoust, que tenía un monito, un tití, sujeto en el hombro por una cadena de diamantes; la Princesa de Sagan y, como es natural, la Baronesa Deslandes y su monóculo de ópalos; a dos grandes señores, el fino Edmond de Polignac y el soberbio Hubert de La Rochefoucauld, un atleta; y, pues nadie faltó a la cita con los cuadros de Delacroix, en el palacio de los Champs-Élysées, a algunos escritores: Barbey d'Aurevilly y la gloria de su chaleco púrpura, el tímido François Coppée, Catulle Mendès, y artistas: el admirado, el adorado Gustave Moreau, Jacques-Émile Blanche, Paul Helleu, Antonio de La Gándara; inolvidables todos, pues volverá, volveremos a estar con ellos en numerosas ocasiones. ¡Qué atrás quedó el Barón Doazan! Siento que Gabriel está a punto de desmayarse, al par que su nuevo nombre, Don Gabriel d'Yturri, le da vueltas en torno, entremezclado con los de tantas celebridades, y pronunciado por una voz atiplada que en seguida elaboró su corta biografía y propaga que es peruano (la Lima virreinal de «Le Carrosse du Saint-Sacrament» debe sonar mejor que el Buenos Aires sin poética leyenda de oro, y sobre todo que el Yerba Buena de las vacas y los cactus), y que ha sido educado por los jesuitas portugueses, lo cual queda hartó bien. Sí, siento que podría desmayarse: Robert y él se han sentado en el pabellón japonés y beben un té aromático. Insensiblemente, entre sorbos, trazan lo que ni sospechan aún que será el plan de una vida. Montesquiou me elogia por fin (lo estoy aguardando desde el principio), inquiere mi origen, y el argentino, no menos inventor, tartamudea que soy una alhaja de familia, como si él descendiera, ya que no de Júpiter ni de los reyes de Francia, de los faraones, y le pide que me acepte en memoria de ese encuentro, para él esencial. Montesquiou se hace rogar, hasta que me pone en su índice derecho, sobre el guante rosa (más tarde lo reviviré, cuando Mrs. Dolly Vanbruck me use sin quitarse el guante), y corresponde al regalo despojándose de su pulsera de oro y ciñéndola a la muñeca de su juvenil adquisición. Es como si con ese intercambio hubiesen establecido un pacto. Ya no se

separarán.

Las primeras manifestaciones de la trascendencia que derivó de la amistad súbita, iniciada al amparo de Eugène Delacroix, fueron la mudanza de Montesquiou y la modificación de las actividades de Yturri. Hasta aquel acontecimiento, el Conde había habitado las buhardillas de la residencia paterna, en el Quai d'Orsay, fastuosamente tapizadas con paños medievales de hierbas y flores, o con cueros verde, rojo y oro, que repetían el tema del pavo real o de la araña, y que albergaban una profusión incalculable de muebles y objetos, los cuales incluían desde las sillerías de canónigos y los retratos de familia, melindrosos o solemnes, los arcaicos instrumentos musicales, las casullas, los terciopelos bordados, los eclesiásticos atriles, los kakemonos, las gasas pintadas con peces transparentes y el lecho en forma de quimera, hasta los muros color de luna y el elefante de cerámica cuya trompa azul lanzaba dos chorros de agua en el baño. Probablemente contribuyó a la metamorfosis de la decoración, aparte del hallazgo de Gabriel, el hecho de que Huysmans, que nunca estuvo allí, hubiese reproducido en su comentada novela esa densa atmósfera, en la que lo grandiosamente lúgubre y lo ornamentadamente frívolo se rozaban. Sea ello lo que fuere, Montesquiou adquirió una planta baja, con jardín, en el barrio de Passy, rue Franklin, y al radicarse allá eliminó las vetusteces catedralicias y cuanto era susceptible de evocar las misas negras de «A Rebours», reemplazándolo por los inúmeros testimonios de la presencia del Japón prodigioso, literario, cuya moda se afirmaba año a año, a través de las pinturas sobre seda, de las estampas, las lacas, los bronce, las porcelanas y los esmaltes, inspirador de los futuros creadores del Art Nouveau. El jardinero era japonés, y lo eran los criados. Montesquiou escribía poemas sugeridos por el lejano Imperio, por los paisajes ilusorios y pulcros de Utamaro, de Hiroshighe, de Hokusai. De noche, ordenaba que encendiesen linternas de papel. Y muy cerca, también en la rue Franklin, instaló a Gabriel d'Yturri, quien había trocado, con excelente criterio, el puesto de vendedor de corbatas en el bulevar de la Madeleine, por el de secretario de «Moussú le Comté», no obstante su pobre, su nulo y aparentemente innecesario dominio del idioma de Francia.

Era lógico que asimismo yo siguiese la corriente de las mutaciones. Poco después, el Conde le encargó a Émile Gallé, su protegido, el diseño de un engarce para mí. Me pareció un crimen de lesa arte la separación de los dos dragones que me había acoplado el orfebre del Duque de Urbino, en el Renacimiento, pero tuve en cuenta que cuando Michelino los labró e hizo que me abrazaran, trescientos años atrás, juzgué disparatada la combinación, como me había acontecido mucho antes, en Naucratis, en ocasión en que Sofrenelo me dotó de una serpiente que se mordía la cola, ya que ni esos dragones ni esa serpiente correspondían en absoluto, técnicamente, al espíritu a la vez hierático y vistoso que caracterizó a la joyería de Ramsés II. Empero, me habitué a sus alianzas sucesivas, y ahora, sin consultar a nadie, el inquieto Conde de Montesquiou determinaba que el maestro de la Escuela de Nancy, artífice de cristales que armonizaban la temeridad de las formas y de los relieves revolucionarios, con la bizarría de los esfumados y los tornasoles, me enredase en uno de sus dibujos sinuosos, hijos de una flora torturada, lánguida y delirante. A Gallé le adeudo la estilización del engaste de plata que retuerce lirios alrededor de mi cuerpo y de mis patitas, y que de los que tuve, ha sido el más arbitrario, el más opuesto a mi esencia. Nunca me he habituado a su contradicción, mal que le pese a Montesquiou, a quien le encantaba.

Conocí en aquella época a mucha gente, tanto en lo del sibarita como en talleres y salones. Había períodos en que Montesquiou me relegaba entre perfumes, alfileres, gemelos, cadenas, cigarreras y otras sortijas y períodos en los que me sacaba a relucir, como si me descubriese. Asistí, en el taller de Gustave Moreau, al progresar pictórico de una teogonía enjorjada, que comprendía las desnudeces de Edipo y la Esfinge, de Orfeo, de Salomé danzando, de los pretendientes de Penélope, de Júpiter en su trono, y fui testigo del modelarse de grifos y unicornios, y del aletear de ángeles cuya misteriosa sensualidad se contraponía en mi memoria, diametralmente, al candor de quienes, en Éfeso, cuidaron de los Santos Dormidos. Oí al Conde elogiar las pinturas de Whistler, que había visto en Londres, y alabar la elegancia de sus figuras y la crueldad de sus sarcasmos: más tarde, visitando la Frick Collection de Nueva York, me acuerdo de que la

prolija y despistada Mrs. Vanbruck anotó en su libreta, delante del alto óleo mosqueteril del noble francés, en la sala de Whistler: «Retrato del Conde Robert de Montesquiou-Fezensac, un hombre verdaderamente masculino.» Participé, en la Isla del Bois de Boulogne, de una fiesta ofrecida por la Condesa Greffulhe, con la colaboración de su primo, y la concurrencia de archiduques y grandes duques; escuchamos música de Wagner y de Fauré, seguida por los aplausos del escogido público, de cuya lista rescato a los poetas José María de Heredia y Leconte de Lisie, al pintor Moreau y a nuestro Gabriel d'Yturri, que diariamente semejaba más una versión del Conde saturada de faltas de ortografía. La situación de Don Gabriel de Yerba Buena sufrió altibajos: en lo del padre de Montesquiou, no fue admitido; en lo del fatuo primo Almerly de La Rochefoucauld, lo toleraron a regañadientes; y en cambio en el faubourg Saint-Germain, lo más granado e inalcanzable de las damas acogió con divertida simpatía al pintoresco y respetuoso sudamericano, quien prolongaba, como una parodia con idéntica silueta, los ademanes, los abrigos de pieles y sombreros de copa del dandy de la rue Franklin, el cual, desvelándose por desvastarlo, le leía con igual amor el «Almanaque de Gotha» y los versos de Verlaine.

Pero de tantas estrellas como entonces conocí, ninguna me impresionó lo que Sarah Bernhardt. Fue, a no dudarlo, una mujer única. Si no hubiese existido la Reina Nefertari, nadie de su sexo me hubiera conmovido como esta otra reina. Lo singular es que, físicamente, se oponía al arquetipo de las bellezas finiseculares, que exigían abundantes curvas de caderas y pechos, atormentados por corsés verdugos. Su andrógina flacura, que le permitió interpretar numerosos papeles de muchacho, sorprendía allende lo imaginable. Dijeron que su tenuidad estaba hecha de humo, de aire; la caricaturizaron convertida en un bastón con una esponja en el extremo, metamorfoseada en una boa constrictor, en una chimenea coronada por un nido de águilas; la envidia de sus colegas de la Comedie Francaise la tachó de nulidad huesuda... Y era maravillosa. Pasaba entre las críticas, entre los celos y las rivalidades, como un resplandor. Una llamarada, eso es lo que me parecía en la escena, una llamarada. ¡Cuántas veces entré, con Montesquiou e Yturri, en su casa del bulevar Péreire, cuya perfumada atmósfera oriental se percibía desde la acera! Nos recibía reclinada en su eterno y descomunal diván favorito, cubierto de almohadones, damascos, rasos, madrasas y terciopelos abigarrados, el diván que Clairin utilizó par su retrato archicélebre, y que copiaron tantas admiradoras suyas, copiando también su «pose», el codo izquierdo hundido en los cojines, la mano perdida en la cabellera indómita, y hasta el diáfano oleaje del largo vestido, el forro de seda blanca y blancas pieles y el abanico de niveas plumas, como si fueran suficiente receta los accesorios, a quien aspirase a calcar su inimitable seducción. Su presencia (la repentina llama de sus ojos, de su gesto) bastaba para borrar la locura del heterogéneo, híbrido contorno, que Montesquiou sólo sufría en homenaje al genio de la actriz: las máscaras y panoplias asiáticas; los invernáculos de plantas polvorientas; la pecera y su bruma que atravesaban hipnóticas formas ondulantes; las pieles de oso y de tigre, contra cuyas embalsamadas cabezas se fue de bruces más de un tímido presentador de manuscritos; los bustos esculpidos por la dueña de casa; sus efigies innúmeras, las cornamentas clavadas sobre los deshilachados tapices; los sombreros mexicanos, las falsas armaduras, los sillones Luis XIII, Luis XIV, Luis XV. todos los Luises fuera de mi desventurado Luis XVII de Buenos Aires: porque allí únicamente ella reinaba, caprichosa, indolente, soñadora, entusiasta o colérica, y de un gesto suyo dependía que entrasen la tigresa cachorra, el linco, el feroz mastín, los lebreles y las tortugas tachonadas de oro, o para que se echase a volar el halcón, regalo de un príncipe árabe, que terminaba posándose en una de las alabardas o en uno de los escudos sarracenos, y espiaba desde allí, entreabriendo el pico, a los íntimos visitantes, Montesquiou, Yturri, el grabador Gustave Doré, Clairin, la pintora Louise Abbéma, que amaba a las mujeres, Bastien-Lepage, otro pintor, los cuales, aunque fingían indiferencia, nunca consiguieron vencer el terror que les causaba el ave rapaz del desierto.

Jamás se me ocurrió que el Destino planease los acontecimientos de mi vida, para que la condición de admirador devoto y apartado, pasase a cooperar directamente con Madame

Sarah. Si bien mi vida estaba más que colmada de sorpresas, la experiencia me trastornó. Debíale nuestra adorada al escritor Victorien Sardou tres estruendosos éxitos —«Fedora», «Teodora» y «La Tosca»—, cuando creó para ella el papel de Cleopatra, que hacía años ansiaba interpretar. Lo recibió la actriz en pleno torbellino de gloria y de escándalo. Supongo que tendría unos cuarenta y cinco años a la sazón; sus amantes incluían nombres tan comentados como el del actor MounetSully y el del Príncipe Henri de Ligne, quien la hizo madre de un muchacho que, llegado el momento, prefirió llamarse Maurice Bernhardt a ser un Príncipe de Ligne más, poco antes había muerto Jacques Damala, su fugaz marido, un hermosísimo (todos sus hombres fueron hermosos) e insoportable griego morfinómano, al cual, refiriéndose a uno de los grandes triunfos de Madame, apodaron «la Damala aux Camelias»; ya había dejado, con supereminente alharaca, la Comedie Francaise, para formar su propia compañía, y con ella había ganado y gastado montañas de dólares, realizando giras por Europa, los Estados Unidos y América del Sur; y ya, irritados a causa de sus desplantes y desdenes, empezaban a amostazarse los críticos y a buscarle defectos, a hablar de «decadencia» en la selección del repertorio, ya censurar su abandono del público parisiense, por otras audiencias que le facilitaban la solución de sus conflictos financieros, audiencias a las cuales, despectivos a su vez, los comentaristas gruñones definían como receptoras de baratijas literarias, fabricadas para negros que no comprendían el francés.

«Cleopatra» surgió en la hora más inoportuna.

Desde antes de su aparición, la acecharon quienes se jactaban de conocedores. Como en ocasiones pasadas, Sardou difundió a través de la Prensa las abultadas noticias de los extensos estudios, históricos y hasta arqueológicos, que había debido realizar para construir su drama, y citó que cuando hacía otro tanto con relación a «Teodora», había viajado con Madame Sarah a Ravena, a fin de examinar los mosaicos de San Vitale e impregnarse de bizantinismo. Desgraciadamente no procedió así en el caso de «Cleopatra»: tal vez si Madame y él se hubiesen trasladado a Egipto, distinto y mejor hubiera sido el resultado. Tal vez si hubiese prestado más oídos a Émile Moreau, su joven colaborador principiante, cuya responsabilidad salvaron luego los impacientes escritores... La verdad es que el resultado fue cansador, mediocre y retórico, como se comprobó en los ensayos, y que los críticos tenían razón, pese al continuo chillar y aplaudir con que Montesquiou e Yturri subrayaban los largos parlamentos, a veces tan insistentemente que había que chistarles para que callaran. Entretanto Sardou, impecable «metteur-en-scène» y encantador electrizante, recorría el escenario y la sala del Teatro de la Porte Saint-Martin sin omitir el pormenor, abriendo y cerrando entradas, sentándose en los muebles; trepando a las galerías altas y verificando si desde allá se oía; dirigiendo a ratos la música compuesta por Xavier Leroux; recitando trozos de cada papel; quitándose y poniéndose la boina, la triple bufanda y la pelleja de nutrias; tiritando de frío, transpirando de calor; ofreciendo pastelitos y unos sorbos del oporto palatino que le obsequiaba su amigo Don Carlos, Rey de Portugal; y aprovechando los descansos para, entre anécdota y anécdota, retocar, recargar o alivianar los ropajes de Madame, alegrarla si estaba de mal humor, envanecerla, hechizarla, serenarla y encauzarla, hasta que, de repente, ella perdía el control y se ponía a bailar y brincar, bajo los capiteles con cabezas de toros enfrentados, y escapaba hacia el fondo, hacia el río Cydnus de papel plateada y los granados y laureles también de papel. Victorien Sardou valía más que su teatro, y por lo que a éste atañe, poseía todos los secretos del oficio; lograba, como nadie, oprimir el resorte justo en el momento exacto, y provocar la sonrisa, la lágrima, el suspiro, la ovación. Pero en mi concepto de espectador escarabajo, no obstante esas virtudes, no fue, ciertamente, un gran dramaturgo.

Se equivocó con «Cleopatra». ¡Ay! él y Madame Sarah Bernhardt se equivocaron. Sardou confeccionó una Cleopatra cuyo carácter correspondía al de Madame Sarah, es decir a lo que más adecuadamente se ajustaba a su manera de ser y reaccionar y a su poder dominador y espléndido de comunicarse con el público; y Madame Sarah no desperdició ni uno de los artificios histriónicos que Sardou le servía en bandeja; al contrario, los amplificó con las contribuciones desaforadas de su propia imaginación ardiente. ¿Acaso podían medir el alcance de su desacierto? Éste iba mucho más allá de lo que registró la

acritud de los críticos. Lo grave no era, como apuntó uno de ellos, que el famoso lujo oriental se hubiese reducido a unos telones de evidente cartón pintado y a unos lienzos de algodón y de felpa, y que la batalla de Actium se desarrollase en una cuadrada superficie de veinticinco metros; lo grave, a mi juicio, era que Cleopatra, usufructuaria permanente del proscenio durante sus cinco actos y sus seis lentos y fatigosos cambios de decoración, nunca hicieran sentir su presencia allí. Aquella, que se descoyuntaba y serpenteaba en medio de un bric-à-brac que reproducía las acumulaciones de la rue Péreire, no era, no fue ni un instante, Cleopatra; era Madame Sarah, comer asentó un crítico, en una versión de la Reina fatal «para escolares y enamorados»; era Madame Sarah, hija prodigiosa de una «cocotte» holandesa y de no se sabía quién, desencadenada, enloquecida por los furores sensuales y los celos, por una reedición de los celos dementes que le había inspirado el difunto Damala aux Camelias, y que ahora aplicaba al Triunviro Marco Antonio o, mejor dicho, a Monsieur Philippe Garnier, rehabilitado ex amante, gallardo y declamador como el resto.

A Cleopatra la evocaba yo, mientras Madame Sarah desbordaba en la escena con gritos y ademanes, vibrante la inmortal voz de oro, frenéticas las actitudes, que multiplicaban el relampaguear de las joyas, el áureo casco y el amaestrado vuelo de la túnica ligera. La evocaba tal cual la describieron ante mí, dos mil años atrás, en Atenas, los musculosos legionarios Lucilio Turbo y Aurelio, quienes habían remontado el Nilo hasta la catarata de Asuán, escoltando a Julio César y su amada egipcia, en un inmenso navío-palacio, portador de salas de fiestas y de templos, y jamás se hartaron de maravillarse ante la mujercita desnuda, dueña de una gracia hierática de ídolo condescendiente, que aun en los momentos de abandono deleitoso conservaba su intacta majestad. No la vi yo. No la vio nadie, cuando su magno séquito desfiló por Roma, y Cleopatra y Ptolomeo, su hermano de doce años y nominal esposo, se ocultaron como dioses secretos, lo mismo que el pequeño Cesarión, el vástago del Divino Julio, en las doradas literas que acarreaban los esclavos. Pero ¡cuánto, cuánto había oído hablar de ella! Y al enterarme, gracias a un Pascal anotado por el bibliotecario poeta de Lord Withrington, de que de la longitud de su nariz. pudo depender el cambio de la historia del mundo, medí la distancia que separaba la curva nariz hebrea enarbolada por Madame Sarah, de la suya, de su esculpida, pintada, eternizada en bajorrelieves, alabada nariz helénica, alejandrina, y su exquisita proporción.

No gustó la obra, al subir por fin a escena. Hubo (consignarlo es superfluo) los incondicionales que sembraron de (lores el camino de la que encarnaba la perfección, como había hecho Osear Wilde para recibirla en Inglaterra. Montesquiou le envió, enroscado en orquídeas, un collar de corales que perteneció a la Emperatriz del Brasil. Clairin la pintó luciendo su atavío seudofaraónico, junto a una vaga Esfinge monumental. Pero no gustó. Edmond de Goncourt anduvo por los teatros, tapándose la boca y murmurando que un escritor de music-hall había arruinado el magnífico tema. Y hasta Madame Sarah llegaron el eco, las salpicaduras, de que no sólo no gustaba la pieza, la dirección, la escenografía y el vestuario, sino que tampoco gustaba ella, la intocable. Se lo manifestaron, impreso, en la «Revue des Deux Mondes», y tengo muy presente la calificación terrible, porque la gran actriz vociferó furiosa, hasta no dar más, ante la angustiada pareja Montesquiou-Yturri, que de hinojos le besaba las manos: «¡Esa actuación falsa y violenta, sin transiciones ni matices!»

—¡Sin transiciones ni matices! ¡Yo! ¡Yo! —rugía Sarah Bernhardt, revolcándose como una euménide de raso blanco, en los almohadones.

Clairin, Louise Abbéma y el gigante flamenco Alfred Stevens, tres pintores que se disputaban los coleccionistas y que después no he oído nombrar, observaban, mudos, el episodio desazonante desde un rincón, asomados entre las palmeras terrosas. Entonces el Conde de Montesquiou-Fezensac estuvo a la altura de sus antecedentes de organizador de ceremonias únicas. Se puso ágilmente de pie, y arrastró hasta el dormitorio de Madame Sarah, apresurándolos, a sus desolados amigos, a tiempo que la ofendida Cleopatra proseguía entreverada con sus cojines árabes.

Sorprendida, Madame Bernhardt levantó a poco la cabeza, calló y fijó los ojos enrojecidos

por el llanto rabioso en la extraña procesión que regresaba al aposento, y agregaba a su fantasía un cuadro macabro y satírico, tan infrecuente que su despecho cedió, dando paso a la innata y melodramática urgencia de desempeñar el papel que le correspondía, en la farsa que en su honor acababan de improvisar. Formaban el cortejo los dandies y los pintores quienes, estimulados por la inventiva de Montesquiou, habían revestido algunas de las dalmáticas y casullas bordadas con hilos de oro y plata sobre antiguas sedas, que Madame Sarah arrojaba encima de los biombos y del piano; se habían cubierto los rostros con eclesiásticas capuchas y con máscaras descolgadas al azar, de las paredes, y venían cantando latines y trayendo en hombros el memorable ataúd, usado a veces como lecho por la originalidad morbosa de la actriz.

—Kyrie eleison —gemían—, Christe eleison, Kyrie eleison...

Y Jojotte Clairin balanceaba un incensario que envolvía en aromático humo a la fila disfrazada.

—Kyrie eleison...

Depositaron el ataúd de palo de rosa a los pies del diván, y Madame Sarah, transfigurada, radiante, se tendió en él. Louise Abbéma la rodeó de las orquídeas y los lirios comprados «chez Lachaume» y mandados por los fieles admiradores.

—Dies irae —salmodió Montesquiou. Los demás le hicieron coro:

—Dies irae, Dies illa, Solvet saeculum in favilla... Robert de Montesquiou unió las manos piadosas y rogó:

—Libera nos Domine de morte aeterna.

Libera nos Domine... de la «Revue des Deux Mondes...».

Rompieron todos a reír, tiraron las máscaras al aire, saltó como un gato la Divina, riendo también, y sonó el estampido de las botellas de champaña, detonadas por Yturri. Luego oí contar que no era la primera vez que se llevaban a cabo fúnebres ritos similares, pero que ésa había sido la mejor.

El Conde me sacó de su índice derecho y me ofreció a la resucitada, objeto de tan singular agasajo, diciéndole:

—Le sugiero que use mi sortija egipcia, chère amie. Es azul como su destino y misteriosa como su corazón. Crea en ella.

Sin embargo, Madame no siguió de inmediato el consejo del aristócrata. Durante varios días, me relegó en el cofre de sus principales alhajas. Al principio me agravió lo que parecía un menosprecio, pero en realidad estaba en excelente compañía. Allí, entremezclados, enredados, algunos en estuches, otros sin ellos, convivían con los más distintos aderezos, diademas, gargantillas, sortijas, colgantes, hebillajes, presentes continuos de sus fanáticos, los testimonios de los entusiasmos regios: el broche de diamantes que ostentaba las iniciales del tercer Napoleón, el de brillantes del Rey de España, el brazalete de oro del Emperador del Brasil, el collar de camafeos del Emperador de Austria, la fúlgida condecoración del Rey de Dinamarca, el precioso abanico veneciano del siglo XVIII, otra joya, del Rey de Italia, el prendedor de esmeraldas del Zar de Rusia quien, cuando ella intentó una reverencia, la detuvo, y en cambio se inclinó, ante el asombro chismorreando de los áulicos. Rodeado por esos embajadores de testas coronadas, tuve la halagüeña impresión de hallarme en una Corte deslumbradora de piochas y de uniformes, con cuyos miembros podía no sólo tratarme familiarmente, sino aun ser digno de su protocolar acatamiento, ya que por razones de precedencia, como representante de los Faraones, superaba a aquellos advenedizos, delegados de recientes Harbsburgos, Borbones, Romanos, Braganzas, Slesvig-Holsteins, Saboyas y Bonapartes. Por desgracia no me podían hablar, de modo que pese a mi satisfecha majestad, me aburría majestuosamente. De tanto en tanto, se abría el alhajero; la vieja Dominga introducía una mano hábil, como a la pesca, y descubría en el revoltijo de piedras preciosas alguna sarta o unos pendientes que emergían para que Madame los luciera, o para que, empeñándolos en el Mont-de-Piété, saldasen determinada deuda de Maurice, su hijo voraz. A veces nuestros engarzados colegas regresaban, y a veces no. Cuando el cofre permanecía abierto, hasta su refugio llegaban las voces iracundas de Madame, suscitadas por el llover de críticas sobre «Cleopatra», que empero se continuaba dando. A ellas se sumaban los

anuncios de que la compañía planeaba partir a una vasta gira por ambas Américas, y de que allá seguramente sería apreciada en su justo valor la última obra de Sardou, lo cual corroboraba el pronóstico mordaz de sus censores. Súbitamente, una tarde fui extraído del depósito suntuoso. Sobre el tocador, alineábanse las joyas que Madame Sarah utilizaba para realce de sus galas egipcias, y que no pasaban de ser, para un experto como yo, más que remedos y caricaturas, cuyos insolentes autores hubiesen recibido una paliza inexorable, con bastones flexibles y duros, en tiempos de Ramsés. Ahora, en cambio, se elogiaban las tortuosas serpientes de esmaltes multicolores que ascenderían por los brazos de Madame, y los amazacotados pectorales que emperifollaban celestes escarabajos ridículos, y penderían de su cuello como alforjas pesadas. ¡Qué horror! Por suerte la defendían su pasmosa, casi esquelética delgadez, que soportaba y equilibraba tales cargamentos, y su nervioso ímpetu veloz, su genial motor siempre en marcha, capaz de increíbles proezas contorsionistas, mientras verso o prosa continuaban fluyendo como a parte de ella, despegados, dominantes, puros, sonoros. Madame Sarah me tomó entre dos dedos, me hizo girar, de manera que mi lapislázuli reflejase las luces de las lámparas y, dirigiéndose a la mujer, declaró: —Éste es tan egipcio como yo, Dominga. Me lo pondré para darle placer a Montesquiou.

¿De dónde provenía el disparate de que dudara de mi origen? ¿No repetía que Victorien Sardou y ella habían estudiado cuanto concierne a la historia y el arte de mi país? ¡Ah, si yo hubiera podido escribir! ¡Qué irrefutable hubiera sido mi comentario sobre «Cleopatra»! Me deslizó en su frío índice izquierdo, y conmigo, escoltados por Dominga, por Maurice y su joven esposa, una quebradiza princesa polaca, partimos en coche rumbo al Teatro de la Porte Saint- Martín. Prolongada, complicada fue la sesión de maquillaje, el alargamiento de los ojos hacia las sienes con pinceladas negro-azules (hubiera debido emplear el polvo de malaquita y de la piedra de crisocola), los toques dorados en los pómulos; el desatinado teñirse de ocre las palmas (¿de dónde sacaba eso? el rojo pertenece al dios maligno); fue larga la pompa de vestir la túnica de lino transparente, ceñida por un cinturón de esmaltes; el ajuste del tocado de pro en forma de gavilán de alas caídas, modesta imitación farandulera del espléndido de la sublime Nefertari; el colocar los ya citados ofidios brazaletes, las ajorcas de los tobillos, y las sortijas que le cargaban los dedos de esmeraldas y topacios (error), perdido entre las cuales desaparecía yo, el Auténtico, el Escarabajo auténtico, lo único auténtico de aquel conjunto apócrifo; aunque un tanto bastardeado por los lirios intrusos que me injertara Gallé, el de los cristales.

Es innecesario el farragoso relato del drama de Sardou. Una hora antes del comienzo de la representación, de acuerdo con su costumbre, Madame Sarah quedó a solas en su camarín a oscuras, sentada en una silla, inmóvil, reconcentrándose. Tenía puesta la mano izquierda sobre el pecho, y yo oía latir su corazón. Millares de personas, en Europa, en ambas Américas, en el mundo entero, hubieran realizado tremendos sacrificios a trueque de ocupar mi posición privilegiada. Una hora... ¿Cómo no acceder a las emociones de la ufana vanidad? Yo, el Escarabajo de la Reina Nefertari, estaba sobre el corazón de Sarah Bernhardt. El Escarabajo que había acariciado el cuerpo de Ramsés, que había apretado el dedo de Aristófanes, el Escarabajo al cual había enrojecido la sangre de César, el que un Ángel tuvo en su mano, el que Roldan alzó en el cuerno curvo, el que dibujó con Buonarroti, estaba ahora sobre el corazón de Sarah Bernhardt. Imaginé que aquellas sombras de mi pasado acudían, y sentí como si en la habitación sin luces rozasen con sus diestras, mi piedra azul. Un vigor desconocido me invadió, mientras se oían marciales trompetas a la distancia. Dominga golpeó a la puerta suavemente, la entreabrió, y anunció a la señora que la obra había empezado. Apoyada en el hombro de Maurice, la actriz se aproximó a los bastidores. Ya tronaba en el proscenio Marco Antonio, proclamando su indignación ante el pusilánime Gobernador de Tarso, porque Cleopatra se hacía aguardar. Philippe Garnier, el Marco Antonio de ocasión, poseía un físico de primer orden, que explotaba teatralmente, y comprendí que Madame Sarah lo hubiese incorporado al inventario de sus amantes oficiales. De hallarse

esa noche entre la concurrencia Mrs. Vanbruck y la Duquesa de Brompton, cosa que podía suceder, pues ambas contarían entonces unos treinta años, no dudo de que se habrían codeado disimuladamente, indicándose sus notables muslos y rodillas desnudas. Encaminóse Madame por detrás de la escenografía, y entró en la barca de la Reina de Egipto. ¡La barca de la Reina de Egipto, oh Khepri, oh Dioses! ¡qué poco, qué nada tenía que ver esa armazón pintarrajeada, predestinada fatalmente al fácil naufragio, de la cual tirarían por medio de cuerdas unos gañanes ocultos entre bambalinas, con el caique a bordo del cual me enamoré de Nefertari, en el manso Nilo! Sonaron, lejanas, las flautas, las liras y los timbales. El silencio gravitó sobre la escena, imponente. Cleopatra venía hacia Tarso, por el Cydnus, a encontrarse con el romano vencedor. Remolcaron el pobre esquife los tramoyistas. Madame desembarcó seguida por su confidenta, imprescindible para la comprensión del laberíntico argumento, además de dos soberbios esclavos nubios que movían a compás los flabelos de plumas de avestruz, y cuyos nombres hubieran buscado en vano en *el* programa, las norteamericanas. Yo experimenté entonces el pavoroso «trac» que intimida al actor cuando se enfrenta con el escenario centelleante, colmado, en el Teatro de la Porte Saint-Martin, por los capitanes del Triunviro, por sus lictores, por sus legionarios, en alto las águilas doradas, por los jefes partos y núbidas y, como si ello no bastase, por una ansiosa multitud (tal como suena: una multitud) de mujeres rebozadas, comerciantes, marineros, etc., detrás de los cuales alcancé a distinguir, separadas por las candilejas temblonas y como veladas por una niebla leve, las primeras filas del auditorio, tan imprecisas que se me ocurrió que la realidad tenía por límite las luces del escenario, y que lo que más allá de él apenas ondulaba, como las aguas de un negro estanque en el cual flotasen las fantasmales pecheras de las camisas de frac, pertenecía a los dominios misteriosos de la alucinación.

Se adelantó Madame Sarah, y su voz nítida comunicó al romano que hablaría con él, sin testigos; vacióse el proscenio; sentóse Madame, sin esperar a que el irritado y turbado Marco Antonio la invitase, y en seguida supo el público que, aun vencida, Cleopatra seguía siendo la Reina. ¡Ah noche triunfal! Aseguraron a su término los catadores, los exigentes, que raras veces había logrado Sarah Bernhardt tal nivel. La equipararon a las noches culminantes de «Ruy Blas», de «Fedra», de «Hernani», de «Andrómaca», de «Tosca», de «La Dama de las Camelias». Ni un instante cesó la vasta sala de vibrar. Durante los entreactos continuaba esa vibración y rodeó el camarín donde Madame Sarah callaba, como en trance. Las escenas se sucedieron, en el curso de cuatro horas, bajo lluvias de aplausos. En la segunda fila resplandecían, iluminados, Yturri y Montesquiou. ¡Ah noche triunfal! Desde la fascinación de Antonio en adelante, el hechizo no decayó, hasta la muerte de Cleopatra, provocada por un áspid genuino, que para horror y maravilla de plateas, palcos y cazuela, hincó en su brazo los dientes. Pero eso no constituía ninguna novedad. Cada vez que interpretaban la obra, se reiteraban los mismos cinco actos, los mismos seis cuadros, la misma captación, los celos, la derrota, el áspid. Lo nuevo, lo que, según entendí, ya no se volvió a obtener en «Cleopatra», fue la calidad, la intensidad humana de aquella noche excepcionalísima, la prueba de algo distinto, más hondo, como si los sentimientos de repente se hubiesen desvestido, y hubieran brotado sin más ropaje que el de su verdad, de labios de la actriz clarividente. Con razón el crítico de la «Revue d'Art Dramatique» escribió, reseñándola: «No es posible dar muestras de más habilidad, de más talento, de más flexibilidad, de encanto, de seducción. Es la perfección misma, no cabría ir más lejos en la interpretación de un papel.» Sí, no lo he olvidado, como no olvido el texto de la «Revue des Deux Mondes», porque Madame Sarah lo dijo y lo redijo, lo recitó, como si paladeara musicales alejandrinos de Racine. ¡Ah noche triunfal! ¡Ah desquite!

Me he preguntado y me pregunto aún, si de alguna indefinible manera pudo corresponderme algo de ese éxito, si en cierta proporción, que elude las convencionales medidas, no contribuí a él. Tantos fenómenos inexplicables se producen continuamente a nuestro alrededor, sin que a menudo nos quepa registrarlos o apreciar su trascendencia... ¿Hasta dónde es factible la transmisión de una fuerza, de un fluido, de una corriente que se origina en la admiración entrañable y en el resultante afán de reparar un equívoco y hacer justicia? La única certidumbre plena que me asiste, cada vez

que la recuerdo, es que aquella noche, la noche triunfal, en instantes en que Cleopatra ganaba la pasión de Marco Antonio; en que, apasionada ella misma, esperaba la llegada del ibis mensajero que le traería noticias de su amado; en que, suprimida la hermana de Octavio y acalladas las furias de los celos, ambas pasiones, la de Cleopatra y la de Marco Antonio, se fundían en una sola, exaltada y quemante, yo irradiaba pasión, reviviendo los días del nacer y el florecer de mi quimérico amor por Nefertari, de los ambiguos y violentos celos que en mí despertara Ramsés, de mi fidelidad a través de los arcanos de la muerte. Aquel Egipto de cartón se había mudado en mi Egipto de piedras calcinadas; aquella Reina era la mía; y aquel hombre hermoso que la apresaba en sus brazos, era yo, yo ¡al fin! ¿Cómo no iba a encenderse algo, una chispa, de lo que me quemaba por dentro? La voz de oro repicaba, retumbaba, como si brotase de una hoguera. Quizá Madame recurría a la memoria de su amor desesperado por Jacques Damala, para procurarse el acicate de energía llameante que reclamaba su papel, pero ¿qué era esa breve hambre amorosa comparada con la que constituía mi acompañante inmutable, mi sombra y mi estímulo; con el caudal de amor que mi soledad había atesorado en la andanza de los milenios? ¡Ah, noche triunfal! Quedó Madame Sarah exhausta, y se desvaneció sostenida por Philippe Garnier, antes de regresar a su camarín y ordenar que nadie entrase, ni Maurice, ni Clairin, ni Montesquiou, ninguno, que dejaran afuera las flores. También yo quedé agotado. Madame se fue quitando, lentamente, los pectorales, los brazaletes, las sortijas. Y aun entonces, aun cuando se había eliminado el contacto directo entre la suavidad de su piel y lo pulido de mi piedra, y permanecí en su tocador con las alhajas, los pinceles y los botes, como asombrado, como anonadado, aun entonces me percaté de que no se había roto por completo el nudo invisible que nos unía.

Si yo valoré la efectividad penetrante de esa correspondencia, no la comprendió la actriz, pues por sutil que fuese carecía del don de que gozo de sondear en las zonas donde se elabora el germen de los sentimientos. ¿No estaré exagerando mis posibilidades? ¿No volará mi imaginación excitada por encima de lo concretamente real, para urdir una trama con hilos ilusorios? Mis eternas hesitaciones... Lo cierto es que luego que Dominga me repuso en su cofre, la Divina no demostró vincularme con un triunfo, aunque éste no se repitió así, ausente yo del proscenio, mientras continuó representándose «Cleopatra». Me había olvidado a mí, que ya nunca la podría olvidar, pues gracias a ella recobré, una noche, en el paroxismo de su vehemencia, la frescura del arrebató que debí al descubrimiento inicial de mi Reina. Y me relegaron en el cofre durante varias semanas, mezclado con los diamantes de los reyes. Allí corroboré que Madame Sarah apresuraba la partida para América, y que sería largo el viaje. Creí que me cabría emprenderlo dentro de su equipaje colosal, y soñé que me sería dado tal vez, en Nueva York, en México, en Río de Janeiro, en Buenos Aires, en Lima, tornar repentinamente a la barca del falso Cydnus, en el índice de la Cleopatra de Sardou, para reconquistar la embriagadora emoción. No viajé. Al despedirse lagrimeando de su ilustre amiga, Robert de Montesquiou le pidió que le devolviera su Escarabajo, y pretextó su deseo de hacerse pintar teniéndome en la mano, por Antonio de La Gándara. Sonrió Madame, y brillaron sus grandes dientes blancos:

—¿Un retrato más, Robert? También sonrió el narciso:

—Será el último.

Pero me consta que hasta el fin de sus días persistió en que lo retrataran. Me buscaron en el alhajero, vasto como un baúl mundo, y tardaron en acertar conmigo. Había bajado hasta el fondo, como después descendería, entre fulgores, al secreto del mar, y estaba trabado con los camafeos del collar del Emperador Francisco José. Sarah Bernhardt no hizo nada para retenerme. Ingrata o inconsciente, cogió el abanico veneciano del Rey de Italia, y se echó aire con gracia innita, dedicándonos a Montesquiou y a mí su sonrisa vaga: es la imagen final suya que conservo.

Antonio de La Gándara tenía su taller en Auteuil. Hubiera sido infructuoso que indagara en su interior quien descontaba que hallaría el hacinado bazar de falsificaciones oriental-gótico-veneciano-ropavejeras, que ha caracterizado los ámbitos superpoblados en los

cuales despachaban su obra los artistas finiseculares. Refirmando su sobria condición de descendiente de viejos linajes españoles, Don Antonio, cuya familia se radicara en París durante el Segundo Imperio, atestiguaba su lealtad al Primero en el lujo armónico del ornato. Todo era Imperio allí: Napoleón se hubiera sentido cómodo en los aposentos que de La Gándara ocupaba en Auteuil, a no ser por los óleos del pintor, cuya distinción sombría, en la que predominaban los tonos severamente oscuros, contraponía al fulgir de los bronce y de las hayas y caobas imperiales, una noble tenebrosidad de ilusión velazqueña. El joven y bien parecido maestro, traductor de elegancias, hubiera podido ser su modelo ideal. Esbelto, moreno, grises los ojos, negros el cabello lustroso y la chaqueta de terciopelo con trazas de jubón, se movía entre sus muebles de comienzos del siglo XIX como un personaje del siglo XVI. La Elegancia, la plástica y decorativa Superficialidad, inflamaban su religión. Les consagraba el fervor de un culto al cual fue consecuente durante su vida toda, y en esa devoción no lo sobrepasó ninguno de sus colegas, partícipes de tan singular y rigurosa liturgia, así se tratase de Carolus Duran, de Boldini, de Helleu o de Jacques-Émile Blanche. Pintó, sin falta, a la ineludible Sarah Bernhardt, pero así como el gran Bonaparte se hubiera sentido a sus anchas en la atmósfera propicia de la casa aquella, Don Antonio requería, para su propio bienestar profesional, que quienes solicitaban que encerrara en la tela sus rasgos, perteneciesen a la clase más aristocrática. Su hispana hidalguía de generaciones, barnizada con las pátinas y lustres del snobismo, se ponía a tono con el snobismo personal y la sangre azul de los huéspedes de su taller. Y en el caso de que la elegancia de sus modelos fallase, por esas cosas del destino, poseía de La Gándara la magia prestidigitadora que le permitía transmitir la suya a las damas de abultadas carnes, quienes luego partían, felices, hacia sus casas del Faubourg Saint-Germain o hacia sus castillos, transfiguradas en gráciles sus espesas siluetas, merced a la soltura de modisto y maquillador con que Don Antonio distribuía los velos y el tul, como si les vaporizara alrededor ligeras pero eficaces exhalaciones perfumadas y brumosas.

No debía estar ausente Montesquiou de una galería que reunió los nombres de las Condesas de Greffulhe y de Montebello, de la Princesa de Chimay, del Príncipe Borghese, del Príncipe de Sagan, y también —lo cual debía lisonjear al Montesquiou poeta— los de Leconte de Lisle y de Verlaine. Del Conde fue la idea de que yo interviniese en su retrato, lo que me agradó sobremanera, ya que con ello, a poco de haber participado como actor en «Cleopatra» por lo menos así lo pensé, recaería en mí el placer de que mi imagen quedara junto a la de un dandy famoso. Quien varió el plan fue de La Gándara, y eso mudó mi simpatía en aversión. O no... no fue aversión (me atraía el pintor, con sus buenas maneras, su escogido vocabulario y su medida amabilidad, que dosificaba la adulación con el señorío), no fue encono, eso sería exagerar; fue desengaño y despecho. Consideró el artista que mis proporciones son demasiado reducidas, lo cual no me destacaría en el óleo, y que al azul del lapislázuli era preferible el de la turquesa, según la entonación general que proyectaba. Pero... ¿qué quería Monsieur Antonio de La Gándara? ¿que un Escarabajo creado para un brazalete y adaptado como una sortija, tuviese el tamaño de un platillo de café o de una femenina «trousse»? ¿Y acaso mi azul no es el más bello de los numerosos matices del azul que existen? Mi amo se sometió a su criterio. Estaría sentado, de perfil, de medio cuerpo, vestido con una bata eslava de un gris tornasolado (el gris-Montesquiou), teniéndome entre sus enlazadas manos. Yo no era yo; era un bodoque azulenco, carente del rojo sol que enaltece mi dignidad. Como si mirase al Más Allá, Robert miraba a lo alto, grave y profundo. Su retrato, que anhelaba ser hermético, podía haber servido de ilustración a un libro sobre el espiritismo que practicaba Montesquiou, cediendo a los incentivos de la moda y de la curiosidad. Quedaba así un par de horas en el taller, conversando quedamente con el español, que prodigaba su encanto; luego Yturri aparecía, puntual, en su busca, y partíamos a visitar, a visitar, a entrar en negocios y en remates de antigüedades, en el Ritz, a subir las escaleras de Gustave Moreau, a comprar, a declamar, a visitar a la Princesa, a la Duquesa, a vestirse los caballeros para la Ópera, para una recepción. ¡Había tanto que hacer!

Una dulce tarde de otoño, cuando el cuadro estaba casi listo, salimos de la casa de Don

Antonio. Había oído decir que iríamos a lo de la Condesa Greffulhe, quien reuniría un grupo íntimo. No estarían allí ni el Príncipe de Gales ni el Duque de Orleans; no habría tampoco un violinista o una soprano; se podría conversar familiarmente. El Conde resolvió recorrer caminando un trecho del paseo, desde Auteuil, y luego tomar un vehículo y seguir hasta la rue d'Astorg, donde vivía su prima. En el momento de calzarse los guantes, se percató de que había dejado en lo de La Gándara el derecho, el mío. De inmediato se ofreció Yturri a traerlo, pero su amigo lo detuvo. Lo recuperaría el día siguiente, cuando volviera para los toques finales. Seguimos así, Robert con la diestra desnuda, y yo en ella, esgrimiendo el bastón de molinetes veloces, y enardeciéndome con la idea de que esa libertad y esa exhibición me compensaban en parte de la ausencia del retrato. Andando, encontráronse los dandies con el tremendamente vanidoso Aimery de La Rochefoucauld, cuyos prejuicios de clase no toleraban al inofensivo Yturri, y pretendió evitar a la pareja. Probablemente la actitud de su primo picó a mi señor, el cual apuró el paso hasta alcanzarlo, y decirle su extrañeza al verlo sin su coche, pues lo cierto es que el arrogante individuo jamás se trasladaba fuera de su carruaje, conocido por las multiblasonadas portezuelas. Murmuró Aimery una indescifrable explicación; fingió no ver al sudamericano; y se resignó a regañadientes a ceñir su ritmo al de los otros. Continuamos unos diez minutos de esa suerte (Montesquiou hablaba de los elogios que había promovido su libro inicial, «Les Chauves-souris», como si sus poemas, en realidad, no hubiesen sido maltratados por las revistas), en momentos en que un cerradísimo coche se paró junto al grupo. Tal como había notado el ansia de Aimery por eludirnos, creí advertir ahora su esperanza de que desde el interior del cupé lo rescataran de nuestra presencia. Si así fue, erró el descendiente de los Cruzados, porque el rostro que a medias asomó, cuando bajó el vidrio de la ventanilla, le era totalmente desconocido. Envuelto por un tapaboca que apenas dejaba reparar en la palidez de sus mejillas y en sus espléndidos ojos oscuros, dignos de un sultán, o mejor aún de una sultana, el nuevo personaje se dirigió a Montesquiou respetuosamente, para ofrecer conducirlo a donde fuera. Titubeé el Conde, sin reconocer a su interlocutor enmascarado, e Yturri lo informó, con un hilo de voz, de que aquél era ese Proust... ¿Marcel...? que Madeleine Lemaire les había presentado días atrás, en su concierto. Tocó entonces a Montesquiou asumir la actitud que momentos antes inquietara a La Rochefoucauld, o sea que fue evidente que no le gustaba encontrarse con aquel joven, y menos delante de su desdeñoso primo, y yo observé que no obstante que los dos Condes, hijos de madres hermanas, no se parecían en absoluto físicamente, la igualdad de los sentimientos que habían experimentado, y que resultaba de la exacta coincidencia de sus intolerancias, los había mostrado, durante unos segundos, idénticos como mellizos. Aimery aprovechó la coyuntura para alzarse el cuello de pieles, despedirse, y alejarse apresuradamente. Permanecimos nosotros todavía unos momentos al lado del coche y su ocupante, y recordé la oportunidad en que había tenido lugar la presentación de Proust a Montesquiou, en el jardín de la pintora que tan caros vendía sus cuadros de rosas (pintó centenares), en la rue Monceau. Recordé la solicitud con que el joven de grandes ojos persas, que iniciaba su carrera mundana, se dirigió al arbitro de la mundanería, y el entusiasmo con que lo roció de exageradas lisonjas. Montesquiou había averiguado que se trataba de un aspirante a escritor, hijo de un médico destacado y de una rica israelita, y a partir de esa ocasión había topado con él en varios lugares, tanto que daba que pensar que lo perseguía el muchacho. En seguida el esteta recibió cartas, libros, obsequios, con los cuales Proust le reiteraba su admiración. Se me ocurre que el ya maduro Conde, aun sintiéndose halagado por un incienso que se administraba tan lujosamente, captó la ambición de Proust de que, a cambio de zalamerías, ditirambos y una especie de rendición incondicional, lo introdujese en la alta esfera que le estaba vedada por su origen, y se me ocurre también que Montesquiou no estaba dispuesto a que fuera fácil concederlo. Vino a confirmarlo la breve conversación que se desarrolló entre el coche y la acera. Ingenióse Proust para saber a dónde iba Montesquiou, y éste no tuvo inconveniente en responder que se encaminaban a lo de Madame de Greffulhe. La información redobló la ansiedad del «petit Marcel» por conseguir que el Conde le

permitiera que los condujese; asimismo, le insinuó que lo autorizara a acompañarlos a casa de la señora, a quien se desvivía por conocer. Simuló el péfido Robert no entender esto último, y se limitó a repetir que preferían caminar, acentuando la burla en la exuberancia del agradecimiento. Pasó por los hermosos ojos orientales la sombra de una desilusión; cerróse la ventanilla; nos siguió el cupé lentamente unos veinte metros, y después el caballo emprendió un rápido trote, como si se fugara.

—Este Proust... ¿cómo se llama...? ¿Michel? —le preguntó Montesquiou a Yturri.

—Me suena más Marcel.

—Marcel... No lo puedo soportar con su entrometimiento. Escritor... ¿acaso imagina lo que cuesta ser un escritor? No lo será jamás. Se pasará la vida incomodando... acechando invitaciones...

Fueron las postreras palabras nítidas que le oí pronunciar, del mismo modo que la tarjeta de adiós de Sarah Bernhardt que recogí, fue la de su sonrisa tras el abanico veneciano, porque al modularlas, el Conde de Montesquiou-Fezensac revoleó el bastón con tanta energía que, impelido, salí volando, como había volado a través de la ventana de Aristófanes, crucé encima de las lanzas herrumbrosas de una verja, y caí en un jardín al que alfombraban de ocre y de cobrizo las hojas otoñales.

En vano Montesquiou e Yturri llamaron a la puertecilla de hierro, sacudiéndola y golpeándola. Dijérase que la casa cuya fachada de pizarras viejas y piedra gris se desdibujaba más allá, entre árboles y arbustos, estaba vacía. Insistieron los señores, y fue inútil. Bajo el abrigo de hojas, cuyo olor me condujo a otros paisajes y a otras escenas de mi vida, como en un sortilegio, escuché los apóstrofes furiosos del Conde y la vocecita de Gabriel, quien intentaba calmar a «Moussú le Comté», y le aseguraba que el día siguiente acudiría a rastrearle. Supe luego que sus pasos se apartaban y apagaban, hasta que todo calló. No dudo de que Don Gabriel d'Yturri estuvo de vuelta, de que consiguió entrar y de que anduvo revolviendo las hojas mustias, oscilantes en la leve brisa. Pero no me encontró. No podía encontrarme, puesto que yo, el vagabundo, ya no estaba ahí.

12. LA CATEDRAL, LA ISLA Y EL MUSEO

Ni aquel jardín ni aquella casa, existen ya. La calle entera ha cambiado. Cuando la recorrí en el Hispano-Suiza de Mrs. Vanbruck, me esforcé, sin conseguirlo, por situar el lugar exacto donde me separé de Montesquiou, pero sobre la acera, en una extensión de cincuenta metros, siete filas de ventanas y balcones, desprovistos de carácter, con aspiraciones no cumplidas al estilo Luis XVI, reemplazaban la casa y el jardín de Madame Mortier. Así los llamo, a ese jardín y esa casa, aunque no fuesen suyos; en realidad ignoro quién era su dueño o dueña. Sospecho que los rondaba un litigio, quizás un asunto de herencias, por frases que recogí al azar. Lo cierto es que mientras las cosas se aclaraban —y vaya uno a saber si se aclararon algún día—, Madame Mortier ejercía las funciones de propietaria absoluta, por virtud de su título de casera.

Quien me encontró fue el jardinero, un jardinero que en verdad y esencialmente no dependía de Madame Mortier, sino de una invisible y poderosa Administración lejana, pese a lo cual Madame Mortier no paraba de darle órdenes, que Günther acataba siempre, sonriente. Le tomé de inmediato simpatía: un muchacho menudo, de lacio y largo cabello rojizo y ojos muy verdes. Surgió en el jardín temprano, con un gran sombrero agujereado, de fieltro incoloro, una escoba de paja y un rastrillo, y anduvo por los senderos, barriendo las hojas de los castaños que no cesaban de llover y susurrar. También él cantaba y silbaba a ratos, dulcemente. Pronto armó una fogata y la encendió. El delicioso aroma me devolvió al bosque feérico de Arden, que en ráfagas fragantes ascendía al cuarto de Mr. Low, y me devolvió el recuerdo de Lady Withrington y su chal de Cachemira, de modo que casi esperé verla flotar, bajo los árboles de aquel calmo rincón de París.

El jardinero lanzó un grito, al descubrirme entre la hojarasca; era lo habitual; luego me guardó en el bolsillo de su delantal de fajina, y continuó rastrillando. Terminó su tarea, y comprendí que se encaminaba hacia la casa y que para mí empezaba otra vida. Me quitó del escondrijo, me puso en su dedo índice de la mano derecha, y entramos. Atravesamos varias habitaciones, cuya única claridad procedía de los postigos mal ajustados, y que llenaban muebles y arañas espectrales, cubiertos de blancas fundas; llegamos al inicio de una escalera, y el jardinero la subió con muchas precauciones, para apagar los crujidos. A su término, en el piso siguiente, desembocamos en un importante salón vacío, que por su traza debió de haber sido destinado al baile, en los buenos tiempos de la mansión. Formaba un amplio óvalo, y lo rodeaba un conjunto de altos espejos con marcos dorados, tapados algunos con telas de mosquitero, a los que la penumbra otorgaba una calidad fantasmal, como la de los muebles de la planta baja. Había, en el centro de esa habitación de aparato, una mujer sentada en un taburete, y a sus pies dos niños, cuyas cabezas descansaban en la vaguedad de su regazo. Günther arrojó el sombrero, se acercó a una de las ventanas, empujó el postigo, lo que bastó para que el sol le inflamara la cabellera, y allá se estuvo, como espía del jardín.

Entendí entonces que nos hallábamos en la parte trasera de la casa, y que la pequeña puerta de hierro a la que habían golpeado sin éxito Montesquiou e Yturri, correspondía al sector de los canteros y los árboles, mientras que la principal se hallaba en la fachada opuesta, que abría sobre una «cour». De este lado, comunicando el comedor con la

destruida glorieta y los follajes desnudos, una doble y corta escalinata trazaba su gracioso movimiento. Por ella bajó, al cabo de unos minutos, una mujer esmirriada, marchita, roedora, presurosa, vestida de luto del gran sombrero a los zapatos. Verifiqué después que en su diminuto rostro cetrino, los ojos, la boca y la nariz, juntos, apretados, poco espacio ocupaban, y que acaso lo más significativo de sus prescindibles facciones, fuera el bozo, negruzco y espeso, que imponía al resto una permanente expresión de mando. La casera atravesó rápidamente el mañanero jardín, esgrimió un manojito de llaves, abrió con él la puertecilla, y desapareció. Luego supe que, como cada día a esa hora, se aprontaba a trepar a un ómnibus tirado por una yunta de caballos imponentes, para cubrir la distancia que la separaba de Notre-Dame de París.

Ya solos en la vastedad del salón de baile, apoyó el jardinero la escoba y el rastrillo contra la pared, se aproximó a la mujer monumental, que como una clásica estatua sedente, vestida con la suelta holgura de un vestido blanco, presidía la habitación, y la besó en la boca. Eso me permitió comprobar que era bastante mayor que el joven (tal vez tuviera treinta y cinco años), y advertir la vulgaridad de su cara, ancha y de rasgos vigorosos, coronada por una masa de pelo negro. Enrollábanse en el fondo del aposento unas inmensas alfombras, y Günther hurgó en su bulto del que rescató una caja de violín; sacó el instrumento y se puso a afinarlo. Cuanto describí hasta este momento, había transcurrido sin que ni la mujer, ni él, ni los niños que aparentemente dormían, dijese una sola palabra. Ahora, las notas agudas y graves, nacidas de súbito en un interior que parecía abandonado, obraron como si fuesen la primera manifestación de que todo el oculto mecanismo se ponía en marcha: los niños levantaron las cabezas brunas en el regazo de la que resultó ser su madre, mirándola con una mezcla de amor y de curiosidad; ella se soltó el aprisionado torrente del pelo interminable, que cayó en cascada, envolviéndola hasta esparcirse en los mármoles del piso, como si se estancase allí, Günther avanzó, tocando algo... no sé... liviano y antiguo, que repentinamente trajo a mi memoria los conciertos de la Princesa Oderisia, en su palacio de Nápoles; y yo, afirmado en el trémulo arco, volví a gozar la impresión de delicia que no experimentaba desde que, en manos de Febo di Poggio, tañí en el Ponte Vecchio el laúd de Pantasilea. Quizás el muchacho no tocara muy bien (¿podía yo juzgarlo?), pero lo evidente, que me maravilló al punto, fue el encantamiento que emanaba de su ejecución.

La física tosquedad de la mujer se transfiguró, por obra de la música, de la insólita cabellera derramada que la cubría, y de que comenzó a hablar, a narrar, para embeleso de los niños y mío, mientras disminuía el poder de las cuerdas, hasta crear un suave, rítmico acompañamiento, que se ajustaba a las alternativas del relato. Deduje que la escena era corriente, o sea que ella y Günther aprovechaban las ausencias de Madame Mortier para cumplir con el rito poético y familiar. Quiso la casualidad que refiriera en esa ocasión la historia de los Siete Durmientes, y yo, embobado, la escuché, al par que crecía en torno la melodía apagada que tanto misterio añadía al cuento, y aunque éste ninguna relación guardaba con la extraña realidad que viví, me dejé arrastrar también por el hechizo que impregnaba la atmósfera, en aquel salón donde diez estatuarias mujeres de desbordantes cabelleras repetían los ademanes en los circundantes espejos, algunos de los cuales, por obra de los mosquiteros vaporosos, dijérase que más que sus cuerpos contenían sus almas, de suerte que se perdía la noción del cuál era la auténtica narradora y punto de partida, y cuáles las que copiaban sus actitudes, al compás de un violín que actuaba como si meciera a todas esas mujeres imprevistamente hermosas, en la ondulación de su cadencia. La escena se prolongó: por fin Günther, al acecho del correr de los minutos, suspendió la ejecución, en oportunidad en que, por lo demás, concluía la leyenda adornada de los Durmientes, con el aporte de la Virgen María distribuyendo aureolas en la gruta, como premios a la Virtud en un escenario. La mujer, callada, se retiró con sus vástagos; el jardinero volvió a esconder el violín; y en ese instante, quebrando el silencio que subrayaba afuera un tímido trino, se oyó, autoritario, el repicar de las llaves de Madame Morder.

Pronto, a través de los agüjemelos y rasgones del delantal de Günther, en cuyo bolsillo me había deslizado nuevamente la prudencia del muchacho, aprecié más de cerca la personalidad de la casera y, a medida que transcurría el tiempo, fui descifrando la

relación que vinculaba a los distintos habitantes de la casa. Se llamaba Matilde, la mujer de la cabellera espesa como un manto, que en el salón de los espejos mañana a mañana repetía sus fantásticas historias. Era sobrina de Madame Morder, y nunca aclaré si los dos niños aliviaban con su presencia las melancolías de su viudez o de su separación, o materializaban la soltera sensualidad de sus pecados. Los pequeños no se desprendían de la expansión de su falda, y con ella recorrían despaciosamente, cuchicheando, la casa que olía a encierro y a alcanfor, azuzados, desde puertas que se abrían a la distancia, por la voz imperiosa de Madame Mortier y sus mandatos higiénicos. Ningún lazo de sangre, en cambio, unía a los anteriores y a Günther, huérfano de un músico suizo; el capricho de la fortuna lo había hecho anclar en aquel desamparado caserón, luego de ambular por las calles con su violín. Madame Mortier salía dos veces por día (temprano, como hemos visto, y al atardecer) y cada ausencia suya se dedicaba, con otras damas de edad y aspecto equivalentes, a ordenar la sacristía y alquilar sillas en la Catedral.

Dentro de la casa, las mañanas estaban consagradas a la Poesía, y las tardes al Amor. Tras ocuparse más o menos del jardín y, junto con Matilde, de desempolvar algunas de las estancias numerosas, Günther y ella reiteraban en el salón de baile el cuadro que antes esboqué, con lo que entrañaba de mágico y fascinador, merced a las contribuciones de la suelta cabellera y el violín, provocadores de metamorfosis desconcertantemente embellecedoras. ¡Cuántas consejas arcaicas oí a la sazón, desde el índice del muchacho que con el arco iba sobre las cuerdas! Hubo vueltas en que mi emocionado interés se ahondó, porque Matilde, como si desenvolviese tapices viejos, les mostraba a sus hijos las maravillas del Rey Arthur y el hada Morgana, de la isla de Avalón y de las luchas de Carlomagno y Roldan, tal como las cantaron los trovadores vagabundos y las recogieron los compiladores, lo que me devolvió a lugares y gentes remotas, convertidas en ilustraciones de libros para niños. Muy opuestas eran las escenas que en el mismo lugar se desarrollaban de las seis a las ocho de la tarde, es decir entre la partida de Madame Mortier para asistir a la misa de las siete, cuidando del cobro de las sillas, y su regreso. Entonces, el cotidiano beso en la boca de Matilde, con el cual Günther inauguraba el relato-concierto matutino, ganaba su máxima y jubilosa expresión, complicándose con abrazos, caricias, mordiscos, pellizcos, palpamientos, lamidas y demás manifestaciones entusiastas, para rematar en tiernos jadeos, gruñidos y estertores sofocados. Utilizaban los amantes, como base del intercambio aludido, las mencionadas y enrolladas alfombras, previo retiro de la caja del violín; por supuesto, los párvulos no asistían a dichos episodios. De tal manera, organizadamente, pasó mi estada en la casa de Madame Mortier. Empezaban los días con una liviana tarea jardinera, y flacas tentativas a propósito de la suciedad de los cuartos; seguían, con mi concurso al sostén instrumentista de las narraciones; y culminaban con mi intervención en los entreveros apasionados de las alfombras. No me podía quejar; lo espiritual y lo físico se mezclaban con justa proporción en mis actividades, y a no ser por el escozor de remordimiento que me inquietaba después de cada zambullida en la lustrosa corriente de la cabellera de Matilde (pues la magna Nefertari se me aparecía en sueños), hubiera sido feliz en la casa aquella... siempre que eso, equívoco, poliforme, inasible, que designamos con el nombre arbitrario de felicidad, concretamente exista.

Tres meses fueron gastándose así, entre música y erotismo, entre literatura y espejos. Al cabo de ellos, torné a comprobar lo pasajero del tiempo feliz, como había acontecido otras veces, en los meandros de mi biografía. Sonó la hora de que el Senador Quadrato sorprendiera en el lecho a Cayo Helvio Cinna y Tulia; sonó la hora en que los soñadores de Venecia averiguaron las voluptuosas lidias de la hija de Marco Polo; sonó la hora en que Pantasilea, conducida por dos brujas, contempló entrelazados a Vincenzo Perini y Febo di Poggio; la hora en que el palaciego Marcos de Encinillas se enteró de los ayuntamientos del enano y su mujer... La hora suena siempre. Es fatal. Y sonó la hora, que presentía mi experiencia pesimista, de que Madame Morder adelantase su regreso de Notre-Dame (nunca conocí la causa), y sin previo aviso de llaves sonoras y voces urgentes, surgiera en el salón de baile, como un fantasma más, pero éste negro, movedizo, menudo y colérico, erguido sobre la punta de los pies frente a los amantes.

¡Ay, ay!, ¡qué desgraciada composición!, ¡qué pobre alegoría de la Falta! Por un lado Madame Mortier, lívida bajo el gran sombrero enlutado, Madame Mortier, que en ese instante hubiera merecido llamarse Madame la Mort; por el otro la desigual pareja desnuda, el muchacho que estrechaba a la mujer-estatua, y la mujer, Matilde, cobijándolo o desvistiéndolo, según los desplazamientos de su monstruosa cabellera, en cuyo enredo asomaba y me desvanecía yo, el insecto luminoso; y por fin las alfombras y su rígido oleaje. Madame Mortier no se detuvo a considerar los valores del espectáculo. Tomó el brazo izquierdo de Günther, desclavándolo del carnal amasijo, y cuando el jardinero-violinista, parado y balanceándose, pretendió ocultar con la diestra sus vergüenzas (no entiendo por qué las designan así), la mano dura y crispada de la casera cambió de objetivo, engarfiándose en mí, con la consiguiente desazón, supongo, de las vergüenzas vecinas. Entretanto, la opulenta Matilde, Lady Godiva sin gloria, trató de recuperar cierta compostura, y huyó, gimoteando y arrastrando sus ropas por las escaleras. El episodio terminó con la Furia arrancándome del dedo de Günther, y señalándole la puerta cercana, por la cual el muchacho escapó también; gritaba y se frotaba el índice. No lo vimos más. Aquel crepúsculo triste los devoró a él y su violín, y desde ese día el silencio se instaló en la casa. Si continuaban los cuentos en el salón oval, yo no los escuché, ni volvió a encantarme el plástico grupo de Matilde y los niños, multiplicado por los espejos, como si fuese una misteriosa exposición de esculturas idénticas.

Madame Mortier me depositó en un cajón de su dormitorio, dentro de la cómoda que adornaba una réplica del retrato del joven Luis XIV por Le Brun. Como la obra de los pintores célebres, las etapas de mi existencia retraída se clasifican por «períodos»: período azul, período rosa, período tumba, período acuático, período cajón (période bleue, période tiroir, etc.). Entré, pues, una vez más, en un período cajón. Compartí su penumbra con vetustos terciopelos frecuentados por polillas, y con una variedad de rosarios, escapularios y medallones de reliquias, probablemente habidos en Notre-Dame. Confieso que me sentí forastero e intruso, no obstante mi antiguo baño purificador en agua bendita, por la contigüidad de la uña de San Ubaldo, Obispo de Gubbio, y de la muela de Santa Pelagia de Tarso, a quien cocinaron usando de horno un toro de bronce. Madame Mortier abría a menudo el cajón, pero como Sarah Bernhardt cuando hacía otro tanto con el cofre de las joyas, me desdeñaba. El tiempo se iba, se iba y, lo mismo que en el caso de la divina Sarah, intuía yo que llegaría el momento de mi retorno a la franca luz. Sucedió súbitamente, en oportunidad en que, revolviendo los rosarios cargados de cruces, de medallas y de insignias de congregaciones, Madame Mortier me independizó del encierro cajonero, y quizás obedeciendo a un antojo, me puso en su derecho anular. Si antes me había parecido vieja, viejísima me pareció ahora, y de la acentuación del exterminio de los rasgos reconcentrados, que enzarzaba la red de las arrugas, deduje el largor, hasta entonces incalculable, del tiempo transcurrido.

Aquella fue la fecha original de una notable modificación en mis trajines. De esa ocasión en más, dejé la casa dos veces por día, con Madame Mortier. Notre-Dame de París era nuestra meta. Madame Mortier recorría la larga nave, distribuyéndose el trabajo con las ostras enlutadas señoras. Removía sillas, sacudía un plumero sobre altares y sepulcros, preparaba velas, plegaba vestiduras, pasaba la bolsita de la colecta, y se diferenciaba de las restantes damas por la singularidad de sus devociones, pues cada una de ellas tenía la preferida (la Virgen, San Dionisio, San Luis, Santa Genoveva, San Andrés, San Carlos Borromeo, y cuanto imaginó el frenesí reconstructor del arquitecto Viollet-le-Duc). La piedad de Madame Mortier se concentraba, singularmente, en la estatua de Luis XIV de hinojos, que está tras el altar mayor. Frente a ella, caía Madame Mortier de rodillas, y su bigote se movía como un negro gusanillo, mientras musitaba una oración. ¿Qué le pediría Madame Mortier al soberano galante, entre sucesivas señales de la cruz? Algo muy íntimo sería, relacionado con lo que el Rey Sol evidenció de más ardientemente novelesco, porque luego se trasladaba a la sala del Tesoro, y reiteraba sus prosternaciones ante el armario que contiene el crucifijo de marfil regalado por Luis XIV a Mademoiselle de la Vallière. A mí me entusiasmaban las visitas a Notre-Dame, sobre todo de tarde, cuando después del concierto litúrgico, acallada la tempestad maravillosa que

rugía en los seis mil quinientos tubos del órgano, oficiaba el Cardenal de París, rodeado de acólitos genuflexos y de portadores de cirios e incensarios, quienes se pasaban la mitra, el báculo y los libros, haciéndose reverencias, mientras el coro restallante respondía a los frágiles latines del príncipe de la Iglesia, que abría los brazos áureos para hablar con Dios. Y me deleitaba ir de fila en fila, de la mano de Madame Mortier, estirando el mango del cual pendía la bolsa recaudadora de terciopelo rojo, y calculando anticipadamente, por el aspecto del donante, el monto de la ofrenda.

Un domingo por la mañana, en la misa de las doce, cuando Madame Mortier solicitaba las contribuciones, advertí que un caballero de edad, grueso y reposado, me miraba fijamente al depositar el donativo. El mismo caballero, en seguida de los últimos rezos, se presentó en la sacristía, en momentos en que mi señora y una de sus compañeras vaciaban el contenido de sus bolsos, y encarándose con Madame, pero dando muestras de suma cortesía, le requirió una entrevista privada. Accedió, sorprendida, afectada, Madame Mortier, y creció su sorpresa cuando le preguntó el individuo aquel si no temía a la mala suerte que podía acarrearle el escarabajo de su anillo.

¡Dale con la eterna estupidez! ¡Ya estaba ahí, de vuelta, la absurda acusación! ¿De dónde diablos habían inventado esa superstición loca? ¡Ah Khepri! ¡Ah San Luis de Francia! En segundos le perdí al hombre el respeto que su porte y su actitud me habían inspirado, y él, simultáneamente, desdeñoso del disgusto que sus palabras pudieran causarme, continuaba con su prédica corrosiva, fraguando nombres de faraones asesinados a causa de sus escarabajos, e ideando la leyenda de un colega mío, de esmeralda (otro disparate), que en mitad de la noche se les aparecía a los sacerdotes en el templo de Karnak.

Con los ojos dilatados, sin pestañear, lo escuchó Madame Mortier; un ligero sudor le humedeció el bozo y, para ocultarme, me hizo girar en el dedo y cerró el puño, tan desgraciadamente que se clavó en la palma mi sol de ágata púrpura. Lanzó un grito, abrió la mano y contempló con horror su palma sangrienta.

—Ahí tiene la prueba, Madame —le dijo con serena voz el maldito—. ¡Cuidado! Quitéselo de encima lo antes posible. Lo que está viendo ahora es sólo un anuncio de lo que luego vendrá.

Y Madame Mortier veía, azorada, extenderse la mancha roja.

—Se me ocurre lo más conveniente para solucionar el problema —prosiguió, impasible, seguro, su interlocutor—. Domino bien estos asuntos. Soy egipólogo y conozco los exorcismos que es necesario pronunciar para eliminación de los demonios, pero la tarea exige tiempo, paciencia y precauciones. Al cabo de ellos, el escarabajo será impotente. La regla impone que el objeto abominable pertenezca a quien realice el conjuro. Véndamelo y yo me encargaré de él. De lo contrario...

Vaciló la aturdida señora. La sangre manaba aún, y en torno la sacristía de Notre-Dame imponía con sus nobles muebles y espléndidas pinturas, como imponía el desconocido con la gravedad untuosa de su tono y sus maneras, con sus gafas de espesos cristales y su corto flequillo gris que, en aquel medio eclesiástico, le conferían un aire sacerdotal de jerarquía eminente. Entraron, por el fondo del aposento majestuoso, el Cardenal Amette y su séquito, dos de cuyos integrantes lo despojaron de la mitra y de la pesada capa pluvial. El aroma del incienso santificó la habitación. Todo se confabuló para suscitar la atmósfera oportuna, hermética y sagrada, que unida al aterrador prestigio de los vocablos «exorcismo» y «conjuro», aturdiría a la devota de Nuestra Señora y de Luis XIV, y sometería su turbada voluntad. Sacó el hombre la billetera, y comprendí que nuevamente se jugaba mi destino. Partí de la Catedral, con mi incógnito y llamante dueño, el egipólogo.

No, no era un egipólogo; era un importante anticuario, como comprobé en cuanto llegamos a su negocio de la rue Bonaparte, en el cual se exhibían, colocadas hábilmente en vitrinas o en aisladas bases, elegidas piezas de claro refinamiento. Mi estada en su medio fue fugaz, pero conservo en la memoria un tapiz con símbolos del Apocalipsis, a cuyos lados un par de ángeles de piedra miraban gravemente al interlocutor, puestos los índices respectivos en los labios. El «marchant» habló por teléfono, y concertó una cita

con alguien llamado Mr. Fraser, quien en breve entró en el negocio. Me enfrenté entonces por primera vez con Mr. Jim, el (ése sí de verdad) egiptólogo y helenista de Mrs. Dolly. Me depositó el anticuario en una mesilla, sobre un paño blanco que exaltó mis méritos, y Mr. Jim me alzó entre dos dedos, con escrúpulo exquisito, y me estuvo examinando durante buen espacio bajo una lupa.

—Es auténtico —dictaminó—, y por la inscripción y el «cartouche» debe de haber pertenecido a la Reina Nefertari o Nofretari o Nofretete, esposa preferida de Ramsés II. Posteriormente le han añadido este engarce de lirios de plata, que recuerdan el estilo de Lalique.

Como se deducirá, aquel septuagenario huesudo de brillante calvicie, oliente a tabaco, que sin cesar guiñaba ambos ojos, en seguida ganó mi afecto. Por fin aparecía alguien que reconocía sin error mi estirpe, y me otorgaba mi exacto valor. Si hubiese podido, hubiera dilatado de orgullo mi caparazón azul.

—Tengo la certeza —añadió Mr. Jim— de que Mrs. Vanbruck lo comprará. Corresponde exactamente a lo que busca. ¿Cómo lo consiguió?

—Regateando —respondió el comerciante ventrudo, y la humildad con que miró al suelo acentuó su apariencia prelaticia—. Procede de la colección de Ismail Pacha, quien fue Khedive de Egipto hace cincuenta años. Su actual propietario, descendiente de ese príncipe, pide mucho por él.

—Ya veremos.

Y en efecto, se vio y se compró. Para Mrs. Vanbruck, lo imposible, financieramente, no existía. El poeta Cinna había imaginado que, antes de ser suyo, fui de Cleopatra, y ahora este comerciante urdió que tuve por amo al Khedive: si supiesen cuáles han sido mis dueños en realidad y por qué manos anduve, no hubieran necesitado recurrir a patrañas. Por lo demás, Mrs. Vanbruck eliminó la mención del Khedive Ismail, que habrá juzgado modesta en exceso, y optó por decir que mi ilustre poseedor, en el siglo XIX, fue el Rey Luis de Baviera, el de Wagner. Allá ella, si lo prefería.

Lo indudable es que a mí, al Escarabajo, me prefirió a sus docenas de sortijas, pues no bien le fui presentado por Mr. Jim Fraser, dentro de un suntuoso estuche, me adoptó, insistiendo en que de mí dependía su buena suerte, o sea utilizando el argumento opuesto al que usó el anticuario de la rue Bonaparte para obtenerme, y probando de ese modo la arbitrariedad de las afirmaciones supersticiosas que los de mi clase sugieren. Ingresé en su dedo medio de la mano derecha, y por morada lo tuve hasta que me arrojaron al Egeo, siete años después. En su curso, debo de haber ceñido el diversísimo material de más de diez mil guantes y mitones y con mi insoportable colega el Brillante del anular izquierdo, calculo que habré recorrido entre doscientos y doscientos cincuenta cuerpos de hombres jóvenes, fornidos y blandos, magros y robustos, velludos y lampiños, blancos, negros, amarillos, mestizos, mulatos y el de un piel roja, albinos, pecosos, transpirados, resacos, fríos, tibios, calientes, melancólicos y movedizos, emprendedores y apáticos, y declaro con admiración y justicia que a todos y cada uno, Mrs. Dolly Vanbruck, pese a las desventajas de una edad nada breve y a la prudencia que debía recomendarle la atención de su propia epidermis escindida, remendada, estirada y cosmetizada, dedicó igual energía, eficacia y curiosidad. Hubiera podido intercambiar impresiones, sin desmedro de su prestigio, con Monsieur Casanova. Y no se me tilde de vano si aventuro la sospecha, casi la certidumbre, de que Mrs. Vanbruck, desde que pasé a enriquecer sus bienes personales, me vinculó con la creencia mágica de que gracias a mí estaba en condiciones físicas de llevar adelante su campaña de satisfacción erótica (así como el fulgor del Brillante le confirmaba la presencia de las bases económicas que la costearían), porque cada vez que se aprestaba a emprender conmigo un viaje minucioso a través de un ser humano, empezaba por besarme fervorosamente, y por susurrarme con yanqui gangosidad: —Let's do it!

Lo hacíamos, lo hacíamos, vaya si lo hacíamos y lo volvíamos a hacer, y en eso rivalizábamos con el Tiempo... el Tiempo, voraz como Mrs. Vanbruck. Ni siquiera su dilecta amiga Maggie, Duquesa de Brompton, era capaz de competir en número (aunque sí en calidad) sobre el plano que estoy considerando, con la viuda del banquero de Filadelfia y Wall Street. La compartida pasión de ambas por los viajes, ampliaba de

continuo sus aprovisionamientos. Llegaban a hoteles comparables con el usufructuado por el Rey Arthur y sus paladines, en la isla de Avalen, y al punto se difundía la información de su presencia, que porteros, ascensoristas, maitres y grooms capitalizaban con provechos memorables, en Europa, en América, en la India, en Egipto, en Estambul, al fiscalizar y discriminar el aspirante fluir masculino hacia las viajeras. Las dos manejaban el arte sutil de combinar esa vida con las exigencias del trato mundano; entraban y salían en las embajadas, en las recepciones, participaban de los cocktails, de las comidas, de los bailes; iban al teatro, a la ópera, a museos, a catedrales, a las carreras a cacerías; pasaban temporadas en playas, en montañas, en castillos; subían en mailcoaches, en Hispano-Suizas, en Rolls-Royces; compraban y regalaban lo más caro, equivocándose a menudo; y a su turno daban bailes, comidas y fiestas. Tenían los músculos de hierro, de bronce las entrañas y de fuego la sensualidad. Eran asombrosas y temibles. Merced a ellas y a su permanente ir y venir alrededor del globo terráqueo, experimenté el estupor de reencontrarme con viejos conocidos cuando menos lo esperaba. Tal como recuperé a la cortesana Simaetha en el rostro de Maggie Brompton, y en el de su mayordomo a Felipe IV, topé con Febo di Poggio desnudo, en la casa londinense de la Duquesa, por obra del dibujo de Miguel Ángel en cuya elaboración cooperé, y que allá atribuían a Sebastiano del Piombo. Porque me llevaron al Louvre, me encaré repentinamente con un modelo de Pontormo, en quien reconocí al orfebre Michelino di Paolo Poggini, autor de mi tercer engarce, identidad que las autoridades del museo ignoran, así como en el Prado hubiese querido detenerme más ante la soberbia pintura del enano Don Diego de Acedo, por Velázquez, pero inquietaba a las señoras el eclipse de un tal Harry, protegido de turno de Mrs. Vanbruck, quien se había esfumado en la pinacoteca, y hubo que apurarse para no perderlo. Vi, en el Tesoro de la Catedral de Reims, el Talismán que en España colgaba sobre la barba más o menos florida de Carlomagno, y que la Duquesa pretendió adquirir para su acompañante, un pequeño turco afectuoso; vi en Nueva York, en la Frick, la alta y elegante figura, retratada por Whistler, del Conde de Montesquiou, cuya virilidad para mi asombro subrayó Mrs. Dolly; y vi con horror, en El Cairo, dentro de una vitrina, la espantosa mueca de la momia de Ramsés el Grande. Si hubiese visto los restos de Nefertari en un estado similar, no sé a qué se hubiera equiparado mi desesperada amargura, de modo que bendije a los ladrones cuya barbarie los eliminó. La Reina permanece intangible e incorruptible en mi memoria; la Reina atraviesa mis jornadas como una cálida y dulce claridad; y yo, su Escarabajo, hubiera anhelado ser su perro, su lebel, ser como el Qitmir de los Durmientes, lamer su mano perfumada y estirarme al amparo de sus pies divinos. ¡Ah Nefertari! ¡Ah mi Reina! ¡Qué distintas de ti eran aquellas mujeres de otro continente y otra centuria, que no parecían de tu sexo, sino también de otro, rabioso y quemante como la boca de un dragón, y que me empujaban y sacudían, de torbellino en torbellino, frenéticas de audacia!

Hay una anécdota, en la cual intervienen las dos, que evoco pues define su carácter. El incidente se produjo cuando la Duquesa acababa de comprar el cuadro de Turner para su residencia de Belgrave Square. Posiblemente irritó a Maggie la inexplicable testarudez de su amiga, quien sin autoridad ni razón negaba la autenticidad del óleo, en el cual ella cifraba mucho orgullo, y resolvió vengarse de una manera tan cruel como estúpida. Le telefoneó al «Savoy», donde parábamos, y le propuso que la acompañara a almorzar en su casa, y allá nos fuimos, ayunos de la habladuría que había inventado, porque estoy seguro de que fue Maggie quien la inventó. Luego de comer, encerráronse las señoras en la biblioteca a tomar el café, y yo no atendí, aburrido, su frívola charla, observando tanto libro inútil y bien encuadernado, tanta bella esfera geográfica, el retrato de la Duquesa por Boldini, el cuerno de unicornio y el dibujo del adolescente Febo, que Buonarroti trazó en la Sacristía de los Médicis, conmigo en su anular. De súbito, un crispase de la mano de Mrs. Vanbruck me obligó a fijar la atención en lo que Maggie estaba diciendo:

—Son chismes... por supuesto chismes, sin importancia... pero yo lo he oído en varias partes... y ayer, nuevamente, en lo de Cecil...

—No te entiendo. ¿Qué dicen exactamente?

—Tonterías... Los inquietan tus guantes.

Mrs. Dolly alzó sus manos, que ese día calzaban un par de suave hilo gris, y el Brillante y yo echamos a centellear nuestras mejores luces.

—¿Mis guantes?

—Los inquietan, los desconciertan. Ya sabes cómo son... Siempre con guantes... siempre con guantes... La señora norteamericana que usa siempre guantes...

—¿Qué les puede importar?

—Nada. Pero les importa. Y dicen... se les ha ocurrido...

—¿Qué?

La Duquesa lanzó un suspiro hondo e hizo una pausa:

—Disparates, Dolly... que... que estás enferma... que por eso usas guantes... que tienes el cuerpo cubierto de manchas, de úlceras... disparates... y que con los guantes escondes las de las manos... Pero, mi querida, no te preocupes...

Mi dueña se levantó de un brinco. Vibraba. La ahogaba la indignación. Maggie aguzó la maldad hasta el límite:

—Sin embargo, pensé que te debía prevenir, Dolly... porque ahora... ahora... en lo de Lady Crew... en lo de Cecil... he oído pronunciar una horrible palabra...

—¿Qué palabra?

—Disparates, mi amor... hablan de lepra...

—¿Lepra? ¿Acaso no saben que la lepra se ve en la cara... que desfigura?

—No saben nada, mi amor... Son ignorantes... idiotas... Por eso no debes preocuparte.

Mrs. Dolly Vanbruck se preocupó. Habrá que recurrir a la vieja imagen de la fiera enjaulada, para describir sus vueltas dentro de su departamento del hotel. Dos días después, resolvió partir de Londres. Su criada francesa estaba preparando el equipaje, en momentos en que el teléfono campanilleó, y en que en él sonó nuevamente la voz inconfundible de Maggie:

—Querida, debí llamarte antes. Espero que no hayas tomado a pecho lo que me creí obligada a decirte...

—No. Es una estupidez. De cualquier modo, me voy a París, a lo de Stéphanie Polignac.

—¿Te vas? No te vayas todavía, amor. Me han convidado los Vernon para una comida algo improvisada, en honor de una italiana, la Princesa de Bisignano... el martes... y me han pedido que te lleve...

No titubeó Mrs. Vanbruck. Aceptó en seguida, quizá demasiado rápidamente. Y yo quedé absorto, conmovido por el nombre de la gran dama singular a quien pertenecí en Nápoles. ¿En quién habría recaído el título ahora? Donna Oderisia careció de posteridad directa. Lo habría heredado un colateral. O acaso, como alguna vez soñé, los actuales Bisignano tendrían por antecesores a Alfred Franz von Howen y a Clarice Martelli, los videntes. Lejanas memorias acudieron hasta mí, como fantasmas. Y al mismo tiempo se me ocurrió que la Duquesa, arrepentida de su perversidad, había hecho invitar a Mrs. Dolly a la comida de Lord Vernon, para darle un gusto, pues sabía de sobra que su hambre de muchachos era paralela a su hambre de elegancias frívolas.

Mrs. Dolly se arregló para el caso, cuidadosa y admirablemente. Estrenó un vestido de Cheruit, de seda celeste, con tres franjas de volados de tul del mismo color, y una cola que arrastraba apenas, el cual le ceñía el cuerpo, que la gimnasia, los masajes, las caminatas y la equitación (acaso también el amoroso deporte) mantenían ágil y erguido; rodeó su cuello con una larga sarta de perlas prodigiosas, entremezcladas con zafiros equivalentes, y a mi altanero socio el Brillante y a mí nos destacó sobre un par de guantes negros que le modelaban los brazos hasta el codo. La comida «algo improvisada» reunía a veinticuatro personas alrededor de la mesa, y la Princesa de Bisignano no era italiana, como supuso Maggie, sino belga; también era alta, desgarrada, falsamente rubia y efectivamente dientuda. A Mrs. Vanbruck la sentaron junto a Sir Cecil Thompson-Trump y frente a un gordo ceceoso cuyo nombre no capté, y que debía de ser un personaje de mucha influencia, porque cuando hablaba él, los de alrededor guardaban un silencio obsequioso y lo comentaban elogiosamente. Luego del postre complejo, difícil de servir, se retiraron las señoras al salón decorado con paneles de Hubert Robert, y la anciana Lady Vernon, acurrucada junto a la chimenea, detalló las

actividades de sus nietos militares, diplomáticos, funcionarios en la India y en Australia, no consiguiendo atraer sino superficialmente la atención; la Duquesa de Brompton, la mujer del Gordo importante y la Princesa de Bisignano discutieron las ventajas y las desventajas de anular por fin sus rodetes, pues sólo Maggie llevaba el corte de pelo a la garçonne; y Mrs. Dolly anduvo con Lady Thompson-Trump, curioseando unas miniaturas y los paisajes romanos de Hubert-Robert, y repitiendo «¡Qué maravilla!» Hasta que reaparecieron los caballeros, olientes a coñac, a cigarro y a murmuraciones obscenas, el tedio fue general; llegados ellos, la situación no prosperó, por la imposibilidad de descifrarlo al Gordo, a quien la camisa de frac se le había ondeado, en tanto que el cuello almidonado se le incrustaba en la carne, y a quien empero a cada instante pedían su opinión acerca de un debate sobre impuestos que dividía a la Cámara de los Comunes; y a causa del desapego con que la desabrida Princesa de Bisignano se refirió a Nápoles, solicitada por Sir Cecil, que había estado allí treinta años atrás: parece que el Príncipe y ella vivían en Roma, y que muy de tarde en tarde volvían al palacio ancestral, fraccionado y repartido ahora en departamentos de renta, y provisto de un ascensor que modernizaba (por de contado, afeándolo) el gran patio de los escudos. ¡El Palacio Bisignano! Sólo yo me interesé vivamente por lo que refería, y ansié que siguiera hablando de la ciudad de Donna Oderisia y de Don Raimondo de Sansevero, porque se reflejaron con nitidez en mi memoria la escalinata de roídos mármoles, y los criados de dudosas casacas que presentaban los candelabros a los huéspedes parlanchines de la vieja señora, pero la Princesa belga no lo hizo, y derivó el tema a Bruselas y a Roma. Entonces Lord Vernon, que obviamente conocía al dedillo las costumbres del ilustre Gordo, al que trataba con excepcional llaneza, propuso que armasen un partido de bridge, lo que animó al ya soñoliento prócer. Se alejaron los dos a la pequeña sala vecina, con Sir Cecil y un Consejero de la Embajada de Italia, cincuentón soltero invitado doquier, por su amabilidad histórica y porque completaba las mesas. El resto osciló formando grupos, asomándose a la terraza, pese al frío, sirviendo whisky, y verosímilmente criticándose en voz baja los unos a los otros. Fue a esa altura de la reunión cuando Mrs. Vanbruck tomó del brazo a su amiga la Duquesa, y le sugirió que, puesto que no había más que hacer, se acercaran a los jugadores; se les unió la Princesa de Bisignano, y juntas atravesaron el salón que adornaban las pinturas de las ruinas de Italia; caminaban las tres con fácil soltura, y recuerdo que sus tres vestidos, el celeste de Mrs. Dolly, el rosado de Maggie y el amarillo tenue de la Princesa, armonizaban cromáticamente a la perfección. Entraron en la salita, y los bridgistas les sonrieron por encima de los abanicos de cartas.

—Dos corazones —dijo Thompson-Trump.

—Tres tréboles —dijo el Gordo.

—Tres corazones —dijo Lord Vernon.

—Cinco tréboles —dijo el Consejero.

Ganaron la mano el Consejero y el Gordo; le tocaba dar a Vernon. Advertí que Mrs. Vanbruck empezaba a desprenderse las tiras que le sostenían el vestido en los hombros; nadie más lo notó, porque la norteamericana había retrocedido hacia la media luz que circundaba la claridad redonda de la gran lámpara, bajo la cual resplandecían las calvas, los gemelos, las sortijas, las pulidas uñas y las brasas de los cigarros de los señores. Mrs. Vanbruck deslizó con habilidad el forro de seda de Cheruit, descubriendo sus pechos, quirúrgicamente impecables. Lo vio Maggie y lanzó un grito. Volviéronse todas las cabezas, y los presentes comprobaron, atónitos, como ante una alucinación, que Mrs. Dolly continuaba bajando el vestido celeste, y que exhibía la mimada pulcritud de su vientre, de su ombligo, para terminar arqueando sobre la cabeza sus brazos de encaje negro, en los que el Brillante y yo resplandecíamos como dos ojos luminosos en sendas antenas. Levantáronse los cuatro ingleses, abandonando los naipes; únicamente los conservó en la diestra el Gordo, que estaría ganando, y que resopló su ceceo:

—Zeñora... zeñora... ¿qué ez ezto, zeñora...? Dijo Mrs. Vanbruck, poderosa, insolente viuda de banquero, y circulante entre muchachos occidentales y orientales.

—Quiero que me mire con atención, Sir Cecil. Quiero que verifique si escondo alguna

pústula, lepra u otra porquería.

Y giró el cuerpo muy acariciado, aproximándolo a la lámpara.

—Pero... pero... —susurró Sir Cecil Thompson Trump, rojo como el tapizado escarlata de los muebles—, no comprendo...

La Bisignano de Bruselas relinchó una imprevisible risa estridente, y mostró con desenfado su dentadura equina, y la Duquesa, asombrada al principio como los demás, rió también, sanamente, contagiosamente, como corresponde a una norteamericana de South Carolina y de clase media inferior, mientras que Mrs. Vanbruck medía los pausados ademanes, y revestía una vez más la obra maestra de cirujanos conspicuos que un minuto antes exhibiera, tornaba & cerrar los broches de diamantes que en los hombros sujetaban sus tirillas, se inclinó y, prolongada su figura por la breve cola celeste, se alejó como un ave majestuosa. Maggie fue tras ella, disimulando la hilaridad, y Mrs. Dolly salió por una de las puertas laterales, evitando despedirse de los demás invitados. Jamás sabré si el partido de bridge continuó; supe, sí, que Lord Vernon sufrió esa noche un ataque de nervios, mas que se recuperó al día siguiente. Y el día siguiente, la Duquesa de Brompton irrumpió en el departamento del «Savoy Hotel», donde rodeaba a Mrs. Vanbruck su equipaje listo para la partida inmediata.

Estremecida aún por las carcajadas, la abrazó y logró pronunciar:

—Dolly querida, estuviste espléndida, gloriosa. ¡Qué audaz, qué loca eres! Yo jamás me hubiese atrevido a tanto. Ahora sí, haces bien en partir. Cuentan que Lord Vernon está a punto de perder la razón. También yo me iré por un tiempo, porque no pude evitar reírme demasiado. ¡Te juro que te admiraré! Pero no vayas a París, a helarte de frío. Ven a Egipto; tengo una dahabieh en Alejandría. ¿Sabes qué es una dahabieh?

—No. ¿Una mujer de por allá? Estás cambiando, Maggie.

—¡Qué tonta! Yo no cambiaré nunca, a Dios gracias. Es un barco para navegar por el Nilo. Mide unos treinta metros; cuenta con seis remeros y una gran vela cuadrada. Podemos ir por el río hasta Asuán.

Fue a causa de esa invitación que volví a mi país. Y la Duquesa nos ofreció, desde que subimos a bordo, la prueba física de que sus gustos no se modificaban, porque con ella trajo a Currito Linares, el torerito, un andaluz que rezumaba simpatía. El programa hubiera funcionado ejemplarmente de haber hecho Mrs. Vanbruck otro tanto, pero cruzó la planchada sin más compañía que la de su mucama francesa. Para mí, el navío de redonda popa evocó, en versión muy civilizada y fastuosa, al que me llevó de Tebas a Naucratis, con Amait y sus dos nietos quinceañeros, en medio de un constante frotarse y mugir de vacunos. De haberse provisto Mrs. Dolly del galán imprescindible para la excursión, sus resultados hubieran sido otros, pero no le alcanzó el tiempo que la selección requería. Había despachado al último, un noruego gimnasta, una semana atrás. Es lástima que luego de su espectacular desquite británico viajara sola, ya que la organización de la vida, en la dahabieh, era notable, y en lugar de vacas y terneros la poblaban los servidores vestidos, con cierta fantasía, a usanza de Oriente, que comandaba, severo como un cómitre, el mayordomo idéntico al cuarto Rey Felipe; y el barco, cuando pasaba lentamente a lo largo de las aldeas, de los sembradíos y de las filas de muías y camellos animadores de las márgenes, era saludado con gritos entusiastas por los fellahs semidesnudos, a quienes debía fascinar, como un espejismo surgido de los tradicionales relatos, la visión del sereno bogar de aquella mole, impulsada por rítmicos remos, en cuya proa dos tendidas mujeres multicolores, cubiertas de joyas titilantes, eran abanicadas con hojas de palmera por sendos negros de Sudán, y que dejaba al irse una suave estela de música. De noche se iluminaba la embarcación entera, y largos mosquiteros la protegían. Entonces la pequeña orquesta que de día interpretaba sosegadas adaptaciones egipcio-greco-turcas, para felicidad de la tripulación, atacaba los shimmiés y los tangos impuestos por la moda, y Currito se turnaba conduciendo a ambas señoras al compás de las nuevas cadencias. Yo recorría el puente, ceñido por los dedos morenos del andaluz, y mecánicamente sacudido por las síncopas del two-step o balanceado por las sensuales figuras del tango, ausente mi imaginación del baile que enloquecía a las norteamericanas, y miraba hacia arriba, hacia el cielo de estrellas innúmeras que habían atestiguado, en ese mismo río, el nacer de mi amor por la Reina.

En ocasiones no bailaban; la corriente arrastraba nuestra casa flotante, lerda como un hipopótamo, y algunos de los remeros entonaban un canto de tan antiguas raíces que yo, vagamente, recuperaba sus versos y su melodía, por haberlas escuchado en tiempos de los remotos faraones, cuando la barca de los dioses de extrañas cabezas se deslizaba por el Nilo. Esas salmodias envolventes acentuaban la voluptuosidad de la atmósfera; la Duquesa y el torerito, estirados en una confusión de almohadones, entretejían amorosamente sus brazos y en ocasiones sus piernas; y Mrs. Dolly, como su Escarabajo, miraba al cielo misterioso, en apariencia pendiente de la nostálgica música, pero sentía que, a diferencia de lo que me pasaba, se saturaba de rencor.

Aquella dispar situación no podía prolongarse: poco a poco, sutilísimamente, delicadísimamente, con una habilidad pasmosa dado el riesgo que afrontaba y la vigilancia ejercida por Maggie, Mrs. Vanbruck puso en juego una tenacidad y un disimulo dignos de un siux, consagrando su experiencia a la seducción del español, que en verdad merecía ese deportivo esfuerzo. Consiguió menos que a medias su complicado propósito, pero tan reducida proporción de éxito fue suficiente para dar brusco fin a nuestro viaje. Sucedió cuando descendimos en Dendérah, donde el río traza su gran curva, a fin de visitar los templos construidos por los emperadores romanos, y fotografiar el célebre relieve de Cleopatra y su hijo Cesarión. La Duquesa se detuvo ante dicho relieve, en el quiosco de Isis-Hathor, que detallaba un guía, y Mrs. Vanbruck lo aprovechó, detrás del templete, para estrechar al andaluz con furia apasionada. Maggie habrá advertido la fortuita ausencia de sus compañeros, así que abandonó al guía en plena narración de la vida sentimental de Cleopatra VII y, conducida por su instinto, descubrió a los felones alevosos en estrecho intercambio. El resto es previsible: los gritos de ambas amigas, que dejaban de serlo; los ecos que perturbaron la paz de las salas hipóstilas, de los capiteles hathóricos, del sorprendido y obeso dios Bes, difusor de legría, de Cleopatra y su hijo, que eternamente presentan un incensario, y de los escasos turistas, dedicados a escarbar el arenal ardiente con los bastones, seguros de hallar un fragmento precioso: el inmediato abandono nuestro y de la criada francesa de la dahabieh, amontonando el equipaje a la diablo; la partida de la nave al compás de sus remeros, impasibles en la proa la Duquesa y el recobrado sinvergüenza Currito, mientras que la impotente Mrs. Vanbruck, desde el muelle, ante los nativos estupefactos, les vociferaba improperios; y nuestro regreso a Alejandría, en el tren deplorable que tomamos en Asiu.

La viuda del espeluznante hombre de negocios de Wall Street era, a su vez, una mujer fuerte. De inmediato nos trasladamos a París, y allí convocó a Mr. Jim Fraser su helenista-egiptólogo. Juntos planearon, para vanidad imperiosa de la primera, e ilusionado deleite del segundo, la compra de un yacht espléndido, que se ofrecía en Marsella. Pronto, Mrs. Vanbruck fue dueña del que rebautizó eufónicamente, «Lady Van», y para el que contrató un capitán, un contraamaestre, un telegrafista, un médico, un cocinero, un pinche y siete marineros, siete lobos veteranos. Y pronto nos hicimos al mar, orientado el velamen. El «Lady Van» surcó, airoso, elegante como una gran dama joven que entrase en un salón alfombrado de azul, las aguas del Mediterráneo. Mr. Dolly, acostada en una colchoneta, cubierta con lo mínimo propuesto por el minimísimo pudor y el obvio buen gusto, escuchaba tarde a tarde a Mr. Jim, su viejo adorador, que le resumía, como para un niño, las aventuras de Ulises, y yo las escuchaba en su guante: ¡qué lejos quedaban Maggie Brompton y la pachorruda modestia de su dahabieh!

En Nápoles, en la capilla ancestral de mi querido Don Raimondo de Sangro, Príncipe de Sansevero, encontró mi señora lo que tanto necesitaban su masajeador cuerpo y su vanidad enfierecida, y yo encontré mi exilio submarino: ambos por obra y desgracia de Giovanni Fornaio, el gigolo en cuyo rostro reconocí, pero desprovisto de nobleza, al lejano de Alcibíades. Por culpa del tal Giovannino o, más allá de él, por culpa del Brillante mudo, insoportable, que en vano pretendió el muchacho arrancar de su dedo, me sumergí en las profundidades del mar de Grecia, para entablar mi largo diálogo con Poseidón. Tres años tarde en referir lo que hasta ahora, compendiado, he expuesto, reanudando mi historia y mis historias, como una cotidiana Scheherezada diurna, sin

cesar interrumpido por mi amigo de bronce, cuya ignorancia de cuanto aconteció después del siglo de Péneles, impuso constantes explicaciones y rodeos que estiraron fatigosamente mi autobiografía, irritándome a menudo por hartazgo, y obligándome a impacientes silencios, que al cabo interrumpía como consecuencia de los requerimientos arrepentidos y curiosos de Poseidón.

Ahora esa parte del relato ha concluido. Luego se entenderá para quién lo reproduce íntegro y completé. Entretanto debo consignar, pues concierne tanto al destino de la escultura de Poseidón como al de este Escarabajo de lapislázuli, que transcurrido un año de mi residencia en el Egeo, acaeció un acontecimiento de primordial importancia.

Recuerdo que evocaba yo por entonces mi involuntaria participación en el asesinato de Julio César, al pie de la estatua de Pompeyo, su enemigo. Vibraban alrededor los azules diversamente luminosos de la hondura, y los enriquecía la sinuosa concurrencia habitual de los pobladores de las cavernas y del cieno. Un vasto temblor de filamentos, un ir y venir de entes inestables, transverberantes y graciosos, un desperezarse de tentáculos, un torpe rondar bigotudo de crustáceos remolones, nos circuía. De súbito, aquel móvil paraje a cuya hermosura nos tenía acostumbrados su permanente reconstruirse, vio interrumpida su armonía consuetudinaria por el desorden que ocasionaba una presencia extraña e impetuosa. Como los dioses, que en los artificios teatrales descienden del Olimpo entre nubes trémulas, bajaba hacia nosotros un ambiguo ser, en medio de un centelleo burbujeante que nos impedía distinguir su traza, aunque al improviso discerníamos en el espumar irisado lo que daba la impresión de ser la blancura de un cuerpo robusto, y es tan cierto el símil teatral que Poseidón exclamó:

—¡Un dios! ¡Un dios! ¡Vuelven los dioses! ¿Era un dios? ¿Sería un dios por fin, un dios liberador? Seguía internándose en nuestro arcano la forma irreconocible, hasta que el juego de los distintos azules conmovidos nos fue revelando el secreto del intruso. Podía tratarse de un dios y podía tratarse de un hombre. Estaba casi totalmente desnudo, y escondía su rostro detrás de una máscara; traía en una mano un cuchillo de fuerte hoja, y con la otra se prendía de una cuerda, en cuyo extremo colgaba, asegurado firmemente, un ancho trozo de roca que le servía de pedestal. Dijérase también que aquel enigma correspondía a una estatua ilusoria, porque tal parecía el plástico personaje que hasta nosotros llegaba, como un compañero más de nuestro desierto, pero pronto comprobamos nuestro error pues abandonando su tensa quietud y el apoyo de la base de piedra, el divino o humano desconocido se zambulló hacia la plataforma que habitábamos. Esgrimía la filosa arma, escarbaba en las cuevas, agitaba detrás las piernas nervudas como peces frenéticos, y provocaba efervescencias que lo rodearon de efímeros surtidores. Comprendí entonces que era un maravilloso pescador de esponjas, aventurado increíblemente en regiones de tanto riesgo. Tajó, cercenó; apuñalaba como un asesino en la penumbra, y sin embargo nunca dejé de asociar su imagen con la de un dios ágil y temible. En breve, la bolsa que colgaba de su cintura se hinchó, llenándose de esponjas; la ató a la cuerda, y fue evidente que, de pie en el pedestal, se aprestaba a emprender su regreso a la superficie, cuando algo atrajo su atención y lo retuvo, pese a que, por la ansiedad que agitaba su pecho, se advertía su cansancio. Volvió a saltar y a bucear, a modo de un blanco pez hambriento. Supe de repente qué presa rastreaba. Cavó desesperadamente en el fango pegadizo y duro, levantando una nube hecha de detritus, de conchas, de caparazones, de restos inclasificables, resollaría dentro de la máscara, y en segundos caería sin aliento; pero la ambición lo estimuló y mantuvo, hasta conseguir lo que anhelaba; y el pescador creó una soberbia ilustración mitológica, e inició su viaje rumbo al aire glorioso, aferrado a la cuerda, entre un fárrago de esponjas vivas, apretando contra el pecho desfalleciente uno de los grandes y pesados brazos, el izquierdo, que durante su caída perdiera Poseidón. Así lo observamos desaparecer, como si lentamente, sin aletear, volara o levitara, como si ése no fuera el fondo del mar Egeo, sino la clara atmósfera superior que conduce al Empíreo de los dioses.

Una grave zozobra nos angustió a partir de ese momento. ¿Qué iba a pasar? Poseidón había sido descubierto, y no era difícil que acudiera a buscarlo, ya que si el pescador encontró uno de sus miembros, hundido en la fangosidad, por lógica no pudo dejar de ver la alta masa, semihundida también, del resto del bronce de Kalamis, la del niño

jinete, y las siluetas de las ánforas numerosas, con sus huéspedes los pequeños pulpos. ¿Cuál sería mi destino, de venir los hombres tras el esculpido heleno? ¿Permanecería para siempre ignoto, en el interior del caracol vacío hasta el cual rodé, y por cuyas resquebrajaduras espiaba la vida metódica, tediosa a veces y a veces audaz y violenta, como la vida humana, de los ciudadanos del mar? Sufrimos de temor un año entero, en que la menor perturbación de nuestro contorno nos sobresaltaba, y nada nuevo se produjo. Empezábamos a tranquilizarnos, gracias a la quimera de que el brazo bastaría como tributo y de que, por un golpe de suerte, el pescador no había reconocido a Poseidón, bajo su disfraz encostrado, cuando, de pronto, dos hombres surgieron de la altura, en condiciones idénticas a las del previo viaje submarino. Pero aquellos pescadores no querían esponjas; querían apoderarse de mi amigo. Sus esfuerzos resultaron inútiles, tanta carga acarreaba el bronce del ateniense, y tan metido estaba en el compacto lodo. Lo oí gritar (su voz era lo único, único, que se oía en el silencio enorme, y sólo la oía yo), y a ellos, desde mi escondite, los vi forcejear y luchar, pero más podía el quieto cuerpo de metal que los de aquel par de fornidos hombrachos, no obstante el relieve de sus músculos y lo mucho que pujaron y se desgoznaron en torno del inalterable Poseidón. Tuvieron que salir a escape, porque el aire les faltaba, y no regresaron ya. Deduje y lo conversé con mi colega, quien compartió mi juicio, que aquellos atletas frustrados habían sido una pareja de ladrones, cuyos cómplices los aguardaban arriba, en algún viejo lanchón, por la pobreza de los medios de rescate de que disponían para mí trabajo tan pretencioso.

No tornaron ellos a molestar; en cambio, cuando habían transcurrido dos años desde el hallazgo del brazo, y había culminado el relato de mi existencia, de manera que comenzábamos a aburrirnos sin saber qué decir, ni disponer de más recurso oratorio que alguna repetición matizada con amables monosílabos, hete aquí que fue evidente la materialización de un plan serio con miras a recobrar la estatua, ya no como resultado del afán de depredadores vulgares, sino como fruto de la organizada voluntad técnica de quienes aspiraban a enriquecer a Grecia con la reivindicación de una magna obra de arte (pues para mi intuitiva astucia no cabía dudar de que mi ilustre, ingenuo e invisible vecino, era excepcional; y no me equivoqué).

Esta vez no fueron dos los visitantes de las zonas superiores. Fueron ocho, diez, y acarreaban complejos equipos. Su invasión repentina ocasionó el pánico en nuestro medio. Doquier, se enloquecieron nuestros vecinos: la soñolienta, vacilante, pero bailarina ondulación de los organismos vegetales asidos a las rocas, se transformó en una vehemencia de gesticulaciones desesperadas. Por lo menos yo lo juzgué así, desde mi observatorio. Huyeron los peces, en sentido contrario; se refugiaron los pulpos dentro de la panza de sus rotas vasijas; las esponjas se echaron a temblar; salió no sé de dónde un animal fabuloso, el tronco de laca azur y la cola de esmalte sinople, armado como un samurai japonés, y luego de considerar el pro y el contra optó por escabullirse tras los demás. Una cuadrilla, cuyos integrantes se turnaban de continuo, concentró su actividad en Poseidón y el Jinete, que fueron desenterrados y encadenados con respetuosa prolijidad, hasta que los vi elevarse, revestido cada uno con su yelmo, su plumaje, su coraza y sus canilleras de conchas y parásitos nacarados, como dos guerreros más, pero éstos europeos, medievales, y dignos de la isla de Avalón. Supe luego que los hombres de la cuadrilla, en su mayoría pescadores de esponjas, habían sido adiestrados para la operación por Christos Carouzps, quien la organizara, y que la Marina Griega intervino en la tarea.

—¡Adiós, amigo! —alcancé a transmitirle a mi compinche de la profundidad, mientras era izado, y él me respondió en términos iguales. Se había establecido entre nosotros la camaradería que surge del compartido aislamiento, y a pesar de saberlo simple, como suelen ser los que, gladiadores o gimnastas, sólo se preocupan por los resortes y ajustes de la propia musculatura, llegué a quererlo a Poseidón, manso y afectuoso, a quien me unía la confraternidad carcelera. Ahora, en tanto remontaban las esculturas, me acongojaba la certidumbre de la condena a la soledad definitiva.

—¡Osiris! ¡Osiris! —clamé—. ¡Nefertari!, ¡divina Nefertari!

Partían por último los peones. Uno de ellos perdió el conocimiento y se desplomó, arrastrando al más cercano en su caída. El segundo, al tambalear, introdujo su pie en una de las hendiduras del gran caracol quebrado que me brindaba hospedaje, y se cortó feamente. Lo retorció el dolor, y deslizó la mano en el áspero hueco, para retirar con cuidado el pie y evitar que siguiera desgarrándose; entonces tropezó conmigo, y me sacó del encierro; y antes de que se desciniera rápidamente el taparrabo, y lo apretara alrededor de su cruento empeine, escondiéndome en el nudo, pude entrever que su compañero se apresuraba a recoger al otro pescador, al desmayado, y a devolverlo a la superficie, lo que los distrajo del hurto del herido. Con él, columpiándonos por culpa del celo y apremio de quienes tiraban de la soga, remonté el camino incierto que me había impuesto la cólera del napolitano Giovanni, el funesto mediodía en que sin razón me lanzó al mar, y por estar quien me conducía enmascarado, enteramente desnudo, y conservar un pequeño tridente en la diestra, volvió a mí, intacta, la vanidosa imagen de que era salvado del fondo del mar por una deidad anfibia.

Afuera me esperaba el esplendor del cielo nocturno, que de inmediato me recordó, a causa de su diafanidad, el cielo de Egipto que se tendía como un zafirino palio bordado con ñores de oro sobre el jardín de la Reina Nefertari, y esas imágenes rememoradas me cantaron brevemente los versos remotos de Mr. William Low:

La sombra de la noche

prolonga para mí el jardín de tu memoria...

Volcábase la siembra de estrellas sobre las aguas suspirantes, sobre los prófugos cardúmenes; y renacían las voces, los ruidos: el interpelarse de los héroes, el roncar de los motores; cualquier golpe, crujido o chapoteo retumbaba intensamente en mi sensibilidad hecha al sigilo imperturbable; y al asalto sonoro se añadía, intensificando mi desconcierto, el de los efluvios, de los aromas, de los olores, que de vez en vez barría el aletazo altanero del viento del mar. El barco puso la proa hacia el Pireo. Encadenados a los mástiles, como Ulises en el episodio de las sirenas, los dos peregrinos de las fantásticas armaduras —el manco y el jovenzuelo reconquistados— comunicaban una poética irrealidad a la travesía. En su curso, después de padecer horriblemente, murió el infeliz pescador a quien se creyó desvanecido, y ese infortunio tuvo concluyentes consecuencias para la expedición, pues se abandonó la recuperación de los centenares de ánforas, que seguirán en la zona del cabo Artemision, frente a la antigua ciudad de Histraea, alojando moluscos. También las tuvo para mi destino ya que, luego de haber sido curado en Atenas, mi nuevo amo y ladrón, hermano de la víctima, comunicó a los otros su proyecto de retirarse a Hydra, su isla natal, y de cambiar de actividades.

Consternó a los restantes la decisión: destacábase Elephteris (tal era su nombre) a los veinticinco años, por su entusiasmo y vigor en la peligrosa cacería de las esponjas, para la cual lo formó su padre desde la niñez; pero vano fue ensayar de convencerlo; alistó a su familia, su mujer y sus dos hijos, varones ambos, y con ellos recorrí la corta distancia que media entre Hydra y el Pireo, en uno de los barcos costeros que cumplen ese servicio. A medida que nos acercábamos al anclaje presentí, como cuando avisté con el bibliotecario poeta la centenaria arquitectura de Withrington Hall, que en aquellos peñascos de las islas Saronicas moraba la felicidad. Hydra se me ofreció de entrada con el encanto sencillo de sus blancas casitas de tejados rojos, esparcidas, como un rebaño, en escalonadas callejas zigzagueantes que trepan por las adyacentes colinas, y que se abren en suave hemicírculo en torno del pequeño puerto, encabezadas por un campanario que les sirve de pastor. En una de esas casas enanas, pared por medio con otras análogamente mezquinas, pero contentas, puras, por virtud de la cal con la que se las embadurna a menudo, vivían los padres de Elephteris Lukatis, quien se acomodó (o incomodó) allí, hacinando a su mujer y sus hijos Jakomakis y Theodoros. Era un refugio muy pobre; el retrete se compartía con numerosos vecinos, y para llegar a él había que salir a la calle, torcer en la esquina y caminar cien metros. Agua no había en Hydra; para tenerla era menester aguardar el arribo del buque-cisterna. La madre de Elephteris rezaba y lloraba, pero como lo hacía dulcemente, y lo ocultaba tras el paño negro que le cubría la cabeza y arimaba al rostro, su presencia no

apagaba la sensación de calma felicidad que, como dije y pese a cuanto enumeré, el lugar producía. El padre de Lukatis, curtido pescador, asumió la desgracia con pronta firmeza, y en breve, fuera de la doliente madre, pareció que la familia había olvidado al muerto, sin que fuese verdad, pues de noche sus miembros se reunían ante su coloreado retrato de niño, y se sumaban a la madre y abuela en sus oraciones. Lo que sucede es que en Hydra nadie permanece en su casa, fuera de las atareadas mujeres, y que una vez cerrada la puerta y abandonada la intimidad, basta respirar el aire para contagiarse de alegría.

Elephteris obtuvo trabajo en uno de los astilleros que caracterizan a la isla, famosa por sus marinos desde la época de los corsarios, y luego de los armadores mostachudos y fez con borla, cuyo romántico arrojo inició la guerra liberadora de la tiranía turca. Los días de fiesta se instalaba con amigos a beber y a jugar al tabli, en alguno de los cafés entoldados que bordean el portezuelo, frente a las barcas que el agua mece. En esas ocasiones me llevaba en su anular derecho, y siempre, aunque me conocían de sobra, al aparecer yo sobre la mesa, agitando el cubilete sonoro o alzando el vaso de ouzo o de vino de resina, menudeaban las preguntas y pullas vinculadas conmigo, a las que respondía el talante de Elephteris, inventándome cada vez un distinto y extravagante origen, por lo general pecaminoso, dentro de los límites de su estrecha imaginación. Entonces la charla giraba hacia las mujeres, mientras repiqueteaban los dados y corría el alcohol, y aunque yo descontaba el predominio de lo apócrifo en el afluir de las anécdotas personales, lo importante es que sus fábulas los saturaban de dicha y arrogancia, y arrancaban chispas gozosas de sus ojos negros, antes de regresar con inseguro paso a sus hogares y a sus enlutadas esposas. Así, entre el astillero y el café, se fue la vida de Elephteris Lukatis. A los cincuenta y cinco años, muertos sus padres, se había resignado a que sus hijos, hombres ya de más de treinta, prolongasen la tradición de los suyos, y se impusieran entre los pescadores de esponjas preferidos. De mayo a agosto. Jakomakis y Theodoros partían con quince o veinte muchachones en un velero, llevando los tridentes curvos y las redes, rumbo a Beirut, Lataquia o Trípoli, y los pescadores sirios que se atrevían a rivalizar con ellos. Entretanto Elephteris cambiaba; y simultáneamente cambiaba su amada isla. Abundaban ahora los hoteles con destino a los cuales había sido adaptada buena parte de los caserones dieciochescos de los armadores y corsarios, sólidos como fortalezas, pues cada día era mayor la cifra de turistas alemanes, norteamericanos, escandinavos e ingleses que en Hydra buscaban el sol radiante, las rocas desde las cuales tentaba el buceo en un mar de transparencia única, y la vida fácil y elemental, agradablemente incógnita e impune. En el puerto las barcas alternaban con los yachts que lucían heterogéneos pabellones; las mujeres rubias osaban invadir con sus desnudeces, sus caprichos, su gritería y sus acompañantes extraños, las mesas de los cafés y de las inmediatas tabernas, que antes habían funcionado bajo el dominio de Elephteris y su gente; jovencitos con aros en los lóbulos y pulseras en los tobillos, se doraban al sol, estirados en las piedras, poniéndose ungüentos y susurrándose, y de noche bailaban con marineros en tumultuosas cantinas. Elephteris, a quien las anchas cejas se le habían encanecido, engrosó, y bajo los ojos se le hinchó la piel violácea. Consecuentemente, asumió un tono patriarcal y condenó las costumbres intrusas, lo que no fue óbice para que con sus escasos fieles retrocediese de mesa en mesa, cediendo las privilegiadas, porque de continuo brotaban de los yachts mujeres espléndidas y hombres ricos, exhibidores de trajes de baño chillones, de shorts, de alhajas costosas, de pamelas, de sombrillas, de cámaras fotográficas, de lebreles y pekineses, todo lo cual exigía espacio. Yo regresaba, en la mano de mi dueño, a los sitios de su fiestera y austera frecuencia. Allí, en oportunidades se le pegaban los extranjeros, atraídos por mí, y le proponían comprarme, pero los despachaba su fanático, exagerado desdén, como si la sola idea fuera sacrilega, y yo fuese el Talismán de Carlomagno o el rubí del hada Morgana, sorprendente actitud que, todavía en mi avanzada edad, lograba envanecerme. Odiaba a esos extranjeros, a esos metoikos, y luego de enviudar, cuando el trabajo de sus hijos, que por lo demás formaron sus respectivos hogares, los alejó de él, su humor se

agrió y afiló en la hosquedad retraída.

Un mediodía, contrariando sus hábitos rigurosos, dejó el astillero. Actuaba inexplicablemente. Regresó a su habitación, y en momentos en que observaba su cansancio desde la mesilla puesta junto al holgado lecho matrimonial, y suponía yo que iba a estirarse en la cama, cogió una alforja y se la colgó del hombro, me colocó en el anular, y salió al silencio de la aldea. Primero fuimos a la iglesia donde se venera un icono milagroso de la Virgen, la Panayia; estuvo ahí una hora, quizá meditando o rezando, cerrados los ojos y la frente oculta tras las palmas. Creí que se había dormido, pero sacudió la cabeza y dejamos el templo. Entonces empezó una larguísima caminata que, a partir del busto del héroe con el león de mármol echado a sus pies, nos condujo (él iba acezando, renqueando, afirmándose en el bastón) por el laberinto ascendente de las calles que amodorraba la soleada siesta, y luego por senderos de cabras entre rocas, hasta que avanzamos como si el día se hubiera tornado irreal, ajeno al tiempo, porque todo se reducía a escalar, escalar, más arriba, más arriba, metro a metro, y al crepúsculo alcanzamos la suprema cumbre, en una zona donde no había señales de humana habitación. Mi señor se demoró un rato en la eminencia, respirando ansiosamente. Después echó la vista a la redonda: el golfo, las Cicladas y, más allá de Poros y de Egina, Atenas en la bruma. No esperó más; tal vez sentía que debía apresurarse: un último esfuerzo le ensangrentó las manos, laceradas por las aristas crueles, y lo encaramó a la peña más alta. Abajo, avistó la delicada miniatura, rosada y celeste, el semicírculo del portezuelo, los patios del monasterio de la Dormición de la Virgen, las embarcaciones de plegados velámenes, y los cafés que los forasteros comenzaban a llenar. Elephteris Lukatis, penosamente, se desvistió y no conservó más que un calzón exiguo; abrió la alforja, sacó de ella su vieja máscara de pescador de esponjas; blandió como un arpón la caña que le daba apoyo; permaneció unos segundos erguido, patéticamente consumido, arrugado, anciano, pero también misterioso, inescrutable, como si fuese, ahora sí con certeza, el dios de la isla, y saltó repitiendo la imagen eufórica de la época añorada en que se zambullía en el mar. Vinieron con antorchas y concluyeron por hallarlo en aquella altura, desnudo, argentado, lunar, caído, como sobre una clámide roja, sobre un charco de sangre, embellecido por la muerte ya que, en verdad, creo que la suya fue una muerte hermosa, y que por tanto la aniquiladora generosidad del fin, de golpe lo rejuveneció y embelleció.

Me heredó su hijo Jakomakis, un hombre de joviales maneras, comunicativo, lo opuesto a su padre. Durante los meses comprendidos entre septiembre y abril, en los que cesaba la pesca con cuchillo y con tridente, se ocupaba ayudado por su hermano igualmente cordial, de pasear en bote a los turistas; de organizar pescas nocturnas, internándose en el mar con farolas; de guiar a los viajeros a través de las tabernas donde se bailaba y cantaba; o de organizarles afables citas con muchachos expansivos. Ambos sumaban a la alegría laboriosa, el riente amor a sus pequeños y la ortodoxa y cumplidora piedad. Entra al presente en escena Madame Penélope Lampikis, Kyria Penélope, Lampikis. Kiria Penélope, a los sesenta años, era una de las reinas de Hydra, así como Elephteris Lukatis fue su dios, tanto que no me resigno a aceptar que ha muerto, e imagino que todavía la recorre, invisible, y que se sienta a las mesas de los cafés a contemplar desde el más allá a los extranjeros, meneando despectivamente la noble cabeza. Kyria Penélope, por su lado, nada tenía de diosa, en un país donde los dioses travestidos y espiones, naturalmente menudean. Era una gran burguesa, cómodamente adinerada, asentada sobre una sólida fortuna de origen naviero, que recibió por sucesión y que sus administradores vigilaban con atento escrúpulo. De acuerdo con tales antecedentes, poseía opulencia de carnes, fresca de mimado cutis, siempre bien cepillada y perfumada cabellera, teñida de negro a la perfección, los mejores dientes importados, y el gesto tan pronto amable como ceñudo de quien sabe que usufructúa la ventaja de que lo escuchen y obedezcan. Solía vestir unos amplios vestidos flotantes, estampados con flores policromas, y protegerse del sol con aludos sombreros de paja, lo que preservaba en su blando rostro una espectral blancura, en contraste con los porfiadamente asoleados de los trotamundos. Así ataviada, lento el paso, pendiente del brazo una cesta, descendía fumando sus

Papastratos invariables, que encendía el uno con el otro, y saludando a diestro y a siniestro, hasta fondear en una mesa vecina al busto del héroe Conduriotis. Pedía allí un vaso de ouzo y uno de agua, y aguardaba, soñadora y segura, perdida la mirada en el humo del cigarrillo, como Madame Sarah Bernhardt. Diez minutos después la rodeaba, de pie o en arrimadas sillas, una docena de personas. Se desarrollaba en esa oportunidad la ceremonia de la presentación de los extranjeros que valían la pena, a quienes traían de las mesas cercanas o lejanas, murmurándoles que era imposible pasar por Hydra sin conocer a Madame Penélope Lampikis y gozar de su hospitalidad. Y Kyria Penélope resplandecía, con metálico sonar de collares y ajorcas, como Madame Sarah (de nuevo) en «Cleopatra», parpadeando para que se valorase, en la penumbra del sombrero, el brillo de sus ojos cambiantes, ya negros, ya verdes, los cuales ojos miraban con golosa franqueza a los hombres jóvenes, pero (esto lo descubrí después) no porque aspirase a la directa y física intimidad de su trato, como Mrs. Dolly Vanbruck, eso jamás, que yo sepa, sino porque su sensualidad se nutría del detallado erotismo de los otros, y se inflamaba persiguiendo las confidencias lascivas. Compartía su vida, en la isla, en Atenas y de cuando en cuando en París, con su marido, Demetrius Lampikis, un hombre bastante mayor, que había sido buen mozo y retenía aún cierta apostura. Habíanse casado hacía muchos años, durante los cuales (éste es chisme de las criadas) Demetrius fue mantenido sucesivamente por la abuela de su mujer, la madre de su mujer y, en la actualidad, por su mujer, aplicando desde el principio la exclusiva suma de sus energías, no bien asomaba la primera estrella, a apuntar un telescopio al cielo que se iba cubriendo de chispas plateadas, y a anotar en un cuaderno columnas de números, acaso mágicos. Kyria Penélope Lampikis se enamoró de mí en cuanto me vio en el anular izquierdo de Eleptheris Lukatis. Por la familiaridad con que se dirigió al pescador, no obstante su patente condición de soberana isleña, deduje que lo conocía desde la niñez. Eleptheris fue cortés, pero rehusó considerar la perspectiva de que nos separasen. Inútilmente insistió la señora en diversas ocasiones, pasando del coqueteo adulador a la frustración colérica, pues su soberbia no concebía que la afrentaran con rechazos. Eligió simular desentenderse, y cortarle el saludo a Lukatis, lo que no nos engañó ni al Escarabajo ni a su dueño. Desaparecido —por lo menos aparentemente— el tozudo opositor a que yo fuese suyo, Kyria Penélope inició una campaña similar contra Jakomakis, y tuvo el simpático desconcierto de enterarse en seguida de que yo estaba a su disposición, puesto que mi flamante propietario sólo deseaba servirla. Regateó (todo griego regatea) y me compró, sin duda por menos de lo que Jakomakis esperaba, ya que ante él se impuso la personalidad de la famosa señora que trataba amistosamente a incontables norteamericanos, ingleses, etc., fumaba incontables Papastratos, disponía de montañas de dracmas, y daba órdenes a la entera población de la isla, ahora que el altivo Eleptheris, su único contrincante, se había retirado del campo visual. Ésas fueron las circunstancias que me hicieron ingresar en la casa de Kyria Penélope Lampikis, en la isla de Hydra.

La señora se ufanaba de su casa, con razón. Albergaba sus dos colecciones, la de objetos azules y la de pinturas y modelos de barcos, realizados por tripulantes en cumplimiento de votos formulados durante las tempestades, o para aliviar el tedio, enjaulándolos en botellas. Desde su terraza se abarcaba el puerto, hasta las antiguas residencias de los patriotas turbulentos que admiraba Byron. Había en ella cuartos decorados a la moda turca, con profusión de cojines, de narguilés, de sahumadores y de alfombras, y habitaciones solemnizadas por los retratos repetidos de la familia real, a la cual Kyria Penélope era muy adicta; y los visitantes circulaban de una sala a la siguiente, alabando y velando que los pliegues sueltos de sus vestidos y la libre y liviana anchura de sus mangas no provocaran desastres, pues allá nada había que no fuera frágil y que no estuviese en el camino Maravillábanse los huéspedes, con una tacita azul de café o un vaso de agua dulce en las prudentes manos, del fluir torrencial de palabras, en francés o en inglés (menos bueno) con que la señora anecdóticamente los remojaba y bañaba, y yo la oía de la vitrina a la cual me había destinado, un resumido bazar confortable, en el que no se admitía cerámica, porcelana, vidriado, esmalte, piedra, faja, medalla,

comboloi, libro, abanico, joya o imagen, que como yo mismo no evidenciara ser resuelta y orgullosamente azul.

¡Cuánta gente desfiló aquel caluroso verano y aquel tibio otoño, por la casa de Madame Lampikis! Kyria Penélope precedía a los invitados y a los espontáneos pegadizos, en la ringlera de los aposentos, declamando el monólogo invariable, al tiempo que en sus manos gordezuelas las pulseras sonoras marcaban el ritmo de las indicaciones. Su voz de bajo profundo derrotaba la distancia, como si correspondiera a un recitativo de ópera. Cuando se paraba frente a mi vitrina, su amplísimo vestido flotante se agitaba unos segundos en torno, como si Kyria Penélope se moviese dentro de una nube crepuscular. Entonces señalaba a los principales moradores del escaparate, y me reiteraba que su amor por mí nunca pasó la etapa del antojo, porque ahí dentro yo era uno de tantos azules.

Comencé a ganar consideración, a raíz de que un matrimonio de egiptólogos suecos, los Profesores Olaf y Dagmar Ugglá, fue alojado en el curso de un fin de semana, por la señora. Olaf me descubrió y obtuvo que Kyria Lampikis me depositase en su mano, y permitiese a la pareja estudiarme con su microscopio y sus lupas. Hablaban entre ellos en sueco, pero en francés con mi dueña, de modo que entendí el motivo de su asombro. Estaban ambos de acuerdo en que yo había sido hallado en el rnar, pues no obstante que Elephteris me frotó, limó, cepilló y pulió cuanto pudo, retenía mi engarce rastros de adherencias (producto de esas infernales colonias de «animales musgo» o briozoos, que suelen parecer un encaje blancuzco de mallas apretadas) las cuales analizadas, testimoniaban su origen submarino. Ese engarce, el de los lirios de plata que para mí había creado Émile Gallé por encargo de Robert de Montesquiou, los perturbaba tanto que les quitaba el sueño, según confesaron. Averiguaron mi procedencia, y luego transmitieron a la halagada Kyria Penélope el fruto de sus investigaciones: por Jakomakis y Theodoros habían conseguido saber que su padre, mi poseedor previo, intervino en las tareas recuperadoras del Poseidón y el Jinete del cabo Artemisio e infirieron que yo había sido hallado allí, lo que prueba su sagacidad. Menos sagaces fueron en lo vinculado con mi engarce, en cuya estructura pensaron fundar su gloria arqueológica ya que partiendo de él se les ocurrió plantear la peregrina tesis de que en Egipto (donde todo existió en esencia), reinando Ramsés II, fue elaborado un elemento estético que se debe considerar como un pronóstico, como un antecedente desconocido e indiscutible del Art Nouveau. Olaf Ugglá defendió la proposición en «Zeitschrift für /Egyptische Sprache und Alterthumskunde», un periódico de especialistas, y Greta Ugglá lo hizo en la «Bibliotheca Orientalis» del Nederlands Instituut voor Het Nabije Osten (Leyde), con el título de «A puzzling XIX Dynasty Scarab». Por supuesto, el asunto suscitó controversias y fui fotografiado varias veces. El Profesor de l'Acre replicó en los «Comptes Rendus de l'Académie des Inscriptions», sosteniendo que soy falso, moderno, y que quizás habría sido creado por Lalique, Gallé, Mucha o algún discípulo, es decir ignorando mi ilustísimo origen. Hubo una australiana y un danés que apoyaron a los Ugglá, y la idea de que el Art Nouveau nació en la corte de Ramsés el Grande tiene aún hoy campeones, tanto que existen indicios de que los profesores suecos preparan un volumen documentado, que expone el tema desde su punto de vista, con argumentos irrefutables.

Los Lampikis se fueron a Atenas y cerraron su casa de Hydra, mientras que revistas internacionales se empezaban a ocupar de mí. Quedé en la isla, y me llamó la atención que no me llevaran con ellos, dado el interés que había despertado, pero está claro que la quisquillosa Kyria Penélope no toleraba la desorganización de sus simétricas vitrinas, cada una de las cuales estaba ordenada con absoluta exactitud. La soledad, como se sabe, no me asusta, y forma parte de mi rutina, por lo que aguardé el regreso de mis dueños sin alarmarme. Los postigos consentían, a ciertas horas, el ingreso de la pálida claridad invernal. Los días de sol, atravesaba el cuarto una larga y estrecha columna de luz, vibrante por el polvillo dorado de los corpúsculos; alrededor, las formas se apagaban, hasta que, al habituarme a esa tiniebla, como en la tumba de Nefertari, como en la tumba de Giovanni di Férula, despaciosamente reconquisté el mobiliaje y los objetos y, siendo azul cada cosa, lo que para mí se restableció fue la atmósfera del Egeo con su variedad de azules, pero de un Egeo que hubiese sido embrujado e

inmovilizado, a desemejanza del real, ya que ahí dentro todo —los personajes de las porcelanas, las figurillas de los abanicos, los seres que nadaban en los pisapapeles de cristal— parecía detenido de pronto, en plena acción. La soledad les convenía a mis meditaciones: las dividí entre las motivadas por el culto nostálgico de mi Reina, y la consideración irónica de los doctos que con Ramsés y Gallé aderezaron una ensalada erudita.

El regreso de Penelópe y Demetrius Lampikis fue proclamado por el de varias criadas barulleras que abrieron la casa. En breve volvió a funcionar la práctica de la asechanza a extranjeros, de la persecución de juveniles confesiones libertinas, más de una vez musitadas a mi lado, y de los enigmáticos y ociosos apuntes telescópicos. Nadie se metió conmigo, y la temporada hubiese transcurrido en paz, salvo por la presencia de un pretendido egiptólogo libanés que acaso pensó robarme, y que se instaló a copiar mi «cartouche» y mis lirios: como ni un instante lo dejaron solo, optó por desaparecer. A fines del verano, sucedieron en la casa tres visitas significativas, sobre todo las dos últimas.

Primero produjo bastante revuelo el anuncio de la próxima llegada de una gran dama inglesa, descendiente, por lo que contaron, de la Reina Victoria. La vanidad y la curiosidad inflamaron a Kyria Penelópe. Durante dos días discutió con su esposo, cuya opacidad rivalizaba con la del marido de la Princesa de Bisignano, sobre si correspondía o no que éste aguardase a la extraordinaria huésped en el arranque de la escalera, con un candelabro encendido en la mano, y como triunfó la opinión de la señora, trajeron uno en préstamo de la iglesia de la Panayia. También decidí mi dueña convidar a las descollantes personalidades de la isla, a acoger a la aristócrata que pronto ennoblecería con su firma el álbum de autógrafos de Kyria Penelópe. Llenóse, pues, la casa, a la expectativa, y cuando la esperada inglesa entró, alumbrada por el candelabro del cual no se desprendía Demetrius, se desató un movimiento como de marea en el salón de los azules, y vi a mi ama ensayar la reverencia que se destina a las personas reales, frente a una viejecita que daba el brazo a un muchacho. La viejecita vestía de blanco, y la coronaba un temblequeante sombrero del mismo color, que participaba de la mitra y de la chistera. Dio la vuelta a la habitación, ronroneando, mientras retrocedía la concurrencia respetuosa. Cuando se detuvo frente a mi vitrina, alzó el impertinente asimismo oscilante, y paseó sobre mí los ojos lacrimosos, sin reconocermé, como al principio temí, ignoro en realidad por qué. Yo sí la reconocí: era Maggie Brompton; una Maggie Brompton destruida, desquiciada por el tiempo, en quien ni rastros sobrevivían del parecido con la Simaetha de Naucratis; una Maggie que conservaba únicamente, como medio de segura identificación, al imprescindible muchacho bonito de cuyo brazo se prendía, el cual presentaba en su cara redonda, como Santa Lucía en su sagrado plato, la ofrenda de un par de ojos lánguidos, de espesos párpados orientales, como los que recuerdo unidos a la bufanda de Monsieur Proust. Se alejó la de South Carolina, entre militares, popes y turistas, piloteada por Kyria Penelópe, que no cesaba de replicar: «Duchess! Duchess!», de inquirir por la salud del Rey Jorge, y de preguntar ávidamente si Su Majestad todavía se interesaba, en Windsor, por los rododendros.

Trajo el correo por entonces un sobre abultado, que contenía el sarcástico artículo del Profesor de l'Acre, mandado anónimamente desde Atenas. Es fácil imaginar la cólera que le infundió a Kyria Penelópe, pues contradecía el hábito que desde la adolescencia contrajera de que la complaciesen con servil asiduidad. El Profesor se burlaba de mí, de los Ugglas y de los Lampikis, al extremo de informar al margen, refiriéndose a estos últimos y su adquisición del Escarabajo (eso sí, adornando el sarcasmo con las gracias y eufemismos de la cortesía francesa) que Demetrius no hacía más que mirar la Luna, y que Penelópe vivía en ella. Carecía la señora de armas científicas para defenderse; los Profesores Ugglas estaban en el sur de Egipto, cavando e insolándose; y aún no habían aportado sus mediocres razonamientos en pro del «Art Nouveau Nefertárico», ni la australiana ni el danés. ¡Ah, si yo hubiera podido hablar! Como tantas veces, lamenté mi mutismo. ¡Con qué soltura hubiera suministrado a la turbada Penelópe las precisiones irrefutables, que hubiesen reducido a humo la causticidad sabihonda desplegada en el

periodístico recorte de la Académie des Inscriptions! No lo habría hecho, ciertamente, porque me importase la ofensa inferida a mi condición de auténtico; ni tampoco por el agravio ocasionado a la autoritaria Madame Lampikis; lo que me desazonaba era que osasen tomar en vano el nombre de Nefertari, Señora de las Dos Tierras, y lo zarandeasen torpemente, conectándolo con una grotesca denuncia de falsificación. Yo abracé la muñeca de la gran Reina, la amé, la amo y la amaré siempre; yo torturé la falange del bufo Aristófanes; yo intervine en el asesinato de Julio César; yo estuve en Roncesvalles y Avalón, con Carlomagno y Roldan; y presencié el pasar, por la Piazzetta de San Marco, del divino Alighieri; y compartí la casa de Marco Polo; y dibujé con el Buonarroti; y anduve con Diego Velázquez; y colaboré en las invenciones de Raimondo de Sangro; y atestigüé los prodigios de Saint Germain y Cagliostro; y al proscenio salí con Sarán Bernhardt... ¡Yo he visto a Dioses y Santos y Angeles y Demonios! ¡Ah, si hubiese podido hablar!

Escasos días después, cuando Kyria Penelópe seguía alterada por la mordacidad del comentario, cuyas imágenes surgían de vez en vez a su memoria, ruborizándola de súbito, tuvo lugar la segunda de las visitas que mencioné. Hasta mí se acercó en esa ocasión, sin más asistencia que la de la señora y tras recorrer la casa como si me buscara, un pausado, correcto caballero de algo más de cuarenta años, vestido de blanco como la Duquesa. La regularidad de sus rasgos, sus hondos ojos negríssimos, la pulcritud de sus cabellos grises y la esbeltez de su porte, que realizaba su mediana estatura, componían un personaje armonioso, de ejemplar elegancia. Hablaba a media voz, en francés, y estampó el nombre de Comte de la Croix-Rose, al firmar el álbum de Madame Lampikis. Así como Maggie no me reconoció al calarse el impertinente, si bien me había examinado en innúmeras circunstancias en los guantes surtidos de Mrs. Vanbruck, me reconoció de inmediato el extraño, sin necesidad de recurrir al pequeño cristal de aumento que sacó de su bolsillo. También lo reconocí yo; nos reconocimos, y sonrió delgadamente, refinadamente. El caballero era el eterno Conde de Saint-Germain. Era el que describió al Rey Francisco I ante Madame de Pompadour, según sus recuerdos; el capaz de reproducir el himno que entonaron cuando Alejandro ingresó en Babilonia; el que, en tiempos del Gran Ciro, recibió de manos de uno de los descendientes de Moisés, la vara del hebreo legislador; el que trató a Tiberio y a Herodes; el que fue introducido en el salón de Oderisia Bisignano por el negrito Maroc, y besó el anular derecho en que yo resplandecía. Ahora estaba de nuevo frente a mí. Era imposible no reconocerlo, pese a que ni su fisonomía ni su atuendo fuesen los mismos. Aproximó sus penetrantes ojos a mi caparazón del lapislázuli, unos carbones rodeados por mínimas chispas del color del cuerno (chispas del color de los ojos de Miguel Ángel) y comprobé que esos ojos únicos prevalecían, inalterables no obstante las mudanzas, restituyéndome, dos siglos después de nuestro encuentro último, al gran señor inmortal. Estuvo Saint-Germain buen espacio mirándome, con aquel su fino, secreto sonreír. Volvióse hacia Kyria Penelópe, y asimismo la miró, sin pronunciar palabra. Confieso que no sé si algo le comunicaron u ordenaron los ojos irresistibles del Conde, y si lo que luego aconteció fue obra de su mirada hipnótica, o del irritante artículo de Monsieur de l'Acre, o de ambos simultáneamente, pero debo subrayar que yo había observado ya antes, que se dijera que determinada fuerza oculta actuaba con inescrutable poder, y orientaba en ocasiones mi «transmisión». Así pasé, por ejemplo, del dominio del Príncipe de Sansevero al de su prima, la Princesa de Bisignano; del de ésta al de Alfred Franz von Howen; del Capitán de Montravel a Monsieur Pierre Benoit, y de Gabriel Yturri a Robert de Montesquiou. Así, cuando ningún indicio permitía preverlo, la tarde siguiente abandoné el refugio de la casa de Lampikis, en la que supuse que permanecería mientras Kyria Penelópe viviese, para emprender un largo viaje.

Y fue que acudieron a la sala azul, invitados por la señora, los de la tercera visita: Kyria Ersi, una amiga de ésta a quien yo había admirado en previas reuniones, por la hermosura de sus ojos, claros y transparentes como los berilos verdemar, y por la desmadejada abundancia de su cabellera, que en rubio evocaba la de Matilde, la narradora del salón de los espejos de París; y un desconocido, un escritor del extremo de la América del Sur, del país donde yo estuve después de residir en Withrington Hall, el

país apartado donde quizás (y no quizá) murió el Delfín de Luis XVI, y donde nació el meliflúo Yturri. Dicho escritor se entendía a las maravillas con Kyria Ersi, quien era escritora y pintora. Refirió el extranjero que se hallaba en Hydra hacía una semana, y que se alojaba en el edificio de la Escuela de Bellas Artes, instalada en el antiguo caserón palaciego de Tombazi, el navarca glorioso que de la isla había partido, al frente de la flota revolucionaria, a luchar contra los turcos. Salieron todos a sentarse al balcón en el que el telescopio de Demetrius apuntaba a las estrellas, ausentes todavía. Empavesadas nubes navegaban solemnemente, y representaron para ellos, en el cielo convertido en mar espejado, la escena del zarpar de la escuadra histórica.

Sirvieron té en las consabidas tazas azules; Kyria Penelópe contó la visita de la Duquesa de Brompton, encantadora dama británica, descendiente de la Reina Victoria, que solía pasear con sus primos los Reyes, entre los rododendros del castillo de Windsor, y repentinamente (ahí procedió, sin duda, como hipnotizada, porque en mitad de una frase, sin motivo se levantó, y vino hasta donde yo dormitaba, enmarcado por el azul de mis compañeros) abrió la vitrina, con una de las llavecitas asiladas en el canal de sus pechos grandiosos me sorprendió y despabiló al retirarme de mi puesto ufano, y me inquietó más aún cuando noté que redistribuía sobre el blanco terciopelo las restantes piezas; tras lo cual volvió a la mesa en la que no paraba la conversación y Kyria Ersi servía la tercera o cuarta taza de té.

—Esto, esta sortija —dijo Kyria Penelópe, dirigiéndose al latinoamericano a quien antes no había visto nunca—, es para usted. Acéptelo, por favor, y consérvelo como un amuleto de la isla de Hydra y como un recuerdo de Grecia, por más que sea egipcio...

Tocóles asombrarse a esa altura, a ambos escritores amigos, quienes por entrechocarlas sin proponérselo, estuvieron a punto de romper las delicadas tacitas. Como ellos me asombré yo, noticioso de cuánto me apreciaba la señora. Fue a raíz de su regalo que se me ocurrió lo del disgusto experimentado por Kyria Penelópe al solo tenerme delante, como efecto del artículo de la Académie, y que indagando en esas ideas, pensé que anhelaba desprenderse de mí, cosa que hirió mi vanidad. ¿Dudaría de mi excelencia? ¿Habían bastado unos párrafos zumbones de Monsieur de l'Acre para que resolviese que mi inclusión desprestigiaba sus colecciones? Mientras barajé esas posibilidades, el escritor me tranquilizó, arguyendo que soy demasiado valioso, y que no podía admitir un obsequio tan considerable e inmerecido. Rogué entonces a Nefertari que lograra de los Dioses su aceptación, seguro de que me hallaría mejor con él que con la señora, puesto que ella me estaba traicionando. Pero de pronto su actitud cambió, y con la misma rapidez con que Kyria Penelópe había decidido separarse de mí, decidió el escritor recibirme sin vacilar: sólo en ese momento vislumbré, como una posibilidad misteriosa, que Saint-Germain había dispuesto previamente, usando sus extraordinarias facultades, ubicarme en el nuevo rumbo fijado por mi destino.

He detallado los motivos que originaron mi partida de la isla feliz, y me acerco al final de mi autobiografía. Ersi y mi reciente dueño se trasladaron a Atenas en el barquito costero, y se despidieron allá. Sólo un día más permaneció el escritor en Grecia, y lo pasó en el Museo Nacional Arqueológico. Recorrimos una mínima parte del edificio, aunque estuvimos en su interior varias horas. Comenzamos por la larga sala central que reúne los exquisitos y lujosos hallazgos de Micenas; seguimos a la adyacente, cuyas vitrinas exponen las modernísimas, esquemáticas tallas de las Cicladas, y cuando retrocedimos, para iniciar el camino de la serie de espacios consagrados a las arcaicas esculturas, me pareció oír, insinuándose en la susurrante Babel de los turistas que leían carteles, interrogaban guardianes, o se interpelaban en todos los idiomas, chistándose los unos a los otros a fin de imponer un imposible silencio, una apagada y remota voz que me estaba llamando. Creí al principio en una ilusión, y miré alrededor desde el anular derecho de mi amo. El Museo armaba escenográficamente el espectáculo de las estelas funerarias de adolescentes y guerreros; se multiplicaban como en un juego de espejos mágicos, vagamente cambiantes, los efebos de enjutas caderas, las ciegas caras de diosas y de héroes, los relieves votivos, las ánforas, los fragmentos de mármol y de bronce. Nos flanqueaba un sinfín de rastros de destrozada hermosura, y así como bastan

la música y la inspiración de un verso para sugerir la calidad de un poema, eran allí suficientes un torso, un peplo, un casco, un miembro, un ala, unos accesorios, para que el espíritu reconstruyese el porte de la entera y perdida figura. Avanzábamos entre esas clasificadas ruinas, como en medio de una ilustre catástrofe cuyos fantasmas materializaban paso a paso su dramático blancor, y yo no cesaba de escuchar, más próxima, la querida voz llamándome:

—¡Escarabajo! ¡Escarabajo! ¡Por aquí!

Mientras sentía que mi señor se inquietaba, y lo mismo que yo escudriñaba en torno, apresurándose de escultura en escultura, como en pos de una pista.

—¡Escarabajo! ¡Escarabajo!

Atravesarnos la sala del Kuros sepulcral de Aristodikos, y en seguida fue el deslumbramiento, porque en el centro de su propia sala, dominándola, estaba aguardándome Poseidón. Supe al instante que era él, como al instante reconocí al Conde de Saint-Germain, pese a que si la soberbia estatua alta de dos metros en algo, esencial, recordaba al encostrado y deforme compañero mío del fondo del Egeo, fue menester la lucidez que aguza el efecto para reducir las dos a una sola figura, a esa que triunfaba ahora en el Museo de Atenas, brindando a mi estupor el cuerpo más bello que jamás he visto, más bello que cuantos concibió Miguel Ángel Buonarroti, la suma del rítmico equilibrio, tan perfecto que si le fuese dado girar en sus piernas con la seguridad de un atleta o de un bailarín, los sabios antiguos hubieran declarado que con él rotaba, fiel a las leyes de la exacta armonía, el vasto Mundo. Estaba de pie, restaurado, purificado con vapor ardiente, fulgurante; tenía el brazo izquierdo extendido, y el derecho en ademán de alzar y apuntar un rayo o arpón; tal vez la lanza, que no la flecha, de Eros. Su rostro se definía en una máscara austera y tierna a la vez. Conmovido, le dio la vuelta mi dueño, y me acordé de que Poseidón me había descrito a los visitantes de Kalamis, que en forma similar lo rondaban, como cautivos del dios.

—Por fin llegaste, Escarabajo —me dijo éste—. Hace años que te espero, y auguraba que terminarías por llegar. Erguido sobre mi base, en tanto fluye el río inagotable de la gente, he meditado. He comprendido que la relación que nos unió en el mar, tan fascinadora, tan extraña, la amistad de un Escarabajo que vino de Egipto y de un Hombre-Dios que vino de Grecia, es lo principal que me pudo acontecer, con ser muy larga y compleja tu vida, y la mía muy simple. Sin ti, yo no sería más que un noble objeto, quizás, en su género, absoluto; por ti, gracias a ti, supe la substancia y la profundidad del amor. ¿Hay algo que sobrepase en ridículo la idea de que un enorme bronce se haya enamorado de un pequeño lapislázuli? ¿Existe un despropósito igual? Pero ¿acaso existe un amor ridículo? Todo amor sincero es posible. ¿Qué es amar? ¿Qué es amar, sino añorar? Yo añoré y añoro los días que compartimos, sin entrevernos casi, en la penumbra del Egeo que apenas alumbraban los grandes peces encantados. Añoro tu voz. Tu pasión por la Reina, tan fantástica como la mía por ti, nunca dejó de acompañarte, y me ilumina con su claridad a mí también, de suerte que hoy no sé si te amo a ti o a la Reina, porque para mí la Reina y tú, Escarabajo, son sólo uno. Supongo que el encuentro en el secreto del cabo Artemision, fue planeado por Khamuas y por el muchacho del taller de mi escultor, por nuestros dos magos, cuando nos dotaron de almas y nos otorgaron el fabuloso presente de amar.

Hizo Poseidón una pausa y concluyó: —Ahora nos separaremos. No permitas que se esfumen nuestras historias. Te repito que lo mejor de la mía es lo que acabo de confesarte. Yo quedaré aquí... tú, andariego... ¡quién sabe!, ¡quién sabe qué te reserva la vida aún!

No habló más. Pensé que mi señor continuaría el recorrido y subiría al piso de las ánforas pintadas, pero como si hubiera obedecido a Poseidón, abandonó el Museo. Escasos días después, volvió a su casa, a su biblioteca, a sus costumbres. Reside en el corazón de su país, lejos de Buenos Aires, en un lugar que contornean las serranías verdes, y patrullan, como en los cuadros de Lord Withrington, las colosales nubes. Lee, anota, pasea lentamente; contempla los árboles, el cielo. De noche me deja sobre su mesa, y no bien se duerme me pongo a hablarle. Al principio me pareció que mi mensaje no lo alcanzaba, hasta que una mañana compró un alto cuaderno, y en él, tan lentamente como pasea, se

entregó a escribir. Tacha, enmienda, intercala, hojea textos, sacude diccionarios, consulta por carta a estudiosos. ¿Percibirá que su obra es el resultado de nuestra colaboración? Más aún: ¿discernirá que soy yo quien de noche se la va dictando, que soy yo quien se la hace soñar, y quien a menudo aprisiona y gobierna su pluma? ¿Se resignará a consignar esto en su libro, en nuestro libro, el libro que realiza el deseo del buen Poseidón? Ojalá no suprima nada, cuando deba corregirlo definitivamente. Ojalá él mismo entienda que esta historia, tan diversa y extravagante, es en realidad una historia de amor, y la última palabra que en la última página escriba, sea el nombre de la Reina Nefertari, de Nefertari, de Nefertari, de la divina Nefertari...

«El Paraíso», 10 de mayo de 1979-31 de enero de 1982.

FIN